
LAURELL K. HAMILTON
CERULEAN SINS
AN ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER, NOVEL
ePUB

Anita Blake está intentando volver a la normalidad después de su ruptura con su amante hombre lobo. Se ha acomodado a la vida doméstica, lo que significa que el nuevo hombre en su vida, el hombre leopardo Micah, no tiene ningún problema en compartirla con Jean-Claude, Maestro Vampiro de la ciudad. Las cosas se encontraban tranquilas como nunca antes para alguien que levanta a los muertos, cuando Jean-Claude recibe a una inesperada e indeseada visitante: Musette, la preciosa y malévola representante del Consejo vampírico europeo. Anita, pronto se encontrará atrapada en un peligroso juego de poderes políticos vampíricos.
Por si no tenía pocos problemas, es requerida como consultora en una serie de brutales muertes, que parecen ser el trabajo de algo no humano.La investigación la llevará al Cerulean sins, un establecimiento vampírico que comercia con vídeos eróticos, vídeos que satisfacen gustos muy específicos. Anita conoce una criatura de la noche que tiene ese tipo de gustos… la visitante de Jean-Claude. Pero si Anita abate a Musette, las consecuencias podrían costarle todo lo que ella considera importante.
La que una vez fue la enemiga jurada de todos los monstruos, Anita, es ahora la consorte del Maestro Vampiro Jean-Claude y del hombre-leopardo Micah, y cuando un vampiro centenario golpea San Luis, necesitanrá todas las fuerzas oscuras que su pasión pueda reunir para salvar a los que ama.
Anita Blake se vuelve a encontrar con eso de “No hay en el infierno una ira tal como la de un vampiro despreciado.



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

Cerulean Sins

Anita Blake, cazavampiros-11

ePUB v1.0
fenikz 20.06.13

Título original: *Cerulean Sins*

Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Era a principios de septiembre, un tiempo muy ocupado en el año para los que levantamos a los muertos. Halloween parecía empezar más temprano cada año. Cada reanimador de Animadores Inc. se preparaba. Yo no era ninguna excepción, de hecho, me habían ofrecido más trabajo del que mi capacidad para no dormir me podía proporcionar.

El Sr. Leo Harlan debería haberse mostrado más agradable al conseguir la cita. No parecía agradecido. A decir verdad, no tenía aspecto de nada. Harlan era un tipo normal. De altura media, cabello oscuro, pero ni demasiado oscuro ni demasiado claro. De ojos marrones, pero con una sombra indistinguible de color café. De hecho, la cosa más notable sobre el señor Harlan era que no había nada trascendental en él. Incluso su traje era oscuro, conservador. Un traje de empresario del estilo de los últimos veinte años, y probablemente todavía estaría de moda dentro de veinte años más. Tenía la camisa blanca, corbata perfectamente anudada. Sus manos

tampoco eran ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas, pero, estaban bien cuidadas.

Su aspecto me dijo tan poco, que eso en sí era interesante, y vagamente inquietante.

Tomé un sorbo de mi taza de café con el lema: «Si te tomas mi descafeinado, te arranco la cabeza». Me la llevé al trabajo cuando nuestro jefe, Bert, nos había puesto café descafeinado en la cafetera sin decírselo a nadie, pensando que no nos daríamos cuenta. La mitad de la oficina pensaba que tendríamos mono en una semana, hasta que descubrimos la trama del vil de Bert.

El café que nuestra secretaria, María, había traído al señor Harlan estaba en el borde de mi escritorio. Su taza era una con el logo de Animadores, Inc. Había tomado un sorbo del café, cuando María se lo entregó. Había tomado café negro, pero se lo bebió como si no lo hubiera probado nunca, o realmente no le importaba como sabía. Aunque pude darme cuenta de que lo había hecho por cortesía, no por deseo.

Bebí mi café instantáneo, con mucha azúcar y crema, tratando de compensar… el trabajo de la noche anterior. La cafeína y el azúcar, los dos grupos de alimentos básicos.

Su voz era como el resto de él, por lo común, era extraordinario. Habló sin ningún acento en absoluto, ningún indicio de una región o país.

—Quiero reanimar a mi antepasado, Sra. Blake.

—Sí, lo dijo.

—Parece que duda de mí, Sra. Blake.

—Digamos que es escepticismo.

—¿Por qué habría venido aquí para mentir?

Me encogí de hombros.

—La gente ya lo ha hecho antes.

—Le aseguro, Sra. Blake, que estoy diciendo la verdad.

El problema era que no le creía. Quizás era una paranoica, pero mi brazo izquierdo debajo de la chaqueta azul marino de mi bonito traje, estaba cruzado por cicatrices, desde la cicatriz en forma de cruz torcida por quemadura que el sirviente de un vampiro me había hecho, a las marcas de las garras en forma de roza que me había hecho una bruja. Cicatrices de cuchillo, finas y limpias en comparación con el resto. Mi brazo derecho sólo tenía una cicatriz de cuchillo, eso no era nada en comparación. Y había otras cicatrices ocultas bajo la falda de seda azul marino. A la seda no le

importaba si se deslizaba sobre una piel llena de cicatrices o una piel suave y lisa. Así que me había ganado mi derecho a ser paranoica.

—¿Qué planea para su antepasado, y por qué? —Sonreí cuando lo dije, encantadora, pero la sonrisa no llegó a mis ojos. Había empezado a trabajar en conseguir que mis sonrisas llegaran hasta mis ojos.

Él también sonrió, pero tampoco afectó a sus ojos. Sonrió porque sonreí, no porque en realidad quisiera hacerlo. Llegó a recoger la taza de café de nuevo, y esta vez me di cuenta de que había un bulto en la parte frontal izquierda de su chaqueta. No llevaba una sobaquera, me habría dado cuenta de eso, pero había algo más pesado que una billetera en el bolsillo izquierdo. Podría haber sido un montón de cosas, pero mi primer pensamiento fue, una pistola. He aprendido a escuchar a mis primeros pensamientos. No eres paranoico si la gente realmente va a buscarte.

Tenía mi propia arma escondida debajo de mi brazo izquierdo en una sobaquera. Así que las cosas se igualaron, pero no quería armar un tiroteo en mi oficina. Tenía una pistola. Quizás. Probablemente. Por lo que sabía podía haber sido una caja de cigarros realmente pesada. Pero me habría apostado casi cualquier cosa a que ese peso era un arma. Podía sentarme aquí y decirme a mí misma que creía que tenía un arma, o podía actuar como si la tuviera. Si estaba equivocada, pediría disculpas más tarde, si tenía razón, bueno, estaría viva. Mejor viva, que muerta, grosera o cortés. Me interrumpió su charla sobre su árbol genealógico. No había prestado atención. Estaba obsesionada con ese peso en el bolsillo. Hasta que me enterara de si era un arma o no, nada más me importaba. Sonreí y obligué a mis ojos a expresar la sonrisa.

—¿Qué es exactamente lo que hace para ganarse la vida, Sr. Harlan?

El respiró un poco más profundo, acomodándose en su silla. Fue lo más parecido que había visto de tensión en el hombre. La primera reacción real, un movimiento humano. Las personas se inquietaban pero Harlan no lo hacía.

A la gente no le gusta tratar con personas que resucitan a los muertos. No me preguntes por qué, pero les ponen nerviosos. Harlan no estaba nervioso, no expresaba nada. Estaba sentado enfrente de mi mesa, frío, con sus ojos en un indescriptible y agradable vacío. Apostaba que estaba mintiendo acerca de su razón para venir aquí e intuía que había traído un arma de fuego oculta en un lugar que no era fácil de detectar.

Leo Harlan me gustaba cada vez menos.

Dejé mi taza de café con suavidad en el papel secante del escritorio, sin dejar de sonreír. Liberar mis manos, era un paso. Coger mi arma sería el paso dos, y tenía la esperanza de evitar ese paso.

—Quiero reanimar a uno de mis antepasados, Sra. Blake. No veo que mi trabajo tenga ninguna relevancia aquí.

—Para mí sí —dije, sin dejar de sonreír, pero sintiendo que se deslizaba hacia afuera de sus ojos de hielo.

—¿Por qué? —dijo.

—Porque si no, me niego a tomar su caso.

—El señor Vaughn, su jefe, ya ha tomado mi dinero. Aceptó en su nombre.

Sonreí, y esta vez de verdad.

—En realidad, Bert es sólo el gerente de los negocios de Animadores, Inc., ahora. La mayoría somos socios en pleno derecho en la empresa, como un bufete de abogados. Bert todavía controla el final del negocio, pero no es exactamente mi jefe.

Su rostro, si era posible, parecía más tranquilo, más cerrado, más reservado. Era como mirar un cuadro malo, que tenía todos los detalles técnicos, pero aun así no parecían reales. Los únicos seres humanos que había visto comportarse así eran espantosos.

—No era consciente de ese detalle, Sra. Blake. —Su voz era un tono más profunda, pero estaba tan vacía como su rostro.

Estaba sonando la campana de alarma que temía, mis hombros estaban tensos por la necesidad de coger mi arma. Mi mano se deslizó hacia abajo sin pensarlo. No me di cuenta de lo que había hecho hasta que no vi sus manos levantadas. Los dos estábamos maniobrando para una mejor posición.

De repente, había tensión, gruesa y pesada como un rayo invisible en la habitación. No hubo más dudas. Lo vi en sus ojos vacíos, y en la pequeña sonrisa en su rostro. Esta era una sonrisa real, no falsa, sin pretensión. En segundos íbamos a hacer una de las cosas más reales que un ser humano puede hacerle a otro. Estábamos a punto de intentar matarnos. Vi, aunque no en sus ojos, sino en la parte superior de su cuerpo, como esperaba a que uno de mis movimientos me traicionara. No había más dudas, ambos lo sabíamos.

En medio de la pesada tensión, su voz cayó como una piedra arrojada por un pozo profundo. Tan solamente el sonido de su voz, casi hizo que

agarrase mi pistola.

—Soy un asesino a sueldo, pero no estoy aquí para matarte, Anita Blake.

No quitaba los ojos de su cuerpo, la tensión no decaía.

—¿Por qué me lo dices, entonces? —Mi voz fue más suave que la suya, casi entrecortada—. Porque no he venido a St. Louis para matar a nadie. Realmente estoy interesado en conseguir que mi antepasado resucite de entre los muertos.

—¿Por qué? —pregunté, aun mirando su cuerpo, aun notando la tensión.

—Incluso los sicarios tienen aficiones, Sra. Blake. —Su voz era dura, pero su cuerpo se quedó muy, muy quieto. Me di cuenta, de repente, que no estaba tratando de asustarme.

Dejó la mirada neutra. Ahora era suave, no un vacío natural, sino que también tenía otra cosa… un rastro de humor.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunté.

—No sabía que venir a verla era tentar al destino.

—¿Qué quieres decir? —Estaba tratando de aferrarme a ese borde de tensión, pero se desvanecía. Parecía demasiado normal, demasiado pronto, demasiado real, para que dejara de pensar en sacar una pistola y dispara en mi oficina. De repente parecía un poco tonto, y sin embargo… mirando sus ojos muertos, donde el humor nunca llegaba por completo, no parecía tan tonto.

—Hay gente en todo el mundo que les gustaría verme muerto, Sra. Blake. Hay personas que han gastado dinero y esfuerzo para intentar que suceda, pero nadie lo ha conseguido, hasta hoy.

Sacudí la cabeza.

—Esto no es estar cerca.

—Normalmente, estaría de acuerdo contigo, pero conocía tu reputación, así que no llevo una pistola de la forma habitual. Notaste el peso cuando me incliné hacia delante la última vez, ¿no?

Asentí.

—Si hubiéramos tenido que caer uno sobre el otro, su funda sería unos segundos más rápida que esta mierda que llevo en el interior de la chaqueta.

—¿Entonces por qué la usas? —pregunté.

—No quería ponerte nerviosa por venir aquí armado, pero no voy a

ninguna parte sin armas, así que pensé en alguna manera de llevarla sin que te dieras cuenta.

—Casi no lo hice.

—Gracias, pero ambos sabemos que no funcionó.

No estaba segura de eso, pero lo dejé pasar, no había necesidad de discutir cuando me parecía estar ganando.

—¿Qué es lo que realmente quiere, Señor Harlan, si ese es su verdadero nombre?

Sonrió.

—Como he dicho, realmente quiero que mi antepasado resucite de entre los muertos. No mentí sobre eso. —Pareció pensarlo durante un segundo—. Es extraño, pero no he mentido en nada. —Parecía perplejo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que eso fue cierto.

—Mi sentido pésame —dije.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Debe ser difícil no ser capaz de decir la verdad. Sé que yo lo encontraría agotador.

Sonrió, y de nuevo tenía esa leve flexión en los labios que parecía ser su sonrisa genuina.

—No he pensado en ello en mucho tiempo. —Se encogió de hombros —. Supongo que uno se acostumbra a eso.

Era mi turno para encogerme de hombros.

—Tal vez ¿Qué planea para su antepasado, y por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué quiere reanimar a este antepasado en particular?

—¿Acaso importa? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no creo que los muertos deban ser perturbados sin una buena razón.

Esa sonrisa, con la pequeña flexión de nuevo.

—Hay reanimadores en esta ciudad que levantan zombis todas las noches por entretenimiento.

Asentí.

—Entonces, ¿por qué no fue a uno de ellos? Van a hacer lo que quieras, más o menos, si el precio es correcto.

—¿Pueden levantar un cadáver de casi doscientos años?

Sacudí la cabeza.

—Fuera de su liga.

—Escuché a un reanimador decir que podía conseguir casi cualquier cosa, si estaba dispuesto a hacer un sacrificio humano. —Su voz estaba tranquila.

Sacudí la cabeza, de nuevo.

—No crea en todo lo que oiga, señor Harlan. Algunos reanimadores podrían aumentar unos pocos cientos de años de la edad del cadáver con la ayuda de un sacrificio humano. Por supuesto, eso sería un crimen y por lo tanto ilegal.

—Existen rumores de que lo has hecho.

—Los rumores pueden decir lo que quieran, no hago sacrificios humanos.

—Así que no puede levantar a mi antepasado. —Hizo una exposición plana.

—No he dicho eso.

Sus ojos se abrieron, lo más cercano a la sorpresa que había mostrado.

—¿Se puede levantar un cadáver de unos doscientos años de edad, sin un sacrificio humano? —Asentí—. Los rumores dicen que, también, pero no lo creía.

—Así que crees que hice el sacrificio humano, pero no que puedo reanimar a un cadáver de unos pocos cientos de años por mi cuenta.

Se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado a ver gente matando a otra gente, nunca he visto a nadie resucitar de entre los muertos.

—Suerte para ti.

Sonrió, y sus ojos se descongelaron un poco.

—Así que ¿levantará a mi antepasado?

—Si me das una buena razón para hacerlo.

—No se distrae mucho, ¿verdad, Sra. Blake?

—Tenaz, esa soy yo —dije, y sonreí. Tal vez me había pasado demasiado tiempo con gente muy mala, pero ahora que sabía que Leo Harlan no estaba aquí para matarme, o a cualquier otra persona en la ciudad, no tuve ningún problema con él. ¿Por qué confiaba en él? Por la misma razón, que no le creí la primera vez. Instinto.

—He seguido los registros de mi familia en este país tan lejos como he

podido, pero mi antepasado original no está en ningún documento oficial. Creo que dio un nombre falso desde el principio. Hasta que no tenga su verdadero nombre, no puedo rastrear a mi familia a través de Europa. Y quiero de todo corazón poder hacerlo.

—¿Le reanimo, le pregunto su nombre real, su verdadera razón para venir a este país, y lo dejo de nuevo? —Hice una pregunta.

Harlan asintió.

—Exactamente.

—Suena bastante razonable.

—¿Así que lo hará? —dijo.

—Sí, pero no es barato. Probablemente soy la única reanimadora de este país que puede elevar a alguien de esta edad sin usar un sacrificio humano. Es una especie de mercado de un solo vendedor, ¿entiende lo que quiero decir?

—A mi manera, Sra. Blake, soy tan bueno en mi trabajo como tú en el tuyo. —Trató de parecer humilde y falló. Parecía contento de sí mismo, todo eso llegó a sus ordinarios, y aterradores, ojos marrones—. Puedo pagar, Sra. Blake, no se preocupe.

Mencioné una cifra escandalosa. No se estremeció. Comenzó a mover la mano al interior de su chaqueta.

—No.

—Mi tarjeta de crédito, Sra. Blake, nada más. —Sacó las manos de su chaqueta y las mantuvo con los dedos abiertos, por lo que podía verlos con claridad.

—Puede terminar el papeleo y pagar en la oficina de fuera. Tengo otros asuntos.

Casi sonrió.

—Por supuesto. —Se puso de pie, yo ya lo estaba. Ninguno de nosotros se ofreció a darse la mano. Dudó en la puerta, me detuve a una distancia, no lo seguí tan de cerca como lo hacía normalmente. Margen de maniobra, ya sabes.

—¿Cuándo se puede hacer el trabajo?

—Está todo reservado esta semana. Podría buscarle un hueco el próximo miércoles. Tal vez el próximo jueves.

—¿Qué pasó con el próximo lunes y el martes? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Está reservado.

Dijiste, y cito: «Esta todo reservado esta semana». Entonces, has mencionado el próximo miércoles.

Me encogí de hombros. Hubo un tiempo cuando no era buena mentirosa, aunque ahora no estaba trabajando mucho en ello, pero no por las mismas razones. Sentí que mis ojos se ponían planos y vacíos, cuando le dije:

—Me refería, al decirlo, que estaba reservado para la mayoría de los días de las próximas dos semanas.

Me miró, con suficiente dureza para hacer que retrocediese. Luché contra la urgencia y sólo me quedé en blanco, con los ojos vagamente amables.

—El próximo martes es noche de luna llena —dijo en voz baja.

Parpadeé, luchando por evitar el gesto de sorpresa de mi cara, y creí haberlo conseguido, pero fallé en mi lenguaje corporal. Mis hombros tensos, con las manos flexionadas. La mayoría de la gente se fijaría en mi cara, no en el resto, pero Harlan sería el hombre que se daría cuenta. Maldita sea.

—Así es, luna llena, estupendo brinquemos, ¿y qué? —Mi voz sonaba tan segura como podía hacerla sonar.

Se le escapó una pequeña sonrisa.

—No eres muy buena en ser tímida, Sra. Blake.

—No, no lo soy, pero como no estoy siendo tímida, creo que no es un problema.

—Sra. Blake —dijo, casi halagándome—, por favor, no insulte mi inteligencia.

Pensé en decir, «pero es tan fácil», pero no lo hice. En primer lugar, no fue fácil en absoluto, en segundo lugar, estaba un poco nerviosa sobre a donde nos llevaba este interrogatorio. Pero no iba a ayudarle dándole la información voluntariamente. Cuanto menos digas, más irritas a la gente.

—No he insultado su inteligencia.

Hizo un gesto que creo que era tan sincero como la pequeña sonrisa. El verdadero pensamiento de Harlan fue:

—Se rumorea que no ha trabajado en la noche de luna llena durante unos meses. —Parecía muy serio, de repente, no de forma amenazante, casi como si hubiera sido descortés, como si alguien me corrigiera por haber olvidado mis modales en la mesa, o algo.

—Tal vez sea Wicca. Sabrás que la luna llena es un día santo para ellas.

¿O más bien la noche?

—¿Eres Wicca, Sra. Blake?

Nunca perdía mucho tiempo jugando a cansados juegos de palabras.

—No, señor Harlan, no lo soy.

—Entonces, ¿por qué no trabajar en las noches de luna llena? —Estaba estudiando mi cara, buscando, como si por alguna razón, la respuesta fuera más importante de lo que debería haber sido.

Sabía lo que quería decir. Quería que confesara que era una cambiaformas de algún tipo. El problema era que no podía confesarlo, porque no era cierto. Era el primer ser humano Nimir-Ra, reina de leopardos, de una jauría de seres-leopardos en su historia. Había heredado a los leopardos cuando me vi obligada a matar a su viejo líder, para evitar que me matara. También era *Bolverk* de la manada local. *Bolverk* era más que un guardaespaldas, y menos que un verdugo. Se trataba, básicamente, de una persona que hacía las cosas que el Ulfric, o bien no podía o no iba a hacer. Richard Zeeman era el Ulfric local. Ya no estaba conmigo, de nuevo, después de haber sido novios durante un par de años. En este momento, estaba apartado, muy apartado. Las últimas palabras que me había dicho eran —No quiero amar a alguien que está más a gusto con los monstruos que conmigo— ¿Qué dices a eso? ¿Qué puedes decir? Que me aspen si lo sé. Dicen que el amor lo conquista todo. Mienten.

Como Nimir-Ra y *Bolverk*, había personas que dependían de mí. Me tomaba la luna llena de vacaciones, así que estaría disponible. Era realmente simple, y nada de lo que estuviera dispuesta a compartir con Leo Harlan.

—¿A veces toma días personales, Sr. Harlan? Si han coincidido con la luna llena, se lo aseguro, es una coincidencia.

—Los rumores dicen que cambiaste hace unos meses, y ahora eres uno de ellos. —Su voz todavía era tranquila, pero estaba preparada para esto. Mi cara, mi cuerpo, todo estaba tranquilo, porque estaba equivocado.

—No soy una cambiaformas, Sr. Harlan.

Sus ojos se entornaron.

—No te creo, Sra. Blake.

Suspiré.

—No me importa si me cree, señor Harlan. Ser un licántropo, o no, no influye en lo bien que levanto a los muertos.

—Los rumores dicen que eres la mejor, pero me dijeron que los

rumores son incorrectos. ¿Eres realmente tan buena como dicen que eres?

—Mejor.

—Se rumorea que has levantado cementerios enteros.

Me encogí de hombros.

—Pareces un niño hablando así.

—¿Estás diciendo que es verdad?

—¿Realmente importa? Repito: puedo reanimar a su antepasado, Sr. Harlan. Soy una de las pocas, si no la única, reanimadora de este país que puede hacerlo sin recurrir a un sacrificio humano. —Sonreí, mi sonrisa profesional, la que era luminosa y brillante y tan vacía de sentido como una bombilla—. Podría el próximo miércoles o el jueves, ¿estaría bien?

Asintió con la cabeza.

—Voy a dejar mi número de teléfono móvil, puede ponerse en contacto conmigo veinticuatro horas al día.

—¿Está en un apuro por esto?

—Vamos a decir que nunca sé cuándo puede aparecer una oferta que encontraré difícil de resistir.

—No es sólo dinero —dije.

Puso esa sonrisa de nuevo.

—No, no es sólo dinero, Sra. Blake. Tengo suficiente dinero, pero un trabajo que tiene nuevos intereses… nuevos desafíos. Siempre estoy buscando eso.

—Tenga cuidado con lo que desea, Sr. Harlan. Siempre hay alguien ahí fuera más grande y más malo que tú.

—No le he encontrado.

Sonreí.

—O es aún más aterrador de lo que parece, o no se ha estado reuniendo con la gente adecuada.

Me miró durante un largo rato, hasta que sentí que su sonrisa llegó a sus ojos. Encontré sus ojos muertos como los míos. En ese momento, me llené de tranquilidad. Era un lugar tranquilo, el lugar donde iba cuando mataba. Un gran espacio vacío estático, en blanco, donde nada duele, donde no sientes nada. Mirando a los ojos vacíos de Harlan, me pregunté si tenía la cabeza blanca, vacía y estática. Casi le pregunté, pero no lo hice, porque por un segundo pensé que había mentido, mentido sobre todo, y que iba a tratar de sacar la pistola de su chaqueta. Eso explicaría por qué quería saber si era una cambiaformas. Por un instante o dos, pensé que tendría que matar

al Sr. Leo Harlan. No estaba asustada o nerviosa, me preparaba a mí misma. Era su elección, vivir o morir. No había nada más que el eterno y lento segundo donde se hacían las elecciones y se pierde la vida.

Luego negó con la cabeza, casi como un pájaro acomodando sus plumas en su lugar.

—Estuve a punto de recordarle que soy una persona muy asustadiza, pero no lo haré ahora. Sería estúpido seguir jugando contigo de esta manera, como mover una serpiente de cascabel con un palo.

Me miraba con ojos vacíos, que aún permanecían en ese lugar tranquilo. Mi voz salió lenta, con cuidado, como se sentía mi cuerpo.

—Espero que no me haya mentido hoy, Sr. Harlan.

Puso esa sonrisa inquietante.

—Yo también, Sra. Blake, igual que yo. —Con ese comentario extraño, abrió la puerta con cuidado, sin apartar los ojos de mí. Luego se giró y salió rápidamente, cerrando la puerta firmemente detrás de él, y me dejó sola con la adrenalina drenándose por mis pies como un charco.

No era el miedo lo que me dejaba débil, sino la adrenalina… Levanto muertos para ganarme la vida y era un verdugo de vampiros legal. ¿No era lo suficientemente única? ¿También tenía que atraer a los clientes que daban miedo?

Sabía que tendría que haber dicho no a Harlan, pero le había dicho la verdad. Podría levantar a este zombi, y nadie más en el país podría hacerlo sin un sacrificio humano. Estaba segura de que si lo rechazaba, Harlan encontraría a alguien más para hacerlo. Alguien que no tenía ni mi capacidad o mi moral. A veces, lidias con el diablo, no porque quieres, sino porque si no lo haces, alguien más lo hará.



DOS

El cementerio Lindel era uno de los nuevos y modernos, donde todas las lápidas son bajas, de suelo, y no se permite plantar flores o plantas naturales. Esto hace más fácil el mantenimiento, pero también lo convierte en un espacio vacío y deprimente. Nada más que un terreno llano, con pequeñas formas alargadas en la oscuridad. Es tan vacío y monótono como el lado oscuro de la luna, y apenas alegre. Prefiero un cementerio con tumbas y mausoleos, ángeles de piedra que lloran en los retratos de los niños, la Virgen María orando por todos nosotros, con los ojos en silencio mirando al cielo. Un cementerio debe tener algo para recordar a la gente que lo visita que hay un cielo, y no sólo un agujero en el suelo con roca sobre él.

Estaba aquí para reanimar a Gordon Bennington, para levantarlo de entre los muertos, porque Fidelis is Insurance Company esperaba que su muerte hubiera sido un suicidio, no una muerte accidental. Había en juego

una póliza de seguros de millones de dólares. La policía había descartado la muerte accidental, pero Fidelis no estaba satisfecha. Optó por pagar mis honorarios, bastante sustanciosos, con la esperanza de salvar millones. Mis servicios eran caros, pero no tan caros. En comparación con lo que podían perder, yo era una ganga.

Había tres grupos de automóviles en el cementerio. Dos de los grupos estaban separados por lo menos quince metros, porque tanto la señora Bennington como el abogado jefe de Fidelis, Arthur Conroy, tenían órdenes de alejamiento contra los otros. El tercer grupo de dos coches estaba aparcado en medio, entre ambos. Un coche de la policía y un coche de la policía sin identificación. No me pidáis que explique cómo sabía que era un coche de policía sin identificación… sólo había que mirarlo.

Dejé el coche en la parte trasera del primer grupo de coches. Salí de mi nuevo Jeep Grand Cherokee, lo compré en parte con el dinero que obtuve del seguro por mí ahora difunto Jeep Country Squire. La compañía de seguros no quería pagar hasta que reclamé. No se creían que los seres-hienas habían atacado mi coche. Se envió a algunas personas a tomar fotos y medidas, para ver las manchas de sangre. Finalmente no solo pagaron, sino que también anularon mi póliza. Estoy pagando mes a mes a una nueva aseguradora que me concedía una póliza completa, si y sólo si, no destruyo otro coche durante dos años. Una gran oportunidad. Mis pensamientos fueron para la familia de Gordon Bennington. Por supuesto, era difícil tener simpatía por una compañía de seguros que estaba tratando por todos los medios dejar de pagar a una viuda con tres hijos.

Los coches más cercanos a mí resultaron ser los de Fidelis Seguros. Arthur Conroy vino hacia mí con la mano extendida. Era bastante alto y delgado, con el cabello rubio, peinado de forma que intentaba tapar su calvicie, como si eso lo escondiera, gafas de montura de plata sobre sus grandes y circulares ojos grises. Si las pestañas y las cejas hubieran sido más oscuras, sus ojos habría sido su mejor característica. Pero sus ojos tan grandes y sin ningún adorno me hicieron pensar que tenía un aspecto vagamente similar a una rana. Tal vez mi reciente desacuerdo con mi compañía de seguros me había hecho poco caritativa. Quizás.

Conroy estaba acompañado por un muro casi sólido de dos hombres vestidos de oscuro. Estreché la mano de Conroy y miré detrás de él a los dos hombres de más de seis pies.

—¿Guardaespaldas? —pregunté.

Conroy puso los ojos como platos.

—¿Cómo lo sabes?

Sacudí la cabeza.

—Se ven como guardaespaldas, Sr. Conroy.

Les di la mano a las otras dos personas de la compañía Fidelis. No me ofrecí a darle la mano a sus guardaespaldas. La mayoría de ellos no daban la mano, incluso si se les ofrecía. No sé si era por dar imagen de severidad o sólo porque querían mantener sus manos libres para las armas. De cualquier manera, no me la ofrecieron, y tampoco yo a ellos.

Sin embargo, el guardaespaldas de cabello oscuro, con hombros casi tan amplios como alto era, sonrió.

—Así que usted es Anita Blake.

—¿Y usted es…?

—Rex, Rex Canducci.

Levanté las cejas hacia él.

—¿Rex es realmente su nombre?

Se echó a reír, me sorprendió su estúpida y tan masculina risa, la típica carcajada producida, por lo general, a expensas de una mujer.

—No.

No me molesté en preguntar cuál era su verdadero nombre, probablemente algo vergonzoso, como Florencia, o Rosie. El segundo guardaespaldas era rubio y silencioso. Me miraba con sus pequeños y pálidos ojos. No me gustaba.

—¿Y usted es…? —pregunté.

Parpadeó como si mi pregunta le sorprendiera. La mayoría de la gente ignora a los guardaespaldas, unos por miedo a no saber qué hacer, porque nunca han conocido a uno, otros porque han contratado alguna vez a alguno y piensan que son como muebles, para ser ignorados hasta que se necesite su servicio.

Vaciló y luego dijo:

—Balfour.

Esperé un segundo, pero no aportó nada más.

—Balfour, es un nombre, ¿cómo Madonna o Cher? —pregunté con voz suave.

Sus ojos se entornaron y sus hombros mostraron una pequeña tensión. Había sido demasiado fácil de alterar. Tenía la mirada hacia abajo y esa sensación de amenaza, pero era sólo músculo. Asustaba verlo, lo sabía,

pero tal vez no mucho más.

Rex intervino:

—Pensé que sería más alta. —Hizo una broma, con su voz ligeramente feliz.

Los hombros de Balfour se relajaron y la tensión fue desapareciendo. Habían trabajado juntos antes, y Rex sabía que su compañero no era la galleta más estable en la caja.

Encontré los ojos de Rex. Balfour sería un problema si las cosas se descontrolaban, reaccionaría de forma exagerada. Rex no.

Oí voces acercándose, una de ellas de una mujer. Mierda. Le había dicho a los abogados de la señora Bennington que se mantuvieran alejados del cementerio. O bien me habían ignorado o habían sido incapaces de resistirse a los ruegos de la señora Bennington.

El simpático policía de paisano estaba hablando con ella, su voz era tranquila, como lo explican en los libros de la academia de policía, en voz baja, casi sin palabras, como un rumor, ya que, al parecer, estaba tratando de que mantuviera sus cincuenta pies de distancia con Conroy. Semanas atrás ella había abofeteado al abogado, y él le devolvió la bofetada. Después, ella le pegó tal puñetazo en la mandíbula que le sentó de culo. En ese momento fue cuando el tribunal intervino.

Había estado presente en todas las fiestas, porque yo era parte de la transacción judicial, o algo así. Esta noche se decidirá la cuestión. Si Gordon Bennington resucitaba de la tumba, y decía que había muerto por accidente, Fidelis tendría que pagar. Si admitía el suicidio, entonces, la señora Bennington se quedaba sin nada. La llamaba señora Bennington por su insistencia. Ya que cuando me refería a ella como la Señorita Bennington, intentaba morderme la cabeza. No era una mujer liberada. Le gustaba ser esposa y madre. Me alegré por ella, significa más libertad para el resto de nosotras.

Suspiré y crucé el camino de grava blanca hacia el sonido de las voces en aumento. Pasé a un policía uniformado apoyado en su coche. Asentí y dije:

—Hola.

Él asintió con la cabeza hacia atrás, sus ojos estaban, sobre todo, en los del seguro, como si alguien le hubiera dicho que era su trabajo asegurarse de que no se acercaran más. O tal vez simplemente no le gustaba el tamaño de Rex y Balfour. Ambos hombres le superaban por cien libras. Era

delgado para un oficial de policía y por su aspecto parecía tener poca experiencia, como si no llevara mucho tiempo en ese trabajo, y todavía no hubiera decidido si quería quedarse indefinidamente.

La Señora Bennington estaba gritando al oficial que educadamente le prohibía acercase.

—Los bastardos la han contratado, y hará lo que dicen. Hará mentir a Gordon, ¡Lo sé!

Suspiré. Les había explicado a todos que los muertos no mienten. Prácticamente sólo el juez había creído en mi palabra, y la policía. Fidelis creía que, al contratarme ellos, habían asegurado su resultado, y la señora Bennington pensaba lo mismo.

Finalmente me vio por detrás de los anchos hombros del policía. Llevaba zapatos de tacón alto con los que era más alta que el oficial. Lo que significaba que era alta, pero no demasiado. Tal vez cinco con nueve, como mucho.

Trató de empujar al policía para acercase a mí, ahora gritaba hacia mí. El policía se movió lo suficiente para impedirle dar el paso, pero sin agarrarla. Ella golpeó contra su hombro y frunció el ceño. Dejó de gritar, por un segundo.

—¡Fuera de mi camino! —dijo.

—Señora Bennington. —Su profunda voz llevaba un tono de queja—. La Sra. Blake está aquí por orden de la corte. Tiene que dejarla hacer su trabajo. —Tenía el pelo corto y gris, un poco desaliñado. No pensé que intentaba ir a la moda, daba más la impresión de que no había tenido tiempo de ir a la peluquería desde hacía algún tiempo.

Ella trató de traspasar al policía otra vez, y esta vez lo agarró, como si fuera a sacarlo de su camino. No era alto, pero era ancho, robusto y musculoso. Se dio cuenta rápidamente de que no podría desplazarlo, así que se trasladó a su alrededor, todavía decidida a dirigirse a mí.

Él tuvo que agarrarla del brazo para mantenerla alejada de mí. Le levanto la mano al policía, y su voz profunda se escuchó clara en la noche:

—Si me pega, la esposaré y la pondré en la parte trasera del coche patrulla, hasta que todo haya terminado.

Ella vaciló, con la mano aún alzada, pero debió de ver algo en el rostro del policía que le dijo que cumpliría sus palabras, porque se alejó de mí.

Su tono de voz habría sido suficiente para mí. El policía habría hecho exactamente lo que dijo.

Por último, bajó el brazo.

—Voy a tener su placa si me toca.

—Atacar a un oficial de policía se considera un delito, señora Bennington —dijo con una voz profunda.

Incluso a la luz de la luna se podía ver el asombro en su rostro, como si de alguna manera acabara de darse cuenta de que las normas también se le podían aplicar. La revelación que acababa de sufrir hizo que necesitara un tiempo para adaptarse, respirando lentamente. Se acomodó y dejó que su grupo de abogados de traje oscuro la acompañaran y le alejaran un poco del oficial de policía.

Era la única lo suficientemente cerca para oírle decir:

—Si hubiera sido mi esposa, yo también me habría pegado un tiro.

Me reí, no pude evitarlo.

Se volvió, con los ojos irritados, a la defensiva, pero todo lo que vio en mi cara le hizo sonreír.

—Ha tenido suerte —dije—. He visto a la señora Bennington en varias ocasiones. —Le tendí la mano.

Negó con la cabeza mientras estrechaba mi mano con un apretón serio, bueno, sólido.

—Teniente Nichols, y mis condolencias por tener que tratar con… —Dudó.

Terminé la frase por él.

—… Esa perra loca. Creo que es la frase que está buscando.

Él asintió con la cabeza.

—Esa es la frase. Simpatizo con la viuda y los niños por el dinero que se les debe —dijo—, pero hace tremendamente difícil simpatizar con ella en persona.

—He notado eso —dije, sonriendo.

Se rió y metió la mano en su chaqueta sacando una cajetilla de cigarrillos.

—¿Tiene inconvenientes?

—No aquí al aire libre, supongo. Además, te lo has ganado, por tratar a nuestra maravillosa señora Bennington.

Se colocó el cigarrillo con uno de esos movimientos de experto fumador.

—Si Gordon Bennington se levanta de la tumba y dice que él se suicidó, esto se va a descontrolar, Sra. Blake. No estoy autorizado a

disparar, pero no estoy seguro de qué otra cosa voy a ser capaz de hacer con ella.

—Tal vez sus abogados pueden sentarse encima de ella. Creo que hay suficientes como para sujetarla.

Puso el cigarrillo entre sus labios, sin dejar de hablar.

—Han sido jo… inútiles, tienen demasiado miedo de perder a su cliente.

—Jodidamente inútiles, teniente, jodidamente inútiles es la frase que estaba buscando.

Se rió de nuevo, fue bastante difícil mantener el cigarro en la boca así que lo retiró.

—Sí inútiles, jodidamente inútiles, esa es la frase. —Puso de nuevo el cigarro entre sus labios y sacó uno de esos encendedores de metal de gran tamaño que no se ve mucho. La llama se encendió tomando un color rojo anaranjado, llevó las manos alrededor de la llama de forma automática, aunque no había viento. Cuando la punta de su cigarro se vio viva y radiante, cerró el encendedor de un golpe y se lo guardó en el bolsillo, tomó el cigarro de su boca y sopló una larga línea de humo.

Di un paso atrás para evitar el humo, pero estábamos al aire libre y la señora Bennington había sido suficiente para permitir a cualquiera fumar. ¿O incluso beber?

—¿Puedes llamar a más hombres?

—Tampoco se les permitirá dispararle —dijo Nichols.

Sonreí.

—No, pero tal vez se puede formar una pared de carne que impida que haga daño a alguien.

—Tal vez podría conseguir otro uniforme, tal vez dos, pero eso es todo. Tiene contactos con la cúpula porque tiene dinero, y puede llegar a tener mucho más después de esta noche. Pero también ha jodido a bastante gente. —Parecía disfrutar diciendo joder casi tanto como fumar un cigarrillo, como si se hubiera tenido que contener su lenguaje alrededor de la viuda, y eso le hubiera lastimado.

—¿La policía está influenciada por este tema? —pregunté.

—Los asuntos de Conroy están en todas las primeras páginas de periódicos y revistas. Los fejes están preocupados de que esto se convierta en un gran lío, y no quieren que ese lío les salpique.

—Así que se están distanciando por si esto se convierte en algo más

lamentable —dije.

Tomó una profunda, profundísima calada de su cigarro, casi como si se estuviera fumando un porro, luego dejo escapar el humo por su boca y su nariz y me contestó:

—Distanciamiento, esa es la palabra.

—Achicando, buque hundiéndose, abandonar el barco…

Se estaba riendo otra vez, y no había terminado de soltar todo el humo, por lo que se atragantó un poco, pero no pareció importarle.

—No sé si eres realmente tan divertida o si simplemente necesitas una carcajada.

—Es el estrés —dije—, la mayoría de la gente no me encuentran nada graciosa.

Me dio una especie de mirada ladeada con unos ojos sorprendentemente pálidos. Apostaría a que eran azules con luz solar.

—He oído eso de ti, que eres un dolor en el culo, y arrastraste un montón de gente por el camino equivocado.

Me encogí de hombros.

—Una chica hace lo que puede.

Sonrió.

—Pero la misma gente que dijo que podrías ser un dolor en el culo no tuvo problemas trabajando en un caso contigo. El hecho es, Sra. Blake, que —tiró el cigarrillo en el suelo—, la mayoría dijo que te llevarían como refuerzo… una gran cantidad de policías que podría nombrar.

No sabía qué decir a eso. No hay mayor elogio entre los policías que te elijan como refuerzo en una situación de vida o muerte.

—Vas a hacer que me sonroje, teniente Nichols. —No le miré cuando se lo dije. Parecía estar mirando hacia abajo al cigarro aún encendido en la grava blanca.

—Zerbrowski del RPIT dice que no te sonrojas mucho.

—Zerbrowski es una mierda alegremente lascivo —dije.

Se rió, una risa profunda, pisoteando el cigarrillo, de manera que incluso ese pequeño resplandor se perdió en la oscuridad.

—Eso es, ese es él. ¿Alguna vez conoció a su esposa?

—Conozco a Katie.

—¿Alguna vez se preguntó cómo Zerbrowski logró atraparla?

—Cada vez que lo veo, maldita sea —dije.

Suspiró.

—Voy a llamar a otro coche patrulla, para tratar de conseguir dos hombres más. Vamos a hacer esto y terminar el infierno de estas personas.

—Vamos —dije.

Se fue a hacer la llamada. Fui a buscar el equipo que necesitaba para levantar a mi zombi. Dado que una de mis principales herramientas es un machete más grande que mi antebrazo, lo había dejado en el coche. Tiende a asustar a la gente. Esta noche estaba tratando de no asustar a los guardaespaldas, o a los policías. Estaba segura de que no había nada que pudiera hacer para asustar a la señora Bennington. También estaba bastante segura de que no había nada que pudiera hacer para que estuviera feliz conmigo.



TRES

Mi equipo de reanimación de zombis se encontraba en una bolsa de deporte Nike de color gris. Incluso había visto uno que tenía una pequeña maleta que se convirtió en una tabla como un mago o un vendedor callejero. Me aseguré de que todo estaba lleno y ajustado para que nada se rompiera o se rayase, pero aparte de eso, no veía el punto de ser más elegante de lo que era necesario. Si la gente quería un espectáculo podría ir hasta el Circo de los Malditos y ver zombis saliendo de la tumba con los actores fingiendo estar aterrorizados. No era una artista, era una reanimadora, y este era mi trabajo.

Rechazo fiestas de Halloween cada año, donde la gente quería zombis levantados a medianoche o alguna tontería. Mientras mi reputación crecía, más miedo daba, y la gente quería que fuera más aterradora para ellos. Le dije a Bert que siempre podía ir y amenazar con matar a todos los asistentes de la fiesta, eso sería algo aterrador. Bert no se había divertido. Pero había

dejado de pedir que hiciera las partes.

Había sido entrenada utilizando una pomada de difusión sobre la cara, manos, y corazón. Tenía olor a romero, como el olor de un árbol de Navidad, aún tiene una gran nostalgia para mí, pero no usé más la pomada. Había levantado a los muertos en situaciones de emergencia sin ella, más de una vez, por lo que me hizo pensar. Algunos creían que ayudaba a entrar a los espíritus, por lo que las competencias podrían utilizarlo para resucitar a los muertos. La mayoría, en los Estados Unidos de todos modos, cree que el aroma y el tacto de la mezcla a base de plantas mejoraban sus capacidades psíquicas, o ayudaba a abrir sellos para que funcionase. Nunca parecía tener problemas para levantar a los muertos. Mis habilidades psíquicas estaban siempre en la línea para la reanimación. Así que todavía llevaba la pomada, por si acaso, pero no la usaba mucho.

Las tres cosas que todavía necesitaba para reanimar eran el acero, la sangre fresca, y la sal. Aunque la sal en realidad era para poner al zombi de nuevo en la tumba una vez que habían terminado con él. Había recortado mi parafernalia al mínimo absoluto, y, recientemente, lo había recortado aún más. Y quiero decir «cortar» de forma literal.

Mi mano izquierda estaba un poco vendada. Estaba usando vendas, por lo que no se parecía demasiado a una versión de una mano de momia. Tenía grandes vendajes en el antebrazo izquierdo. Todas las heridas fueron auto infligidas, y me estaba empezando a cabrear.

Había estado aprendiendo a controlar mis poderes psíquicos crecientes estudiando con Marianne, que había sido una psíquica cuando la conocí, pero se había convertido en una bruja. Era Wicca ahora. No todas las brujas son Wicca, y si Marianne hubiera sido otra bruja, no habría tenido que cortarme a mí misma. Marianne, como mi maestra, compartía algunos de mis problemas kármicos, o por lo que su grupo ruidoso cree leer. El hecho de que mate a un animal cada vez que resucito a los muertos, tres, cuatro veces por noche, casi todas las noches, había hecho su insistencia muy sensible, delirante, gritona, y básicamente, le perdía. La magia de sangre es la magia de una Wicca negra. Poseer una vida con fines mágicos, toda la vida, incluso la de un pollo, era magia muy negra.

¿Cómo podía Marianne haberse atado a sí misma a una persona que estaba siendo así de… maligna? Exigía saber.

Para ayudar la carga kármica de Marianne y la mía, la secta me afirmó que debía tratar de resucitar a los muertos sin matar nada. Lo había hecho

en situaciones de emergencia sin un animal para el sacrificio, así que sabía que era posible. Pero sorpresa, sorpresa, si bien es cierto que podía hacer mi trabajo sin matar nada, no podía hacerlo sin sangre fresca. La magia de la sangre sigue siendo magia negra wicca, así que ¿qué hago? El compromiso era que sólo debía usar mi propia sangre. No estaba segura de sí funcionaría. Pero lo hacía, para los recién fallecidos, al menos.

Había empezado a cortarme el antebrazo izquierdo, pero eso habría perdido rápidamente su atractivo, ya que tenía que hacerlo tres o más veces por noche. Entonces había optado por pincharme los dedos. Sólo un poco de sangre parecía ser suficiente para los muertos de menos de seis meses. Pero me había quedado sin dedos, y mi brazo tenía bastantes cicatrices. También había averiguado que cuando practicaba con la mano izquierda mi disparo era más lento, por el maldito daño de los cortes. No me cortaba la mano derecha, porque no podía permitirme el lujo de ser más lenta con la derecha. Había casi decidido que, mientras sentía que tenía que matar a unos cuantos pollos o cabras, al resucitar a los muertos, la vida del animal no valía la pena comparada con la mía. No lo he dicho, un juicio totalmente egoísta.

Realmente me esperaba que se me curaran los pequeños cortes al instante. Gracias a mis vínculos con Jean-Claude, Vampiro maestro de la ciudad, había curado rápido, muy rápido. Los cortes pequeños no sanaban rápido. Marianne dijo que era probablemente porque estaba usando una hoja cargada por arte de magia para hacer el corte. Pero me gustaba mi machete. A decir verdad, no estaba cien por ciento segura de que pudiera resucitar a los muertos con sólo una gota de sangre sin una hoja cargada por arte de magia. Era un problema.

Iba a tener que llamar a Marianne y decirle que había fallado en la prueba de bondad de las Wiccas. ¿Por qué debería ser diferente? La mayoría de los grupos cristianos de extrema derecha también me odiaban.

Miré detrás de mí a mi audiencia. Dos nuevos agentes de policía uniformados se habían sumado al teniente Nichols y al primer oficial. La policía estaba en medio de los dos grupos, que se les había permitido acercarse lo suficiente a la tumba a escuchar lo que el zombi diría. El lugar más cercano era a cincuenta pies, pero ambas partes necesitaban oír a Gordon Bennington, o lo que el juez había dictaminado. El juez en cuestión realmente se había unido a nosotros, junto con un reportero de la corte y su maquinita. También había traído a dos alguaciles de aspecto fornido, que

me hicieron pensar que el juez era aún más inteligente de lo que parecía, y me habían impresionado bastante antes. No todo juez tomaría el testimonio de un zombi.

Para esta noche el cementerio Lindel era una corte. Me alegré de que el Tribunal de Justicia de televisión no se hubiera enterado de ello. Era justo la clase de mierda rara que les gustaba televisar. Sabes el caso de custodia transexual, violaciones de maestras a chicos de trece años de edad; pro-jugador de fútbol con juicio por asesinato. El juicio de OJ Simpson no había sido una buena influencia en la televisión estadounidense.

El juez dijo con su voz grave, en la corte, que hizo un eco extraño en el vacío plano del cementerio:

—Adelante, Sra. Blake, estamos todos reunidos.

Normalmente hubiera decapitado a un pollo y utilizaría su cuerpo para que me ayudara a marcar un círculo de sangre, un círculo de poder, para contener al zombi, una vez que se planteaba no se iban errantes por todo el lugar. El círculo también ayudaba a aumentar el poder de enfoque y de la energía. Pero no tenía pollos en ese momento. Había una posibilidad de que si hubiera tratado de obtener suficiente sangre de mi cuerpo para caminar, incluso un pequeño círculo de poder, estaría acabada para la noche, demasiado mareada y muy mareada para hacer nada más. Entonces, ¿qué hace un reanimador con rectitud moral?

Suspiré y desenvainé el machete y escuché varios gritos de asombro detrás de mí. Era una hoja grande, pero había encontrado que en la decapitación de un pollo con una sola mano necesita un gran cuchillo afilado. Miré mi mano izquierda y traté de encontrar un espacio que estuviera libre de la venda. Puse el borde superior de la hoja contra mi dedo medio, el simbolismo no se me escapaba, y presioné. Me quedé con el machete demasiado afilado para arriesgarme tirar de la hoja por mi dedo. Sería una putada si necesitaba puntos de sutura si hacia una herida muy profunda.

El corte no me hizo daño de inmediato, lo que significa que probablemente había cortado más profundo de lo que quería. Levanté mi mano por lo que la luz de la luna cayó sobre él, y vi la primera gota oscura de sangre. En el momento en que la vi, se redujo el daño. ¿Por qué todo me dolía más cuando me daba cuenta de que estaba sangrando?

Empecé a caminar en círculo, para la ceremonia con la punta de acero hacia abajo, con mi dedo sangrado hacia la tierra, para que las gotas de vez

en cuando cayeran al suelo. Nunca había tenido realmente el machete para cortar en el círculo mágico a través del suelo, a través de mí, hasta que dejé de matar animales. Probablemente había sido siempre como un lápiz de acero para localizar mi círculo, pero nunca jamás había sido capaz de sentirlo por encima de la fuerte oleada de la muerte. Sentía cada gota de sangre que caía, sentía la tierra casi hambrienta de ella, como la lluvia en una sequía, pero no era la humedad de la que bebió la tierra, era del poder. Supe cuando había caminado todo el círculo alrededor de la lápida, porque en el momento en que tocó el lugar donde había empezado, el círculo se cerró con la piel hormigueándome, y con los pelos de punta.

Me giré hacia la lápida, sintiendo el círculo alrededor de mí como un invisible temblor en el aire. Fui a la lápida, que estaba en el otro extremo de la circunferencia. Toqué la lápida con el machete.

—Gordon Bennington, con el acero te llamo desde tu tumba. —Toqué la piedra fría con la mano ensangrentada—. Con la sangre te llamo desde tu tumba. —Me mudé de vuelta a la orilla opuesta del círculo, al pie de la tumba—. Escúchame ahora, Gordon Bennington, escúchame y obedéceme. Con el acero, la sangre, y el poder, te mando a levantarte de tu tumba. Levántate de tu tumba y camina entre nosotros.

La tierra rodó como agua pesada y sólo derramó el cuerpo hacia arriba. En las películas, los zombis siempre salían de la tumba con las manos, cuando llegaban a la tierra trataba de mantenerlos prisioneros, pero la mayor parte del tiempo, la tierra se retira libremente, y el zombi sólo sube a la superficie, como algo que flota a la superficie de un líquido. No había flores para quitar en ese momento, nada para que el cuerpo tropezara, el zombi se sentó y miró a su alrededor.

Una cosa de la que me había dado cuenta al no matar a los animales era que mis zombis no eran tan bonitos. Con un pollo podía hacer que Gordon Bennington se viera como su foto en el periódico. Con sólo mi propia sangre, parecía lo que era, un cadáver reanimado.

No era horrible, los había visto mucho peor, pero su viuda gritó, largo y fuertemente, y empezó a sollozar. No había sido más que una razón por la que quería que la señora Bennington se quedara en casa.

El traje azul ocultaba la herida en el pecho que lo había matado. Pero todavía podía decir que estaba muerto. Era extraño el color de su piel. La forma en la que la carne había comenzado a hundirse en los huesos de la cara. Su ojo izquierdo demasiado redondo, demasiado grande, demasiado

desnudo, por lo que rodó en su órbita apenas contenida por la carne de su cara. Su cabello rubio era irregular y parecía que había crecido. Pero eso era una ilusión causada por la contracción de la carne de su cuerpo. El pelo y las uñas no crecen después de la muerte, al contrario a la creencia popular.

Había una cosa más que tenía que hacer para ayudar a Gordon Bennington hablar. Sangre. La Odisea hablaba de un sacrificio de sangre para obtener que el fantasma de un vidente muerto le diera consejos a Odiseo. Era un término común muy antiguo que los muertos ansiaban la sangre. Caminé por la tierra ahora sólida y me arrodillé al lado de su rostro perplejo, arrugado. No podría alisar mi falda hacia abajo en la parte de atrás, porque en una mano estaba el machete y en la otra estaba sangrando. Todo el mundo tenía una visión agradable a lo largo del muslo, pero en realidad no importaba, estaba a punto de hacer lo que me molestaba más desde que dejé de sacrificar aves de corral. Le tendí la mano delante de Gordon Bennington.

—Bebe, Gordon, bebe de mi sangre y habla con nosotros.

Los redondos ojos desorbitados me miraron fijamente, y luego la nariz hundida capturó el olor de la sangre, y me cogió la mano con las suyas, y bajó su boca a la herida. Sus manos se sentían como la cera fría con palos en su interior. Tenía la boca casi sin labios, de modo que tenía los dientes apretados en mi carne, mientras chupaba en mi mano. Su lengua batía de ida y vuelta en la herida como algo separado y vivo en la boca, se alimentaba de mí.

Tomé una respiración profunda y estabilizadora, inhalar y exhalar, dentro y fuera. No vomitaría. Nop. No me pondría en un aprieto delante de tanta gente. Cuando pensé que había tenido suficiente, le dije:

—Gordon Bennington. —No reaccionó, pero mantuvo su boca pegada a la herida, las manos sujetando la muñeca. Le toqué la parte superior de la cabeza suavemente con el lado del machete—. Sr. Bennington, la gente está esperando para hablar con usted.

No sé si fue la palabra o por el brillo de la hoja, pero miró hacia arriba, y lentamente comenzó a retirarse de mi mano. Sus ojos tenían más de él ahora. La sangre siempre parecía hacer eso, llenarlos de nuevo.

—¿Es usted Gordon Bennington? —pregunté. Teníamos que estar todos seguros. Sacudió la cabeza. El juez dijo:

—Te necesitamos para responder en voz alta, Sr. Bennington, para el

registro. —Miró hacia mí. Repetí lo que el juez había dicho, y Bennington habló.

—Yo soy, era, Gordon Bennington.

Uno de los resultados de resucitar a los muertos con sólo mi sangre era que siempre sabían que estaban muertos. Antes había levantado unos pocos que no lo sabían, y fue una putada, alguien les decía que estaban muertos, y estaban a punto de ponerlos de nuevo en la tumba. Algo que fue una verdadera pesadilla.

—¿Cómo murió, Sr. Bennington? —pregunté.

Suspiró, soltó el aire, y lo oyó, porque la mayoría de la parte derecha de su pecho había desaparecido. La demanda se escondió, pero había visto las fotos forenses. Además sabía el lío que una escopeta de calibre doce hacía a corta distancia.

—Me dieron un tiro. —Había una tensión detrás de mí, podía sentir el zumbido del círculo de poder.

—¿Cómo obtuviste el tiro? —pregunté, con la voz calmada y relajante.

—Me disparé a mí mismo bajando por la escalera hasta el sótano. —Hubo un grito de triunfo a un lado de la multitud y un grito inarticulado en la otra.

—¿Se mató usted mismo a propósito? —pregunté.

—No, por supuesto que no. Tropecé, la pistola se disparó, fue tan estúpido, realmente. Tan estúpido. —Había muchos gritos detrás de mí. Sobre todo de la señora Bennington gritando:

—¡Te lo dije, perra…! —Me volví y dije:

—Juez Fletcher, ¿ha oído eso?

—La mayor parte de lo que ha dicho —dijo. Se volvió con la voz en pleno auge en la sobreexcitación y gritó—: Señora Bennington, si estuviera en silencio el tiempo suficiente como para escuchar, su marido acaba de decir que murió por accidente.

—Gail —la voz de Gordon Bennington fue provisional—. Gail, ¿estás ahí? —No quería una reunión entre lágrimas en la parte superior de la tumba.

—¿Hemos terminado, juez? ¿Puedo ponerlo de vuelta?

—No —dijeron los abogados de seguros Fidelis. Conroy se acercó—. Tenemos algunas preguntas para el señor Bennington.

Hicieron preguntas, al principio tuve que repetirlas para Bennington para que fuera capaz de responder, pero pudo responder. No se veía mejor,

físicamente, pero se estaba reuniendo a sí mismo, estaba más alerta, más consciente de su entorno. Vio a su esposa, y dijo:

—Gail, lo siento mucho. Tenías razón sobre las armas. No fui lo suficientemente cuidadoso. Siento mucho haberte dejado a ti y a los niños.

La señora Bennington, vino hacia nosotros, con sus abogados detrás. Pensé que tendríamos que pedirles que se mantuvieran delante de la tumba, pero se quedaron fuera del círculo, como si pudieran sentirlo. A veces las personas que resultan estar dotadas psíquicamente se sorprenden. Dudo que ni siquiera se dieran cuenta de por qué dejaron de avanzar. Por supuesto, llevaba las manos apretadas a su cuerpo. Ella no iba a llegar a tocar a su marido. No creo que quisiera saber ni investigar cómo se sentía la piel cerosa. No podía culparla. Conroy y los otros abogados trataron de seguir haciendo preguntas, pero fue el juez quien dijo:

—Gordon Bennington ha respondido a todas sus preguntas con detalle. Es hora de que lo deje regresar a… descansar.

Estuve de acuerdo. La señora Bennington estaba llorando, y Gordon habría estado igual, salvo que sus lagrimales se habían secado hacía meses.

Me llamó la atención Gordon Bennington.

—Sr. Bennington, voy a devolverlo de nuevo a su tumba.

—¿Gail y los niños recibirán el dinero del seguro ahora? —Miré detrás de mí al juez. Él asintió con la cabeza.

—Sí, señor Bennington, lo harán. —Sonrió, o lo intentó.

—Gracias, entonces, estoy listo. —Miró de nuevo a su mujer, que aún estaba de rodillas sobre la hierba de su tumba—. Me alegro de que pueda decir adiós.

Estaba moviendo la cabeza, una y otra vez, las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Yo también, Gordie, yo también. Te extraño.

—Yo también te extraño, mi pequeño gato demonio.

Se echó a llorar en eso. Ocultando su cara con las manos. Si uno de los abogados no le hubiera agarrado se habría caído al suelo.

Mi pequeño gato demonio, no me sonó como un término cariñoso, pero bueno, no era que Gordon Bennington no hubiera conocido realmente a su esposa. Es probable que también demostrara que iba a extrañar el resto de su vida. Podría perdonarle a ella una pequeña rabieta por todo el dolor que mostraba en su cara.

Me apreté en la herida de mi dedo y por suerte tuve un poco más de

sangre. Algunas noches tenía que volver a abrir la herida, o hacer otra, para devolver el zombi a su tumba. Le toqué con la mano ensangrentada en la frente, dejando una marca pequeña y oscura.

—Con la sangre que te ata a tu tumba, Gordon Bennington. —Le toqué con la punta del machete, con suavidad—. Con el acero que te une a tu tumba. —Me cambié el machete a la mano izquierda y cogí el recipiente abierto de sal que había dejado en el interior del círculo. Lo rocié con sal, y sonó como granizo en seco, ya que lo golpeó—. Con la sal que te ata a tu tumba, Gordon Bennington. Vete y no te levantes más.

Con el toque de la sal, sus ojos perdieron su estado de alerta, ya estaban vacíos, cuando se recostó en la tierra. La tierra se lo tragó, como una gran bestia se agitó su piel y se lo terminó de tragar, hundiéndose de nuevo en la tumba. El cadáver de Gordon Bennington fue al lugar al que pertenecía, y no había nada que distinguiera esta tumba de cualquier otra. No como si una brizna de hierba estuviera fuera de lugar. Magia.

Todavía tenía que caminar el círculo hacia atrás y deshacerlo. Normalmente, no tengo una audiencia para esa parte. El zombi vuelve a la tumba, todos se van. Pero Conroy de Fidel Seguro estaba discutiendo con el juez, que estaba amenazando con citarlo por desacato. La señora Bennington no estaba en condiciones de caminar todavía.

La policía se encontraba alrededor, mirando el espectáculo. El teniente Nichols me miró y movió la cabeza, sonriendo. Se acercó a mí cuando el círculo se deshizo, y me puse a limpiar mi nueva herida con un antiséptico. Bajó la voz para que la viuda seguramente no lo oyera.

—No logran pagar lo suficiente para dejar que te chupen la sangre. —Medio me encogí de hombros, sosteniendo una gasa sobre el dedo por lo que dejó de sangrar.

—Te sorprendería lo que la gente paga por este tipo de trabajo.

—No es suficiente —dijo, con un cigarrillo sin encender ya en la mano. Comencé a dar alguna respuesta, cuando sentí la presencia de un vampiro, como un escalofrío a través de mi piel. Allá en la oscuridad, alguien estaba esperando. Hubo una ráfaga de viento, y no había viento esta noche. Miré hacia arriba, y nadie más lo hizo, porque los humanos nunca miran hacia arriba, nunca esperan que la muerte caiga sobre ellos desde el cielo. Tuve segundos para decir:

—No disparen, es un amigo, —antes de que Asher apareciera en medio de nosotros, muy cerca de mí, con su larga cabellera ondeando tras él, sus

botas aterrizaron. Se vio obligado a dar un paso casi corriendo para coger el impulso de su vuelo, que lo trajo a mi lado.

Me giré y me puse delante de su cuerpo. Era demasiado alto para mí como para cubrirlo de todos, pero hice lo posible, nos moví de manera que si alguien le disparara tendría el riesgo de golpearme. Cada agente de policía, todos los guardaespaldas habían sacado una pistola, y cada cañón señalaba a Asher, y a mí.



CUATRO

Me quedé en el círculo en medio de las armas, intentando mantener un ojo en todo el mundo a la vez y en su defecto, porque había demasiados de ellos. Mantuve las manos en mi cuerpo, los dedos extendidos, signo universal de que „Soy inofensiva‟. No quería que nadie pensara que iba a por mí arma, eso sería malo.

—Es un amigo —dije, con voz un poco alta, pero por lo demás tranquila.

—¿De quién es amigo? —preguntó Nichols.

—Mío —dije.

—Bueno, no es amigo mío —dijo uno de los uniformados.

—No es una amenaza —dije, presionando mi cuerpo lo suficiente como para que pudiera sentir a Asher contra mí.

Él dijo algo en francés, todo el mundo se tensó un poco más con sus armas.

—Inglés, Asher, en Inglés. —Tomó un aliento profundo estremeciéndose.

—No fue mi intención asustar a nadie.

No hace mucho tiempo, a la policía se les permitía disparar a un vampiro, sólo por ser un vampiro. Sólo había pasado cinco años desde Addison contra Clark los había hecho vampiros «vivos» de nuevo, al menos en la ley.

Eran ciudadanos con derechos en este momento, y si les disparaban, sin causa justa era asesinato. Pero aún pasa ahora y entonces.

—Si disparáis conmigo en el medio, pueden despedirse de todas sus placas.

—No tengo ninguna placa que perder —dijo Balfour, por supuesto, era duro, pero tenía un arma grande para ir con su gran discurso. Lo miré.

—Si disparas, es mejor que me mates, porque no vas a tener una segunda oportunidad.

—Nadie le disparará a nadie —dijo Nichols, y estaba lo suficientemente cerca como para oírle murmurar—: ¡Maldita sea! —por lo bajo. Se había trasladado con su arma para apuntar a los guardaespaldas—. Bajad los cañones, ahora. —Los otros policías siguieron su ejemplo, y de pronto el círculo de las armas de fuego se apartó de mí, y también Balfour y Rex. Solté un suspiro, me di cuenta de que lo tenía retenido, y me hundí un poco contra Asher.

Él sabía que no debía haber sorprendido a un grupo de seres humanos, especialmente a policías, al volar en medio de ellos. Nada enloquecía a las personas tanto como ver a los vampiros hacer cosas que eran imposibles. También había hablado en francés, lo que significaba que estaba suficientemente asustado, o lo suficientemente enojado, para haber olvidado su Inglés. Algo andaba muy mal, pero no podía hacerle preguntas, todavía no. En primer lugar, debía salir de la línea de fuego, a continuación, fijar el resto.

Estábamos tan cerca que su cabello ondulado de oro rozó mis propios rizos negros. Puso las manos sobre mis hombros, y pude sentir la tensión. Estaba asustado. ¿Qué había ocurrido?

La policía había convencido a los guardaespaldas de poner sus armas a distancia. Los uniformados se dividieron y se encaminaron a las dos partes interesadas de vuelta de sus respectivos vehículos. Dejando a Nichols, al juez, y al reportero de la corte de pie cerca de nosotros. Al menos, el

reportero de la corte no estaba escribiendo todavía.

Nichols se giró hacia mí, con el arma apuntando hacia abajo, tocando un poco contra la pierna de sus pantalones. Frunció el ceño, los ojos se dirigieron a Asher, luego, a mí. Sabía lo suficiente como para no arriesgarse a mirar al vampiro a los ojos. Podían hipnotizar con sus ojos, si así lo deseaban. Yo era inmune porque era el sirviente humano del vampiro maestro de la ciudad. A través de Jean-Claude estaba a salvo de la mayoría de lo que Asher podía hacer. No de todo, pero de la mayoría. Nichols evidentemente estaba infeliz.

—Está bien, ¿qué es tan urgente para que uno de los condenados tuviera que volar hasta aquí así?

Maldita sea, era demasiado bueno para ser un policía. A pesar de que probablemente había tratado muy poco con los vampiros, había hecho el salto de la lógica de que sólo una situación de emergencia haría que Asher apareciera como lo había hecho. Sus ojos se movieron hasta Asher de nuevo, y luego hasta mi cara.

—Es una buena manera de conseguir un tiro, Sr….

—Asher —respondí por él.

—No le pregunté a usted, Sra. Blake. Le pregunté a él.

—Soy Asher —dijo con una voz que cayó en el aire como una caricia. Estaba usando los poderes de vampiro para hacerse más aceptable.

Si Nichols averiguaba lo que estaba haciendo, sería contraproducente. Pero no fue así.

—¿Qué pasa, señor Asher?

—Sólo Asher, —y la voz se deslizó a través de mi piel muy suave. Tenía una cierta inmunidad a la voz, pero Nichols no. Parpadeó, y luego frunció el ceño, perplejo.

—Bien, Asher, ¿Por qué diablos tanta prisa?

Asher apretó los dedos minuciosamente sobre mis hombros, y sentí que tomaba aliento. Por un segundo tuve la esperanza de que no fuera a intentar un Obi-Wan en el Teniente Nichols. Ya sabea, estos no son los robots que están buscando. La voluntad de Nichols era más fuerte que eso.

—Musette ha sido gravemente herida. Vine a llevar a Anita a su lado. —Sentí que el color de mi cara se iba, mi aliento quedó atrapado en mi garganta. Musette era uno de los lugartenientes de Belle Morte. Bella Morte era la fuente, *le sourdre de sang* de Jean-Claude y el linaje de Asher.

También era miembro del Consejo de vampiros que tenía un lugar de

residencia en algún sitio de Europa. Cada vez que los miembros del Consejo nos habían visitado, la gente había muerto. Algunos de ellos fueron nuestros, algunos de ellos suyos. Pero Belle Morte nunca había enviado a nadie, hasta ahora. Hubo algunas negociaciones con Musette mientras vino de visita. Ella se comprometió a venir dentro de tres meses, justo después de Acción de Gracias. Entonces, ¿qué diablos estaba haciendo en la ciudad un mes y algo antes de Halloween? No me creí ni por un minuto que Musette resultara herida. Esa era la manera artera de Asher de decirme lo mal que estaban las cosas delante de testigos.

No tenía que pretender estar sorprendida o asustada. Mi cara debía haberse parecido a alguien que acababa de recibir malas noticias. Nichols asintió con la cabeza, como si estuviera satisfecho.

—¿Conoces a esta Musette?

—Teniente, ¿Podemos irnos? Quiero llegar lo antes posible. —Ya estaba buscando mi bolsa de gimnasio. Me alegré de que ya estuviera preparada. Mi piel estaba fría con la idea de lo que Musette podría estar haciendo en este momento a la gente que me importaba. La sola mención de su nombre siempre había sido suficiente para que Jean-Claude y Asher palidecieran. Nichols asintió de nuevo, sujetando el arma.

—Sí, adelante. Espero que… Tu amiga esté bien. —Me miró, y no trató de ocultar la confusión en sus ojos.

—Yo también lo espero. —No estaba pensando en Musette, estaba pensando en todos los demás. Tanta gente que podría afectar si tenía la bendición del Consejo, o al menos la bendición de Belle Morte. Había aprendido que la política del Consejo significaba que tener un miembro como un enemigo no significaba que los demás te odiaran. De hecho, muchos de los del Consejo parecían creer en el refrán siciliano, «el enemigo de mi enemigo es mi amigo».

El juez murmuró su agradecimiento, y pidió por la pronta recuperación de mi amiga. El reportero de la corte no dijo nada, ella estaba mirando a Asher como hipnotizado. No pensé que le hubiera hipnotizado, más como é nunca había visto nada tan hermoso. Tal vez no.

Su pelo reflejaba el resplandor de los faros, era realmente de oro, una cortina de ondas casi metálicas que fluía como un mar brillante en el lado derecho de su rostro. El cabello parecía aún más de oro contra el marrón oscuro de la camisa de seda. La camisa manga larga por fuera y pantalones de mezclilla y botas color café. Parecía que se había vestido a toda prisa,

pero sabía que era lo que él solía vestirse. Se aseguró de que el lado izquierdo de su cara, que era el más perfecto de sus perfiles se mostrara a la luz. Asher era un maestro en el uso de luces y sombras para resaltar lo que él quería ver, y ocultar lo que no quería. El ojo que se veía era un claro, azul pálido, como los ojos de un perro husky siberiano. Los seres humanos simplemente no tenían los ojos así. Incluso en vida debió haber sido extraordinario.

Tenía atisbos de esos labios carnosos, y el brillo de su otro ojo azul. Lo que se cuidó de no mostrar a la luz fue que a unos cuantos centímetros por delante de su ojo, detrás de la línea casi de la boca estaba llena de cicatrices. Riachuelos de cicatrices, donde el agua bendita había sido derramada en la más bella de las caras. Más cicatrices corrían por el lado derecho de su cuerpo, ocultas bajo la ropa.

El reportero de la corte le miró tan quieto, como si hubiera dejado de respirar. Asher lo vio y se puso rígido a mi lado. Tal vez porque sabía que con un movimiento de cabeza pudiera mostrar las cicatrices y revelar lo que a su vez era su adoración al horror, o la compasión. Me tocó el brazo.

—Vamos.

Caminamos hacia mi Jeep. Normalmente, se deslizaba, como si nunca los pies tocaran la grava, pero simplemente flotaba por encima. Esta noche caminó casi tan fuerte como un ser humano.

Ninguno de los dos habló hasta estar dentro de mi Jeep. Tuvimos la privacidad de los coches a oscuras, nadie nos escuchaba. Me doblé mientras hablaba.

—¿Qué ha pasado?

—Musette llegó hace una hora.

Puse el Jeep en marcha y comencé a conducir con cuidado sobre la arena alrededor de los coches de policía todavía estacionados. Saludé con la mano a Nichols cuando pasamos, y él devolvió el saludo, encendiendo un cigarrillo con la otra mano.

—Pensé que había terminado de negociar sobre cuántas personas más podía llevarse con ella.

—Parece que no. —Su voz tenía una tristeza tan densa que podría haberse exprimido, con lágrimas en su taza. La voz de Jean-Claude era mejor para compartir la alegría, la seducción, pero Asher era el maestro de compartir las emociones más oscuras. Me miró. Estaba mirando al frente, su cara muy quieta, ocultando lo que estaba sintiendo.

—Entonces, ¿no rompe algún tratado o ley o algo por la invasión de nuestro territorio?

Asintió con la cabeza, el pelo se deslizó por su cara, escondiéndose de mí. Odiaba verle ocultarme sus cicatrices. Lo encontraba hermoso, cicatrices y todo, pero nunca me creyó del todo. Creo que pensaba que la atracción era parte de los recuerdos de Jean-Claude en mi cabeza, y parte por piedad. No había piedad, pero no podía negar la memoria de Jean-Claude. Era el siervo humano de Jean-Claude, y me dio todo tipo de beneficios colaterales interesantes. Uno de esos beneficios eran atisbos de memorias de Jean-Claude.

Me acordé de la piel de Asher fría y como la seda en la punta de mis dedos, cada centímetro de su impecable cuerpo. Pero fueron los dedos de Jean-Claude los que habían hecho el contacto, no los míos. El hecho de que recordaba el tacto de la piel de Asher tan fuerte incluso ahora, me hizo tener el deseo de llegar a su mano, sólo para ver si la memoria era real, era sólo una de esas cosas raras que tenía que vivir. Incluso si Jean-Claude hubiera estado en el coche, no tocara ni a Asher. Habían pasado siglos desde que habían sido parte de un *ménage à trois* con Julianna, siervo humana de Asher. Julianna había sido quemada como una bruja por las mismas personas que habían utilizado el agua bendita para limpiar el mal de Asher. Jean-Claude había sido capaz de salvar a Asher, pero había sido demasiado tarde para Julianna. Ninguno de los hombres había perdonado a Jean-Claude, por su tardanza.

—¿Si Musette violó la ley, no podemos castigarla, o echarla de nuestro territorio? —Estaba en el borde del cementerio, ahora, mirando hacia el tráfico inexistente.

—Si se tratase de otro maestro vampiro que hubiera llegado tan groseramente, entonces estaríamos en nuestro derecho de matarla, pero es Musette. Como lupa que eres para los hombres-lobo, por lo que Musette es de Belle… —Parecía estar buscando la palabra—. No sé la palabra en Inglés, pero en francés, Musette es la *bourreau* (verdugo). Ella es nuestro hombre del saco, Anita, y lo ha sido, por más de seiscientos años.

—Bien —dije—, ella me da miedo, lo acepto, pero eso no cambia el hecho de que invadió nuestras tierras. Si dejamos que se salga con la suya, lo hará otra vez.

—Anita, es más que eso. Ella es la… —parecía que buscara a tientas una palabra de nuevo. Se estaba olvidando de todas las palabras inglesas

decían lo asustado que estaba—. El Navío, ¿por qué no puedo pensar en el inglés para esto?

—Estás molesto.

—Tengo miedo —dijo—, pero Belle Morte ha hecho a Musette su buque. Enfadar a Musette es dañar a Belle.

—¿Literalmente? —pregunté, mientras salía a Mackenzie.

—No, es más como una cortesía de la magia. Musette ha dado su sello, su anillo de la oficina, lo que significa que Musette en efecto habla por Belle, nos vemos obligados a tratarla como si tratáramos con Belle Morte. Esto fue tan inesperado.

—¿Cómo influye este buque en lo que tenemos que hacer? —pregunté. Estábamos junto al semáforo de Watson, mirando al McDonald's y el Banco de Union Planters.

—Si Musette no fuera el *vaisseau* (buque) de Belle, entonces podríamos castigarla por llegar temprano y romper las negociaciones. Pero si se castigara a su empresa, entonces esto significaría que podríamos hacer lo mismo con Belle si viniera aquí.

—¿Y? ¿Por qué no íbamos a castigar a Belle por entrar en nuestro territorio tan groseramente, como tú dices? —Asher me miró, pero no podía mantener el contacto visual porque el semáforo finalmente había cambiado.

—No entiendes lo que estás diciendo, Anita.

—Explícamelo entonces.

—Belle es nuestro *sourdre de sang* (fuente de sangre), nuestra fuente de cabeza. Ella es nuestra línea de sangre. No podemos hacerle daño.

—¿Por qué no?

Me miró de frente, dejando caer el pelo hacia atrás para que su rostro se mostrara completo. Creo que estaba demasiado sorprendido por mi pregunta como para preocuparse por esconderse.

—No se hace, eso es todo.

—¿Qué no se hace? ¿Defender nuestro territorio?

—Atacar su línea y su *sourdre de sang*, su fuente de sangre, no es sólo hacerlo.

—Y vuelvo a decir, ¿por qué no? Belle ha nos ha insultado. No al revés. Jean-Claude ha negociado de buena fe. Es Musette la que ha sido el pequeño vampiro malo. Y si viene con la bendición de Belle, entonces Belle está abusando de su poder. Cree que sólo tendremos que tomar todo

lo que ella reparte.

—¿Pretexto? —Lo hizo una pregunta.

—Lo que hace con nosotros, piensa que sólo tendremos que aceptarlo, sólo entenderlo y aceptarlo sin quejarnos.

—Ella tiene razón —dijo Asher. Le fruncí el ceño, luego me giré, aún con el ceño fruncido, miré la carretera.

—¿Por qué? ¿Por qué no debemos tratar a cualquier amenaza o insulto por igual?

Pasó la mano por su pelo grueso, quitándolo de su rostro. Las farolas cruzaban su rostro en luz y sombra. Nos detuvimos en otro semáforo con una camioneta junto a nosotros con su ventana justo al lado de la nuestra. La mujer tras el volante nos miró, y luego volvió. Sus ojos se dieron la vuelta, y Asher no se dio cuenta. La miré y ella miró, avergonzada por haber sido sorprendida mirando. Los estadounidenses se les enseña a mirar a todo lo que no es perfecto. Es como mirar para que sea más real. No le hice caso, se le pasaría.

Asher no se dio cuenta que el semáforo cambió y avancé. Era la exposición de su rostro a los extraños, y sin advertir el efecto que estaba teniendo. No importaba cuan enfadado estaba, no importaba cuán triste, no importa cuán nada, nunca se olvidaba de las cicatrices. Dominaban sus pensamientos, sus acciones, su vida. Para él, para olvidar dijo más que nada la gravedad de la situación, y todavía no entendía por qué.

—No lo entiendo, Asher. Nos Defendimos cuando los miembros del Consejo invadieron nuestro territorio un tiempo atrás. Ellos nos hicieron daño, hicimos todo lo posible para matarlos. ¿Por qué es diferente? —Se soltó el cabello y lo hizo girar en su lugar como una cortina. No creí que fuera menos molesto, era sólo un hábito.

—La última vez no fue Belle Morte.

—¿Qué importa eso?

—*Mon Dieu*, ¿no entiendes lo que significa que Belle es la madre de nuestra línea?

—Aparentemente no lo hago, explícamelo. Vamos al Circo de los Malditos, ¿verdad? Tomará un tiempo llegar allí. Tendrás tiempo suficiente.

—*Oui*. —Miró por la ventana del Jeep, como si estuviera buscando inspiración en las luces, los centros comerciales y restaurantes de comida rápida. Por último, se giró hacia mí.

—¿Cómo puedo explicarte lo que nunca has entendido? Nunca tuviste un rey o una reina, como todos los estadounidenses y jóvenes, y no entiendes la obligación debida a un señor feudal. —Me encogí de hombros.

—Creo que no.

—Entonces, cómo podrías entender qué es lo que le debemos a Belle Morte, y cómo sería… Traición levantar la mano contra ella. —Sacudí la cabeza.

—Esa es una gran teoría, Asher, pero he tratado con la suficiente política vampiro para saber una cosa. Si dejamos que nos empujen, lo verán como un signo de debilidad, y van a empujar y empujar hasta que vea lo débiles, o lo fuertes que somos.

—No estamos en guerra con Belle Morte —dijo.

—No, pero si ella piensa que somos lo bastante débiles, podríamos ser los próximos. He visto cómo operáis. El pez vampiro, el pez grande, se come al pequeño vampiro. No podemos darnos el lujo de que Musette o Belle piensen que somos peces pequeños.

—Anita, todavía no entiendes, que somos peces pequeños, en comparación con Belle Morte, somos peces muy pequeños.



CINCO

Tuve un momento difícil para creer que somos peces pequeños. Tal vez no peces grandes, pero eso no era lo mismo que ser muy poco. Pero Asher estaba tan convencido de ello, obviamente que no discutí.

Llamé desde el teléfono celular y deje mensajes en la ciudad sobre la reciente llegada de Musette. Richard podía seguir enojado conmigo, pero seguía siendo el otro tercio de nuestro triunvirato de poder; Ulfric, Jean-Claude Maestro de la ciudad, y yo una nigromante. Richard es el animal que Jean-Claude puede llamar, y yo era su sirviente humano, para bien o para mal lo hicimos. También llamé a Micah Callahan, que era mi Nimir-Raj y se ocupaba de toda la manada de leopardos, cuando tenía que atender otras cosas. Yo estaba tan a menudo envuelta en otras cosa que necesitaba su ayuda. Micah también era mi novio, junto con Jean-Claude. Ninguno de ellos me nublaba la mente, aunque todavía me hacían sentir incómoda. Fui criada para creer que una chica no puede estar con dos hombres a la vez, al

menos no en serio.

Solo me contestaron las máquinas, y dejé mensajes que fueran lo más tranquilos y calmados que pude. ¿Cómo se puede dejar mensajes de teléfono como este? «*Hola, Micah, soy Anita, Musette ha llegado a la ciudad a principios de la semana, invadiendo el territorio de Jean-Claude. Asher y yo nos dirigimos al circo ahora, si no sabes de mí al amanecer, envía ayuda. Pero no llegues hasta el circo antes a menos que te llame personalmente*». —Cuanto menor sea el número de personas en la línea de fuego mejor—. Dejé que Asher dejara el mensaje en la máquina de Richard, a veces borraba los mensajes que le dejaba sin que los escuchara. Dependía de cómo de mal estuviera su estado de ánimo ese día. Aunque se había deshecho de mí, no al revés, actuó como si fuera la parte herida y me echó la culpa de todo. Le di el mayor espacio que había podido, pero había veces, como ahora, cuando probablemente íbamos a tener que trabajar juntos para mantener a toda nuestra gente viva y saludable. La supervivencia prevalece sobre el dolor emocional. Se tenía que hacer. Tenía la esperanza de que Richard lo recordara.

El Circo de los Malditos, era una combinación de un drama de acción en vivo con temas aterradores; tradicionales, sí, actuaciones macabras de circo, un carnaval completo con paseos, juegos, palomitas de maíz, pasteles de embudo, y un espectáculo que daría incluso pesadillas.

Detrás del circo estaba oscuro y silencioso. La música de Calíope que sonaba delante era un sueño lejano al estar aquí por una vez que sólo había llegado al circo para matar vampiros. Ahora utilizaba el estacionamiento de empleados. ¡Oh, cómo los poderosos han caído!

En realidad estaba a pocos pasos del Jeep, cuando me di cuenta de que Asher todavía estaba sentado en el coche, inmóvil. Suspiré y volví al coche. Tuve que tocar en la ventana para que me mirara. Casi esperaba que saltara, pero no lo hizo. Giró su rostro hacia mí como si estuviera dentro de una pesadilla, quién sabe si se movía demasiado rápido el monstruo iría a por ellos.

Esperaba a que abriera la puerta, pero me miró. Tomé una respiración profunda y conté lentamente. No tenía tiempo para ayudarle a sanar sus heridas emocionales. Jean-Claude, mi novio, se establecía en el circo, entreteniendo al coco de los vampiros. Asher me había dicho que no había dañado a nadie aún. Pero en realidad no le creí hasta que vi a Jean-Claude, tocándole la mano. Por mucho que hubiera cuidado a Asher, no tenía

tiempo para esto. Ninguno de nosotros lo hizo.

Abrí la puerta. Sin embargo, no se movió.

—Asher, nos están esperando. Te necesitamos esta noche.

Sacudió la cabeza.

—Debes saberlo. Anita, Jean-Claude no me mandó porque podía viajar más rápido que ningún otro. Me envió para que estuviera lejos de ella.

—¿No se supone que tienes que volver con él? —pregunté.

Sacudió la cabeza otra vez, todas aquellas olas doradas nadando alrededor de su cara. Sus ojos eran de un azul hielo a la luz del techo.

—Soy su *témoin*, su segundo, tengo que volver a dentro.

—Entonces vas a tener que salir del Jeep —dije.

Se miró las manos, sujetas sobre su regazo.

—Ya lo sé. —Pero todavía no se movió.

Puse una mano sobre la puerta y otra en el techo, inclinándome sobre él.

—Asher… Si no puedes hacer esto, ve a mi casa, te escondes en el sótano, tenemos un ataúd extra.

Fue cuando levantó la vista entonces. Había ira en su rostro.

—¿Dejarte ir allí sola? No, nunca. Si algo te pasara… —Miró hacia abajo de nuevo, su pelo escondió su rostro como si fuera una cortina—. No podría vivir con el conocimiento de que te hubiera fallado.

Suspiré de nuevo.

—Muy bien, gracias por el sentimiento. Sé lo que quieres decir, pero eso significa que tienes que salir del coche.

Una ráfaga de viento golpeó contra mi espalda, demasiado viento, como el viento que Asher había planteado en el cementerio. Saque mi arma al tiempo que caía sobre una rodilla Damián aterrizó delante de mí. El cañón de la pistola estaba dirigido hacia la parte baja de su cuerpo. Si hubiera estado un poco más bajo de seis metros, habría sido a la altura de pecho.

Se me escapó un suspiro lentamente y saque mi dedo fuera del gatillo.

—Maldición, Damián, me asustaste, y esto no puede ser nada saludable.

Se postro a mis pies.

—Lo siento —dijo—, pero Micah quería que alguien más fuera contigo. —Extendió las manos, mostrándome que estaba desarmado e inofensivo. Podría estar desarmado, pero inofensivo, nah, nunca. No era

sólo que Damián era guapo, muchos de los hombres, muertos y vivos, son guapos. Su cabello le caía en una cortina recta, de seda, color escarlata, como un derrame de sangre. Era lo que el pelo rojo parecía después de más de seiscientos años de no estar expuesto al sol. Parpadearon sus hermosos ojos verdes debido a las luces sobrecargadas de las farolas. Un verde que cualquier gato envidiaría. Los ojos eran tres tonos más brillantes que la camiseta que tenía pegada a su torso como segunda piel. Pantalones Negros sobre zapatos de vestir negros. Un cinturón negro con hebilla de plata completaba el equipo. Damián no se había vestido para salir, sólo había usado pantalones y zapatos de vestir. La mayoría de los vampiros que acababan de llegar de Europa no se sentían cómodos con vaqueros y zapatillas de correr.

Sí, fue un placer para la vista, pero no era peligroso. El hecho de que quisiera tocarlo, para colocar mis manos sobre la piel blanca de sus brazos. Ese era el peligro. No era el amor, o incluso la lujuria. A través de una serie de accidentes y emergencias, había obligado a Damián a ser mi siervo vampiro. Eso era imposible, me refiero que a los vampiros tienen sirvientes humanos, pero los humanos no tienen las funciones de vampiros. Estaba empezando a entender por qué el Consejo mataba a todos los nigromantes a la vista. Damián estaba brillante con una buena salud, lo que significaba que recientemente se había alimentado con alguien, pero sabía que había sido una víctima voluntaria, porque le había prohibido la caza. El haría exactamente lo que decía, ni más ni menos. Me obedecía en todas las cosas, porque no tenía otra opción.

—Sabía que podía llegar aquí antes de que entraras —dijo.

—Sí, volar tiene sus beneficios. —Sacudí la cabeza y guardé mi arma. Tuve que frotar mi mano en mi falda para evitar tocarlo. La palma de mi mano me dolía por acariciar su piel. No era mi amante, o mi novio, pero anhelaba su contacto cuando estaba cerca de mí, de manera que se sentía inquietantemente familiar.

Tomé una respiración profunda que pareció sacudirme un poco.

—Le dije a Micah que no enviara a nadie hasta que me enterara de qué se trataba.

Damián se encogió de hombros, con las manos arriba.

—Micah me dijo, ve, así que aquí estoy.

Mantuvo su cara cuidadosamente en blanco. Había una tensión que decía que estaba esperando que castigara al mensajero.

—Tócalo —dijo Asher.

Su voz salió tranquila detrás de mí, me hizo saltar, pero al menos había salido del Jeep.

—¿Qué?

—Tócalo, *ma cherie*, toca a tu siervo.

Sentí el calor subir por mi cara.

—¿Es tan obvio?

Me sonrió, pero no estaba feliz.

—Recuerdo lo que era con… Julianna —dijo su nombre en un susurro que aún llevaba el aire fresco de otoño. Me sorprendió un poco oírle decir su nombre, evitaba su nombre, si podía decirlo, o escucharlo.

—Soy el siervo humano de Jean Claude, pero no siento una enorme necesidad de tocarlo cada vez que lo veo.

Me miró.

—¿No?

Iba a decir, no, entonces tuve que pensar en ello. Quería tocar a Jean-Claude, cuando lo veía, pero así era el sexo, la prisa de ser una pareja relativamente nueva, ¿no?

Me frunció el ceño y se concentró en otra cosa.

—¿Jean-Claude siente la misma necesidad de tocarme? —Al igual que lo que sentía por Damián lo dije sin pensar.

—Casi con seguridad —dijo Asher.

Fruncí más el ceño.

—Lo esconde muy bien.

—Debido a la necesidad de no exponerte a cosas que a ti te han hecho huir. —Me tocó el codo, un toque de luz—. No tenía intención de dar a conocer algunos secretos incómodos, pero tenemos que mostrar un frente unido para… Ella, esta noche. Cuando tocas a Damián gana poder, como cuando Jean-Claude y Richard te tocan, consiguen el poder.

Tomé un profundo respiro, lo dejé escapar lentamente. Una cosa que era casi segura era que Richard no estaría aquí esta noche. No había venido cerca del Circo de los Malditos desde que nos separamos. Nos debilitó que un tercio de nuestro triunvirato hubiera desaparecido. Había prometido venir al circo en el plazo de tres meses para recibir a Musette, pero no llegaba temprano. Apuesto mi vida en eso, o tal vez era yo. ¿Quién diablos sabía lo que nos esperaba dentro del circo?

Eché una mirada de un vampiro a otro, luego, asentí con la cabeza.

Teníamos que entrar, y lo necesitaba para dejar de estar aprensiva. Asher era necesario, también, pero no podía controlar lo que hacía, sólo lo que yo hacía.

Toque el brazo de Damián, y el poder estalló entre nosotros como un soplo de viento. Le pasé la mano por la suavidad de su brazo, con todo, incluso con la punta de los dedos. Las puntas de mis dedos heridos cuando roce la cosa más fuerte. Su respiración se estremeció, deslice mi mano de izquierda a derecha, apretando alrededor de sus dedos. Mientras no apretara con demasiada fuerza, mis dedos estaban bien vendados. Sentía tanto derecho a tocarlo. Es difícil de explicar, porque tocarlo no me hizo pensar en el sexo. No era como tocar a Jean-Claude, o a Micah, o incluso a Richard. Richard y yo estábamos enfrentados, pero aún podía afectarme por estar presente. Cuando podía estar en la misma habitación con Richard y sentir que mi cuerpo se tensaba, entonces sabía que era realmente amor por él.

—No me importa que Micah enviase un refuerzo.

Sentí su mano, su brazo, su cuerpo renunciar a la tensión que no me había dado cuenta de que eso era lo que sentía. Él sonrió y me apretó la mano.

—Mejor.

—Has madurado —una voz nos llamó. Todos nos giramos para encontrar a Jason caminando hacia nosotros sobre el pavimento. Estaba sonriente, orgulloso de habernos sorprendido, creo.

—¡Maldito hombre lobo silencioso! —dije.

Llevaba pantalones vaqueros, zapatillas de correr, y una chaqueta de cuero corta. Jason era tan estadounidense como yo, nos gustaba el aspecto informal. Su cabello rubio estaba cortado como un joven ejecutivo. Le hacía parecer mayor, más adulto. De alguna manera, sin el cabello alrededor de su rostro, sus ojos se notaban más, azul, el color de un cielo de primavera, inocentes. El color había alcanzado el brillo en sus ojos.

—Un poco de calor para una chaqueta de cuero —dije.

Él abrió la cremallera de la chaqueta con un movimiento suave, y mostró su pecho y el estómago, siguió caminando hacia nosotros, sin perder el ritmo. A veces me olvidaba de que el trabajo de día de Jason era como stripper en Guilty Pleasures, uno de los otros clubes de Jean-Claude. Luego había momentos como éste cuando se las arreglaba para recordármelo.

—No tuve tiempo de vestirme cuando Jean-Claude me envió a esperarte.

—¿Por qué la prisa? —pregunté.

—Musette se ha ofrecido a compartir su *pomme de sang* con Jean-Claude, si me compartía con ella.

Pomme de sang significa literalmente, manzana de la sangre, que era la jerga de las vampiresas para alguien que era mucho más que simplemente un donante de sangre. Jean-Claude alguna vez la describió como una amante amada, pero en lugar de sexo tienes la sangre. Una mujer de cuidado, o en caso de Jason, un mantenido.

—Pensé que era una ofensa solicitar que se alimentaran del *pomme de sang* de otro vampiro —dije.

—También puede ser una gran cortesía y honor —dijo Asher—. Puedes confiar en Musette a su vez.

—Así que no está ofreciendo su *pomme de sang* en honor a Jean-Claude, ¿lo está haciendo porque sabe que él no va a querer compartir a Jason?

—*Oui* —dijo Asher.

—Genial, simplemente genial. ¿Qué otras pequeñas costumbres vampiro se van a dejar venir a picarnos esta noche en el trasero?

Él sonrió y levantó mi mano hacia sus labios para un rápido beso casto.

—Muchas, diría yo, *ma cherie*, muchas. —Miró a Jason—. En verdad, me sorprende que Musette te haya permitido salir de su presencia, sin intercambio de sangre.

La sonrisa de Jason se desvaneció.

—Su *pomme de sang* es ilegal en este país, por lo que Jean-Claude tuvo que negarse.

—Ilegal —dije—. ¿De qué manera?

Suspiró, pareciendo decididamente infeliz.

—La niña no puede tener más de quince años.

—Y es contra la ley extraer sangre de un menor de edad —dije.

—Jean-Claude le informó de esto, que es cómo he llegado a estar de pie aquí, en el frío.

—No hace frío —dijo Damián.

Jason se estremeció.

—Esa es una cuestión de opinión. —Se tapó con la chaqueta todavía abierta alrededor de su cuerpo desnudo—. Jean-Claude no quiere ser

juzgado, Anita, pero dos de los vampiros con ella son niños.

Noté que se me contrajo la cara con la ira.

—No es demasiado malo, son nuevos. Diría que varios cientos de años, mínimo. Incluso en los Estados Unidos deberían estar protegidos en virtud de la legislación actual.

Traté de aliviar algo de la tensión que sostenía. Estire la mano, porque tenía esta necesidad de tener las manos libres para las armas. No había nada con que luchar, aún no, pero el impulso todavía estaba allí.

Damián me tocó el brazo, tentativamente, temiendo que la ira se extendiera a él, creo. Mi teoría era que siempre había sido que te debías desquitar solo con el que estabas enojado. Estaba tratando de ser mejor que eso, más justa, pero maldita sea, era difícil.

Cuando no le dije que era imbécil o grité a Damián, me tocó la mano y los dedos la caricia a través de mi piel me hizo sentir más tranquila.

—¿Crees que el *pomme* de Musette se interpuso con un menor de edad sólo para ver lo qué haríamos?

—A Musette le gustan los jóvenes —dijo Asher, la voz todavía muy tranquila, no un susurro, pero cerca, como si temiera ser escuchado.

Miré a Asher. Los dedos de Damián seguían en movimiento, ligeros, sobre la parte de atrás de mi mano.

—No es una pedófila, por favor, dime que no lo es.

Sacudió la cabeza.

—No, no por sexo, Anita, pero sí por la sangre le gustan los jóvenes.

Qué asco.

—No puede tomar la sangre de cualquier persona menor de dieciocho años, mientras esté en este país. Si consigo una orden de ejecución con su nombre seré el verdugo.

—Creo que Musette fue cuidadosamente elegida por Belle Morte. Belle tiene otros que tienen hábitos menos objetables. Musette creo que es una dura prueba en el sentido tradicional de la palabra. Ha sido enviada por Belle a ponernos a prueba, especialmente a ti. Creo que contigo y tal vez Richard.

—¿Por qué recibimos un trato especial? —pregunté.

—Debido a que Belle no los conoce de verdad. A ella le gusta poner a prueba a sus súbditos antes de conocerlos, Anita.

—Yo no soy nada de ella.

Asher tenía una mirada de paciencia en su rostro.

—Ella es el *sourdre de sang*, la fuente de nuestro linaje. Belle es como una emperatriz, y todos los vampiros maestros que descienden de su línea son los reyes que le deben lealtad. Probar su lealtad significa agregar gente a la causa.

—¿Qué causa?

Dejó escapar un suspiro exasperado.

—Cualquiera que sea la causa de los deseos de la emperatriz.

Sacudí la cabeza.

—Realmente no te estás explicando aquí. —La mano de Damián seguía tocando suavemente la mía. Creo que si no me estuviera tocando, estaría más molesta.

—Belle considera que todos descienden de su línea, por lo tanto a través de Jean-Claude, Richard y tú le pertenecéis a ella. —Sacudí la cabeza y empecé a hablar. Asher levantó la mano—. Por favor, déjame terminar. No importa, Anita, si estás de acuerdo o no, tú y Richard pertenecéis a Belle. Sólo importa lo que ella cree. Te ve como un arma más en su arsenal. ¿Puedes entender eso?

—Entiendo lo que dices, no estoy de acuerdo en pertenecer a nadie, pero puedo ver porque Belle Morte pueda pensar lo contrario.

Asintió con la cabeza, pareció un poco aliviado, como si no hubiera estado seguro de lo que haría si hubiera seguido discutiendo.

—*Bon, bon*, entonces debes aceptar que Belle desea probar el metal de sus dos nuevas armas.

—Probar, ¿cómo? —pregunté.

—Por un lado, por la interposición de un menor de edad *pomme de sang* en América y hacer alarde delante del verdugo en sí. Musette se ha ofrecido a compartir *pomme de sangs*, entonces también puede ofrecerse para compartir servidores humanos. Se considera un gran honor hacerlo.

—¿Compartir? —pregunté inmediatamente sospechosa. Los dedos de Damián habían acelerado, pero no le dije que parara, porque la ira estaba apretando mis hombros, los brazos.

—Compartir la sangre, probablemente, porque la mayoría de los vampiros toman la sangre de sus siervos humanos. No te preocupes por el sexo, *ma cherie*, Musette no es un amante de mujeres.

Medio me encogí de hombros.

—Supongo que eso es un alivio. —Me frunció el ceño—. Si ella me considera parte de Richard y de su… Lo que sea, ¿qué pasa con la manada

y Micah? ¿Belle considerará a nuestra gente de su pueblo?

Asher se lamió los labios, y supe la respuesta antes de que la dijera.

—Supongo.

—Así que Musette y la sociedad nos pondrán a prueba no sólo a mí, o a Richard, sino al resto de nuestro pueblo. —Hice una declaración.

—Es lógico pensar así —dijo.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—Odio la política de los vampiros.

—No está gritando todavía —dijo Jason—. Nunca le he visto tan tranquila después de darle las malas noticias.

Abrí los ojos y fruncí el ceño.

—Creo que es la influencia de Damián —dijo Asher.

Los ojos de Jason se dirigieron a donde Damián estaba jugando suavemente con la mano.

—¿Quieres decir que con sólo tocarla la está ayudando?

Asher asintió.

Tenía ganas de hacer que Damián dejara de tocarme, pero no lo hice, porque estaba furiosa. ¿Cómo puede alguien atreverse a entrar en nuestro territorio y ponernos a prueba? ¡Qué arrogancia! Solo por ser vampiros. Y ya estaba cansada, cansada de los juegos que venían. Si Jean-Claude me dejaba disparar a todos en la fiesta de esta noche con Musette, se ahorraría un montón de problemas. Sabía que lo haría.

Damián dejo de jugar con mi mano tomando su mano en la mía y la apretó con firmeza. El borde de mi ira se suavizó. Todavía estaba enojada, pero era distante, manejable. Maldita sea, Asher tenía razón. No me gustó. Odiaba la mierda metafísica que estaba apareciendo a mí alrededor porque me había acercado más a un Vampiro. ¿Por qué por una vez esta mierda no trabajaba sin hacer *touché* a todos los demás? Jason nos miraba con una extraña expresión en su rostro.

—Creo que debemos dejar a Damián junto a Anita esta noche.

—¿Crees que Musette va tratarme tan mal? —pregunté.

—No hizo daño a nadie, sin embargo todos estaban aterrorizados. Yo estaba jodidamente aterrorizado, y no podía decir por qué. Ella es una cosa linda rubia, y es hermosa como una muñeca Barbie de tamaño natural, con senos más pequeños, pero oye un hombre no necesita más de un trago, ¿verdad?

—Tiene más para compartir —dije.

No me sonrió. Su rostro era demasiado grave.

—Normalmente, no me importaría que un vampiro hinque sus hermosos colmillos en mí, pero Anita, no quiero que esta chica me toque. —Parecía asustado, de repente, asustado y aún más joven que sus veintidós años—. No quiero que me toque. —Se quedó mirándome con ojos embrujados—. Jean-Claude me prometió que Musette no sería un vampiro que tomase todo de ti. Pero no importa, aún tengo tanto miedo de ella que hace que me duela el estómago.

Estiré la mano libre, y Jason vino a mí. Me abrazó y pude sentir los escalofríos a través de él. Tenía frío, pero no el tipo de frío que la ropa extra pueda arreglar.

—Vamos a mantenerla lejos de ti, Jason.

Me abrazó tan fuerte que era difícil respirar, y habló con su cara en mi cuello.

—No prometas cosas que no puedes manejar, Anita.

Abrí la boca sólo para prometer eso, cuando me interrumpió Asher.

—No, Anita, no prometas un paso seguro a cualquiera de nosotros, todavía no, no hasta que cumpla Musette.

Me aparté de Jason y miré a Asher.

—¿Si mejor le meto una bala en cuanto entremos a la sala de Belle?

Palideció, y eso es un buen truco para un vampiro, incluso uno que está alimentado.

—No se puede, no debes, Anita… Te lo suplico.

—Sabes que si la mato esta noche, todos nos sentiríamos más seguros.

Abrió la boca, la cerró, la abrió.

—Anita, *ma cherie*, por favor…

Jason se apartó de mí y me hizo un gesto con las manos. Damián estaba en mi espalda, con las manos sobre mis hombros. En el momento en que me tocó, me sentí mejor, no exactamente más tranquila, ni más clarividente. Porque tenía razón, había que matar esta noche a Musette. A corto plazo me ahorraría muchos problemas. Pero a largo plazo, Belle Morte, tal vez todo el Consejo, entraría en sesión y nos matarían. Ya lo sabía. Con las manos de Damián amasando suavemente la tensión muscular de los hombros incluso podía estar de acuerdo con él.

—¿Por qué el toque de Damián me hace sentir que quiero matar menos a las cosas? —pregunté.

—He notado que pareces tener algo de calma, una capa extra de

reflexión antes de apretar el gatillo cuando estás en contacto conmigo.

—Jean-Claude no está un poquito menos despiadado cuando estoy cerca de él.

—Sólo se puede ganar del siervo lo que el siervo tiene que ofrecer —dijo Asher—. Yo diría que has ayudado a que Jean-Claude sea más implacable, no menos, porque esa es tu naturaleza. —Miré al vampiro de pie detrás de mí—. Damián ha sobrevivido durante siglos con una señora que no toleraba la ira, ni el orgullo. Su voluntad y ella sola se lo permitieron. Damián ha aprendido a ser menos enojón, menos cruel, o de no hacerlo lo habría destruido hace tiempo.

Las manos de Damián se habían quedado muy quietas contra de mis hombros. Me dio unas palmaditas en una de mis manos a la manera en que acariciaría a un amigo que estaba escuchando las malas noticias.

—Está bien, Damián, ella no te puede tocar ahora.

—No, Jean-Claude ha negociado mi libertad con ella, y siempre tendré con él una deuda. Pero eso no tiene nada que ver con los juramentos de sangre o votos de vampiros. Se lo debo por haberme librado de una terrible esclavitud.

—Si no puedes mantener a Anita lejos de hacer algo esta noche desafortunada, entonces tendrás que pagar parte de esa deuda —dijo Asher.

Me incliné hacia Damián.

—Entonces vamos a ir a la clandestinidad, porque sé cuál es la edad de Musette y no tengo miedo de ella, no tanto como me temo a mí misma.

Me giré y pude ver la cara de Damián.

—¿Estás insinuando que el miedo a Musette es sólo un poco menos de lo que tu harías?

Pareció pensar en eso por un segundo, o dos, luego asintió lentamente.

—Le temo más a mi viejo maestro, pero sí, temo a Musette.

—Yo tengo miedo de ella —dijo Asher.

Damián asintió.

—Yo también.

Puse la parte superior de mi cabeza contra el pecho de Damián, sacudiendo la cabeza hacia atrás y hacia adelante, arruinando mi pelo, pero no me importaba.

—¡Maldita sea! Si sólo me dejara matar esta noche, ahora, me ahorraría muchos problemas. Tengo razón, sabes que tengo razón.

Damián se plantó ante mí mirándome a los ojos.

—Si matas a Musette, luego, Belle Morte destruirá Jean-Claude.

—¿Qué pasa si Musette hace algo realmente terrible?

Damián miró detrás de mí hacia Asher. Me giré para poder ver el intercambio de miradas de los vampiros. Asher finalmente habló:

—No me gustaría deciros que en ningún caso vamos a matar a Musette, porque puede llegar un momento en que ella no te dé otra opción. No quiero que te pongas en peligro por dudar, si ese momento llega. Pero creo que Musette jugará el juego político muy bien y no te dará una excusa tan horrible como eso.

Suspiré.

—Si esta noche no te esposas a Damián, Anita, nunca vas a mostrar demasiado a Musette —dijo Jason.

—No creo que sea necesario —dijo Asher—. ¿Verdad, Anita?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Además, me acaban de quitar las esposas.

Jason tiró de un par de bolsillo de su chaqueta.

—Me puedes pedir prestadas las mías.

Fruncí más el ceño.

—¿Qué estabas haciendo bailando con un par de esposas? —Levanté mi mano—. Espera, no quiero saberlo.

Me sonrió.

—Soy un bailarín, Anita, uso todo tipo de accesorios.

Por un lado, era bueno saber que Jason no llevase las esposas alrededor de su propia vida amorosa. Por otra parte, no estaba segura de querer saber que las esposas eran parte de sus accesorios como stripper. ¿Qué tipo de muestra estaban haciendo en Guilty Pleasures en estos días? Espera, realmente no quiero una respuesta a esa pregunta.

Todos acudieron a la puerta de atrás del Circo de los Malditos. Nosotros no utilizamos las esposas de Jason, pero sí terminé caminando por todas las escaleras de la mano de Damián. Había una lista creciente de personas que caminaban de la mano lo habrían encontrado romántico o excitante. Damián no estaba en la lista, es una lástima.



SEIS

Muy por debajo del Circo de los Malditos existía lo que parecían ser millas de salas subterráneas. Antes había sido el hogar del maestro de la Ciudad de St. Louis, quien quiera que éste fuera, por tanto tiempo que nadie recordaba. Sólo el gran almacén había cambiado, Jean-Claude lo había modernizado, redecorado algunos de ellos, pero nada más. Todavía sólo era un conjunto de piedras y antorchas.

Para suavizar el aspecto de la dura piedra, Jean-Claude había utilizado grandes cortinas de gasa para recubrir las paredes del salón. El exterior era blanco, pero una vez que se separaban de la primera serie de tapices las cortinas eran de plata y oro blanco. Jason se colocó junto a las cortinas, cuando Jean-Claude se abrió paso a través de la puerta.

Me tragué mi saludo. Llevaba pantalones de piel de cuero ajustados metidos en unas botas altas, así que era difícil saber dónde empezaban los pantalones y dónde terminaban las botas. La camisa era una de sus camisas

típicas, fechadas alrededor de 1700, con volantes en las mangas y el cuello. Pero el color de la camisa de seda era especial, nunca lo había visto, era una mezcla entre azul celeste y azul marinero. Sus ojos de medianoche se volvían más intensos mientras que su rostro estaba como siempre, impecable, impresionante. Era como siempre, como un sueño húmedo viniendo a la vida, demasiado hermoso para ser real, demasiado real para ser seguro.

Sentía mi corazón bombear en mi garganta. Quería arrojarme sobre él, para envolverme a su alrededor como una manta. Quería que todos sus negros rizos barrieran a lo largo de mi cuerpo para que fuera acariciado por su suavidad. Lo quería. Casi siempre lo quería, pero esta noche, lo quería más. Con todo lo que estaba sucediendo y lo que faltaba aun por suceder en lo único que podía pensar era en tener sexo, sexo con Jean-Claude.

Se acercó a mí, y tendió una de sus manos para acariciarme. Si ponía un solo dedo sobre mí, no estaba segura de controlarme.

Parecía perplejo, y oí su voz en mi cabeza:

—¿Qué está mal, *ma petite*?

Todavía no tenía aprendido el truco de hablar de mente a mente al dedillo, así que no lo intenté. Levanté la mano izquierda y señalé el reloj, eran las diez de la noche.

Me sentía como la Cenicienta, que tenía todas las noches que estar en casa antes de la medianoche. Le había dicho a mis compañeros de trabajo que era la hora del almuerzo, y en realidad me encontraba allí para alimentarme. Pero lo que tenía que alimentar cada doce horas, no tenía nada que ver con mi estómago, sino otro lugar de mi cuerpo.

Jean-Claude puso los ojos como platos. Mientras hablaba en mi cabeza.

—*Ma petite*, por favor, dime que has alimentado ya el *ardeur*.

Me encogí de hombros.

—Hace doce horas. —No me molesté en bajar la voz, los vampiros detrás de las cortinas iban a oírme sin problemas, así que utilicé un tono normal de voz. No iba a ser capaz de ocultar el *ardeur* de todos modos. El *ardeur* era uno de los efectos secundarios de ser el siervo humano de Jean-Claude. En otra época, Jean-Claude habría sido considerado un íncubo, porque podía alimentarse de la lujuria. No sólo pensando en ella, sino haciendo que otros sintieran lujuria atreves de él. En una emergencia, podía alimentarse de la lujuria y renunciar a beber sangre durante unos días. Es muy raro que un vampiro tenga tal poder. Sólo conocía a otro vampiro que

tenía un poder parecido, la antigua ama de Damian, ella podía alimentarse del miedo.

Bella Morte, por supuesto, fue la que creó el *ardeur*. Ella lo había utilizado durante siglos para manipular a reyes y emperadores. Jean-Claude fue uno de los pocos vampiros de su línea de sangre, en heredar este poder en particular. Y claro, que yo sepa, era la única Sierva Humana que había heredado sus poderes.

El *ardeur* al principio despertó en una vampiresa, que lo controlaba al igual que la sed de sangre, entonces poco a poco había aprendido a controlarlo. O ese era el plan. Desde que yo lo tenía, me había golpeado como el infierno, de modo que tenía que alimentarlo cada doce horas. Era una liberación no tener que recurrir al coito, sino que simplemente bastaba un contacto sexual. Todas las viejas historias sobre súcubos e íncubos eran ciertas. No podía alimentarme de la misma persona cada vez. Micah permitía que me alimentara de él. Jean-Claude había estado esperando para compartir el *ardeur* conmigo durante muchos años, aunque claro, él tenía pensado alimentarse de mí y no al revés. Me había visto obligada a tomar a Nathaniel, uno de mis leopardos, lo había convertido en mi propia versión de un *pomme de sang*. Vergonzoso como el infierno, pero era mejor vencer a los demonios que abusar sexualmente de hombres extraños. Era muy duro convertirse en una lujuriosa como Belle Morte.

El plan para esta noche era ir a mi casa y reunirme con Micah, pero por el contrario estaba aquí, en el circo. Eso no era del todo malo, Jean-Claude siempre estaba dispuesto. Lamentablemente, teníamos grandes vampiros malos en la habitación contigua, y no pensaba hacerlos esperar mientras tenía relaciones sexuales con Jean-Claude. Sería una corazonada, pero sospechaba que para Musette sería incluso agradable.

El problema era que para mí, el *ardeur* no era nada agradable.

Los hombres estaban todos de pie, a mi alrededor con cara de ¡oh, no pienso decir nada ni aunque me pagues! Estábamos todos mirando a Jean-Claude esperando una respuesta.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Pareció perdido durante un momento y luego comenzó a reír. Su risa me hizo temblar, tanto que Damián tuvo que sujetarme para que no me cayera. Esperé que el *ardeur* se extendiera sobre su cuerpo como una enfermedad contagiosa, pero no lo hizo. En el momento en que me él me tocó, el *ardeur* retrocedió como el mar alejándose de la orilla. Me sentí

iluminada y limpia, lúcida. Me agarré del brazo de Damián como si fuera mi único soporte.

Me giré para ver los ojos de Jean-Claude. Parecía muy serio de repente.

—Lo siento también, *ma petite*.

Tanto Jean-Claude como yo, sabíamos que a través de la práctica llegaríamos a tener un mínimo de control. Él siempre me ayudaría. Pero cuando no estábamos concentrados, el fuego ardía a través de nuestra piel, con una fuerza abrumadora.

Sentí el olor de Damián como un toque fresco, lo notaba en mi lengua.

Sabía que Damián me quería, de esa manera anticuada y buena que iba muy bien con corazones y flores, pero también con todo lo relacionado con la lujuria. Me anhelaba como también hacía con mi sangre, porque sin mí moriría. Damián tenía más de seiscientos años de edad, pero nunca sería un vampiro maestro. Lo que significaba que, literalmente, su amante original había hecho latir su corazón, manteniéndolo con vida.

Entonces, Jean-Claude, había sustituido a su creadora y final y accidentalmente yo había llegado a su vida, y eran mis poderes de nigromante los que hacían que Damián cada noche, volviera del sueño.

Me había horrorizado, en efecto, tenía una mascota vampiro. Traté de ignorarlo durante muchos meses, huyendo de él y de otras tantas cosas, pero finalmente me di cuenta de que a Damián no lo podía pasar por alto.

Si me separase de Damián, primero se volvería loco y entonces moriría de verdad. Por supuesto, mucho antes de que se desvaneciera, los demás vampiros abrían tenido que ejecutarlo. No puedes tener a un vampiro de seiscientos años de edad haciendo una mala y endemoniada carrera alrededor de la ciudad, matando a gente. Es malo para el negocio. ¿Cómo es que sabía lo que pasaría si me negaba a Damián? Durante los primeros seis meses no había sido consciente de Damián. Se había vuelto loco y había matado a inocentes. Jean-Claude lo había encarcelado, esperando a que volviera a casa, que me pusiera a la altura de mis responsabilidades, en lugar de ignorarlas. Damián había pagado un precio muy alto por mi error.

Volví a mirar a Jean-Claude. Seguía siendo hermoso, pero ahora podía mirarlo sin querer tocarlo como un pulpo por todas partes.

—Esto es increíble —dije.

—Si hubieras dejado que Damián te tocara, lo habrías descubierto antes —dijo Jean-Claude.

Hubo un tiempo, no hace mucho, que me hubiera resentido porque me

recordaran mis propios defectos, pero una de mis nuevas virtudes, era no discutir acerca de todo. Escoger mis batallas, ese era el objetivo.

Jean-Claude asintió con la cabeza, se acercó hasta mí, y me tendió la mano.

—Mis disculpas por la indiscreción de antes, *ma petite*, pero soy el maestro de la ciudad y no un simple peón del *ardeur*.

Me quede mirando su mano, tan pálida, de dedos largos y agraciada. Incluso sin la interferencia del *ardeur*, siempre era fascinante de tantas formas que no tenía palabras para describirlo. Tomé su mano, mientras que todavía me mantenía aferrada al brazo de Damián. Los dedos de Jean-Claude se cerraron alrededor de los míos y mi corazón se quedó en calma. El *ardeur* no me atravesó.

Se llevó mi mano a la boca, lentamente, rozó con sus los labios mis nudillos. No pasó nada. Corría el riesgo de una caricia de sus labios, deslizándose a lo largo de mi piel. Me hizo perder el aliento, pero el *ardeur* no se levantó.

Se puso de pie, mi mano aún en la suya. Sonrió, esa sonrisa brillante que tanto me gustaba porque era real, o tan cerca de lo real que podía ser. Había pasado siglos educando su rostro, cada movimiento perfeccionado, para ser cortés, para gracioso y sobretodo, para no mostrar nada.

—Ven, *ma petite*, vamos, vamos a cumplir con nuestros clientes.

Asentí.

—Claro.

Me envolvió a través de su brazo y miró a Damián.

—Toma el otro brazo, *mon ami*, vas a ser su escolta en el interior de la habitación.

Damián reiteró la mano en la suave y musculosa piel de su antebrazo.

—Con mucho gusto, maestro.

Normalmente, a Jean-Claude no le gustaba que sus vampiros lo llamaran maestro, pero esta noche teníamos que ser formales. Estábamos tratando de impresionar a gente que no había sido impresionada por nada, en siglos.

Asher dio un paso adelante para alzar las cortinas, Jason fue al otro lado, y tiraron de las cortinas hacia un lado para que pudiéramos entrar sin tener que apartarlas. Esa era una de las razones de por qué había tapices sobre las puertas.

La única desventaja de tener a un vampiro atractivo en cada brazo, era

que no podía ir por mi pistola rápidamente. Por supuesto, si tuviera que tomar un arma tan pronto nada más pasar la puerta, entonces la noche iba a ser mala. Ya era bastante malo no saber si sobreviviríamos esta noche.



SIETE

Mussete estaba de pie junto a la chimenea de ladrillo blanco. Tenía que ser ella, ya que era la única Barbie que había en la habitación, y era exactamente como Jason la había descrito. Jason podía tener un montón de defectos, pero impreciso a la hora de describir a una mujer no era uno de ellos.

Era realmente pequeña, por lo menos 7 cm más baja que yo. Mediría apenas 152 cm y sí estaba usando tacones debajo del vestido blanco sería todavía más baja.

Le caían ondas de pelo rubio sobre sus hombros, pero sus cejas eran negras y estaban perfectamente arqueadas. O bien se las teñía o era una de esas rubias raras que tienen el cabello de un color y el vello de otro. Sucede pero no a menudo. Tenía el cabello rubio y la piel pálida, con las cejas y las pestañas oscuras enmarcando unos ojos azules como un cielo de primavera. Me di cuenta que los tenía unos tonos más claros que Jason. Tal vez era el

contraste con esas cejas y pestañas oscuras lo que los hacían parecer todavía más claros.

Ella sonrió con una boca que parecía un capullo de una rosa roja, vi que tenía los labios pintados, y cuando me fijé pude ver que llevaba maquillaje. Estaba bien maquillada, con pequeños retoques que ayudaban a realzar esa belleza casi infantil. Su «*pomme de sang*» se arrodilló a sus pies como si fuera un animal de compañía. La muchacha llevaba el pelo arremolinado como una cascada de rizos castaños que le hacían parecer todavía más joven que ella. Era pálida, no tan pálida como un vampiro pero casi, y el vestido largo azul hielo pasado de moda que llevaba no ayudaba a darle precisamente un poco de color. Su esbelto cuello era suave y sin marcas. Si Mussette se alimentaba de ella, ¿por dónde la mordía? ¿Realmente quiero saberlo? En realidad no.

Había un hombre entre la chimenea y el gran sofá blanco con almohadas de color oro y plata. Era casi lo contrario a Musette. Medía como 1.82, era como un gran nadador, ancho de hombros, cintura de avispa, caderas estrechas, y con unas piernas que le hacían parecer todavía más alto. Tenía el pelo negro, tan negro como el mío pero con destellos azules, atado con una trenza. Su piel muy oscura parecía que no había visto el sol en mucho tiempo. Apuesto a que se bronceaba en poco tiempo. Sus ojos tenían un extraño color turquesa como las aguas del Caribe. Quedaban increíbles en ese rostro moreno, debía haberle dado calidez y belleza pero estaban fríos. Podría haber sido hermoso pero no lo era, la amarga expresión de su rostro robaba toda la atención, parecía como si siempre estuviera de mal humor. Tal vez era la ropa. Estaba vestido como si lo hubieran sacado de una pintura del siglo pasado. Si tuviera que ir con esa ropa también estaría cabreada.

Jean-Claude nos llevó entre los dos mullidos sillones, uno de oro, y uno de plata con sus correspondientes almohadas blancas. Se detuvo delante de la mesa blanca de café con un jarrón de claveles blancos y amarillos puestos encima.

Damián también se detuvo al instante, estaba de pie muy atento al toque de mi mano. Jason se dejó caer con gracia en una de las sillas de color oro que estaban cerca de la chimenea. Asher estaba al otro lado sentado en la silla de color plata, tan lejos de Musette como podía sin salir de la habitación.

Musette le habló en francés y Jean-Claude respondió, realmente pude

entender que le estaba diciendo que yo no hablaba francés. Entonces ella le dijo algo que no entendí y de repente cambió con un fuerte acento inglés. La mayoría de los vampiros no tienen acento, por lo menos en América, pero Musette tenía uno extraordinario. Bastante rudo y hablaba demasiado rápido, inglés o no, no sé si sería capaz de entenderla.

—Damián ha sido durante mucho tiempo un agradable invitado en nuestro territorio.

—A mí antigua amante no le importaba la vida en la corte.

—Tu amante Morvoren es un tanto rara.

Sentí como el cuerpo de Damián reaccionó ante el nombre como si le hubiesen dado una bofetada. Le acaricié la parte superior de la mano como si estuviera calmando a un niño preocupado.

—Morvoren es lo suficientemente potente para competir por un puesto en el Consejo. Incluso se le ofreció el antiguo puesto de Muevetierra. Ni siquiera ha tenido que luchar por ello. Fue un regalo. —Musette observaba a Damián, estudiaba su rostro, su cuerpo, sus reacciones.

—¿Por qué crees que ella se negó a tal recompensa? —Damián tragó, su respiración estaba entrecortada—. Como he dicho… —tuvo que aclararse la garganta para poder terminar—… a mi antigua amante no le gusta la vida del consejo. Ella prefiere su soledad.

—Pero rechazar un puesto en el Consejo sin ni siquiera haber tenido que luchar por él es una locura ¿Por qué Morvoren hace eso? —Cada vez que escuchaba ese nombre Damián se estremecía.

Entonces le dije:

—A su antigua ama le gusta la privacidad.

Mussete giró sus ojos azules hacía mí, se podía palpar la hostilidad en su mirada. Ojala no hubieras interrumpido. Pensé.

—Entonces, esta es la nueva. —Se dirigió hacia nosotros y no sólo caminaba sino que desfilaba con un increíble dominio de sus caderas. Llevaba tacones debajo de la falda, nadie consigue un desfile así sin ellos. El hombre alto y moreno se movió detrás de ella como una sombra.

La muchacha se quedó sentada delante de la chimenea, sus faldas de color azul pálido se difuminaban con el entorno como si hubiera sido preparado.

Sus manos estaban muy quietas en su regazo. Todo parecía colocado, como si le hubiera dicho tú aquí sentada y quédate hay, hasta que Mussete le dijera que se moviera. Definitivamente asqueroso.

—Te presento a Anita Blake, mi sierva humana, la primera que he llamado a mí. No hay otro, sólo hay una. —Jean-Claude me cogió la mano y me llevo con él alejándose de la mesa de café, y, de paso, de Musette. Fue casi un paso de baile, como una reverencia, o algo así. Damián siguió el movimiento, haciéndolo parecer como un juego muy gracioso. Los vampiros se inclinaron y atrapada entre ellos no tuve más remedio que hacer lo mismo. Tal vez había más de una razón por la cual Jean-Claude me había colocado en el centro.

Musette caminó hacia nosotros, haciendo ondular la falda blanca con sus caderas.

—La sierva de Asher, ¿cómo se llamaba? —Había una mirada en esos ojos azules que decía que sabía muy bien cuál era su nombre.

—Julianna —dijo Jean-Claude. Lo dijo con una voz neutral. Pero ni Asher, ni yo podríamos haber dicho el nombre de Julianna sin alguna emoción—. Ah, sí, Julianna, un bonito nombre para alguien tan común. —Ella se había colocado delante de nosotros. El hombre alto y moreno, estaba detrás de ella, resultaba amenazante con su gran tamaño. Tenía que medir unos malditos 2,15 metros de altura.

—¿Por qué Asher eligió a una mujer tan corriente? Supongo que hay algo reconfortante en las acciones de los campesinos.

Me reí antes de que pudiera pensar. Jean-Claude me apretó la mano. Damián se quedó inmóvil en la otra mano. A Musette no le gusto que me riera, eso era evidente por su rostro.

—¿Por qué te ríes muchacha?

Jean-Claude me apretó la mano lo suficiente como para hacerme algo de daño.

—Lo siento —dije—, pero llamar a alguien campesino no es un insulto muy bueno.

—¿Por qué no? —preguntó ella, y parecía realmente perpleja.

—Cualquier persona puede ver mi árbol genealógico y verá que nunca he tenido nada, mis antepasados eran soldados o agricultores. Eran campesinos y estoy orgullosa de ello.

—¿Por qué estas orgullosa de eso?

—Porque todo lo que hemos conseguido, lo hemos hecho con las manos, el sudor de nuestra frente, ese tipo de cosas. Hemos tenido que trabajar por todo lo que tenemos. Nadie nos ha dado nada.

—No entiendo —dijo.

—No sé si te lo puedo explicar —dije. En ese momento pensé que era como si Asher me tratara de explicar lo que era un señor feudal. Nunca había tenido nada en mi vida que me prepara para comprender ese tipo de obligación. Sin embargo no lo dije en voz alta, no quería plantear la idea de que le debía algo a Belle Morte. Porque no me sentía así.

—No soy tonta Anita, me gustaría entenderlo si me lo explicas claramente.

Asher se trasladó desde atrás a nuestro lado, todavía tan lejos como podía quedarse de Musette, pero fue valiente por llamar su atención sobre sí mismo.

—Ayer traté de explicarle a Anita los deberes hacia un señor feudal, y no pudo entenderlo. Es joven y americana, nunca han tenido el… Beneficio de ser gobernados aquí.

Volvió la cabeza hacia un lado, preocupada, como un pájaro justo antes de que coger un gusano.

—¿Y qué tiene que ver esto con su falta de comprensión hacía las formas civilizadas? —Un ser humano se habría lamido sus labios, Asher sólo se quedó inmóvil, silencioso. No te muevas y así el zorro no te podrá ver.

—Tú, encantadora Mussete, nunca has tenido que vivir a las órdenes de ningún señor o señora feudal. Nunca has vivido sin conocer los derechos que uno tiene como señor.

—¿*Oui*? —Lo hizo parecer una palabra fría, muy fría, como diciendo que acababa de cavar su propia tumba.

—¿Nunca has soñado con la posibilidad de ser un campesino, tal vez?, sería una experiencia liberadora.

Ella hizo un gesto con la mano cuidadosamente arreglada.

—Absurdo. Experiencia liberadora, ¿qué significa eso?

—Creo —dijo Jean-Claude—, que el hecho de que no entiendes lo que eso significa es el punto exacto de Asher.

Ella les frunció el ceño.

—No entiendo, por qué es tan importante. —Lo desestimó todo con un gesto de manos. Luego volvió su atención hacia mí, y fue aterrador. No estaba segura de qué significaba esa mirada, pero un escalofrió recorrió mi columna.

—¿Has visto a nuestros Jean-Claude y Asher?

Debí haberla mirado tan confundida como me sentía, porque se volvió e

hizo un movimiento detrás de ella, pero todo lo que podía ver era a su sirviente humana.

—Angelito, muévete para que pueda ver.

¿Angelito? De alguna manera el nombre, «angelito» no le iba bien. Se movió, y caminó hacia la chimenea. No fue hasta que llego a la chimenea que pude ver que había una pintura encima de ella, algo en el cuadro me llamó la atención.

Se suponía que iba a ser una pintura de Jean-Claude, Asher, y Julianna con ropa de la época de los Tres Mosqueteros, pero no era así. Si no hubiera habido vampiros extraños en la habitación, estoy segura de que me hubiera dado cuenta antes. ¡Oh, sí, claro que me hubiera dado cuenta!

Era una imagen de Cupido y Psique, una escena tradicional, donde Psique dormida es finalmente revelada a la vela armada de Cupido. En el Día de San Valentín, Cupido la había robado al principio. Él no era un bebé gordito asexuado con alas. Era un dios, un dios del amor.

Sabía quién había posado para Cupido, nadie había tenido nunca ese cabello de oro, tan largo, y ese cuerpo perfecto. Tenía recuerdos de lo que había sido Asher, pero nunca lo había visto así, yo no. Caminé hacia la pintura como una flor atraída hacia el sol. Era irresistible.

Asher se puso a un lado de la pintura, una mano acurrucada contra su estómago, la otra mano levantada, como si intentara coger el sueño. Su piel brillaba a la luz de las velas, sólo unos tonos más ligeros que su pelo, enmarcando su cara y sus hombros.

Estaba desnudo, pero esa palabra no le hacía justicia. La luz de las velas hacia resplandecer su piel ampliando sus hombros. Sus pezones eran como halos oscuros contra el oleaje de su pecho, el estómago era plano con la gracia de su ombligo como si un ángel le hubiera tocado esa piel perfecta y delicada dejando una huella, una línea de cabello rubio oscuro, casi rojizo, trazado en el borde de su estómago, y corriendo en una línea hacia abajo enrollándose alrededor de él, donde tenía una erección parcial, atrapado para siempre entre el sueño y la pasión. La curva de la cadera era perfecta unos pocos centímetros de piel que jamás había visto. Señalaba la curva de la línea del muslo, hacía la larga extensión de sus piernas.

Me acordé como se había sentido la curva de su cadera a través de los recuerdos de Jean-Claude. Me acordé de cómo discutían acerca de cuál era la más suave, la más perfecta. Belle Morte había dicho que la línea de sus cuerpos era lo más cercano a la perfección que había visto en un hombre.

Jean-Claude siempre había creído que Asher era el más hermoso, y Asher había creído lo mismo de Jean-Claude.

El artista había pintado unas alas blancas en la figura que dormía, tan detalladas que parecía como si se pudieran tocar. Las alas eran enormes y me recordó a las imágenes renacentistas de los ángeles. Parecían fuera de lugar en ese órgano de oro.

Psique miraba alrededor del borde de una de las alas, de modo que se cubría la parte superior del cuerpo, sin embargo, revelaba un hombro, el borde de su cuerpo, hasta la primera curva de la cadera, pero la mayor parte de su cuerpo se perdía detrás de Cupido. Fruncí el ceño por el dibujo.

Conocía ese hombro, la curva de esas costillas bajo la piel blanca. Esperaba que Psique fuera Belle Morte, me había equivocado.

Miré más allá de los largos rizos negros que no ocultaban tanto la figura sino más bien la decoraban, y la cara mirando alrededor del borde de la vela, era Jean-Claude. Me tomé un segundo para estar segura, porque parecía más delicado y hermoso de lo normal, hasta que me di cuenta de que llevaba maquillaje, como una versión antigua de él. Le habían suavizado el rostro y los labios estaban como haciendo pucheros, pero los ojos, sus ojos se mantuvieron sin cambios, con sus pestañas negras y ese color tan profundo que te ahogabas en él.

La pintura era demasiado grande para estar al lado de la chimenea y poder verla toda, pero había algo en los ojos de la figura de Cupido. Tuve que acercarme para ver un destello, suficiente para mostrar el fuego azul que había visto cuando Asher estaba hambriento.

Jean-Claude me tocó la cara, y me hizo saltar. Damián me dio un poco de espacio. Jean-Claude recogió las lágrimas de mis mejillas. La mirada en sus ojos, decía con claridad que estaba llorando por los dos. No podía permitirme el lujo de parecer débil frente a Musette pero no podía evitarlo.

Ambos nos volvimos hacia Asher, pero estaba tan lejos como la sala se lo permitía. Se había dado la vuelta, de modo que todo lo que podía ver de su cara era la caída de su cabello. Tenía los hombros levemente encorvados, como si hubiera sido golpeado.

Musette se puso al otro lado de Jean-Claude.

—Nuestra señora pensó, que ya que estáis juntos de nuevo, podríais disfrutar de este pequeño recuerdo de los días pasados.

La mirada que le dio a Jean-Claude no fue amistosa. Vi a su *pomme de sang* al otro lado de la habitación. Ni siquiera había sido consciente de que

se había alejado de la chimenea. Si los malos hubiesen querido, podrían haber hecho cualquier cosa y no me habría dado cuenta por la pintura.

—La pintura es un regalo para nuestro anfitrión, pero tenemos un regalo más personal, sólo para Asher.

Angelito se trasladó a su lado como una montaña oscura, con un cuadro mucho más pequeño en sus manos. Había restos de papel y de la cuerda que había envuelto como si fuera algo que hubiera cogido del suelo. Era la mitad del tamaño de la otra, pero, obviamente, del mismo estilo, realista, pero con colores brillantes muy Tiziano. La única luz en la pintura era la luz del fuego, del resplandor de la fragua. El cuerpo de Asher era de color oro y carmesí con la luz del fuego reflejada. Estaba desnudo de nuevo, al borde del yunque ocultando su ingle, pero con el lado derecho de su cuerpo desnudo a la luz. Incluso tenía el pelo recogido en una coleta suelta para que el lado derecho de su rostro no se pudiese ocultar. Sus brazos seguían siendo fuertes, ya que pretendían forjar la hoja que estaba sobre el yunque, pero el lado derecho de la cara, el lado derecho del pecho, del estómago, y del muslo, eran una ruina.

Estas no eran las cicatrices antiguas blancas que estaba acostumbrada a ver, se trataba de un crudo rojo descolorido, de líneas rojas, como si un monstruo las hubiese recortado y sacado de su cuerpo. De repente me sentí abrumada con un recuerdo que no era mío.

Asher estaba tendido en el suelo de una sala de torturas, liberado de las cadenas de plata, los hombres que lo habían atormentado habían sido sacrificados en torno a él, en una explosión de sangre. Se acercó a nosotros, su rostro… su rostro… Me desmayé, Jean-Claude y yo caímos al suelo, estábamos experimentando directamente lo que habíamos recordado. Damián y Jason se trasladaron a nuestro lado, pero Asher se quedó bien atrás. No le culpo en lo más mínimo.



OCHO

—Asher, ven a ver tu regalo —llamó Musette.

Damián ya estaba en el suelo junto a mí, sus manos sobre mis hombros, clavándome sus dedos. Creo que sentía miedo de lo que yo haría. Debería haberlo sabido.

Asher hablo con la voz tensa.

—Ya he visto lo particular que es. Lo sé muy bien.

—¿Quieres que volvamos con Belle Morte y decirle lo que piensas sobre su regalo?

—Puedes decirle a Belle Morte que ha conseguido exactamente lo que quería.

—¿Y qué es eso?

—Me hizo recordar lo que era, y en lo que me he convertido.

Me puse de pie, Damián aun apretándome fuertemente los hombros. Jean-Claude se levantó con gracia como un títere tirado por unas cuerdas

invisibles. Nunca tendría su gracia, pero esta noche no importaba.

Musette se giró hacia Jean-Claude.

—Os hemos dado nuestro regalo, el tuyo, Jean-Claude, y el de Asher. Estamos esperando vuestro agradecimiento.

Su voz estaba vacía, tan suave que era como escuchar el silencio.

—Te lo he dicho Musette has venido antes de que pudiéramos tener algo para ofrecerte.

—Estoy segura que puedes encontrar algo para mí. —Me miró fijamente.

Encontré mi voz, y no fue agradable.

—¿Cómo te atreves a venir aquí tres meses antes, sabiendo que no estarían preparados y hacer peticiones? —Damián se aferraba a mi espalda como un poseso, pero estaba siendo amable, al menos yo lo creía. Después de lo que ella y Belle Morte acababan de hacer, me sentía un poco cabreada —. Su rudeza no será utilizada como una excusa para obligarnos a hacer algo que no queríamos hacer.

Los brazos se deslizaban por mis hombros y se acunaban contra el cuerpo de Damián. No podía luchar contra él, porque sin su presencia, creo que probablemente la habría golpeado, o disparado, o algo por el estilo. Y me parecía una gran idea.

Jean-Claude trató de suavizar las cosas, pero Musette le hizo señas para que guardara silencio.

—Deja a tu sierva hablar, si es que tiene algo que decir.

Abrí la boca para llamarla puta sin corazón, pero al final no fue lo que dije.

—¿Crees que los regalos dignos de tal belleza podrían ser apresurados? ¿Realmente podríamos tomar algún pobre sustituto en el lugar de la magnificencia que habíamos encargado para ti?

Dejé de hablar. Todos los hombres me miraban, a excepción de Damián, que me abrazaba por todo lo que valía la pena.

—Ventriloquia —dijo Jason, desde el otro lado de Jean-Claude—, es la única respuesta.

Jean-Claude asintió.

—Un milagro de hecho.

Luego se giró hacia Musette.

—Todos, salvo uno, palidece ante tu belleza, Musette. ¿Cómo podía ofrecer nada menos que algo bello a la altura de tu belleza?

Su mirada se volvió hacia mí.

—¿No es una belleza igual a la mía?

Me reí. Damián me apretó contra sus brazos lo suficiente para que tuviera que acariciarle el brazo si quería seguir respirando.

—No te preocupes, tengo esto controlado.

—No creo que nadie me creyera, pero lo dije de verdad.

—Musette, puedo reconocer que soy bonita, aunque en comparación con los trillizos que hay aquí, no soy la persona más hermosa.

—Trillizos —dijo Jason—. ¿Por qué creo que no estoy incluido en ese trío?

—Jason, lo siento, pero eres como yo, estas muy bien, pero en comparación con estos tres que están aquí nosotros estamos fuera de liga.

—¿Incluyes a Asher en las tres bellezas? —dijo Musette.

Asentí.

—Si se está catalogando a gente hermosa y Asher está en la habitación, entonces siempre estará en la lista.

—Una vez lo fue, *oui*, pero ahora no lo es, no desde hace muchos siglos —dijo.

—No estoy de acuerdo —dije mientras me encogía de hombros.

—Mientes.

La miré.

—Eres un vampiro maestro, ¿no puedes saber cuándo alguien está mintiendo o diciendo la verdad? ¿No puedes sentirlo en mis palabras, o en el olor de mi piel? —Mire su cara, tenía unos ojos hermosos, pero a la vez, aterradores. Ella no podía saber si yo estaba mintiendo. Sólo había conocido a otro maestro Vampiro que no podía diferenciar la verdad de la mentira, y eso fue porque ella se mentía a sí misma. Musette era ciega a la verdad, lo que significa que había posibilidades.

Ella frunció el ceño y me tiró todo por la borda con esas diminutas manos tan bien cuidadas.

—Basta de esto. —Fue lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que estaba perdiendo parte de este argumento, pero no era lo suficientemente brillante para saber por qué. Así que cambió de tema.

—Incluso Asher con su belleza en ruinas es más bello que tú, Anita.

Era mi turno para fruncir el ceño ante ella.

—Creo que ya he dicho eso.

Ella frunció el ceño de nuevo. Era como si hubiera sido enviada con un

guión ya escrito con todo lo que tenía que decir pero yo no estaba respondiendo lo que había esperado. Estaba tirando su actuación a la basura, y Musette no parecía disfrutar de la improvisación.

—¿No te molesta no ser tan bella como ellos?

—Tuve que asumirlo hace mucho tiempo.

Ella frunció el ceño con tanta fuerza que parecía doloroso.

—Eres una mujer muy difícil de insultar.

Me encogí de hombros todo lo que pude con los brazos de Damián todavía envueltos a mí alrededor.

—La verdad es la verdad, Musette. Nunca rompo la regla de buena chica.

—¿Y esa sería?

—Nunca decir que eres más bonita de lo que eres en realidad.

La hice reír, una explosión sorprendente de sonido.

—No, no, lo bueno es admitirlo. —La sonrisa se desvaneció—. Realmente no tienes… dificultad con que te diga que soy más bonita que tú.

Sacudí la cabeza.

—No.

Se veía completamente perdida por un momento, hasta que sus propios siervos humanos le tocaron el hombro. Se estremeció, respiró hondo temblando, como si recordara algo, lo que era, y por qué estaba allí. El último signo de la risa desapareció de sus ojos.

—Has admitido que tu belleza no puede rivalizar con la mía, por lo tanto tu sangre no sería un regalo digno para mí. Tienes razón, también, acerca de tu lobo. Él es encantador, pero no tan encantador como ellos tres.

De repente tuve un mal presentimiento acerca de hacia dónde se dirigía esto.

—Damián es de algún modo tuyo. No lo entiendo, pero puedo sentirlo. De la misma forma que Angelito es mío, y eres de Jean-Claude. Como Maestro de la ciudad, no puedo beber de Jean-Claude, pero Asher no pertenece a nadie. Dámelo, ese será mi regalo como invitada.

—Es mi segundo al mando, mi *témoin* —dijo Jean-Claude, todavía con ese vacío en su voz—. No lo comparto a la ligera.

—He conocido a algunos de los otros vampiros esta noche. Meng Die tiene un animal para llamar. Ella es más poderosa que Asher, ¿por qué no es la segunda?

—Está temporalmente, se marchará de aquí en unos pocos meses.

—¿Por qué está aquí?

—La llamé.

—¿Por qué?

La verdadera razón era que mientras yo estaba haciendo mi examen de conciencia, Jean-Claude había necesitado más seguridad. Pero yo pensaba que no compartiría ese detalle. Y no lo hizo.

—Un maestro pide que su rebaño vuelva a casa periódicamente, especialmente si se piensa que pronto se convertirán en dueños de su propio territorio. La última visita antes de que pierda el poder de llamarlos.

—Belle se perturbó cuando subiste a Maestro de la ciudad sin visitarla por última vez, Jean-Claude. Se despertó gritando tu nombre, diciendo que habías ascendido por tu cuenta. Ninguno de nosotros pensó que llegarías tan alto. —Hizo una reverencia que hizo que el pelo casi tocara el suelo.

—No es frecuente que alguien sorprenda a Belle Morte. Estoy muy honrado.

Musette frunció el ceño.

—Sabes que ella estaba más… infeliz.

Se puso de pie lentamente.

—¿Por qué mi ascenso al poder le hizo infeliz?

—Porque ser dueño de la ciudad implica estar más allá de los lazos de la obligación.

Los lazos de la obligación parecían significar más para los vampiros que para mí, porque me sentía tranquila. Damián estaba tan quieto alrededor de mi cuerpo que era como si no estuviera allí. Sólo el peso de sus brazos me hacía saber que estaba todavía aferrado a mí. El ritmo y el pulso de su cuerpo habían desaparecido, escondido en algún lugar dentro de su profundidad.

—Pero Asher no ha llegado tan alto. Todavía podríamos llamarlo a casa —dijo.

Miré a Jean-Claude, pero su rostro estaba totalmente en blanco, eso significaba que estaba escondiendo cada una de sus reacciones.

—Eso, por supuesto, está dentro de su ámbito de competencia, pero tendría que avisarme antes de que se ausentase Asher. Estados Unidos está menos poblado que Europa, y la lucha por el territorio es mucho menos civilizada. —Su cara estaba aún vacía, sin emociones, nada importaba—. Si mi segundo simplemente desaparece, otros verían eso como una

debilidad.

—No te preocupes, nuestra señora no lo va a llamar a su casa, pero ella admite estar perpleja.

Todos esperaban que continuara, pero Musette parecía contentarse con dejar las cosas en el aire. Incluso Damián se aferró más a mí, hablé primero.

—¿Perpleja acerca de qué?

—Acerca de qué Asher se fue de su lado, por supuesto.

Asher se trasladó más cerca, aunque todavía mantenía una distancia mucho mayor entre él y Musette que el resto de nosotros.

—No me fui de su lado —dijo—, Belle Morte no ha me ha tocado en siglos. Ni siquiera quería que estuviera presente en los eventos más… destacados. Me dijo que ofendía sus ojos.

—Es su derecho hacer con su pueblo lo que ella estime conveniente en cada momento —dijo Musette.

—Es cierto —dijo Asher—. Pero me mandó que fuera a América con Yvette como su capataz. Yvette murió, y yo no tenía más órdenes.

—¿Y si nuestra señora te ordena que vuelvas a casa?

En este momento todos nos quedamos en silencio. La cara de Asher estaba tan vacía de emoción como la de Jean-Claude. Todo lo que sentía estaba oculto, su rostro estaba vacío, expresaba que nada le importaba, y a la vez que todo era importante.

—Belle Morte anima a su pueblo a que ascienda por su cuenta —dijo Jean-Claude—. Es una de las razones por las cuales su línea de sangre domina más territorios que cualquier otro, especialmente aquí en los Estados Unidos.

Musette le miró con esos hermosos ojos sin piedad.

—Pero Asher no nos dejó para convertirse en un maestro de la ciudad, salió para vengarse de ti y de tu sierva humana. Quiso cobrarse el pago de la muerte de su amada, Julliette.

Mira por donde, había sabido el nombre todo el tiempo.

—Sin embargo, aquí está tu sierva, fuerte, viva y sin daño. ¿Dónde está tu venganza, Asher? ¿Dónde está el precio que Jean-Claude tenía que pagar por el asesinato de tu siervo?

Asher parecía cerrarse sobre sí mismo, muy, muy quieto. Pensé que si parpadeaba, desaparecería por completo. Su voz era distante, vacía.

—He descubierto que tal vez culpé erróneamente a Jean-Claude. El

también lloró su pérdida.

—Así que… —ella hizo chasquear los dedos—, te olvidas de todo tu dolor y tú odio.

—No tanto como eso, no, pero he recordado muchas cosas de las que me había olvidado.

—¿Tanto como el toque dulce del cuerpo de Jean-Claude? —preguntó ella.

El silencio esta vez era tan espeso que podía oír como fluía mi sangre por mis oídos. Damián se sentía como un fantasma sobre mi cuerpo.

Jean-Claude y Asher podrían haber estado haciendo cosas sin que yo me hubiera enterado. No era imposible. Pero si no habían hecho nada, responder a esa pregunta sería verdaderamente malo.

Jason llamó mi atención, pero ninguno de nosotros se atrevió incluso a encogerse de hombros. Creo que no estábamos seguros de lo que estaba pasando, pero que podía llegar a tener un fin doloroso era casi seguro.

Musette oscilaba en torno a Jean-Claude, estaba más cerca de Asher.

—Sois Jean-Claude y tú una pareja feliz, una vez más, o… —aquí me miró—… se trata de un feliz *¿ménage à trois*? ¿Es por eso que no viniste a casa? —Empujó a Asher y a Jean-Claude al pasar, haciéndolos retroceder, para poder estar delante de mí—. ¿Cómo puede el toque de esta mujer compararse con la magnificencia de nuestra señora?

Creo que ella me estaba dando a entender que yo no era tan buena en la cama como Belle Morte, pero no estaba del todo segura de que eso fuera lo que quería decir, y no me importaba. Podía insultarme todo lo que quisiera.

Insultarme era menos doloroso que otras tantas cosas que podía intentar hacerme.

—Belle Morte se ponía enferma cada vez que me miraba —dijo Asher, al fin—, ella me evita en todas las cosas. —Hizo un gesto en la pintura que Angelito seguía sosteniendo—. Así es como me ve. Cómo siempre me verá.

Musette se balanceó de regreso hasta donde estaba Asher.

—Ser lo más bajo en su corte es mejor que lo mejor en cualquier otro lugar.

No pude evitarlo.

—¿Estás diciendo que es mejor servir en el cielo que gobernar en el infierno?

Ella asintió, sonriente, aparentemente ajena a la alusión literaria.

—*Oui, précisément*. Nuestro amante es el sol, la luna, es el absoluto. Para ser separado de ella, sólo la muerte es verdadera.

La cara de Musette era entusiasta y brillante con esa seguridad interior generalmente reservada para los Santos y evangelistas de la televisión. Era, en efecto, una verdadera creyente.

No pude ver la cara de Damián, pero me apuesto a que estaba tan cuidadosamente en blanco como el resto. Jason estaba mirando a Musette, como si le hubiera surgido una segunda cabeza, una fea. Era un fanático, y los fanáticos nunca están del todo cuerdos.

Se volvió hacia Asher, con ese resplandor aun bañando su rostro.

—Nuestra señora no entiende por qué la dejaste, Asher.

Yo lo hice. Creo que todos en la sala lo hicieron, excepto quizás Angelito y la chica que seguía de pie al otro lado de la camilla donde Musette la había puesto.

—Mira mi cuadro, como Vulcano, Musette, mira lo que nuestro amante piensa de mí. —Musette no se molestó en mirar hacia atrás. Hizo un gesto que quería decirlo todo y nada.

—Anita no me ve de esa manera —dijo.

—Jean-Claude no te puede mirar sin ver lo que perdió —dijo.

—Puedo hablar por mí mismo, Musette. No conoces mi corazón ni mi mente, nunca lo hiciste realmente —dijo Jean-Claude.

Se volvió hacia él.

—¿Me estás diciendo realmente que lo tocas? ¿Cómo es ahora? Ten cuidado al contestar, Jean-Claude, sabemos que nuestra señora ha visto profundamente en tu corazón y en tu mente. Me puedes mentir a mí, pero nunca a ella.

Jean-Claude guardó silencio durante un tiempo, pero finalmente le dijo la verdad.

—Actualmente no estamos juntos de esa manera.

—Mira, te niegas a tocarlo, como ella se niega a tocarlo.

Solté los brazos de Damián lo suficiente para poder moverme con más facilidad.

—No exactamente —dije—. Lo siento, pero es por mi culpa que ya no sean una pareja.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres decir, sierva?

—Ya sabes, aunque soy una sirvienta, sé lo suficiente sobre la sociedad

educada para saber que no llamas a una criada, simplemente, la criada. No llamas a un criado sirviente, a no ser que realmente nunca hayas interactuado con ellos. —Me crucé de brazos alrededor de mi estómago, mirando desconcertada a propósito. Las manos de Damián se quedaron ligeras sobre mis hombros—. ¿Es eso, Musette? ¿No eres una aristócrata, después de todo? ¿Es todo ficción, y simplemente no conoces nada mejor? —Jean-Claude me lanzó una mirada que no pude ver.

—¡Cómo te atreves! —dijo Musette.

—Entonces, demuéstrame que eres noble, dirígete a mí por lo menos como alguien que realmente ha tenido sirvientes.

Abrió la boca para discutir, luego, le pareció oír algo que no pude oír. Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Como quieras, Blake, entonces.

—Blake está bien —dije—, y lo que quiero decir es que no estoy del todo cómoda con esta cosa de la bisexualidad. No voy a compartir a Jean-Claude con otra mujer, y definitivamente no con un hombre.

Musette hizo con la cabeza un movimiento lateral, como si se estuviera mirando el gusano que tenía intención de comer.

—Muy bien, entonces Asher no tiene ningún vínculo con ninguno de vosotros. No es más que un segundo.

Miré de un vampiro a otro, sólo Jason parecía tan confundido como me sentía yo. La vampiresa estaba actuando como si hubiera puesto una trampa, y yo hubiera caído en ella.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Musette rió, y no fue ni de lejos tan buena como la risa de Jean-Claude o Asher. Sólo era una risa, algo desagradable, por cierto.

—Estoy en mi derecho de pedirle como mi regalo para esta noche —dijo.

—Espera —dije, y las manos de Damián trataron de tirar de mí de nuevo contra él, pero no me moví en ese momento—. Pensé que estabas de acuerdo con Belle que Asher no es suficiente para tener relaciones sexuales con él.

—¿Quién dijo algo sobre sexo? —preguntó Musette.

Ahora sí que me estaba desconcertado.

—¿Por qué lo quieres para esta noche?

Se rió entonces, echando la cabeza hacia atrás, muy poco femenino, sonaba como un perro ladrando. Creo que no había dicho nada gracioso

¿no?

—A Musette le interesa más el dolor que el sexo, *ma petite*.

Le miré.

—No te refieres a la dominación y sumisión en la que hay palabras seguras, ¿verdad?

—No hay una palabra en ningún idioma que disuadiría a Musette de sus placeres.

Me lamí los labios de repente secos. Tus labios se secan cuando algo te asusta.

—Déjame probar mi comprensión. Si Asher fuera tu amante, o el mío o de todos, ¿entonces estaría a salvo de ella?

—No, *ma petite*, Asher sólo estaría seguro si te perteneciera a ti, o a mí. Las facultades menores no pueden proteger a sus seres queridos.

—Pero debido a que no lo hacemos con él, ¿es carne gratis? —pregunté.

Parecía pensar en eso por un tiempo.

—Eso es bastante exacto, *oui*.

—Joder —dije.

—*Oui, ma petite, oui*. —Un hilo de cansancio por fin había roto su voz vacía.

Miré a Asher, y se escondía detrás de ese pelo brillante de nuevo. ¿Qué iba a decir, que si no hubiera sido tan escrupulosa esto no estaría sucediendo? Lo siento si tengo problemas con el hecho de que mi novio lo haga con otros hombres. Lo siento si tengo problemas conmigo misma por hacerlo con otros hombres. ¿Por qué siempre me tengo que sentir culpable porque no esté teniendo relaciones sexuales con más personas? ¿No se supone que es al revés? Musette tendió la mano hacia Asher. Se quedó allí por un segundo o dos, entonces él tomó la mano. Miró hacia atrás una vez a Jean-Claude, un brillo en los ojos solo eso. Jean-Claude nunca reaccionó, como si estuviera tratando de fingir que no estaba allí.

Avancé, los dedos de Damián se clavaban en mis hombros, me sorprendí.

—No estamos dejando que esto pasé —dije.

—Ella es Musette, y el teniente de Belle Morte. —La voz de Jean-Claude era baja y distante.

Musette no le llevó a través de las cortinas a otra habitación. Se detuvo a unos metros de distancia, ni siquiera cerca de las «paredes». Se volvió

para hacerle frente, entonces sacó un cuchillo de sus faldas blancas, y se lo clavó en el estómago antes de que nadie pudiera reaccionar. Asher podría haberse movido más deprisa que cualquier cosa, pero no hizo nada para protegerse a sí mismo. Sólo dejó caer el cuchillo, se lo clavo hasta la empuñadura, y no pudo empujar más allá.

Tenía mi pistola en la funda, y Jean-Claude me cogió la mano.

—El cuchillo no es de plata, *ma petite*, cuando se retire se curará casi al instante.

Me miró, trate de levantar el arma, y hacer algunos progresos. Gracias a sus marcas de vampiro, era más fuerte de lo que había sido.

—¿Cómo sabes que no es de plata?

—Debido a que he jugado este juego con Musette antes.

Eso me hizo parar. Sus manos se quedaron tranquilas. Sus manos, porque las manos de Damián estaban pegadas a mis hombros. Jason era el único que no trataba de retenerme. Por la expresión de su cara creo que él, lo que quería era ayudarme, no impedírmelo.

Deje de mirar a Jean-Claude para ver a Asher aún de pie, con las manos en el estómago, donde florecía la sangre a través de la piel de sus manos. El marrón de la camisa era lo suficientemente oscura para ocultar la primera oleada de sangre. Musette puso el cuchillo en su boca y lamió la hoja.

Sabía a través de las memorias de Jean-Claude que la sangre de vampiro no da sustento. No puede alimentarse de los muertos, no de esa manera.

Asher nos miró.

—No es plata, *ma cherie*, no me va a matar. —Su respiración se cortó en la garganta, cuando Musette hundió el cuchillo una segunda vez.

El nadó en un mundo de serpentinas de colores. Cerré los ojos un segundo y hable en voz baja, con cuidado.

—¡Suéltame, Damián!

Las manos en mi espalda se alejaron de inmediato, porque le había dado una orden directa. Abrí los ojos y miré a Jean-Claude. Nos miramos mutuamente, hasta que su mano cayo, poco a poco, lejos. Su voz resonó como un susurro en mi mente:

—No la puedes matar por esto.

Puse la pistola en mi funda.

—Sí, lo sé. —No podía matarla, porque ella no estaba tratando de matar a Asher, pero no me quedaría aquí y miraría como lo torturaban. No, no

podía hacerlo. Ella era más fuerte que yo, incluso con las marcas de Jean-Claude, pero también apuesto a que ella no se había formado en la lucha cuerpo a cuerpo. Si estaba equivocada, estaba a punto de conseguir que me patearan el culo. Ahora veríamos si tenía razón.



NUEVE

Musette no hizo nada para protegerse a sí misma. Angelito se quedó con los otros hombres. Era como si ninguno de ellos me viera como una amenaza. Uno pensaría que con mi reputación, los vampiros dejarían de subestimarme. Sin embargo, da igual que la gente esté viva o muerta, siempre hay tontos.

Noté que sonreía, y no necesitaba un espejo para saber que no era una sonrisa bonita. Era la sonrisa que tenía cuando me enfadaba mucho y decidía hacer algo al respecto.

Musette hizo un gran espectáculo al lamer el cuchillo, mientras que Asher estaba frente a ella sangrando. Lo lamió como un niño con un helado un día caluroso, llegó a lamerlo con cuidado, pero rápidamente, para que no goteara por su mano y para no desperdiciar un poco de sangre. Su mirada estaba puesta en mí, estaba claro que el espectáculo era todo por mí. Era como si Asher no le importara en absoluto. Tal vez no le importaba.

Se estaba acercando la hoja por tercera vez a la boca. No sé lo que ella pensó que iba a hacer, porque parecía totalmente sorprendida cuando le cogí la mano. Tal vez esperaba que luchara como una niña.

La cogí del hombro, y se tambaleó hacia atrás sobre sus tacones altos. Me concentré en poner el pie detrás de ella y barrer sus piernas. Cayó hacia atrás, porque la empujé. Llevé su cuerpo hasta el suelo, girando el cuchillo en su mano hacia ella, y cuando cayó al suelo, la atravesé con él. Apoyé la rodilla en ella y sentí que la hoja salía por su espalda.

Le susurré:

—No es plata, te curarás.

Ella gritó. No lo oí, sino que percibí a Angelito moverse.

—Si vienes aquí, Angelito, me obligarás a mover la hoja hacia su corazón, y no importa si es de plata, o no. Voy a destrozar su corazón antes de que cruces la habitación.

Las cortinas del fondo se abrieron y los vampiros se derramaron en la habitación, algunos nuestros, otros suyos. No sé qué habría pasado, pero oí la puerta del fondo abrirse, detrás de las cortinas. Se escuchaba mucho movimiento, y casi hizo que pasara la hoja través de su corazón, no estaba del todo segura que el metal fuera lo suficientemente fuerte para soportar la tensión. Con una hoja mejor la podría haber clavado en su corazón, pero con esto no estaba segura.

Una fracción de segundos antes de que lo notara, oí un ruido que provocó que el cabello de mis brazos se erizara. El sonido de caza de las hienas. Es un infierno espeluznante, mucho más que el aullido de un lobo. En el momento que los escuché, supe que eran nuestro refuerzos, no los de Musette.

No miré hacia atrás, porque no me atreví a quitar los ojos del vampiro que había clavado en el suelo. Pero sentí el aumento de gente detrás de mí, sentía la energía de los seres, llenando la habitación con una carga eléctrica.

El contacto de muchos de ellos llamó mi propio poder, como una serpiente en el estómago retorciéndose, como un flujo dentro de mi cuerpo. No era una cambiaformas, sino que lo notaba a través de Richard y los seres leopardos, tenía lo más parecido a una bestia propia que un ser humano podría llegar a tener.

Fue Bobby Lee, quien en realidad era un ser rata, quien se acercó lo suficiente a mí para que pudiera verlo. Su acento sureño siempre se le

notaba más en una pelea.

—¿Tienes planeado matarla?

—Estoy pensando en ello.

Se arrodilló a nuestro lado.

—¿Crees que eso es muy inteligente? —Miró a los vampiros al otro lado de la habitación.

—Probablemente no.

—Entonces tal vez deberías ponerlo ahí arriba, antes de su intestino.

—¿Micah te envió? —pregunté, con los ojos todavía en la cara llena de dolor de Musette. Estaba contenta de verla sufrir. No suelo gozar al causar dolor a nadie, pero no me importó lastimar a Musette.

—No ha enviado a ninguno de los leopardos siguiendo tus órdenes, pero nos ha llamado y aquí estamos. Si no vas a matarla, probablemente será mejor que la dejes ir, niña.

—Todavía no —dije.

No pregunto de nuevo, pero se quedó de pie cerca de nosotras, como el buen guardaespaldas que era.

Hable mirando a Musette, pero me aseguré de que mi voz se escuchara bien.

—Nadie entra en nuestro territorio y daña a nuestro pueblo. Nadie, ni siquiera el Consejo, ni tampoco alguien de nuestro linaje. Todos dicen que cuando te hablo, hablo a Belle Morte, bueno, aquí está el mensaje. El siguiente que ataque a alguien de nuestro pueblo muere, arrancaré sus cabezas, sus corazones, y quemaré lo que sobre.

Musette encontró su voz, por fin, aunque era tensa, y con un poco de miedo.

—No te atreverías.

Me apoyé sobre la hoja un poco más, hizo su gruñido de dolor.

—Pruébame.

El dolor en la cara Musette se desvaneció, y sus ojos azules comenzaron a oscurecerse. Clavé el cuchillo en ella, mientras los ojos marrón claro de Belle se arremolinaban en la superficie, hasta que la oscuridad abrumadora azul de los ojos Musette se transformó en un marrón.

Ya había visto a Belle hacer este truco una vez, pero había sido en un espejo, y con mis propios ojos. El miedo me atravesó como un cuchillo, mi piel se congeló, y mi corazón estaba atrapado en mi cuello. El miedo puede

llamar de nuevo a la bestia, ese temor se calmó, humedecido, dejándome sola y asustada con el creciente poder, que se hundió en mi piel. No fue un truco de vampiro, pero me dieron ganas de dejarla ir y salir corriendo. Había sentido a Belle moverse a través de mí, y no quería que ella fuera capaz de hacerlo de nuevo. ¿Si sacara el corazón de Musette con Belle en su interior, podría matarlas a ambas? Probablemente no, pero Dios, era tentador.

La voz de Belle salió sin asomo de miedo o tensión. Si el cuchillo le dolía, no lo demostró.

—¿Jean-Claude, no te he enseñado nada? —La voz no era de Musette, era más profunda, más rica, un contralto bajo. Un pensamiento pasó por mi mente, tenía la voz ideal para el sexo telefónico.

Jean-Claude comenzó a deslizarse hacia nosotras. Indicó a Damián que le siguiera, y el vampiro pelirrojo le siguió. Jean-Claude vino a arrodillarse junto a nosotras y le indicó a Damián hacer lo mismo. Los dos inclinaron sus cabezas, cuidadosamente fuera de su alcance.

—Musette ha sobrepasado los límites de un visitante en mis tierras. No tolerarías ese trato de uno de los tuyos. He aprendido bien las lecciones que me enseñaste, Bella Morte.

—¿Qué lección es ésta? —preguntó ella.

—Nada de tolerancia. Ningún indicio de desobediencia. Sin aliento de revolución. Un insulto no se tolera. Admito que me olvidé de esto por temor a lo que Musette trajera consigo. La idea de insultarte, ni siquiera indirectamente era impensable, pero ya no soy tu criatura. Soy el maestro de la ciudad. Soy mi propia criatura, y Asher es mío ahora, Belle, seré verdaderamente tu hijo, dejaré que *ma petite* sea tan implacable como le guste, y Musette o aprende la lección, o no regresará a casa nunca más.

Belle se sentó. Con el cuchillo entrando en su cuerpo, pero se sentó, y no podía mantenerla inmovilizada. El movimiento me empujó hacia atrás lo suficiente como para rozar a Damián. Me tocó la espalda, y cuando no le dije que parara, tocó mi hombro.

Belle incluso hizo que la mano de Musette soltara la navaja, de modo que solo quedaba mi mano en ella. Pero no mostró dolor, de hecho, ella me ignoró y miró a Jean-Claude. Empecé a sentirme tonta con mis manos ensangrentadas y el cuchillo clavado en Musette. No, tonta no, superflua.

—¿Sabes lo que le haría si dañas su cuerpo? —dijo Belle.

—Sé que de acuerdo a nuestras propias leyes, las leyes que ayudaste a

adoptar, que no se permite a nadie, simplemente entrar en un territorio sin negociar el paso seguro. Musette y su gente están aquí tres meses antes de que les diéramos permiso para entrar, lo que significa, en efecto, que están fuera de la ley, y no tienen derechos, ni seguridad, pudo masacrar a todos y la ley del Consejo estará de mi parte. Tienes demasiadas personas en el consejo que te temen, Belle, que pensarían que es una buena idea.

—No te atreverías —dijo.

—No te permitiré hacer daño Asher, ya no.

—No es nada para ti, Jean-Claude, lo sabes.

—Eres la cosa más hermosa que he visto, magnífica en tu lujuria, me siento muy honrado por tu poder, impresionado por las maniobras políticas que practicas sin esfuerzo. Pero he estado lejos de ti, y he aprendido que la belleza no siempre es lo que parece, que la lujuria no es siempre mejor que el amor, que el poder no es suficiente para cubrir la cama o el corazón, y que no tengo paciencia para la política.

Ella extendió una mano delgada hacia él.

—Te mostré el amor como ningún mortal jamás podría haberlo hecho.

—Me mostraste la lujuria, el amante del apetito sexual.

—*Oui, mon amour* —dijo, su sensual voz fue suficiente como para causar que mi piel se pusiera de gallina.

Jean-Claude movió la cabeza.

—No, lujuria, nunca amor.

Una mirada pasó sobre su rostro, como una máscara mal diseñada, un movimiento líquido pasó bajo la piel de Musette. Me incomodó, como ver la bestia deslizarse bajo la piel de un cambiaformas antes de cambiar. Si se convierte en Belle completamente, le sacaría el corazón mientras tuviera la oportunidad.

—Tú me amaste una vez Jean-Claude.

—*Oui*, con todo mi corazón y con toda mi alma.

—Pero no me amas ahora —su voz era suave, tenía incluso un indicio de pérdida.

—He aprendido que el amor puede crecer sin sexo, y que el sexo no siempre conduce al amor.

—Te querría una vez más —susurró.

—No, me poseerías de nuevo, y el amor no es sobre la posesión.

—Hablas con acertijos —dijo.

—Hablo con la verdad como he llegado a conocerla —dijo.

Los ojos miel claro se volvieron hacia mí.

—Tú has hecho esto. De alguna manera, has hecho esto.

Estaba empezando a sentirme positivamente tonta con el cuchillo aún en Musette, pero tenía miedo de sacarlo, porque esperaba que Belle se levantara, ah, eso era lo que estaba esperando. Así que seguí con la hoja y traté de pensar qué hacer. Al mirar fijamente en los ojos de color marrón claro se hacía difícil pensar, difícil ya que solo quería salir corriendo o tratar de matarla. Si no puedo correr de mis temores, tengo una tendencia a tratar de matarlos. Es una estrategia que me había funcionado hasta ahora.

—¿Qué he hecho? —pregunté, y mi voz mostraba la tensión. Las manos de Damián amasaron suavemente mis hombros, no como un masaje, más bien como una reafirmación de que él estaba allí, o eso pensaba.

—Le has puesto en mi contra —dijo.

—No —dije—, te has arreglado tú sola, siglos antes de que yo naciera.

Esa máscara líquida se trasladó bajo la piel de Musette de nuevo. Si me tocaba la cara, pensé que iba a sentir cosas por debajo que no debería haber estado allí.

—Yo le llevé a la cama, ¿qué más se puede desear que tener a Belle Morte en la cama?

—Le mostraste lo que era digno de su amor cuando sacaste a Asher de su cama.

—¿Qué tiene que ver el destino de Asher con el amor de Jean-Claude?

Que nadie que conociera a los dos podría decir que fue increíble. Que el vampiro que los unió podría decir que era a la vez terrible y triste.

—Tienes que irte ahora, Belle —dije.

—¿Por qué, qué he dicho que te molestó?

Sacudí la cabeza.

—La lista es demasiado larga, Belle, no tenemos toda la noche, permíteme golpear los puntos destacados. Vete, por ahora, por favor, déjanos. Estoy cansada de intentar explicar el color para los ciegos.

—No entiendo lo que eso significa.

—No —dije—. No lo entiendes.

Miró hacia mí. Su mano se acercó como si fuera a tocar mi cara.

—Si me tocas —dije—, voy a ver si Musette puede sobrevivir sin su corazón.

—¿Por qué es el toque de la mano peor que el toque de nuestros cuerpos, uno contra el otro?

—Di que es una corazonada, pero no quiero que me toques a propósito. Además, no es tu cuerpo, es el de Musette. Aunque no estoy segura de eso, así que llámame prudente, pero simplemente no me toques.

—Te volveré a ver, Anita, te lo prometo.

—Sí, sí, lo sé.

—No pareces creerme.

—Oh, lo creo, simplemente no puedo perder el tiempo en ello.

—¿Perder el tiempo?

—Ella quiere decir que no puede estar demasiado molesta por tu amenaza —dijo Jean-Claude.

Belle me miró.

—¿Por qué no?

—He tenido un montón de vampiros amenazándome, no puedo entrar en pánico todas las veces.

—Soy Belle Morte, miembro del Alto Consejo, no me subestimes, Anita.

—Díselo a Muevetierra —dije. Había sido miembro del Consejo, había llegado a la ciudad de vez en cuando. Había muerto.

—No he olvidado que Jean-Claude mató a un miembro del consejo.

En realidad, yo lo había matado, pero ¿por qué objetar?

—Sólo tienes que irte, Belle, por favor, vete.

—¿Y si decido quedarme? ¿Qué vas a hacer? ¿Qué puedes hacer?

Pensé en varias opciones, la mayoría de ellas acabarían mal para una o ambas. Por último, dije:

—Si quieres mantener este cuerpo, está bien. No es mi cuerpo. Ni siquiera es mi vampiro. Haz lo que quieras.

Me incliné hacia atrás y tiré del cuchillo. No pensaba dejarle un arma a Musette. Ella muy probable me acuchillara. Que sacara la hoja trajo un suspiro de Belle.

Me agarró de la muñeca, esperé que me doliera, pero debería haberlo sabido, una pequeña parte en mí, gritaba que todavía estaba de rodillas sobre la alfombra de Jean-Claude, pero el resto de mi cuerpo estaba en una habitación oscura, a la luz de las velas. La cama era grande y blanda, con montículos con almohadas, como una ola suave y acolchada preparada para devorarme. Una mujer estaba en la suavidad todo lo que llevaba era su cabello oscuro, los ojos de un sólido fuego color castaño dorado, era como mirar al sol a través de un trozo de vidrio de color. Bella Morte miró hacia

mí, con su cuerpo pálido desnudo. La quería, la quería como nunca había querido otra cosa en mi vida.

Volví a mí misma, con un jadeo. Jean-Claude cogió mi otra mano en un apretón de muerte. Damián era un peso contra la parte trasera de mi cuerpo. Jason se puso sobre el resto de nosotros. Tenía las manos sobre los hombros de Jean-Claude, mi cuello a un lado y por encima las manos de Damián. Pude sentir el pulso en el cuello golpeando contra el pulso en la palma de la mano de Jason.

Podía oler el moho, las pieles, el olor casi comestibles de los bosques. Era el olor de la manada. Los lobos que habían venido para protegernos las espaldas se habían intensificado a través de la multitud. Podía sentir a los lobos detrás, se sentía como si hubiera un hilo invisible entre Jason y yo que se dirigía a ellos. Los vínculos de Jean-Claude con los lobos eran directos, porque eran su animal a llamar. No necesitaba la bestia de Richard para llamar a los lobos. Solo necesitaba un lobo sustituto para unirme a ellos. Richard debería haber estado a nuestro favor, pero no lo estaba. Si Jason no hubiera estado allí para ser nuestro tercero, Belle podría haber utilizado el *ardeur*, que nos ahogó en recuerdos de su dulce carne. Nos tiró a la sala y volví a mi enfrentamiento de México.

Pero Jean-Claude me dio su control a través de la prensión de su mano; Damián me dio su reserva a través de su desesperado cuerpo moldeado contra mi espalda, Jason me alimentaba con el pulso de la manada en la curva de mi cuello. No éramos más que un triunvirato de poder, y la adición de Damián, era mejor. Y que era más fuerte que Belle Morte atrapada en el cuerpo de Musette. Si hubiera estado aquí en persona, podría haber sido otra historia pero no estaba. Ella estaba en el quinto infierno, en alguna parte de Europa.

Un grito estalló detrás de mí, y otro, y otro. Jason echó atrás la cabeza, haciendo una línea limpia de su garganta. Un aullido temblaba en su boca, para unirse con el coro detrás de nosotros. El sonido subía y bajaba, un aullido muriendo, otro tomando la llamada, hasta que el sonido subía y bajaba como la música, una música increíble.

Miré a los ojos de color marrón claro de Belle y los encontré llenos de fuego, era como mirar llamas a través de vidrio marrón. Me recordó a los ojos de la memoria que había elegido, pero era sólo un recuerdo. No hubo mordida o tirada hacia él ahora. El *ardeur* quedó tranquilo, y se quedó tras las rejas que había forjado para él, de pura fuerza de voluntad, y meses de

práctica.

—La última vez que trajiste el *ardeur* sobre nosotros, era nuevo para mí. Ya no es nuevo —dije.

Algo corrió bajo la piel de Musette. Fue como ver un segundo rostro girando debajo de su piel. Una vez más, casi esperaba que Belle atravesara el cuerpo de Musette como una especie de cambiaformas. Pero la forma se detuvo, y los oscuros ojos de fuego miraron a los míos.

—Habrá otras noches, Anita —dijo, con esa voz baja, casi como un ronroneo.

Yo asentí.

—Lo sé.

Con eso desapareció. Musette cayó sobre el suelo… desmayada. Sus vampiros se precipitaron hacia delante. Los lobos se quedaron a mi espalda, los seres hienas se acercaron, los seres ratas los señalaron con sus armas de fuego, y Bobby Lee dijo:

—No estorben nuestro tiro, señores.

Los seres hienas vacilaron, formando dos grupos uno a cada lado de los vampiros. Nuestros vampiros se despegaron de Musette y fueron través de la multitud de los seres animales.

—Si nadie se mueve, nadie saldrá herido —dijo Bobby Lee.

—Vamos a buscar a tu señora —dijo Jean-Claude.

Algunos de los seres hienas se miraron entre sí, ninguno de los seres ratas lo hizo. No teníamos a ningún otro guardaespaldas de Jean-Claude que empatara con ellos, excepto los lobos, y solo porque había hecho amigos recientemente. Pero los seres ratas y los seres hienas estaban aquí para mí, no para él.

—Bájala, Bobby Lee, vamos a dejar a Musette. Ciertamente, no quiero tener que cuidar de ella.

Los hombres y las mujeres ratas, todos ellos bajaron sus armas, pero se quedaron en dos líneas para que los vampiros tuvieran que caminar entre ellos para llegar a Musette. Angelito se sumó a ellos, pero Bobby Lee le señaló con el cañón de su arma. Angelito era imponente, pero también era uno de los pocos seres humanos entre ellos. No estaba segura de que fuera una de las personas más peligrosas. Una niña de siete u ocho años con rizos y un rostro angelical me silbó con brillantes colmillos delicados. Un niño mayor parecía de diez o doce años, tomó los hombros de Musette, elevando su figura como si no pesara nada. No me enseñó los colmillos, sólo me

miró con ojos oscuros y hostiles.

Un vampiro con un traje oscuro conservador cogió los pies de Musette, aunque no hizo nada para tomar la pequeña mujer del muchacho. Sabía que podría haberla llevado con facilidad, pero no discutió con el muchacho. El muchacho no carecía de fuerza, sólo de altura.

Se la llevó de regreso a Angelito, que la cogió de los demás. Musette parecía pequeña en sus largos brazos. Las armas fueron hacia Angelito. Los seres hienas eran culturistas, pero no había nadie de nuestro lado que tuviera la longitud y el tamaño de Angelito.

Jean-Claude se levantó, y me puso de pie. Damián se movió cuando me moví. Jason, también.

—Tenemos habitaciones preparadas para todos vosotros. Serán acompañados a ellas, entonces dejaremos fuera unos guardias, para la protección de todos.

Bobby Lee aún con la pistola estable hizo de mi nombre una pregunta.

—¿Anita?

—No quiero ir por aquí con ellos sin guardias, así que sí, suena como una buena idea para mí. ¿Podéis quedaros tanto tiempo?

—Cariño, yo te sigo hasta los confines de la tierra. Claro que podemos. —Puso el acento del sur.

—Gracias, Bobby.

—Un placer.

—Meng Die, Fausto, conocéis el camino a las habitaciones, mostrar a nuestros guardias a dónde ir.

Meng Die era preciosa, delicada, con el pelo negro perfectamente recto cortado justo por encima de sus hombros, su piel estaba pálida como la porcelana. Tendría que parecer una muñeca de porcelana perfecta, pero le gustaba llevar cuero negro muy ceñido la mayor parte del tiempo, y eso arruinaba su imagen. Era vampiro maestro, y su animal a llamar, me sorprendió saber que era el lobo. Extrañamente, esto no la hacía más atractiva a los lobos ni a mí. Ella era demasiado hostil.

Fausto no era mucho más alto que Meng, pero no te hacía pensar en algo delicado, ni mucho menos. Era alegremente atractivo, como el chico de al lado solo que pasó a ser un vampiro, tenía el pelo teñido de un vino de color burdeos oscuro. Sus ojos eran del color de los peniques nuevos, como si el marrón tuviera un poco de sangre fresca en él. Era un maestro vampiro, pero no lo suficientemente fuerte para ser dueño de la ciudad, o al

menos no uno fuerte. Un Maestro de la Ciudad débil es generalmente uno muerto.

Meng Die y Fausto abrieron el camino a través de las cortinas y el corredor. Los vampiros de Musette fueron los siguientes. Los seres hienas y ratas cerraban la marcha. Las cortinas se cerraron tras ellos. Nos quedamos solos con nuestros pensamientos. Tenía la esperanza de que los pensamientos de todos los demás fueran más útiles que los míos, porque todo lo que podía pensar era que a Belle no le gustaría que la hubiera echado. Encontraría una manera de hacernos comer el insulto, si pudiera. Tal vez no podría, pero tenía más de dos mil años, según Jean-Claude. No sobrevives tanto tiempo sin saber cosas, cosas que pongan a tus enemigos a correr gritando. El miembro del consejo que había matado había sido capaz de provocar terremotos con sólo pensar en ello. Estaba segura de que Belle tenía sus propios trucos especiales. Y no lo había visto todavía.



DIEZ

Menos de una hora más tarde, Jean-Claude y yo estábamos en su habitación, a solas. Damián era uno de los guardias que estaba fuera de nuestra puerta. Dividimos nuestros vampiros entre los cambiaformas para que, con suerte, los vampiros malos no pudieran usar trucos mentales en ellos. Habíamos hecho lo mejor que podíamos hacer, en realidad había sido bastante bueno. El *ardeur* estaba todavía oculto. Y no es que estuviera protestando, simplemente agradeciendo.

La gran cama con dosel de Jean-Claude estaba cubierta de una seda azul, con montones de almohadas de al menos tres vibrantes tonos azules. Cambió las cortinas y almohadas para que coincidieran con el color de las sábanas, así que sabía sin mirar que las sábanas de seda serían azules. Jean-Claude no tenía sábanas blancas, no importa de lo que estuvieran hechas.

Se dejó caer en la única silla de la habitación, con las manos cruzadas sobre el estómago. Yo me senté en la alfombra que él había puesto al lado

de la cama. La alfombra era en realidad de piel, espesa y suave y de alguna manera tan solo con un toque sabías que había estado viva. Ambos estábamos de una manera extraña reacios de ir a la cama. Creo que los dos teníamos miedo de que el *ardeur* aumentara, y no estábamos preparados para ello.

—Déjame comprobar si lo entendí —dije.

Jean-Claude me miró, moviendo sólo los ojos.

—¿Mañana por la noche, si Asher todavía no pertenece a nadie, tendrán derecho a reclamarlo?

—No como lo hicieron esta noche, ahora lo has hecho imposible, a menos que se lo lleven por la fuerza.

Sacudí la cabeza.

—He estado en bastantes reuniones vampíricas para saber que si se les impide hacer una cosa, van a hacer otra peor, no porque quieran, sino porque simplemente causará más dolor.

Él me frunció el ceño.

Suspiré.

—Déjame intentarlo de nuevo. Aquí está el trato, ¿qué tienen derecho a pedirnos, mientras estén aquí?

—Derechos de caza, o donantes dispuestos, amantes, las necesidades básicas que deben cumplirse.

—¿El sexo es una necesidad básica?

Él sólo me miró.

—Lo siento, lo siento. Entonces entiendo la parte de los donantes dispuestos, tienen que comer. Pero los amantes, ¿qué significa eso exactamente?

—Sería *déclassé* exigir amantes para la servidumbre, por lo tanto la doncella de Musette y el mayordomo no deben preocuparnos más. Los dos niños son casos especiales. La niña es físicamente muy joven, ella no piensa en esas cosas. El niño es un problema. Bartolomé fue precoz, por lo que Belle envió a Musette a tomarlo.

Me quedé mirándolo.

—¿Por favor, dime que Musette no ha tenido relaciones sexuales con el chico?

De pronto pareció cansado, frotándose los ojos con los dedos.

—¿Quieres la verdad o prefieres la mentira más agradable?

—La verdad, supongo.

—Belle Morte puede oler el apetito sexual, es uno de sus dones. Bartolomé puede parecer un niño, pero no piensa como uno, ni tampoco lo hacía cuando era un ser humano y un verdadero muchacho de once años cerca de los doce. Era el heredero de una gran fortuna. Belle quería controlar esa fortuna. Él también se destacaba en una época cuando a los hijos de los nobles se les permitía casi cualquier indiscreción con mujeres que no eran de sangre noble.

—Explícame eso —dije.

—Parecía un niño, Anita, y usaba esa cara inocente para manipular a las mujeres en situaciones comprometedoras. Para el momento en que se daban cuenta de que estaban en peligro de abuso, a menudo era demasiado tarde. Más que eso, las amenazaba con acusarlas de ser ellas las agresoras. No había ninguna frase tal como abuso sexual infantil en ese siglo, pero todos sabían que ocurría. Los niños a menudo se casaban tan jóvenes como de diez u once años, por lo que la gente que tenía tales gustos podía satisfacer sus necesidades en la cama, hasta que sus cónyuges se hacían demasiados viejos para su gusto, entonces miraban fuera de su matrimonio, o para ese entonces sus propios hijos podían ser bastante mayores.

Me quedé mirándolo.

—No creo que quisiera saber realmente esa última parte. Eso es más que repugnante.

—*Oui, ma petite*, pero sigue siendo cierto. Una fortuna tan grande como la de Bartolomé normalmente sería tarea de Belle. Jamás dejaría esas sumas de dinero, o tierras, o títulos, a nadie más. Pero no es una amante de los niños, no importa cuán adultos, puedan ser, entonces lo lanzó a Musette. Que, como ahora comprendes, él hará cualquier cosa que nuestra Señora le mande hacer.

—Tengo esa impresión.

—Así que, sí, sedujo o se dejó seducir por el muchacho. Belle le dio un toque de *ardeur* y Bartolomé fue embelesado. Belle no tenía intención de traerlo a nosotros como un muchacho. Tenía la intención de esperar hasta que creciera, pero Bartolomé fue arrojado de su caballo. Tenía aplastado el cráneo, y se estaba muriendo. Su siguiente hermano tenía sólo cinco años, y Belle no tendría influencia sobre él. Necesitaba a Bartolomé, y por eso mandó a Musette a terminar con él.

—¿Cómo se sintió cuando se despertó?

—Estaba feliz de estar vivo.

—¿Cómo se sintió cuando finalmente se dio cuenta de que sería un niño para siempre, no importa cuán precoz?

Jean-Claude suspiró.

—Él era… infeliz. Prohíben la traída de niños por una razón. Musette no hizo a Valentina una de nosotros. Belle encontró que uno de sus Maestros vampiros era un pedófilo, y había traído a niños para ser su permanentes… compañeros. —Su voz fue suave al final.

Me sentí enferma. Respiré profundo y lento.

—Dios mío —dije.

—Había roto nuestra prohibición de traer más niños, y cuando Belle Morte descubrió por qué lo había hecho… Lo mató. Con el permiso pleno del Consejo, lo mató. Destruyeron a la mayoría de los niños que había creado. Eran vampiros atrapados en cuerpos de niños, y habían sido víctimas de abusos.

—Sacudió la cabeza. —Sus mentes no sobrevivieron, no del todo.

—Entonces, ¿cómo escapo Valentina? —pregunté.

—Ella era la más pequeña y aún no había sido tocada. Era una niña y un vampiro, pero no estaba loca. Belle la recogió y encontró gente para cuidar de ella. Tuvo niñeras humanas durante muchos años. Tenía compañeros humanos. Debo decir que Belle hizo todo lo posible por Valentina. Creo que se culpaba por no darse cuenta del verdadero monstruo que era Sebastián.

—¿Por qué creo que esta imagen ideal no permanece ideal?

—Nos conoces demasiado bien, *ma petite*. Valentina trató de convertir a algunos de sus compañeros en vampiros, así no sería la única. Cuando lo descubrió su niñera, Valentina le cortó la garganta. Ese fue el fin de niñeras humanas y compañeros de juego.

—Por eso la niñera es vampiro —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Ella realmente no necesita una en el sentido tradicional de la necesidad de un niño, pero siempre tendrá ocho años, y aún hoy no puede coger un taxi por su cuenta, registrarse en un hotel, sin que la gente pregunte. Algunos humanos bien intencionados llaman a la policía para denunciar al pobre niño que está abandonado en el hotel.

—Ella debe odiar eso.

—¿Eso?

—Su existencia —dije.

A medias se encogió de hombros.

—No lo sé. No he hablo con Valentina.

—Tienes miedo de ella.

—No, *ma petite*, pero estoy desconcertado por ella. Los pocos niños que sobreviven durante siglos son cosas retorcidas. No puede ser de otra manera.

—¿Cómo pudo acabar en el séquito de Musette?

—Valentina fue convertida antes de que su cuerpo creciera lo suficientemente como para disfrutar mucho placer físico. Ella ha desviado esas energías a otras, —se relamió los labios—, vías de interés.

Suspiré.

—Musette es la torturadora de Belle, lo que significa que Valentina es qué, ¿su pequeña ayudante en la tortura?

Él asintió con la cabeza, la cabeza apoyada hacia atrás en la silla, con los ojos cerrados.

—Valentina ha sido una alumna muy apta.

—¿Ella te torturó?

Él asintió con la cabeza, con los ojos todavía cerrados.

—Ya te dije que el precio de Belle para salvar la vida de Asher fue mi servidumbre por un siglo entre ellos. Pero Belle quería castigarme por abandonarla, y durante mucho tiempo me dio dolor en lugar de placer.

Me acerqué a él, arrastrándome por el piso junto a su silla, alisando la falda hacia abajo de forma automática, aunque no había nadie allí para verla.

—Así que Valentina no está pidiendo un amante.

—*Non*.

—Se trate de una… ¿qué? ¿Sumisa?

—*Oui*.

—¿Podemos solo negarnos?

—*Oui*.

—¿Podemos ganar la «no» estaca?

Abrió los ojos y me miró.

—Creo que sí, pero decirlo absolutamente estaría demasiado cerca de una mentira.

Sacudí la cabeza.

—Si Musette nos deja esta noche, y regresa en tres meses, ¿tendremos menos terreno que pisar?

—Ella no se irá, *ma petite*.

—No, eso no es lo que quiero decir. Lo que quiero decir es que, si hubiera llegado en tres meses después de las negociaciones de buena fe que habían sido aprobadas, ¿todavía me permitirían escaparme con lo que hice esta noche? ¿O habríamos afrontado la ira del Consejo?

—Nosotros habríamos elegido una víctima para Musette, o elegido un amante, o ambos antes de su llegada. Habría sido resuelto y no una sorpresa.

—Sabes que la mayoría de los huéspedes humanos no esperan que sus anfitriones les suministren sus parejas sexuales.

—Ni lo hace la mayoría de los linajes que descienden del Consejo, pero la línea de Belle se basa en el sexo, y se ha convertido en costumbre ofrecer sexo a cualquiera de la línea de Belle cuando ellos te visitan. Se supone que todos llevamos un toque de su súcubo dentro de nosotros.

—Eso no es cierto —dije.

—*Non*, pero nadie de su línea ha querido disuadir a otros de la mentira.

Sonreí, pensaba reírme, pero estaba demasiado cansada.

—Podemos mantener a Willie y Hannah seguros porque ellos están a cargo de los dos clubes. Ya hemos negociado que nuestras empresas no van a ser perturbadas por la visita —dije.

—Belle fue siempre única en mantener su mente en dónde viene el dinero, así que sí, Willie es mi manager para el Cadáver Alegre, y Hannah es la gerente temporal de la Danza Macabra. Los dos más débiles de mi rebaño están seguros, lejos.

—Damián es mi sirviente vampiro, yo soy tu sirviente humana, tú eres el Maestro de la Ciudad, Jasón es tu *pomme de sang*, Nathaniel es mí *pomme de sang*, Micah es mi amante y mi Nimir Raj, Richard es Ulfric, y los guardaespaldas no pueden cuidar nuestros cuerpos si están jodiendo a otras personas.

—Hemos asegurado a todos tanto como podemos, *ma petite*.

—Hay un nombre que brilla por su ausencia de dicha lista, Jean-Claude.

—Tres de hecho, *ma petite*, cuatro si se cuenta a Gretchen.

—Gretchen está loca, Jean-Claude. Tienes un pase especial para ella de Belle porque todavía está mal, ¿verdad? —Gretchen había tratado de matarme una vez, como castigo, fue encerrada en un ataúd durante un tiempo. El aislamiento la había puesto más loca aún.

—*Oui*, Gretchen continuará en su habitación durante la visita de Musette, pero esto no protegerá a Meng Die o a Fausto.

—A Fausto le gustan los hombres, y que yo sepa, nadie en el grupo de Musette es gay, ¿verdad?

—*Oui*, pero esto no siempre es una barrera.

—Nosotros hemos establecido la ley esta noche, que nadie iba a ser atacado nuevamente. Forzar a alguien a tener sexo con una pareja que le repugna es una forma de violación, y por lo tanto es un daño.

Me miró sorprendido.

—*Ma petite*, te estás volviendo tortuosa.

Sacudí la cabeza.

—¡No! Únicamente práctica. Así que Fausto está seguro, porque sólo le gustan los hombres, y ninguno de los hombres de Musette se interesa por los hombres. Tortura está fuera, porque eso es sólo daño.

—Meng Die le fascinará a Bartolomé.

—Pero, de nuevo, a Meng Die no le gustan los niños, por lo que Bartolomé tendría que violarla para salirse con la suya, por lo que…

—Ella está a salvo de sus intenciones. —Pareció pensar en eso por un segundo o dos—. ¿Pero qué pasa con Angelito?

—¿No es una pareja con Musette? ¿No lo hacen el uno con el otro?

—Cuando ellos quieren, sí.

Le fruncí el ceño.

—¿No son una pareja apasionada?

—El verdadero amor de Musette no es el sexo, por eso ella y Valentina han sido tan cercanas durante tanto tiempo.

—No es nuestro problema. Si todo el mundo tiene acceso a alguien que ellos quieran joder, o no, tenemos los socios adecuados para ellos fuera de la violación, entonces todos están cubiertos. ¿O me he perdido algo?

Pensó en silencio durante unos minutos.

—No, *ma petite*. Tus maquinaciones son dignas de la propia Belle, si su intención fuera mantener a su gente a salvo. —Luego me miró—. A excepción de un problema. Musette ha tenido relaciones sexuales con Asher en el pasado, por lo que no podemos hacer una acusación de violación.

—Tener relaciones sexuales en el pasado no significa que no pueda ser violación en el presente —dije.

Hizo un gesto que alejaba con la mano.

—Sé qué crees eso, *ma petite*, ni siquiera estaré en desacuerdo, pero Musette no será disuadida por el argumento. A Asher le gustan tanto hombres como mujeres, ha tenido relaciones sexuales con ella y lo disfrutó en el pasado. Tienes que asegurarte que no lo pueda dañar físicamente, por lo que no sería más que sexo, simplemente joder. No se vería perjudicado por ello.

Le alcé las cejas.

—¿Crees que eso no haría ningún daño?

—*Non*, ni Musette en verdad. Musette lo sabe, Belle lo sabe, que tener relaciones sexuales con Musette de nuevo después de todos estos años va a ser doloroso para Asher. Eso le hará daño, pero no de una manera que Belle nos permita negociar por ello. Para Belle Morte, si un hombre tiene un orgasmo, entonces debe de haber disfrutado de él. Es su razonamiento.

—Ella realmente no entiende que hay una diferencia entre la lujuria y el amor, ¿verdad?

—*Non, ma petite, très non*.

—¿Por qué es siempre Asher al que no podemos proteger? ¿Asher el que no podemos salvar?

Sacudió la cabeza.

—Me lo he preguntado durante mucho, mucho tiempo, *ma petite*. Todavía tengo que encontrar una respuesta.

Apoyé la mejilla contra su rodilla.

—Esta vez es la más prolongada que alguna vez he sido capaz de ir entre alimentaciones. —Eche un vistazo en mi reloj—. Son casi las dos.

—El alba llegará en tres, casi cuatro horas. Tengo que rescindir el control que te he prestado para el *ardeur* antes de entonces. Debes alimentarte.

—¿Esto no es sólo tu control?

—No, es el miedo y el agotamiento, y el pensar demasiado, y tu propia habilidad en crecimiento. En unos meses más será solo una comida al día o la noche. Serás capaz de almacenar hasta las comidas e ir por más tiempo.

Mi cabeza estaba prácticamente en su regazo, y no sentía la menor agitación.

Me acarició el cabello, y ese fue un contacto reconfortante. Quería ser abrazada más de lo que deseaba el sexo. Quería que me abrazara, mientras me fuera quedando dormida. Eso sonaba mejor que cualquier otra cosa que se me ocurriera ahora.

—Una vez que llegue el alba mi vinculo contigo se debilitará, y no serás capaz de mantener el *ardeur* a raya. Lo siento, *ma petite*, pero tienes que alimentarlo.

—Estás tan cansado como yo —dije.

—No quiero nada más que subir entre las sábanas de seda y envolver nuestros cuerpos desnudos uno alrededor del otro. Quiero abrazar y ser abrazado. El sexo es una cosa maravillosa, pero esta noche quiero ser consolado más que complacido. Me siento como un niño en la oscuridad que sabe que los monstruos están debajo de la cama. Quiero que me digan que todo va a estar bien, pero soy demasiado viejo para creer en tales mentiras reconfortantes.

Tal vez fuera porque estaba cansada. Tal vez fuera porque Jean-Claude acababa de decir en voz alta, casi exactamente cómo me sentía. Me acordé de otras noches cuando todos habíamos estado tan cansados, este miedo, ésta inseguridad de lo que la caída de la siguiente noche traería. Me acordé de Asher y Julianna, y yo, nosotros, Jean-Claude abrazados el uno al otro. Simplemente abrazándose entre sí, la sensación de la piel desnuda y el calor, como una versión adulta de un oso de peluche. Abrázame esta noche, Julianna solía decir, y callada entre los dos hombres había sido como a menudo sus miedos les permitieron estar tan cerca y asustados como ellos realmente estaban.

Julianna había sido el puente entre los dos hombres. Nunca hubieran podido estar tan cerca durante tanto tiempo sin ella. Yo tenía los recuerdos, sabía cuántas veces sus necesidades los habían reconciliado, su amor por cada uno de ellos los había vinculado estrechamente. Jean-Claude había sido el cerebro, Asher el encanto, aunque ambos eran encantadores y ambos inteligentes, pero Julianna había sido su corazón. Un viviente corazón latiendo por los tres.

Nunca podría ser Julianna. No tenía su bondad, su amabilidad, su paciencia. Nosotras éramos tan diferentes, pero aquí estaba yo siglos más tarde con los mismos dos hombres. Se me escapó un suspiro, tomé otro, lo deje salir, escuchaba mi agitación.

—¿Hay algo mal, *ma petite*, quiero decir más malo de lo que ya es?

Levanté mi cara de su rodilla.

—Si Asher tuviera realmente un *ménage à trois* con nosotros, entonces Musette tendría que dejarlo solo, ¿verdad?

Alguna expresión pasó por su rostro, rápidamente pasó alejándose,

escondida detrás de esa hermosa máscara atenta que llevaba cuando no estaba seguro de que expresión ayudaría, y que le dolería.

—Si hubiéramos sido capaces de contestar con la verdad, que esta noche Asher estaba en nuestra cama, entonces, Musette no podría haberle pedido. Eso es cierto.

—Si él se uniera a nosotros esta noche, mañana estaría a salvo. —Mi voz sonaba sin sustancia de hecho, como si estuviera proponiendo ir de compras, o preparar la cena.

Su voz era aún más cuidadosa que la mía.

—Eso sería cierto.

—Si solo dejara que tú y Asher seáis pareja, cuando no estoy, entonces él estaría seguro, pero no puedo. —Sacudí la cabeza—. En teoría no tengo problemas con él. Me gustan los hombres. Veo a los hombres demasiado atractivos, así que entiendo que todos lo vean atractivo. Que los hombres se sienten atraídos por los hombres tiene mucho sentido para mí. Pero en la práctica no puedo. No me atrevo a compartir a mi hombre con otro hombre. No puedo hacerlo. Si me enterara de que tú y Asher lo habéis estado haciendo a mis espaldas, me caería de culo. Sé que es increíblemente injusto. Estoy durmiendo con Micah, y malditamente cerca de dormir con Nathaniel, y tuve relaciones sexuales con Richard hasta hace unos meses. Sin embargo, tú tienes que ser sólo para mí. Es terriblemente injusto, lo sé.

—No estoy muy lejos de la cama cuando los demás están contigo, a excepción de Richard, que nunca compartimos.

—Lo sé, obtienes sangre de los hombres porque todavía no te dono sangre, pero no es lo mismo.

—No quiero a nadie excepto a ti, *ma petite*. Creo que lo he dejado claro.

Entonces alce la vista y lo miré.

—Lo has dejado claro, pero sé que deseas a otra persona además de mí. He sentido lo que sientes cuando miras a Asher. Veo la forma en que los dos os miráis. Duele a veces, sólo con veros estar en un cuarto juntos.

—Lo siento, *ma petite*.

Me puse las rodillas en el pecho y las abracé allí.

—Permíteme terminar este pensamiento, Jean-Claude, por favor.

Él me hizo señas para que siguiera adelante.

—No puedo dejarte tomar a Asher en tu cama, y no puedo tomar a Asher en la mía. Pero me acuerdo de lo que fue para vosotros tres.

Recuerdo cuán seguro se sentía. Hay momentos en que me olvido de que estos no son mis recuerdos y añoro lo que los tres tuvieron. Me parece un infierno mucho más pacífico que lo que estamos haciendo.

Abracé mis piernas tan fuertemente, que mis brazos temblaron por la fuerza de ello.

—No sé si puedo seguir con esto, pero me gustaría intentarlo.

—¿Probar que, *ma petite*? —Su voz fue muy cuidadosa.

—Quiero a Asher a salvo.

Jean-Claude se había quedado muy quieto.

—No entiendo, *ma petite*.

—Sí, lo entiendes.

Sacudió la cabeza.

—*Non*, no tendré ningún malentendido aquí. Tú debes ser precisa en su significado.

No podía mirarlo mientras lo decía.

—Trae a Asher aquí esta noche. No lo prometo, pero lo quiero caliente y desnudo junto a nosotros. Quiero perseguir esa herida en sus ojos. Quiero mostrarle con mis manos y mi cuerpo que lo encuentro encantador. —Levanté la vista hacia él, entonces, encontré su cara ilegible—. No sé en qué momento voy a gritar asqueroso y escaparme de los dos. Estoy segura de que vamos a llegar a un punto, allí por lo general, pero si lo traemos a nuestra cama esta noche, en cualquier forma, entonces estará seguro por la mañana, ¿verdad?

—¿Qué dirá tu Nimir Raj?

—Él asumió que tú y yo tenemos intimidad con Asher, cuando llegó a la ciudad. Un montón de gente lo cree.

—¿No le has dicho la verdad?

—Sí.

—¿Y no se enfadará contigo por compartirte con otro hombre?

Sacudí la cabeza.

—Micah es más práctico que yo, Jean-Claude. No es sólo amor o lujuria, lo que me lleva con Asher. Esta noche está asegurando nuestra base de poder. Si Asher está seguro, entonces todos estamos más seguros. Su dolor no puede ser utilizado contra nosotros.

—Qué práctico de ti, *ma petite*.

—He aprendido del mejor.

Me dio un vistazo, con una ceja levantada.

—Si yo fuera realmente práctico en los asuntos del corazón, las cosas habrían ido más rápido entre nosotros.

—Quizás, o quizá no, pero sabías que si presionabas demasiado, habría corrido, o tratado de matarte.

Él se encogió de hombros graciosamente.

—Tal vez, pero me gustaría preguntar, para que no haya malentendidos, ¿vas a traer a Asher a nuestra cama sólo por esta noche?

—¿Habría alguna diferencia? —pregunté.

—Puede que para él.

—He tratado de ajustar mi cabeza en torno a todo esto, y fracasé. No sé. Sé que no quiero renunciar al tiempo a solas contigo, sólo contigo. Sé que no quiero tener siempre compañía.

—Julianna y Asher arreglaban tiempo a solas a pesar de que éramos un trío.

—Por primera vez en mucho tiempo, mi vida personal esta tan cerca como nunca lo ha estado del trabajo. No quiero joder encima esto.

—Entiendo.

—Supongo, que quiero a Asher sano y salvo, quiero expulsar esa mueca de dolor de sus ojos, pero en el mundo real sólo podemos correr hasta la bandera. Si funciona, estupendo, pero si no funciona, entonces ¿qué? ¿Asher tendrá que irse? ¿Perderás a tu segundo? ¿Te hará más daño a ti y a Asher? Va a…

Él tocó con la yema de sus dedos mis labios.

—Shhh, *ma petite*. He llamado a Asher. Llega incluso ahora.

Sentí mis ojos agrandarse, congelarse el aliento en mi garganta, mientras que mi pulso golpeaba enloquecido. ¿Qué había hecho? Nada aún. La pregunta de los diez mil dólares era, ¿qué estaba a punto de hacer, y podría vivir con ello más tarde?



ONCE

Asher entro por la puerta, lentamente, mientras su cara se escondía cuidadosamente detrás de un mechón de su dorado cabello. Se había cambiado, ahora llevaba una camisa limpia, sin sangre. Era blanca y el color no le convenía.

—Me llamaste —dijo Asher.

Me quede inmóvil, todavía abrazando mis rodillas, de repente mi pulso daba golpes en mi garganta. Además mi respiración se detuvo durante un segundo o dos.

—Lo hicimos —dijo Jean-Claude con una voz cuidadosa.

Asher nos miró entonces, y pude ver una visión clara de su cara a través de su pelo. Creo que fue eso que hicimos lo que le llevó a mirarnos. Jean-Claude estaba sentado muy recto, antes de que Asher llegara a la puerta. Estaba elegante, preparado, en su traje de cuero y seda. Yo, todavía estaba acurrucada en la alfombra a sus pies, mirando a Asher, él era el zorro y yo

el conejo.

Jean-Claude me tocó el hombro, y me dio un vuelco el corazón.

Le miré, mientras él me miraba.

—Debe ser tu decisión, *ma petite*.

—¿Porque siempre tiene que ser mi decisión? —pregunté.

—Porque tú no tolerarás ninguna otra cosa.

Oh, ahora me acordaba.

—Genial —dije en voz baja.

Me apretó el hombro con suavidad.

—Nada se ha decidido todavía. Podemos seguir como estamos.

Sacudí la cabeza.

—No, no voy a ser la responsable de lo que pase mañana por la noche. No lo voy a arriesgar, va en contra de mis principios.

—Como quieras, *ma petite* —dijo Jean-Claude, con una voz que no dejaba nada al descubierto.

—¿Qué ha pasado? —pregunto Asher, y su voz no estaba vacía, no había ningún hilo de temor en él. Estaba durmiendo en el pasillo, no lo podía culpar.

Quité mis brazos de alrededor de mis rodillas. Estaban rígidos por la presión en contra de mis piernas en las cuales estaban muy apretados. Traté de suavizar mis manos entumecidas para tocar la falda y encontré sólo mis bragas. La falda azul marino era demasiado corta y me había sentado de una forma poco conveniente para ella. Si hubiera habido alguien en la habitación para verme, hubiera podido decirle que acertó con mi ropa interior.

Tenía mis rodillas debajo, moviéndome lentamente, muy tiesa, y mi cuerpo se ajustó a la tensión.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunto Asher, y esta vez su voz era más suave.

—Nada, *mon ami* —dijo Jean-Claude—, o más bien, nada más.

—Es culpa mía —dije. Me puse de pie, todavía moviéndome lentamente.

—¿Qué es culpa tuya? —Asher estaba mirando de Jean-Claude a mí buscando, tratando de leer algo en nuestros rostros.

Salí de la piel, y mis zapatos de tacón alto hicieron un sonido agudo en el suelo.

—Estás en peligro por Musette.

—Has hecho todo lo posible para protegerme, Anita, más de lo que jamás había soñado. Nadie desafío a Musette, por temor a Belle Morte. Has hecho lo que muchos miembros del Consejo temen hacer.

—La ignorancia es una bendición —dije.

Asher me dio una rápida mirada a través de su brillante pelo.

—¿Qué significa eso?

Caminé hacia él, porque aún estaba cerca de la puerta.

—Esto significa que tal vez pueda ser valiente, porque no conozco nada mejor. Nunca he visto a Belle Morte en persona. No me malinterpretes, es bastante impresionante desde la distancia, pero nunca la he conocido realmente.

Estaba de pie delante de él. Se había dado media vuelta para que sólo viera la mitad de su rostro, era perfecto. No se había escondido de mí completamente en meses.

Llegué a tocar el lado de la cara que había escondido y se estremeció, alejándose de nuevo lo suficiente para tocar la puerta de cascabel.

—No, no.

—Te he tocado antes —dije, y mi voz era baja, suave, era una voz que se usaba para hablar con un animal asustadizo o un hombre en una cornisa.

Volvió su rostro lejos de mí.

—¿Has visto las pinturas? Viste lo que fui una vez, y ahora has visto lo que parezco, cuando las… heridas son recientes.

Dio la vuelta, con las manos en la puerta, meneando la cabeza.

—Hemos visto lo que vio Belle Morte.

Sacudí la cabeza, me di cuenta de que no podía verme, y le toqué el hombro. Hizo una mueca.

Miré a Jean-Claude, y su rostro estaba vacío, sólo sus ojos mostraban la más elemental visión de un dolor tan profundo que casi había destruido a tres personas.

Apreté mi cuerpo contra la espalda de Asher, movía los brazos en sus costados, abrazándolo desde atrás. Se quedó inmóvil bajo mi tacto, quieto, apartándose a sí mismo, y confíe en que no le haría daño. Apoyé la mejilla en su espalda y la mantuve, mientras que su cuerpo se quedó en silencio bajo mi tacto.

Me tragué las lágrimas que no iba a dejar resbalar por mis mejillas. Mi voz era firme.

—He visto a través de los recuerdos de Jean-Claude mucho antes de

esta noche. Me acuerdo de lo bien que se sentían tus manos, en contra de mi cuerpo. —Moldee mi cuerpo contra el suyo, y me aferré a él—. No necesito la pintura para que me muestres tu belleza.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y él intentó girar, para rechazarme, pero me aferré aún más, y él no podía moverse sin hacerme daño.

—Déjame ir, Anita, déjame ir.

—No —dije a Asher—. No, esta noche no.

Hizo pequeños movimientos, luchando, atrapado contra la puerta, como un hombre tratando de escapar de una habitación que era sólo una pulgada más ancha que su propio cuerpo.

—¿Qué quieres de mí? —Su voz contenía unas lágrimas.

—Únete a nosotros esta noche, es lo que quiero, únete a nosotros.

Detuvo sus movimientos inquietos, pero siguió con otro ritmo al de antes. Podía sentir los latidos de su corazón contra mi mejilla. Hubiera jurado que no había sido vencido un segundo antes.

—Unirme a ti, ¿cómo? —su voz fue un susurro ahogado.

Me agarró de la camisa y lo utilizó para convertirlo en todo y nada. Se movía lentamente, como intentando convertir la tierra contra su eje. Apoyó la espalda a la puerta y me mostró sólo lo que quedaba de su perfil perfecto. Me quité la camisa, tratando de llevarlo a la sala, pero no se trasladó hasta ese punto. Miró a mi lado a Jean-Claude.

—No puedo hacer esto —su voz solo era dolor.

—¿Qué crees que está pidiendo? —La voz de Jean-Claude seguía siendo tan cuidadosamente vacía que me cabreaba.

—Ella hará cualquier cosa para mantener a su gente a salvo, incluso tomar un lisiado en su cama por una noche.

Tenía la arrugada camisa en las manos y me vi obligada a ir tras él, porque él no vendría a mí.

—Quiero mantenerte a salvo de Musette, y esto lo hará, pero no es por eso, no realmente.

Asher me miró, y había un mundo en sus ojos, un mundo de dolor y una necesidad y horror, tan grande, tan solitario. La primera lágrima me rozó la mejilla. Me hablaba en voz baja en francés, y entendí algo de lo que dijo.

Asher me agarró de las muñecas y me obligó a apartarme de él.

—*Non*, Jean-Claude, así no. Puede ser vuestro deseo, no lo sé. No voy a dividir lo que queda de tu triunvirato. Prefiero pasar una noche en la cama

de Musette a debilitar vuestro poder de esta manera. Tienes que ser fuerte mientras están aquí, o todos pereceremos.

Tomé una respiración profunda, y fue como si algo se marchara de mí, como un velo que se levantaba. Me di la vuelta y mire el vampiro detrás de mí.

—¿Lo hiciste a propósito?

Se tapó la cara con las manos y dijo:

—No puedo dejar de querer lo que quiero, *ma petite*, perdóname.

Me giré hacia Asher.

—No es el *ardeur* lo que te desea, Asher. Sabes que me siento atraída por ti.

Trató de apartar la mirada, pero me tocó la cara, y esta vez no se inmutó por la distancia. Asher me dejó, a su vez, para hacerme frente otra vez, puse mis dedos en el borde de su barbilla. La piel suave todavía existente, a pesar de que estaba en el lado derecho, donde tenía las cicatrices. Era casi como si la gente que le había hecho eso, no fueran capaces de destrozar la curva perfecta de sus labios.

—No es la lujuria lo que quieres de mí.

Su mirada cayó. Estuvo a punto de cerrar los ojos, la expresión de su rostro era como la de un hombre preparándose para recibir un golpe.

Le susurré:

—No.

Me acerqué de puntillas, le puse mis manos a ambos lados de su cara, tan suave como el satén y la seda, pero más suave, y la otra cara bruta, sin semillas, apenas con sensación de la piel en absoluto.

—Te quiero, Asher.

Sus ojos se abrieron, y su mirada era tan cruda, tan llena de tantas cosas que se podría utilizar para hacer daño.

—No sé cuánto es de la memoria de Jean-Claude, pero sé que esto es de mi parte, Te quiero. Y a nadie más.

—Sin embargo, no me has llevado a la cama.

—Me gusta un montón de gente con la que no me acuesto. Bueno, que no tiene relaciones sexuales conmigo.

La expresión de sus ojos comenzó a apagarse. Me di cuenta de lo que había dicho.

—Quiero que vengas a dormir esta noche, por favor, Asher, y no sólo para dormir.

Puso las manos a cada lado de las mías.

—Sólo para mantener mi seguridad contra Musette.

No podía desmentir eso…

—Eso es cierto, pero ¿qué importa? ¿Tan importante es eso?

Asher sonrió y movió suavemente mis manos lejos de su cara.

—Sí, Anita, me importa. Me vas a llevar a tu cama esta noche, pero mañana te sentirás culpable y te alejarás de mí.

Le fruncí el ceño.

—Hablas como si ya hubiera hecho esto contigo, pero nunca lo hice.

Me acarició las manos entre las suyas.

—Tuviste a cuatro hombres en la cama, cuatro de nosotros, pero solo aceptaste tener relaciones sexuales con Jean-Claude. Te alimentas del *ardeur* de Nathaniel, pero no has follado con él. —Soltó mis manos y sacudió la cabeza, riendo—. Sólo tienes la fuerza de voluntad para dormir, noche tras noche junto a tanta belleza y no tomar todo lo que Nathaniel te ofrece. He conocido a santos y sacerdotes, a lo largo de los siglos, que no tenían tu fuerza de voluntad de resistir a la tentación.

—No creo que pueda resistir mucho más —dije, con las manos en las caderas.

Volvió a reír, su sonrisa se atenuaba a medida que hablaba.

—Jason ha sido puesto firmemente en la caja marcada de «amigo». Pero por mi parte, no quiero unirme a vosotros en la cama de nuevo, si mañana voy a ser simplemente otro amigo. No podría soportarlo.

Le fruncí el ceño. Había hecho mi mejor esfuerzo para olvidar lo que ocurrió cuando Belle Morte causo la fuerza del *ardeur* hacía unos meses. Gracias a ella, había participado en la cosa más cercana a una orgía. No hubo relación sexual, sino un montón de manos y cuerpos tocándose donde no debería haber contacto normalmente. Asher tenía razón: había hecho mi mejor esfuerzo para ignorar todo el asunto. Di lo mejor de mí para ignorarlo, y nunca sucedió. Pero por supuesto que había sucedido, la tentación era demasiado grande.

—¿Qué quieres que diga? siento que soy un poco vergonzosa acerca de haber estado en la cama con cuatro hombres al mismo tiempo. Sí, me daba vergüenza, así que demándame.

—Esta noche te vas a avergonzar también.

—Un montón de cosas me molestan Asher, no puedo evitarlo.

—No se puede dejar de ser quién y lo qué eres, Anita. No voy a

cambiar, pero tampoco quiero que sea solo una noche. Te digo que no podría soportar ser expulsado de nuevo.

Sabía que en ese instante no se refería a mí arrojándolo fuera de la cama después del *ardeur*. Se refería a Belle Morte, lo que le había hecho todos estos siglos. Ella lo había arrojado fuera, como un juguete dañado. Después de todo, siempre puedes comprar más juguetes.

Empecé a caminar de un lado a otro delante de él, sin mirar a ninguno de ellos, buscando algo, cualquier cosa mientras me invadía la energía nerviosa.

—¿Qué quieres de mí, Asher? ¿Una garantía?

—Sí —dijo por fin—. Eso es exactamente lo que quiero de ti. —Me detuve y lo miré.

—¿Qué tipo de garantía? ¿No será algo como lo de esta mañana? —Sacudí la cabeza.

—Lo siento, no puedo prometerlo, porque no sé cómo me sentiría.

—¿Qué va a decir Micah cuando se entere que te acostaste conmigo?

—Micah está al tanto.

Asher me miró.

—Lo sé, lo sé, sigo esperando a que lance un ataque sobre algo. Está de acuerdo con el intercambio entre Jean-Claude y yo, y Nathaniel, y cito, cualquier otra persona que se deberá incluir en un «Fin de la cita».

Asher amplió los ojos con sorpresa.

—No lo entiendo.

—No tienes ni idea —dije—. Cuando él entró en mi vida, dijo que haría cualquier cosa para quedarse conmigo, cualquier cosa para ser mi Nimir-Raj. Hasta ahora, va en serio.

—Parece perfecto para ti —dijo Asher, con la voz llena de una ironía suave.

—Lo sé, me hace pensar que el otro zapato caerá y se volverá contra mí.

Asher me tocó la cara, para que lo mirase directamente. Me buscaba completamente ahora, con sus ojos azules de hielo tan sinceros.

—Nunca quiero hacer algo que dañe el contenido de tu vida que has construido tan bien. Si hacemos esto y te escapas, y luego Jean-Claude pierde su relación contigo, me iré.

Sentí que mis ojos se abrían ampliamente.

—¿Qué quieres decir, con que te irás?

—Quiero decir que si me llevas a tu cama esta noche y me dejas, me iré. Ya no os veré, espero que Jean-Claude siga con ese amor profundo. Tomará tiempo para buscar otro maestro que me quiera y, probablemente, no lo encontraré en un segundo. Sé que soy un maestro débil. No tengo ningún animal para llamar, —movió la cabeza—, muchos de mis poderes son inútiles, salvo en situaciones íntimas, y solo una vez, —casi tocó la cara llena de cicatrices de su rostro, pero dejó caer la mano—, una vez que esto sucedió, nadie me dejó acercarme lo suficiente para usar mis poderes sobre ellos.

Se lamió los labios, suspirando, al mismo tiempo, y provocó un gesto que me hizo recuperar el aliento. Lo quería, le quería a él, la forma en que quiere una mujer a un hombre por un largo tiempo. Pero el ansia por sí sola nunca había sido suficiente para mí.

—¿Estás diciendo que si te llevamos a nuestra cama esta noche, pero si mañana paso de ti, y sólo por esta vez, nos dejaras? —pregunté.

Asher asintió con la cabeza. Ni siquiera tenía la necesidad de pensar en ello.

—Me estás dando un ultimátum, Asher, no soy buena con los ultimátum.

—Ya lo sé, pero tengo que protegerme, Anita. No puedo vivir tan cerca del cielo y que no se me permita la entrada. Creo que me va a volver loco, al final.

Se apoyó contra la puerta y miré a mi lado hacia Jean-Claude.

—He estado pensando desde hace unos meses en irme. Es muy difícil para todos nosotros. Saber que ha sanado algunas de las heridas por estar con vosotros como un amigo más, Jean-Claude. —Se volvió y me sonrió —. Y al ver la forma en la que me has ayudado, me lastima aún más, Anita. —Se volvió, y puso su mano en el picaporte.

Le puse la mano sobre la puerta, sosteniéndola.

Asher me miró.

—Déjame ir, Anita, no quieres esto.

—¿Qué voy a decir, Asher? ¿Qué tienes razón? ¿Qué si no hubiera venido hoy Musette, no hubiera hecho esta oferta? Tienes razón, no la haría. —Me apreté contra el lado de la puerta—. Pero con pensar en que te vas, de no volver a verte… —sacudí la cabeza, y maldita sea, iba a llorar de nuevo—. No te vayas, por favor, no te vayas.

—Tengo que irme, Anita. —Me tocó el hombro, trató de sacarme del

camino para que pudiera abrir la puerta.

Sacudí la cabeza.

—No.

Asher me frunció el ceño.

—*Ma cherie*, no me amas, no realmente. Si no me amas, y no me quieres, entonces debes dejarme ir.

—Te amo, y te quiero.

—Tú me quieres como un amigo, me queréis como amigo, pero quieres a muchos hombres, pero no te entregas a ellos. Tengo toda la eternidad, pero mi paciencia no es suficientemente buena como para esperarte, *ma cherie*. Me has vencido. Habría intentado seducirte, pero… —Una vez más estuvo a punto de tocar el lado de cicatrices de su rostro, pero su mano se alejó, como si no pudiera descubrir su otro lado.

—He visto a los hombres que has rechazado. Perfecciones, y se van sin ni siquiera un lamento. —Asher frunció el ceño, como si no lo entendiese, pero sabía que era verdad—. ¿Qué puedo ofrecerte que ellos no puedan?

Me puso las manos en mi hombro y suavemente trató de apartarme del camino. Apoyé la espalda en el marco de la puerta, mi mano aún en el picaporte.

—No —fue todo lo que podía pensar que decir.

—Sí, querida, sí. Ya es hora.

Sacudí la cabeza.

—No.

Apoyé la espalda en la puerta tan fuerte que sabía que iba a tener moratones por la mañana. No podía dejarlo ir. De alguna manera sabía que si abría la puerta, nunca tendría otra oportunidad.

Recé por las palabras. Recé, para ser capaz de hablar con mi corazón y no tener miedo.

—Dejé que Richard se fuera. Creo que se habría ido de todas formas, pero me senté en el suelo y observe como se marchaba. No me interpuse en su camino. Supuse que era su elección, y no puedes sostener a alguien que no quiere ser retenido. Si alguien realmente quiere dejarte, tienes que dejarlo ir. Bueno, mierda, condenada mierda. No te vayas, Asher, por favor, no te vayas. Me encanta la manera en que tu pelo brilla a la luz. Me encanta la manera en que sonríes cuando no estás tratando de ocultarte o impresionar a alguien. Me encanta tu risa. Me encanta la manera en que tu voz lleva el dolor como el sabor de la lluvia. Me gusta la forma en la que

miras a Jean-Claude cuando se mueve a través de una habitación, cuando crees que nadie te está mirando, porque es exactamente de la misma forma que lo miro yo. Me gustan tus ojos. Me gusta tu dolor. Me encantas tú.

Cerré la distancia entre nosotros, envolví mis brazos alrededor de él, apreté la mejilla contra su pecho, seque las lágrimas en la seda de su camisa, y seguía susurrando.

—Te amo, te amo. —Cuando levantó mi cara y me besó, me besó en los labios, por primera vez.



DOCE

Terminamos ese suave beso, y Asher me llevo a la cama de la mano. Se retiró, viéndose como un niño titubeante. Jean-Claude estaba junto a la cama, con su rostro tranquilo, sólo él podía mantener la calma en cualquier situación.

—Hay una cosa que debo decir antes de empezar. Soy el controlador de tu *ardeur, ma petite*, pero llegará un punto en todo esto que voy a perder el control. No puedo garantizar lo que pase cuando pierda ese control.

Asher y yo nos quedamos junto a él, de la mano. Asher se aferraba a mi mano con una ferocidad que era casi dolorosa. Su voz no mostraba la tensión que se podía sentir en su cuerpo.

—Si pensara que sólo fuera el *ardeur* lo que hace que Anita quiera llevarme a la cama, entonces diría que no, porque cuando el *ardeur* se haya enfriado, ella me arrojara a un lado como lo hizo antes.

Se llevó la mano a los labios y puso el toque más suave en mis nudillos.

—Creo que Anita me desea en su cama. El *ardeur* puede subir, o bajar, es lo mismo para mí.

Jean-Claude me miró.

—*Ma petite*.

—Prefiero hacer gran parte de esto antes de que llegue el *ardeur*, pero tengo entendido que va a ser… Muy duro para ti. —Me encogí de hombros —. No lo sé. Sé que estoy comprometida con esto, así que supongo que estará bien.

Levantó una ceja hacia mí.

—Nunca se es convincente cuando se miente, *ma petite*.

—Ahora que sabes que no es verdad —dije—, miento muy bien gracias.

—No a mí.

Me encogí de hombros.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo aquí, Jean-Claude. —Miré el techo como si pudiera ver el cielo a través de toda la roca por encima de nosotros—. Sé una cosa, quiero que lo que estamos haciendo sea realizado antes del amanecer. No quiero que os desvanezcáis a la mitad.

—*Ma petite*, todavía considerando desconcertante que muramos al amanecer —dijo Jean-Claude.

—¿Qué hora es? —preguntó Asher.

Miré a mi reloj.

—Estamos cerca de las dos y media.

—El tiempo es apenas suficiente —dijo Asher. En la forma en lo que lo dijo, hizo que Jean Claude se riese de la forma más masculina posible, sobre las mujeres o el sexo. No estaba segura de que jamás hubiera escuchado aquel sonido de Jean-Claude.

De repente me sentí muy consciente de que era la única chica, y ambos eran hombres, sonaba un poco tonto, ya lo sabía pero… Era como entrar en un bar y tener el sentimiento de que todos te siguen con la mirada mientras caminas, igual que los leones y las gacelas.

Cualquiera de los hombres había puesto su mirada en mí, creo que podría haberme escapado, pero no lo hice.

Jean-Claude se arrastró a la cama completamente vestido y me tendió la mano. Me quedé mirando los largos dedos de la mano pálida, elegante, incluso en ese pequeño movimiento. Asher apretó mi otra mano, suavemente.

Me di cuenta en ese momento, que si me acobardaba, sería el final de esto.

No sentía ninguna presión de ninguno de los dos pero Asher se iba a ir, no esta noche pero pronto y yo no quería que se fuera.

Tomé la mano de Jean-Claude, y me tiró suavemente sobre la colcha de seda. Era resbaladiza cuando estaba usando bragas. Sus manos sobre las mías, me mantuvieron en el borde de la cama.

—¿Por qué es —dije—, que nunca te deslizas fuera de la cama cuando estás usando seda?

—Siglos de práctica —dijo Jean-Claude.

—Recuerdo cuando no eras tan práctico. ¿Recuerdas a la Vicante Duquesa? —dijo Asher.

Jean-Claude se ruborizo con una leve insinuación de color rosa. Ni siquiera sabía que pudiera tener rubor.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Me caí —dijo tratando de alejar su dignidad y exponer ese defecto, mientras sonreía—. Lo que no dice es que se cortó la barbilla con un espejo de plata que se rompió cuando se cayó con la duquesa y las sabanas de seda. Había sangre por todas partes, y el marido cornudo en la escalera.

Miré a Jean-Claude, Asher asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Qué paso? —pregunté.

—La duquesa se cortó con uno de los fragmentos de vidrio y dijo a su esposo que era su propia sangre. Era una mujer muy emprendedora, era la duquesa Vicante.

—Así que ambos os conocíais, cuando no eras tan perfecto y afinado.

Jean-Claude dijo:

—No, Asher vio cuando aprendía mis lecciones, solo tenía cinco años, antes de que fuera a la corte con Belle Morte. Los buenos tiempos fueron ya gastados antes de que yo llegara.

—Lo tenía todo, *mon ami* —dijo Asher y sonrío. Me sentí abrumada con ese aluvión de sonrisas. Esa sonrisa cuando tenía el pelo en mechones largos y el sombrero en la cabeza, agraciado con plumas, esa sonrisa mientras jugaba al ajedrez y Julianna cosiendo delante del fuego, esa sonrisa era un derrame de sábanas limpias y con la risa de Julianna.

Había pasado un largo tiempo desde que había visto esa sonrisa. Nos lo llevamos a la cama y la sonrisa se desvaneció. Jean-Claude barrió la colcha

a un lado para revelar unas sábanas un poco más azules que los ojos de Asher, como el cielo, de un azul celeste intenso. Pero Asher se quedó de rodillas, como si tuviera miedo a sentarse sobre la cama. Podía oír su pulso sordo en su garganta y no tenía que ver con el vampiro o cualquier otra forma, era solo miedo, o eso creía.

Asher tenía miedo. Podía probar su miedo en la parte posterior de la lengua. Podía tragar, disfrutar el aroma de ella, como un buen vino para abrir el apetito.

El miedo llama a ese pedazo de mí que era la bestia de Richard. Se sacudió dentro de mí como un gato estirándose, explorando el espacio que había quedado atrapado, un gruñido fino brotaba de mis labios.

—Control, *ma petite*, no lo perdamos tan pronto.

Era difícil pensar, y mucho más difícil hablar. Llegué a mis rodillas y levanté la camisa de Asher, mis dedos jugando a lo largo de su piel. Quería rasgar la camisa y poner mi boca sobre la piel. Pero no era el sexo en lo que estaba pensando. Los vampiros no pueden alimentarse entre sí, pero un hombre lobo podía comerse a un vampiro. Cerré los ojos, obligando a mis manos estar lejos de su cuerpo.

—Lo estoy intentando, pero ya sabes lo que pasa si empujo el *ardeur* demasiado tiempo.

—El aumento de otras hambres, *oui, ma petite*. No lo he olvidado.

—No puedes ayudarme a controlar a la bestia de Richard. —Mi voz sonaba ronca.

—No.

Miré a los ojos azules de Asher, tanto miedo, mucho miedo, y no de mi bestia. El miedo me ayudó a sostenerme, pero sabía que no duraría mucho tiempo, todo lo que íbamos a hacer tenía que hacerse rápidamente.

—Quiero verte desnudo por primera vez sin el *ardeur* montándome, Asher. Pero no hay mucho tiempo.

Traté de llamarlo para que viniera a la cama, pero él no quiso venir.

Jean-Claude se apoyó en las almohadas y extendió sus brazos, casi en la forma en que llevaríamos a un bebé. Habló en voz baja en francés, pero no podía entenderlo todo, la mayoría era un motivo para apresurarse.

Asher se arrastró a la cama completamente, aunque cada movimiento era lento, renuente. Se quedó sentado contra el cuerpo de Jean-Claude, pero ambos estaban completamente vestidos, y la forma en que estaban sentados, podrían haber estado en cualquier club. No era tanto sexual como

reconfortante. Les miré a los dos y supe que alguien iba a tener que quitarse algo de ropa. Estupendo. Me quité la chaqueta y la tire al suelo.

Jean-Claude levanto ambas cejas en un fino movimiento.

—Si seguimos con este cuidado va a llegar el amanecer y no habrá cambiado nada.

Tuve que salir fuera de la cama para conseguir quitarme la falda, y la deje en un montón en el suelo con mi blusa. Las bragas y el sostén eran un par coincidente, un satén azul marino brillante. Cuando me los había comprado, me recordaron el color de los ojos de Jean-Claude.

Esperaba sentirme avergonzada, de pie con mi ropa interior, pero no lo hice. Tal vez me había pasado demasiado tiempo con los cambiaformas y su política de nudistas casual. O quizás, simplemente no me parecía mal desnudarme delante de Asher. No lo sabía, pero tampoco me lo replanteaba. Subí de nuevo, con cuidado a la cama de seda azul zafiro, de modo que no me deslizara de nuevo.

—Verdaderamente estás decidida a hacer esto —dijo Asher, en una voz que era suave, incierta.

Asentí, cuando me puse a gatas con los altos tacones sobre la cama con ellos. Seguí con los tacones porque sabía que a Jean-Claude le gustaba, y que había llevado a la cama botas para mí. A su vez podía ser por el juego limpio.

Toqué los tobillos de Asher, y abrió las piernas un poco. Me metí entre las piernas, coloqué mi cuerpo entre sus pantorrillas, por las rodillas. Las piernas de Jean-Claude a ambos lados parecía tenerlo apretado contra mí. Me quedé como un gusano en mi camino entre los muslos, con las caderas, las piernas, y, finalmente, impaciente, mis manos, para difundirlo ancho delante de mí. Me dejó, finalmente, de rodillas entre sus piernas, mis rodillas se apretaron contra él, era en realidad mucho menos erótico de lo que parecía, porque todavía llevaba los pantalones, y teníamos un ángulo extraño. Llegué a los botones de la camisa. Asher me agarró las manos.

—Poco a poco, *ma chérie*.

Levanté las cejas hacia él.

—No tenemos tiempo para algo lento.

Rodó la cabeza hacia atrás para poder mirar a Jean-Claude.

—¿Es que siempre es tan impaciente?

—Empieza como un hombre americano, pero lo hace como juego previo, como una chica francesa.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

—Vamos a ayudarte a desvestirme, *mon ami*, y no tendrás que hacer preguntas, para tu información.

Las manos de Asher cayeron lejos de mí, y se desabrochó la camisa. Lo hizo rápidamente, porque el tiempo no estaba de nuestro lado. No quería estar en la cama con ellos cuando fueran a morir al amanecer. Todavía estaba nerviosa cuando Jean-Claude lo hizo conmigo, no quería ver ese hecho en estéreo.

Jean-Claude plantado delante de Asher, y entre los dos, se quitó la camisa de manga larga fuera de su cuerpo.

—Me gustaría detenerme en cada parte de tu cuerpo, Asher, pero quiero verte desnudo antes del amanecer. La próxima vez, si empezamos antes, podemos tomarnos nuestro tiempo.

Asher sonrió.

—La próxima vez, no has visto todo lo que hay que ver, no prometas hasta que lo hayas visto, como dicen, todo es espectáculo.

Me incliné hacia él, con nuestros rostros a pocos centímetros.

—No creo que haya algo que puedas mostrarme que me haga rechazarte.

—Estuve a punto de creerlo, *ma chérie*, casi a punto.

Me incliné hacia atrás lo suficiente en mis rodillas y acuné su cara entre mis manos. La diferencia en la textura no era desagradable, era sólo una parte del tacto de Asher. Le di un beso, largo, lento, explorándole, suavemente con mis labios. Me aparté lo suficiente para ver su rostro.

—Lo creo.

Saqué mis dedos por el borde de su mandíbula a cada lado, haciéndole cosquillas con las uñas en la línea de su cuello, un reflejo de una mano a la otra, hasta que llegué a su pecho. No fueron las manos lo que quería utilizar allí.

Le besé lo largo de la orilla llena de cicatrices de la clavícula, pero las cicatrices de la piel eran demasiado espesas, tuve que irme al otro lado para clavar mis dientes a lo largo de la clavícula, para darle esa ventaja segura a los dientes.

Se estremeció por mí.

Me cambié nuevamente a la derecha y le besé hasta que encontré su pezón, encallado en la dureza de cicatrices. No estaba segura de sí su pezón tenía la sensibilidad que había tenido antes. Sólo había una manera de

averiguarlo. Le lamí el pezón, un movimiento rápido de la lengua y sentí el movimiento de su piel. Usé mis manos para ayudar al montículo del lado de su pecho para que pudiera encontrar un pedazo. Las cicatrices eran muy duras en mi boca, pero su pezón se tensó bajo mi lengua, mi boca, y ligeramente, lo rocé con los dientes. Sólo cuando hube explorado a fondo el derecho, me dirigí al izquierdo. Su pezón izquierdo fue más fácil contra mi boca, más fácil de moldearlo. Tenía mis dientes ya puestos ahí, y gimió cuando lo mordí, ligero, nada que no desapareciera en unos instantes.

Lamí el lado izquierdo de su pecho, el estómago, luego me trasladé hacia su costado derecho y exploré la carne como lo había hecho en el otro lado, porque sabía que ahora, que con cicatrices o sin ellas, funcionaba. Podía sentir mi boca en su piel, los dedos detrás. Si él podía sentir entonces quería darle todo lo que podía.

Mi boca llegó a la cintura, la parte superior de sus pantalones. Lamí de un lado de la cintura al otro, luego volví hacia el lado derecho y lamí a lo largo del frente de su vientre plano, por lo que la punta de mi lengua aliviaba la parte superior de los pantalones, incluso con el cinturón.

Asher hablo con la voz entrecortada, áspero.

—Le has enseñado bien.

—Puedo tener poco crédito de ella, *mon ami*, pero le gusta lo que hace.

Giré los ojos hacia ellos.

—Por favor, dejad de hablar de mí como si no entendiera nada.

—Nuestras más sinceras disculpas —dijo Jean-Claude.

—*Oui* —dijo Asher—, no era un insulto.

—No, pero se supone que si se algo bueno tiene que ser porque un hombre me enseñó. Eso es tan sexista.

—Sólo podemos pedir disculpas de nuevo, *ma petite*.

Abrí la hebilla del cinturón de Asher, y no me detuve esta vez. Tenía el cierre superior para abrir, pero nunca he sido buena para descomprimir a un hombre cuando está sentado. Creo que siempre tengo un poco de miedo, por si voy a hacer que quede atrapado en la cremallera.

—Algo de ayuda aquí —dije.

Jean-Claude se levantó, Asher le ayudó, y bajó la cremallera, que revelaba que llevaba un boxer azul celeste de seda, ¿qué más? No hay manera de sacarle los pantalones a una persona con gracia. Peleaba con las piernas de los pantalones largos de Asher, se quitó los zapatos que todavía llevaba, no había que preocuparse por los calcetines. Se recostó, acunado

contra Jean-Claude, vestido sólo con la minúscula ropa interior de seda azul. Quería irme lejos de él. Quería verlo completamente desnudo, que parecía más importante que cualquier otra cosa. Para finalmente ver si las cicatrices se iban al otro lado.

Me arrastré hacia delante y lamí el borde de su estómago, por lo que mi lengua cayó justo por debajo de la cintura de la seda, un eco de lo que había hecho a sus pantalones. Podía sentir su presión contra la tela fina, su dureza rozando mi barbilla cuando me mudé a la cintura.

Volví a la derecha y las cicatrices que se escurrían hasta la mitad del muslo. Le lamí, le bese, y poco a poco a lo largo de ellas hasta que gritó. Entonces hice lo mismo con su otro muslo, yendo más bajo hasta que lamí la parte posterior de la rodilla, y se lamentó.

Jean-Claude dijo con una voz casi ahogada.

—*Ma petite*, por favor.

Miré hacia arriba, la punta de la lengua seguía jugando ligeramente en el mismo borde de la curva de la rodilla de Asher. Los ojos de Asher rodaron casi de vuelta en su cabeza. Sabía esas cosas a través de las memorias de Jean-Claude que solo un amante puede saber, como el hecho de que él adoraba que le lamieran el dorso de sus rodillas.

—Por favor, ¿qué? —pregunté.

—Por favor, termina.

Sabía lo que quería decir. Me arrastré de nuevo hasta que estuve arrodillada entre sus piernas. La seda azul estaba estirada, y esta vez fue muy erótico.

Metí mis dedos en la parte superior de la seda, y las manos de Asher se extendieron ansiosas, ayudando a deslizar la seda hasta la cintura. Tiré de la seda por los muslos, pero me paré prestando atención a otra cosa, porque estaba mirando lo que había sido revelado.

Las cicatrices le corrían desde el muslo hacia la ingle, como gusanos blancos congelados bajo la piel, pero se detuvieron a pocos centímetros por debajo de la ingle, y dejándole espeso y largo, y recto, y perfecto.

Tenía una imagen confusa de él con las cicatrices frescas, y era deforme, no podía estar completamente erecto, torcida hacia un lado, no podía ser posible.

Tuve que mover la cabeza para borrar la memoria. Vi la mirada de Jean-Claude. Nunca lo había visto con un aspecto tan absolutamente perdido, sorprendido, asombrado. Nunca había visto tantas diferentes

emociones fluir a través de su rostro. Finalmente fue atrapado entre la risa y las lágrimas.

—*Mon ami*, que…

—Había un médico hace unos pocos años, que pensaba que la mayoría de las cicatrices estaban en el prepucio, y lo estaban.

Jean-Claude recostó su cabeza sobre el hombro de Asher, perdido en el pelo de oro, y lloró y lloró.

—Todo este tiempo… todo este tiempo, y pensé que era culpa mía, que estaba en ruinas, y fue mi culpa.

Asher le golpeó en la espalda y le acarició el cabello a Jean-Claude.

—Nunca fue culpa tuya, *mon ami*. Si hubieras estado con nosotros cuando nos cogieron, te habrían hecho lo que me hicieron, y no hubiera podido soportarlo. Si no hubieras estado libre para salvarme, estaría muerto, junto conmigo, y Julianna.

Se abrazaron y lloraron, y se rieron, y sanaron, y de repente yo era superflua, arrodillada sobre la cama en mi ropa interior. Y por una vez, no me importó en lo más mínimo.



TRECE

Jean-Claude lanzó el *ardeur* con menos de una hora para salir, antes de que ellos murieran. No quería quedar atrapada debajo de nadie cuando eso sucediera. Pero había negado el *ardeur* durante más tiempo del que nunca antes había hecho, y era como una fuerza de la naturaleza, una tormenta que rompía sobre nosotros, quitándole la ropa a Jean-Claude y lo que quedaba de la mía.

Tomé a Asher en mi boca y exploré su perfección, encontré una fina cicatriz que se arrastraba sobre su escroto. Chupe la cresta del tejido de la cicatriz en mi boca y lo escuche gritar por encima de mí.

Fue fortuito más que planeado lo que puso a Jean-Claude debajo de mí, dentro de mí, con Asher a mi espalda, su peso sobre ambos, sin ninguna apertura por reclamar. O sin ninguna apertura la cual yo estuviera dispuesta a compartir. Podía sentir la longitud de Asher apretada contra mi espalda. Cada vez que Jean-Claude se empujaba a sí mismo dentro de mí, Asher se

empujaba a sí mismo contra mi espalda, encajado entre las mejillas de mis nalgas. Sumidos en la perfección. Cuando uno se movía, el otro se movía. Hasta que en algún lugar en medio de todo eso, le rogué a Asher que entrara en mí, que me tomara.

La voz de Jean-Claude llegó hasta mí como desde una gran distancia.

—*Non, mon chardonneret*, no hemos hecho ninguna preparación. Nunca lo has hecho antes.

Vagamente me había dado cuenta de lo que había pedido y fui feliz de que alguien pudiera pensar lo suficientemente bien como para evitar que los demás me hiciesen daño. Pero una parte de mí estaba enojada, el *ardeur* quería a Asher dentro, quería beber de él.

Cabalgué el cuerpo de Jean-Claude, mientras que el cuerpo de Asher cabalgaba el mío. Las manos de Jean-Claude estaban en mi cintura, sosteniéndome en mi lugar, estabilizándome, dirigiéndome, de la misma manera que llevas a una pareja de baile. Una de las manos de Asher se acomodaba en la cama, pero la otra se había escurrido hasta uno de mis pechos, la mano amasaba y tiraba de él, lo justo para estar cerca del dolor.

Sentí la presión construyéndose dentro de mí, ese sentimiento que precede a la explosión, y quería llegar, sin embargo, todavía no. Quería a Asher, como tenía a Jean-Claude. Lo que quería, lo necesitaba perforando mi cuerpo.

—¡Por favor, por favor, Asher, te necesito dentro de mí, por favor!

Puso mi pelo a un lado y desnudó mi cuello. El *ardeur* quemó a través de mí.

—Sí, Asher, sí.

Ese cálido pozo profundo se estaba llenando dentro de mí, aunque hacía solo unos segundos que él se había unido a nosotros. Quería su liberación con la nuestra. Lo quería con nosotros.

Parecía que había algo más que debía recordar, pero se perdió con los latidos del cuerpo de Jean-Claude, el ritmo de mis caderas, la sensación de sus manos en mi cintura, la mano de Asher en mi pecho, lo suficientemente fuerte para que doliera, la sensación de tenerlo tan sólido, tan mojado contra mi cuerpo, de modo que se movía a través del canal de su propia humedad, sin embargo, sabía que todavía no había llegado. Levanto la mano de la cama y echó mi cabeza hacía un lado, sosteniéndola, forzando mi cuello estirado y limpio.

Era como si ambos supieran lo que mi cuerpo estaba a punto de hacer,

como si pudieran oler, escuchar o saborear. En el momento en el que el calor se derramaba sobre el borde, como si la primera gota se derramara sobre mi piel, mi cuerpo se apretó; golpeando a Asher. Hubo un momento de dolor agudo, primero dolor y después placer, y me acordé de lo que había olvidado. La mordida de Asher era placentera.

Monté ese placer una y otra y otra vez hasta que grité, sin palabras, sin sonido, sin piel, sin huesos, sin nada, excepto el placer que se derramaba caliente. No había nada más.

Jean-Claude llegó mientras gritaba, sus uñas se clavaron en mi piel, lo que me trajo de vuelta, recordándome que tenía un cuerpo, que tenía piel, con los músculos y huesos debajo de ella. Asher llegó como una ola hirviendo contra mi espalda, con su boca bloqueada en mi garganta. Nos alimentamos los unos de los otros.

Mi *ardeur* bebió de Jean-Claude a través de la humedad caliente de mi cuerpo, a través de mi piel donde quiera que él la tocara. Su *ardeur* bebía debajo de mí a través de su largo eje como una mano dentro de mi cuerpo tomándolo todo. Mi *ardeur* bebió de Asher, absorbiendo donde tocaba mi piel, chupando mientras se saciaba de mí. La sensación de su boca, cerrada en mi cuello era como una trampa, el *ardeur* le chupaba a través de su boca y él chupaba mi sangre, alimentándose, tragando, bebiendo de mí. Mientras se alimentaba, trajo un orgasmo tras otro hacía mí, ola tras ola de placer, y no fue hasta que Jean-Claude gritó debajo de mí que me di cuenta de que a través de nuestras marcas, él era capaz de sentir lo que yo sentía.

Asher nos montó a los dos, nos montaba y nos llevaba, ola tras ola, hasta que retrocedió con sangre aun brotando de su boca y supe que había tomado más de lo que necesitaba para alimentarse. No me iba a matar, pero en ese momento de lucidez no creí que eso importara. Con esa clase de placer que daba, si mataba, tal vez, tal vez me dejase morir.

Me desplome contra la parte superior del cuerpo de Jean-Claude, con espasmos, incapaz de controlar mi cuerpo, sin poder hacer algo más que tiritar. Jean-Claude estaba temblando debajo de mí. Asher se derrumbó encima de nosotros. Lo sentí temblar contra mi espalda. Nos quedamos temblando, esperando que alguno de nosotros fuese capaz de moverse lo suficiente para caminar, o gritar, o algo. Después llegó la aurora y sentí sus almas escapar, sentí sus cuerpos aflojarse y vaciarse. Estaba apretada contra el pulso frenético y el calor de sus cuerpos, el sudor frío en nuestra piel y de repente, Asher era pesado y Jean-Claude estaba totalmente relajado con

todo el peso.

Luché por salir de entre ellos, pero mis brazos y mis piernas no estaban trabajando todavía. No quería estar aquí, mientras sus cuerpos se enfriaban. No podía levantarme. No podía quitar a Asher de encima de mí. No podía hacer que mi cuerpo trabajase. ¿Cuánta sangre había perdido? ¿Demasiada? ¿Cuánta?

Estaba mareada, y no podía decir que fuera solo por el sexo, o si Asher realmente había bebido demasiada sangre. Traté de quitármelo de encima, ya debería haber sido capaz de hacer eso, y no podía. El primer indicio de nauseas me golpeó, y supe que era por la pérdida de sangre. Me toqué el cuello y encontré que la sangre seguía saliendo de las heridas de punción. Lo cual no debería estar sucediendo. ¿Debería? Nunca había donado sangre voluntariamente. Y no sabía cuánto tiempo sangraban las heridas.

Traté de levantar los brazos, como haciendo palanca, y el mundo nadaba en ríos de colores, el mareo amenazó con hundir mi mundo. Hice lo único en que podía pensar.

Grité.



CATORCE

La puerta se abrió y era Jason. Creo que nunca fui tan feliz de verlo. Me las arregle para decir.

—Ayúdame. —Mi voz sonaba débil y asustada, y lo odiaba, pero también sentía náuseas y mareos, los cuales no eran post-cóitales, eran por la pérdida de sangre.

Ahora que podía ver de nuevo, me di cuenta de que estaba empapada en sangre y otras cosas, pero sobre todo era la sangre lo que me preocupaba, porque era toda mía.

Jason movió a Asher apartándolo de mí. Lo movió con la facilidad con la que un peso muerto se mueve. No sé cuál es la diferencia entre el sueño y la muerte, pero sabes inmediatamente cuando mueves un brazo de un muerto o de alguien que duerme.

Asher estaba tumbado sobre su espalda, su pelo derramado alrededor de su rostro como una aureola, la sangre carmesí brillaba en su mentón, el

cuello, la parte superior del pecho. Las cicatrices no le quitaban belleza a su desnudez. No eran lo primero que notaba, ni lo tercero. Él estaba ahí, empapado en mi sangre, como un dios caído, que bajaba para morir.

Incluso enferma por la pérdida de sangre, no podía encontrar nada que no fuera hermoso. ¿Qué demonios me pasaba?

Jason tuvo que ayudarme a bajarme de encima de Jean-Claude, cogiéndome en brazos, sosteniéndome, como se sostiene a un niño. Estaba desnuda, me acababa de arrastrar de la cama en la que obviamente había tenido relaciones sexuales con dos hombres, sin embargo, Jason no había dicho ni una ocurrencia o broma. Cuando Jason se quedaba sin munición, las cosas iban mal.

Puse mi cabeza en el hombro de Jason, lo cual me ayudo con los mareos, hizo que el mundo fuese un poco menos inestable. Empezó a darme la vuelta lejos de la cama, pero le dije:

—Espera, todavía no.

Dejó de moverse.

—¿Qué?

—Quiero recordar esto.

—¿Qué? —preguntó de nuevo.

—La forma en que se ven juntos. —Ambos permanecían sobre sus espaldas, pero mientras Asher parecía un dios de la muerte caído, Jean-Claude parecía un dios de otro tipo diferente. Su pelo negro estaba en una masa alrededor de su cabeza, dispuesto descuidadamente como un marco para la pálida cara. Tenía los labios entreabiertos, sus pestañas gruesas como encaje en sus mejillas. Como si se hubiera quedado dormido después de una gran pasión, con una mano sobre su vientre y la otra a un costado, una rodilla doblada, de manera que parecía que posaba. Solo Jean-Claude podía morir y parecer bonito, mientras lo hacía.

—Anita, Anita. —Me di cuenta que Jason había estado hablando durante un rato—. ¿Cuánta sangre tenían que tomar?

Mi voz salió ronca, mi boca estaba seca.

—No ellos, solo Asher.

Me instaló más cerca de sus brazos, casi como si me abrazara. Su chaqueta de cuero crujió. Su pecho desnudo estaba muy caliente sobre mi piel desnuda.

—Él no solo se alimentó. —Jason sonó con desaprobación, lo que no se escucha mucho.

—Quedó atrapado en el momento, creo.

Se movió para poder liberar una mano y tocar mi frente, lo que parecía tonto ya que estaba desnuda, pero a menudo caes en el hábito cuando estamos estresados. Compruebas la temperatura en la frente de una persona aun cuando esta desnuda.

—No te sientes con fiebre. Tal vez estás incluso un poco fría.

Eso me hizo recordar algo, y el hecho de que me había olvidado, decía que estaba peor de lo que me sentía.

—¿Mi cuello está sangrando?

—Un poco.

—¿Suele ser así?

Me llevó hasta el cuarto de baño.

—¿Nunca has sido mordida tan mal? —Abrió la puerta con la rodilla y una mano y me llevó a través de ella.

—Sin desmayarme después, no. —Fruncí el ceño—. Acabo de decir no, en vez de ¿no?

—Si —dijo el.

—Mierda —dije.

—Si —dijo. Se sentó en el borde de la enorme bañera de mármol negro, balanceándome sobre su regazo mientras abría el agua. El agua se derramó desde la boca de un cisne de plata, que siempre había pensado que era ostentosa, pero bueno, no era mi cuarto de baño. Las náuseas habían pasado, los mareos iban disminuyendo.

—Bájame, ponme en el suelo.

—El mármol esta frío —dijo.

Suspiré.

—Tengo que averiguar que tal trabaja mi cuerpo.

—Solo intenta sentarte en mi regazo conmigo sosteniéndote. Está bien, traeré toallas y puedes sentarte en ellas, fíate de mí no quieres sentarte desnuda en el suelo de mármol.

—Práctico —dije.

—No le digas a nadie que realmente tengo sentido, arruinarías mi imagen.

Le sonreí.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Trate de sentarme, mientras que Jason jugueteaba con el agua, tratando de conseguir la temperatura adecuada. Podía sentarme. Genial. Traté de ponerme de pie, y solo el brazo

de Jason en mi cintura no me dejó caer sobre el mármol de la escalera de la bañera.

Me puso a salvo en su regazo.

—No trates de hacerlo tan rápido, Anita.

Me recosté contra él, su brazo como un cinturón de seguridad alrededor de mi cintura.

—¿Por qué estoy tan débil?

—¿Cómo puedes haber estado entre vampiros tanto tiempo y preguntarme eso?

—No les deje alimentarse —dije.

—Sí y créeme, cuando donas esa cantidad, se necesita un poco de tiempo para recuperarse. —Parecía satisfecho con la temperatura del agua. Abrió más los grifos y había que gritar más sobre el ruido del agua—. Vamos a limpiarte y veremos cómo te sientes.

Me sentía como si frunciera el ceño y no sabía por qué. Sentí que debería estar enfadada. Debía de ser por algo y no por mí. Ahora que ya no estaba atrapada entre Asher y Jean-Claude, estaba extrañamente tranquila. No, no solo en calma, me sentía bien, y no debería de estarlo.

Fruncí el ceño, tratando de perseguir esa extraña sensación de lasitud distante. Era como tratar de despertar de un mal sueño, cuando no quiere dejarte ir. Excepto que en vez de luchar por salir de una pesadilla, estaba luchando por destruir un buen sueño. Eso también parecía estar mal. Todo parecía estar mal. Me sentía, vagamente, como si hubiese perdido algo importante en mi vida, pero no podía encajarlo.

Me sentía fuera de mí y maravillosa al mismo tiempo. Era como si mi mal humor natural luchara contra un pensamiento feliz. La caliente y feliz idea estaba ganando, pero no estaba segura que necesariamente fuera buena cosa.

—¿Qué me pasa? —pregunté.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jason.

—Me siento bien. Me siento de maravilla. Hace unos minutos estaba aterrada, mareada, enferma y asustada. Pero una vez me sacaste de la cama, todo parece ir a mejor.

—¿Sólo mejor? —preguntó. Se estaba sacando la chaqueta de cuero, con un solo brazo, mientras me agarraba con el otro.

—Tienes razón no solo mejor. Una vez que ya no tuve miedo, era maravilloso.

Fruncí el ceño y trate de pensar, pero todavía tenía problemas para hacerlo.

—¿Por qué no puedo pensar en eso?

Él me removió en su regazo para poder desabrocharse las botas y empujarlas para sacarlas de sus pies. Por último comenzó a desnudarse, al tiempo que me sostenía en su regazo. ¿Quién dice que las habilidades que se aprenden en el trabajo no son útiles en la vida diaria?

—¿Por qué te desnudas?

—No te puedes mover sin caer, no me gustaría que te ahogaras en la bañera.

Traté de apartar lejos esa maravillosa sensación que sentía, pero era como tratar de luchar contra una cálida y confortable niebla. Puedes golpearla, pero no hay nada sólido que golpear. La niebla se mueve y se recompone.

—Para —dije, la palabra fue lo suficientemente firme, aunque por dentro no la sentía firme.

—¿Qué? —preguntó, mientras se movía hacía delante para desatar sus vaqueros.

—Esto debería molestarme, tú desnudándote, mientras yo estoy desnuda en una bañera, debería estar molesta, ¿verdad?

—Pero no lo estás, ¿no? —dijo. Iba desabotonando los botones de sus Jeans con una mano. Tenía talento.

—No, no —dije, frunciendo el ceño de nuevo—. ¿Por qué no me molesta?

—Realmente no lo sabes, ¿verdad? —preguntó.

—No —dije, ni siquiera estando segura de a que decía que no.

Él había conseguido desabrochar sus vaqueros.

—Te puedo poner sobre los azulejos fríos o te puedo poner sobre mi hombro durante unos segundos mientras me saco los pantalones, a elección de la dama.

La decisión parecía demasiado difícil para mí.

—No sé.

No me preguntó por segunda vez, solo me levantó, tan suavemente como pudo por encima del hombro, como una especie de manguera que lleva un bombero. El mundo se puso del revés y empezó a girar de nuevo, me pregunté si iba a estar otra vez enferma sobre su espalda. Él me equilibraba mientras sacaba sus pantalones.

Ahora lo miraba al descubierto, cuando sus pantalones se deslizaron sobre la parte superior de su trasero. Las náuseas habían pasado y me reí, nunca reía.

—Bonito culo.

Se atragantó o se echó a reír.

—No sabía que lo habías notado.

—La ropa interior —dije.

—¿Qué?

—Tenías ropa interior, la pude ver. —Tenía unas ganas horribles de mover mis manos sobre su culo, simplemente porque estaba allí y podía. Era como si estuviera borracha o drogada.

—Sí, tenía ropa interior, ¿y qué?

—¿Te la puedes poner de nuevo?

—A ti realmente no te importa si me pongo la ropa interior o no, ¿verdad? —Había algo en su voz que era casi de burla.

—No, —sacudí la cabeza lo que hizo que el mundo girara de nuevo—. ¡Oh, Dios mío, creo que voy a vomitar!

—Deja de moverte, y pasará. No estarías mal si no hubieses luchado para salir de entre ellos dos. Demasiado esfuerzo físico te hará poner enferma como un perro. Sumérgete en el sentimiento, móntalo y te sentirás maravillosa.

Me sentí un poco tonta hablando con su culo, pero no me parecía tan tonto como debería.

—¿Qué se siente maravilloso?

—Adivina —dijo.

Eso me hizo fruncir el ceño.

—No quiero adivinar. —Dios que es lo que me pasaba—. Dime.

—Vamos a entrar en la bañera, un baño ayudara a aclarar tu cabeza.

Me movió de vuelta a sus brazos y se acercó al borde de la bañera.

—Estás desnudo —dije.

—Tú también —dijo.

Tenía cierta lógica que no podía del todo discutir, aunque sentía que debería haber discutido.

—¿No te vas a poner algo?

—La ropa interior es de seda, no la voy a estropear por meterte en la bañera, porque pienses que debería ponérmela. Además, no te importa si me desnudo o no. ¿Te acuerdas?

Un dolor de cabeza empezaba justo detrás de un ojo.

—No —dije—, pero debería cuidarme, ¿no deberíamos? Quiero decir…

Jason nos bajó a los dos dentro del agua. Era una sensación maravillosa, tan cálida, tan suave, tan buena contra mi piel. Jason se movió suavemente en el agua hasta que yo estuve sentada contra él, acunada contra su cuerpo.

El agua estaba caliente, tan caliente, y yo estaba tan cansada. Me sentía tan bien que incluso podía dormir.

El brazo de Jason que tenía en mi cintura tiró hacía atrás.

—Anita, no te puedes dormir en la bañera, te ahogaras.

—No dejaras que me ahogue —dije, mi voz estaba llena de calor y de sueño.

—No, no voy a dejar que te ahogues.

Fruncí el ceño, casi medio flotando en el agua.

—¿Qué es lo que me pasa, Jason? Me siento borracha.

—Has sido absolutamente y bien arrollada por un vampiro, Anita.

—Jean-Claude no puede proteger sus marcas. —Mi voz parecía venir de muy lejos.

—Nunca dije que fuera Jean-Claude.

—Asher —dije en voz baja su nombre.

—He compartido sangre con él antes y es de lo más sorprendente. Jean-Claude dice que siempre se refrena, porque sabe que no soy su *pomme de sang*. Sólo soy un préstamo.

—Préstamo.

—No creo que Asher se refrenara con vosotros esta noche.

—El *ardeur*, nosotros… Estaban haciendo… El *ardeur*. —Cada palabra se espesaba con el esfuerzo.

—El *ardeur* os podría haber hecho descuidados —dijo Jason. Sus manos eran sólidas sobre mí, acunándome más en el agua contra su cuerpo.

—¿Descuidado? —dije.

—Déjate llevar, Anita. Cuando despiertes, hablaremos.

—¿De qué?

—De cosas —dijo, su voz se hundía en la oscuridad de las velas. No le recordaba encendiendo las velas que Jean-Claude usualmente tiene alrededor de la bañera.

Me comencé a preguntar sobre qué cosas, pero nunca lo dije en voz

alta. Caí en una oscuridad cálida, suave, donde no había ni temor, ni dolor. Tan cálida, tan segura, tan querida.



QUINCE

Me desperté con el sonido del teléfono. Me acurruqué en las sábanas, tratando de no escucharlo. Dios, estaba cansada. La cama se movió, alguien más se molestó por ello. No fue hasta que la voz de Jason dijo:

—Hola, —suavemente, como si tuviera miedo de despertarme, que me desperté completamente. ¿Por qué Jason estaba en mi dormitorio?

Esa pregunta fue contestada tan pronto como abrí los ojos. No estaba en mi habitación, de hecho, no sabía dónde demonios estaba. La cama era una cama de tamaño rey, pero era sólo almohadas y una cama, sin cabecera, sin estribo, sólo una cama, muy moderna, muy normal. La única luz era de una pequeña puerta, justo enfrente a los pies de la cama, pude echar un vistazo a una bañera o ducha. Seguí la luz tenue y encontré paredes de piedra y supe que estaba todavía en el interior del Circo de los Malditos, en algún lugar.

—Está enferma —dijo Jason. Se quedó callado durante un segundo—.

Está dormida. Prefiero no despertarla.

Traté de recordar por qué estaba aquí y no surgió nada, sólo un espacio en blanco. Empecé a darme la vuelta, creo que para preguntar de quién se trataba, cuando me di cuenta que estaba desnuda. Tiré las sabanas sobre mis pechos y me giré para mirar a Jason.

Estaba acostado sobre su costado, de espaldas a mí, la sábana lo suficientemente baja para que pudiera ver la parte superior de sus nalgas. ¿Qué demonios estaba haciendo desnuda en una cama con Jason? ¿Dónde estaba Jean-Claude? Bueno, probablemente en su ataúd, o en su cama. Nunca compartía la cama cuando estaba frío como una piedra. Pero ¿por qué no me había ido a casa?

—No creo que ella vaya a estar lo suficientemente bien para salir hoy.

Traté de sentarme y encontré que el mundo no era muy estable. Tal vez sentarme no era una buena idea. Me quedé sobre mi espalda, aferrando la sábana a mi pecho, y tuve que intentar dos veces para decir:

—Estoy despierta. —Tenía la boca increíblemente seca.

Jason se giró hacia mí. El movimiento desplazó la sábana a su regazo y dejó la parte posterior de su cuerpo desnudo. Tapó el receptor con su mano.

—¿Cómo te sientes?

—¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué estoy aquí? —pregunté con una voz tan ronca que apenas sonaba a mí.

—¿No te acuerdas de nada?

Fruncí el ceño, y eso dolía. Mi garganta dolía. Levanté la mano y encontré un gran vendaje en el lado derecho de mi cuello. Había una mordedura de vampiro bajo las vendas, sabía eso, y con ese conocimiento, recordé.

Me acordé de todo, y no era sólo mi mente la que recordaba. Mi cuerpo se convulsionó en la cama, mi columna vertebral se arqueó, las manos arañaron las sábanas, y arrancó un gemido de mi garganta, antes de que mi cuerpo me robara todo el aliento, y diera sacudidas contra la cama, atrapada en una memoria sensorial. No era tan buena como la original, pero demonios estaba cerca.

Saqué mis puños de las sábanas, con bolas de tela, tratando de encontrar algo a que agarrarme. Jason estuvo de repente a mi lado, me agarró los brazos, tratando de calmarme.

—Anita, ¿qué pasa?

Mis manos se levantaron, de forma automática, agarrando sus

antebrazos, apretando. Mis ojos rodando en el interior de mi cabeza, mi cuerpo convulsionando, y mis manos rasgaron sus antebrazos. Sentí que mis uñas se hundían en su carne, sentí su elástica piel debajo de mí. Jason gritó, en alguna cosa entre un grito y un gemido.

Me recosté en la cama, jadeando, incapaz de enfocar los ojos. Me agarré a los brazos de Jason, porque era la única cosa sólida que tenía.

—Anita —dijo, su voz, afectada—. ¿Estás bien?

Traté de decir que sí, pero finalmente me reduje a asentir. Él quitó mis dedos de sus brazos, suavemente, doblándome las manos a través de la sábana y el estómago. Sentí el movimiento de la cama mientras él se movía. Me di cuenta que mis ojos estaban cerrados. No me acordaba de haberlos cerrado.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó.

Empecé a decir, que no lo sabía, pero lo sabía. Me acordé de Asher, sentado en una larga mesa de banquete con su pelo de rizos dorados, vestido de oro y carmesí. La esposa de nuestro anfitrión aplastó su copa de vino con la mano enguantada, su boca entreabierta, la respiración hacía que los montículos blancos de sus pechos subieran y bajaran. Un pequeño sonido se le escapó, y cuando pudo hablar, le pidió a su doncella que la acompañara a su habitación, porque estaba enferma. Ella no lo estaba. Asher la había seducido la noche anterior, por orden de Belle. Se había quejado a Jean-Claude de que la mujer simplemente estaba allí, los ojos rodando en la cabeza, cierto, pero con casi ninguna otra reacción. Había sido muy decepcionante.

Ella había experimentado una escena retrospectiva al orgasmo de la noche anterior en la cena, pero era una pareja de sexo reservada, lo que significaba que su escena retrospectiva no podría ser explicada en público. Más o menos.

Me quedé allí mirando a Jason, al verlo ahora, en lugar de cuartos a la luz de las velas hace largo tiempo desiertos y con gente hace largo tiempo convertidos en polvo. Encontré mi voz, y era más ronca que antes, como si los gritos hubieran tomado el resto de mi voz.

—Fue una escena retrospectiva. —Tosí.

—¿Una qué? —preguntó.

—Agua, ¿por favor?

Saltó de la cama y se arrodilló al lado de un pequeño refrigerador junto a la cama. Sacó una botella pequeña de algún zumo exprimido de atletismo.

—Esto ayuda a reemplazar los electrolitos mejor que el agua.

—No me gusta esta mierda.

—Confía en mí, te sentirás mejor si bebes esto, que si tomas agua. El agua puede hacerte sentir náuseas.

De repente, la bebida de neón azul me pareció mucho mejor. La abrió y me la entregó. La sangre había llenado los arañazos de sus antebrazos y se filtraba lentamente por su piel en riachuelos rojos.

—Jesús, Jason, lo siento. No pretendía cortarte. —Tomé un sorbo del líquido de neón brillante. El sabor era tan malo como lo recordaba, pero unos pequeños sorbos, y me sentí un poco mejor. Cuando hablé, mi voz no sonaba como si hubiera estado en el desierto durante un mes.

Él levantó los brazos.

—Está bien, aunque normalmente cuando llevo estos cortes es porque hice un trabajo maravilloso entreteniendo a un amigo. —Sonrió.

Sacudí la cabeza, y esta vez no me maree. Bien.

—Dijiste que esto fue una escena retrospectiva, ¿una escena retrospectiva de qué? —preguntó.

—Por lo que sucedió con Jean-Claude y Asher.

Me levantó las cejas.

—¿Quieres decir que fue una escena retrospectiva de qué, el orgasmo?

Sentí el calor subir por mi cara.

—Algo así —refunfuñe.

Se echó a reír.

—Estás bromeando.

—No lo creo. —Bebí un poco más de la vil bebida, y evite mirarlo.

—He servido como refresco de Jean-Claude durante años y nunca he tenido una reacción así.

—Es algo que Asher puede hacer.

—¿Qué? —preguntó.

—Estás sangrando por todo el lugar —dije.

—Voy a mi médico en un minuto. En primer lugar quiero que termines esta explicación.

—Ya sabes, la mordida Asher puede ser…

—Orgásmica —terminó para mí.

—Sí —dije.

—He experimentado la versión suave de la misma —dijo Jason—. Hubo una vez en Tennessee cuando Asher se estaba muriendo. Él enredó tu

mente. Si no recuerdo mal, no te gustó mucho.

—No fue que no me gustara, Jason, fue que me gustó tal vez demasiado, de modo que sí, me dio miedo.

—Jean-Claude dice que Asher siempre se frena a menos que pueda mantener a la persona, lo que sea que eso signifique.

Asentí con la cabeza, tomé un trago, y asentí con la cabeza de nuevo.

—Creo, no, sé que Asher no se contuvo anoche.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Tengo algunos recuerdos de Jean-Claude. Estoy reaccionando como una mujer que Belle hizo a Asher sedujera una vez.

—¿De qué manera? —preguntó—. ¿Arañando a la gente?

—Te dije que lo sentía.

Se sentó en el borde de la cama, una de sus rodillas estaba doblada, la otra hacia abajo, de modo que estaba más o menos alardeando de sí mismo hacia mí. En general no tengo problemas para hacer contacto visual con un hombre, pero era una especie de trampa para el ojo.

—Estoy bromeando, Anita. —Parecía totalmente inconsciente de su desnudez, como la mayoría de los cambiaformas, que conocía.

Le entregué un borde de la sábana.

—Por favor, cúbrete un poco.

Él sonrió.

—¿Por qué? hemos dormido durante, —miró el reloj en la mesilla—, cuatro horas juntos y desnudos. ¿Por qué me tengo que vestir ahora?

Lo miré con el ceño fruncido, y de repente era fácil tener contacto visual. Por lo general es cuando lo fulmino con la mirada.

—¿Cómo actuaron con esta otra mujer? —preguntó.

—Ecos, escenas retrospectivas al placer que sucedió cuando Asher tomó su sangre.

—¿Es que va a seguir sucediendo? —preguntó.

Me sonrojé de nuevo.

—De vez en cuando, maldita sea.

—¿Qué? —preguntó.

—La mujer que estoy recordando era sosegada en la cama, ella no se movía mucho, no de acuerdo con Asher.

—¿Y?

—Ella lo podía ocultar mejor de lo que yo puedo.

Se echó a reír a carcajadas.

—¿Me estás diciendo que todo esto de retozar es normal para ti?

Lo fulminé con la mirada.

—Lo debes saber, me has visto una vez en la cama, me ayudaste a controlarme, recuerdas. —Me sonroje tan fuerte que mi cabeza empezó a doler.

Su sonrisa se desvaneció. Me va a tomar meses estar cómoda con Jason después de todo eso.

—El *ardeur* cabalgaba con todos nosotros —dijo—, todos estábamos un poco más retozones que de costumbre.

Sacudí la cabeza, sin mirarlo, acercando las rodillas y la sábana a mi pecho.

—Excepto por desear arrancar tu garganta, está todo más o menos normal para mí.

Tosió, se rió, y finalmente dijo:

—De ninguna manera.

Mantuve los ojos firmemente en las sábanas.

—Bien, búrlate.

Me quitó la botella.

—Necesito un trago.

Me abracé las rodillas al pecho, acurrucada en la sábana.

—No eres tan gracioso.

Se deslizó de rodillas junto a la cama, así me vería la cara.

—Lo siento, de verdad, pero… —Dio un pequeño encogimiento de hombros—. No puedes culparme. No me puedes decir que tienes estos violentos y asombrosos orgasmos, y luego esperar que no me burle de ti. Soy yo, Anita, sabes que realmente no puedo evitarlo.

Se veía tan infantil, tan inocente. Era todo un acto. En el momento en que había conocido a Jason tuvo un duro recorrido y aguantó a lo loco, y su inocencia había quedado atrás.

Me entregó de nuevo la bebida.

—Perdóname, está bien, quizá sólo es envidia.

—No vayas por ahí —dije.

—No por ti —dijo—, pero demonios si la mordida de Asher es tan buena, ¿por qué no he recibido el tratamiento completo?

Traté de mirarle con el ceño fruncido, y sólo lo logré a medias.

—Tú mismo lo has dicho, no eres su *pomme de sang*, sólo eres un préstamo.

—Y tú eres, la sirviente humana de Jean-Claude, no de Asher, de modo que ¿por qué mereces el estallido orgásmico completo?

Tenía un punto, un buen punto. Me encogí de hombros.

—Creo que el *ardeur* hizo caso omiso de las cosas. No sé. Supongo que tendré que preguntarles cuando se despierten. —¿Por qué Asher me haría esto? ¿Había sido con intención? Sabía que sólo Asher podía hacer con una simple toma de sangre lo que la mayoría de los hombres no podían hacer con sus cuerpos enteros. Asher me había hecho algo que Jean-Claude solo no podía duplicar. El recuerdo de eso apretó mi cuerpo, y tuve el tiempo justo para lanzarle la botella a Jason antes de que me arrojara en la cama.

No fue tan violento como la última vez, y Jason no hizo nada para tratar de tocarme. Supongo que había tenido suficientes arañazos. Cuando terminé, jadeando en la cama, con la sábana hacia abajo alrededor de mi estómago, y mi visión clara, Jason preguntó desde el otro lado de la cama:

—¿Es seguro ahora?

—Cállate —logré decir.

Él se rió y saltó desde detrás de la cama. Me levantó con una mano y ofreció la botella con la otra.

—Apóyate en las almohadas, bebe esto despacio, me voy a poner unas vendas en los brazos.

—Crema antiséptica, también —dije.

—Soy un hombre lobo, Anita, no tengo infecciones.

Oh.

—Bien, entonces ¿por qué molestarse con vendas después de todo?

—No quiero manchar de sangre mi ropa por todas partes, y no puedo dejar que la policía me vea así.

—¿La policía, por qué la policía?

—Eran quienes estaban en el teléfono cuando despertaste. Son quienes han estado llamando durante la última hora. El Teniente Storr y el Detective Zerbrowski ambos han llamado, y han solicitado tu presencia. El teniente tuvo intenciones de venir a buscarte y arrastrarte fuera de mi cama.

—¿Cómo sabía que estaba en tu cama?

Me sonrió desde la puerta del cuarto de baño, abriéndola de par en par por lo que la luz enmarcó su cuerpo.

—No sé, tal vez lo adivinó.

—Jason, no te burlaste de Dolph, por favor dime que no lo hiciste.

Puso una mano en el pecho.

—Yo, ¿burlarme de alguien?

—Dios mío, lo hiciste.

—Le devolvería la llamada lo antes posible, si fuera tú. No me gustaría tener al equipo SWAT entrando de golpe en nuestra pequeña fiesta.

—No estamos de fiesta.

—No creo que tu amigo el teniente lo crea si nos encuentra juntos y desnudos en el dormitorio. —Levantó sus brazos—. Sobre todo si ve esto.

—Él no va a ver tus brazos, o cualquier otra parte de ti. Sólo dame mi ropa y me iré de aquí.

—Y si tienes otra escena retrospectiva mientras estás conduciendo, ¿qué? Y permíteme añadir que he sido el donante de sangre de los vampiros mucho más tiempo que tú. Sé lo difícil que puede ser cuando se pierde tanta sangre como perdiste. Puedes sentirte bien, pero si exageras, te mareas de nuevo, y vomitas. Eso no sería bueno en la escena del crimen, ¿no?

—Dolph no permite a los civiles en sus escenas de crimen.

—Me sentaré en el Jeep, pero no puedo dejarte conducir por ahí el día de hoy.

—Llama a Micah, o a Nathaniel, vendrán a buscarme.

Sacudió la cabeza.

—Nathaniel se desmayó en el club la noche anterior.

—¡Qué!

—Micah piensa que la alimentación del *ardeur* al menos una vez al día durante tres meses, ha causado la fatiga de Nathaniel.

—¿Está bien?

—Sólo necesita un día libre. Jean-Claude sólo toma sangre de mí cada dos días, por lo general.

—Yo intercambio con Micah y Jean-Claude en el *ardeur* —dije.

—Sí, pero Jean-Claude sólo necesita alimentarse una vez al día, tú necesitas alimentarte dos veces al día. Aceptémoslo, Anita, necesitas un establo más grande de *pomme de sangs*.

—¿Qué, te ofreces voluntario?

Una expresión de alegría cruzó su rostro.

—Oh, diablos, sí, me encantaría estar en el lado receptor de uno de esos orgasmos rompe columnas.

—Jason —dije, y la palabra fue advertencia suficiente.

—Bien, así sea, pero ¿a quién más vas a poner en lugar de Nathaniel

mientras se recupera?

Suspiré.

—Maldita sea.

—Ves, no lo sabes, ¿verdad?

—Me puedo alimentar de Asher ahora.

—Sí, pero no va a despertar durante horas y horas. Necesitas algunos donantes más que anden por el día, Anita. No tengo que ser yo, pero tiene que ser alguien. Piensa en ello. Pero hoy soy tu escolta, porque no puedes salir sola, no con la pérdida de sangre, y lo que sea que el infierno de Asher te hizo. Podrías llamar a Micah, pero hasta el momento en que él condujera hasta aquí, y los dos fuerais hacia cualquier parte donde la policía este, creo que tus amigos de la policía estarían teniendo ataques.

—Bien, has ganado el punto.

—¿Sí? Es siempre tan difícil decirlo contigo. A veces pienso que he ganado la discusión, entonces obtienes un segundo aire y me golpeas con todos los diablos con él.

—Sólo vete, Jason, ponte algunas vendas en los arañazos.

—Arañazos del infierno, si fuera humano, me tendrías que llevar a la sala de urgencias. Recuerda, Anita, que tienes algunos de los puntos fuertes de ambos, de un vampiro y un hombre lobo. Nosotros podemos perforar con el dedo a través de las costillas de alguien.

—¿De verdad duele? —pregunté, bromas aparte, no lo quería lastimar.

—No es permanente, pero va a sanar lentamente como a un humano.

—Lo siento, Jason. —Recordé lo suficiente como para decir—: Y gracias por cuidar de mí.

Su sonrisa desapareció, y algo cercano a una mirada seria se derramo a través de sus ojos, y entonces ya no estaba, escondida detrás de otra sonrisa.

—Todo en un día de trabajo, señora. —Inclinó un sombrero imaginario y empezó a cerrar la puerta—. Yo conectaría la lámpara antes de que cerrase la puerta, está malditamente oscuro sin ventanas.

Me estiré y encendí una pequeña lámpara al lado del reloj, en la parte superior de la pequeña nevera. El resplandor parecía extrañamente brillante.

—Tu teléfono celular está en el suelo a mi lado de la cama. Lo dejé caer cuando empezaste con las convulsiones.

—No tenía convulsiones —dije.

—Oh, lo siento, se cayó cuando tuviste tu violento, abrumador y estridente orgasmo. ¿Eso está mejor? Suena mejor ¿no?

—Ve a lavarte —dije, sonando malhumorada.

Se reía mientras cerraba la puerta.

Me quedé sola con la pequeña lámpara, en la gran cama, y sin ropa a la vista. Estaba debatiendo sobre la conveniencia de tratar de encontrar algo de ropa antes de encontrar el teléfono, cuando volvió a sonar. Me apresuré a través de la cama, sacudiendo las sábanas para desenredarme. Medio me deslicé, medio me caí al suelo y encontré mi teléfono sentándome en él.

Era Dolph, y no estaba feliz. Mientras había estado esperándome, hubo una segunda llamada, a una segunda escena de crimen. Estaba enojado con las travesuras de Jason en el teléfono, con las dos escenas de crimen, y sobre todo, al parecer, conmigo.



DIECISEIS

La primera escena del crimen estaba en Wildwood. Las direcciones calientes solían ser Ladue, Clayton, Creve Coeur, pero todas se habían convertido en *passé*. No, el nuevo lugar caliente para estar era Wildwood. El hecho de que está en el medio de ninguna maldita parte no parecía disuadir a los nuevos ricos, o aspirantes a ricos.

Personalmente, la única razón por la que vivía en medio de la nada, en una dirección mucho menos de moda, era el hecho de que no deseaba que mis vecinos resultaran heridos.

Para el momento en que Jason había conducido a través de todos los caminos ventosos que iban hasta la escena del crimen, había descubierto varias cosas. En primer lugar, mis ojos estaban sensibles a la luz, así que mis gafas de sol eran mis nuevas amigas. En segundo lugar, a mi estómago no le gustaban los caminos serpenteantes. No habíamos tenido que parar para que pudiera vomitar, lo cual era bueno, pues a menos que nos

detuviéramos en el paseo de alguien, no había andén en la carretera. Estaba rodeada por bosques, colinas y desierto domesticado, donde lobos reales ya no vagan e incluso los osos negros no han encontrado más profundos agujeros para esconderse.

Normalmente me gusta un paseo a través del campo. Hoy todo lo que los brillantes y verdes árboles significaban era que cuando mi visión se arremolinaba, lo hacía en technicolor como una rana a través de mi visión, lo que realmente empeoraba las náuseas.

—¿Cómo puedes soportar esto? —pregunté.

—Si hubieras dormido todo el día como una *pomme de sang* normal o un sirviente humano, no estarías enferma en absoluto.

—Perdóname por tener un trabajo de día.

—Además, si Asher sólo hubiera tomado lo suficiente para alimentarse, entonces podrías estar un poco enferma, —él salvo una curva—, pero creo que todo lo que te hizo Asher, junto con la extracción de sangre lo ha empeorado. —Hizo una pausa—. A decir verdad, no deberías estar enferma, en absoluto.

Subimos la cuesta, y las suaves colinas se extendían por kilómetros, en tonos verdes con un toque de oro por aquí y por allá.

—Por lo menos ya no tengo más náuseas cuando miro a los árboles.

—Eso es bueno, pero a eso me refiero, Anita. Después de que hubieras dormido, y luego te hubieras levantado y demás, deberías haber estado bien.

Tomó la siguiente curva con cuidado, mucho más lenta de lo que había tomado la primera.

—Entonces, ¿qué salió mal? —pregunté.

Se encogió de hombros, y disminuyó la velocidad aún más, tratando de ver la dirección de un grupo de buzones de correo.

—Dolph dijo que la escena del crimen estaba en la carretera principal. No te perderás, Jason.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Confía en mí.

Me deslumbró con una sonrisa, sus ojos azules ocultos detrás de las gafas.

—Confío en ti.

—¿Qué salió mal? —pregunté de nuevo.

—¿Qué estabas haciendo cuando amaneció? —preguntó, acelerando

nuevamente y tomando la siguiente curva un poco más rápido de lo que yo hubiera querido.

—El *ardeur*, Asher, estaba alimentándose, y… —Dudé sólo un segundo—. Tuve sexo.

—Con los dos a la vez —dijo, simulando una voz seria—. Estoy muy decepcionado de ti, Anita.

—¿Decepcionado por qué?

—De que yo no estuviera invitado.

—Eres tan afortunado por estar conduciendo ahora.

Sonrió, pero no apartó la mirada de la carretera esta vez.

—¿Por qué piensas que lo dije mientras conducía? —Fue más despacio —. Ya veo lo que quisiste decir acerca de no perderme.

Aparté mi atención de la cara de Jason a la carretera. Coches de la policía, marcados y sin marcar, estaban por todas partes. Dos vehículos de emergencias estaban estacionados en el borde de la carretera, bloqueando el tráfico. Si hubiéramos estado planeando conducir más lejos, hubiéramos tenido que encontrar una manera de rodearlos. Pero para nuestra suerte, nos deteníamos aquí.

Jason sacó más el Jeep, conduciendo en la hierba, en vano intento dejar espacio para alguien más que pudiera venir detrás de nosotros.

Un oficial uniformado comenzó a caminar hacia nosotros antes de que Jason hubiera apagado el motor. Tenía mi placa en el bolsillo de la chaqueta de mi traje. Yo, Anita Blake, verdugo de vampiros, era técnicamente un agente federal. Todos los cazadores de vampiros que se encuentran actualmente con licencia del estado en los Estados Unidos habían sido ascendidos a nivel federal, si podían calificar en un campo de tiro. Yo lo había calificado, y ahora era un federal. Todavía estaban discutiendo en Washington, DC, sobre si serían capaces de darnos algo más que la miseria que cada estado nos pagaba por matar, que no era suficiente para que pudiéramos permitirnos el lujo de hacerlo como un trabajo diario. Pero además, afortunadamente, los vampiros no se han puesto tan a la mano de que todo Estado necesita un cazador de vampiros a tiempo completo.

No estaba recibiendo más dinero, así que ¿para qué quería la insignia? Porque eso significaba que podía perseguir a los vampiros, u otros tipos malos sobrenaturales, a través de las líneas estatales, las diversas jurisdicciones policiales, y no tener que pedir permiso a nadie. Y además,

no me levantarían cargos de asesinato, si mataba a un vampiro en el lado equivocado de una línea estatal en la que no tenía licencia.

Pero para mí, más que la mayoría de los cazadores de vampiros, había un beneficio adicional al tener una insignia propia. Ya no tenía que depender de los amigos de la policía para meterme en una escena de un crimen.

No conocía al oficial uniformado que estaba a punto de llamar a la ventana de nuestro Jeep, pero no importaba. No podía mantenerme fuera de la escena del crimen. Era un alguacil federal, podía meter la nariz en cualquier delito relacionado con lo sobrenatural que quisiera. Un verdadero alguacil federal podría haber invadido cualquier investigación, y técnicamente mi placa no especificaba que estaba relegada a la delincuencia sobrenatural, pero conozco mis limitaciones. Conozco a los monstruos, y los delitos relacionados con monstruos. En lo que soy buena, en lo que soy muy buena. No soy un policía regular, de lo que no sé una mierda. Sácame de los monstruos y no estoy segura de cuánto uso tendría.

Estaba fuera del Jeep y mostré mi placa antes de que el uniformado llegara a nosotros. Él me observó de arriba abajo como hacen los hombres desde los zapatos a la cara, en ese orden. Cualquier hombre que empieza por mis pies y luego sube ha perdido casi toda la posibilidad que tenía de impresionarme.

Había leído la etiqueta de su nombre.

—Oficial Jenkins, soy Anita Blake. El Teniente Storr me está esperando.

—Storr no está aquí —dijo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Genial, no reconocía mi nombre, tanto por ser una celebridad, e iba a jugar.

—¡No quiero a los federales meando en mi estanque!

Jason había salido por su lado del Jeep. Tal vez me veía un poco desacreditada por mi traje ligeramente arrugado, con una carrera en mi media que iba desde el dedo del pie hasta el muslo, pero Jason no se veía como un federal o un policía. Estaba vestido con pantalones vaqueros que se había descolorido a través de suficientes lavados para ser cómodos, una camiseta azul que casi hacía juego con sus ojos, aún ocultos detrás de las gafas y deportivas blancas. Había resultado ser uno de esos días de otoño inusualmente cálidos que a veces tenemos. Demasiado cálido para su chaqueta de cuero, de modo que no se había molestado con cualquier otra

cosa. La gasa y esparadrapo blanco en sus antebrazos eran muy notables.

Se apoyó sobre el capó del jeep, sonriendo agradablemente y observando por lo tanto muy lejos de parecer un federal.

Los ojos del oficial Jenkins le dieron un vistazo a Jason, luego, volvieron a mí.

—No llamamos a los federales.

Estar de pie en mis tacones de diez centímetros en el camino un poco irregular me estaba haciendo sentir mareada nuevamente. No tenía la paciencia, o la fuerza, para un debate.

—Oficial Jenkins, soy un agente federal, ¿sabes lo que eso significa?

—Nop —dijo, haciendo la palabra más larga de lo que era.

—Eso significa que no necesito su permiso para entrar en esta escena del crimen. No necesito permiso de nadie. Así que no importa si el teniente está aquí o no. Ya le dije quién me llamó a este crimen por cortesía, pero si no quiere ser cortés, oficial, entonces nosotros no tenemos que serlo.

Me giré y miré a Jason. Normalmente, lo habría dejado en el coche, pero no estaba un cien por ciento segura de que podría cruzar el resto de la colina sin caerme. En realidad no me sentía lo suficientemente bien para estar aquí. Pero ahí estaba yo, e iba a ver esta escena de crimen.

Hice señas a Jason para que se acercara. Rodeo el Jeep, la sonrisa desvaneciéndose en los bordes. Tal vez parecía tan pálida como me sentía.

—Vamos.

—Él no es un federal —dijo Jenkins.

Había tenido suficiente de Jenkins. Si me hubiera estado sintiendo mejor lo habría intimidado a través de nuestro camino, pero… hay otras maneras de intimidar.

Esperé hasta que Jason estuvo allí para estabilizarme, entonces moví mi pelo a un lado mostrando la gasa blanca y el esparadrapo en mi cuello. Tiré a un lado del esparadrapo descubriendo hacia abajo, y le di un vistazo de la mordida a Jenkins. No eran pinchazos limpios en la herida. Asher se había dejado llevar, porque estaban arrancadas de los bordes las heridas.

—Miiiiierda —dijo Jenkins.

Dejé a Jason cubrir nuevamente la herida, mientras hablaba con el otro hombre.

—He tenido una noche dura, Oficial Jenkins, y tengo la autoridad para entrar a cualquier escena del delito relacionado con lo sobrenatural que yo considere entrar.

El esparadrapo fue arreglado de nuevo en su lugar, y Jason estaba de pie muy cerca de mi brazo izquierdo, como si supiera cuan inestable me sentía. Jenkins no pareció darse cuenta.

—No es un ataque de vampiros —dijo Jenkins.

—¿No estoy hablando en castellano aquí, Jenkins? ¿He dicho que tenía algo que ver con los vampiros?

—No, señora, quiero decir… No.

—Entonces, o bien acompáñenos a la escena del crimen, oficial, o dé un paso al costado y encontraremos nuestro propio camino.

Parpadeó por la mordedura de vampiro que le había mostrado, pero aún no quería a un federal jugando con su crimen. Probablemente a su jefe no le gustaba, pero ese no era mi problema. Tenía un credencial federal. En teoría, tenía derecho a la escena del crimen. En realidad no, si la policía local prohibía el ingreso no había mucho que pudiera hacer. Podría ir a buscar una orden judicial y forzar la cuestión, pero tomaría tiempo, y no tengo esa clase de tiempo. Dolph ya estaba enojado conmigo. No quería hacerle esperar tanto tiempo.

Jenkins, finalmente se retiró. Empezamos a caminar por la colina. Tuve que tomar el brazo de Jason a medio camino. Mi objetivo en la vida para ese momento era no caerme, vomitar o desmayarme, mientras que Jenkins seguía dándole vueltas a si había hecho lo correcto al dejarnos pasar.



DIECISIETE

Mi tarjeta de identificación colgaba de un cordón del cuello. La mayoría de los policías a los que saludé, sabían mi nombre, o habían trabajado conmigo antes. Siempre era bueno ser conocida. Se cuestionó la presencia de Jason. Finalmente les dije que venía conmigo.

Un policía grande y alto, con los hombros más amplios que cualquiera de nosotros juntos dijo:

—He oído un montón de cosas pero él no es un agente como nosotros.

Me giré hacia él, lentamente, porque no me podía mover rápido, y la misma lentitud, no ayudó a la amenaza. Es difícil amenazar a alguien cuando apenas le llegas a su cintura, pero he tenido mucha práctica.

Jason debió tener miedo de lo que yo hiciera, porque, dijo:

—Sólo está celoso.

El gran hombre movió la cabeza en el sombrero Smokey.

—Me gusta mi mujer.

—Es curioso —dije—, eso no es lo que dice tu esposa.

Le tomó un minuto conseguirlo, entonces levanto los brazos fornidos y dio un paso hacia nosotros.

—¿Por qué tú…?

—Agente Kennedy —dijo una voz desde detrás de nosotros—. ¿No tienes algún infractor por exceso de velocidad que multar?

Me volví para ver a Zerbrowski caminando hacia nosotros. Estaba vestido con su habitual atuendo desaliñado, parecía que hubiera dormido con el traje marrón, llevaba una camiseta amarilla con una solapa del cuello levantada, y una corbata con el nudo flojo, que tenía una mancha, aunque probablemente no había desayunado. Su esposa, Katie, era muy pulcra y ordenada. Nunca entendí como le dejaba ir con esas pintas.

—Estoy en mi jurisdicción, detective —dijo el agente Kennedy.

—Y esta es mi escena del crimen, agente. No creo que te necesitemos aquí.

—Y por qué ella puede estar aquí.

—Ella es un agente federal, Kennedy, puede estar aquí.

El hombre parecía perplejo.

—No quería ofenderle con el comentario.

—Sé que no lo hizo, Kennedy, al igual que para la agente Blake no significa nada. ¿Lo hizo, Anita?

—No conozco a su esposa, por lo que, sólo estaba tomándole el pelo, Oficial Kennedy, lo siento mucho.

Kennedy, frunció el ceño, pensando que era lo mejor para decir:

—No tuve intención de ofenderla señora.

Él no estaba convencido de tratarme como un agente, o Marshall. Mi estatus federal era tan nuevo para mí que me costaba acostumbrarme y me olvidaba del significado del cargo.

Cuando el policía se hubo ido a su coche, Zerbrowski llamó a uno de los otros detectives del Equipo Regional de Investigación Preternatural, coloquialmente conocido como RPIT. Si se quería fastidiar se les llamaba PIR.

—A ver si puedes despejar la escena del personal que no necesitamos.

—Voy a ello, sargento —y el hombre fue a hablar con todos los policías que no tenían jurisdicción allí.

—Sargento —dije.

—Sabía que Dolph había sido ascendido a teniente, pero no tenía

noticias de lo tuyo.

Se encogió de hombros, paso una mano por sus rizos desordenados. Katie le haría cortarse el pelo pronto.

—Cuando ascendieron a Dolph, alguien tenía que ocupar su lugar.

—¿No te han hecho una fiesta?

Se ajustó las gafas de montura metálica.

—Sí, están con los preparativos.

Si yo hubiera sido un hombre, me habrían invitado, pero era una chica, y una chica no se metía en cosas de hombres.

—¿Fui invitada a la fiesta de Dolph por Louie, pero no a la tuya?

—Me gusta Micah, Anita, pero Dolph… Esperaba que Micah viniera a mi fiesta contigo.

—Simplemente no puede manejar el hecho de mi nuevo cargo.

Zerbrowski se encogió de hombros.

—Katie me dio órdenes estrictas de invitarte a ti y a Micah a cenar para que te viera. Así que ¿cuándo puedes?

No le pregunté si Katie se lo había dicho realmente a Zerbrowski, probablemente no era así, pero, de cualquier forma estaba tratando de ofrecer la pipa de la paz, y la aceptaría.

—Le preguntare a Micah como tiene la agenda de citas.

Sus ojos miraron a Jason, y él sonrió. La sonrisa me recordó mucho a la sonrisa de Jason, que me hizo preguntarme como seria Zerbrowski en la universidad, cuando Katie y él se conocieron.

—¿A menos que hayas cambiado de chico de nuevo?

—No —dije—. Jason es sólo un amigo.

—Solo amigo. —Jason se agarró su corazón con la mano libre, la puso a mí alrededor—. Me has herido profundamente.

—Sí, he tratado de meterme en sus pantalones durante años. No me ha dejado.

—Dímelo a mí —dijo Jason.

—Vosotros dos ya basta, ahora mismo —dije.

Los dos se rieron, y las risas eran tan similares que era enervante.

—Sé que tienes el derecho de hacerle agente, pero sé lo que es el Sr. Schulyer y conozco su residencia.

Zerbrowski se acercó lo suficientemente como para que nosotros y nadie más lo oyeran.

—Dolph me mataría si le dejo entrar en la escena del crimen.

—Me cogerás si me desmayo y él se quedara aquí.

—Pero —dijo Zerbrowski—. Estás bromeando, ¿verdad?

—Ya me gustaría. —Yo tenía las dos manos sobre el brazo de Jason, ahora, luchaba por no tambalearme.

—Dolph dijo que estabas enferma. ¿Sabía que estabas tan enferma?

—A él no parece importarle, sólo quería que viniera hasta aquí.

Zerbrowski frunció el ceño.

—Si hubiera sabido que estabas algo enferma, no hubiera insistido.

—Seguro que sí —dije. Podía sentir la sangre subiendo a la cabeza. Tenía que sentarme, en breve, sólo durante unos minutos.

—Me gustaría saber si es gripe, pero veo el vendaje en el cuello. ¿Qué paso?

—Vampiro —dije.

—¿Quieres denunciar un delito? ¿Te han curado? ¿Necesitas sentarte?

Le miré a través de las gafas de sol.

—Realmente necesito sentarme durante unos minutos, Zerbrowski, y sabes que no te lo pediría si no lo necesitara.

Él me ofreció su brazo.

—Yo te acompañaré, pero Schulyer no puede venir. —Miró a Jason—. Lo siento, hombre.

Jason se encogió de hombros.

—Está bien, ya buscaré en que entretenerme.

—Pórtate bien —dije.

Él sonrió.

—¿No lo hago siempre?

Se había quedado allí y me aseguré de que me prometía que no se metería en líos, pero sólo tuve la energía suficiente para entrar en la casa y sentarme antes de que me fallaran las piernas. Deje a Jason con los policías y los equipos de emergencia. Él no haría nada malo, sólo sería irritante.

Me tropecé con los escalones del pequeño porche delantero. Si Zerbrowski no me hubiera agarrado, me habría caído.

—Jesús, Anita, deberías estar en la cama.

—Eso es lo que le dije a Dolph.

Me ayudo a atravesar la puerta y me sentó en una pequeña silla de respaldo recto, en el pasillo.

—Le hablaré a Dolph sobre la gravedad de tu enfermedad y dejaré que el chico te lleve a casa.

—No —dije, aunque puse mi frente en mis rodillas mientras el mundo se estabilizaba a mí alrededor.

—Jesús, Anita, eres tan terca como él. Dolph no acepta un no por respuesta, así que arrastras el culo fuera de la cama estando enferma para venir aquí. Te doy permiso, ya hablaré con Dolph, pero que quiero demostrar a Dolph que eres tan terca y obstinada como él. ¿Piensas aguantar hasta desmayarte en mis brazos? ¿Eso es realmente lo que quieres?

—Cállate, Zerbrowski.

—Bien, siéntate durante unos minutos. Vuelvo y veo cómo estás, y te acompaño a través de la escena del crimen. Pero eres una estúpida.

Hablé con mi cara todavía en mi regazo.

—Si Dolph estuviera enfermo, él también estaría aquí.

—Eso no prueba que tienes razón, Anita, sólo demuestra que ambos sois estúpidos.

Después dejó la casa. Menos mal que se fue porque lo último que quería ahora era discutir con él.



DIECIOCHO

Cuando Zerbrowski me llevó a la sala, lo primero que pensé fue, hay un hombre levitando contra la pared. Parecía como si estuviera flotando. Sabía que no era cierto, pero sólo por un momento, mis ojos y mi mente, trataron de aparentar que era así. Entonces vi las líneas oscuras, donde la sangre se había secado en el cuerpo. Parecía como si hubiera sido fusilado, pero las balas no lo hubieran clavado en la pared.

Extrañamente, no me sentí débil, o con náuseas, no sentía nada. Sentí la luz y la distancia, más fuerte de lo que me había sentido en horas. Seguí caminando hacia el hombre en la pared. La mano de Zerbrowski se deslizó fuera de la mía, y se mantuvo estable de puntillas sobre la alfombra suave.

Tenía que estar casi delante del cuerpo, únicamente delante de mis ojos podría tener sentido, y aun así, iba a tener que pedirle a algún experto de herramientas para comprender la situación.

Parecía como si alguien hubiera tomado una pistola de clavos, una de

esas pistolas de clavos industriales, y hubieran clavado al hombre en la pared. Sus hombros estaban separados de la tierra alrededor de ocho pies, por lo tanto se había utilizado una escalera, o él que lo había hecho debía medir cerca de siete pies de altura.

Las manchas oscuras en el cuerpo se encontraban en ambas palmas y muñecas, en los antebrazos justo por encima de los codos, en los hombros y clavícula, en las piernas debajo de las rodillas, otras justo por encima de los tobillos y a través de cada pie. Las piernas no estaban separadas, las habían atravesado. No habían tratado de imitar a la Crucifixión. Si se iban a tomar tantos problemas, era como un eco casi extraño del drama suscitado no hace mucho tiempo. El hecho mismo de que no era extraño para mí.

La cabeza del hombre se desplomó hacia delante. Su cuello estaba pálido y todo ensangrentado. Había una oscura mancha de sangre en el pelo casi blanco justo detrás de la oreja. Si los clavos eran tan grandes como pensaba que eran, en el caso de que la sangre hubiera sido causada por un clavo, la punta debía salir por el rostro, pero no fue así. Me puse de puntillas. Quería ver la cara.

El pelo blanco y la cara así como la holgura con la muerte, no correspondían con el resto de su aspecto. El cuerpo estaba bien cuidado por el ejercicio, probablemente por correr y hacer pesas, únicamente el rostro y el cabello blanco indicaban que probablemente tendría más de cincuenta años. Tanto esfuerzo para mantener la salud y la forma para que llegara algún chiflado y te clave en la pared. Me parecía tan injusto.

Me incliné hacia adelante, pero estaba demasiado lejos y tuve que utilizar mis manos para no caer. Mis dedos tocaron sangre seca en la pared. Sólo entonces me di cuenta que había olvidado los guantes quirúrgicos. Joder.

Zerbrowski estaba allí con una mano en el codo para ayudarme a equilibrarme en caso de que lo necesitara.

—¿Cómo pudiste dejarme entrar aquí sin guantes?

—No esperaba que tocarás las evidencias —dijo. Sacó una botella de desinfectante de manos de uno de sus bolsillos—. Katie me hace cargarlo.

Dejé que vertiera un poco en mis manos, y me quité la sangre. No es que estuviera realmente preocupada por pescar cualquier cosa, lo hice más por la costumbre. No te llevas souvenirs de la casa del crimen a menos que sea necesario.

El gel se evaporó en mi piel, haciendo sentir mis manos mojadas,

aunque sabía que no lo estaban. Miré a mí alrededor en la escena del crimen, buscando más evidencias.

Se habían utilizado tizas de colores en lo que quedaba de las paredes blancas. Había estrellas de cinco puntas de diferentes tamaños a cada lado del cuerpo. Rosa, azul, rojo, verde, casi decorativo. Cualquier tonto que intentara simular un asesinato ritual sabe lo suficiente para usar un pentagrama. Pero también incluyeron runas nórdicas entre los espacios de los pentagramas. No todos los chiflados saben que las runas nórdicas pueden utilizarse en la magia ritual.

Era una suerte que hubiera cursado un semestre de religión comparativa con un profesor que tenía el gusto por la mitología nórdica. Se me había grabado un mejor conocimiento de las runas que del estudio cristiano que había tenido. Había sido hace años, pero todavía me acordaba lo suficiente como para no confundirme.

—Esto no tiene sentido —dije.

—¿Qué? —preguntó Zerbrowski.

Señalé la pared, mientras hablaba.

—Ha pasado bastante tiempo desde que estudié las runas en la universidad, pero han utilizado todas las runas en un orden bastante estándar. Si es que realmente estás haciendo un ritual, tienes un propósito específico. No utilizas todas las runas nórdicas, ya que algunas de ellas son contradictorias. Quiero decir, no utilizarías una runa para el caos junto con una runa de orden. No puedo pensar en un auténtico ritual en el que se utilicen todas. Incluso si estaban haciendo un trabajo donde se quisiera invocar la polaridad, la curación, daño, caos, orden, dios y diosa. Algunas de ellos no son fáciles de utilizar para adaptarse a cualquier polaridad: verdadero/falso. Y están sacados de un libro de texto estándar.

Señalé el lado izquierdo del cuerpo.

—Todo comienza con Fehu aquí y va descendiendo, terminando con Dagaz en el otro lado, alguien escribió todo esto, Zerbrowski.

—Sé que esto suena raro, pero ¿no se siente nada de magia? —preguntó.

Pensé en ello.

—¿Me preguntas si se trata de un hechizo?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, ¿puedes sentir un hechizo?

—No, no ha habido nada de magia en esta sala.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó.

—La magia, el poder de cualquier tipo de carácter metafísico, deja un residuo detrás. A veces es sólo una sensación de hormigueo en la parte posterior del cuello o la piel de gallina, pero a veces es como una bofetada en la cara o incluso un golpe contra una pared. Sin embargo, esta sala está muerta, Zerbrowski. No estoy lo suficientemente dotada para recoger las emociones de lo que sucedió aquí, y me alegro. Pero si esto hubiera sido un gran hechizo, habría quedado algo, y la sala es sólo una escena de un crimen, nada más.

—Así que si no hay hechizos, ¿por qué los símbolos? —preguntó.

—No tengo la menor idea. Dado el aspecto, puedo decirte que recibió un disparo detrás de la oreja y fue clavado a la pared. El cuerpo no está dispuesto para imitar cualquier simbolismo místico o religioso con el que me encuentre familiarizada. Luego lanzó algunos pentagramas y dibujó algunas runas copiadas de un libro.

—¿Qué libro?

—Hay un montón de libros sobre las runas, desde libros de texto universitarios a lo oculto de la Nueva Era. Probablemente tendría que ser una tienda de la universidad o en alguna de las tiendas de la Nueva Era, pero también podría solicitarlo a través de cualquier librería.

—Así que este no es un asesinato ritual —dijo.

—Puede ser un ritual para el asesino desde su punto de vista, pero, no fue hecho con el propósito mágico.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Bueno, eso es lo que le dijo Reynolds a Dolph.

—Detective Tammy Reynolds, ¿tu primera y única bruja en el personal? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué no confió Dolph?

—Me dijo que necesitaba una confirmación.

Sacudí la cabeza, y no me maree al hacerlo. Excelente.

—No confía en ella, ¿verdad?

Zerbrowski se encogió de hombros.

—Dolph sólo ha tenido cuidado.

—Y una puta-mierda, Zerbrowski, se por qué no confía en ella, porque ella es una bruja. ¡Es una bruja cristiana por el amor de Dios, una seguidora del camino! No se puede tener mejor experto en lo oculto que una bruja

cristiana.

—Hey, no te enfades conmigo, no te saque de la cama para comprobar el trabajo de Reynolds.

—¿Y lo habrías arrastrado hasta aquí para ver mi trabajo, si hubiera sido el primero en la escena?

—Habría que preguntarle a Dolph sobre eso.

—Tal vez lo haga —dije.

Zerbrowski se puso un poco pálido.

—Anita, por favor, no vayas después de haber hecho enfadar a Dolph. Está muy cabreado.

—¿Por qué?

Se encogió de nuevo.

—Dolph no confía en mí.

—¿Es solo el mal humor de hoy o ya tiene varios días con él?

—Los últimos días han sido peores, pero dos asesinatos en una noche, le han dado una especie de razón para estar de mal humor, y se está aprovechando.

—Excelente, fantástico —dije. Mi ira me ayudó a caminar hacia las ventanas que ocupaban la mayor parte de la otra pared. Estaba allí y me quedé impresionada de la vista. Nada más que colinas y árboles, parecía como si la casa se hubiera asentado en medio de algún vasto desierto.

Zerbrowski se colocó a mi lado.

—Bonita vista, ¿eh?

—Quien hizo esto tenía que conocer la casa. —Hice un gesto a las ventanas—. Tendrían que estar seguros de que no había algún vecino por ahí que pudiera ver lo que estaban haciendo. Para dispararle, podrían tomar sus precauciones, pero ponerlo en la pared, y dibujar todos los símbolos, no, tenían que asegurarse de que nadie los vería.

—Eso es muy organizado para un chiflado —dijo Zerbrowski.

—No, si es realmente alguien que quiera que pensaran que fue un loco.

—¿Qué quieres decir?

—No me digas que tú y Dolph no habéis pensado en eso.

—¿Qué?

—Eso es, alguien cercano y querido para el hombre muerto, alguien que podría heredar todo esto. —Miré a mí alrededor en la sala de estar, que era tan grande como toda la parte de abajo de mi casa—. Estaba demasiado enferma como para darme cuenta cuando llegué, pero si el resto de la casa

era tan impresionante como esto, entonces seguro que debía de haber dinero de por medio.

—Y eso que no has visto la piscina que tiene.

—¿Piscina?

—Adentro, con un jacuzzi bastante grande, como para doce.

Suspiré.

—Como dije, dinero. Sigue el dinero, busca quién lo va a obtener. El ritual es sólo una fachada, una cortina de humo que los asesinos utilizaron para desviarte.

Levantó la mirada perdida en la hermosa vista, colocó las manos en la espalda, y comenzó a balancearse sobre los talones.

—Tienes razón, eso es exactamente lo que pensaron Dolph y Reynolds una vez que no encontraron magia.

—No me llevarás a la otra escena sólo para comprobar su trabajo otra vez, ¿verdad? Porque si ese es el caso, me voy a casa. No coincido siempre con la detective Tammy, pero es bastante buena en lo que hace.

—Simplemente no me gusta que ella esté saliendo con Larry Kirkland, el reanimador en formación.

—No, no me gusta que ella y Larry sean pareja. Es su primera novia seria, por lo que me siento con la necesidad de protegerla.

—Es curioso, no me siento protector de Reynolds en lo absoluto.

—Eso es porque eres raro, Zerbrowski.

—No —dijo—, es porque veo la manera en que Reynolds y Kirkland se miran el uno al otro. Ellos están muertos, Dios, Anita, enamorados.

Suspiré.

—Tal vez.

—Si no lo has notado, es porque no quieres verlo.

—Quizás he estado muy ocupada.

Por primera vez Zerbrowski se quedó callado.

Le miré.

—Nunca respondiste a mi primera pregunta, ¿quieres que vaya a las escenas del crimen para revisar el trabajo de Tammy?

Él dejó de mecerse sobre sus talones y con la cara seria dijo.

—No sé, probablemente.

—Me voy a casa.

Me tocó el brazo.

—Vamos a la segunda escena, Anita, por favor. Dolph no necesita

ninguna razón más para estar cabreado.

—Ese no es mi problema, Zerbrowski. Dolph está teniendo su vida difícil en este caso.

—Lo sé, pero los oficiales que han estado en las dos escenas dicen que la segunda es peor. Más arriba del callejón de Reynolds.

—Hasta mi callejón, ¿cómo?

—Violentos, realmente violentos. Dolph no quiere saber si se hizo con magia, él quiere saber si algo que no era humano lo hizo.

—Dolph es un fanático de no dar detalles antes de haber visto una escena del crimen, Zerbrowski. Lo que acabas de decirme lo puede enojar mucho más.

—Tenía miedo de que no fueras, por eso lo hice… Añadí un poco.

—¿Por qué te importaría si Dolph y yo somos enemigos?

—Estamos aquí para resolver crímenes, Anita, no para pelear entre nosotros. No sé lo que está haciendo Dolph, pero uno de vosotros tiene que ser el mejor. —Él sonrió—. Sí. Sé que las cosas han llegado a un estado lamentable cuando eres el número uno, pero así es.

Sacudí la cabeza y me golpeó el brazo.

—Eres un dolor en el culo, Zerbrowski.

—Es bueno ser apreciado —dijo.

La ira se fue desvaneciendo, y con ella el chorro de la energía. Apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Llévame fuera antes de empezar a sentirme mal de nuevo. Vamos a ver la escena del segundo crimen.

Me pasó el brazo por los hombros y me dio la mitad de un abrazo.

—Esa es mi agente federal.

Levanté la cabeza.

—No te pases, Zerbrowski.

—No puedo evitarlo, lo siento.

Suspiré.

—Tienes razón, no puedo ayudarte. Olvida que dije algo, —pero él siguió diciendo cosas ingeniosas e irritantes mientras íbamos de vuelta hasta donde nos estaba esperando Jason.

Me llevó de regreso por la habitación, manteniendo el brazo sobre mis hombros.

—¿Cómo terminaste con un hombre-lobo stripper de chofer durante el día?

—Con suerte supongo.



DIECINUEVE

La segunda escena fue en Chesterfield, que había sido una dirección caliente hacia arriba-y-de-recién llegados antes de que la mayoría del dinero se trasladara aún más lejos de Wildwood y más allá. El barrio por el que nos condujo Jason era un agudo contraste con las grandes casas aisladas que acababa de ver. Esta era la clase media, media Americana, columna vertebral de la nación de tipo barrio. Hay miles de subdivisiones exactamente iguales. Excepto en éste, no todas las casas eran idénticas. Todavía estaban demasiado juntas y tenían una semejanza entre ellas, como si una mente colmena las hubiera diseñado todas, pero algunas eran de dos pisos, algunas únicas, algunas de ladrillo, otras no. Sólo el garaje parecía ser el mismo en todas ellas, como si el arquitecto no estuviera dispuesto a ceder en función de eso.

Había árboles de tamaño mediano en los patios, lo que significa que el área tenía más de diez años de edad. Se necesitaba tiempo para que los

árboles crecieran.

Vi la antena gigante de la furgoneta antes de ver los coches de policía.

—Mierda.

—¿Qué? —preguntó Jason.

—Los periodistas ya están aquí.

Miró hacia arriba.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Nunca has visto una furgoneta con una de esas antenas grandes?

—Creo que no.

—Suerte para ti —dije.

Probablemente a causa de la furgoneta, la policía había bloqueado la calle. Cuando alguien tenía tiempo, eso probablemente atraía los aspectos oficiales, caballetes. Ahora tenían un patrulla de la policía, un oficial uniformado apoyado contra ella, y una cinta amarilla de no se puede pasar cruzada colgando de buzón de correo a buzón de correo a través de toda la calle.

Había dos camionetas de la prensa local y un puñado de medios de comunicación. Siempre puedes hablar a la prensa, ya que tienen las cámaras y los micrófonos. A pesar de que te empujan grabadoras en la cara.

Tuvimos que aparcar a media cuadra de distancia a causa de ellos.

Cuando el motor se apagó, Jason me preguntó:

—¿Cómo se enteraron de eso tan rápidamente?

—Uno de los vecinos llamó, o una de las camionetas de la prensa estaba cerca por otra cosa. Una vez que algo golpea los escáneres de la policía, los periodistas lo saben.

—¿Por qué no había periodistas en la primera escena?

—El primero fue más aislado, más difícil de llegar, y aun así con fecha límite. O podría haber una celebridad local implicado aquí, o es una copia a lo mejor.

—¿Copia a lo mejor? —preguntó.

—Más sensacionalista. —En mi cabeza, me preguntaba cómo podría conseguir mucho más sensacionalismo teniendo a alguien clavado en su pared de la habitación, pero por supuesto, ese tipo de detalles no eran revelados a los medios de comunicación, si no puedes mantenerlo en secreto.

Abrí mi cinturón de seguridad y puse una mano en el picaporte.

—Pasar a través de la prensa va a ser el primer obstáculo aquí. Soy algo

más que una celebridad local ahora, tanto si me gusta como si no.

—El amor del Maestro señor de la ciudad —dijo Jason, sonriendo.

—No creo que nadie vaya a ser educado —dije—, pero, sí. Aunque hoy estarán más interesados en el asesinato. Van hacerme preguntas acerca de eso, no de Jean-Claude.

—Parece que te estás sintiendo un poco mejor —dijo Jason.

—No lo estoy, ¿por qué?

—Tal vez lo que te causó la reacción adversa se está desvaneciendo.

Yo asentí.

—Tal vez.

—¿Vamos a salir del coche, o vamos a mirar desde aquí?

Suspiré.

—A salir, salir.

Jason abrió la puerta y estuvo a mi lado antes de que pudiera poner más de un pie en el suelo. Hoy en día le dejé que me ayudase. Me sentía mejor, pero todavía no estaba en mi mejor momento. No me gustaría rechazar la ayuda y luego caer de bruces. Estaba realmente tratando de bajar el tono de machismo en la actualidad. Mía, no de Jason.

Le puse la mano en el brazo y empezamos a bajar por la acera hacia la multitud. Había mucha gente, y la mayoría de ellos no eran periodistas. La primera escena del crimen había sido aislada, sin vecinos cerca caminando desde sus puertas y mirando el espectáculo. Pero este barrio estaba lleno de casas, así que teníamos una multitud.

Puse mi placa alrededor de mi cuello en su cable corto, no me la había quitado desde la última escena. Ahora que me sentía mejor, se me ocurrió que el brazo de Jason estaba en medio si tenía que ir a por el arma bajo el brazo izquierdo. No le quería a mi derecha, porque esa era mi mano del arma, pero incluso a mi izquierda estaba en el medio, un poco por lo menos.

Me sentiría mejor si pudiera ser preocupante esta cantidad por encima de mi arma. Que conviene saberlo. Sentirse mal apesta, y las náuseas es uno de los grandes males del universo.

Creo que porque tenía a Jason en el brazo eso les llevó a los periodistas a darse cuenta de quién era yo, y que no era sólo una parte de la creciente multitud de curiosos. En realidad estábamos haciendo nuestro camino entre la multitud, casi hacia la cinta amarilla antes de que uno de los periodistas me viera.

La grabadora fue empujada hacia mí:

—Sra. Blake, ¿por qué estás aquí, fue la mujer asesinada víctima de un vampiro?

Joder, si acabo de decir, sin comentarios, que sería de la prensa si un posible vampiro matara todo esto.

—Me dedico a un lote de la delincuencia relacionada con preternatural, Sr. Miller, ¿no? No sólo a los vampiros.

Estaba feliz de acordarme de su nombre. La mayoría de la gente le encanta tener que recordar sus nombres.

—Así que no va matar a un vampiro.

Mierda.

—No he estado en la escena del crimen, sin embargo, Sr. Miller, no sé más que usted.

Los periodistas se cerraron como un puño a mí alrededor. Había una cámara grande entre nosotros. Querían hacer las noticias del mediodía sin nada más emocionante que lo ocurrido.

Las preguntas vinieron de todas las direcciones.

—¿Va matar a un vampiro? ¿Qué clase de monstruo es? ¿Cree que habrá más víctimas? —Una mujer se puso tan cerca que sólo el apretón de muerte de la mano de Jason nos impedía ser separados—. Anita, ¿este es su nuevo novio? ¿Ha decidido romper con Jean-Claude? —Que un periodista te pida que trates con un cuerpo nuevo a pocos metros de distancia, decía lo mal que había llegado el interés de los medios de comunicación en la vida personal de Jean-Claude.

Una vez que se planteó la cuestión, varias preguntas más similares. No entendía por qué mi vida personal era más interesante, o incluso tan interesante, como un asesinato. No tenía ningún sentido para mí.

Si decía que Jason era un amigo, eso iba a interpretarse erróneamente. Si decía que era un guardaespaldas, eso iba a pesar por el hecho de que necesitaba un guardaespaldas de todos los periódicos. Finalmente dejé de tratar de responder a las preguntas y sostuve la placa hasta que el oficial uniformado pudiera verla.

Levantó la cinta para que nosotros pasáramos y luego tuvo que empujar a la prensa de los organismos que trataron de seguirnos. Caminamos hacia la casa con una lluvia de preguntas de las que no hice caso. Dios sabía lo que harían con las pocas cosas que había dicho. Podría ser cualquier cosa desde el verdugo, al ataque de vampiros, que el verdugo no llamó a un

vampiro, a mi vida amorosa.

Había dejado de leer los periódicos, o ver las noticias, pensé que podría estar. En primer lugar no me gusta verme a mí misma en una cámara en movimiento. En segundo lugar, siempre me molestó. No estaba libre de hablar de una investigación policial en curso, no había nadie, por lo que la prensa se quedó especulando sobre algunos hechos que tenían. Y si Jean-Claude y nuestra vida amorosa era el tema de la elección, nunca quise verlo, o leer la portada.

Por alguna razón al estar atrapada en los medios de comunicación alimentando la histeria me había hecho sentir débil de nuevo. No fue tan malo como antes, pero no tan bueno como me sentí cuando salí por primera vez del Jeep. Genial, simplemente genial.

Había menos policías aquí, y la mayoría de sus rostros reconocidos, los miembros de RPIT. Nadie ponía en duda mi derecho de estar en la escena, o la presencia de Jason. Ellos confiaban en mí. El uniformado en la puerta estaba pálido, sus ojos oscuros parpadeaban demasiado en blanco.

—El teniente Storr le espera, Sra. Blake. —No corregí el título de mariscal. Mariscal Blake me hacía sentir como si hubiera sido una invitada estelar en Gunsmoke.

El uniformado abrió la puerta para nosotros, porque llevaba guantes de goma. Me había dejado el equipo de la escena del crimen en casa, porque cuando me planté con un zombi de los mayores clientes al final, a Bert le gustaba que no me cubriera con una bolsa general. Decía que no tenía un aspecto profesional. Una vez se había acordado que me reembolsara toda la limpieza en seco efectuada a partir de esta pequeña norma, me acordé.

Le dije a Jason:

—No toques nada hasta que nos den algunos guantes.

—¿Guantes?

—Los guantes quirúrgicos, de esa forma si se encuentra una huella latente, no tendrá a todos emocionados, para luego descubrir que era tuya o mía.

Estábamos parados en un portón estrecho, con escaleras que conducían hacia arriba de la puerta, una sala de estar a la izquierda, y una apertura hacia la derecha que conducía a lo que parecía un comedor. Había una apertura más allá, cuando pude ver la encimera y el fregadero.

No pude ver el esquema de color claro, porque estaba todavía con gafas de sol. Debatí si quitármelas haría volver el dolor de cabeza. Me las

empecé a retirar lentamente. Me quedé con un dolor intermitente, pero después de unos segundos, estaba bien. Si podía permanecer fuera de la luz solar directa, probablemente estaría bien.

Él detective Merlioni entró en la sala y nos vio primero.

—Blake, pensaba que se había acobardado.

Miré hacia el hombre alto con el pelo gris rizado corto. El cuello de su camisa blanca de manga larga estaba desabrochado, la corbata torcida tirada hacia abajo, como si hubiera soltado todo sin preocuparse de lo que parecía. Merlioni odiaba los lazos, pero por lo general trataba de ser más ordenado.

—Debes estar equivocado —dije.

Él me frunció el ceño.

—¿Qué te hace decir eso?

—Tienes la corbata torcida, como todos los que necesitan aire, y no me has llamado nena o pollito, todavía.

Él sonrió con sus intermitentes dientes blancos.

—Es pronto, pollito.

Sacudí la cabeza.

—¿Tienes unos guantes que puedas pedir prestados? No esperaba estar en una escena del crimen hoy.

Echó un vistazo a Jason entonces, como si lo viera por primera vez, pero sabía que lo había visto. Los policías ven casi todo el entorno de una escena del crimen.

—¿Quién es este?

—Mi conductor de día.

Levantó las cejas a eso.

—Conductor, woo-woo, se adentra en el mundo.

Le frunció el ceño.

—Dolph sabía que estaba demasiado débil para conducir, así que me dio permiso para traer a un conductor conmigo. Si no fuera por la prensa de fuera que están en toda una manzana habría hecho que me dejara en la puerta, pero no quería que fuera a salir en esto. Nunca van a creer que no está involucrado en la investigación.

Merlioni se acercó a la ventana grande en la sala y levantó el borde de la cortina lo suficiente como para mirar hacia fuera.

—Están condenadamente persistentes en el día de hoy.

—¿Cómo pudieron llegar tan rápido?

—El vecino llamó probablemente. Todo el mundo quiere estar en la mierda de la televisión en estos días. —Se volvió hacia nosotros—. ¿Cuál es el nombre de tu conductor?

—Jason Schulyer.

Sacudió la cabeza.

—El nombre no significa nada para mí.

—No sé quién es usted tampoco —dijo Jason, con una sonrisa.

Me frunció el ceño.

—Sabes Merlioni, no sé tu nombre. No puedo presentarte.

Me mostró las perlas blancas.

—Rob, Rob Merlioni.

—No te ves como un Rob.

—Mi mamá no cree que sea así, ella siempre decía de mí.

—Roberto, te doy un nombre tan bonito, que debe administrarse.

—Roberto Merlioni, me gusta. —Les presenté de manera más formal de lo que nunca había creído presentar a nadie en una escena de un crimen. Merlioni estaba haciendo tiempo, él no quería entrar.

—Hay una caja de guantes en la cocina, en el mostrador, ayudaros a vosotros mismos. Voy a salir a fumar.

—No sabía que fumabas —dije.

—Acabo de empezar. —Me miró, y sus ojos estaban encantados—. He visto cosas peores, Blake, el peor infierno que debemos vadear juntos, tú y yo, pero hoy estoy cansado. Quizás me estoy haciendo viejo.

—Tú no, Merlioni, nunca.

Él sonrió, pero no cuando dijo en serio.

—Vuelvo en unos pocos minutos. —Entonces la sonrisa se amplió—. No dejes que Dolph sepa que no hice de controlador de espera fuera.

—Tienes mi palabra —dije.

Salió, cerrando la puerta detrás de él. La casa estaba muy tranquila, sólo el silencio del aire acondicionado. Estaba demasiado tranquilo para una escena de asesinato fresco, y muy quieto. ¿No debería haber gente en todas partes? En su lugar había una puerta de entrada pequeña en un pozo de silencio tan denso que casi podías oír la sangre en tus propios oídos, zumbando, llenando el silencio con algo, cualquier cosa.

El pelo en la parte de atrás de mi cuello se puso de punta, y me giré hacia Jason. Él estaba de pie allí en su camiseta azul celeste, su rostro tranquilo detrás de los espejos de colores, pero la energía corría fuera de él,

la piel de gallina a lo largo de mis brazos en un flujo nervioso.

Parecía tan inofensivo, agradable. Pero si tenías la capacidad de sentir lo que era, no era de repente inofensivo, o agradable.

—¿Qué te pasa? —Susurré.

—¿No lo hueles? —Su voz era un susurro ronco.

—Oler, ¿qué?

—La carne, la sangre.

Mierda.

—No —dije, pero, por supuesto, su energía progresaba a lo largo de mi piel golpeando a mi propia bestia, como un fantasma en el estómago. Esa forma fantasmal se extendía dentro de mí como un gran gato despertando de una larga siesta, y me hizo oler. No sólo la sangre, Jason estaba en lo cierto, la carne. El tipo de olor de la sangre dulce y metálico como monedas de un centavo viejo, o monedas de cinco centavos, pero una gran cantidad de sangre huele a hamburguesa. Sabes que va a ser malo, muy malo, cuando un ser humano se reduce al olor de la carne en tanto terreno.

Levanté mi cabeza, y olfateé el aire, señalando en un gran soplo de aire y probando. Mi pie estaba en el primer peldaño de la escalera antes de volver en mí.

—Está arriba. —Susurré.

—Sí —dijo Jason, y allí estaba el filo más delgado del gruñido en su voz. Si alguien no sabía lo que estaba escuchando, habría pensado que su voz era más profunda de lo normal. La audiencia, pero yo sabía lo que era.

—¿Qué está pasando? —pregunté, y seguí susurrando, creo que porque no quería ser oída. Quizá por eso Jason susurró, o tal vez no. No le pregunté. Si era la lucha contra el impulso de correr escaleras arriba y rodar en la escena del crimen, no lo quería saber.

Abracé mis brazos, tratando de alejar la piel de gallina.

—Vamos a ir a buscar los guantes —dije.

Me miró, e incluso a través de las gafas sentí que estaba teniendo dificultades para recordar lo que estaba diciendo, o más bien lo que significaban las palabras.

—No te pongas todo proverbial conmigo, Jason, te necesito aquí conmigo.

Tomó una respiración profunda que parecía provenir de las plantas de los pies y se deslizó hacia la parte superior de la cabeza. Sus hombros encogidos luego se irguió como si estuviera tratando de librarse de algo.

—Estoy bien.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Yo puedo hacerlo, si tú puedes.

Fruncí el ceño ante eso.

—¿Voy a tener más problemas?

—No tengo que subir a esa habitación, como tú.

Suspiré.

—Estoy tan cansada de esta mierda.

—¿Qué mierda? —preguntó.

—Todo esto.

Él sonrió.

—Vamos, mariscal, vamos a buscar los guantes.

Sacudí la cabeza, pero abrí el camino a través del comedor hacia la cocina. Pude ver la caja de guantes dejados al lado de una bolsa abierta, la basura casi llena. Había habido una gran cantidad de personal a través de aquí para llenar una de esas bolsas de gran tamaño. ¿Dónde estaba todo el mundo, y donde estaba Dolph?



VEINTE

Dolph nos encontró en la cocina mientras estaba ayudando a Jason con los guantes. Hay un arte para ponérselos, y era la primera vez de Jason, por lo que era como un niño pequeño con su primer juego de guantes, los dedos muy pequeños y demasiados agujeros.

Dolph entraba por el comedor de la misma manera que habíamos llegado nosotros, a pesar de que casi llenó la puerta, mientras que Jason y yo habíamos caminado a través de ella, junto con un montón de espacio de sobra. Dolph estaba construido como un luchador favorecido, ancho, y de seis por ocho. Estaba un poco acostumbrada a él por ahora, pero Jason hizo lo que mayoría de la gente. Miró hacia arriba, y hacia arriba. Aparte de eso, se portó bien, que para Jason era un pequeño milagro.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Dolph.

—Dijiste que si no estaba lo suficientemente bien como para conducir que podría llevar un conductor civil. Jason es mi conductor.

Sacudió la cabeza, el pelo oscuro, recién cortado en sus oídos estaba pálido y no recuperable.

—¿No tienes amigos humanos? —preguntó.

Me había concentrado en ayudar a Jason con los guantes y contar hasta diez.

—Sí, pero la mayoría de ellos son policías, y no les gusta jugar a hacer de chofer.

—Él no tiene necesidad de guantes, Anita, porque no se queda.

—Tuvimos que aparcar demasiado lejos para caminar para que alguien no me cogiera si lo necesitaba. No puedo enviarle de vuelta a través de ese grupo de reporteros.

—Sí, puedes —dijo Dolph.

Finalmente tuve el dedo en el último lugar. Jason estaba allí doblando las manos dentro de los guantes.

—¿Cómo se puede sentir húmedo y polvoriento todo al mismo tiempo?

—No lo sé, pero siempre lo hace —dije.

—Él no se queda aquí, Anita, ¿me oyes?

—Si se sienta en la escalera de entrada, van a hacerle fotos. ¿Y si alguien lo reconoce? ¿Realmente quieres leer en los titulares los suburbios ataques del hombres lobo? —Me puse mi propio par de guantes con soltura.

—Dios —dijo Jason—, eso fue ingenioso, eso hace que parezca fácil.

—¡Anita! —Fue casi un grito.

Los dos miramos a Dolph.

—No tienes que gritar, Dolph, te oigo bien.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí de pie?

—No puedo enviarle de vuelta al coche. No puede sentarse en el porche. ¿Dónde te gustaría que fuera al mismo tiempo que echa un vistazo a la escena del crimen?

Hizo una bola de sus grandes manos en los puños aún mayores.

—Le-quiero-fuera-de-aquí. —Cada palabra era exprimida a través de los dientes apretados—. No me importa una mierda a donde vaya.

No hice caso de la ira, porque nadie en ningún sitio le prestaba atención. Estaba de mal humor, era una mala escena, y Dolph no era muy aficionado a los monstruos en los últimos tiempos.

Merlioni entró en la cocina. Se detuvo en la puerta entre la cocina y el comedor, como si hubiera recogido la tensión.

—¿Qué está pasando?

Dolph señaló con el dedo a Jason.

—Él está aquí.

Merlioni me miró.

—No jodas, mírala, ¡Mírale! —La ira se calentó en su voz. Él no estaba gritando, pero realmente no lo necesitaba.

Merlioni caminó hacia Dolph, cuidadosamente, y llegó a tomar el brazo de Jason. Yo le detuve con una mano enguantada.

Merlioni miró a Dolph, luego se acercó un poco más a la cocina, fuera de la línea de fuego, creo.

—¿Hay un patio trasero? —pregunté.

—¿Por qué? —preguntó Dolph, su voz cada vez más baja y gruñendo, no con el borde de cualquier animal, sino con la ira.

—Merlioni puede guiarlo otra vez. Va a estar fuera de la casa y aun así a salvo de los periodistas.

—No —dijo Dolph—, él se va de aquí. Fuera, desaparecido por completo.

Mi dolor de cabeza iba a volver, un aleteo de dolor detrás de un ojo, pero tenía la promesa de grandes cosas por venir.

—Dolph, no me siento lo suficientemente bien para esta mierda.

—¿Qué mierda?

—Tu mierda con nadie que no lidie con humanos —dije, y me pareció cansado, enojado.

—Vete.

Le miré.

—¿Cómo dices?

—¡Fuera, llévate a tu mascota hombre lobo y vuelve a casa!

—Eres un cabrón.

Él me dio esa mirada que había estado creciendo en vergüenza en los policías durante un año. Estaba demasiado cansada y disgustada con todo para flaquear.

—Te dije que estaba demasiado enferma para conducir cuando me despertaste. Se acordó en que podría traer un conductor, incluso a un civil. No dijiste que tenía que ser humano. Ahora, después de haber arrastrado el culo hasta aquí, ¿me estás mandando a casa sin haber visto la escena del crimen?

—Sí —dijo Dolph, esa palabra casi ahogada en su ira.

—No —dije—, no lo haces.

—Este es mi asesinato, Anita, y yo digo quien se queda y quién se va.

Finalmente estaba empezando a enfadarme. Eso sólo podía reducir incluso a tus amigos de manera muy floja. Pasé por delante de Jason, más cerca de Dolph.

—No estoy aquí para tu sufrimiento, Dolph. Soy un agente federal ahora, y tengo el derecho de investigar cualquier delito sobrenatural que me parezca.

—¿Estas rechazando una orden directa? —Su voz era muy tranquila ahora. No climatizada y vacía, y que debería tener más miedo de mí, pero no tenía miedo de Dolph. Nunca lo había tenido.

—Si piensas que tus órdenes directas están poniendo en peligro la investigación, entonces, sí lo estoy.

Dio un paso hacia mí. Él se inclinó sobre mí, pero yo estaba acostumbrada a eso, mucha gente se inclinaba sobre mí.

—Nunca cuestiones mi profesionalismo de nuevo, Anita, nunca.

—Cuando actúes como un profesional, no lo haré.

Sus manos se estaban cerrando y abriendo a los costados.

—¿Quieres ver por qué no lo quiero en esta escena? ¿Quieres verlo?

—Sí —dije—, quiero verlo.

Me agarró por el brazo. No sé si Dolph me había tocado antes. Me pilló con la guardia baja, y no fue hasta medio camino, la mitad, que me arrastró a través de la cocina a la puerta del comedor que desbloqueó. Miré hacia atrás, sacudiendo la cabeza a Jason. Probablemente no le gustó, pero él se recostó contra los armarios. Pude ver la cara de sorprendido de Merlioni antes de que estuviéramos en el comedor.

Me arrastró a la escalera, y cuando llegué, no me dio tiempo para llegar a mis pies, sino que, literalmente, me arrastró por las escaleras.

Se abrió la puerta de detrás de nosotros, y oí a un hombre decir:

—¡Teniente! —Me pareció reconocer la voz, pero no estaba segura, y no había tiempo para mirar, estaba demasiado ocupada tratando de no quemar alfombra de las escaleras.

No pude ponerme de pie lo suficiente como para poner los talones. La cabeza estalló en toda regla detrás de mis ojos, y el mundo era algo tembloroso.

Encontré mi voz:

—Dolph, Dolph, ¡Maldita sea!

Abrió una puerta y me puso de pie. Me tambaleé mientras el mundo corría en las serpentinas de color oscuro. Él me abrazó con sus grandes manos sobre cada uno de mis brazos, sólo me mantuvo su control sobre mis pies.

Mi visión se aclaró en pedazos, como si la escena fuera una especie de rompecabezas de vídeo. Había una cama contra la pared del fondo. Vislumbré almohadas blancas contra una pared de lavanda, a continuación, la cabeza de una mujer, y alguno de sus hombros. No parecía real, como si alguien hubiese apoyado una falsa cabeza en las almohadas. Desde alrededor de los huesos del cuello hacia abajo, sólo había un color rojo. No me refiero a un cuerpo. Quiero decir que era como si la cama se hubiera sumergido en el líquido oscuro. La sangre no era roja, era negra. Un truco de la luz, o el hecho de que no se trataba sólo de sangre.

Entonces me llegó el olor de la carne. Todo olía a hamburguesa. Vi el montón de ropa de cama, negra y roja, y empapada, empapada en sangre. Sangriento, no sólo sangre. Miré hacia atrás, a la cabeza de la mujer, no quería, pero no pude evitarlo. Miré, y finalmente pude verlo. Era todo lo que quedaba de ella, todo lo que quedaba de una mujer adulta. Era como si hubiera estallado con la cabeza en las almohadas, y su cuerpo… en todas partes.

Sentí crecer el grito en la garganta, y sabía que no podía hacerlo. Tenía que ser más fuerte que eso, mejor que esto. Me tragué el grito, y mi estómago trató de llegar a mi garganta. Me lo tragué, también, y traté de pensar.

—¿Qué te parece? —dijo Dolph, y me empujó, atrapada entre sus grandes manos, hacia la cama—. ¿Bastante para ti? Porque uno de sus amigos lo hizo. —Me empujó demasiado cerca de la cama, y mis piernas apretadas contra la ensangrentada ropa de cama mojada. La sangre estaba fría al tacto, y ayudó a mantener mi bestia de encresparse en mi cuerpo. ¿De qué servía la sangre si no está caliente y fresca?

—Dolph, detén esto —dije, y mi voz no sonaba a mí.

—Teniente —se oyó una voz desde la puerta abierta.

Dolph se giró conmigo todavía sujeta entre las manos. El Detective Clive Perry estaba en la puerta. Era un hombre delgado afroamericano, vestido de forma conservadora, claramente, pero bien vestido. Era una de las voces más suaves masculinas que había conocido, y el policía habla más suave.

—¿Qué es, Perry?

Perry tomó una respiración profunda, se movían sus hombros y el pecho arriba y abajo.

—Teniente, creo que la señora Blake ha visto suficiente de la escena del crimen, por ahora.

Dolph me dio un leve movimiento agitando mi cabeza y sacudiéndome el estómago revuelto.

—Todavía no, no lo ha hecho.

Tiró de mí para hacer frente alrededor de nuevo en la habitación. Me arrastró hacia la cabecera, que estaba pintada de un color lavanda muy cerca del color de la pared que no había visto. Me empujó hacia adelante hasta que mi cara estaba a escasos centímetros de ella. Había una marca de garra fresca como una cicatriz pálida en la madera y pintura.

—¿Qué crees que hizo eso, Anita? —Tiró de mí alrededor hasta que me tenía delante de él, sus grandes manos todavía envueltas alrededor de mis brazos.

—¡Suéltame, Dolph! —Mi voz todavía no se parecía a mí. Nadie más podría haberme hecho esto. Había respondido por ahora, o estaba asustada, o estaba borracha. Todavía no estaba de ninguna de esas formas.

—¿Qué crees que hizo eso? —Y me dio un leve movimiento. Hizo que mi cabeza se agitara, mi visión.

—Teniente Storr, debo insistir en que deje ir a la Sra. Blake. —El detective Perry estaba detrás de él, a un lado, para que pudiera ver su rostro.

Dolph se giró hacia él, y creo que sólo el hecho de que sus manos estaban ya completamente ocupadas le impidió agarrar a Perry.

—Ella lo sabe. Sabe lo que lo hizo, porque conoce a todos los monstruos de mierda en la ciudad.

—Que se vaya, teniente, por favor.

Cerré los ojos, eso ayudó a los mareos. Sus manos en mis brazos, haciéndome saber dónde estaba su cuerpo. Choqué el tacón de mi zapato apuntando a su empeine. Hizo una mueca, sus manos se aflojaron. Abrí los ojos y no había sido entrenada para esto. Había traído mis brazos entre él y yo y barrí hacia fuera, hacia abajo. Se rompió su dominio sobre mí, y saqué mi brazo derecho hacia atrás, y le di un corte superior en sus entrañas. Si hubiera sido más pequeña hubiera tratado con el plexo solar, pero el ángulo era malo, así que golpeé lo que podría conseguir.

El aire salió de él en un gruñido, y se encorvó, con las manos sobre su estómago. Todavía no había llegado a un acuerdo suficiente para ser más fuerte que los humanos. Tuve un segundo en el que esperaba que no lo hubiera herido más de lo que quería, di un paso atrás, lejos de él. El mundo estaba temblando, como si estuviera mirando todo a través de un vidrio ondulado.

Guardé el refuerzo, y mis talones resbalaron en algo más grueso que la sangre, y me planté allí. Me caí mal sobre mi culo, y salpiqué de sangre hacia arriba. Se absorbió a través de mi falda y me esforcé con las rodillas en evitar que se empapara toda mi ropa interior. La sangre estaba fría al tacto, y entonces mi rodilla se untó en algo que no era sangre.

Grité y me puse de pie. Si Perry no me hubiera cogido me habría caído de nuevo. Pero se movió demasiado despacio hacia la puerta. No quería vomitar aquí. Me aparté de él y salí medio andando, medio corriendo por la puerta. Cuando golpeé el pasillo me puse a cuatro patas y vomité sobre la alfombra pálida. Mi cabeza rugió de dolor, y mi visión explotó con destellos de luz blanca.

Me arrastré hacia la cabeza de las escaleras, no estaba segura de lo que pensaba hacer. El suelo se acercó para chocar contra mi cuerpo, y no había nada más que una suave nada gris, entonces el mundo se volvió negro, y mi cabeza dejó de doler.



VEINTIUNO

El azulejo se sentía tan bien en mi mejilla, tan fresco. Alguien se movía. Pensé en abrir los ojos, pero parecía demasiado esfuerzo. Alguien me puso un paño frío en el cuello. Esto me hizo temblar, y abrí los ojos. Mi visión tardó un segundo en enfocarse, entonces vi una rodilla al lado de mi cara estaba usando medias y una falda.

Sabía que no era uno de los hombres, a menos que tuvieran aficiones que no conocía.

—Anita, soy yo, Tammy, ¿cómo te sientes?

Entorné los ojos, pero algunos de mis propios cabellos estaban en medio, y no podía ver muy lejos. Traté de decirle, que me ayudara a sentarme, pero no pude. Lo intenté de nuevo, y tuvo que inclinarse para oírme. Se colocó un mechón de su cabello castaño y liso detrás de la oreja, como si eso le ayudara a escuchar mejor.

—Ayúdame —tragué—, a sentarme.

Me colocó un brazo en los hombros y me levantó. La Detective Tammy Reynolds trabajaba por lo menos lo suficiente para mantener a los otros policías alejados de leer su dolor. Ella no tuvo que esforzarse mucho para conseguir levantarme, con la espalda contra la bañera.

Permanecer allí era mi trabajo, y eso era un poco más difícil. Me apoyé en un brazo y contra la bañera.

Tomó el trapo desde el borde del lavabo donde lo había dejado, y lo puso contra mi frente. El trapo estaba frío, y allí lo dejó. Sentí frío, eso era un síntoma nuevo. Pensé en algo.

—¿Has estado… —tosí para aclarar mi garganta—… poniéndome paños fríos?

—Sí, me ayuda cuando estoy enferma.

—Los trapos fríos no parecen estar ayudándome. —No le dije que era probablemente una de las peores cosas que podía haber hecho por mí. Desde que había heredado la bestia de Richard, o de quien sea la bestia, el frío no parecía ayudarme cuando estaba enferma. Actuaba como un licántropo ahora, y eso significaba que mi temperatura aumentaba cuando estaba enferma, al igual que mi cuerpo se estaba cociendo en sí. Había sentido que un buen médico casi me mataba con baños helados para lo que pensaban que era una fiebre peligrosamente alta.

Empecé a temblar.

Se levantó a enjuagar el trapo, y lo puso a secar en el borde del lavabo.

—Me caí al suelo —dije. Puso las manos en el lavabo, la cabeza inclinada.

Me abracé a mí misma, intentando detener el temblor, pero en realidad no ayudaba. Tenía frío. No había tenido frío hasta hoy. Era un nuevo síntoma ¿bueno o malo?

—Es una mala escena —dijo—. Estoy segura de que no fueron sólo policías los que perdieron su desayuno.

Tammy me miró a través del borde de su cabello. Ella mantenía su pelo por encima de su cuello, al igual que los policías hombres, pero lo evitaba siempre como podía.

—Tal vez, pero soy la única que perdió el conocimiento.

—Salvo por mí —dijo.

—Sí, tú y yo, las únicas mujeres en la escena. —Parecía muy cansada. Tammy y yo no éramos realmente amigas. Ella era seguidora de la Vía, la versión del cristianismo de las brujas. La mayoría de los seguidores son

fanáticos, más cristianos que los derechistas, como si tuvieran que demostrar que realmente eran dignos de la salvación. Tammy se había suavizado desde que había estado saliendo con Larry Kirkland, mi compañero reanimador. Pero esta fue la primera vez que me di cuenta de cuánto de ese aspecto brillante se había desgastado. El trabajo de policía te come y te vomita.

Dado que las mujeres teníamos que ser más duras sólo para ser aceptadas, hoy no nos había ayudado a ninguna.

—No es culpa tuya —dije. El temblor comenzaba a ser un poco peor.

—No, es culpa de mi médico, maldición.

Le miré.

—¿Perdón?

—Él me dio una receta de píldoras anticonceptivas y luego, me recetó antibióticos, y no me avisó de que mientras estaba tomando el antibiótico, la píldora no funcionaba.

Mis ojos estaban como platos.

—Lo siento, ¿estás diciendo…?

—Que estoy embarazada, sí.

Sé que la sorpresa se mostraba en mi cara, no podía evitarlo.

—¿Lo sabe Larry?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Qué…? —Traté de pensar en algo bueno que decir, y me rendí—. ¿Qué vas a hacer?

—Casarme, maldita sea.

Algo tuve que haber demostrado en mi cara, porque ella se arrodilló junto a mí.

—Adoro a Larry, pero no pensaba en casarme, y ciertamente no planeaba tener un bebé. ¿Sabes lo difícil que es salir adelante en este trabajo como una mujer? Por supuesto que sí. Lo siento.

—No —dije—, no es lo mismo para mí. El trabajo policial no es toda mi carrera. —El temblor había comenzado de nuevo, ninguna cantidad de asombro podía mantenerme caliente.

Se quitó su propia chaqueta, mostrando su arma en la funda delantera. Me envolvió con ella. No discutí, pero se aferró a mis manos.

—¿Es el temblor del embarazo? —preguntó—. Alguien dijo que dijiste que estabas enferma, ¿verdad?

Me tomó un segundo o dos, parpadeando en un tipo de estupidez para entender lo que había dicho.

—¿Acabas de decir el embarazo?

Hizo una mueca hacia mí.

—Anita, por favor, no se lo he contado a nadie, pero lo van a adivinar. Vomité en la escena del crimen, nunca he hecho eso. No me gusta perder la compostura pero el frío que hacía, me he desmayado. Perry estaba cerca y tuvo que ayudarme a salir al patio para que dejara de sentirme enferma. No tardaron en darse cuenta.

—Esta no es la primera escena que en la que he vomitado, ni siquiera la cuarta —dije—. No lo he hecho en un tiempo, pero ciertamente lo he hecho antes. Seguro que te han contado la historia sobre que vomité en un cadáver. Zerbrowski la adora.

—Claro, pero pensé que estaba exagerando. Zerbrowski. Ya sabes cómo es.

—No estaba exagerando.

—Me puedes mentir si quieres, pero a menos que estés pensando en abortar, todos ellos se lo van averiguar tarde o temprano.

—No estoy embarazada —dije, aunque me costó un poco decirlo, porque estaba temblando tan fuerte que era difícil hablar—. Estoy enferma.

—Estás congelándote, Anita, no tienes fiebre.

¿Cómo explicarle que estaba teniendo una mala reacción a la mordedura de un vampiro y al hecho de que compartía la bestia de Richard? Las cuestiones metafísicas no son fáciles de explicar. El embarazo era bonito y simple, en comparación con eso.

Me agarró de los brazos, muy parecido a Dolph.

—Estoy embarazada de tres meses. ¿De cuánto tiempo estás? Por favor, dímelo, dime que no he sido una tonta. Dime que no he arruinado mi vida por no leer la letra pequeña en una botella de medicina.

Estaba temblando demasiado, era difícil hablar, pero logré hacerlo:

—No-estoy-embarazada.

Se puso de pie y me dio la espalda.

—¡Maldita seas, por no compartirlo!

Traté de decir algo, ni siquiera estaba segura de qué, pero ella se fue, dejando la puerta abierta detrás de ella. No estaba segura de que si dejaban sola a una era algo bueno, el temblor estaba empeorando, como si estuviera muerta de frío desde el interior. Larry Kirkland estaba fuera de

capacitación para actuar como un agente federal. No tenía cuatro años como verdugo de vampiros, sin embargo, para eso no podía obtener derechos adquiridos. Me preguntaba si el embarazo le estaba haciendo más difícil estar lejos de Tammy, o más fácil. ¡Maldita sea, de todos modos!

Jason y Perry se acercaron a mí. Él me tocó.

—Dios mío, estás helada. —Me recogió en sus brazos como si no pesara nada—. Yo la llevo a casa.

—Vamos a poner una escolta para atravesar a la prensa —dijo Perry.

Jason no discutió. Él me llevó por las escaleras. Esperamos durante unos minutos, mientras que Perry hacia un cordón con suficientes cuerpos calientes para actuar como una especie de guante de vida para tratar de mantener a la prensa a raya.

La puerta se abrió, la luz del sol golpeó mis ojos y el dolor de cabeza rugió a la vida. Enterré mi rostro contra el pecho de Jason. Jason parecía saber lo que estaba mal, porque plantó un borde de la chaqueta de Tammy encima de mis ojos.

—¿Estáis listos? —dijo la voz de Perry.

—Vamos a hacerlo —dijo Jason.

Normalmente, me hubiera sentido humillada al ser llevada de una escena de asesinato como una flor marchita, pero estaba trabajando muy duro en mantener el temblor bajo control. Tomó toda mi concentración para que mi cuerpo dejara de sacudirse. ¿Qué demonios era lo que me pasaba?

Estábamos fuera, y nos movíamos a buen ritmo. Puedo juzgar lo cerca que estuvimos de la prensa por lo fuerte que eran los gritos que estaba recibiendo. —¿Qué pasa con la Sra. Blake? ¿Qué pasó con ella? ¿Quién eres? ¿A dónde la llevan? —Hubo más preguntas, muchas más. Todas se mezclaron con un ruido como el mar contra la costa. La multitud que nos rodeaba. Hubo un momento en que sentía como un puño se cerraba alrededor de nosotros, pero la voz de Merlioni subió una nota.

—Refuerzos, Refuerzos ahora, o vamos a despejar esta área.

Jason consiguió meterme en el interior del Jeep, apoyando su hombro en mí, para poder fijar el cinturón de seguridad. La chaqueta estaba en mi rostro ahora, y extrañamente me sentí claustrofóbica.

—Cierra los ojos —dijo.

Yo ya estaba haciendo lo que él había pedido, pero no le dije nada. La chaqueta se alejó, y el sol brillaba golpeó contra mis párpados cerrados.

Sentí la hoja de gafas de sol sobre mis ojos, y los abrí con cautela. Mejor.

Había una línea de detectives y uniformes en frente del Jeep, manteniendo a la jauría de periodistas de nuevo, así podríamos hacer nuestra escapada. Todas las cámaras habían señalado el camino. Dios sabía lo que se leería en los títulos una vez que salieran.

Jason arrancó el motor y un refuerzo con un chirrido de neumáticos.

—He llamado a Micah. Está esperando. Tú y Nathaniel podéis compartir la bañera.

Me las arreglé para soltar:

—¿Qué?

—No sé exactamente lo que está mal, Anita, pero estás actuando como un cambiaformas que ha sido herido de gravedad. Al igual que tu cuerpo está intentando curar una herida profunda. Necesitas calor, y el toque de tu grupo.

—Yo… —dije diente con diente tan fuerte que no pude terminar—, no… —Dejé de tratar de decir una frase y me las compuse para decir—, no estoy herida.

—Sé que no te duele mucho. Pero incluso si fue la mordedura de vampiro, estarías caliente al tacto, caliente, cocida para sanarte a ti misma. No deberías sentir frío.

Mis oídos comenzaron a sonar. Sonaba como si alguien estuviera golpeando una campana una y otra vez. El sonido ahogó la voz de Jason, el sonido del motor, y finalmente todo. Me desmayé por segunda vez en menos de dos horas. Este no se estaba convirtiendo en uno de mis mejores días.



VEINTIDOS

Estaba flotando en agua, caliente, agua caliente. Brazos, yo en su lugar, el cuerpo de un hombre rozó el mío en el agua. Abrí los ojos a la luz titilante de las velas. ¿Estaba de vuelta en el circo de los malditos? Sucedieron dos cosas que me dejaron saber exactamente donde estaba: Baldosas pálidas brillaban en el borde de la bañera, y los brazos apretados alrededor de los hombros, me atraían más. En el momento en que la parte trasera de mi cuerpo se estableció firmemente contra la parte delantera de él, supe que era Micah.

Lo sabía por la curva de su hombro, la forma en que mi cuerpo parecía caer en cada línea y cada hueco de su cuerpo. Sus brazos estaban delicadamente bronceados para un hombre, pero me acurrucó contra él, los músculos se trasladaron bajo su piel. Sabía cuánta fuerza hay en su cuerpo delgado. Él era como yo, mucho más de lo que alcanzaba el ojo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la voz tan cerca de mi oído en un

susurro que parecía fuerte.

Mi voz era distante y hueca en la forma en que me había estado sintiendo todo el día.

—Mejor.

—Por lo menos estás caliente —dijo—. Jason me dijo que estabas enferma, mareada. ¿Tienes idea de lo que pasó?

Lo pensé, intentando sentir mi cuerpo, y no sólo el calor reconfortante y la cercanía.

—Sí, me siento mejor. ¿Qué demonios es lo que me pasa?

Él me dio vuelta en sus brazos, por lo que me tenía a través de él, y nos miramos el uno al otro. Me sonrió. El bronceado con el que había llegado había comenzado a desvanecerse un poco, pero aún estaba oscuro, y la oscuridad enmarcó su característica más sorprendente. Sus ojos, eran los ojos del gato. Originalmente había pensado que en lugar de verdes eran amarillos, en cambio eran de color amarillo o verde, o cualquier combinación de ambos, dependiendo de su estado de ánimo, de la luz, o del color de la camisa que llevara.

Sus pupilas se habían extendido como piscinas de negro, y la delgada línea de color que estaba a su alrededor era un verdadero verde pálido. Los ojos humanos no eran realmente verdes, no realmente. Verde grisáceo, quizás, pero de verdad un verde claro, rara vez. Pero los ojos de Micah lo eran.

Esos ojos estaban en una cara que era hermosa en la forma en que la cara de una mujer es hermosa. Delicada. Había una línea en la mandíbula, el mentón era masculino, pero con cuidado. Su boca era amplia, con el labio inferior más grueso que el labio superior, dándole una mueca permanente.

Quería sentir sus labios en los míos, sentir el roce de su piel en mis manos. Él me afectaba como me había afectado casi desde el primer momento en que lo vi, como si fuera una pieza faltante de mí misma que tenía que traer lo más cerca de mi cuerpo como pudiera, como si tuviésemos que fundirnos juntos algún día.

No discutió cuando lo atraje para un beso. No me dijo que estaba herida y necesitaba descansar. Sólo se inclinó y apretó su boca contra la mía.

Besarlo era como respirar, automático, algo que tu cuerpo decía que no iba a morir. No pensé en el deseo de tocar a Micah, no en la indecisión y la palabrería como con cualquier otro hombre en mi vida. Él era mi Nimir-Ra,

y desde el momento en que habíamos estado juntos había sido más profundo que el matrimonio, más permanente que decir cualquier cosa o un documento podría obligar.

Mis brazos se deslizaron sobre su espalda, los hombros, la humedad de su piel, y nuestros animales se levantaron. Su energía fue como un aliento a lo largo de mi piel, brillando en todas partes donde nos habíamos tocado. Mi bestia se levantó a través de las profundidades de mi cuerpo, y sentí la bestia de Micah haciéndose eco de la mía. Se movían en nuestros dos órganos distintos, como dos formas de inmersión, y, cada carrera del otro contra nuestra piel sólo para mantenerlas separadas. Entonces fue como si la piel no fuera suficiente para contenerlo, y nuestros animales nadaran a través de cada uno de nosotros. Inclinó la espalda, llevando la voz de Micah en algo cerca de un grito. Nuestros animales se retorcían entre nuestros cuerpos, las energías entrelazadas más de lo que nuestros cuerpos nunca podrían. Se tejían y bailaban como una cuerda invisible, anudándose, atándose, deslizándose dentro y fuera de nosotros, hasta que pasé las uñas por el cuerpo de Micah, y él puso los dientes en mi hombro.

No sé si fue el dolor, el placer, los animales, o todo junto, pero de repente me ocurrió de nuevo. De repente, supe por qué había estado enferma todo el día. Sentí la larga médula metafísica que me unía a Jean-Claude, lo vi en su cama en el Circo de los Malditos con Asher aún a su lado. Había una sombra sentada en el pecho desnudo de Jean-Claude, una forma oscura. Cuanto más lo miraba, más sólido se hacía, hasta que se volvió un rostro deforme para mí, gruñendo, y me mostró los ojos con llamas de miel oscura.

Miré la sombra del poder de Belle Morte con hambre que había estado chupando como una sanguijuela la «vida» de Jean-Claude todo el día. Sin embargo, los sistemas de seguridad del vampiro maestro no le habían dado una patada a su siervo humano, y probablemente llamaron a su animal. Richard se había negado a ayudarnos directamente, pero probablemente estaría pagando el precio hoy.

Me susurró otra vez, como un gato demoníaco grande, y me decidí a tratarlo como tal. Lancé a mi bestia por la larga línea del cable metafísico. Lo que no había previsto era que la bestia de Micah seguiría a la mía, que cuando atacó iban a estar juntos, convirtiendo la cosa en jirones de humo. Que huyó a través de la pared.

Me preguntaba a donde había llegado, y la idea fue suficiente. Lo vi en

la habitación que habíamos preparado para Musette. La sombra se sentó en su pecho durante un segundo, entonces pareció fundirse en su cuerpo. Hubo un momento en que se movió por debajo de las sensaciones muertas de la piel de un vampiro, entonces todo quedó tranquilo.

La voz de Angelito:

—Señora ¿estás ahí?

Entonces estuve de vuelta en el agua caliente, y en los brazos de Micah.

—¿Qué fue eso? —preguntó con voz suave, estrangulada.

—Lo más oscuro era un pedazo del poder que Belle Morte le dio a Musette.

—Era como si estuviera intentando alimentarse de Jean-Claude, pero no pudiera.

—Soy su siervo humano, Micah. Creo que cuando Musette trató de robar la fuerza de Jean-Claude, el ataque fue desviado a mí. Ella ha estado chupando todo el día.

—¿Hizo Jean-Claude eso a propósito? —preguntó.

—No, está realmente muerto para el mundo. Es sólo la forma en que el sistema está configurado. Si ella hubiera podido aspirarlo, Jean-Claude estaría seco, entonces podría haber tenido la energía de todos sus vampiros, todo el mundo que tiene un lazo de sangre con él.

—En lugar de eso se ha estado alimentando de ti.

—Sí, y probablemente, de Richard. Apuesto a que informó a la escuela de que estaba enfermo hoy.

Micah me abrazó con fuerza contra él.

—¿Cómo podemos evitar que ocurra de nuevo?

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Sabes que es una de las cosas que más me gusta de ti. La mayoría de la gente pasa el tiempo preocupándose acerca de lo que podría haber ocurrido, lo malo que pudo haber sido, que vayas directamente a la práctica.

—Tenemos que hacer algo antes de que el sector del lúpulo pase de nuevo a través de la pared.

—¿Está mi teléfono móvil en algún lugar por aquí?

—En la pila con la ropa —dijo.

—¿Puedes llegar a él?

Extendió un brazo largo. Sus brazos eran más largos de lo que parecía. Usó los dedos para mover el teléfono lo suficientemente cerca para

recogerlo. Me lo dio, sin una sola pregunta. Micah no me hacía perder el tiempo explicándole cosas.

Llamé al Circo de los Malditos, el número especial que no estaba en la agenda. Ernie, quien era el chico humano de los recados de Jean-Claude y a veces aperitivo, respondió. Le pregunté si Bobby Lee todavía estaba allí. Cuando se lo describí, Ernie dijo:

—Sí, no puedo deshacerme de él. Parece que está a cargo.

Con la clase de pensamiento de que él estaba a cargo, y también, que trabajaba para mí. Bobby Lee se puso en la línea.

—Anita, ¿qué pasa?

—Pídele a Ernie que encuentre algunas cruces, y que los ponga en las puertas de las habitaciones.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Para evitar que los vampiros malos hagan más trucos metafísicos hoy.

—Eso no me explica absolutamente nada.

—Sólo hazlo.

—¿No tienes que poner cruces en los ataúdes de los vampiros para evitar el uso de sus poderes?

—Sólo hay una salida en cada habitación, es como una caja más grande. Confía en mí, ve a trabajar.

—Tú eres la jefa, al menos hasta que Rafael me diga lo contrario. —Pidió a Ernie las cruces. Pude oír la voz de Ernie protestando por el tono, aunque no las palabras.

Bobby Lee regresó a la línea.

—A él le preocupa que las cruces estén a la vista de las puertas y que impidan salir a nuestros vampiros cuando se despierten.

—Tal vez, pero estoy más preocupada por lo que nuestros clientes están haciendo ahora. Cuando caiga la noche, me preocupare por eso. Hasta entonces, sólo hazlo.

—¿Alguna vez me vas a explicar por qué lo estoy haciendo?

—Si lo quieres saber, está bien, la vampiresa nueva está utilizando artimañas vampiro para chupar la energía de Jean-Claude, y a través de él, a mí. Me he sentido como una mierda todo el día.

—Sabes, yo como tú, Anita, se explicar las cosas cuando pregunto. Casi no entiendo de qué diablos estás hablando, pero me hablas como si fuera lo suficientemente brillante para entenderlo, y saber lo suficiente sobre la

magia para seguir todas las grandes palabras.

—Voy a colgar ahora, Bobby Lee.

—Sí, señora.

Le pasé el teléfono a Micah para que pudiera ponerlo cerca de la pila de ropa, a la que yo no tenía posibilidades de alcanzar sin el goteo de agua por todo el lugar.

Me recosté contra Micah, y comencé a deslizarse en el agua, por lo que quedé sumergida hasta la punta de la barbilla. Quería hundirme en contra de su cuerpo, y dormitar. Ahora que estaba fuera de la sombra de Jean-Claude, estaba cansada. Era casi como si ahora tuviera permiso para dormir.

Pero había una crisis de la que hablar a los otros.

—Jason me dijo que Nathaniel se derrumbó en el trabajo anoche.

—Está metido en su habitación, situado entre Zane y Cherry. Está bien. —Micah besó un lado de mi cabeza.

—¿Es cierto que se desmayó porque los dos no podéis seguir alimentando mi *ardeur* dos veces al día?

Micah se quedó inmóvil a mí alrededor, y su silencio lo dijo todo.

—¿Sabías que los dos no me podíais sostener?

—Te alimentas de Jean-Claude, también —dijo.

—Bien, ¿sabías que los tres no me podíais sostener?

—Jean-Claude sigue diciendo que el apetito debe bajar pronto. Tres de nosotros podríamos alimentarte si sólo necesitaras ser alimentada una vez al día. Dos veces al día es más difícil.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté.

Me abrazó, y le dejé, pero no estaba feliz.

—Porque sé lo difícil que es para que ti tomar nuevas personas en tu cama. Esperaba que no tuvieras que hacerlo.

Eso me recordó algo.

—En cierto modo pasó.

—¿El qué? —preguntó.

—Tomar otra persona en mi cama. —Me sentía como si me retorciera de vergüenza, pero mi capacidad de estar incómoda no era lo que solía ser.

—¿Quién? —preguntó con voz suave.

—Asher.

—Tú y Jean-Claude —él lo hizo más como una declaración de lo que se trataba.

—Sí.

Me abrazó contra él.

—¿Por qué ahora?

Le dije mi razonamiento.

—Vas hacer a los vampiros muy infelices esta noche.

—Espero que sí. —Me giré en sus brazos lo suficiente para ver su rostro. Parecía bastante apacible a luz de las velas—. ¿Te molesta lo de Asher?

Pareció pensar por un segundo o dos.

—Sí y no.

—Explica el sí —dije.

—Si bien es necesario que alimentemos tu *ardeur*, hay mucho de tu tiempo para todos. Estoy un poco preocupado por lo que sucederá si recibes una serie de hombres ahora, con el aumento del *ardeur*, pero el *ardeur* se irá. Vas a tener a algunas personas infelices, si te acercas demasiado a muchos de ellos.

Fruncí el ceño.

—No había pensado en eso. Quiero decir que no he tenido relaciones sexuales con nadie más que tú y Jean-Claude.

—Voy a decir lo que Jean-Claude diría si estuviera aquí: *Ma petite*, estás rizando el rizo.

—Bien, bien, no tengo planes de sacar a Nathaniel a patadas de la cama sólo porque el *ardeur* esté tranquilo.

—No, ¿pero vas a estar dispuesta a tocarle en la forma en que se espera?

Me giré así no tendría que ver la honestidad de sus ojos.

—No sé, esa es la verdad, no lo sé.

—¿Y Asher?

—Un paso a la vez con él, está bien.

—¿Y Richard?

Sacudí la cabeza contra el pecho de Micah.

—Eso es discutible. Richard apenas puede soportar estar a veinte metros de distancia de mí.

—¿Estás diciendo en serio que si se presentara hoy y te pidieras que regresaras, le dirías que no?

Era mi turno para quedarme tranquila en sus brazos. Pensé en ello, traté de pensar en ello, claramente, la sensatez. El problema era que Richard

nunca fue un tema en la que era lógica.

—No lo sé, pero me estoy inclinando hacia el no.

—¿De veras?

—Micah, todavía tengo sentimientos por Richard, pero él rompió conmigo. Me dejó porque me siento más cómoda con los monstruos que con él. Me dejó porque estoy demasiado sedienta de sangre para él. Me dejó porque no soy la persona que él quiere que sea. Nunca voy a ser la persona que él quiere que sea.

—Richard no es la persona que quiere para sí mismo —dijo Micah en voz baja.

Suspiré. Es cierto. Richard quería, más que nada, ser humano. No quería ser un monstruo. Quería ser maestro de ciencias en el instituto, casarse con una chica agradable, establecerse, tener dos hijos, y tal vez un perro. Era un maestro de ciencias, pero el resto… Richard era como yo, nunca tendría una vida normal. Yo lo había aceptado, pero aún estaba luchando. La lucha contra el ser humano, luchando para ser ordinaria, la lucha en contra de no amarme. Que había logrado en ese pasado.

—Si Richard vuelve a mí, no será para siempre. Volverá porque no puede ayudarse a sí mismo, pero se odia a sí mismo demasiado para amar a nadie más.

—Eso es duro —dijo.

—Pero es la verdad —dije.

Micah no discutió conmigo. No, cuando sabía que estaba equivocado, o sabía que yo tenía razón. Richard habría discutido. Richard siempre se ha defendido. Richard parecía creer que si fingía que el mundo era un lugar más agradable de lo que realmente era, eso iba a cambiar el mundo. No lo hizo. El mundo era lo que era. Y ninguna cantidad de ira o de odio o de auto-desprecio, o la ceguera obstinada lo cambiarían.

Tal vez Richard aprenda a aceptarse a sí mismo, pero estaba empezando a creer que iba a aprender la lección sin mí en su vida.

Abracé los brazos de Micah a mi alrededor como un abrigo, pero estaba cansada, dolorosamente cansada. Si Richard llamara a la puerta hoy, y me pidiera regresar, ¿qué podía hacer? A decir verdad, no lo sabía. Pero una cosa sí sabía, Richard no me dejaría dar de comer al *ardeur*. Pensó que era monstruosa. Es más él no me quiso compartir físicamente con nadie, excepto con Jean-Claude. Incluso si quería volver, a menos que me dejara dar de comer al *ardeur* fuera de los demás, no funcionaría. Pura

practicidad. El *ardeur* tenía que ser alimentado. Richard no se alimentaba. Richard no me dejaba alimentarme de nadie más que de Jean-Claude. Jean-Claude por sí solo no podía sostener mi apetito. Infiernos, Micah, Jean-Claude, y Nathaniel juntos, no me sostenían. Si Richard regresara el día de hoy, ¿qué podría hacer, ofrecerle un tercio de mi cama, al otro lado de Micah?

Richard había accedido a salir conmigo al mismo tiempo, que salía con Jean-Claude, pero nunca a compartir la cama con él y conmigo, al mismo tiempo. Richard trataría de volver a lo que teníamos. No podía hacer eso. ¿Qué haría si Richard llamara a la puerta ahora mismo? Ofrecerle que se permitiera unirse a nosotros en la bañera, ver su rostro mostrar todo el dolor y la rabia, verle enfadarse de nuevo. ¿Qué haría si Richard quisiera volver? Lo único que podía hacer, decir que no. La pregunta era, ¿soy lo suficientemente fuerte como para decirlo? Probablemente no.



VEINTITRES

No desperté tanto como para salir a la superficie del sueño, pero lo suficiente como para escuchar las voces. La voz de Micah en primer lugar:

—¿Qué dijo Gregory?

—Que su padre trató de ponerse en contacto con él —la voz de Cherry.

—¿Por qué es tan malo?

—Su padre es el que le maltrató a él y a Stephen cuando eran niños.

—Cada vez que pienso que he escuchado lo peor de la gente, me doy cuenta de que estoy equivocado —dijo Micah.

Luché para abrir los ojos, y era como si mis párpados pesaran cien libras cada uno. Parpadeé y me encontré con Micah todavía acurrucado contra mí, pero apoyado en un codo. Cherry estaba de pie junto a la cama. Era alta, delgada, larga de cintura, con el pelo rubio cortado como el de un muchacho. Ella no llevaba nada de maquillaje lo que significaba que tenía prisa, y llevaba ropa, lo que era en realidad raro en los seres leopardos. Por

lo general sólo se vestían si era imprescindible. Cualquiera que iba a salir, o que algo estuviera mal. Pero, por supuesto, algo andaba mal.

Luché para despertar lo suficiente como para decir algo, y me tomó más esfuerzo del que era posible para que una voz espesa saliera.

—¿Qué más ha dicho Gregory?

Cherry se inclinó más cerca, y me tomó casi todo lo que tenía para mantener la atención cómo si fuera a vivir conmigo.

—¿Tú sabías que Gregory y Stephen habían sido maltratados cuando eran niños? —preguntó.

Me las arreglé para decir:

—Sí. —Fruncí el ceño hacia ella—. ¿Has dicho que su padre fue el que los maltrató cuando eran niños? —¿Tal vez estaba soñando? O eso, o había entendido mal.

—No lo sabías —dijo Cherry. Su rostro era tan grave.

De repente me sentí más despierta.

—No.

Zane entró por la puerta de la habitación con Nathaniel en sus brazos. Zane tenía seis pies de altura, se extendía un poco demasiado delgado para mi gusto, pero desde que él y Cherry vivían juntos, no era mi gusto el que contaba. Tenía el pelo muy corto, blanco, rubio ahora. Era el primer color que jamás había visto teñirse el pelo. No tenía ni idea de cuál era su verdadero color de pelo.

Zane llevaba a Nathaniel escondido en el pecho, como si fuera un niño dormido. El largo y castaño cabello de Nathaniel casi le llegaba al tobillo, con su pesada trenza, fue agarrado por Zane en una de sus manos. Si intentaba llevar a Nathaniel sin controlar todo ese pelo, habría una tendencia a tropezar. La trenza caía por ambos lados de su cuerpo desnudo.

—Está usando ropa interior —dijo Zane—, conocemos las reglas. No dormir desnudos contigo. —Movió el pelo lo suficiente para mostrar de un par de calzoncillos para correr satinados que a Nathaniel le gustaba usar como pijama.

Traté de apuntalarme a mí misma en los codos, pero me pareció demasiado duro. Me decidí por quedarme sobre mi espalda con los dos ojos abiertos sólidamente.

—¿Cómo le pasa?

—Está bien —dijo Micah.

Le miré. Traté de hacer una mirada incrédula, pero no pude, así que

tuve que decirlo en voz alta.

—Se ve en estado de coma.

—Dile algo, gato perezoso —dijo Zane.

Nathaniel giró lentamente la cabeza, casi dolorosamente lento, cuando Zane lo llevó alrededor al otro lado de la cama. Parpadeó sus ojos color lavanda hacia mí, y le dio una sonrisa perezosa. Parecía casi tan cansado como yo me sentía. ¿Y por qué no? ¿No se había derrumbado por la misma razón que yo, debido a que algunos vampiros se alimentaban de él? El *ardeur* no tenía sangre, pero todavía era un tipo de vampirismo.

Micah salió de las sábanas, tuve una visión perfecta de su bronceado cuerpo. Gracias a Dios, mantuvo la mayor parte de sus activos ocultos de mi vista. Creo que estaba demasiado cansada para ser tentada, pero sabía que estaba demasiado cansada como para querer ser tentada. Se puso la ropa, de espaldas a mí, pero cuando se dio la vuelta, con los pantalones con la cremallera cerrada, la expresión de su rostro, decía claramente que él sabía que yo había estado observando.

Su cabello castaño rizado caía sobre los hombros. Un movimiento de cabeza y todo su pesado pelo se deslizó hacia un lado de su cara. El cabello oscuro enmarcaba esos extraordinarios ojos, brillantes, amarillo y verde al mismo tiempo ahora.

—Si no os movéis de vuestra línea de visión, vamos a estar aquí todo el sangriento día —dijo Zane.

—Hablas con celos, —le reprendió Cherry.

—Bueno —dijo—, no me miras así.

—No miro a nadie así —dijo Cherry.

Zane le sonrió.

—Lo sé.

Tenían una de esas risas que es de pareja, y sabes que estás haciendo una broma. Zane tenía razón en una cosa, yo iba a retrasarles. No fue hasta que intenté salir de la cama que me di cuenta que estaba desnuda. Me pregunté por qué, pero en una parte lejana de mi cerebro.

—Necesito ropa —dije.

Micah había sacado un polo del cajón. Era uno que había comprado pensando en él, de un verde rico del profundo de los bosques. Hacían juego con el verde de sus ojos. Sin embargo, la camisa se adaptaba a ambos, así era la mayoría de nuestras camisetas. Nuestra ropa casual se había convertido en propiedad común, sólo los disfraces eran estrictamente para

él y para ella.

Micah intentó ayudarme, como si con el toque en mi hombro tratara de incorporarme. No me parecía que me coordinara para poder sentarme en la cama, colocar la sábana encima de mi pecho, y masticar chicle al mismo tiempo. Era como si mi cuerpo no me estuviera escuchando todavía.

—Anita, si no descansas no vas a ser buena para nadie.

—Gregory es mi leopardo, yo soy su Nimir-Ra.

Micah suavizó su mano por el lado de mi cara.

—Y yo soy su Nimir-Raj. Vuelve a dormir. Yo me encargo de él, para eso me contrataste, ¿no?

Tuve que sonreírle, pero no me gustaba no ir al rescate de Gregory. Debí haberlo demostrado en mi cara, porque se arrodilló al lado de la cama, tomando mi mano en la suya.

—Gregory está histérico, porque su padre está en la ciudad. Voy a ir a ver cómo lo está pasando, a lo mejor lo traigo de vuelta aquí, así su padre no puede encontrarlo a través de la guía telefónica.

Estaba teniendo problemas para concentrarme en la cara de Micah. Me caía de sueño, pero me succionaba de nuevo.

—Sí —dije, mi voz comenzó a sonar distante, incluso para mí—, tráelo de vuelta aquí.

Me besó suavemente en la frente, mi mano aún en la suya.

—Lo haré. Ahora, duerme, o te vas a poner enferma. Una Nimir-Ra enferma no puede proteger a nadie.

Como no podía mantener mis ojos mucho tiempo sin parpadear, era difícil discutir. Me beso la mano, fue el primer indicio de que estaba parado. Había sido un parpadeo largo.

La cama se movió, y Nathaniel se acurrucó contra mí. Su brazo alrededor de mi estómago, una pierna en el muslo. Era una de sus posiciones favoritas para dormir, pero algo no estaba bien con él.

—Ropa —dije, y fruncí el ceño más fuerte—, no puedo alimentarme de Nathaniel de nuevo.

Micah reapareció en mi línea de visión.

—Sólo te has quedado dormida alrededor de dos horas, por eso estás tan cansada. Si alimentas el *ardeur* en la madrugada, tienes al menos seis horas antes de tener que comer otra vez. Simplemente estamos poniéndolo aquí para qué no estéis solos.

Las últimas palabras flotaron en la oscuridad, y no fue sino hasta que

había estado todo en silencio durante mucho tiempo que abrí los ojos en una habitación vacía. Nathaniel estaba metido contra mí, con el rostro oculto en mi hombro. Se acurrucó más fuerte, dejándome una pulgada de la cama. Empecé a moverlo un poco para poder salir de la cama y coger el pijama que nadie me había dado, pero me quedé dormida. Los seres leopardo tenían la mala influencia sobre lo cómodo que se está desnudo.



VEINTICUATRO

Soñé. Belle Morte estaba sentada en su tocador, su largo cabello negro caía en ondas, recién cepillado, brillando a la luz de las velas. Llevaba un vestido de oro amarillo intenso, y supe antes de colocar los ojos marrones miel en mí que el color de la túnica sacaba el oro en los mismos.

Tenía los labios rojos y húmedos, como si acabara de lamerlos. Ella tendió su mano blanca hacia mí.

—Ven, *ma petite*, ven, siéntate conmigo. —Ella sonrió con esa boca roja, y no quería nada más que ir a ella, considerar la mano extendida, y acercarme. De hecho empecé a caminar hacia adelante y me encontré con que llevaba un vestido similar al suyo. Podía sentir las capas de enaguas, el metal de las estancias cavadas, forzando mi postura a absolutamente recta. El vestido era de un rico color carmesí, un color que hacía que mi propia piel blanca brillara, y a mi pelo más negro por el contraste, mis propios labios más rojos de lo que realmente eran y los ojos oscuros casi negros.

Toqué la extraña ropa, y me ayudó a pensar, me ayudó a vacilar. Negué con la cabeza.

—No, —y mi voz hizo eco de una manera extraña en la sala.

Agitó la mano pálida hacía mí.

—Como quieras, *ma petite*, pero acércate más, para que pueda conocerte mejor.

Negué con la cabeza de nuevo, obligando los dedos a tocar la pesada y desconocida tela de la bata.

—No soy tu *ma petite*.

—Por supuesto que sí lo eres, porque todo lo que le pertenece a Jean-Claude es mío.

—No —dije. Parecía que debía decir más, pero no se me ocurría nada con ella sentada allí envuelta en la luz de las velas, con un tazón de rosas antiguo en la mesa. Las rosas eran sus flores, creadas con su nombre hace siglos.

Se movió en un rumor de faldas, un crujido que hizo que mi pulso latiera más rápido, y mi cuerpo se apretara. Corre, corre, me gritaba mi cabeza, pero mi cuerpo no se movía.

Caminó lentamente hacia mí, sus pechos formaban montículos por la ropa ajustada. Tuve un repentino destello de memoria de cómo era besar a lo largo de esa piel brillante.

Cogí dos puñados de la larga falda, me puse de pie en mis zapatos de tacón alto, y salí corriendo. La habitación se desvaneció mientras corría, y era un largo, largo pasillo sin fin por donde corría. Estaba oscuro, pero era la oscuridad de los sueños, donde incluso sin luz siempre se podía ver a los monstruos. A pesar de lo que se escondía en los nichos a lo largo del pasillo no eran exactamente monstruos.

Las parejas entrelazadas a mi lado. Vislumbres de carne, clara y oscura, imágenes de placeres carnales. No había visto nada claro, no quería. Corrí, y traté de no mirar, pero por supuesto, no podía dejar de verlo todo. Pechos como fruta madura se vertían fuera de los vestidos pasados de moda. Faldas levantadas para demostrar que no había nada debajo, solo la carne. Un hombre con los pantalones alrededor de sus muslos, y una mujer inclinada sobre él. La sangre brillaba por el cuerpo pálido, colmillos de vampiros, plantados a la luz, y los seres humanos se aferraban a ellos, rogando por más.

Corrí más rápido y más rápido, luchando contra las pesadas faldas y el

corsé apretado. Era difícil respirar, difícil de moverme, y no importa lo rápido que corriera, nunca podía ver la puerta al final de toda esta pesadilla carnal y ni siquiera pareciera estar más cerca.

No había nada demasiado terrible pasando en las alcobas. Nada de lo que no hubiera visto bien o hubiera participado de una forma u otra, pero de alguna manera sabía que si dejaba de correr me atraparían. Y, más que cualquier otra cosa, no quería que me tocaran.

La puerta estaba de repente frente a mí. Agarré la manija, tiré de ella, y estaba cerrada con llave. Por supuesto, estaba cerrada. Grité, y supe antes de que me diera la vuelta las cosas en el pasillo no se encontraban más en los nichos.

La voz de Belle:

—Ven a mí con gusto, *ma petite*.

Puse mi frente contra la puerta, con los ojos cerrados, como si al no darme la vuelta, no me viera, no me pudiera conseguir.

—¡No me llames así!

Ella se rió, y se sintió como el sexo deslizándose a lo largo de mi piel. La risa de Jean-Claude era increíble, pero esto, esto… el sonido me hizo estremecerme contra la madera y el metal de la puerta.

—Tú nos dará de comer, *ma petite*. Va a suceder, tu elección es sólo una formalidad.

Me giré lentamente, como lo haces en una pesadilla. A su vez, sabes que el aliento caliente sobre tu piel es realmente el monstruo.

Belle Morte estaba en el centro del vasto espacio del corredor, sabía a través de los recuerdos de Jean-Claude que este corredor era un lugar real. Las personas de las alcobas llenaban cada lado y detrás de ella, un grupo grande, de ojos hambrientos, semidesnudos.

—Te ofrezco mi mano, vamos, tómala, y tendrás el placer más allá de tus sueños. Rechazarme…

—Hizo un gesto, y un pequeño movimiento pareció formarse en todos las ansiosas miradas lascivas en las caras.

—Puede ser un sueño o una pesadilla. La decisión es tuya.

Negué con la cabeza.

—Tú no das opciones, Bella, nunca lo hiciste.

—Entonces, tu elección es… Dolor.

La multitud a su espalda corrió, y me hizo añicos el sueño. Me quedé sin aliento con la cara de preocupación de Nathaniel.

—Gritaste en tu sueño. ¿Estabas teniendo una pesadilla? —dijo.

Mi corazón latía tan fuerte que apenas podía tragar más allá de mi pulso. Me las arreglé para decir entrecortadamente:

—¡Oh, sí!

Luego olí las rosas, espesas, empalagosas, pasadas de moda, casi dulzón. La voz de Belle resonó en mi cabeza:

—Tú nos darás de comer.

El *ardeur* se vertió a través de mí, elevando el calor a lo largo de mi piel. Nathaniel sacudió las manos apartándolas como si se hubiera quemado, pero supe que no le había hecho daño. Se arrodilló en la maraña de sábanas, los pantalones cortos de raso de correr estirados sobre sus muslos. No se tensó su parte delantera, sin embargo, no estaba entusiasmado, y yo quería que estuviera.

Me di la vuelta hacia mi lado, alcanzándolo, con una pálida mano extendida.

—Ven, toma mi mano. —En el momento en que las palabras salieron de mi boca, estuve de vuelta a mi pesadilla, sólo que estaba jugando a ser Belle.

Nathaniel se fue acercando a mí, para tocar mi mano, y supe que si lo hacía, el *ardeur* se extendería hacia él, y creo lo haría. Nathaniel se había derrumbado la noche anterior porque había tomado demasiado de él, ¿qué pasaría si me alimentaba de nuevo en este momento?

—¡Para! —dije, y fue casi firme. Si hubieran sido todos los demás, no se habría detenido, pero era Nathaniel y él hizo lo que le dije.

Se quedó de rodillas, los minúsculos calzoncillos se extendían con fuerza por su cuerpo. Dejó caer la mano de nuevo en su regazo. Estaba a sólo pulgadas de distancia de mí. Todo lo que tenía que hacer era cerrar esa pequeña distancia.

Necesitaba salir de la cama, alejarme, pero no estaba fuerte. No era capaz de apartar mis ojos de él, tan cerca, tan ansioso, tan joven. Ese pensamiento no era mío.

Fruncí el ceño, y la confusión me ayudó a hacer retroceder el *ardeur* el tiempo suficiente para sentarme, el tiempo suficiente para mirar en el espejo sobre el tocador contra la pared del fondo. Estaba tratando de ver si mis ojos brillaban con el fuego de miel de color marrón, pero eran mis ojos. Belle no se había apoderado de mí. Pero ella había hecho algo para despertar el *ardeur* horas antes de la hora.

La cama se movió, y mi cabeza giró hacia atrás, como un depredador juega con el ratón en la hierba. Nathaniel se quedó exactamente donde lo había dejado, pero él debió haber hecho algún movimiento, y por pequeño que fuera había sido suficiente. Mi pulso estaba en mi garganta, mi cuerpo apretado e hinchado con la necesidad. Una necesidad como no había experimentado nunca. No podía respirar, no podía moverme a su alrededor. Era como si la necesidad me hubiera llevado y no quedara nada de mí.

Esto no estaba bien. Esta no era yo. Me las arreglé para sacudir la cabeza, para dejar salir el aliento que había estado conteniendo. Estaba siendo confundida. Incluso sabía que estaba haciendo, pero no sabía cómo pararla.

La puerta del cuarto se abrió. Era Jason. Estaba de pie en la puerta frotándose las manos en los brazos desnudos. Se había puesto vaqueros, pero no se había tomado la molestia de cerrar la cremallera o los botones. Cogí el destello de un nuevo par de ropa interior de seda, azul pálido para que coincidiera con la camisa que no llevaba más.

—¿Qué estás haciendo aquí, Anita? El poder está gateando sobre mi piel.

Traté de hablar con todo el estado de madurez de mi pulso y no una ni dos veces, antes de que me las arreglara para decir:

—*Ardeur*.

El entró más en la habitación, todavía frotándose los brazos intentando deshacerse de la piel de gallina.

—Todavía no es la hora. Se adelantó.

Quería hablarle del sueño, sobre Belle, pero todo lo que podía era concentrarme en la visión de la seda a través de sus pantalones vaqueros abiertos. Quería ir a él, a bajarle los pantalones hasta los tobillos, llevarlo a mi boca…

La visión fue tan fuerte que tuve que cerrar los ojos, tuve que abrazarme fuerte para mantenerme en la cama. Nathaniel hizo otro pequeño movimiento.

Él se había acostado en la cama, su trenza estaba detrás de él como Rapunzel. Su rostro estaba tranquilo. Me dejaría hacer lo que quisiera, incluso se significaba la muerte para él.

Puse las piernas contra mi cuerpo, las envolví con mis brazos alrededor con fuerza, y dije:

—¡Fuera, Nathaniel, vete!

Sentí el movimiento en la cama, pero no me atreví a mirar. Mantuve los ojos cerrados.

—¡Fuera!

—Ya la has oído, Nathaniel —dijo Jason—, sal ahora.

Escuche los sonidos mientras cruzaba la habitación, luego cerró la puerta.

—Puedes mirar ahora, Anita, ya se ha ido.

Abrí los ojos y la habitación estaba vacía, excepto por el juego de la luz solar, y Jason de pie junto a la cama. Tenía el pelo muy amarillo a la luz, del color de la mantequilla, con los ojos demasiado azules. Seguí la línea de su cuerpo a los hombros anchos, el borde de la musculatura de sus brazos, su pecho con sus pezones pálidos. No había pelo en el pecho ni en el estómago. Una gran cantidad de strippers se afeitaban el cuerpo. Había visto a Jason desnudo con suficiente frecuencia como para saber que se rasuraba la mayor parte. Simplemente no me había dado cuenta realmente cómo quedaba afeitado. Él era mi amigo, por lo que incluso desnudo, seguía siendo mi amigo. No miras la entrepierna de tu amigo para ver cuántos pelos tiene en el cuerpo.

Ahora, sentada en la cama, abrazando mi cuerpo, no me sentía amigable, y sí enloquecida. Quería arrojarme de la cama, sobre él. Lo quería desnudo.

—¿Qué necesitas? —preguntó Jason.

Me miró, y no sabía si llorar o gritar, pero finalmente encontré las palabras, una voz ronca se apretaba más allá de mi pulso.

—Tengo que alimentarme.

—Lo sé. —Se veía tan solemne—. ¿Qué necesitas que haga?

Quería decirle que se fuera, también, pero no lo hice. Micah no estaba aquí. Los vampiros aún estaban muertos para el mundo. Nathaniel estaba fuera de los límites hoy. Había otros afuera de esta sala, pero nadie que quisiera tocar. Nadie que fuera aún mi amigo.

Miré a Jason. Un cuadro de luz solar salpicaba en su pecho, la pintura de oro caliente.

—¿Qué quieres que haga, Anita?

Mi voz salió apenas por encima de un susurro:

—Aliméntame.

—¿Sangre, carne, o sexo? —Su rostro era cuidadoso cuando lo preguntó, solemne.

Mi *ardeur* siempre venía mezclado con otros deseos, pero hoy no. En el día de hoy sólo había una necesidad.

—Sexo —susurré la palabra, baja, suave, mientras que me controlaba para no ir hacia él.

Su frente se dividió en una mueca repentina.

—Voy a tomar uno para el equipo.

Me bajé de la cama, quedándome de pie por un momento, desnuda delante de él. Quería correr hacia él, saltar sobre él, follarle. No había otra palabra para lo que mi cuerpo era deficiente. Pero no quería hacerle eso. Quería evitar las relaciones sexuales, si podía. Me las arreglé para evitarlas con Nathaniel durante meses. Sin duda, sólo por esta vez con Jason podía manejarlo.

Cerré los ojos y tomé unas cuantas respiraciones profundas, entonces me tiré al suelo a cuatro patas. Me arrastré hacia él, con la sensación de que tenía músculos en lugares que no debería tener. Mi bestia se enroscaba a través de mi cuerpo como un gato en la espalda, que se extendía bajo el sol. Sin embargo, el *ardeur* sobrevoló a mi bestia, como el deseo de una gran mano, echando abajo cualquier otra necesidad.

—¿No te vas a quejar de estar desnuda delante de mí?

—No —dije en voz baja, sin confiar en algo más fuerte. Sus pies estaban descalzos. Bajé la cara a la piel suave de la parte superior de su pie, lamí a lo largo de ella.

Su respiración se hizo un estremecimiento.

—Dios.

Usé mis manos para trepar por sus piernas, tirando de los pantalones vaqueros, hasta que me arrodillé delante de él. Me las arreglé para tirar de los pantalones vaqueros más abajo de las caderas, sin querer, exponiendo un triángulo de la ropa interior de seda azul. Mi rostro estaba casi al nivel de la ingle. Lo veía apretado y firme bajo la tela, la punta en su dureza contra el elástico de la ropa interior, atrapada. Quería bajar ese paño, para liberarlo.

Le pasé mis manos por detrás, excavé con los dedos en los pantalones vaqueros, agarrándole el culo. El gesto me sacó un sonido bajo en la garganta, pero me impidió rasgar sus ropas.

Apoyé la cara contra el muslo, llevándola lejos de la ingle. Mi control colgaba de un hilo deshilachado. Había aprendido a través de una larga práctica con Nathaniel que la única manera para no hacer más era hacer

todo con cuidado, lentamente. Pero no quería tener cuidado, y no sentí nada. Quería pedirle que me llevara. ¡Maldita sea! podría hacerlo mejor que esto.

Jason me acariciaba el pelo, y con un suave toque trajo mi cara hacia arriba. Miré la línea de su cuerpo hacia su rostro. No era esa mirada que hay en la cara de un hombre cuando él está seguro de ti, seguro de lo que sucederá. Nunca pensé en ver este aspecto de la cara de Jason, no por mí. Esa mirada en sus ojos azules primavera trajo un poco de sonido a mi garganta. Me tocó la mejilla.

—No te detengas —dijo, con voz suave—, no pares.

Bajé la cara por él, sin dejar de mirar hacia arriba. Lo lamí a través de la seda, y observé su rostro mientras lo hacía. Lamí a lo largo de él hasta que echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Estaba demasiado duro, demasiado firme contra mi boca, bajo la tela. Envolví mi boca alrededor de la cabeza de su miembro a través de la seda, con la mano envolviéndolo para detenerlo, sólido y grueso.

Hizo un ruido a mitad de camino entre una palabra y una nota, como si le hubiera sorprendido. Me miró, y sus ojos eran salvajes.

Me aparté de él y la seda se había vuelto de color azul oscuro donde la boca le había tocado.

Mis manos se dirigieron a la parte trasera de sus pantalones y bajé la seda y los pantalones por las caderas. Se reveló a mí mientras me arrodillaba delante de él.

Era liso, la cabeza ancha y redondeada, elegante, recta y fina, me moví un poco hacia un lado, de modo que encontré el hueco propio de la cadera.

Lo tomé en mis manos, y su respiración se aceleró. Me aparté de su cuerpo lo suficiente como para que pudiera derramar mi boca sobre su cabeza, girando mi lengua a lo largo de la agraciada curva.

Se estremeció bajo mi tacto.

Atraje más de él a mi boca, deslizando mi mano hacia abajo acunando cosas inferiores. Era suave al tacto, en todas partes podía tocar con la mano o la boca, no había nada, solo la perfección sin problemas de él. Estaba afeitado, suave.

Había estado con hombres que se afeitaban, y rasurados, pero nunca uno que fuera perfectamente liso. Me gustó. Hacia las cosas más fáciles para tenerle en mi boca, para rodar y explorar.

Cada roce, cada caricia, cada lamida, parecía traer algún nuevo sonido

de él, gemidos, suaves gritos, palabras de aliento. Se convirtió en un juego para ver cuántos tipos de sonidos podía sacarle.

Bajé los pantalones más abajo, para que pudiera difundir sus piernas, lamer entre ellas, a lo largo de esa línea delgada de piel entre los testículos y el ano.

Gritó, y me mudé a su cuerpo, para lamer y mordisquear a la vez. Lo llevé a mi boca otra vez, con todo lo que pude desde este ángulo, envolviendo los dedos en un anillo alrededor del resto de su cuerpo, mi otra mano haciendo caricias a los testículos, jugando a lo largo de esa línea que corría entre sus piernas. Su aliento se hacía más y más rápido. Su cuerpo temblaba contra mí.

Cogió un puñado de mi cabello, me llevó de vuelta. Me miró como un hombre que se ahoga.

—Arriba —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Se inclinó, me agarró de los brazos, me puso de pie. Me besó, y era como si estuviera tratando de rastrear dentro de mi boca, labios, lengua, dientes, algo entre un beso y comiéndome. Sus manos se deslizaron por mi espalda, siguiendo la curva de mi columna, luego bajó por la curvatura de mis caderas, hasta que sus dedos encontraron mis muslos. Me levantó, con sólo sus manos sobre mis muslos, la boca cerrada todavía junto a la mía. El movimiento de sus manos, las piernas abiertas, me apretó contra él. La sensación de tenerlo tan duro, tan dispuesto contra mi cuerpo, sacó pequeños sonidos de mí, y se comió los sonidos directamente de mi boca, como si tratara de degustar mis gritos.

Usó sus manos para apartar la parte inferior de mi cuerpo lejos de él, mis brazos aún bloqueados en sus hombros, una mano la deslizaba a través de la suavidad de su cabello de bebe. Él movió una mano hacia mi trasero, apoyando todo mi peso sobre la otra mano, mientras movía otra parte, entre nosotros. Tuve un segundo para darme cuenta de lo que iba a hacer. Luché contra el *ardeur*, luché contra la sensación de su boca sobre la mía, la sensación de tenerlo en mis brazos. Lo aparté lo suficiente para intentar decir algo, me las arreglé para decir:

—Jason, —y echó sus caderas hacia delante, hacia arriba. Pero la sensación de tenerlo en mi interior era exactamente lo que el *ardeur* quería. Exactamente lo que yo quería.

Entró en mí, y no dudó, suave. Luchó contra la opresión mojada de mi cuerpo, las manos en la parte de atrás de mis muslos, tirándome hacia él, mientras se empujaba a sí mismo dentro de mí. Sacando pequeños gritos de mi garganta, uno tras otro.

Él nos llevó hacia atrás hasta que caí en el borde de la cama, tenía la parte baja de mi cuerpo aún en sus manos, atrapada contra él. Se quedó de pie, su cuerpo me depositó hasta el borde de la cama, las manos me sostenían, como si no pesara nada.

Miró hacia abajo con ojos que ya no eran humanos, sino de lobo. Se puso fuera de mi cuerpo, lentamente, a una pulgada en un momento hasta que estuve casi sola, entonces se empujó hacia delante, y me hizo gritar de nuevo. No fue un grito de dolor.

Encontró un ritmo que era rápido, profundo y duro, como si estuviera intentado empujarse a sí mismo hacia mi otro lado. Unió su cuerpo al mío con un sonido grueso, carnoso.

El orgasmo me tomó desprevenida. En un momento me encontraba en el ritmo de su cuerpo con el mío, y al siguiente, gritaba, me retorcía debajo de él. Le pasé las uñas por el cuerpo, en cualquier lugar que pudiera tocarlo, y cuando eso no fue suficiente me arañé mi propio cuerpo. Jason hizo eco de mis gritos, y su cuerpo se apretó contra mí, inclinando su columna, la cabeza hacia atrás, y un aullido se derramó de sus labios. El *ardeur* bebió de él, de su piel, de su sudor, de su semilla.

Se desplomó encima de mí. Su respiración era una lucha dolorosa, y su corazón latía como un ser atrapado contra la piel. Nos deslizó más sólidamente en la cama, su cuerpo aún más profundo en el mío. Cuando estuvimos los dos tendidos en la cama, respirando con dificultad, callados, él me miró, y había algo en sus ojos, algo serio, y muy poco a Jason.

Su voz estaba sin aliento, ronca, cuando dijo:

—Sé que esta puede ser la única vez que llegue a hacer esto. Cuando me mueva, déjame sujetarte por un ratito.

Mi propia voz no era mucho mejor que la suya.

—Ya que no puedo moverme de la cintura para abajo, sin embargo, eso seguro.

Se rió entonces, y porque todavía estaba dentro de mí y parcialmente erguido, el movimiento me hizo retorcerme debajo de él, tensándome, estableciendo las uñas en la espalda.

Gritó, y sus caderas golpearon contra mí en el mismo terreno de nuevo.

Cuando pude respirar de nuevo, me susurró:

—¡Oh, Dios, no hagas eso otra vez!

—Entonces libérame —dije, la voz casi sin aliento, como la suya.

Se levantó en sus brazos, casi como haciendo un flexión, y se alejó de mí. Sentir como sacaba su miembro, me hizo retorcerme nuevamente. Se derrumbó a mi lado, medio riéndose.

Cuando pude hablar, le dije:

—¿Qué es tan gracioso?

—Dios mío, eres increíble.

—Tú tampoco estás mal —dije.

—¿No estoy mal? —dijo, y me miró los ojos.

Tuve que sonreír.

—Muy bien, eres increíble, también.

—No lo digas, si no lo dices en serio, —añadió.

Finalmente logró echarse a mi lado para poder ver su mejor cara.

—Te lo digo en serio. Eres increíble.

Se giró a su lado por lo que estaba allí frente a frente, pero sin tocar.

—Si no puedo llegar a hacer esto otra vez, quería que fuera bueno.

Tuve que cerrar los ojos, para luchar contra otro impulso a retorcerme en la cama. Solté una respiración larga, estabilizándome, a continuación, abrí los ojos de nuevo.

—Oh, era eso. Me lo pasé muy bien, ¿pero siempre eres tan vigoroso? A las chicas no les gusta que las golpeen en el colchón.

—He visto a los hombres que han estado durmiendo contigo, Anita, sabía que podía ser tan fuerte y rápido como quería ser, y no hacerte daño.

Yo le frunció el ceño.

—¿Estás insinuando que eres pequeño?

—No, estoy diciendo que no soy grande. Tengo un buen tamaño, pero algunos de los hombres en tu cama son más que un buen tamaño.

Me sonrojé. No me había sonrojado durante todo el tiempo que habíamos estado haciendo el amor, y ahora me ruboricé.

—No sé qué decir, Jason, siento que debería defender tu ego, pero…

—Pero pulgada por pulgada sé donde estoy, Anita. —Se rió, y deslizó un brazo en mis hombros. Dejé que me trajera a la curva de su hombro. Le pasé la mano sobre su vientre, mi otro brazo por debajo de la parte baja de la espalda, mis piernas se deslizaron sobre el muslo. Quedamos abrazados, casi tan cerca ahora como habíamos estado antes.

—Fuiste maravilloso —dije.

—Me di cuenta de lo maravilloso que pensaba que era. —Levantó el brazo libre para que pudiera ver los arañazos con sangre fresca que le dejé en sus brazos.

Amplié los ojos hacia él.

—¿Tu otro brazo está tan mal?

—Sí.

Fruncí el ceño, y me tocó la frente.

—No frunzas el ceño, Anita, voy a disfrutar de cada marca. Las echaré de menos cuando se curen.

—Pero…

Me tocó con la punta del dedo en los labios, para que no siguiera.

—Nada de peros, sólo sexo increíble, y quiero sentir los dolores durante tanto tiempo como pueda.

—Me tocó el brazo que yacía sobre su estómago, lo levantó para que pudiera verlo. Había marcas de clavos, por algunas de ellas se filtraba la sangre, algunas sólo estaban rojas y dijo.

—Estas no son mis marcas.

Por supuesto, una vez que las vi, comenzaran a doler. ¿Por qué es que las pequeñas heridas no duelen hasta que ves?

—En realidad —dije—, son tus marcas, o al menos una señal de un trabajo bien hecho. No recuerdo haberme marcado a mí misma de este modo.

Me dio una risa baja, masculina, con un borde de la risa que era pura en Jason.

—Gracias por el cumplido, pero sé que todo lo que hice, no puede ser un medio tan maravilloso como lo que Asher y Jean-Claude hicieron hace unas horas. Ninguna cantidad de pulgadas, o talento, o voluntad pueden poner un hombre en esa liga.

Me estremecí, abrazándolo.

—Eso no fue necesariamente algo malo.

—¿Cómo puedes decir eso? He sentido una fracción de lo que Asher te hizo, y es… —parecía estar buscando la palabra justa, dijo finalmente—, maravilloso, alucinante.

—Sí —dije—, la clase de placer que haría casi cualquier cosa para experimentarse de nuevo. —Mi voz sonó menos feliz.

Jason me tocó la barbilla para mirarlo.

—¿Estás pensando en no volver más?

Puse mi cara contra su hombro.

—Digamos que no estoy completamente feliz.

—¿Por qué no? —preguntó.

—No lo sé exactamente. —Sacudí la cabeza lo más que pude contra él —. La verdad, es que me da miedo.

—¿Qué te asusta?

—El sexo es genial, Jason, pero… lo que puede hacer Asher con su mordisco. —Traté de ponerlo en palabras, y sabía que lo que dijera no lo describiría—. Asher se siente como un maestro vampiro en mi cabeza, su nivel de poder, pero no tiene animales para llamar. Puede hacer el truco de la voz, como Jean-Claude, pero eso es un poder menor. Estaba un poco confundida, quiero decir, se siente como un maestro, pero ¿dónde está su poder? —Me estremecí de nuevo—. Ya me enteré.

Jason apoyó la barbilla en la parte superior de mi cabeza y dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que su poder reside en la seducción, el sexo, el juego íntimo. Él no puede alimentarse de la lujuria a diferencia de Jean-Claude que sí puede, y no causa la lujuria en los que le rodeaban como a diferencia de Jean-Claude, pero maldita sea, una vez que los preliminares están fuera del camino, puede causar tal… placer. Realmente es algo que por lo que mataría, signo de su fortuna lejana, hacer lo que Belle Morte quería hacer, con tal de que Asher siguiera visitando sus camas.

—Así es como es este increíble laico —dijo Jason.

—No, tú eres un sorprendente laico, Micah es un asombroso laico, no estoy al cien por cien segura de que Jean-Claude sea tan bueno como creo que es porque no estoy segura ya cuánto de eso es verdadero talento y cuánto es poder vampiro. No tuve relaciones sexuales con Asher. Acabamos de compartir sangre.

Jason se trasladó para que pudiera hacer un gesto hacia mí.

—Lo siento, pero el lobo sabe estas cosas. No se trataba sólo de Jean-Claude cuando entré en la habitación y olí.

Me sonrojé de nuevo.

—No he dicho que Asher no tuviera un buen rato, dije que no tuvo relaciones sexuales.

—¿Y tú punto es qué…? —preguntó.

—Mi punto es que si eso fue sólo por la extracción de sangre, tengo

miedo de tener sexo real con él. ¿Quiero decir cuánto mejor podría ser?

Soltó una carcajada que había mantenido un borde de la risa, casi un sonido vertiginoso.

—Me encantaría averiguarlo.

Le golpeé con un codo.

—¿Me estás diciendo que lo harías con Asher?

Él frunció el ceño, la risa seguía brillando en sus ojos.

—Estaba un poco confundido hace un rato sobre lo que exactamente eran mis preferencias. Quiero decir que he sido *ponme de sangs* de Jean-Claude durante unos dos años. Es sorprendente cuando se alimenta, Anita. Disfrutaba de estar con él tanto que me hizo pensar que podría ser gay. —Trazó su mano por mi hombro—. Pero me gustan las chicas. No estoy diciendo que con la persona adecuada bisexual no sea una posibilidad, pero no si eso significa no ser capaz de hacer esto otra vez. Me gustan las mujeres. —Señaló eso «como» convirtiéndolo en una palabra multisilábica.

Me hizo reír.

—Y a mí me gustan los hombres.

—Me di cuenta —dijo, todavía con un poco de risa en su voz.

Me senté.

—Creo que nos hemos abrazado suficiente.

Me tocó el brazo, la cara seria de nuevo.

—¿Realmente no quieres ir a la cama con Asher?

Suspiré.

—Sabes que Jean-Claude dijo que es demasiado sorprendente cuando toma sangre.

—Sí.

—Jean-Claude dice que la mordida de Asher es orgásmica, literalmente. Así que eso significa que el mordisco de Asher es más agradable incluso que la de Jean-Claude.

—Muy bien —dijo. Se apoyó en las almohadas, las manos cruzadas sobre su estómago mientras me escuchaba.

Estaba sentada en la manera india, todavía desnuda, y no parecía importar. No era sexual ahora, sólo cómodo.

—He tenido sexo con Jean-Claude, pero nunca le permití tomar sangre.

—¿Nunca? —dijo.

—Nunca.

Sacudió la cabeza.

—Eres la persona con más fuerza de voluntad que he conocido. Nadie más se habría negado el doble placer, no durante tanto tiempo.

—Tú no has estado tanto con él —dije.

Él sonrió.

—Se considera de mal gusto joder con tu *pomme de sang*, a menos que lo inicie. Si lo inician, entonces es un extra a tratar, y sólo si han sido buenos.

—Parece como si le hubieras preguntado acerca de esto.

—Lo hice.

Levanté las cejas en eso.

—¡Oh, vamos, Anita! Me he acostado con él más tiempo que tú. Tendrías que ser más de un heterosexual en llamas que yo y no preguntar.

—¿Te lo negó?

—Muy cortésmente, pero sí.

Fruncí el ceño.

—¿Te dijo por qué?

Jason asintió.

—Tú.

No podía fruncir el ceño con más fuerza, así que traté de parar, pero estaba desconcertada.

—¿Por qué yo? Tú has sido su *pomme de sang* más tiempo de lo que yo he sido su novia, y un infierno de mucho más tiempo de lo que he sido su amante.

—Cuando le preguntaste, con quien estaba saliendo. Parecía pensar que tú le descargarías el culo, si te enterabas de que estaba haciéndolo con otro hombre.

—Estás dándome dolor la cabeza —dije.

—Lo siento, pero si no quieres la verdad, no preguntes. —Se instaló más comodidad en la almohada a sus espaldas—. Pero has logrado evadir la respuesta a mi pregunta original.

—¿Cuál era? —pregunté.

Me miró.

—No trates de ser tímida, Anita, eres muy mala en eso.

—Bien, Asher, qué hacer con Asher. Hice un tipo de promesa a los dos de que íbamos a encontrar una manera de ser un *ménage à trois*, o que sería un *ménage à quatre*.

—¿Quién es tu cuarto?

—Micah —dije.
—Vaya —dijo.
Yo le fruncí el ceño.
—No pude evitarlo, lo siento.
—Si no vuelvo con esa promesa, perderemos Asher.
—¿Qué quieres decir, con perder?
Le expliqué los planes de Asher para irse.
—Así que si te echas atrás, él se va.
—Sí.
Frunció el ceño, se echó a reír y sacudió la cabeza.
—Déjame pensar en esto. Su mordedura es abrumadoramente orgásmica, alucinantemente placentera. ¿Crees que si terminas mientras él tiene sangre será aún más sorprendente?
—Sí —dije.
—¿Por qué es un problema? —preguntó Jason.
Me abracé a mí misma.
—Tengo miedo, Jason.
Se sentó a mi lado.
—¿Miedo de qué?
—Miedo de ser… —Dudé, traté de encontrar las palabras, y, por último —: tengo miedo de ser consumida.
Frunció el ceño.
—Consumida, sé lo que significa la palabra, pero no entiendo qué quieres decir con ella.
—¿No tienes miedo de querer tanto a uno de ellos qué harías cualquier cosa para que estuviera contigo?
—¿No sólo significa vampiros, sino personas en general?
Apoyé la barbilla en las rodillas.
—Vampiros, por supuesto.
—No, no me refiero sólo a los vampiros, tienes miedo de querer a alguien por completo, ¿no?
No lo miré.
—No sé lo que quieres decir.
Puse el pelo detrás de la oreja, pero era demasiado grueso para quedarse.
—No me mientas, Jason sabe que no quieres decir sólo vampiros.
Lo miré, abrazando mis piernas.

—Tal vez no, pero el punto es el mismo. No quiero querer a nadie tanto que si no están conmigo, me mate.

Una mirada paso a través de sus ojos y no pude leerlo.

—¿Quieres decir que tienes miedo de amar a alguien más que a la vida?

—Sí.

Él sonrió, y fue amable, y un poco triste.

—Le daría una de mis partes del cuerpo menos favorita a una mujer que me cuidara tan profundamente como lo haces con Nathaniel.

Comencé a protestar que no quería a Nathaniel.

Jason tocó con el dedo mis labios.

—Para. Sé que no has dado tu corazón y tu alma a Nathaniel, pero entonces tampoco has dado tu corazón y tu alma a nadie, ¿verdad?

Aparté la vista, porque verle paciente, adulto, su mirada era incómoda por decir al final.

—Una de mis metas en la vida es, tal vez tener a una mujer que me mire de la forma en que tú miras a Jean-Claude. La forma en la que Jean-Claude te mira. La forma en la que miras a Asher. La manera en la que miras a Nathaniel.

—Te dejaste a Micah fuera de la lista.

—Tú y él tenéis ese nivel de comodidad que no tienes con ninguno de los otros, pero es casi como si la comodidad se lograra a expensas de otra cosa.

—¿Qué? —pregunté.

—No sé, nunca ha estado enamorado, qué sé yo.

—Entonces, ¿qué, no estoy enamorada de Micah?

—Esa no es una pregunta que yo tenga que responder.

—No puedo estar enamorada de cuatro hombres a la vez.

—¿Por qué no?

Le miré.

—No es una regla —dijo.

—Sería ridículo —dije.

—Has luchado con Jean-Claude, porque le tenías miedo. Entonces Richard se acercó, y creo que lo querías, de verdad lo amabas, y te asustó, por lo que retrocediste. Creo que salías con ambos para no caer enamorada de ninguno de ellos.

—Eso no es cierto.

—¿No lo es?

—Originalmente, Jean-Claude dijo que mataría a Richard, si no tenía la misma oportunidad de atraerme también.

—¿Y por qué no acabaste de matar a Jean-Claude entonces? No toleras el ultimátum, Anita, ¿por qué tolerar uno?

No tenía una respuesta para eso, o al menos no una buena.

—Richard se hizo más distante, más atrapado en su angustia personal, lo que dejó el campo libre a Jean-Claude. Así que de repente tuviste a Nathaniel durmiendo contigo. Lo sé, lo sé, es tu *pomme de sang*, tu leopardo de casa, pero todavía el momento era interesante.

Quería decirle que se detuviera, para no dije nada, y él siguió. Nunca había pensado en Jason como implacable antes.

—En algún lugar de todo esto, Asher, sale en el radar, tal vez, los viejos recuerdos de Jean-Claude. Pero sea cual sea la causa, estás atraída por él, pero está tan lleno de ira que no es una amenaza. Está casi tan lleno de odio hacia sí mismo como Richard. De repente Richard se aleja de verdad esta vez. Te quedas sola con Jean-Claude y Nathaniel, pero Nathaniel no es suficiente amenaza para mantener romántico a Jean-Claude en la bahía y, de repente está Micah. De repente, la lujuria instantánea, limpieza inmediata. Está Micah, y ahora, Jean-Claude ha vuelto a compartir con alguien más, y estás segura de nuevo. No puedes enamorarte locamente de Jean-Claude, o de cualquier otra persona, porque has dividido tu mundo en partes diferentes con cada uno de ellos. Debido a que ningún hombre tiene tu mundo, ningún hombre puede sacudirlo entero.

Salí de la cama, tirando de la sábana a mí alrededor como una manta. De repente no quería estar desnuda más tiempo delante de Jason.

—Pensé que era accidental, y que era, y no lo era. Estás aterrorizada de pertenecer a una sola persona, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—No de pertenecer a una sola persona, Jason, de querer pertenecer a una sola persona.

—¿Por qué, por qué es eso tan terrible para ti? La mayoría de las personas se pasan la vida queriendo exactamente eso, sé que hacen.

—Amé a alguien una vez con todo mi corazón, y él me pisoteó.

—Por favor, el novio de la universidad no. Anita eso fue hace años, y él era un imbécil. No puedes pasar el resto de tu vida enferma por una mala experiencia.

Estaba a los pies de la cama, envuelta de los hombros a los pies en la

sábana. Tenía frío, y no tenía nada que ver con la temperatura.

—No es sólo eso —dije, con voz suave.

—¿Qué es entonces?

Tomé una respiración profunda, la dejé escapar despacio.

—Amaba a mi madre con todo mi corazón y alma, ella era mi mundo. Murió, y casi me destruyó. —Pensé en todo lo que había dicho, y no pude discutir con eso, y no podía pretender que no tenía sentido—. No quiero poner todo mi mundo en manos de una sola persona más, Jason. Si mueren, no voy a morir con ellos.

—Así que evitas un poco de ti misma apartada de todo el mundo.

—No —dije—, voy a mantener un pedazo de mí misma para mí. Nadie consigue todo de mí, Jason, nadie, excepto yo.

Sacudió la cabeza.

—Así que, Jean-Claude consigue sexo, pero sin sangre. Nathaniel obtiene la intimidad, pero no la relación sexual. Asher recibe sangre, pero no la relación sexual. Micah consigue intimidad y relaciones sexuales, ¿qué estás reteniendo de él?

—No le quiero aún.

—Mentira.

—Hay lujuria después de él, pero no le amo todavía.

—Y Richard, ¿qué le contuviste a Richard?

Me quedé allí envuelta en la sábana de los condenados, sintiendo el mundo hundirse en una cosa pequeña gritando.

—Nada —dije—, no contuve nada, y me arrojó de culo.

Jason se sentó allí por un segundo o dos, luego se levantó de la cama. Creo que quería decir que me sostenía, me consolaba.

Puse la mano para detenerlo.

—Si me abrazas, voy a llorar, y Richard ha conseguido la última lágrima que iba conseguir de mí.

—Lo siento, Anita.

—No es culpa tuya.

—No, pero no era asunto mío tampoco. No tengo derecho a psicoanalizarte.

—Estás celoso —dije, y traté de hacerme la luz, en broma, y fracasó.

—¿Sobre qué? —preguntó.

—Que haya tanta gente de la que podría estar enamorada, si sólo hubiese que dar una pulgada más.

Se sentó en el borde de la cama.

—Tienes razón, maldita sea, pero tienes razón. Estoy celoso, pero no quise hacerte daño. No lo entendía, hasta el momento en que hablaste del miedo a ser consumida. Quiero ser consumido, Anita. Quiero que alguien venga y me queme.

—Eres un romántico —dije.

—Tú haces que suene como una palabra sucia.

—No es sucia, Jason, sólo inútil. —Llegué a la puerta—. Voy a lavarme, ayúdame con la parte de arriba de la ducha si lo deseas. —Jason me llamó, pero seguí caminando. Tenía todas las conversaciones de almohada que quería por un día.



VEINTICINCO

Me encantaba la nueva ducha que había instalado en el baño principal de la planta baja. Uno de los licántropos de la ciudad resultó ser fontanero. Todavía no había terminado de pagarle, pero al menos sabía que no haría preguntas estúpidas sobre como organizaba mi vida. Me gustan los largos baños, sobre todo cuando la ocasión lo requiere, pero en el fondo, era una chica de ducha.

Me situé en el centro de la ducha, de modo que el agua golpeara contra mi cuello, cabeza y hombros. No me sentía avergonzada por haber tenido relaciones sexuales con Jason, y tal vez estaba mal, pero no se sentía como un pecado. Tal vez porque era sólo otra forma suya de cuidar de mí. Pero lo que había dicho poco después, me había molestado. Las duras verdades emocionales me molestaban más que tener relaciones sexuales con alguien de quien no estaba enamorada, probablemente eso decía algo sobre lo lejos que había llegado mi decadencia moral.

Me quedé en el agua, estaba caliente, muy caliente, el vapor cubría las paredes de la ducha, y estaba feliz porque no le había dado mi corazón a nadie. Era mío, maldita sea, y lo guardaría de una sola pieza, si podía. Richard había roto una parte de mí, algunos pensaban que había estado tratando de aferrarme a una visión más suave y romántica del amor. Me había dejado porque no era lo suficientemente humana para él. Mi novio de la universidad me había dejado porque no era lo suficientemente blanca para su madre. Mi madrastra, Judith, nunca dejaba que me olvidara de que era pequeña y morena, y ella y sus hijos, y mi padre, eran altos, rubios y de ojos azules. La gente se había pasado toda mi vida rechazándome por cosas que no podía cambiar. Que se jodieran, a la mierda con todos.

Estaba sentada en la parte inferior de la ducha. No había querido hacerlo. No tenía intención de acurrucarme en el agua, en la clandestinidad. ¿Por qué siempre persigo el amor de la gente para los que nunca soy lo suficientemente buena? Hay un montón de gente que me quiere exactamente como soy, pequeña, morena, dura, sangrienta, mágica. Gente que me amaba sólo por mi forma de ser. Lamentablemente, ninguno de ellos era yo.

Hubo un golpe en la puerta, y me di cuenta de que alguien había estado tocando desde hacía algún tiempo. Siempre cerraba la puerta, era una costumbre.

Moví el grifo, para poder oír mejor.

—¿Quién es?

—Anita, soy Jamil, tengo que entrar.

—¿Por qué? —En una palabra había un universo de sospechas. Si la razón para entrar hubiese sido algo que no me importara ya hubiera dicho por que tenía que entrar.

Oí a alguien suspirar a través de la puerta.

—Es Richard, está herido, y tenemos que utilizar la bañera grande.

—No —dije. Apagué el agua y cogí una toalla de gran tamaño.

—Anita, ahora que se ha vendido la casa de Raina no tenemos ninguna bañera lo suficientemente grande como para que entren él y otros miembros de la manada, lo encontré inconsciente en el suelo de su dormitorio, está muy frío.

Enrollé una toalla pequeña alrededor de mi pelo mojado.

—No lo traigas aquí, Jamil. Tiene que haber algún otro lugar para llevarlo. Jean-Claude le permitirá usar la bañera de su casa.

—Anita, está helado, si no se calienta pronto, no sé qué pasará.

Apoyé la cabeza contra la puerta.

—¿Me estás diciendo que se va a morir?

—Lo que digo es que no lo sé. Nunca he visto a otro hombre lobo estar tan mal sin ningún tipo de herida para demostrarlo. No sé qué es lo que lo ha enfermado.

Yo sí, por desgracia. Belle no sólo se había alimentado de mí, sino que también había estado alimentándose de Richard. Había pensado en eso durante el día, pero no había pensado que no iba a llamar a su manada y que no tendría a algunos de ellos cerca, para fortalecerse a sí mismo y a su energía. No sabía que él, simplemente iba a dejarse morir.

—¿No ha pedido ayuda? —pregunté, aún apoyada contra la puerta.

—No, tenía que preguntarle sobre un negocio, intente contactar con él en la escuela, pero no había ido, informó de que estaba enfermo. Entonces llamé a su casa y no obtuve respuesta. Anita, por favor, déjanos entrar.

Hijo de puta. No podía creerme que tuviera que hacer esto. El hombre que había roto mi corazón, que me había llamado monstruo, iba a estar en remojo en mi bañera por Dios sabe cuánto tiempo.

Abrí la puerta y quedé oculta detrás de ella, escondida, así que no se me podía ver. Jamil entró a través de la puerta con Richard en sus brazos. No era el peso lo que hacía difícil la entrada de Jamil, había espacio en el cuarto de baño, el problema era que Richard era ancho de hombros, y que Jamil no era pequeño tampoco.

Traté de no mirar a ninguno de ellos, conseguí sólo un breve vistazo de pelo de Jamil, atado con cuentas de color rojo brillante. Tenía la camisa de color rojo para que coincidiera con las cuentas y un traje negro. No me tome el tiempo para mirar si sus pantalones hacían juego con la chaqueta. Cuando intentaba cruzar por la puerta, agarró mi toalla.

—¿Puedes meterte en el agua conmigo, Anita? —preguntó.

—No —dije, y huí.



VEINTISEIS

Me vestí. No podía recordar si había utilizado champú en el pelo, o sólo había conseguido mojarlo, no me importaba. Tenía una imagen de la cara de Richard grabada en mi mente. Con los ojos cerrados, la mandíbula perfectamente cuadrada, con su hoyuelo. Pero, en la imagen, no se derramaba su gloriosa cabellera sobre sus hombros. El maravilloso cabello de color marrón oro y cobre ya no caía sobre él, de modo que casi brillaba en el sol. Se había cortado el pelo. ¡Se había cortado el pelo!

Me acordé de su sensación en mis manos, como caía como la seda sobre mi cuerpo, como se derramaba alrededor de su cara cuando se levantaba sobre mí. Richard extendido debajo de mi cuerpo, con el pelo, como una nube de rizos en la almohada, mientras sus ojos perdían su enfoque y orientación sobre mi cuerpo.

Estaba sentada en la cama, llorando, cuando se produjo un golpe en la puerta. Llevaba vaqueros, pero nada del resto, sólo había logrado ponerme

el sostén.

—Sólo un minuto. —Mi voz sonaba un poco espesa.

Me puse una camiseta roja con los vaqueros negros. Empecé a decir entra, pero me di cuenta de que podría ser Richard. Poco probable, hace unos minutos estaba inconsciente, pero no podía correr el riesgo.

—¿Quién es?

—Nathaniel.

—Adelante. —Me había limpiado los ojos y le daba la espalda a la puerta, mientras miraba mi sobaquera intentando averiguar lo que había hecho con mi cinturón. Necesitaba el cinturón para deslizarlo a través de la sobaquera. ¿Dónde diablos estaba mi cinturón?

—La policía está al teléfono —dijo, en voz baja.

Volví la cabeza.

—No puedo encontrar mi cinturón.

—Lo encontraré por ti —dijo. Su voz sonaba más alta en la habitación, ahora. No había oído que se hubiera movido. Era como si no estuviera escuchando todo, como si no estuviera dándome cuenta de todo lo que estaba pasando a mí alrededor, como si faltaran piezas.

—¿Qué pasa conmigo? —En realidad no había querido decirlo en voz alta.

—Richard está aquí —dijo Nathaniel, como si eso lo explicara todo.

Seguí moviendo la cabeza, tratando de mover mis manos por el pelo mojado. Estaba enredado. No había utilizado champú y acondicionador mucho menos. Iba a ser un desastre cuando se secara. ¡Joder!

Nathaniel me tocó el hombro y me apartó.

—No, no, no seas amable conmigo. Si eres agradable voy a ponerme a llorar.

—¿Quieres que sea cruel, te haría sentir mejor?

Fue una pregunta tan extraña que me hizo mirarlo. Iba todavía con los pantalones de correr que llevaba cuando había dejado la habitación, pero había soltado su pelo y lo había peinado en una cortina de color caoba brillante. Un rayo perdido de sol brillaba en su cabello. Sabía que se sentía como un torrente de pelo sobre mi cuerpo. Era tan espeso, tan pesado, que hacía un sonido como el agua cuando caía en cascada a mi alrededor. Siempre me había negado a mí misma todo lo que Nathaniel podía ofrecerme. Siempre daba marcha atrás antes de disfrutar de cada parte de él. Las palabras de Jason se volvían contra mí. No me había dado a mí

misma completamente a nadie. Me contenía en algo con cada uno de ellos. Contenía enormes pedazos de mí misma de Nathaniel. Más que con cualquiera de los otros hombres de mi vida, él era con el que me había retenido más, porque no creía que lo mantuviera. Una vez que tuviera el *ardeur* bajo control no necesitaría un *pomme de sangs* todos los días. Una vez que pudiera alimentar el *ardeur* desde la distancia, como Jean-Claude, me gustaría dejar de utilizar un *pomme de sang*. ¿No?

Parecía preocupado.

—¿Qué pasa, Anita?

Sacudí la cabeza.

Dio un paso hacia mí, y el movimiento envió un pequeño remolino de pelo sobre su hombro. Hizo un insignificante movimiento de cabeza, enviándolo a caer de nuevo detrás de él.

Tuve que cerrar los ojos y respirar, dentro y fuera, me concentraba en apenas respirar. No iba a llorar. Joder no lloraría de nuevo. Cada vez que pensaba que Richard había conseguido mis últimas lágrimas, que jamás iba a obtener más de mí, siempre me había equivocado. Cada vez que pensaba que no había otra manera de que pudiera hundirme, encontraba una nueva. Nada se convierte en odio tan amargo como lo que una vez fue el amor.

Abrí los ojos y encontré a Nathaniel lo suficientemente cerca como para tocarme. Me miró a los ojos, su expresión era compasiva en sus ojos lilas, suave, con la cara cuidada, yo lo odiaba. No sé por qué. Pero lo odiaba un poco. Lo odiaba por no ser alguien más. Lo odiaba por el pelo que le caía hasta las rodillas. Lo odiaba porque no lo amaba. O tal vez lo odiaba por lo que le hacía. Pero no era lo que sentía por Richard. Lo odiaba, y me odiaba a mí. En ese instante odié a todos en mi vida, a todos y a todo, y a mí más que nadie.

—Nos vamos fuera de aquí —dije.

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tú, Jason y yo, salimos de aquí. Necesito recoger a Jason y volver al circo antes de que Jean-Claude se despierte de todos modos. Vamos a llenar una bolsa, y le dejaremos la casa a Richard.

Nathaniel abrió los ojos.

—¿Te refieres a salir de esta casa hasta que termine Richard? —Asentí, tal vez demasiado rápido, pero tenía un plan, y me pegue a él—. ¿Qué va a decir Micah?

Sacudí la cabeza.

—Puede unirse a nosotros en el circo.

Nathaniel me miró durante un segundo, luego se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar allí?

—No lo sé —dije, y aparté la mirada de él. Él no había protestado, no me había acusado de cobarde. Él sólo se ciñó a los hechos. Nos íbamos. ¿Cuánto tiempo tardaríamos en volver?

—Voy a empacar para un par de días, si necesitamos más, volveré a por el resto.

—Sí, haz eso —dije.

Se dirigió hacia la puerta, dejándome mirar alrededor de la habitación.

—El cinturón está a los pies de la cama.

Eso me hizo mirarlo. Había algo en sus ojos, algo mayor que él, algo que me hizo querer retorcerme y apartar la mirada, pero ya estaba huyendo de Richard, no podía huir del resto del mundo. Un acto de cobardía extrema por día era todo lo que podía manejar.

—Gracias —dije, y mi voz sonó demasiado suave, demasiado áspera, demasiado algo.

—¿Quieres que empaque una bolsa para ti también? —Su cara había vuelto a sus típicas líneas neutras, como si se hubiera dado cuenta de que la mirada de sus ojos era demasiado cruda para mí en estos momentos.

—Puedo recoger —dije.

—Puedo recoger por los dos, Anita, no es ningún problema.

Empecé a discutir, luego me detuve. Me había pasado los últimos veinte minutos tratando de encontrar un cinturón que probablemente había pisado más de dos veces. Si hacia la maleta en el estado en que estaba, probablemente me olvidaría de llevar ropa interior.

—Bien.

—¿Qué quieres que le diga el sargento Zerbrowski? —preguntó.

—Voy a hablar con él, mientras que haces las maletas.

Nathaniel asintió.

—Muy bien.

Me tomé mi tiempo para meter mi camiseta en los pantalones, me puse el cinturón, y la correa de mi sobaquera. Comprobé que el cargador de mi arma estaba lleno, de forma automática. Pensé en decirle algo a Nathaniel y a los viejos ojos en ese rostro joven, pero no tenía nada que valiera la pena decir. No volveríamos a la casa hasta que se fuera Richard. Con esa

decisión, no sabía qué decir.

Nathaniel salió y me fui a la cocina para contestar al teléfono, preguntándome si Zerbrowski todavía estaría en el otro extremo, o si su paciencia se había desvanecido ante mi confusión.



VEINTISIETE

Entré en la cocina y encontré el teléfono en el gancho, y a Caleb sentado en la mesa de la cocina. Caleb era mi menos favorito de los leopardos nuevos que habían entrado cuando Micah y yo fusionamos nuestras manadas. Él era un joven bastante lindo, chico-prostituta, una especie de MTV de paso. El pelo rizado de color marrón con la parte inferior afeitada, y con la parte superior con una corona de rizos gruesos que se dejó caer sobre los ojos artísticamente. Su piel bronceada estaba oscura, no tan oscura como su cabello. El bronceado se había desvanecido un poco en los pocos meses que había estado en la ciudad. Sus ojos eran de un buen café sólido con un piercing en una ceja con un aro de plata. Su cuerpo estaba desnudo en la parte superior para que pudiera ver su piercing del ombligo. También noté que había añadido dos nuevas perforaciones en ambos pezones que se traspasaban con mancuernas de plata pequeñas. Él rutinariamente andaba con el botón superior de sus pantalones desabrochado, su explicación era

que la cintura irritaba el piercing del ombligo. No le creí, pero como nunca me había perforado ni siquiera mis oídos, no podía llamarlo mentiroso.

Mantuvo una mano en la taza de café, pero la otra la trazó sobre su pecho y rodó una de las mancuernas de plata entre los dedos.

—Me los hice hace un par de semanas. ¿Te gustan?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, y no me importaba que sonara hostil. Estaba teniendo un día difícil y con Caleb en mi cocina no iba a mejorarlo.

—Trayéndote un mensaje. —Él no se había levantado de mal humor para provocarme. No era como si Caleb perdiera una puta oportunidad.

—¿Qué mensaje?

Me tendió una pequeña hoja de papel. Su rostro era tan neutral como le era posible, sólo que tenía un débil destello en sus ojos que nunca se perdía bastante. Esa mirada que decía: Estoy teniendo malos pensamientos, sobre ti.

Tomé aire, y lo dejé escapar lentamente, y me acerque a él para obtener el papel. Reconocía el papel de cartas, pero era una de las hojas que se mantenían cerca del teléfono. Caleb se aferró a él durante un segundo de más, tiré un poco del papel y lo soltó y no dijo nada irritante. Esa fue casi la primera vez.

Miré la nota. No conocía la escritura, lo que probablemente quería decir que era de Caleb. Era sorprendentemente limpia, letra de imprenta.

—NADIE está muerto. Cuando tengas tiempo, llámame. Dolph está de permiso durante dos semanas de ausencia. ZERBROWSKI CON AMOR. —Debí haber levantado una ceja en la parte final, porque Caleb dijo:

—Yo escribí exactamente lo que dijo el policía. No he añadido nada.

—Te creo. Zerbrowski cree que es ingenioso. —Me encontré con los ojos marrones de Caleb—. ¿Qué haces aquí, Caleb?

—Micah me llamó por su teléfono celular, me dijo que estuviera cerca de vosotros. —No parecía particularmente feliz por eso.

—¿Mencionó qué quería que te quedaras junto a mí hoy? —Caleb frunció el ceño.

—No.

—Y dejaste todo lo que tenías planeado para hoy para hacer de mi niñera, por la bondad de tu corazón.

Trató de mantener el ceño fruncido, y luego poco a poco esa sonrisa suya que correspondía a la luz en sus ojos malvados surgió. Era una sonrisa

desagradable, como si estuviera pensando en cosas desagradables, y esos pensamientos le divertían mucho, mucho.

—Merle me dijo que me lastimaría si le fallaba a Micah en esto.

Merle era el guardaespaldas jefe de Micah, con seis pies de músculo, y la actitud que haría a un Ángel del Infierno pensárselo dos veces. Caleb estaba a punto de cinco con seis pies y de una suave manera que decía que no tenía nada que ver con los músculos. Tuve que sonreír.

—Merle te ha amenazado antes, y no te había impresionado mucho.

—Eso fue antes de que la Quimera muriera. Le gustaban más a él que lo que le gustaba a Merle o a Micah. Sabía que él me protegía, no importaba lo que dijera Merle.

Quimera había sido su anterior jefe leopardo, de manera que había sido como el padrino de los grupos de licántropos. Pero estaba muerto, y eso nos dividió a su pueblo. La mayoría de ellos pensaron que era una mejora porque Quimera había sido un sádico sexual, un asesino en serie, y una ronda de muchos nombres muy malos. Pero unos pocos, que habían gozado de ayudarle a llevar a cabo sus fantasías con un poco de sangre, lamentaron perder a Quimera. Desde que Quimera había sido una de las cosas más aterradoras nunca me había interesado una lista que incluyera a los aspirantes a dioses, y los vampiros de una antigüedad milenaria, no confiaba en ninguno de los que estaban nostálgicos de los buenos viejos días. Caleb era uno de esos.

—Muy bien, muy bien, estoy contenta de que estés empezando a tomar órdenes como un buen soldado. Dile a Micah cuando vuelva que voy a estar en el Circo de los Malditos.

—Iré contigo. —Él ya estaba poniéndose de pie. Estaba descalzo. Pero, por supuesto, porque era Caleb, que llevaba un anillo en el dedo del pie. Negué con la cabeza.

—No, te vas a quedar aquí, y a dar mi mensaje a Micah.

—Merle fue bastante explícito. Voy a estar cerca de ti hoy, todo el día. —Fruncí el ceño. Tuve el comienzo de una idea horrible.

—¿Estás seguro de que ni Micah ni Merle te dijeron por qué querían que te pasaras todo el día pegado a mi lado? —Sacudió la cabeza, pero parecía preocupado. Me pregunté por primera vez si Merle había hecho más que «hablar» con él.

—¿Qué te dijo Merle que te pasaría si no te quedabas cerca de mí?

—Dijo que cortaría todos mis piercings con un cuchillo, en especial la

más reciente incorporación. —Su voz no sonaba con la más mínima preocupación, como una burla. Su voz sonaba cansada.

—¿El nuevo en…? ¿Los pezones? —dije, y lo hice como una pregunta.

—No. —Negó con la cabeza.

Sus manos fueron a la parte superior de sus pantalones vaqueros y la línea ya parcialmente desabrochada. Se soltó el segundo botón. Levanté mis manos.

—Detente, eso es suficiente. Tengo la idea. Has atravesado algo… Allí.

—Pensé, ¿por qué no? Me voy a curar en cuestión de días en lugar de semanas o meses en comparación con un ser humano.

Quería preguntarle ¿No te dolió? Pero ya que la plata quemaba la piel de un licántropo, tienes que ser masoquista para querer perforarte cualquier cosa. Le pregunté a uno de los otros leopardos que fue traspasado, ¿por qué no utilizan el oro? La respuesta fue: que sus cuerpos crecían sobre el oro, curándose sobre la herida. Pero no se curan con la plata.

—Gracias por el exceso de intercambio de información, Caleb. —No era una sombra de su sonrisa habitual, pero sobre todo sus ojos parecían preocupados, casi asustados.

—Estoy tratando de hacer lo que me dijeron que tenía que hacer, eso es todo.

Suspiré. Una cosa que no esperaba era sentir pena por Caleb. Maldita sea no necesitaba a otra persona para cuidar ahora. Estaba teniendo bastantes problemas cuidando de mí misma.

—Bien, pero Nathaniel y yo vamos a llevar a Jason de regreso al circo así que estaré allí a tiempo para el despertar de Jean-Claude.

—Iré con vosotros. —Le miré. La preocupación floreció al miedo absoluto.

—Anita, por favor, sé que he sido un dolor en el culo, pero voy a ser bueno. No te causaré ningún problema.

¿Y si realmente Micah hubiera enviado a Caleb aquí en caso de que el *ardeur* despertara temprano? No me gustaba Caleb, intensamente; ¿Micah pensó realmente que iba a usarlo de esa manera? Por supuesto, la primera vez que conocí a Micah me alimenté de él. También había sido la primera vez que el *ardeur* me poseyó, y mi control había sido inexistente. Estaba mejor ahora, pero lo que había hecho con Jason no había resultado mucho mejor.

Me quejaría a Micah sobre la elección de las niñeras más tarde, y no era

por Caleb ¿entonces quién? Para eso, no tenía una buena respuesta. Caray, ni siquiera tenía una mala respuesta.



VEINTIOCHO

Cuando llegaron más lobos de la manada de Richard, y empezaron los gritos, me fui. Tenía una media docena de niñeras. Él no me necesita. Demonios, ni siquiera me quería.

No sabía qué más hacer por Richard. Podría ayudar a la manada como a otro, pero ayudar a Richard parecía estar fuera de mí capacidad. Él necesitaba la curación, y yo no sabía cómo hacer eso. Si necesitas a alguien muerto, o amenazado, o simplemente herido, yo soy tu chica. Di clases de auto defensa, el asesinato no estaba más allá de mis posibilidades, sobre todo por una buena causa, pero el suicidio, no lo hacía. Richard se había dejado morir en el frío, su energía había sido aspirada desde la distancia, y él no había pedido ayuda. Eso era un suicidio, un suicidio pasivo, tal vez, pero tenía la misma intención.

Jason condujo. Me recordó que había tenido extrañas reacciones físicas durante todo el día, y no sería bueno tener un desmayo al volante. Le

contesté que había resuelto el motivo de los desmayos poniendo cruces en el Circo. Había contrarrestado el hecho de que no estábamos cien por ciento seguros de que era la única razón por la que me había desmayado. ¿No sería mejor tener cuidado? Con eso, no podía discutir. Mi orgullo no valía la pena para estrellarme con el Jeep con tres personas más dentro. Si hubiera sido sólo mi piel lo que estaba en juego, probablemente me habría tomado mis posibilidades. Solía ser más cautelosa con la seguridad de otras personas que con la mía propia.

El hecho de que los tres fueran licántropos y probablemente sobrevivirían a un accidente mejor que yo, no tenía nada que ver con eso. ¿Si lanzas al peludo a través de un parabrisas, ellos no sangran? Estábamos en la autopista 21 de inflexión en 270, cuando olí las rosas.

—¿Hueles eso? —pregunté. Jason me miró, con el pelo todavía húmedo de la ducha, con el color oscuro en su camiseta blanca en lugares con agua como si se hubiera secado a toda prisa y se perdió lugares.

—¿Qué has dicho?

—Rosas, huelo a rosas.

Eché un vistazo atrás hacia Nathaniel y a Caleb. Nathaniel era mi invitado. Caleb casi me había llorado cuando no quise traerlo. Lo que Merle le había dicho estaba bien y verdaderamente le daba miedo. Que pudiera probar el dulce y empalagoso perfume en la parte posterior de mi lengua y nadie más lo pudiera saborear más que yo, empezaba a inquietarme. Mierda. La voz de Belle Morte susurró en mi cabeza:

—¿Crees realmente que puedes escarpar de mí?

—No estoy escapando.

—¿Qué? —preguntó Jason. Negué con la cabeza, concentrándome en la voz que escuchaba en mi cabeza, y el aroma embriagador de las rosas.

—No te escaparás, me distes de comer, y me darás de comer de nuevo, una y otra vez, hasta que esté satisfecha.

—Jean-Claude dice que nunca estás satisfecha.

Ella se rió en mi cabeza, y era como si estuviera en el interior de mi cráneo frotándose contra mi piel, como si ella pudiera tocar cosas con su voz que el resto no hubiera podido tocar con sus manos.

Ese ronroneo, esa voz grave riendo y enrollándose a través de mi cuerpo, hacía que se me pusiera la piel de gallina a lo largo de mi cuerpo.

Tuve una imagen, un recuerdo en mi cabeza. Había una cama enorme y una masa de cuerpos en ella. Era un revoltijo de brazos, piernas, pecho,

ingle, todos hombres. Entonces, un hombre se levantó, sólo su parte superior del cuerpo, y vislumbré a Belle debajo de él. Bajó su cuerpo y ella desapareció de la vista. Era como ver un nido de serpientes, tanto movimiento, desconectados de la luz de las velas en la oscuridad, como si cada miembro fuera algo separado y vivo sin el cuerpo. El brazo de Belle subió por encima de la masa de los cuerpos, entonces nadó su camino a la cima, moviendo a los hombres de su cuerpo desnudo, hasta que se puso en medio de ellos, sus manos llegaban hasta ella, moviéndose con ella. Había lanzado el *ardeur* sobre ellos, y alimentado y alimentado y alimentado, hasta que se levantó de la masa de carne brillando con fuerza, con los ojos tan brillantes con llamas oscuras que proyectaban sombras mientras medio escalaba, medio flotaba de la cama. El cuerpo de un hombre había caído al suelo, olvidado. Se quedó muy quieto mientras acechaba desnudo y maduro, con curvas, rebosante de energía. Se acercó al cuerpo del hombre que había dado todo para satisfacer sus necesidades, mientras los otros hombres llegaron a por ella, pidieron que no se detuviera. Los hombres comenzaron a subir a sus rodillas o caerse de la cama en un esfuerzo por seguirla. Al menos otros dos cuerpos yacían en la cama para siempre todavía, había sido para siempre. Tres de ellos muertos, amados hasta la muerte, y aun así los demás le rogaban por más, todavía trataban de ponerse de pie y seguirla.

Sabía que era a Jean-Claude al que había atado a una silla haciéndole mirar. Sabía que era él, y no yo, la que la miraba con ojos temerosos, hambrientos. Pero cuando pasó junto a él, sin ni siquiera una caricia, se atragantó con su desesperación. Una parte de su castigo por haberse atrevido a dejarla.

—Anita, Anita —la voz parecía distante. Alguien me tocó el hombro, me gritó, y fui traída de vuelta parpadeando, con la respiración áspera en la garganta. Seguía con el cinturón en el asiento del Jeep. Todavía estábamos en la 270, a punto de girar en la 44. No estaba atada a una silla, no estaba en la guarida de Belle, estaba a salvo. Pero el dulce aroma de las rosas se aferraba a mí como una especie de perfume barato. Jason había estado llamándome por mi nombre, pero era la mano de Nathaniel la que estaba en mi hombro.

—¿Estás bien? —preguntó Jason. Asentí y sacudí la cabeza.

—Belle quiere jugar conmigo.

Nathaniel me apretó el hombro. Yo había abierto la boca para decir

algo, tal vez no debería tocarme ahora, cuando el *ardeur* rugió a través de mí. El calor se precipitó sobre mi piel en gotas de sudor, trajo mi pulso golpeando, levantándose como una fruta madura para llenar mi garganta, detuve mi aliento, así que por un momento me estaba ahogando en el ritmo y el pulso de mi propio cuerpo. Podía oír mi sangre como un torrente rugiente. Podía sentir cada latido, cada gota hormigueando de la punta de los dedos de las manos y pies. Nunca había sido tan consciente de cuánta sangre corría por mis venas como en este momento de infarto.

Puse mi mano sobre la de Nathaniel donde todavía se agarraba sobre mi hombro. Su piel era tan cálida, casi caliente. Me giré hacia él. Miré a esos ojos de color lavanda, y sólo la intensidad de mi mirada, le acercaron, lo suficientemente cerca para descansar su mejilla contra mi asiento. Eso me había dejado bastante dentro de mi cabeza para pensar, vagamente, debí haberme deshecho del cinturón de seguridad, ya que no era suficiente agarre para cuidar de tu seguridad. Todo en lo que podía pensar era en que lo atraje más cerca de mí, y lo quería aún más cerca.

—Anita —dijo la voz de Jason—. Anita, ¿qué diablos está ocurriendo? Mi piel está llena de lo que sea, se siente como el *ardeur*. Pero no lo es.

Nunca quité mi mirada de la cara de Nathaniel. La voz de Jason era como un zumbido de insectos, un ruido, algo que escuchaba, pero que realmente no entendía. Levanté la mano de Nathaniel de mi hombro y tiré de él suavemente contra mis labios. Su mano ahuecada en la parte inferior de mi cara, mi aliento era cálido contra él, y el calor me traía su olor. Sus manos olían no sólo a calor, y sangre, sino de todo lo que había tocado ese día. Rastros tenues que el jabón no podía borrar por completo. Sus manos olían a la vida, y yo lo quería.

—Anita, habla conmigo —dijo Jason.

—¿Qué está pasando? —preguntó Caleb—. ¿Por qué es tan difícil respirar en el coche?

—Poder —dijo Jason—. No sé de qué tipo todavía. —Saqué la mano de Nathaniel por delante de mi cara, hasta que mis labios se deslizaron sobre su muñeca, y allí, justo allí debajo de la piel, un nuevo calor. Arrastré mi lengua a través de la piel de su muñeca, y se estremeció.

—¡Anita! —dijo Jason.

Le oía, pero era totalmente irrelevante. Lo único que importaba era el calor de la piel, y estaba justo por debajo del pulso débil. Abrí la boca ampliamente, los labios hacia atrás para probar ese pulso.

El Jeep se desvió violentamente, lanzando a Nathaniel hacia atrás y hacia un lado, alejando su mano de mí. Aterrizó en el regazo de Caleb. Miré a Jason, realmente lo miré. En el fondo de mi mente sabía que era Jason, pero en la parte delantera de mi mente, todo lo que realmente veía era el pulso en el costado de su cuello. Golpeaba contra su piel como una cosa atrapada. Sabía que podía liberarlo, lo convertiría en una punta roja y caliente en mi boca.

Me desabroché el cinturón de seguridad. Eso me congeló durante un segundo, porque era una fanática del cinturón de seguridad. Mi madre estaría viva hoy si hubiera utilizado el suyo. Nunca viajaba en un automóvil en movimiento sin uno. Nunca. Tan profundo estaba arraigado ese miedo que impulsé a Belle hacia atrás, retrocedí la sed de sangre que había plantado en mí.

Encontré mi voz, ronca y extraña, pero mía.

—Pensé que era el *ardeur* que se levantó, pero no lo es.

—Sed de sangre —dijo Jason. Asentí con la cabeza, mis manos estaban aún congeladas en el cinturón de seguridad desabrochado.

—La lujuria de sangre se siente como el *ardeur*, pero no. A veces uno no sabe qué es la lujuria hasta saber si va al cuello o a la ingle. —Parpadeé a Jason.

—¿Qué acabas de decir? —Nunca había oído la respuesta, si es que la había, Belle rugió de nuevo a través de mí, y estaba más preocupada de repente por los latidos de su pulso en el cuello, que por el hecho de que su boca se movía. No oía ningún sonido, excepto el de la tormenta de mi propia sangre, mi corazón, mis propios latidos, el cuerpo palpitante.

Me deslicé sobre el asiento delantero hacia él, y no recordé ese movimiento. Él giró el volante de nuevo, enviándome de vuelta a través del coche contra la puerta del fondo. En el momento en que mi espalda golpeó la puerta pude oír las bocinas de coches enojados, cuando el Jeep se deslizó a través del tráfico, a los lados. Entonces nivelada, fui directa de nuevo. Jason me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—No puedo conducir contigo alimentándote de mí.

Mi voz era gruesa.

—No creo que me importe. —Me incorporé, con las manos en el asiento para evitar que me tirara contra la puerta de nuevo.

—Nathaniel, Caleb, mantenedla alejada de mí hasta que pueda encontrar un lugar seguro para detenerme.

Estaba torpemente a horcajadas entre la palanca de cambios cuando Nathaniel me pasó el brazo por delante de mi cara. No trató de tocarme, pero mantuvo su muñeca lo suficientemente cerca como para que oliera el calor de su piel, luego lentamente sacó su brazo hacia atrás en el asiento trasero, y lo seguí, deslizándome entre los asientos, siguiendo el tirón de su carne, como si hubiera una línea atada de él a mí.

Me caí en el asiento trasero. Nathaniel ahora estaba sentado en su lado del asiento. Me arrodillé sobre su cuerpo, a horcajadas sobre él. Podía sentir su dureza, dentro de su pantalón corto, incluso a través de mis jeans, pero hoy eso no era tan importante como la suave línea de su garganta. Se había trenzado el pelo antes de salir, de modo que su cuello estaba desnudo.

El Jeep se desvió de nuevo, y caí al suelo del coche, a los pies de Caleb. Habíamos tenido suerte hasta ahora para evitar un accidente, o la mediana de hormigón en la carretera. Nuestra suerte se acaba, y yo no estaba segura de que me importase.

—Si no puedes tomar el sexo de Nathaniel, tampoco creo que debas tomar su sangre. Todavía está débil. —Oí la voz de Jason, como si viniera de muy lejos.

Levanté la vista hacia Caleb, sus piernas enfundadas en jeans cepillando mi cuerpo. Para el sexo, Caleb no era deseable, pero para la sangre… Puse mis rodillas entre sus piernas, y comencé a tirar de mí sobre el cuerpo de Caleb, hundiendo los dedos en los pantalones vaqueros, sintiendo la carne de debajo.

Mis manos se deslizaron debajo de su camisa sin remeter de botones con fuertes imágenes de comic. Tenía la piel tan caliente. Mis dedos se deslizaron hacia arriba, tocando el anillo en el ombligo. Dudé allí, siguiendo el borde del anillo de metal, tirando de él suavemente, sintiendo el estiramiento de la piel, hasta que hizo un pequeño sonido de protesta. Me quedé mirándolo a la cara, y cualquier cosa que vio allí lo hizo abrió los ojos, separó los labios con un pequeño ooh de sorpresa.

Seguí moviendo mis dedos hasta el estómago, el pecho, con los brazos perdidos debajo la camisa de gran tamaño, hasta que mis manos se deslizaron sobre los hombros, la camisa empezó a aumentar la exposición de su estómago. La visión de la piel desnuda comenzó a levantar otras hambres, por la carne en lugar de limitarse a la sangre. Pero Belle rugió sobre la correa metafísica que le había unido a mí, y la bestia retrocedió antes de haberse levantado de verdad. Quería que yo quisiera lo que ella

quería, y en ese momento supe que si hubiera animales para llamar, ella no estaría de acuerdo con su bestia, su ansia de carne. La idea era demasiado racional, y soltó la correa y me liberó.

—¿Por qué te importa si tomo la sangre o la carne? Puedes alimentarte de ambas energías. Has estado alimentándote de Richard durante todo el día —pregunté.

—Tal vez estoy cansada de carne. —Tuve un destello, como si leyera su pensamiento.

—No puedes crear pensamientos en Richard. Luchaste con él todo el día, te permitía aspirar en seco, pero no podías hacer que atacara a nadie más.

Su ira era como el metal caliente empujando contra mi piel. Me inclinó la espalda, interpuso una exclamación en mi garganta. Caleb me agarró de los brazos, o me habría desplomado. La voz de Belle ronroneó a través de mi cabeza.

—El lobo fue sorprendentemente fuerte, pero no es mi animal para llamar, ni es atraído por los muertos, pero eres tú, *ma petite*, oh, sí, lo eres. —Su poder se vertió sobre mí, pero no fue el calor de la lujuria de sangre, hacía frío, el frío de la tumba. En el momento en que la energía me tocó, mi propio poder estalló a la vida, esa parte de mí que resucita a los muertos. Se encendió dentro de mí como si la energía fría de Belle fuera una especie de combustible fresco para mi propio fuego—. Eres mía, *ma petite*, mía de una manera que el lobo no se puede imaginar. Su conexión con la muerte es accidental, la tuya estaba destinada desde el momento en que naciste.

Su poder era el poder de la tumba, de la misma muerte, pero también lo era la mía. Se refería a probar un punto, pero eso había despertado mi nigromancia, y ella era otro tipo más de muerto. Y sabía cómo manejar a los muertos.

Respiré, tirando de mi propia magia, a punto de expulsarla. Lo había hecho antes. Su meta cambió para enfriar el calor antes de que pudiese terminar la respiración. La sed de sangre lavó mi magia, ahogándome en una inundación de necesidad. Su voz goteó a través de mi piel como la miel caliente, como si el poder oscuro de sus ojos se hubiera derretido a través de mi piel.

—El poder de la tumba es el que puedes controlar, pero no el poder del deseo. El deseo, en todas sus formas, es lo que yo controlo.

Si hubiera tenido aire para respirar, habría gritado, pero no había aire, y

no había lugar para un baño, momento apresurado. Pero me estaba ahogando en los sonidos, la sangre corriendo por mi cuerpo, mi corazón latía con fuerza y humedad, con el pulso como un segundo latido en mil lugares bajo mi piel. Podía oírlo, y podía sentirlo.

Podía sentir el pecho de Caleb en mis manos, sentí la rigidez del vello que trazaba el borde de sus pezones, y finalmente los propios pezones, cada vez más firmes y duros bajo mis dedos. Las pequeñas barras de metal que los atravesaban eran una distracción. Quería rodar sus pezones entre mis dedos, y el metal interfería. Al igual que un palillo de dientes en su sándwich, se ponía en el camino. Tuve un momento en el que Belle había pensado en arrancarlo, ya que ese no era uno de mis pensamientos eso me ayudó a rastrear de nuevo en mi propia cabeza, por lo menos un poco.

Cuando mi visión se aclaró, los ojos de Caleb estaban enfocados, con sus labios entreabiertos. A través de mí, era casi como si Belle lo hubiera tocado, con su toque propagando su lujuria, la lujuria de todo tipo.

Estaba en mi cabeza, en mi propia piel, pero el hambre de Belle estaba dentro de mí también, y no podía expulsarla. Ella tenía razón: el hambre de sangre no era la muerte.

Rompí la camisa de Caleb con mis manos, los botones saltaron sueltos, dejando al descubierto su cuerpo superior. Cuando Jean-Claude me canalizaba la lujuria de la sangre, me sentía atraída siempre al cuello, la muñeca, el pliegue del brazo, a veces al interior de la ingle, todas las arterias o venas importantes que agradaban, pero Belle no parecía de alta o baja. Ella miró el pecho de Caleb como si fuera una pieza fundamental de la carne, cocida a la perfección.

Mi propia lógica trataba de discutir. Había otros lugares donde había más sangre, mucho más cerca de la superficie. La sorpresa absoluta de no ir a un lugar más habitual me ayudó a empujarla hacia atrás. La voz de Caleb vino pesada.

—¿Por qué te detienes?

—No creo que sea sexo lo que está queriendo —dijo Nathaniel, con voz tranquila.

Su voz me hizo girar mi mirada hacia él. Si lo que me estaba pasando había sido el *ardeur*, podría haber sido suficiente para que me arrastrara hacia él. Pero Nathaniel estaba en lo cierto, esto no era sobre el sexo, esto era por la comida, y Nathaniel no era comida. ¿Significa esto que Caleb era la comida? No es un bonito pensamiento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Caleb. Me quedé mirando al pecho desnudo de Caleb, tan joven, a medio terminar. Se le veía tan desconcertado. Lo dije en voz alta, aunque no estaba hablando con nadie en el coche.

—Él no lo entiende.

Belle susurró:

—Muy pronto lo entenderá.

—Parece que es su turno para formar parte del equipo —la voz de Jason sonó desde delante.

—¿Qué?

—Vas a conseguir comida —dijo Jason.

La combinación de mi propio dilema moral con el hecho de que Belle había escogido un lugar extraño para la extracción de sangre, uno que simplemente no tenía sentido para mí, me ayudaba a nadar a la superficie. Me arrodillé de nuevo en el suelo, apartándome un poco del cuerpo de Caleb.

—No —dije en voz alta, y ninguno de los hombres me contestó, como si todos los presentes hubieran caído en el hecho de que en realidad no estaba hablando con ninguno de ellos. La voz de Belle en mi cabeza dijo:

—He sido suave hasta ahora, *ma petite*.

—Yo no soy tu *ma petite*, así que deja de llamarme así maldita sea.

—Si no vas a tener bondad conmigo, entonces voy a dejar de ofrecerla.

—Si esta es tu idea de bondad, entonces no me gustaría ver… —Nunca terminé la idea, porque Belle me enseño ese tipo de hecho que había sido.

Ella no rodó sobre mí, se estrelló contra mí, paralizándome, quitándome el aliento, parándome el corazón, aplastándome con el poder. Por un instante, o por una eternidad, estuve suspendida. El Jeep se había ido, Caleb se había ido, no podía ver, ni sentir, ni ser. No había ni luz, ni oscuridad, ni hacia arriba ni hacia abajo. Había tenido experiencias cercanas a la muerte, me había desmayado antes, me desmayé, pero en ese momento cuando el poder de Belle cayó a través de mí, incuestionablemente fue lo más cercano a la nada que había experimentado nunca. Hacia esa nada, ese vacío, la voz de Belle cayó y dijo:

—Jean-Claude ha comenzado el baile, pero lo ha dejado sin terminar entre tú, el lobo, y él mismo. Ha permitido que sus sentimientos nublaran su juicio. Me hace preguntar lo bien que le enseñé. —Traté de hablar pero no podía recordar dónde tenía la boca, o cómo soltar una respiración. No

podía recordar qué contestar—. Esto lo descubrí con el lobo, pero no pude repararlo, porque no es mi animal a llamar. No entiendo a los perros, y un lobo es en gran medida un perro. —Su voz susurró a través de mí, bajando y bajando, mi cuerpo temblaba, por su voz bailando a través de mi cuerpo. Tenía que tener un cuerpo para que ella lo utilizara. Caí de nuevo en mi cuerpo como si cayera desde una gran altura. Me quedé sin aliento en el suelo, los ojos mirando a la cara asustada de Caleb y del preocupado Nathaniel.

La voz de Belle se deslizaba por mi cuerpo como una mano bien informada. De repente supe que había entrenado a Jean-Claude a utilizar su voz como herramienta de seducción.

—Pero a ti, *ma petite*, te entiendo. —Respiré profundo, temblando y me dolió todo el camino hasta mi pecho, como si hubiera pasado mucho tiempo sin respirar. Mi voz era ronca:

—¿Qué estás diciendo?

—La cuarta marca, *ma petite*, sin la cuarta marca, no estás realmente unida a Jean-Claude. Es como la diferencia entre el compromiso y el matrimonio; uno es permanente, el otro no necesariamente es así.

Entendí lo que quería decir un segundo antes de que viera dos llamas de color miel que se agitaban apareciendo en el aire por encima de mí. Sabía que era la segunda marca porque tuve la segunda marca tres veces con anterioridad, dos de Jean-Claude, y una vez de un vampiro que había matado. Nunca había sido capaz de protegerme de él antes. Sabía por experiencia que nada físico me salvaría. No era algo que podría golpear o disparar. Odiaba las cosas que no podía golpear o disparar. Pero tenía otras habilidades, ahora que no eran precisamente físicas. Me enganché al cable largo metafísico de Jean-Claude. La voz de Belle flotaba sobre mí, ella iba a retrasar su momento, extrayendo su placer y mi miedo.

—Jean-Claude está muerto ahora, no te puede ayudar.

Las llamas oscuras de sus ojos comenzaron a descender, como un ángel malo que viene a comerse mi alma. Hice lo único que podía pensar en hacer. Me enganche a la otra mitad de nuestro cordón metafísico. Llegué a un lugar al que había estado evitando durante meses. Extendí la mano hacia Richard.

Tuve una imagen de Richard en el baño de agua caliente, en brazos de Jamil. Richard parecía como si pudiera verme. Le susurré mi nombre, pero o bien estaba demasiado débil como para empujarme lejos, o no lo intentó.

Por un momento, era como si estuviera destinado a ser, entonces me retiré hacia atrás, metiéndome en mi cabeza, volviendo a mi cuerpo otra vez. Richard no me había echado fuera esta vez. Las oscuras llamas de color miel se cernían sobre mi rostro, y había una vaga silueta, un fantasma de pelo largo y oscuro, la niebla de una cara.

Caleb estaba gritando:

—¿Qué hay en el coche con nosotros? No puedo ver nada, pero puedo sentirlo. ¿Qué carajo es? —La voz de Nathaniel llegó baja, y en voz alta extrañamente.

—Belle Morte. —No tuve tiempo de mirar hacia arriba, para ver a los demás, porque esos labios fantasmas estaban hablando.

—No te permitiré ganar fuerza de tu lobo. Te he dado la primera marca y ni siquiera lo saben. Te daré la segunda marca aquí y ahora, y esta noche con Musette como mi apoderada, te daré la tercera. Cuando Jean-Claude y yo seamos iguales dentro de ti, tres para tres, vendrás a mí, *ma petite*. Viajarás por el mundo si te lo pido, para no hacer nada, simplemente para probar mi sangre dulce.

Esa boca fantasma se movía hacia la mía. Supe que si de alguna manera ponía un beso fantasmal en mí iba a ser suya. Hice lo que siempre hacia, trate de golpearla en la cara, y no hubo nada que tocar. Grité sin palabras, y envié un grito metafísico:

—¡Ayúdame!

De repente, me llegaba el olor del bosque, árboles, tierra fresca convertida, bajo sus pies las hojas mojadas, y el almizcle dulce del lobo. Belle trató de impedirme llegar a Richard, pero no pudo evitar que él llegara a mí.

El poder de Richard se levantó como una nube perfumada por encima de mí, haciendo retroceder los ojos brillantes, la boca fantasmal. Ella se rió, y se deslizó por mi cuerpo, me hizo estremecerme, capturando mi aliento en mi garganta. Se sentía tan bien, tan bueno, aunque mi cabeza gritaba que era malo.

—¿Has oído reír a alguien? —preguntó Caleb. Jason dijo que no. Nathaniel dijo que sí.

Belle susurró a lo largo de mi piel, e incluso con el poder de Richard respirando contra mi cuerpo no pudo mantener su voz.

—Con el toque de carne de tu lobo, es posible que me mantengas a raya, pero no desde la distancia. Cuanto más se acerca la carne, más se

acercan los lazos, y los hace más potentes. Ya está el mío, *ma petite*, no se puede ganar sin mí.

Los ojos empezaron a flotar de nuevo hacia abajo. El poder de Richard se levantó por encima de mí como un escudo suave. El poder de Belle flotaba en la superficie de esa energía como una hoja en un estanque, entonces ella comenzó a empujarse, a través de él.

—¡Ayudadme! —grité en voz alta a todos, nadie escuchó. Sentí la mano de Nathaniel en la mía, y ese beso fantasmal vaciló, dio la vuelta y miró a Nathaniel. Sentí que ella lo llamó, como un zumbido en el fondo de mis huesos. El leopardo era su primer animal a llamar.

—Si tú me perteneces, entonces soy dueña del pard. —Nathaniel le tendió la mano libre, como si pudiera verla.

—¡No! —La alejé de golpe de él y en el momento en que se rompió el contacto físico fue como si Nathaniel fuera menos real para ella. Volvió los ojos oscuros-miel de nuevo hacia mí.

—Voy a tenerlos a todos, *ma petite*, con el tiempo.

—No —dije—, pero mi voz era suave, porque creía que tenía razón.

—Me los darás, a todos ellos. —El miedo entraba por mí como si hubiera estado sumergida en agua helada. La idea de lo que Belle haría a mis compañeros, a mis amigos. No, no podía permitir que eso sucediera.

—Vete a la mierda, vete a la mierda, Belle, y el caballo que montaba en él. —Mi ira, mi miedo, parecía alimentar la corriente de Richard. El almizcle dulce, la nariz, las arrugas del lobo eran tan espesas que fue como estar envuelta en pieles invisibles.

El Jeep estaba inclinado hacia un lado. Las bocinas sonaban enojadas y los frenos que siguieron chirriando. Jason había renunciado a encontrar un lugar seguro y sólo se detuvo frente a la mediana de hormigón. Nathaniel y Caleb fueron arrojados al asiento y a las puertas del lado del pasajero. No tenía tiempo de preocuparme por el hecho de que nadie parecía llevar el maldito cinturón de seguridad.

Los ojos de Belle empujaron a través del poder de Richard. No fue sin esfuerzo. Hizo su trabajo por cada pulgada, pero esos ojos ardientes, el esquema fantasmal se acercaba, más cerca… hasta que contuve la respiración como si tuviera miedo, de que si respiraba muy fuerte la traería en contra de mi boca.

Cogí el movimiento desde el rabillo del ojo. Jason estaba entre los asientos. Había dejado el Jeep, despojado de su cinturón de seguridad.

Metió la mano por el fantasma encima de mí, como si no pudiera verlo. Me agarró del hombro y en el momento en que me tocó, la bestia de Richard brotó dentro de mí. Siempre pensé que era mi bestia la que se movía a través de mí, pero esto, lo que esto fuese, era Richard, no yo.

Su lobo se vertió en mí como agua hirviendo en una taza corriendo, llenándome hasta el borde, vaciando mi piel de leopardo o de muerte, hasta que mi columna se arqueó, las manos se agitaron, con la boca abierta en un grito silencioso. Podía sentir el roce de pieles dentro de mi cuerpo, uñas fuertes, hincándose. El lobo estaba luchando para encontrar alguna manera de salir de mi cuerpo.

Belle silbó en mí como un gran gato fantasma. Los ojos se retiraron, flotando en el aire cerca del techo del Jeep, cuando Jason me tiró en el asiento delantero y me acunó contra su cuerpo. Su cercanía parecía tranquilizar al lobo, de modo que lo sentí sentarse, jadeante, el ansia por los ojos, la mirada fija en la forma del techo con ojos hambrientos, arrogantes. Los ojos de Jason eran los ojos de su lobo, y hoy parecía perfecto para su rostro. Pero fue el poder de Richard, el poder del clan *Thronnos Rokke* el que nos envolvió a los dos. Nunca había sentido la bestia de Richard tan pesado dentro de mí. Era como si yo fuera un bolso, una bolsa, la celebración de su bestia, sintiendo el ritmo dentro de mí como si mi carne fuera una jaula de la que no podía escapar. La voz de Belle flotaba sobre nosotros, y esta vez punzado, caliente con su ira.

—Puedes andar todo el día en los brazos de tu lobo, pero aún queda esta noche para los banquetes. Musette estará allí, y a través de ella, *ma petite*, yo estaré allí. —Mi voz salió con un borde inferior de gruñido:

—Yo no soy tu *ma petite*.

—Ya lo serás —dijo, y los ojos se desvanecieron lentamente, hasta que sólo el persistente aroma de las rosas se mantuvo para recordarme que habíamos ganado esta ronda, pero habría otras. Las memorias de Jean-Claude conocían demasiado bien a Belle como para pensar lo contrario. Ella nunca se daría por vencida, ni una sola vez se decidió a poseer algo o a alguien. Belle Morte había decidido que iba a ser suya. Jean-Claude nunca había sabido que ella cambiara de opinión acerca de algo así. Eso era tan injusto, ¿no era prerrogativa de una dama cambiar de opinión? Por supuesto, Belle no era precisamente una dama.

Ella era un vampiro de dos mil años de edad, y no era conocida por cambiar de opinión, sus hábitos, o sus objetivos. La última vez que un

Vampiro Maestro había llegado a la ciudad y trató de robar a Jean-Claude, yo había terminado en coma durante una semana. Richard había conseguido que le desgarrasen su garganta, y Jean-Claude casi había muerto de verdad. Los vampiros siempre eran buenos tratando de matarme, o es propio de mí. Dios odiaba ser popular.



VEINTINUEVE

Nathaniel cogió una de las cruces de repuesto de la guantera. Siempre llevo cruces y munición extra, cuando se caza vampiros el que se acabe una de las dos cosas puede llegar a ser realmente malo. Fue una estupidez por mi parte haberme dejado todas las cruces en el Circo de los Malditos. Algunos días me siento lenta.

Estaba en el asiento delantero del coche, pero estaba temblando. No, eso se queda corto para poder describirlo. Había un temblor fino en mis manos, a ratos se contraían mis músculos. Era un glorioso día de verano, el sol calentaba y aun así tenía frío. Un frío que no se habría ido ni con un millón de mantas. Nathaniel estaba enroscado en la parte baja de mi cuerpo, como una manta vital encajada entre mis piernas y el cuerpo. Me puteaba lo peligroso que era, aunque él no se había quejado demasiado. No tenía ninguna manta real en el coche. Últimamente paso mucho tiempo en shock, tengo que ponerle remedio a eso.

A lo largo de los años los árboles habían dejado paso a las casas y una antigua escuela que se había rehabilitado en apartamentos, una iglesia, un edificio de uso no perceptible, que era un edificio cansado y viejo.

Yo acariciaba la cabeza de Nathaniel una y otra vez, sintiendo su cabello de seda. Su cabeza en mi regazo, sus brazos alrededor de mi cintura, su cuerpo encajado entre mis piernas. Nathaniel a veces me hacía pensar en sexo, pero a veces como ahora solo en la comodidad, sólo en la cercanía. Este sentimiento de tranquilidad no se puede tener con mucha gente, las personas están demasiado ocupadas pensando en el sexo. Creo que es por eso que los perros son tan populares. Puedes acariciar a un perro tanto como quieras y nunca pensará en el sexo o te rechazará a menos que este comiendo. Pero bueno es un perro no una persona. Ahora mismo lo que necesitaba era una mascota no una persona y Nathaniel podía ser ambas cosas. Un hecho incómodo pero cierto.

Jason conducía. Caleb estaba en el asiento de atrás. Nadie hablaba, creo que nadie sabía que decir. Quería a Jean-Claude despierto, quería decirle lo que había hecho Belle, quería que me dijera alguna manera de impedir que me pudiera hacer otra cosa sin tener que ponerme todas las marcas. La cuarta marca me daría la inmortalidad mientras Jean-Claude siguiera vivo. Y como en teoría él no moría, yo tampoco. Entonces ¿Por qué me había negado hasta ahora? Una de las razones es por qué me daba miedo. No estaba segura de lo que pensaba el cristianismo sobre el hecho de que una pudiera vivir para siempre. Quiero decir, ¿qué pasaría con el juicio final y Dios? Teológicamente ¿qué significa? La segunda razón es más mundana ¿cuánto me uniría más a Jean-Claude? Él ya podía invadir mis sueños, ¿qué significaría si me pusiera la cuarta marca? ¿O mi negación a ponerme la cuarta marca era otra manera de evitar unirme a nadie? Quizás. Pero si la única manera de mantener a Belle lejos era aceptando la cuarta marca, entonces sabía cuál iba a ser mi elección. Me preguntaba qué diría mi padre sobre ponerme la cuarta marca o el Padre Miguel.

—Anita —dijo Jason con una notable ansiedad en su voz.

Me miró y me di cuenta de que probablemente llevaba tiempo intentando llamar mi atención.

—Lo siento, estaba pensando demasiado.

—Nos están siguiendo. —Levanté las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando frené en seco pude ver a un coche por el retrovisor que

estaba muy cerca, casi nos golpea.

—Entonces estábamos en hora punta, es normal que casi nos dieran.

—Sí, pero todo el mundo huyó de nosotros excepto éste que sigue detrás nuestro. —Miré el espejo retrovisor y vi un Jeep de color azul oscuro.

—¿Estás seguro que es el mismo coche?

—No cogí la matricula, pero es la misma marca y color, y hay dos hombre dentro, uno moreno y un rubio con gafas.

Estudié el Jeep y realmente nos estaba siguiendo. Dos hombres, uno oscuro, y uno más claro, aunque podría haber sido coincidencia claro. Por supuesto tal vez no lo era.

—Vamos a ver si realmente nos sigue.

—¿Qué hago? ¿Los pierdo? —preguntó Jason.

—No, atraviesa el tráfico y toma la primera salida, siempre y cuando no nos lleves al circo. No quiero llevarlos a Jean-Claude.

—Casi todos los monstruos de Saint Louis saben que el Maestro de la ciudad está bajo el Circo de los Malditos —dijo Jason, pero cambió de carril, y se puso en el lado derecho.

—Pero los chicos detrás de nosotros no saben que es ahí a donde nos dirigimos.

Se encogió de hombros y cogió la salida. El Jeep azul esperó a que dos coches cogieran la salida para luego seguirnos. Si nos había estado observando, o había un grupo de coches entre nuestro Jeep y el de ellos, no los había visto salir.

—Mierda —dije, pero me sentía más caliente.

No hay nada como la adrenalina para despertar a una persona.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó Jason en voz alta. Caleb miró hacia atrás.

—¿Por qué nos siguen?

—¿Los reporteros? —Jason hizo de la palabra una pregunta.

—No lo creo —dije. No lo veía del todo pero podía apreciar la parte superior del Jeep flotando por encima de los techos de los otros coches.

—¿Hacia dónde me dirijo? —Había llegado a la parte inferior de la rampa de salida. Sacudí la cabeza.

—No lo sé, elige tú. —¿Quiénes eran? ¿Por qué nos seguían? Normalmente cuando la gente está detrás de mí sé que es por algo. Hoy no tenía ni idea. Ninguno de los casos actuales en los que estaba ayudando en

el RPIT era tan importante para que me siguiera alguien. Quería que fueran reporteros, pero no lo creo.

Jason giró a la derecha. Un coche giró a la izquierda, una vuelta a la derecha, y el Jeep se puso detrás. Había banderas en la calle, banderas italianas con las palabras, «la colina», en ellas. A la gente de la colina les gustaba hacerse ver, amaban su herencia italiana. Incluso las bocas de incendios estaban pintadas de verde, rojo y blanco, como las banderas. Nathaniel levantó la cabeza de mi muslo lo suficiente para decir:

—¿Es Belle?

—¿Qué? —pregunté. El Jeep seguía estando en el espejo retrovisor.

—¿Son los ayudantes de día de Belle? —preguntó con voz tranquila.

Pensé en ello. Nunca había conocido a una vampiresa que tuviera más de un agente humano, pero sabía de varios que tenían más de un *Renfield. Renfield* es lo que la mayoría de los vampiros americanos llaman a los seres humanos que no los sirven a través de conexiones místicas, sino como donantes de sangre y que desean ser vampiros en un futuro.

Antes cuando no dormía con uno de ellos los llamaba a todos siervos, ahora sé la diferencia.

—Podrían ser *Renfields*, supongo.

—¿Qué es un Renfield? —preguntó Caleb. Se giró sobre su asiento para mirar el Jeep azul.

—Date la vuelta Caleb, no quiero que el Jeep se entere que sabemos que nos está siguiendo.

Se dio la vuelta de inmediato, sin discusión, raro en Caleb. No estaba de acuerdo con amenazar a la gente para obtener su obediencia, pero hay algunos con los que no tenías más remedio. Tal vez era uno de ellos. Le expliqué lo que es un Renfield.

—Al igual que el ayudante de Drácula que comía insectos —dijo Caleb.

—Exactamente —dije.

—Mola —dijo, y parecía en serio.

Una vez le pregunte a Jean-Claude cómo se llamaba a los *Renfields* antes de la publicación del libro de Drácula. Él me dijo «esclavos». Probablemente había sido una broma aunque nunca me atreví a preguntárselo.

El coche de atrás se detuvo en uno de los estrechos caminos. De pronto pude ver al Jeep azul. Me obligué a no mirar directamente y sólo usar el

retrovisor, pero era difícil. Quería darme la vuelta y mirar. Sabiendo que lo hacía más tentador.

No había nada de siniestro en el Jeep, o en los dos hombres. Ambos tenían el pelo corto, limpio y bien arreglado. El Jeep estaba brillante y limpio. Lo único inquietante era el hecho de que aún estaban detrás de nosotros. Entonces… giró hacia el camino estrecho. Así de fácil, no era amenaza.

—Mierda —dije.

—Ídem —dijo Jason, pero vi cómo se relajaban sus hombros, como si la tensión se hubiera disipado con una sola palabra.

—¿Nos estamos volviendo demasiado paranoicos? —pregunté.

—Tal vez —dijo Jason, pero se quedó mirando el retrovisor, como si no se lo pudiera creer.

Tampoco yo me lo creía. Estaba mirando hacia delante esperando a que el Jeep apareciera otra vez. Pero no fue así. Fuimos por la larga calle llena de gente, hasta volver a la calle estrecha para comprobar que el Jeep aún estaba ahí aparcado.

—Parece que solo fue una coincidencia —dijo Jason.

—Eso parece —dije.

Nathaniel frotó su cara contra mi pierna.

—Aún hueles a miedo, como si no te lo creyeras.

—Es que no me lo creo.

—¿Por qué no? —preguntó Caleb inclinándose hacia el asiento delantero. Me giré hacia Caleb aunque realmente no lo estaba mirando, más bien miraba a través de él a la calle vacía.

—Experiencia —dije.

Olí las rosas y un segundo después la cruz empezó a brillar.

—Jesús —susurró Jasón.

Mi corazón latía con tanta fuerza que me dolía el pecho, aunque mi voz estaba normal.

—Ella no me invadirá mientras lleve una cruz.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Caleb trasladándose lejos de mí.

—Sí, estoy segura de eso.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Parpadeé a través la luz que se filtraba entre los árboles que se hacía cada vez más intensa.

—Porque lo sé —dije con una voz suave y segura, aún con el

resplandor a través de mi cuello. Había visto como las cruces estallaban en una luz roja-blanca brillante que casi cegaba, pero eso solo ocurría cuando estaba cara a cara con un vampiro que me quería hacer daño. Belle estaba lejos y el brillo suave lo demostraba. Seguí esperando a que el aroma volviera con más fuerza pero nunca lo hizo. Se mantuvo débil, definitivamente el aroma estaba allí, pero no crecía. Esperé a oír la voz de Belle en la cabeza, pero no llegó. Cada vez que me había hablado directamente a la cabeza el olor se había intensificado. El perfume se quedó débil, y Belle no me hablaba. Apreté la cruz con la mano sintiendo el calor y el poder de la misma, un picor en la piel que subía hasta mi brazo y un latido permanente contra mi mano. Caleb me había preguntado cómo podía creer en Dios. Yo lo que siempre quise preguntarle es como él no podía hacerlo.

Sentí como el aire se calentaba con la rabia de Belle. Llenaba de energía el Jeep, ponía demasiado empeño, pero lo único que pudo hacer fue enviar una imagen de sí misma en frente de un tocador. Su cabello largo y negro, suelto como si fuera un manto alrededor de una bata de color oro y negra. Ella miró al espejo con unos ojos color miel, vacíos como los ojos de los ciegos, salvo por el color de su poder. Susurré en voz alta.

—No puedes tocarme, ahora no. —Miró al espejo como si estuviera de pie detrás de ella y me pudiera ver. Cambió su belleza en algo espantoso, una mera belleza pálida que parecía tan falsa como una máscara de Halloween. Luego se giró y miró más allá de mí, vi una mirada de miedo en su rostro, tan inesperada que me giré, y vi… algo.

Oscuridad. La oscuridad como una ola, levantándose, por encima de mí, sobre nosotras, como una montaña imponente de líquido hacia el cielo. La sala que Belle había construido de sueños y poder se derrumbó, roto como el sueño que era, y lo que se veía en las esquinas de la habitación era la brillante luz de las velas en la oscuridad. La oscuridad absoluta, una oscuridad tan negra que brillaba en lugar de otros colores, como una mancha de aceite, o una ilusión óptica. Como si fuera una oscuridad compuesta de todos los colores que existen, veía todo lo que había visto a lo largo del tiempo, cada suspiro, cada grito, desde el comienzo del tiempo. Había oído hablar de la oscuridad primordial, pero hasta este momento nunca había entendido lo que significaba. Ahora lo entendía, realmente, y me desesperaba.

Me quedé arriba, arriba en un mar de oscuridad que se alzaba por

encima de mí como si el cielo y la tierra nunca hubiesen existido. Esto fue antes de la oscuridad o la luz, antes de la palabra de Dios. Era como un soplo de una antigua creación. Pero si esto era la creación, entonces no lo podía entender, no quería entenderlo.

Belle gritó primero. Creo que yo estaba demasiado atemorizada para gritar, o incluso para tener miedo. Miré en el abismo primordial, la oscuridad, en primer lugar, y vi la desesperación, pero no el miedo. Mi mente seguía tratando de encontrar palabras para describir lo que era. Se cernió sobre mí como una montaña, porque no tenía peso y podía sentir claustrofobia de una montaña a punto de venirse abajo, pero no era una montaña. Era más bien como un océano, un océano que se había levantado más alto que la montaña más alta y se paró delante de ti, esperando, desafiando la gravedad y todas las leyes conocidas de la física. Al igual que con un océano, sólo veía la visión ampliada de la costa, sólo podía imaginarme la profundidad y la anchura, brazas de impensable oscuridad que se extendía ante mí.

¿Podía haber extrañas criaturas nadando en ella? ¿Hay cosas dentro de la oscuridad que solo los sueños y pesadillas pueden revelar? Miré el parpadeo del líquido oscuro y sentí cómo el entumecimiento de la desesperación empezaba a desgastarse. Era como si la desesperación hubiera sido un escudo para protegerme, para adormecerme, para que mi mente no se rompiera. Por un momento pensé ¿Qué es? Me quedé parada delante de ella, ella….

Temblaba, mi piel fría y sentí como me absorbía la oscuridad, como se alimentaba de mi calor. En ese momento supe a qué me enfrentaba, a un vampiro. Tal vez el primer vampiro, algo tan antiguo que no podría contenerse en un cuerpo humano o en la misma carne de tanta oscuridad. Ella era la oscuridad primordial hecha realidad. Era la razón por la cual los humanos temían a la oscuridad, no lo que está en la oscuridad, no lo que se esconde allí sino de la oscuridad en sí. Hubo un tiempo que caminaba entre nosotros, alimentándose, y cuando cae la noche en algún lugar de nuestros pensamientos seguimos recordando esa hambre. Ese océano de negrura brillante se extendió hacia mí, y supe que si me tocaba moriría. No podía darme la vuelta y correr, porque no se puede huir de la oscuridad, no en realidad. La luz no dura. Ese último pensamiento no era mío. ¿Sería de Belle?

Me quedé mirando a la oscuridad, ya que comenzó a inclinarse sobre

mí, y sabía que mentía. Es la oscuridad la que no dura. Llega el alba y mata a la oscuridad, no a la inversa. Si hubiera encontrado suficiente aire, habría gritado, pero me quede con sólo un susurro. La oscuridad se inclinó hacia mí, y no podía disparar o golpear, y no tenía suficiente poder psíquico para mantenerla a raya. Hice lo único en que podía pensar, rezar.

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo… —La oscuridad dudó—. Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. —Un escalofrío me recorrió como un líquido oscuro—. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros… —Hubo de repente una luz en la oscuridad. Mi cruz estaba alrededor de mi cuello. El metal brillaba como una estrella en cautividad, brillante y blanco, y al contrario que en la vida real, podía ver más allá de la brillantez de la misma. Vi su pureza, una luz blanca a través de la oscuridad.

De repente fui consciente del asiento del coche, del cinturón de seguridad a través de mi pecho, el cuerpo de Nathaniel envuelto alrededor de mis piernas. La cruz en mi cuello estaba blanca al rojo vivo, incluso a la luz del sol, de modo que tuve que apartar la mirada de ella.

La cruz ya no ardía, como si el peligro hubiese pasado. Esperé a que la Madre de Toda la Oscuridad hiciera su siguiente movimiento.

El aire en el Jeep se volvió suave y dulce, como una noche de primavera, cuando puedes oler cada brizna de hierba, cada hoja, cada flor, como una manta perfumada que te envuelve en el aire más suave que el cachemir, más ligero que la seda, una manta suave de aire.

Mi garganta de repente se sintió más fresca, como si me hubiera tomado un trago de agua fría. Podía sentir un sabor en mi garganta, como el jazmín. Nathaniel hundió el rostro en mi regazo para proteger sus ojos de la luz. Era como usar un sol blanco en el cuello.

—Mierda —dijo Jason—. Estoy teniendo problemas para ver el camino. ¿Podrías bajar el tono?

El mundo estaba lleno de halos de color blanco, y no me atreví a volver la cabeza para mirarle. El aroma de la noche fue todo lo que podía oler, como si todo lo demás hubiese desaparecido. Casi podía sentir el agua perfumada que cubría mi garganta. Tan real, tan abrumadoramente real. Me las arreglé para susurrar:

—No.

Me quedé esperando las palabras en mi cabeza, pero no había nada más que silencio, y el olor de una noche de verano, el sabor de agua fresca, y la

creciente sensación de que algo grande se acercaba. Era como estar en las vías del tren, cuando comienzas a sentir esa vibración, y sabes que viene, pero no puedes ver nada. Por lo que se puede ver, las pistas son claras, sólo hay una vibración metálica, como un latido contra los pies, para hacer saber que varias toneladas de acero se están precipitando contra ti.

Muchas personas mueren cada año en las vías del tren, y con frecuencia sus últimas palabras antes de morir son «no vi el tren». Siempre he pensado que los trenes son algo mágico o de otra manera la gente los vería y se saldría de las vías. Podía sentir la vibración corriendo hacia mí, yo con mucho gusto habría bajado de la pista, pero las vías estaban dentro de mi cabeza, clavadas en mi cuerpo, y no sabía cómo huir.

Algo se frotó contra mi piel, como un animal grande, presionando su cuerpo a lo largo del mío. Sentí a Nathaniel retroceder, pero no pude verlo a través de la luz blanca. Su voz llegó, sin aliento, asustada.

—¿Qué es eso?

Abrí la boca, y no estaba segura de que decir, cuando ese animal invisible golpeó mi pecho, y a la cruz. La cruz estalló y brillaba tanto que la mayoría de nosotros gritó. Jason tuvo que pisar el freno y detener el Jeep en medio de la calle, cegado por la luz, sin poder conducir.

La luz comenzó a apagarse. Por un segundo me pregunté si el brillo había frito mis retinas, mi visión comenzó a aclararse a través de un velo de puntos. Todavía podía sentirla, a ella, apretándose contra mí, sobre la cruz, como si estuviera comiéndose la luz.

Nathaniel me miró con sus ojos color lavanda de leopardo, un profundo, profundo gris, que tenía un toque de azul cielo.

—Es una palanca de cambios —susurró.

Y yo sabía por qué. Los cambiaformas, no pueden ser vampiros, o viceversa. El virus de la licantropía parecía ser a prueba de lo que te hace ser un vampiro. No puedes ser ambas cosas. Es una regla. Pero fuera lo que fuera esa cosa que me estaba presionando no era humano. No tengo ni idea de qué tipo de animal, pero seguro que era un animal.

Cómo la Madre de Toda la Oscuridad pasó de ser un vampiro a un mutante al mismo tiempo era un problema para otro día. En este mismo momento, no me importaba lo que era, sólo quería que me dejara en paz.

La cruz seguía brillando, pero sólo el metal en sí, como si fuera hueca y unas velas ardiesen en su interior. La luz era blanca y parpadeaba. Nunca había visto una cruz que se pareciera tanto al fuego. Pero era como un

fuego frío. El Ser empujaba e intentaba entrar en mí, pero la cruz se mantenía brillando y actuaba como escudo metafísico alejándola de mí.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Jason.

El Jeep estaba detenido en medio de la calle. Un coche parado detrás de nosotros estaba tocando la bocina. Había coches aparcados en ambos lados de la calle, impidiéndole adelantarnos. El barrio no era más que un puñado de pequeñas casas, ninguna con jardín. Jason puso marcha atrás, y el coche comenzó a retroceder, tratando de dar la vuelta.

Casi me daba miedo abrir los enlaces a Richard y a Jean-Claude. ¿Y si la oscuridad primordial podía extenderse por los lazos y tomarlos a ellos también? Jean-Claude no podía recurrir a la fe. Richard sí tenía fe, pero si en realidad llevaba una cruz o no era discutible. Hacía mucho tiempo que no veía a Richard llevando una cruz.

Mientras aún seguía pensando Jason me cogió de la mano. El aroma de la noche no se desvanecía sino que se añadía, como una capa de color encima de otra. El olor a almizcle se filtraba a través de la noche.

Tuve una imagen en mi mente de una cabeza de animal enorme con dientes largos, como los colmillos más grandes que jamás haya visto. La piel de la cabeza era amarilla y rojiza, tenía unas rayas atigradas. Sus ojos eran como el oro líquido, tenía su gran boca abierta, y gritaba de frustración, como si fuese una pantera, pero octavas por debajo. Los pioneros confundían los rugidos de la pantera con los gritos de una mujer llorando. Nadie lo habría confundido con una mujer, un hombre, tal vez un hombre siendo torturado y gritando por su alma.

Grité de nuevo, como si esa cabeza estuviese justo en frente de mí y no a miles de kilómetros. Mi grito fue repetido por otros dos. Nathaniel gruñó hacia mí desde el suelo del coche, con la boca abierta mostrando los dientes que se estaban convirtiendo rápidamente en colmillos. Caleb se había deslizado entre los asientos, y sus ojos se habían convertido en los de un gato amarillo. Empezó a frotar su mejilla contra mi hombro, como si quisiera marcar su olor en mí, y luego se detuvo gruñendo, como si hubiera tocado a un gato fantasma.

Jason no gritó, gruñía por lo bajo, con un sonido final que no tenía nada que ver con la caza y todo que ver con la lucha, no era un sonido que tuviera que ver con la comida sino con la supervivencia. Era un sonido territorial, expulsando a los intrusos, deshaciéndose de los alborotadores. El sonido que te dice que tienes que salir o morir.

Ella gritó de nuevo, un sonido que me habría congelado las venas, y recordé como mis antepasados la habían rodeado y provocado pequeños incendios, observe el brillo de sus ojos aterrorizados a través de las llamas. Pero no estaba pensando como una persona. Ni siquiera estaba segura de que lo que estaba sucediendo en mi mente fuera un pensamiento. Era más como si estuviera reviviendo el momento completamente.

Podía sentir el asiento de cuero del coche, a Nathaniel presionado contra mis piernas, sus manos sujetándome con fuerza, Caleb en mi hombro, su mejilla contra mi cara, la mano de Jason en mi brazo como si hubiera echado raíces convirtiéndose en parte de mí.

Pude oler la piel de Caleb, el jabón que había usado esa mañana, y el miedo como algo amargo bajo su piel. Nathaniel se puso de rodillas, de modo que podía ver su cara y como estaba cambiando a su forma humana. Podía oler el aroma a vainilla de su pelo, y no había nada de aquel gato fantasma.

Jason se acercó más, poniendo su rostro cerca del mío, olfateando el aire, olí a jabón, champú, y el olor de Jason, un olor que estaba comenzado a asociar con el hogar, como el aroma a vainilla del pelo de Nathaniel, o la cara colonia de Jean-Claude, o como me afectaba antes, el cuello de Richard. No quise decir de una manera sexual, era como el olor a pan recién horneado o a galletas favoritas que hacía tu madre y te hacían sentir seguro, el olor del hogar. Volví la cabeza a Caleb, mi nariz tocó su piel, y bajo el miedo, el jabón y la piel suave, olía a leopardo, débil en su forma humana, pero aun así se podía sentir una picazón de olor. Toque la cruz todavía brillando. Le miré a los ojos y a unos colmillos que no se parecían a nada de lo que había visto antes.

Jason estaba husmeando el aire delante de mí. Sus ojos de lobo se encontraron con los míos, y supe que él lo había visto también. Como un vampiro que olía a noches frescas y el agua dulce, vagamente, como el jazmín. El cambiaformas no tenía olor, porque ella no estaba aquí. Fue un envío, un envío psíquico. Tenía poder, pero no era real, no es realmente verdadero, ni físico. No importa cuánto poder tenga, un psíquico tiene limitaciones a lo que puede hacer físicamente. Puede asustarte pero no hacerte daño. Puede tratar de engañarte para que hagas cosas, pero no puede hacerte daño sin un agente físico. Como ella era un vampiro, la cruz y mi fe la mantuvieron a raya. Como cambiaformas no era real.

Nathaniel literalmente había rastreado a través de la imagen que todavía

se podían ver flotando sobre mi pecho. Fue el que dijo en voz alta:

—No tiene olor.

—No es real —dije.

La voz de Caleb llegó con un gruñido tan profundo que era casi doloroso de escuchar:

—Lo siento como si fuese un gato grande, un leopardo, pero no…

—Pero ¿hueles algo? —preguntó Jason.

Caleb olió a lo largo de mi cuerpo. En cualquier otro momento, lo habría acusado de acercarse demasiado a mis pechos, pero ahora no. Nunca lo había visto tan serio oliendo a lo largo de mi pecho. Se detuvo, mirándome con sus ojos amarillos a centímetros de distancia. Dijo entre dientes, como cualquier gato asustado.

—No puedo olerlo, pero lo veo.

—Ver no siempre es creer —dije.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una proyección psíquica. El vampiro no pudo superar la cruz, por lo que trató de tener otra forma, pero los cambiaformas no son tan poderoso como la… Lo que fuese esa maldita cosa. —Lo miré a los ojos y observe como rugía ante mí.

—No tiene olor, no es real, sólo un mal sueño y los sueños no tienen poder a menos que tú se lo des. No te voy a dar nada. Vuelve de dónde viniste, vuelve a la oscuridad.

Tuve una visión repentina de una habitación oscura, no era negro, pero casi. Había una cama con sábanas de seda negra y una figura extendida debajo de ellas. La habitación tenía una forma extraña, no era cuadrada, ni circular, casi hexagonal. No había ventanas, pero sabía que si las hubiese no serían para mirar al mundo sino a la oscuridad, una oscuridad que siempre había estado allí.

Me sentí atraída hacia la cama, de la misma forma en que te sientes atraído en las pesadillas. No quería mirar, pero tenía que hacerlo, no quería ver, y tuve que ver.

Mi mano rozó la seda, y el cuerpo que estaba debajo de la sábana se movió en su sueño, se movió como alguien que aún no está totalmente despierto. Supe en ese instante que estaba en un sueño y en los sueños no puedes salir cuando quieres o echar lo que quieras fuera. En ese instante pensé en quién ora a los muertos sin alma cuando mueren.

Un suspiro se trasladó a través de la estrecha habitación sin ventilación,

y en ese primer soplo de aire, se produjo un murmullo, el primer sonido que esa habitación había escuchado en siglos.

—Yo.

Me tomó un momento darme cuenta de que era la respuesta a mi pregunta. ¿Quién ora a los muertos sin alma?

—Yo —dijo el susurro.

La figura que estaba soñando se movió de nuevo. No estaba despierta, todavía no, pero estaba nadando hacia arriba, llenándose a sí misma, acercándose a la vigilia.

Moví la mano hacía atrás y me alejé de la cama. No quería tocarla. Más que nada, no quería despertarla. Pero como no sabía cómo había llegado a su habitación, no pude encontrar la manera de salir. ¿Cómo se puede dejar de estar en el sueño de otro?

Un susurro resonó en la sala de nuevo.

—Al despertarlos.

Había contestado a mi pregunta de nuevo. Mierda. Estaba empezando a tener una idea terrible. ¿Podría la oscuridad perderse en un sueño? ¿Podría la oscuridad perderse en la oscuridad? ¿Puede la Madre de Todas las Pesadillas estar atrapada en la tierra de los sueños?

—No atrapada, —susurró la oscuridad.

—Entonces, ¿qué? —pregunté en voz alta, y el cuerpo bajo las sábanas se agitó. Mi garganta se cerró alrededor de las palabras, y me maldije por no pensar.

—Esperando, —sentí respirar a mí alrededor, no una voz, no realmente. Pensé ¿a la espera de qué? No hubo respuesta de la habitación oscura. Pero hubo un ruido nuevo. Alguien a mi lado estaba respirando profundamente, como si estuviese durmiendo. Aunque hubiera jurado que la figura de la cama no respiraba hacía un segundo. No quería estar aquí cuando despertara. ¿Qué había estado esperando durante todo este tiempo? Esta vez la voz de la cama, la misma voz, como el viento, débil, siempre sin usar, tan ronca y suave que no podía decir si era de hombre o de mujer.

—Algo me interesa.

Con esas palabras sentí algo de ese organismo. Me había preparado para la malicia, el mal, la ira, pero no para la curiosidad. Es como si ella preguntase qué era, y no se había preguntado otra cosa en un milenio o dos, o tres.

Olí al lobo, el almizcle, dulce, picante, tan real que podía sentir que se

deslizaba sobre la piel. De repente tuve una cruz en el cuello, y el brillo blanco llenó la habitación. Creo que podría haber visto con claridad la figura de la cama por la luz de la cruz, pero preferí cerrar los ojos, algunas cosas no deberían ser vistas, ni siquiera en los sueños.

Me desperté en el Jeep con Nathaniel y Caleb mirándome con caras de preocupación. Había un enorme lobo sentado en el asiento del conductor, resoplaba con su largo hocico contra mi cara. Llegué a tocar esa piel suave, espesa, entonces vi líquido brillante en todo el asiento del conductor, donde Jason había cambiado la forma.

—Jesús, María y José, no podrías haber cambiado de forma en la parte de atrás. —Había cambiado de forma en los asientos de cuero—. Nunca se podrá limpiar.

Jason me gruño, y no tenía que saber aullar para comprender lo que estaba diciendo. Que estaba siendo una ingrata. Pero era mucho más fácil concentrarse en un tapizado en ruinas que pensar en el hecho de que había estado en presencia de la Madre de Todos los Vampiros, la Madre de Toda la Oscuridad, el abismo primordial hecho carne. Conocía a través de los recuerdos de Jean-Claude que llamaba a su madre *Gentle, Marmè*, una docena de eufemismos diferentes para hacerla parecer más maternal. Pero sentí su fuerza, su oscuridad, y, por último, un intelecto frío y vacío como el de cualquier mal. Tenía curiosidad acerca de mí de la misma forma que algunos científicos sienten curiosidad acerca de una nueva especie de insecto. Encontrar, capturar, ponerla en un frasco, llevártela o no. Es sólo un insecto, después de todo. Podría llamar a su madre buena, si querían, pero *Amada madre* era jodídamente más preciso.



TREINTA

Caleb subió a la parte trasera del Jeep para coger el plástico que había empezado a llevar, para cuando había llevado algo más desordenado que pollos, y lo extendió sobre el asiento para que Nathaniel pudiera conducir. Traté de concentrarme en la conducción, pero Jason me gruñó. Tenía razón, no estaba actuando con firmeza. Los ojos de Nathaniel volvieron gradualmente a su tono lila de siempre, me dijo:

—Te desmayaste. Dejaste de respirar. Jason te zarandeó, y pudiste exhalar levemente. —Nathaniel sacudió la cabeza, con rostro muy serio—. Tuvimos que seguir zarandeándote, Anita. Seguías sin respirar.

Si hubieran sido humanos podría haber discutido con ellos, ya que sólo pensaron que había dejado de respirar, pero no eran humanos. Si un grupo de cambiaformas, no eran capaces de oír o ver a alguien respirar, tendría que creerles.

¿La Amada Madre había tratado de matarme? ¿O había sido accidental

o incidental? No habría querido matarme, pero podría haberlo hecho por accidente. Y había leído lo suficiente en su mente para saber que no le molestaría. Ella no lo sentiría, no se sentiría culpable. No pensaba como una persona, o más bien no pensaba como una agradable, civilizada, humana normal. Pensaba como una psicópata sin empatía, ni simpatía, ni culpa, ni compasión. De un modo extraño, debe ser una existencia pacífica. ¿Necesitarías más emociones de que las que ella tiene para sentirse solitaria? Creo que sí, pero realmente no lo sabía a ciencia cierta. Solitaria no era una palabra que le hubiera aplicado. Si no entiendes la necesidad de tener amigos o ser amado, ¿podrías sentirte solo? Me encogí de hombros y sacudí la cabeza.

—¿Qué es? —preguntó Nathaniel.

—Si no entiendes la necesidad de tener amigos o ser amado, ¿Podrías sentirte solo?

Levantó las cejas hacia mí.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Todos hemos tenido roces con la Madre de Todos los Vampiros, y se parece más a la Madre de Todos los Sociópatas. Los seres humanos rara vez son sociópatas puros. Es más bien como si perdieran un tornillo aquí y allá. Es cierto que la sociopatía pura es realmente muy rara, pero *Amada Madre* llega a ese extremo, o eso creo.

—No importa si está sola —dijo Caleb.

Le miré. Sus ojos castaños eran muy grandes, y por debajo de su desvaneciente bronceado estaba pálido. Olí el aire antes de que pudiera pensar, y el coche era un patio de recreo de olores, el almizcle dulce del lobo, la vainilla limpia de Nathaniel, y Caleb. Caleb olía a… juventud. No sabía cómo explicarlo, pero fue como si pudiera oler cómo si de tierna fuese su carne, cómo de fresca su sangre. Olía a limpio, la esencia de un jabón ligeramente perfumado recubría su piel, pero en el fondo había otro olor. Amargo y dulce al mismo tiempo, de la misma forma que la sangre es salada y dulce a la vez.

Me volví hasta dónde el cinturón de seguridad me permitía y dije:

—Qué bien hueles, Caleb, tan tierno y asustado.

Él era el verdadero depredador, no yo, pero para mí era una presa de ojos enormes, cara suave, labios apenas entreabiertos para dejar escapar un suspiro. Observé cómo su pulso golpeaba la piel de su cuello.

Tenía ganas de meterme en el asiento trasero y recorrer con mi lengua

ese pulso frenético, hincar los dientes en esa tierna carne, y dejar que ese pulso latiera libremente.

Tenía esta imagen del pulso de Caleb como un caramelo duro totalmente gratis en una única pieza para ser chupada y rodada en mi boca. Sabía que no era así. Sabía que si le mordía el pulso se extinguiría, que moriría en un torrente de sangre roja, pero las imágenes relacionadas con caramelos persistían en mi mente, e incluso la idea de la sangre esparciéndose en mi boca no me parecía tan terrible.

Cerré los ojos por lo que no podía ver el latido en el cuello de Caleb y me concentré en mi propia respiración. Pero cada inhalación me traía más de esa dulzura amarga, el sabor del miedo. Casi podía saborear su carne en mi boca.

—¿Qué me pasa? —pregunté en voz alta—. Quiero arrancar el pulso de Caleb de su garganta. Es demasiado pronto para que Jean-Claude esté despierto. Además, por lo general no quiero sangre. ¿O no sólo sangre?

—Es casi luna llena —dijo Nathaniel—. Es una de las razones por las que Jason perdió suficiente control como para cambiar en tu asiento.

Abrí los ojos, giré mi rostro para mirarle, y alejarme del temor de Caleb.

—Belle intentó que me alimentara de Caleb, pero no lo consiguió. ¿Por qué de repente huele tan delicioso?

Nathaniel por fin había encontrado otra salida para volver a la 44. Se colocó detrás de un coche amarillo de gran tamaño que necesitaba una buena mano de pintura, o tal vez estaba en el medio de ésta, porque la mitad de la carrocería estaba cubierta de imprimación gris. Vi algo moviéndose en el espejo retrovisor. Era el Jeep azul. Estaba al final de la calle estrecha con coches en ambos lados. Simplemente giró la esquina, y nos vio, y ahora se estaba quedando atrás, con la esperanza, creo, de que no lo habíamos visto.

—Mierda —dije.

—¿Qué? —preguntó Nathaniel.

—Ese maldito Jeep está al final de la calle. Que nadie mire hacia atrás. —Todo el mundo se detuvo a mitad de movimiento a excepción de Jason. Ni siquiera había tratado de mirar hacia atrás, tal vez los cuellos de lobo no funcionan de esa manera, o tal vez estaba mirando otras cosas. Me di cuenta de que estaba mirando a Caleb.

Miré a esa cabeza peluda enorme.

—¿Estás pensando en comerte a Caleb?

Se volvió y me dio toda la fuerza de esa mirada verde pálida. La gente dice que los perros son descendientes de los lobos, pero hay momentos en los que dudo. No había nada amable o simpático, ni siquiera remotamente manso en esos ojos. Estaba pensando en comida. Se encontró con mi mirada porque sabía que lo pillaría pensando en comerse a alguien que estaba bajo mi protección, entonces se volvió para mirar a Caleb, y pensar en la carne. Los perros nunca miran a la gente y piensan en comida; coño, ni siquiera miran a otros perros de esa manera. Los lobos sí. El hecho de que no haya constancia de un ataque de un lobo de América del Norte a un ser humano para comérselo siempre me ha sorprendido. Los miras a los ojos, y sabes que no hay nada en su interior a lo que puedas apelar.

Sabía que los licántropos quieren carne fresca cuando cambian de forma la primera vez. Los nuevos licántropos son mortalmente peligrosos, pero Jason no era ningún novato, y podía controlarse. Lo sabía, pero aún no me gustó la forma en que estaba mirando a Caleb, y me gustó mucho menos que proyectara su necesidad en mí.

—¿Qué quieres que haga con el Jeep? —preguntó Nathaniel.

Centré mi atención en Nathaniel y lejos del hambre. Fue un esfuerzo para pensar más allá de eso, pero si el Jeep estaba lleno de chicos malos, entonces tenía que estar concentrada en ellos, no en un deseo metafísico.

—Diablos, no sé. No me suelen seguir tanto. Por lo general la gente simplemente intenta matarme.

—Tengo que continuar en la autopista, o girar en sentido contrario. Sentados aquí, van a saber que los hemos visto.

Tenía razón, mucha razón.

—Autopista.

Nos movimos hacia delante, buscando la rampa.

—Una vez que estemos en ella, ¿a dónde vamos?

—Al Circo, creo.

—¿Queremos llevar a los chicos malos allí? —preguntó Nathaniel.

—Jason lo dijo antes, la mayoría de la gente sabe dónde descansa el Maestro de la Ciudad durante el día. Además, los hombres-rata todavía están allí, y la mayoría de ellos son ex-mercenarios, o algo parecido. Creo que voy a llamar a ver qué opina Bobby Lee.

—¿Opinar sobre qué? —preguntó Caleb, desde el asiento trasero. Sus ojos eran todavía demasiado grandes, y todavía olía a miedo, pero no

estaba mirando al lobo sentado a su lado. Lo que temía no estaba tan cerca.

—Sobre si los capturamos, o damos la vuelta y tratamos de seguirlos.

—¿Capturarlos? —dijo Caleb—. ¿Cómo?

—No estoy segura, pero sé mucho más sobre capturar a los malos que sobre seguir a gente para ver a dónde me llevan. No soy un detective, Caleb, en serio. Puedo detectar una pista si me muerde el culo, y dar una opinión sobre los delitos relacionados con monstruos, pero en realidad sigo un camino más directo que lo que suele ser el trabajo de detective. —Él parecía perplejo—. Soy un verdugo, Caleb, mato cosas.

—A veces tienes que provocar la situación para poder matarlos —dijo Nathaniel.

Miré a ese perfil serio, con los ojos fijos en el tráfico, con las manos en el volante exactamente a las dos y a las diez. Tardó un año en sacarse el carnet. Si yo no hubiera insistido, no estoy segura que se lo hubiera sacado.

—Es cierto, pero no quiero matarlos, quiero hacerles preguntas. Quiero saber por qué nos siguen.

—No creo que nos sigan —dijo Nathaniel.

—¿Qué? —pregunté.

—El Jeep azul no nos está siguiendo en la autopista.

—Creo que lo hemos despistado.

—O como todo el mundo sabe dónde duerme el Maestro. Así que no es difícil encontrar a su novia —dijo Nathaniel, con voz tranquila, los ojos en la carretera. Pero sabía que yo odiaba ser la novia del Maestro, o al menos que me llamaran así. A decir verdad, tenía razón. Si sabes con quién está saliendo alguien y dónde vive, a la larga, puedes volverlos a localizar. Odiaba ser predecible.

La enorme y desgreñada cabeza de Jason se acercó a mi asiento y se frotó contra mi hombro, con el collar y su rostro haciéndome cosquillas a lo largo de mi mejilla. Me estiré y acaricié esa gran cabeza sin pensar, de la manera en que lo habría hecho si hubiera sido un perro. En el momento que le toqué, el hambre me atravesó de los pies a la cabeza. El pelo de mi cuerpo reaccionó, y sentí que algo estaba tratando de trepar por la parte trasera de mi cráneo, porque la nuca me picaba horriblemente.

El lobo y yo nos volvimos como si fuéramos uno para mirar a Caleb. Si mis ojos podrían parecerse a los del lobo, lo habrían hecho entonces.

Caleb estaba aterrorizado. Creo que si se hubiera quedado quieto hubiéramos estado bien, pero no lo hizo. Desplegó sus brazos desde el

pecho casi desnudo y se acomodó en el asiento. Jason gruñó, y yo estaba fuera de mi asiento, sobre el suelo de la parte de atrás, antes de que pudiera pensar, sin cinturón en un coche en marcha, mala idea. Creo que eso me habría hecho volver a tomar el control, pero Caleb echó a correr. Se deslizó sobre el asiento de atrás, y Jason y yo nos deslizamos detrás de él. Era como ser agua, siguiendo el curso natural.

No pinchamos a Caleb, tanto como para arrodillarse y sentarse alrededor de él. Caleb estaba apretado en la esquina de la zona del maletero, con las manos apretadas contra su pecho. Intentó ocupar el menor espacio posible. Creo que Caleb sabía que el tocar a cualquiera de nosotros sería una mala idea. Jason se sentó en cuclillas, mostrando los colmillos y dejando que los gruñidos se deslizaran de su boca poco a poco. No necesitas palabras para saber lo que significaba, no te muevas, no hagas ningún jodido movimiento. Caleb no se movió.

Yo estaba de rodillas delante de Caleb, y todo lo que pude ver fue el pulso en el cuello, golpeando, golpeando con fuerza, contra la piel, tratando de liberarse. Quería ayudarle.

De pronto pude oler los bosques, los árboles y el olor de la piel de lobo que no era Jason. Richard exhalaba por mi mente como una nube perfumada. Lo vi en mi bañera pese a los kilómetros de distancia. Un brazo más oscuro que el bronceado que Richard había llevado la mayor parte del año estaba sobre su pecho, sosteniéndole en el agua, aguantándolo. Jamil siendo un buen Hati, asegurándose de que su Ulfric no se ahogara. Era lo que Jason había hecho por mí antes, excepto por el sexo. Richard era un poco homofóbico. No le gustan los hombres que le recordaban que le gustaban los hombres, especialmente si ese hombre era él mismo. No podía criticar esa manera de pensar, pensaba de la misma manera con las mujeres. No importaba qué sofisticada se suponía que tenía que ser, me olvidaba de que otra mujer podía encontrarme atractiva. Siempre me pillaba por sorpresa.

La cara de Jamil flotaba en el borde de la de Richard, pero era como si en esta visión de ensueño lo único que se veía realmente claro era Richard. Capté retales de su cuerpo a través del agua y la débil luz de las velas. Los licántropos a veces tenían problemas de sensibilidad a la luz, por lo que no había brillos innecesarios, pero las velas oscurecieron el agua, y escondieron más de Richard de lo que a mí me hubiera gustado. Me sentía como una metafísica mirona. Pero el hambre cambió con tanta facilidad a

otro tipo de ansia, siempre había sido así.

Richard me miró, y la imagen de su rostro, desprovisto de pelo, enganchado a mi garganta. Quería preguntarle, ¿por qué? pero él habló primero. Fue la primera vez que hablamos mente a mente de esa manera, y me sorprendió. Que yo supiera, Jean-Claude y yo podíamos hacerlo, pero no Richard y yo.

—El ansia es mía, Anita, lo siento. Algo que me hizo la criatura me ha despojado de todo control, —por un segundo pensé que se refería a la Madre de Todas las Tinieblas, luego, me di cuenta de que se refería a Belle.

Bajé la mirada a los asustados ojos de Caleb, y mis ojos se clavaron de nuevo en su cuello, y luego bajando la línea de su pecho hacia su estómago. Respiraba con bastante dificultad, temiendo el pulso que habitaba bajo su vientre, vibrando a través de la delgada línea que llevaba a su pantalón. El estómago era suave y tierno, repleto de carne.

—Anita —dijo Richard—. Anita, escúchame.

Tuve que apartar la imagen de la temblorosa carne de Caleb, y de pronto pude ver a la imagen de Richard con mayor claridad que lo que en realidad tenía en frente de mí.

—¿Qué? —sabía que no se dijo ni una palabra en voz alta, sólo en mi cabeza.

—Puedes cambiar el hambre por sexo, Anita.

Sacudí la cabeza.

—Creo que preferiría comerme a Caleb que follármelo.

—Nunca te has comido a nadie, no dirías eso sí lo hubieras hecho —dijo Richard.

En realidad no podía discutir con eso.

—¿Estás diciendo en serio que no te importaría que me follara a Caleb?

Dudó, el parpadeo del agua a la luz de la llama, mientras su cuerpo se movía constantemente. Adiviné algo de la rodilla y del muslo.

—Si tienes que elegir entre comértelo, o cepillártelo, sí.

—Si ni siquiera te gusta compartirme con Jean-Claude.

—No estamos saliendo, Anita.

Ouch.

—Lo siento, lo olvidé por un momento —dije. La momentánea llamarada de dolor como una herida a medio cicatrizar me ayudó a pensar un poco más claramente—. Jason está en forma de lobo Richard. No monto peludos.

—Puedo hacer algo al respecto. —Vi su bestia interior como una sombra dorada dispuesta a escapar de él y venir dentro de mí. Era como estar en el lado cortante de un cuchillo metafísico, hasta que ese poder me atravesó y también a Jason, y de repente me vi en medio de todo ese poder, todo ese dolor, toda esa rabia. La bestia se alimentaba del dolor y la rabia, una especie de identificador final. Me quedé de rodillas, jadeando, sin aliento para gritar.

Jason me gritó, y sentí cómo la bestia se deslizaba fuera de él, no, en él, como intentar meter de relleno algo increíblemente enorme en una maleta que ya está totalmente llena. Sin embargo, esa maleta era el cuerpo de Jason, y eso duele. Sentí el retorcerse de los huesos, cómo los músculos saltaban y se volvían a conectar. Joder, me dolió. Capté un lejano pensamiento de Richard diciendo que dolía tanto porque se estaba resistiendo. Cuando luchas contra el cambio duele más. Era como si el pelaje fuera absorbido de nuevo en la blanca carne de la que una vez salió, como algo atrapado en el hielo, fundiéndola de vuelta a la superficie. El cuerpo de Jason se volvió a fundir, y la piel se hundió en él, los largos huesos, los músculos. Simplemente todo se hundió en su interior hasta que quedó pálido y tembloroso tumbado en un lecho de líquido transparente. El líquido había empapado mis pantalones de las rodillas para abajo. Jason había cambiado, pero no se alimentó, ahora se había visto obligado a cambiar de nuevo en menos de media hora más tarde. Tal vez si le hubieran permitido alimentarse estaría mejor, pero ahora, yacía en el suelo, temblando, hecho una bola para sostenerse a sí mismo y para mantener el poco calor que le quedaba y para ocupar el mínimo espacio posible. Creo que Jason, como Caleb, sabía que tocarme sería una mala idea. Jason ya no era un peligro para Caleb. Hasta que descansara, no sería un peligro para nadie. De hecho… miré hacia abajo siguiendo la curva de su culo, tan suave, tan firme, tan tierno. Le miraba desnudo, y no pensaba para nada en sexo. Todo lo que Richard hizo fue darme una selección de comidas.

Mantuve a Richard en esa visión que lo mantenía cristalino, y todo lo demás confuso.

—Sólo puedo pensar en hundir mis dientes en su carne. Lo has vuelto indefenso, y todavía me tengo que alimentar, porque todavía necesitas alimentarte.

—Encontraré aquí algo para comer. Me alimentaré, pero no tienes nada seguro para cazar, Anita. No quieres herir a ninguno de ellos.

Grité, fuerte y largo, dejé que la frustración llenara el Jeep, lo dejé derramarse de mi boca, quemándome la garganta, convirtiendo mis manos en puños, y golpear, abollando el costado del Jeep. Oí el gemido del metal, que me hizo pestañear, al ver lo que había hecho. Había abollado metal. Un hueco redondeado del tamaño de mi puño. Joder.

Caleb hizo un pequeño sonido, y lo miré, y todo lo que podía ver era la suave piel de su estómago, casi la sentía bajo mis dientes. Estaba agachada sobre Caleb, mi cara olisqueando su estómago. No recuerdo haberme acercado tanto.

Richard me llamó:

—¡Anita!

Alcé la vista, como si realmente estuviera frente de mí. Empujó el brazo de Jamil alejándolo y se recostó a un lado de la bañera. Se pasó las manos sobre el pecho, con los dedos pasando por los pezones, mano sobre mano, mientras se sacaba a sí mismo del agua. Caía sobre su cuerpo en cascadas de llameantes balas de plata, y la mano fue más abajo, más abajo. Sobre el estómago, por debajo de la línea del cabello, y finalmente para cubrirse a sí mismo, para jugar consigo mismo. Lo vi crecer, y el hambre cambió como si encendieras un interruptor. Sin embargo, en el momento en que el hambre se convirtió en el sexo, el *ardeur* volvió a la vida. Venía desde el centro de mí ser como una llama, extendiéndose, extendiéndose, y la mano de Richard, el cuerpo de Richard avivó el calor, trayéndolo como una hoja rugiente sobre mi piel.

Pero Jean-Claude no estaba aquí para ayudarnos, esta vez, y Richard no podía protegernos. El *ardeur* recorrió toda la metafísica médula y golpeó a Richard como un camión a toda velocidad. Se inclinó hacia atrás, convulsionó la mano dónde se apoderó de su cuerpo, le hizo caer de nuevo al borde de la bañera, arrastrando las piernas en el agua.

Miré a esos ojos marrones, esa cara tan vacía sin su melena, y vi cómo el deseo luchaba contra el terror. No creo que alguna vez haya sentido la fuerza del *ardeur* en todo su esplendor. Lo abrumó, le dejó sin aliento, inmóvil, pero sabía que no iba a durar. Sabía que no iba a durar.

Le dije lo que me había dicho:

—Puedes cambiar el *ardeur* por hambre, pero vamos a tener que alimentarnos de algo o alguien, Richard. Es demasiado tarde para otra cosa.

Incluso su voz en mi cabeza parecía estrangulada.

—Me siento mejor y peor. Creo que puedo cazar ahora. Antes no podía

haberme movido tanto.

—Todo lo que sube, Richard, tiene que bajar, —estaba enojada con Richard, una rabia caliente que me ayudó a vadear las aguas que el *ardeur* estaba tratando con todas sus fuerzas de engullirme, ahogarme en el deseo. Pero contuve mi ira contra mi pecho y afronté las aguas pensando en todo lo que valía la pena.

Sentí cómo cambiaba su hambre, sentí su vientre tenso por la necesidad de carne y sangre y rasgando, aunque distante, muy distante estaba la amenaza del sexo.

—Voy a cazar un animal, y voy a estar bien, creo.

—Eso no me va a ayudar mucho, Richard, —y dejé que la ira recorriera el camino que nos unía.

—Lo siento, Anita, no lo entiendo.

Supe en ese momento que podría forzar al hambre a convertirse de nuevo en *ardeur*. Que al igual que obligó a Jason a cambiar de forma, podría forzar el hambre de Richard a convertirse en lo que yo quisiera. Sabía que podía hacer correr la magia bajo su piel y le obligaría a alimentarse de la forma en que me iba a tener que alimentar. Pero no lo hice. Había hecho lo que había hecho de manera inocente, no podía devolverle el favor, no deliberadamente.

—Ve a cazar a tu animal, Richard.

—Anita… lo siento.

—Siempre lo sientes, Richard. Ahora sal de mi cabeza antes de que hagamos algo de lo que nos vayamos a arrepentir.

Desconectó, pero no fue un corte limpio. Normalmente, sus protecciones eran sólidas, como puertas de metal que retumban al cerrar. Hoy, era como partir un caramelo blando, deshaciéndose, enormes tiras pegajosas, de caramelo fundido que incluso cuando están separados aún parecen dos mitades de un todo. Quería que nos mantuviéramos unidos, para fundirnos con el calor hasta que fuéramos una gran masa caliente y pegajosa, y hoy Richard no podía detenerme. No tenía el control suficiente para mantenerme fuera de él.

Jean-Claude se despertó. Sentí sus ojos brillar ampliamente, sentí su primer aliento entrecortado, sentía cómo se llenaba de vida. Había despertado.

Jason estaba mirándome con sus ojos azul cielo.

—Está despierto.

Asentí.

—Lo sé.

Nathaniel habló como si hubiera entendido mucho más de la conversación privada de lo que debía.

—Casi hemos llegado al circo, Anita.

—¿Cuánto queda?

—Cinco minutos.

—Que sean menos —dije.

El Jeep saltó hacia delante, acelerando. Me metí en el asiento de atrás y ajusté el cinturón de seguridad con firmeza alrededor de mi cuerpo. No era para protegerme en caso de que tuviéramos un accidente. Era para recordarme que no me dejara ir hasta que llegáramos al Circo, y a Jean-Claude.



TREINTA Y UNO

Luché contra el *ardeur* en el coche cuando iba hacia el circo. Luché contra el *ardeur* cuando me encontré caminando por el estacionamiento y golpeé la puerta. Vi la cara de sorpresa al pasar de Bobby Lee, y sólo alcancé a decir:

—Dile a Nathaniel que suba el Jeep. —Entonces caminé lejos de él y corrí hacia la escalera que llevaba hasta el subterráneo.

Richard estaba en marcha también. Estaba corriendo entre los árboles, las ramas y hojas lo golpeaban pero aun así, nunca se detuvo, esquivando, moviéndose, era como si el agua se hiciera carne, carne hecha velocidad. Corrió a través de los árboles, y oí algo grande acercándose hacía él. Alzó la cabeza, y supe perfectamente que la caza había comenzado.

Golpee la puerta del dormitorio de Jean-Claude, mientras veía como Richard vio a los ciervos que se lanzaron justo delante de él, corriendo por salvar sus vidas. Había otros lobos en el bosque, la mayoría de ellos habían

cambiado a su forma peluda, pero no todos.

Los guardaespaldas me abrieron la puerta y la cerraron firmemente detrás de mí. No sé lo que sintieron, o lo que vieron, y probablemente era mejor para mí.

Todavía había sábanas de seda azul en la cama, y Asher seguía sobre ellas, inmóvil, muerto. Sólo el señor de la ciudad estaba despierto, sólo él era el que se movía. Envié un pensamiento interrogándolo y sentí a todos los malditos vampiros en sus ataúdes, metidos en sus camas. Toqué a Angelito por un momento, y le encontré con el ritmo agitado, confuso, preguntándose por qué su amante no había tenido éxito en su diabólico plan.

Miró hacia arriba, cuando me vio, entonces sentí algo, yo estaba de vuelta en la cacería. Richard tenía un ciervo bajo su cuerpo, mientras este luchaba por su vida. Una garra le desgarró el estómago, le arrancó la piel, no había sido Richard, ahora, a su lado había más lobos y el ciervo se había quedado sin posibilidades. Un lobo de pelo negro rompió su garganta, y sentí a Richard montar el venado en forma humana, su excitación por la lucha creció más lentamente, espasmódica, involuntaria. El temor del venado se perdió, como el champán abierto.

La puerta del baño se abrió de golpe, golpeé la pared, y no me acordaba de haberlo hecho. Entré a través de la puerta antes de que se cerrara detrás de mí, y de nuevo, no me acordaba de haberlo hecho.

Jean-Claude estaba en la bañera de mármol negro. Estaba de rodillas, su largo pelo negro pegado a su espalda. Se había duchado. El *ardeur* me dirigía hacia él como una tormenta de necesidad corriendo por el cuarto de baño. Por supuesto, él me había sentido como una tormenta de deseo antes, pero eso no siempre significaba que la tormenta cayera sobre ti.

Pude oler la fresca, sangre caliente, cuando Richard se inclinó hacia la garganta del venado. El lobo que en realidad había hecho la matanza se había retirado, por lo que el Ulfric se podía alimentar. La piel del venado olía a acre, casi amargo, como si el miedo se hubiera adherido a la piel. No quería estar en la cabeza de Richard cuando él hincara los dientes para comerse la carne.

Me metí en la bañera con ropa incluida, el agua caliente comenzó a empapar mis pantalones casi hasta la parte superior de los muslos. «Ayúdame», dije en un susurro que estaba destinado a convertirse en un grito.

Jean-Claude se puso de pie, el agua corría por la blancura perfecta de su piel, haciendo que mis ojos recorrieran el largo de su cuerpo, la búsqueda paró en su entrepierna, estaba flácido y no está listo para mí. Grité mientras Richard hundía los dientes en la piel cubierta de pelo del ciervo.

Jean-Claude me cogió, sino me hubiera caído al agua. De repente no podía sentir a Richard. Era como si una puerta se me cerrara de golpe en la cara y hubo un segundo de bendito silencio, un silencio que recorrió todo el camino hasta mi alma.

Jean-Claude habló durante ese silencio.

—Puedo protegerte de nuestro Richard, *ma petite*, y de ti, pero no puedo protegernos también del *ardeur*.

Me miró fijamente, donde había caído medio desmayada en sus brazos, sus manos en mi espalda, mi cuerpo se inclinó hacia el agua, mis piernas empapadas por el líquido caliente.

Abrí la boca para decir algo, entonces él fue tan bueno como sus palabras, y el *ardeur* volvió con fuerza. Me convulsioné en sus brazos mientras presionaba nuestros cuerpos contra el mármol. Mis manos, mi boca, mi cuerpo pululaban sobre él, trazando sobre la marcha, la piel perfecta, acariciando el trazado débil de las cicatrices del látigo en la espalda, que eran sólo otra parte de su perfección.

Se apartó de mi boca lo suficiente como para jadear.

—*Ma petite*, no me he alimentado, no hay sangre para llenar mi cuerpo.

Miré hacia él y me encontré con sus ojos los más normales que alguna vez percibí, azul medianoche, arremetido con encaje negro. Pero no había poder en ellos. Por lo general, por el tiempo que habíamos invertido en este juego amoroso, sus ojos ya se habrían convertido en un azul puro.

Tuve que nadar a través del *ardeur*, a través de la necesidad para comprender finalmente lo que quería decir. Me aparté el pelo a un lado, y dije:

—Come, aliméntate y luego, tómame.

—No puedo rodar tu mente, *ma petite*, sólo sentirás dolor.

Sacudí la cabeza, con los ojos fuertemente cerrados, mis manos aferradas sobre la piel de sus hombros y brazos.

—Por favor, Jean-Claude, por favor, aliméntate, aliméntate de mí.

—Si estuvieras en tu sano juicio, no te ofrecerías a mí.

Tiré de la cremallera de mi pantalón, pero tuve problemas para empujar las correas de mi funda de hombro hacia abajo, como si no pudiera recordar

cómo se hacía. Grité mi frustración, sin palabras. Tal vez por eso, o porque Jean-Claude estaba tratando de luchar contra demasiadas cosas a la vez, sentí de pronto la alimentación de Richard, la carne caliente se deslizaba a grandes tragos por su garganta.

Me ahogaba, tropecé, me derrumbe contra el borde de la bañera, dejando que el agua caliente subiera hasta mi cintura. Iba a marearme.

Jean-Claude me tocó la espalda, y no pude sentir a Richard.

—No puedo escudarnos de nuestros lobos, junto con tu lucha del *ardeur* y la mía, y la lucha de mi propia sed de sangre. Es demasiado hasta para mí.

Me senté en el borde de la bañera, con las palmas de las manos aferradas al mármol, tratando de mantenerme erguida.

—Entonces no luchemos contra todo. Elije tus batallas.

—¿Qué batalla debo elegir? —preguntó con voz suave.

El *ardeur* subió como una ola suave, persiguiendo a la náusea, la sensación de la caza, de la carne y la carne bajando por mi garganta. No me había dado cuenta de que el *ardeur* tenía dulzura en sí mismo.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Jean-Claude dijo:

—Si no se lucha contra el *ardeur*, no es tan terrible.

—Al igual que la bestia, si la aceptas, no te da una paliza.

Me dio una pequeña sonrisa.

—*Oui, ma petite*.

El *ardeur* me dejó de pie, y no estaba más débil. Estaba firme en mi deseo. Me moví a través del agua caliente y a un muslo de profundidad, mis jeans aferrados a mí como una segunda piel, mis zapatos para correr deslizándose a través del espesor del agua. Lo estaba tocando sólo con mi mirada. La fuerza de sus muslos, la suelta hinchazón de la ingle, la piel un poco más oscura que en el resto de él, la línea de pelo negro que se trazaba hacia arriba, alrededor de su ombligo, a las líneas suaves de su pecho con los círculos pálidos de sus pezones, y la blancura de la plana cicatriz en forma de cruz de la quemadura. Llegué a la gracia de sus hombros, la línea de su cuello y finalmente a la cara. Nunca estaba segura de cómo mirar su cara y no quedar abrumada. Si hubiera sido solo la gloria de su pelo oscuro, podría haberlo soportado, pero esos ojos, los ojos, el azul más oscuro que podría existir sin llegar a ser negro. Ellos eran del más rico azul que nunca había visto. Sus pestañas eran tan gruesas que eran como de encaje negro. Los huesos de su rostro eran delicados, pequeños y finamente labrados,

como si quien lo había hecho había prestado atención a cada curva de su mejilla, cada giro de la barbilla, cada tramo de la frente, y finalmente la boca. Su boca era simplemente hermosa. Tan roja contra la blancura de su piel.

Le toqué la cara, trazando su borde desde el templo a la barbilla, y mis dedos se aferraron a las gotas de agua en la piel, pegadas, de manera que tocarlo a él no fue fácil, ni difícil. El *ardeur* todavía estaba dentro de mí como un gran peso caliente, pero me dio la bienvenida en esta ocasión, dio la bienvenida persiguiendo la cacería de Richard, y solo podía pensar en el hombre delante de mí.

Me miró fijamente a la cara y dije lo que estaba pensando.

—¿Era éste el rostro que lanzó miles de barcos… —Puse mi mano detrás de su cuello y comencé suavemente a traerlo más cerca, como si quisiera un beso—… y quemó las torres de Ilión? —Volví la cara y el pelo lo desplacé a un lado, exponiendo mi cuello—. Dulce Helen, ¡hazme inmortal con un beso!

Habló:

—¿Por qué, si esto es el infierno, no estoy fuera de él? ¿Piensas tú que yo, que ví el rostro de Dios, y degusté las delicias eternas del cielo, no estoy atormentado con diez mil infiernos en la privación de la felicidad eterna?

La cita me hizo darme la vuelta y mirarlo.

—Eso es parte del Dr. Fausto, también, ¿no?

—*Oui*.

—Sólo sé una cita —dije.

—Déjame darte otra. Mi beso antes de ti te ha matado, pero esto de ninguna manera, matándome a mí mismo a morir en un beso.

—Eso no es de Marlowe —dije.

—Uno de sus contemporáneos —dijo Jean-Claude.

—Shakespeare —dije.

—Me sorprendes, *ma petite*.

—Me diste una pista demasiado grande —dije—, Marlowe y Shakespeare son los contemporáneos que la gente más crítica. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué discutir conmigo en esto?

—Hoy, con el *ardeur* en todo su auge ¿Dices que me alimente de ti? Cuando la mente se haya asentado, sentirás remordimientos, y voy a ser castigado por tu arrepentimiento. —Una expresión de ese anhelo y de

frustración cruzó su rostro—. Quiero más que cualquier otra cosa compartir contigo mi sangre, *ma petite*, pero si la tomo ahora, cuando estás intoxicada, luego me lo negarás más firmemente que nunca.

Me hubiera gustado discutir con él. Me hubiera gustado encontrar otra cita de alguien para ayudar a persuadirlo, pero mi control sobre el *ardeur* no era tan bueno como el suyo, todavía. Sólo contemplando su hermosura me olvidaba de todo. Olvidaba que sabía poco de poesía. Me olvido de la lógica, la razón, la moderación. Me olvide de todo, excepto de su belleza, olvidaba todo, menos mi propia necesidad.

Me arrodille delante de su cuerpo. El agua caliente empapando mi camisa, mi sostén, mi cuerpo, metiéndome más calor a mí misma, mientras miraba la longitud de Jean-Claude. Él me miró, y aún tenía los ojos humanos, normales, hermosos a la vista, pero quería más. Incliné mi rostro en él, lentamente, a por un beso en la boca.

—*Ma petite*, no hay nada que tú puedas hacer hasta que me haya alimentado.

Puse un beso en la ingle.

Cerró los ojos, y su aliento salió en un suspiro cuidadoso.

—No estoy diciendo que no sea placentero, pero no será de ninguna utilidad.

Lo llevé a mi boca, y él estaba pequeño y suave, así que no tuve que luchar para conseguir meterlo todo dentro. Me encantaba la sensación de él cuando era pequeño, no sólo porque no tenía que luchar contra la erección para respirar y tragar, sino por la diferencia de la textura. No había nada en el cuerpo de una mujer que tuviera esta sensación de él. Me di la vuelta a su alrededor con suavidad en mi boca, y se estremeció. Chupé suavemente, tirando con mis labios, mis ojos rodando hacia arriba para verlo echar hacia atrás la cabeza, las manos convulsionando, agarrando el vacío.

Corrí lo suficiente como para susurrar, para que mi aliento acariciase la piel húmeda de su ingle.

—Creo, que puede ser utilizado para lo que pienso.

Sacudió la cabeza y me miró, y hubo una mirada que no había visto mucho en su cara. Terquedad.

—El placer lo voy a tomar de ti, *ma petite*, pero no de la sangre, mientras que no se aplaque el *ardeur*. Si todavía deseas ser probada después de que el *ardeur* se alimente, entonces con mucho gusto, con alegría, lo haré, pero no así.

Pasé mis manos por la humedad de sus caderas sin problemas.

—Necesito que te alimentes de mí, Jean-Claude, por favor, por favor.

—No —y movió la cabeza hacia mí, de nuevo.

El *ardeur* había sido preparado para ser suave, tan suave como nunca se había sentido, pero si se le negaba, no lo hacía, o no se sentía suave. Enojado, terco, engañado. Traté de pensar en el pasado, y no pude. Había sido bueno, tan bueno durante tanto tiempo. No se alimentaba de Caleb, y nadie me habría gritado que ya existía. Se había alimentado con Nathaniel, y él era mi *pomme de sang*. Quería que fuera el día que me comiera, no me gustaba que se hubiera desmayado en el club.

No me había molestado que Jason hubiera sido demasiado débil para discutir. Una vez que sentí a Jean-Claude después, supe lo que quería. Ni siquiera había visto a los otros hombres que pasaba para llegar hasta esta sala. No habían existido para mí. Ahora se me estaba negando, me rechazaba, me rechazaba a mí. Una parte pequeña de mí sabía que no era cierto, ni siquiera era justo, pero era una voz lejana. Las voces en la parte frontal de mi cabeza estaban gritando, que se joda, alimentante de él, tómalo.

Había luchado hasta que no puede más. No había nada, excepto la necesidad, y la necesidad no tuvo piedad.

Lo cubrí con mi boca otra vez, e hice algo que sólo podía hacer cuando estaba en su tamaño más pequeño. Me coloque los testículos suavemente, en mi boca, así tuve todo dentro de mi boca. Era una sensación demasiado increíble, poder abrazarlo, lamiendo con la lengua la piel floja entre sus testículos, para rodar los huevos delicados de su cuerpo contra los dientes y las mejillas. Me llenó la boca de esta manera, tan amplio, imposible de ancho, pero no porque hubiera longitud para que coincidiese con ella, no me estaba ahogando o luchando para respirar. Era como si hubiese podido, lo habría tenido dentro de mí durante varios días. Aspiré, el eje, las pelotas, todo a la vez, ajustando la boca alrededor de su base, así mis labios formaron un conjunto con su cuerpo, y lo chupé, lo lamí, lo giré, lo exploré. Miré hacia arriba y me encontré con que los ojos se habían convertido al azul, por fin, pero no me importaba nada. Cerré los ojos, envolví mis manos alrededor de la tensión suave de sus nalgas, y me entregué a la alegría de ellas.

Oí sus gritos, sentí que su cuerpo se estremecía y temblaba bajo mi tacto, pero era distante. Su carne me llenaba la boca, aplastado con tanta

facilidad en la lengua. Siempre he disfrutado de la sensación de él cuando estaba flácido, pero nunca había sido capaz de satisfacerme a mí misma, porque después de algunos toques, como todos los hombres, rápidamente tenían una erección. Envolví mi boca más y más cerca de su base y roce mis dientes muy suavemente allí. Allí, en la base que se unía a él, de modo que si mordía demasiado fuerte lo arrancaría. Sabía que eso era un acto de confianza para él. Lo apreté lo suficientemente fuerte como para hacerlo llorar, entonces tiré suavemente contra su cuerpo, utilizando principalmente los labios como presión.

Liberé sus testículos y chupé el resto de vuelta en mi boca duro y rápido, tiré más fuerte de lo que debería, para chuparlo tan fuerte y rápido como pudiera, sin control ahora, sin espera, sólo la sensación de tenerlo rodando dentro y fuera de mi boca.

Gritó mi nombre, mitad placer, mitad dolor, y el *ardeur* estalló todavía más fuertemente entre los dos. La propagación del calor hacia arriba a través de mí, y mi sentido se extendió, se empujó a sí mismo hacia Jean-Claude. Tan caliente, tan caliente, tan caliente, como si el agua que nos rodeaba estuviera hirviendo. No quedaba suficiente de mí en ninguna parte así que lo liberé de mi boca, dejándolo ir. Convulsionado contra sus piernas, mis uñas escarbando en su trasero, las caderas, muslos, cuando se balanceó por encima de mí, y luchó por mantenerse de pie.

Por último, medio se sentó, medio se desplomó en el borde de la bañera y se quedó allí, apoyado en sus brazos, la respiración demasiado agitada lo que significaba que había alimentado su *ardeur*, como me alimentado yo de él. A veces era sólo un intercambio de energías, a veces se trataba de una alimentación de verdad.

Salí de la bañera para sentarme junto a él, pero sin tocarlo. A veces, justo después de que el *ardeur* fuera alimentado, tocar a alguien lo podría encender nuevamente, especialmente entre las personas que comparten el *ardeur*. Así había sido entre Jean-Claude y Belle y así era a veces entre nosotros.

Sus ojos estaban todavía de un azul sólido, como el cielo de la medianoche, cuando las estrellas se han apagado. Su voz sonaba entrecortada, cuando dijo:

—Estás mejorando en la alimentación del *ardeur* sin un orgasmo verdadero, *ma petite*.

—Tengo un buen maestro.

Él sonrió, la sonrisa que un hombre da a la mujer cuando han terminado de haber intimado, y no es la primera vez que lo han hecho, y tampoco sería la última.

—Un alumno aventajado, *ma petite*.

Me quedé mirando a Jean-Claude, y no era por la belleza por lo que le hacía el amor, era simplemente por él. Era un amor hecho de mil detalles, un millón de conversaciones, de un billón de esperas compartidas. Un amor hecho de peligro común, de los enemigos vencidos, de la determinación de mantener a la gente que depende de nuestra seguridad a cualquier costo, y un cierto conocimiento de que ninguno de nosotros iba a cambiar al otro, incluso si pudiéramos. Me encantaba, Jean-Claude, todo él, porque si me quitaran las conspiraciones maquiavélicas, el laberinto de su mente, él disminuiría, haciendo de él alguien mejor.

Me senté en el borde de la bañera con mis pantalones vaqueros y zapatillas deportivas metidas en el agua, mirándolo reír, viendo los ojos convertirse de nuevo en humanos, y le quise, no por el sexo, a pesar de que estaba allí, sino por todo.

—Te ves muy seria, *ma petite*, ¿en qué estás pensando con esa cara tan solemne?

—En ti —dije, con mi voz suave.

—¿Por qué pensar en mí te hace ver tan solemne? —El humor comenzó a gotear de su cara, y yo estaba casi cien por ciento segura de que estaba pensando que iba a huir de nuevo. Probablemente había estado preocupado desde el momento en que compartí la cama con él y Asher. Por lo general voy hacia atrás más veces de lo que hacía alguna vez hacía delante.

—Un amigo sorprendentemente sabio me dijo que retengo una parte de mí de todos los hombres de mi vida. Dice que lo hago para mantenerme a salvo, para mantenerme a mí misma a salvo de ser consumida por el amor.

El rostro de Jean-Claude se había ido quedando serio con mucho cuidado, como si temiera que yo pudiera leer su expresión.

—Quise discutir pero no puede. Tenía razón.

Jean-Claude me miró, su cara sin expresión, pero había una tensión alrededor de sus ojos, un recelo que no podía ocultar. Estaba esperando a que cayera el golpe, me enseñó a esperarlo.

Tomé una respiración profunda, mientras lo dejaba escapar lentamente, y finalicé:

—He tenido remilgos para compartir la sangre, hemos alimentado el

ardeur el uno al otro, pero todavía no consiento que tomes mi sangre.

Jean-Claude abrió su boca como si fuera a decir algo, luego la cerró. Se había sentado más derecho, con las manos en su regazo. No era sólo su rostro el que estaba luchando para parecer neutral, aunque su lenguaje corporal era muy cuidadoso.

—Pedí que te alimentaras de mí hace unos minutos, y dijiste que no, porque el *ardeur* viajaba conmigo. No mientras estuviera ebria, esas fueron tus palabras. —Tuve que sonreír ante la elección de palabras, porque estar intoxicada era una buena descripción del *ardeur*. Licor de Metafísica.

—He alimentado el *ardeur*, los dos lo hemos hecho. Ya no estoy borracha.

Se había quedado muy quieto, con el silencio absoluto que los vampiros de edad podrían hacer. Era como si apartara la mirada, él no estaría allí cuando volviera a mirar hacia atrás.

—Hemos alimentado los dos el *ardeur*, eso es cierto.

—Entonces, todavía estoy ofreciéndote mi sangre.

Tomó una respiración profunda.

—Quiero esto, *ma petite*, lo sabes.

—Lo sé.

—¿Pero por qué ahora?

—Te lo dije, tuve una conversación con un amigo.

—No puedo darte lo que te dio Asher ayer. Con mis marcas en ti, no puedo ser capaz de enmascararlo todo. Será sólo dolor.

—Entonces, hazlo en el centro de mi placer. Hemos demostrado más de una vez que mis sensores de dolor / placer están un poco confusos cuando me emocionas lo suficiente.

Eso le hizo sonreír.

—Como haces conmigo.

Eso me hizo sonreír.

—Vamos a engañar al dolor.

—¿Y entonces? —preguntó en voz baja.

—Cuando llegue el momento, toma mi sangre, y entonces vamos a follar.

Su estallido de risa me sorprendido.

—*Ma petite*, con esas palabras tan dulces como me puedo negar, ¿cómo puedo negarme?

Me incliné hacia él, le di un beso suave en los labios, y dije:

—Tus labios me chupan el alma: ¡mira, dónde vuela! Ven, Helena, ven, dame mi alma de nuevo. Aquí voy a detenerme, porque el cielo está en estos labios, y todo lo que no es Helena es basura.

Me miró a la cara con demasiado anhelo.

—Pensé que habías dicho que no podías recordar más de la obra.

—Me acordé de más —susurré—, ¿no?

Sacudió la cabeza, y estábamos tan cerca que sus cabellos rozaron los míos de tal forma que no podrías diferenciar donde empezaba uno y donde acababa el otro.

—No contigo cerca de mí, no.

—Bien —dije sonriendo—, pero me debes la promesa de que una noche nos pondremos a leer toda la obra turnándonos, nos leeremos el uno al otro.

Él sonrió, y fue la sonrisa que había llegado a valorar más que ninguna otra, era real y vulnerable, y creo que una de las pocas cosas que pertenecían al hombre que podría haber sido si Belle Morte no lo hubiera encontrado.

—Te lo juro y con mucho gusto.

—Entonces ayúdame a quitarme estos vaqueros húmedos y dejaremos la poesía para otra noche.

Él tomó mi cara entre sus manos.

—Siempre hay poesía entre nosotros, *ma petite*.

Mi boca estuvo seca de repente, y fue difícil aceptar el paso de mi pulso. Mi voz estaba entrecortada.

—Sí, pero a veces no nos salen las quintillas adecuadamente.

Se echó a reír mientras me besaba, entonces me ayudó a salir de los pantalones mojados, húmedos y los calcetines y los zapatos mojados, y todo lo demás que estaba mojado. Cuando mi cruz quedo expuesta, no brillaba. Simplemente estaba allí reflejando las luces del techo. Jean-Claude desvió la mirada, como siempre hace cuando ve un objeto sagrado, pero era la única pista de que la cruz le molestaba. Me di cuenta que nunca había puesto una cruz cerca de Jean-Claude y la hacía brillar. ¿Qué significa eso?

Normalmente soy bastante sencilla, excepto en las áreas emocionales, pero estaba tratando de ser diferente, cambiar eso, así que le pregunté.

—¿Realmente te duele mirar mi cruz?

Miró con determinación al borde de la bañera.

—No.

—¿Entonces por qué miras a otro lado?

—Debido a que comenzará a brillar, y no quiero eso.

—¿Cómo sabes que empezará a brillar?

—Porque soy un vampiro, y tú eres una verdadera creyente. —Todavía estaba mirando el agua, el mármol de la bañera, en cualquier lugar, y en todas partes, excepto en el pecho con la cruz todavía colgando a mi alrededor.

—Nunca he tenido un resplandor de la Cruz cuando he estado alrededor de los vampiros solamente.

Miró a eso, luego rápidamente bajó la mirada.

—Eso no puede ser verdad.

Lo pensé un poco más.

—No puedo recordar que esto ocurriera así como así. Brillaba solo cuando estaba en peligro, pero no se ilumina así, sin nada más.

Se movió en el agua lo suficiente para enviar unas pocas salpicaduras contra mis piernas.

—¿Acaso importa? —Su voz trasmitía lo muy poco que le gustaba el tema.

—No lo sé —dije.

—Si realmente no lo deseas, me iré.

—No es que no sea honesta, Jean-Claude.

Puso una mano en el borde de la bañera y salió.

—Jean-Claude —dije.

—No, *ma petite*, no quieres esto, o no te aferrarías a tu objeto sagrado. —Sacó una toalla de color azul vibrante que coincidía con las sábanas de la cama y comenzó a secarse.

—Mi punto es… ¡Oh, diablos!, no sé lo que quiero decir, simplemente no te vayas. —Coloque mis manos atrás para desenganchar el cierre de la cadena, y la puerta se abrió. Asher entró, recubierto de sangre seca, toda mía. Eso debería haberme molestado, pero no lo hizo. Su pelo seguía cayendo sobre sus hombros, como un trompo de oro, y con Asher, no era un eufemismo para la rubia. Su pelo era como de hilos de oro y espesa, las ondas suaves. Sus ojos de un azul tan pálido que era como el cielo de invierno, pero más cálido, más… vivo. Se dirigió hacia nosotros, su largo cuerpo desnudo y perfecto. Las cicatrices no lo hacían menos perfecto, eran simplemente una parte de Asher, y no desvirtuaban la gracia divina, cuando se trasladó a la sala. Era tan hermoso que detuvo el aliento en mi garganta,

me dolía el pecho al verlo. Quería decir, ven con nosotros, pero mi voz no salió por la pura maravilla cuando se deslizó hacia nosotros en los estrechos pies descalzos.

La cruz cobró vida sin quemarme, no el blanco resplandor caliente que había tenido en el Jeep, pero lo suficientemente brillante. Lo suficientemente brillante para tener que parpadear. Lo suficientemente brillante para ayudarme a pensar. Asher todavía era hermoso, nada podría cambiar eso, pero ahora podía respirar, moverme, hablar. Aunque no tenía ni idea de qué decir. Nunca había tenido un resplandor de la Cruz en torno a él tampoco, hasta ahora.

Fue Jean-Claude, quien lo dijo:

—¿Qué has hecho, *mon ami*? ¿Qué has hecho? —Estaba de espaldas a la luz de la cruz y estaba usando la toalla para ayudar a proteger sus ojos.

Asher había levantado el brazo para proteger su propia mirada azul pálido.

—Traté de robar su mente lo suficiente para darle placer, pero el *ardeur* fue demasiado.

—¿Qué has hecho? —preguntó Jean-Claude de nuevo.

Vi a los dos a la luz de la cruz, uno escondido detrás de la toalla azul, el otro detrás de su propio brazo, y conteste por él:

—Se dio a mí. Me robó mi mente, completa y absolutamente.

Aunque como ya he dicho, sabía que él había hecho más que eso. Me habían lanzado antes. Incluso había sido seducida alguna vez por Jean-Claude cuando nos conocimos. Pero los poderes de vampiro para enturbiar la mente son una moneda de diez centavos entre una, la mayoría de ellos puede hacerlo. La mayoría de los jóvenes tiene que capturar con su mirada, pero los viejos, simplemente pueden pensar en ti. Yo era inmune a la mayoría de ellos, en parte por la natural capacidad como un nigromante, y en parte por las marcas de Jean-Claude. Pero no era inmune a Asher. La cruz seguía brillante, los vampiros mantenían el blindaje de sus ojos, e incluso con ellos escondiéndose de la luz blanca, todavía quería estar con ellos, pero ahora tenía que preguntarme cuánto de eso era yo, y cuánto derivado de los malditos trucos de Asher. Maldita sea.



TREINTA Y DOS

Terminamos en el dormitorio, pero no para nada divertido. Me quité y me metí atropelladamente en la ropa que tenía en el circo. Tuve que ponerme los zapatos mojados de nuevo. Mi cruz la guardé nuevamente debajo de la blusa. Una vez que se fue debajo de la camisa, dejó de brillar, pero todavía había un calor como un pulso que salía de la misma.

Jean-Claude había anudado la toalla azul alrededor de su cintura, quedando cubierto casi hasta los tobillos. Se había puesto una pequeña toalla en el pelo y el azul de la tela sacó el azul de sus ojos. El ver su cara libre de todo el pelo le daba un aspecto más parecido a un niño para mí. Eran los huesos de las mejillas lo que le salvó la cara de ser totalmente femenino. Seguía siendo hermoso, pero una pulgada más cerca de guapo sin ese velo negro de pelo.

Asher aún estaba vestido con nada más que la sangre seca y el derrame de su propio pelo. Estaba paseando por la habitación como una especie de

bestia enjaulada.

Jean-Claude simplemente se sentó en el borde de la cama con las sábanas azules aún manchadas con la sangre y otros fluidos. Parecía desanimado.

Me quedé tan lejos como pude, con los brazos cruzados sobre el estómago. Había dejado mi pistolera desatada, para no acariciar mi arma, mientras discutía. Tenía la esperanza de que el tono de la hostilidad fuera bajo, no hacia arriba.

Jean-Claude puso su cara entre las manos, toda la piel pálida y tela azul, toallas y sábanas que le rodea.

—¿Por qué lo hiciste, *mon ami*? Estuvimos a punto de estar juntos como estamos destinados a estar.

No estaba segura de que me gustara la manera en que Jean-Claude estaba seguro de mí, pero realmente no podía discutir sin mentir, así que lo dejé pasar. Cerrar la maldita boca, rara vez es un mal movimiento de mi parte.

Asher se detuvo y dijo:

—Anita ha sentido como me alimento. Sabía que podría confundir su cabeza por completo. No dijo que no lo hiciera. Dijo que podía hacer uso de ella, para alimentarme de ella y así lo hice. Hice lo que me dijo que hiciera, y ella era consciente de cómo lo haría, porque me ha alimentado una vez.

Jean-Claude levantó la cara de sus manos como un hombre que se ahoga, subiendo por aire.

—Sé que Anita dejó que te alimentaras de ella cuando te estabas muriendo en Tennessee.

—Me salvó —dijo Asher. Había llegado al final de los cuatro postes de la cama con dosel.

Vi a los dos enmarcados contra las sábanas de color azul, hace un momento habíamos tenido un muy buen momento. Me quedé allí queriendo a ambos, y mis brazos se aferraron en torno a mí, como si al hacerlo con suficiente fuerza pudiera evitar lo que sucedería.

—*Oui*, te salvó, pero no enmarañaste su mente por completo, porque hubiera sentido tu toque en su mente y corazón, y no estaba allí.

—Traté de enmarañar su mente, porque me pareció que todos los vampiros que llevan su sangre caen de alguna manera bajo su influencia, bajo su poder. Es casi como si cuando un vampiro se alimenta de ella, es

ella la que lo controla, no al revés.

Me quedé donde estaba, pero no podía dejarlo ir.

—Confía en mí, Asher, no funciona de esa manera. He tenido vampiros que me mordieron y caí bajo su dominio antes.

Me miró, con sus pálidos ojos claros.

—¿Pero cuánto tiempo hace de eso? Creo que tus poderes han aumentado desde entonces.

Mi mirada se deslizó por su cuerpo, siguiendo el patrón de la sangre sobre la piel pálida, ligeramente teñida de oro. Cerré los ojos para decir lo siguiente, porque tenía que dejar de mirarlo.

—¿Sientes que tienes que hacer lo que te digo?

Dudé, y luché contra el impulso a mirarlo, para verle pensar.

—No. —Su voz fue suave.

Tomé una respiración profunda, la dejé escapar lentamente, abrí los ojos, y luché como un infierno para mirar a Asher a la cara y nada más.

—Mira, no estás bajo mi poder ni nada.

Hizo un pequeño gesto.

—¿Estás bajo mi poder, entonces? No puedo dejar de mirarte. No puedo dejar de pensar en lo que hicimos, lo que todavía podríamos hacer.

Soltó una carcajada áspera, y me dolió oírlo, como si hubiera golpeado a lo largo de mi piel.

—¿Cómo puedes no pensar en nosotros, mientras estamos aquí frente a ti así?

—Oh, eres un arrogante —dije, con los brazos aferrados a mí misma como si fuera el último lugar seguro para que estuvieran.

—Anita, estoy pensando en ti, también. El derrame pálido de tu espalda, la curva de la cadera, el montículo de tu trasero, debajo de mí. La sensación de frotarme a lo largo del suave calor de tu piel.

—Para —dije, y tuve que rechazarlo porque estaba enrojeciendo y de repente me dificultó respirar.

—¿Por qué parar? Es en lo que todos estamos pensando.

—A *ma petite* no le gusta que se le recuerde el placer.

—¡Dios mío!, ¿por qué no?

Miré a tiempo para ver a Jean-Claude dar a todos como fin un encogimiento de hombros, lo que significaba todo y nada. Normalmente le hacía parecer gracioso, hoy en día parecía cansado.

—Anita —dijo Asher.

Lo miré, y esta vez pude hacer contacto visual, salvo que la mirada fija en esos ojos sorprendentes no era mucho más segura que mirar a su cuerpo increíble.

—Dijiste que me querías dentro de ti, que recuerde. Y cuando te desnudaste el cuello me dijiste: «Sí, Asher, sí».

—Recuerdo lo que dije.

—Entonces, ¿cómo puedes estar enojada conmigo por hacer lo que tú me pediste? —Dio tres pasos más cerca de mí, y copie sus movimientos y me alejé de él—. ¿Cómo puedes echarme la culpa por esto?

—No lo sé, pero soy así. Que no es justo, o tal vez no es injusto, no lo sé, pero soy así.

Jean-Claude habló entonces, su voz, como el suspiro del viento fuera de una sola puerta.

—Si no te hubieras apartado o negado a ti mismo, *mon ami*, incluso ahora podríais estar junto con nosotros en el baño.

—No lo sé —dije. Mi voz sonaba enojada, y me alegré.

Jean-Claude me miró con esos ojos azules negros.

—¿Estás diciendo que podrías rechazar tal recompensa, una vez probada?

No me puse roja más bien me puse pálida.

—Bueno, eso es ahora discutible, porque hiciste trampa. —Señalé a Asher para dar un énfasis dramático.

Me miró con la boca abierta.

—¿Cómo que hice trampa?

Jean-Claude volvió a cubrir su cabeza con sus manos.

—*Ma petite* no permite el engaño vampiro en ella. —Su voz fue apagada, pero extrañamente clara.

Asher nos miró de uno a otro.

—¿Nunca?

Jean-Claude respondió sin moverse, la cabeza todavía en sus manos.

—Para la mayoría, *oui*.

—Entonces, ¿nunca ha probado como estáis predestinados a uniros? —dijo Asher, y su voz tenía una sorpresa suave.

—Esa es su elección —dijo Jean-Claude, levantó la cara lentamente, para poder cumplir con esa mirada azul, y había algo de ira en sus ojos.

No entendía toda esta conversación, y no estaba segura de que quisiera, por lo que lo ignoré. Siempre he sido malditamente buena ignorando lo que

me hace sentir incómoda.

—El punto es que Asher utilizó artimañas vampiro en mí. Ha hecho algo para nublar mi forma de pensar sobre él. Ahora no sé, nunca sabré, si lo que siento es real, o un truco. —Allí, estaba yo segura de la superioridad moral en esto, por lo menos.

Jean-Claude hizo un gesto de *voilà* con las manos, como diciendo, ves, te lo dije.

La cara de Asher comenzó a cambiar su aspecto hacia la ira y desconcierto algo que a ambos se les daba muy bien.

—Así que era sólo una mentira.

Miré a ambos.

—¿Qué era una mentira?

—Que querías estar conmigo y con Jean-Claude.

Fruncí el ceño.

—No, no era una mentira. Lo dije en serio.

—Entonces, este *faux pas* no cambia nada —dijo.

—Has ensuciado mi mente, no creo que eso sea solo un paso en falso. Creo que es malditamente grave. —Tenía las manos en las caderas, mejor aferrarme a mí misma para no tocar a nadie. Abracé mi enojo, porque les hacía menos bellos. Desde luego, lo hizo todo menos bello.

—Así que has mentido —dijo Asher, su rostro estaba casi vacío de cualquier expresión.

Odiaba verlo encerrarse así, pero no sabía qué hacer para detenerlo.

—¡Maldita sea! No, no mentía. Tú eres el que cambió las normas, Asher, no yo.

—No he cambiado nada. Has dicho que estaríamos juntos. Me ofreciste tu cama. Me pediste estar dentro de ti. Jean-Claude dijo que tu dulce culo no había sido tocado, y el profundo placer de tu cuerpo estaba lleno, ¿dónde se supone que tenía que ir?

Luché para no ruborizarme pero fracasé.

—Fue el *ardeur* el que habló y tú lo sabías.

Se apoyó hasta que llegó a la orilla de la cama, y medio se desplomó en las sábanas de color azul. Agarrando las sábanas para evitar que se cayeran. Su rostro era blanco, pero el resto estaba actuando como si lo hubiera golpeado, y sabía que yo había dicho algo equivocado.

—Me dijiste que cuando se enfriara el *ardeur* no encontrarías una forma de rechazarme, para rechazar esto, —y señaló a Jean-Claude en el

otro extremo de la cama—, y en el propio lecho, y lo has hecho como pensaba. —Se levantó de la cama, aferrándose al poste de madera por un momento, como si no estuviera seguro de que sus piernas lo sostuvieran. Dio un paso provisional fuera de la cama, casi se tambaleó, y luego otro y otro. Cada paso era más firme que el anterior. Fue hacia la puerta.

—Espera un minuto, no vas a salir así como así —dije.

Dejó de caminar, pero no se dio la vuelta y respondió, dando una visión clara de la perfección de la parte posterior de su cuerpo.

—No puedo salir hasta que Mussete se haya ido. No le daré ninguna excusa para llevarme con ella al tribunal. Si no pertenezco a nadie, lo hará, y no tendré motivos para negarme. —Se frotó las manos sobre los brazos como si tuviera frío—. Cuando se haya ido Musette, voy a hacer mi petición a otro maestro de la ciudad. Hay con quienes me llevaría muy bien.

Caminé hacia él.

—No, no, tienes que darme tiempo para pensar en lo que hiciste. No es justo que te alejes de esta manera. —Estaba casi sobre él cuando se dio la vuelta, y la rabia en su rostro me detuvo como si hubiera chocado contra un muro.

—¡Justo! ¿Te parece justo que me ofrezcas lo que más anhelo y quiero, sólo para arrancármelo de mi alcance? —Trató de calmarse, ya que hizo exactamente lo que le dijeron que podía hacer, lo que se le pidió. No gritó, pero su enojo llenó su voz, de modo que cada palabra era como un atizador al rojo vivo arrojándolo a mi cara.

No supe qué decir al ver su cara llena de ira.

—No, no puedo quedarme y veros a Jean Claude y a ti juntos. Prefiero estar fuera de vuestra vista a partir de ahora, demasiado cerca, pero fuera de tu cama, tus brazos, tus afectos. —Se cubrió la cara con las manos y dio un lamento en voz baja—. Para estar con nosotros como nuestra amante necesitas dejarte seducir por nuestros poderes. —Arrancó sus manos de su cara y me dejó ver sus ojos ahogados en azul, que componían su enojo por la falta de sangre—. Nunca habría soñado que Jean-Claude no lo hubiera hecho. —Miró al otro hombre, todavía sentado en el borde de la cama—. ¿Cómo puedes estar con ella durante tanto tiempo y resistir la tentación?

—Ella es la más firme contra estas cosas —dijo Jean-Claude—. Por lo menos has tenido su sangre dispuesta, nunca he sido tan bendecido.

Asher frunció el ceño, y se veía mal en ese hermoso rostro, como un

ángel con el ceño fruncido.

—Eso me sorprende todavía, aunque ya lo sabía. Pero ella ha dado sus encantos sobre ti, y ahora nunca sabré de ellos.

Todo esto sucedía demasiado rápido para mí.

—Jean-Claude entiende las reglas, y los dos vivimos con ellas. —Por supuesto, yo sola había estado a punto de cambiar las reglas, pero no pensé que Asher necesitase saber eso ahora.

Asher sacudió la cabeza, envío la espuma de pelo dorado deslizándose sobre sus hombros.

—Incluso si he entendido bien las reglas, Anita, no podría regirme por ellas.

Eso me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Anita, no somos humanos, no importa lo mucho que algunos de nosotros lo intentemos. Pero no todo es malo. Has entrado en nuestro mundo, pero te estás negando lo mejor de nosotros, mientras que sólo ves lo peor. Pero lo más horrible de todo, en que niegas a Jean-Claude lo mejor de su propio mundo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—El celibato es para ahorrarte sufrimientos, pero no tiene placer completo ni contigo ni con cualquier otra persona. —Hizo un gesto que no entendí—. Al mirarte a la cara, Anita, veo lo que se ve en América. El sexo no es sólo el coito, o incluso el orgasmo, y eso es especialmente cierto para nosotros.

—¿Por qué, porque eres francés?

Me dio una mirada tan grave que mi intento de humor murió en mi pecho como un peso frío.

—Somos vampiros, Anita. Más que eso, somos vampiros de la línea del maestro Belle Morte. Podemos darte el placer que ningún otro te puede dar, y que podemos disfrutar como ningún otro puede experimentar. Al poneros de acuerdo para limitaros a vosotros mismos, Jean-Claude se ha negado a sí mismo una gran cantidad de lo que hace que esta existencia sea soportable, incluso divertida.

Miré a Jean-Claude.

—¿Cuánto te has estado guardando?

No encontró mi mirada.

—¿Cuánto, Jean-Claude?

—No puedo hacer que con mi mordisco sientas verdadero placer como Asher. No puedo robar por completo tu mente como él. —Todavía no me miraba.

—Eso no es lo que pregunté.

Suspiró.

—Hay cosas que puedo hacer que no has visto. He tratado de cumplir tus deseos en todas las cosas.

—Bueno, yo no —dijo Asher.

Los dos lo miramos.

—Anita siempre encontrará alguna razón para impedir que estemos los dos con ella. Ni siquiera se puede permitir que su único amante vampiro sea verdaderamente vampiro. ¿Cómo podría soportar el contacto pleno con dos de ellos?

—Asher —dije, pero no supe qué más decir, todo lo que sabía era que me dolía el pecho, y era difícil respirar.

—No, siempre encontrarás algo en el hombre que no es lo suficientemente bueno, ni lo suficientemente puro. Has venido a nosotros por necesidad, incluso por amor, pero nunca será suficiente. No nos permites ser suficiente, incluso para nosotros mismos. —Sacudió la cabeza de nuevo, en una ráfaga de brillo que destrozó las luces, como espejos de oro—. Mi corazón es demasiado frágil para jugar a estos juegos, Anita. Te quiero, pero no puedo vivir, por no hablar de amor, de esta manera.

—Ni siquiera hace una hora que utilizaste artimañas de Vampiro en mí.

Puso una mano sobre uno de mis hombros, y el peso de sus manos hizo que mi piel se calentara.

—Si no es esto, será otra cosa. Te he visto con Richard, Jean-Claude, y ahora Micah ganan su camino a través de tu laberinto por el simple hecho de estar de acuerdo en todo lo que pides. Jean-Claude gana su lugar en los bordes de tu laberinto por ser el corte de un placer increíble. Richard no andará tu laberinto, porque tiene el suyo, y sólo una persona puede estar tan confusa en una relación a la vez. Alguien tiene que estar dispuesto a negociar, y Richard no lo hará hasta que tú te pongas en peligro suficiente.

Me dejó ir, y la ausencia de sus manos, casi me hizo tambalearme, como si me hubiera quitado un abrigo, y yo estaba perdida en la tormenta.

Comenzó a caminar de espaldas hacia la puerta.

—Pensé que haría cualquier cosa para estar con Jean-Claude y su nueva sirviente. Pensé que haría cualquier cosa para estar de vuelta en la

seguridad de los brazos de las dos personas que me amaban. Pero ahora entiendo que el amor siempre llega con condiciones y no importa lo bueno de tus intenciones, algo que te retiene, Anita. Algo que no te permitirá darte por completo hasta el momento, en este objeto brillante llamado amor. Te mantienes atrás y frenas a los que te aman. No puedo vivir un amor que se ofrece en un momento y se niega al siguiente. No puedo vivir siendo castigado por lo que no puedo cambiar.

—No es un castigo —dije, y mi voz sonaba extraña, estrangulada.

Me dio una sonrisa triste y arrojó su pelo sobre la cara llena de cicatrices, así que me miró con nada más que su perfil perfecto.

—Para citarte, *ma cherie*, el infierno no lo es. —Se giró y se acercó a la puerta.

Le llamé.

—Asher, por favor… —Sin embargo, no se detuvo. La puerta se cerró detrás de él, y la sala se llenó de un profundo silencio.

Jean-Claude habló en aquel silencio, y su voz suave, me hizo saltar.

—Reúne tus cosas, Anita y vete.

Lo miré y, luego, mi pulso estaba en mi garganta, y tuve miedo, mucho miedo.

—¿Me estas echando a patadas? —Mi voz ni siquiera se parecía a la mía.

—No, pero en este momento necesito estar solo.

—No has comido aún.

—¿Estás diciendo que estarías dispuesta a darme de comer, ahora? —No me miró cuando me preguntó. Tenía la mirada fija en el suelo.

—En realidad, no estaré de humor nunca más —dije, y mi voz estaba luchando para volver a la normalidad. Jean-Claude no iba a echarme a patadas de su vida, pero no me gustó que no me mirara.

—Creo, que te podrías quedar solo para alimentarme, pero como no eres alimento. Entonces, por favor, vete.

—Jean-Claude…

—Sólo vete, Anita, vete. Necesito que no estés aquí ahora mismo. No necesito mirarte, ahora mismo. —Los primeros movimientos de la ira estaban entrando en su voz, como un fusible recién prendido y funcionando con el fuego, pero realmente no quemaba, todavía no.

—¿Podría ayudar si digo que lo siento? —Mi voz era pequeña, cuando le pregunté.

—Que entiendas que tienes que disculparte por algo ya es un comienzo, pero no es suficiente, no hoy. —Me miró entonces, y sus ojos brillaban en las luces, no con el poder, sino con las lágrimas.

—Además, no es a mí a quien le debes una disculpa. Ahora vete, antes de decir algo que los dos lamentemos.

Abrí la boca, respiré para responder, pero él levantó la mano y dijo, simplemente:

—No.

Recogí la pistola y pistolera del cuarto de baño. La ropa mojada la dejé en el suelo del cuarto de baño. No miré hacia atrás, porque trataría de darle un beso. Creo que si lo viera habría tratado de tocarlo, tendría que hacerme daño. No quiero decir que me asombrara, pero hay mil maneras de lastimar a alguien que no tiene nada que ver con la violencia física. Había palabras atrapadas en sus ojos, un mundo de dolor brillaba. No quería escuchar esas palabras. No quería sentir ese dolor. No quería verlo, ni tocarlo, o tener que insistir sobre ello en las llagas de mi propio corazón en ese momento. Creía que tenía razón, y una niña tiene que tener algunas normas. No dejo que me utilicen con sus artimañas vampíricas, sólo que a mi cuerpo le había parecido una buena norma hace una hora.

Cerré la puerta detrás de mí, me apoyé en ella, y luché para tener un aliento que no me agitara. Mi mundo ha sido más sólido hace una hora.



TREINTA Y TRES

Todavía estaba temblando apoyada contra la puerta cuando Nathaniel se acercó a mí. No lo vi al principio, a pesar de que estaba de pie delante de mí. Estaba mirando el suelo, cuando vi sus zapatos de correr, sus piernas, y sus pantalones cortos antes de mirar lentamente y encontrarme con su rostro. Se sentía como si me hubiera tomado mucho tiempo buscar su cuerpo, y encontrarme con esa cara familiar de ojos color lila.

—Anita… —su voz era suave.

Me tendió una mano, como si necesitara a alguien bueno para mí, porque iba a desmoronarme. Pero no podía permitírmelo en este momento. Si Asher se iba, entonces probablemente también Musette. Normalmente, la idea habría sido suficiente para que me pusiera de los nervios con un vampiro cerca. Hoy en día estaba vacía. Estaba vacía. Era lo que Marianne, mi maestra psíquica, llamaba una «cabeza ciega». Sucede a veces, cuando se ha tenido un shock físico, emocional, o de lo que sea. No se vale una

mierda para cosas metafísicas hasta que esta desaparece, si es que desaparece. Hace unos segundos parecía que el mundo se abría a mis pies y me tragaba, mientras que un gran agujero negro devoraba mi corazón.

—¿Qué pasa, Nathaniel? —Mi voz era apenas un susurro. Me aclaré la garganta, bruscamente, para repetir si es que no me había oído.

—Los dos hombres que nos seguían en el Jeep azul fueron vistos en el estacionamiento de atrás. Tienen un coche diferente, pero siguen siendo ellos.

Asentí, y el agujero negro a mis pies se empezó a cerrar. Aún dolía, y todavía estaba con la cabeza ciega, pero eso no importaba. A las armas no les importa si uno está físicamente bien. A las armas no les importa nada. No es acerca de ser, tampoco, una perra respecto a las reglas en mi vida personal. *Por supuesto, un perro no tiene que utilizar a un aguafiestas. Rápidamente después de que alcanzara mi arma. A veces una bolsa de plástico es necesaria, pero normalmente no es mi trabajo*.

Me sentía mejor. Más firme. Esto lo podía hacer.

—Encuentra a Bobby Lee, quiero la mejor gente que tenga para el trabajo del coche.

—¿El trabajo del coche? —Nathaniel lo hizo una pregunta.

—Vamos a la caza de ellos y averiguar por qué nos siguen.

—¿Y si no quieren decírnoslo? —preguntó.

Lo miraba mientras me deslizaba la funda sobre el hombro y ajustaba mi cinturón sin rosca, así podría desenfundarla. No había dicho nada mientras preparaba el arma, sabía exactamente donde la quería. Tenía que llevar la culata de la pistola un poco más abajo de lo que hubiera querido para poder ganar velocidad, porque al acercarlos más se reduce la velocidad al golpear mi pecho con el borde de la pistola. Así, la tenía en un ángulo un poco más abajo, para evitar el pecho. Algunas leyendas dicen que las amazonas se cortaban un seno para ser mejores en el tiro con arco. No creo eso. Creo que es sólo otro ejemplo de hombres que piensan que una mujer no puede ser un gran guerrero sin mutilar su condición de mujer, simbólicamente, o de otra manera. Nosotras podemos ser grandes guerreras, solo que hemos recibido un equipo un poco diferente para trabajar.

Nathaniel parecía muy solemne.

—No he traído un arma.

—Eso es genial, porque no vienes.

—Anita…

—No, Nathaniel. Te he enseñado acerca de las armas para que no te hagas daño a ti mismo, y que en caso de emergencia puedas defenderte. Esto no es una emergencia. Quiero que permanezcas fuera de la línea de fuego.

Algo revoloteaba sobre su rostro, algo que podría haber sido un gesto de obstinación. Se desvaneció, pero tenaz era algo que yo nunca había visto en Nathaniel. Lo quería más independiente, pero no terco. Era la única persona en mi vida que hacía lo que le pedía y cuando se lo pedía. Hecho que en segundo lugar apreciaba.

Lo abracé, y creo que nos tomó a ambos por sorpresa. Le susurré al oído, apoyada contra la dulce esencia de vainilla de su mejilla.

—Por favor, haz lo que te digo.

Se quedó callado por un instante, y luego entornó sus brazos a mí alrededor, y me susurró:

—Sí.

Me aparté de él, poco a poco, observando su cara, con ganas de preguntarle si él encontraba mis «reglas» una carga, ¿me hubiera dado la otra mitad del placer de su vida también? No le pregunté, porque realmente no quería saberlo. No es que mi valor me fallara, era más mi cobardía la que me abrumaba. Había tenido toda la verdad que podía soportar y seguir permaneciendo de pie durante un día.

Le di un beso en la mejilla y fui a la izquierda para encontrarme con Bobby Lee. Confiaba en él para tenerlo en la línea de fuego. Pero era más que eso, no estaba durmiendo con Bobby Lee. No lo quería. A veces el amor te hace egoísta. A veces te hace tonto. A veces te recuerda el por qué amas a tu arma.



TREINTA Y CUATRO

Estaba mirando a través de un par de binoculares en un automóvil estacionado en la esquina más lejana del Circo de los Malditos, en el estacionamiento.

Nathaniel tenía razón, eran los mismos hombres, pero ahora estaban en un Impala, color dorado grande, de la década de 1960, o algo así. Era grande, viejo, pero se encontraba en buena forma. También era muy diferente al Jeep azul brillante nuevo con el cual nos habían estado siguiendo antes.

Se habían cambiado de modo que el rubio era el conductor. Con los prismáticos pude ver que parecía más joven, menor de cuarenta años, más de veinte y cinco años. Estaba bien afeitado, con un simulacro de cuello negro y gafas de marco de plata. Sus ojos eran pálidos, gris o azul grisáceo.

El hombre de pelo oscuro había puesto un tope y cambió a un mayor par de gafas de sol. Su rostro era delgado, afeitado, con un buen lunar

grande en una esquina de su boca. Lo que se utiliza para llamar como una marca de belleza. Los vi allí sentados, y me pregunte por qué no, al menos, leer un periódico, o tomar un café, algo, cualquier cosa.

Habían hecho todo lo que tenían que hacer, de acuerdo con Kasey Krime Tapones 101. Habían cambiado de vehículos. Habían hecho pequeños cambios en su apariencia. Todo esto podría haber funcionado, si no estuvieran sentados fuera del Circo de los Malditos, sin hacer nada.

No importa lo inteligentes que fueran para disfrazarse, muy pocas personas se sientan en un coche en medio de la mañana y no hacen nada. También el estacionamiento de empleados estaba casi vacío antes del mediodía. Una vez que caía la noche, probablemente podría haber coches estacionados y no serían notados con tanta rapidez, pero era por la mañana y no podían esconderse. Bobby Lee me fue explicando todos los concejos de Krime Kasey Tapones.

—Si no hubieran cambiado los coches, y no hubieran hecho nada para cambiar su apariencia, podría significar que no les importa si los viste. Ni siquiera si no querían que los detectaras. Pero han cambiado lo suficiente. Creo que realmente están tratando de seguirte. —Le devolví los prismáticos.

—¿Por qué me siguen?

—Generalmente, cuando la gente te comienza a seguir, ¿sabes por qué?

—Pensé que podrían ser *Renfields* por Musette y compañía, pero no creo que los *Renfields* se hubieran tomado la molestia de cambiar su aspecto así. La mayoría de los *Renfields* no son las personas más brillantes. —Bobby Lee me sonrió.

—¿Cómo puedes ser amiga de tantos chupasangres, y todavía ser tan malditamente desdeñosa con ellos? —Me encogí de hombros, y mi gesto no fue agraciado. Nunca lo había sido.

—Sólo suerte, supongo. —La sonrisa se le quedó, pero los ojos comenzaron a ir en serio.

—¿Qué quieres hacer con estos dos?

Por un segundo, pensé que se refería a Asher y a Jean-Claude, entonces me di cuenta de que se refería a los dos patanes del Impala. El hecho de que ni siquiera por un segundo pensase que quería decir otra cosa, esto me dijo lo mal que estaba mi concentración. El tipo de concentración con el que te matan en un tiroteo.

Tomé una respiración profunda, otra, la solté lentamente, tratando de

despejar mi cabeza. Tenía que estar aquí, ahora, no preocuparme por mi vida personal, cada vez más compleja. Aquí y ahora con los hombres y mujeres con armas de fuego, a punto de arriesgar sus vidas porque les pedí hacerlo.

Tal vez los dos hombres en el coche no eran peligrosos en absoluto, pero no podía contar con eso. Teníamos que tratarlos como si lo fueran. Si nos equivocamos, no pasaba nada. Si estábamos en lo cierto, iríamos tan preparados como podíamos estar. No pude evitar la sensación de desastre inminente. Miré el cuerpo alto de Bobby Lee.

—No quiero a ninguno de vosotros muerto.

—No nos gustaría algo así cuando podríamos evitarlo nosotros mismos. —Sacudí la cabeza.

—No, no es eso, lo que quiero decir. —Me miró con cara muy seria de pronto.

—¿Qué sucede, Anita? —Suspiré.

—Creo que estoy perdiendo los nervios por esta mierda. No por mi propia seguridad, sino por todos los demás. La última vez que me ayudó un ser rata, uno de vosotros murió, y el otro estuvo muy mal.

—Me curé muy bien. —Nos dijo Claudia a todos.

De una altura de seis pies y musculatura grande. Su pelo negro y largo, recogido en una cola de caballo, apretada, dejando su cara limpia y sin adornos. Nunca la había visto usando maquillaje, y tal vez porque nunca la había visto ninguna vez más, igualmente no lo necesitaba.

Llevaba un sostén deportivo azul marino y un par de pantalones de mezclilla oscura. Solía ponerse sujetadores deportivos, creo que porque había tenido problemas para encontrar camisetas que se ajustaran a la contextura espectacular de sus hombros y pechos. Era levantadora de pesas, pero no llegando al punto donde la confundirías con un hombre. No, Claudia era definitivamente una mujer.

La última vez que la había visto, había tenido unos malditos tiros en su brazo. Había unas líneas débiles de cicatrices en su hombro derecho, de color rosa y blanco. La bala de plata incluso en las cicatrices cambia la forma de ellas. Incluso había tenido una remota posibilidad de que por culpa de la plata podría haber perdido el uso de su brazo. Sin embargo, el brazo derecho, parecía con musculatura y todo como el de la izquierda.

—Te ves genial, ¿Cómo está el brazo? —pregunté, sonriendo.

Una de mis cosas favoritas sobre los monstruos es su rápida curación.

De hecho parecían seres humanos, difíciles de matar para mí, los monstruos tenían más capacidad para sobrevivir. Bien por ellos, mal para mí.

Claudia flexionó el brazo, y los músculos ondularon bajo su piel. Era francamente impresionante. Levanto pesas, pero no me quedan así.

—No está todavía a plena capacidad. Todavía no puedo levantar más de unos sesenta y cinco kilos.

Apenas podía levantar mi propio peso corporal, además de un par de kilos, y hasta ahora había estado muy impresionada con la realización de mis repeticiones con cuarenta libras. De repente sentía que era insignificante.

Quería preguntarle si se encontraba bien con poner su vida, y ese cuerpo impresionante, en la línea de fuego por mí, pero no lo hice. Algunas preguntas simplemente no se hacen. No en voz alta.

Me quedé allí, presionada contra el negro espejo, que desde fuera, parecía ser parte de la pared. Siempre me había preguntado cómo una persona por lo general allí, se reuniría conmigo en la puerta de atrás. Ahora sabía que había un puesto de observación. Podríamos haber visto a los chicos malos todo el día, y nunca nos habrían visto.

Era parte de una zona de loft estrecha por encima de la parte principal del Circo de los Malditos, pero este pequeño rincón estaba equipado con prismáticos, sillas cómodas y una mesita. El resto de la zona del desván era sobre todo cables, alambres, almacenamiento de equipos, como las zonas entre bastidores en un teatro.

La mayor parte del techo del circo estaba abierto a las vigas, como el almacén que originalmente fue, pero ahora que sabía que estaba aquí el desván, me di cuenta que había una estrecha franja de espacio cerrado que rodeaba toda la parte superior del edificio. Me pregunté si había otros miradores ocultos, y supe la respuesta, por supuesto. Pregunta a una pregunta obvia, y se obtiene la respuesta obvia.

—Claudia va a conducir uno de los coches para nuestro plan —dijo a poco Bobby Lee.

—Pensé que el plan era que alguien fuera inofensivo y normal para conducir los dos coches. —Claudia me lanzó una mirada hostil.

—No te ofendas, pero no te pareces en nada, ordinaria.

—Ella va a ponerse una camisa sobre sus músculos, se sacara la cola de caballo, y se va a ver como una mujer normal —dijo Bobby Lee.

Los mire a ambos. Ella era más alta que él, al infierno, era tan ancha de

hombros como lo era él.

—Sabes Bobby Lee que si tuviera que elegir entre el brazo de lucha libre tuyo y el de Claudia, me quedo con ella. —Él me miró parpadeando, no cazando el sarcasmo.

—Estás perdiendo el aliento, Anita. No importa lo mucho que te funcione, todavía soy joven y ni siquiera el mejor de ellos se puede comparar conmigo. —Contesto Claudia. Bobby Lee nos miraba de una a la otra y viceversa.

—¿De qué estáis hablando?

—He intentado ser muy clara, con pequeñas palabras, Claudia es más musculosa y más alta que la mayoría de los seres ratas que tenemos hoy aquí. ¿Por qué ponerla en el primer coche para que parezca normal e inofensiva? Ella no se ve nada inofensiva. —Él me miró parpadeando, frunciendo el ceño.

—No van a ver los músculos debajo de la camisa.

—Es demasiado grande y tiene seis pulgadas de altura, con un par de hombros tan amplios como los tuyos. No vamos a ocultar su virtud detrás de una camisa.

—Soy consciente de eso, Anita.

—¿Entonces por qué se lleva a cabo frente a la mirada inocente?

Bobby Lee trató de envolver su mente alrededor de la idea, pero al final era un hombre que había pasado la mayor parte de su vida usando sus músculos, está el músculo inteligente, pero todavía es un músculo.

—Ella es la única mujer que tenemos hoy aquí, excepto tú, a lo cual ya te han reconocido.

—¿De verdad me dices que los malos se sienten menos amenazados por Claudia que por un hombre menos corpulento y bajito que ella?

Eso fue lo suficientemente claro para que Bobby Lee finalmente lo consiguiera. Abrió la boca, la cerró, la abrió de nuevo, sonrió y le di una pequeña risa.

—Puedo ver tu punto, pero la verdad, sí, será menos intimidatorio. Los hombres simplemente no ven a las mujeres como una amenaza, no importa lo grandes que sean, y todos los hombres son sospechosos, sin importar lo pequeño que estos sean. —Sacudí la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos tetas y vosotros no?

—Déjalo así, Anita —dijo Claudia—. Simplemente renuncia. Son hombres, no pueden evitarlo.

Como no era un hombre, me tome la palabra Bobby Lee de que los malos tendrían menos pánico si una de las personas que participaba en nuestro simulacro de accidente era una mujer. Tuve que admitir que incluso yo físicamente tenía menos miedo de otra mujer, pero me pareció mal de todas formas.

Claudia se puso una camisa azul pálido de hombre por encima de sus jeans y botones para arriba, incluso las mangas. Se fue sin abrocharse los suficientes botones delanteros, esto hizo parpadear a algunos, luego se liberó el empate de su cabello. Se sacudió el pelo, y este cayó alrededor de su rostro, sobre sus hombros, era una mancha de inundación, morena. El cabello suavizó las líneas fuertes de su rostro, y de repente tuve una idea de lo que podría ser sin poner ningún esfuerzo en ser una chica tradicional.

Espectacular fue la palabra que me vino a la mente. Bobby Lee vio la cascada de pelo con una atención que le dejo casi la boca abierta. Creo que podría haberle disparado dos veces antes de reaccionar. Mierda. Había pensado mejor de él que esto.

Claudia me miro a los ojos y levanto una ceja bien formada. Me lo dijo todo. Habíamos tenido uno de esos momentos de perfecta comprensión entre mujeres, y creo que para ella, como para mí, no había muchos de ellos.

Las dos pasamos demasiado tiempo estando entre hombres. Pero no importa cuántas veces les salvemos la vida, o te la salven, no importa cuánto peso pudiéramos levantar, no importa cuán alto o fuerte, o competente sea una mujer.

Y el hecho de que era una mujer eclipsaba todo lo demás para la mayoría de los hombres. No era bueno o malo, sólo lo era. Una mujer se olvida de que un hombre es hombre, si son lo suficientemente buenos amigos, pero los hombres rara vez se olvidan de que una mujer es femenina.

La mayor parte del tiempo escuchas esta mierda de mí, pero hoy tenemos que utilizarlo contra los malos, porque se veía que todo ese pelo y los pechos los habían subestimado, porque ella era una mujer.



TREINTA Y CINCO

Sólo habían estado siguiéndome durante un día, por lo que sabía, ¿por qué esa determinación para averiguar por qué? Uno: Por lo general es mejor saber que no saber cuándo la gente está siguiéndote, y dos: estaba en un estado de ánimo verdaderamente malo.

No tenía ni idea de qué hacer con Asher. No quería perderlo, y ahora no confiaba en los sentimientos. De hecho, estaba bastante segura de que eran realmente trucos de mentes de vampiros. Tal vez nunca había amado. Tal vez siempre había sido una mentira. Mi parte lógica sabía que estaba engañándome a mí misma, pero mi parte miedosa estaba contenta con la teoría.

Lo que más me molestaba era que ya no estaba segura de ser valiente. Fui valiente y ¿era correcto echar a Asher por su traición? ¿O él tenía razón, y acababa de hacer lo que le pedí que hiciera? ¿Estaba equivocada? Y, si estaba equivocada acerca de esto, ¿en cuántas cosas me había

equivocado y se convertían en algo injusto? Estaba perdiendo el sentido de lo correcto sobre tantas cosas. Sin mi sentido de la más santa ira-que-tú, me sentía frágil e irreal. No quería sentirme así otra vez.

¿Qué pasa si hago matar a Claudia, en la forma en que había llegado su amigo Igor muerto unos meses atrás? Diablos, ¿qué pasa si mató a Bobby Lee, como a su amigo, Cris? Había matado cerca del cincuenta por ciento de cualquier ser rata de Rafael, su rey, que me había prestado. Nadie se quejó de ello, pero hoy en día, la idea de las pérdidas me parecía completamente inaceptable.

Sí, no estaba dispuesta a permitir que las personas arriesgasen más sus vidas, entonces este plan no funcionaría. Necesitábamos cuatro vehículos para bloquear cuatro caminos, y asegurarnos de que no había lugar al que los chicos malos escaparan. Cortamos todas las vías de evacuación y las utilizamos a la vez. Eso significaba un mínimo de cuatro personas en peligro. Más, ya que Bobby Lee quería tiradores escondidos entre los pocos coches en el estacionamiento. Los tiradores se moverían fuera del circo cuando se dirigieran a los chicos malos que estarían ocupados tratando de encontrar una forma de salir del estacionamiento. O bien, era el plan.

Era un buen plan, a menos que los chicos malos sacaran sus armas y comenzaran a disparar. Entonces tendríamos que ir hacia atrás, y podrían matarnos, y yo no estaría en mejor situación. Todavía no se sabía una mierda, y podría haber conseguido más muertes para Rafael.

—¿Estás bien, Anita? —Me preguntó Bobby Lee.

Estaba frotando mis dedos contra mis sienes y sacudiendo la cabeza.

—No, no lo estoy. Realmente no estoy de acuerdo con esto.

—¿Con qué?

—Con esto, con todo.

En el momento que respondí, vi a Claudia conduciendo por el camino de vuelta, y Fredo venía por la otra carretera. Me había asegurado en saber su nombre. No se debería preguntar a la gente que da su vida por ti sin saberse su nombre por lo menos. Estaba a unos cuantos centímetros, a menos de seis pies, un hombre moreno delgado, con manos grandes y elegantes, que llevaba varios cuchillos que nadie llevaba últimamente. Bobby Lee dijo que tanto Fredo como Claudia podrían hacer que el accidente se vea más real, porque los dos fueron pilotos. Él dijo claramente pilotos como si hubiera sido en letras mayúsculas.

Le había pedido ser uno de los conductores, y fui informada de que no

sabía cómo conducir, y no pude discutir con eso. Pero en ese momento, esperando y observando a las personas que iban a asumir los riesgos que tendría que coger yo, era más difícil que correr el riesgo yo misma.

Confiaba en el juicio de Bobby Lee. Realmente lo hacía. Lo que no podía hacer era dar confianza a los malos. Eran chicos malos, así que no podía confiar en ellos porque podían ser impredecibles y peligrosos.

Vi los dos coches que se acercaban, y casi grite: No, ¡no lo hagas!

Pero quería saber quién estaba detrás de mí, y más que eso, si hubiera dicho paren, mis nervios no serían algo tan mundano, ¿cómo sería entonces? El problema era que mis nervios habían fracasado. Mantuve la boca cerrada, pero sentí que lo único que mantenía el pulso en mi boca era la línea de mis labios apretados.

Oré, Dios mío, no permitas que nadie se haga daño. Entonces una idea se me ocurrió, segundos antes del accidente menor. Si Bobby Lee y compañía podrían con esta etapa, probablemente podrán seguir a los hombres, seguirlos donde sea. Simplemente no se me había ocurrido, sólo la confrontación. Mierda.

Los coches colisionaron, parecían reales, accidental. Claudia salió, alta y femenina, incluso desde la distancia. Fredo salió, gritando, agitando los brazos alrededor.

Los chicos malos arrancaron su coche y se fueron a la entrada del aparcamiento, más abajo en la calle que acababa de ser bloqueada. Debían tener olor a… rata.

El Impala se detuvo antes de haber girado totalmente a la carretera, lo que significaba que había visto el tercer coche metido en el lado del Circo, bloqueando el callejón entre el circo y el edificio de al lado.

Bobby Lee abrió el camino a las escaleras, y bajó ruidosamente, confiando en que el vehículo en cuarto lugar, un camión, hubiera bloqueado el callejón de la medida en que se encontraba el muelle de carga. Ambos habíamos sacrificado ser uno de los tiradores de primera en el estacionamiento para poder ver el plan de despliegue.

En el momento en que golpeamos el lote, los hombres armados surgieron entre los pocos automóviles estacionados, como hongos después de una tormenta.

Me sentí casi tonta sacando mi arma y uniéndome al círculo del medio. Claudia, Fredo, y los otros dos pilotos fueron a la otra mitad del círculo, en frente de nosotros.

No era un círculo perfecto, un círculo perfecto habría significado que estaban disparando unos a otros, por lo que el círculo era una especie de metáfora, pero el efecto era perfecto.

El Impala se quedó en nuestro círculo de armas de fuego, el motor en marcha y sin armas a la vista, todavía. El rubio tenía las manos muy firmemente en la parte superior del volante. Había un moreno con gorra que tenía las manos fuera de la vista.

Habían muchos gritos de nuestro lado, sobre todo ¡manos arriba!, y no se movían una mierda. No se habían movido, y el motor seguía en marcha, y las manos del hombre seguían fuera de la vista. Mantuve mi arma apuntando con una sola mano, pero levanté la mano. No sé si alguien más lo vio, o entendió lo que quería, pero Bobby Lee lo hizo. Levantó la mano en un gesto casi idéntico, y los gritos callaron. De repente estábamos en silencio, excepto por el repiqueteo del motor del coche. Hablé en ese silencio, asegurándome de que mi voz fuera clara.

—Apague el coche.

El hombre moreno, dijo algo que no pude oír a través de las ventanas. El rubio muy lentamente bajó a un lado, y el motor se apagó. El tictac del motor fue muy fuerte en el silencio.

El hombre de la gorra estaba obviamente descontento. Incluso con gafas de sol que cubrían su rostro, se mostraba en la línea de su boca. Sus manos estaban todavía escondidas. El rubio había puesto sus manos en el volante.

—Las manos donde pueda verlas —dije—, ahora.

Las manos del rubio parecían vibrar en el volante, como si hubiera puesto sus manos donde pudiera verlas y no estuvieran ya allí. Le dijo algo a su compañero, y el hombre de la gorra sacudió la cabeza.

Bajé mi arma, respire hondo, sostuve el objetivo, solté el aliento lento y cuidadoso cuando apreté el gatillo. El disparo fue fuerte en la quietud, y me tomó un momento escuchar el silbido del aire de la llanta. Apunté mi arma con seguridad al rubio de la ventana.

Sus ojos anchos, brillaban. Hablaba rápido y frenético con su amigo.

—Bobby Lee —dije—, ten a alguien en ese lado del coche, con el cañón de su pistola contra la ventanilla del lado del pasajero.

—¿Quieres que disparen?

—Todavía no, y si tienen que abrir fuego, no quiero que la suerte golpee al rubio con la misma bala.

Me miró.

—Objetivo en consecuencia.

Era Claudia, que se adelantó y puso su arma en contra de la ventana, en ángulo ligeramente hacia abajo de modo que echaría de menos al hombre del otro lado. Las balas tienen una tendencia desagradable a viajar más lejos de lo que se desea.

Preguntó, sin mirarme, sin apartar los ojos del hombre que estaba apuntando.

—¿Tengo que matarlo?

—Sólo necesitamos a uno de ellos para hacer preguntas —dije.

Ella sonrió, con un destello de dientes blancos, feroz y aterradora enmarcada por ese corte de pelo oscuro, y con su hermoso rostro.

—Genial.

—No voy a decirlo de nuevo, pongan las manos donde pueda verlas, o elijan —dije.

No puso las manos en alto. Era estúpido o…

—Bobby Lee, ¿alguien tiene cubierta la parte de atrás?

—¿Quieres decir el respaldo? —preguntó.

—Sí, es horriblemente terco, a menos que piense que reciba ayuda.

Dijo algo rápido y duro, sonó como alemán, pero no lo era, y su acento sureño desapareció cuando hablo. Algunos de los seres rata estaban afuera, mirando el perímetro cubierto. Estábamos en el estacionamiento abierto, nadie se iba a sorprender con nosotros. El único peligro real era si alguien tenía un rifle y ámbito de aplicación. No había nada que hacer con respecto a los francotiradores, y porque no había nada que pudiera hacer al respecto, tuvimos que dejarlo ir, pretender que no podría suceder, y tener cuidado con lo que estaba pasando.

Sin embargo, un lugar entre mis hombros, hasta la parte superior de mi cabeza se puso con la piel de gallina, como si pudiera sentir el alcance en mí. Estaba bastante segura de que era mi imaginación, pero mi imaginación siempre había sido un problema cuando llegaba a emocionarme. Traté de pensar en otra cosa, como por ejemplo, por qué no puso sus jodidas manos arriba.

Tenía mi objetivo con una sola mano para poder liberar la mano izquierda. Con mi otra mano empecé a levantar un dedo, uno, luego otro dedo se levantó, dos.

El rubio estaba hablando frenéticamente. Podía oír fragmentos de su

voz, lo hace, Dios, lo está haciendo.

De hecho empecé a poner el dedo en el tercer lugar, cuando el hombre de la gorra levantó las manos, lentamente. Las manos vacías, pero me apostaba cualquier cantidad de dinero que había alguna pieza de hardware desagradable en su regazo. Oh, sí.

Claudia mantuvo su arma en contra de su ventana. Creo que porque ella no había recibido órdenes de alejarse. Francamente, me gustó que estuviera allí, lo suficientemente cerca del incendio, si era por lo que estaba en su regazo.

Hice la señal universal para la bajada de la ventana, rodando mi mano en el aire. Estaban en un coche lo suficientemente viejo para tener una manivela hacia abajo. El rubio desenrolló la ventana, despacio, con cuidado, y mantuvo la otra mano pegada al volante. Era un hombre prudente. Me gustó.

Bajó la ventanilla, metió las manos en el volante, y no dijo nada. No trató de alegar inocencia, ni de confesarse culpable. Sólo se sentó allí. Estupendo.

Estaba lo suficientemente cerca que con inclinarme para mirar el regazo del otro hombre. Estaba vacío, lo que significaba que todo lo que había estado acunando estaba en el suelo del coche. Lo había dejado caer para que no lo viéramos.

¿Qué diablos era?

Levanté un poco la voz.

—Usted sobre el capo, ponga sus manos lentamente en el tablero, y si se mueve a partir de ahí, le disparó. ¿Está claro?

Él no me miraba.

—¿Está claro?

Empezó a mover sus manos hacia el salpicadero.

—Está claro.

—¿Por qué me sigues? —pregunté, en su mayoría al rubio, porque estaba empezando a darme cuenta de que el otro no iba a moverse en gran parte, voluntariamente.

—No sé de qué me está hablando. —Tenía un leve acento alemán, y yo tenía muchos parientes con el mismo acento. Por supuesto, todos ellos eran mayores de sesenta años, y no había visto el viejo país en unas pocas décadas. Estaba apostando que el rubio era una importación más reciente.

—¿Adónde fue el bonito Jeep Azul? —pregunté.

Su rostro se quedó muy quieto.

—Ya se lo dije —dijo el hombre con la gorra.

—Sí, lo vimos —dije—, no fue tan difícil.

—No nos habrías visto si no te hubieras desviado todo el camino —dijo el rubio.

—Lo siento, pero hemos tenido algunas dificultades técnicas.

—Sí, como uno de ustedes se volvió tierno —dijo el hombre de la gorra. El estadounidense era definitivamente medio, medio de la nada, sin acento.

—Así que usted se preguntaba qué le pasaba, y se puso lo bastante cerca para mirar —dije.

Ninguno de ellos contesto.

—Todos, vais a salir, muy lentamente, de este coche. Si alguno de ustedes va a por un arma, es posible que ambos mueran. Sólo necesito a uno de ustedes para ser interrogado, el otro es la salsa. Haré todo lo posible para que uno de vosotros quede con vida, pero no voy a sudar para salvarlos a los dos, porque no necesito tanto. ¿Está claro?

El rubio dijo:

—Sí —el otro dijo.

—Cristalino, y jodidamente claro.

Oh, sí, que era norteamericano, sólo tenemos que oír su poética de la frase.

Entonces oí las sirenas. Estaban cerca, muy cerca, como en frente del edificio. Me hubiera gustado pensar que estaban de paso, pero cuando estás sosteniendo muchas armas a la intemperie, no se puede contar con eso.

—Nunca hay un policía cuando lo necesitas —dijo Bobby Lee—, pero cuando tratas de hacer algo ilegal, están por todas partes.

El hombre de la gorra dijo:

—Si escondes todas las armas de la policía antes de que lleguen a la vista, sólo tendremos que pretender que no ocurrió.

Estaba sonriendo mientras se apoyaba en algo, pues sí estaba seguro y con expresión de suficiencia.

Me sonrió, y su sonrisa se marchitó porque me parecía demasiado maldita. No fue fácil cavar en mi bolsillo a por mí placa, no con una sola mano de todas formas, pero lo logré. Recordé la estrella metálica en caso de que fuera poco.

—Marshall Federal, imbécil. Mantengan sus manos donde podemos

verlas hasta que lleguen los policías.

—¿Qué hemos hecho nosotros para que nos detengas? —preguntó el rubio con su acento alemán.

—No hemos hecho nada.

—Oh, no lo sé. Empezaremos con llevar armas ocultas sin un permiso, entonces la sospecha de robo de coches.

Di unas palmaditas en el lado del Impala.

—Este no es tu coche, y lo que sea que tu amigo de allí hizo caer al suelo del coche va a ser ilegal. Sólo tienen que llamarlo corazonada.

—Bobby Lee, no necesitamos esta gran multitud.

Entendió mi punto y gritó otra orden en un casi gutural impar-alemán.

Los seres rata se fundieron demasiado rápido borroso de la velocidad que había visto utilizar una o dos veces. Claudia permaneció en su puesto, y Bobby Lee se negó a irse, pero sólo estábamos nosotros tres, cuando el primer policía nos vio. Bueno, cinco si contamos a los chicos malos.

Dos agentes uniformados llegaron hasta el callejón, a pie, porque el camión estaba bloqueando el camino y no se había movido, pero el ser rata que lo había provocado caminaba justo delante de ellos con sus manos entrelazadas en la parte superior de su cabeza. Con las manos en alto, mostró su hombro y la funda estaba vacía. Se habían llevado su pistola.

Me aseguré de que mi placa estuviera tan alto como pude. Estaba gritando Marshall federal, cuando dieron la vuelta de la esquina. La policía utilizaba los pocos coches en ese lado de la parcela para cubrirse, y gritó:

—¡Armas abajo!

Grité:

—Marshall Federal Anita Blake, el resto de estas personas son oficiales federales.

Bobby Lee susurró:

—¿Oficiales?

Hablé con el rabillo de mi boca:

—Solo acéptalo.

—Sí, *ma'am*.

Di un paso atrás desde el coche lo suficiente como para mostrar el destello de mi placa y que se viera mejor y grité:

—Federal Marshall Blake, me alegra verlos oficiales.

Los oficiales se quedaron detrás de los motores de los coches, pero habían dejado de gritar. Estaban tratando de averiguar los problemas que

podrían tener, si realmente éramos federales y ellos estropearon lo que estábamos haciendo, pero no se preocuparon sobre la política dura como para arriesgarse a sí mismos a disparar. Los aprobé.

Bajé la voz y hable a los hombres en el coche, antes de que se dirigieran hacia los policías.

—Llevar armas ocultas, sin permiso, es ilegal, no importa qué, un coche robado, y te apuesto que sus impresiones serán como un sistema que se enciende como un árbol de Navidad.

Estaba sonriendo y asintiendo con la cabeza a los dos policías escondidos detrás de los coches. Las sirenas se habían calmado, pero aún tenían sus armas, y oí las sirenas de otros a lo lejos. Habían pedido refuerzos, no podía culparlos. No tenían forma de saber que alguno de nosotros estábamos calificados como policías.

Miré al rubio.

—Además, la policía de aquí tiene una visión sombría de los delincuentes después de que unos alguaciles federales estén implicados.

—No sabíamos que eran policías —dijo el rubio.

—Tu intelecto apesta —dije.

Él asintió con la cabeza, con las manos en el volante.

—Sí.

Puse mi arma y mi placa muy alto, levanté las manos para mostrar que estaba desarmada, y caminé con cuidado hacia los dos uniformados, y los demás que se estaban introduciendo, con cautela, armas en mano, fuera del callejón. Había días en que adoraba de verdad tener una placa. Y este era uno de esos días.



TREINTA Y SEIS

Tres horas más tarde estaba sentada en la oficina exterior de la estación de policía, tomando un café muy amargo, y esperando a que alguien me dejara hablar con mis prisioneros.

Tenía una placa, y tenía derecho a reemplazar a la policía en caso de emergencia. La policía había tomado a Bobby Lee, a Claudia, y al conductor para interrogarlos. Habían sido enviados a casa hace una hora. Bobby Lee había insistido en quedarse conmigo, pero su abogado le había dicho que se fuera a casa. Después de sólo dos horas en la estación de policía fue un regalo y debía tomarlo. Lo tomó después de que insistiera. Contribuyó a ello porque había una Heckler Koch MP5 y una pistola ametralladora en el suelo, por no mencionar una media docena de armas más pequeñas, cuatro cuchillos, uno de los cuales plegable, un ASP. Ah, y que el coche que conducía no era suyo.

El hombre de pelo oscuro que había sido tan sombrío, resultó ser ex

militar, gracias a sus huellas identificadas. Extrañamente, no tenía antecedentes penales. Hubiera apostado casi todo a que era un tipo malo. Pero si era un tipo malo, había sido lo suficientemente bueno para que nunca hubiera sido capturado.

El rubio no existía, sus huellas no estaban en nuestro sistema. Debido al acento alemán y mi insistencia, habían enviado los dos conjuntos de huellas a la Interpol para ver si nuestros chicos eran buscados fuera del país, pero eso llevaría tiempo.

Así que tuve que dejarme enfriar los talones en una silla de escritorio muy incómoda al lado del escritorio de un detective que no parecía estar allí. La placa decía: P. O'Brien, pero por lo que había visto en más de tres horas, era un mito. No había detective O'Brien, la gente se sentaba en su escritorio y se les aseguraba de que iba a venir a hablar con ellos pronto. No estaba bajo arresto, de hecho, no estaba del todo en problemas.

Era libre de irme, pero no era libre para hablar con los prisioneros sin la presencia de alguien. Bien por mí, hablé con el agradable policía que estaba presente. Ninguno de nosotros aprendió nada, pero ambos sabíamos que podían tener a sus abogados. Una vez que se les leían sus derechos, ya no tenían por qué hablar sin ellos.

Solo fue suficiente para mantenerlos durante al menos setenta y dos horas, pero después de eso estaríamos jodidos, al menos que sus huellas volvieran con una orden criminal activa.

Tomé otro trago de café, hice una mueca, y coloqué la taza con cuidado sobre el escritorio del detective invisible. Pensé que nunca conocería café que no se pudiera beber. Estaba equivocada. Me senté con la espalda recta y me pregunte acerca de irme simplemente. Mi placa y los seres rata en la cárcel me mantuvieron, además de estar segura que los dos chicos malos no llegaran a salir libres, pero eso era todo. La policía local no estaba contenta con alguna persona federal como parte de su título sucio en la delincuencia local.

Una mujer llegó delante de mí. Tenía alrededor de los cincuenta y ocho, vestida con una falda negra que era de lo más elegante, pero luego, los zapatos cómodos negros no eran exactamente de vanguardia. La blusa era de un dorado oscuro que parecía de seda, pero probablemente era algo más fácil de limpiar. Su pelo era moreno oscuro, pero estaba tan salpicado de gris y plata y blanco que parecía que había sido rayado a propósito. Era naturalmente punk.

Las líneas de expresión profundas mostraron una sonrisa verdaderamente agradable. Ella me extendió su mano. Me levanté para darle la mano, y su apretón fue firme, fuerte. Miré la chaqueta del traje negro en la parte posterior de la silla del detective O'Brien y supe a quién le estaba hablando incluso antes de que se presentara.

—Lo siento, me ha tomado mucho tiempo llegar a usted, hemos tenido un día ocupado. —Me indicó que me volviera a sentar.

Me senté otra vez.

—Entiendo —dije.

Ella sonrió, pero sus ojos no coincidían con la sonrisa, como si no me creyera.

—Voy a estar a cargo de este caso, así que sólo quiero preguntar un par de cosas para dejarlas claras.

Puso la carpeta que había llevado a su escritorio, la abrió, y pareció estar leyendo algunas notas.

—Claro —dije.

—No sabe por qué estos dos hombres estaban siguiéndola, ¿correcto?

—No, no lo sé.

Me dio una mirada muy directa con sus ojos de color gris oscuro.

—Sin embargo, sintió la urgente necesidad de reclutar… —comprobó sus notas—… a diez civiles para ayudar a capturar a estos dos hombres.

Me encogí de hombros y le di una mirada agradable, con los ojos vacíos.

—No me gusta que me persigan personas que no conozco.

—Usted le dijo a los oficiales, que los hombres sospechosos transportaban armas ilegales. Eso fue antes de que nadie los hubiera registrado, incluso el coche. ¿Cómo sabías que llevaban armas ilegales? —No hubo la menor vacilación antes de que ella dijera—: ¿Marshall Blake?

—Instinto, supongo.

De repente esos ojos grises cálidos se pusieron fríos como un cielo de invierno.

—Corte la mierda, y dígame lo que sabe.

Amplié mis ojos por eso.

—Ya he dicho a sus compañeros oficiales todo lo que sabía, honestamente, detective O'Brien.

Ella me dio una mirada de desprecio extintiva de tal manera que me tendría que haber marchitado en mi asiento y haber confesado todo. El

problema era que no tenía nada que confesar. No sabía nada. Traté con la honestidad.

—Detective O'Brien, le juro que acababa de notar que tenía una cola hoy en la carretera. Entonces vi que esos dos hombres se encontraban todavía detrás de mí, incluso estando en un coche diferente. Hasta que los vi una segunda vez, estaba dispuesta a creer que estaba siendo paranoica. Pero una vez que tuve la certeza de que estaban detrás de mí, deje de ignorarlos, y quería saber por qué me seguían, en primer lugar, —me encogí de hombros—, esa es la verdad absoluta. Me gustaría tener algo que ocultar, pero estoy en la oscuridad, igual que usted.

Cerró el archivo completamente y lo golpeó fuertemente contra la mesa, como si quisiera resolver los papeles de la carpeta, pero parecía un gesto automático, o uno con rabia.

—No trate de pestañear con sus grandes ojos marrones delante de mí, Sra. Blake, no va a engañarme.

¿Bateo mis pestañas? ¿Yo?

—¿Me está acusando de tratar de usar armas de mujeres en usted, detective?

Casi la hice sonreír, pero luchó contra la tentación.

—De mujeres no exactamente, pero he visto esto antes, tan linda, tan pequeña, le da ese toque a su rostro inocente y los hombres caen, sin profundizar y la creen.

La miré durante un segundo, para ver si estaba bromeando, pero parecía seria.

—Cualquier cosa que esté en juego, para encontrar a alguien como rival y hundirlo. He venido aquí y no le digo nada más que la verdad. He ayudado a detener a dos hombres en la calle que llevaban una potencia de fuego con perforantes de blindaje, con munición asesina de policías. No parecéis condenadamente agradecidos.

Ella me miro con sus ojos muy fríos.

—Usted es libre de irse en cualquier momento, Sra. Blake. —Me levanté, entonces sonreí, y supe que mis ojos eran tan fríos y hostiles como los de ella.

—Muchas gracias, Sra. O'Brien. —Hice hincapié en la Sra.

—Soy el detective O'Brien para usted —dijo ella, como estaba segura que diría.

—Entonces soy el Marshall Blake para usted, detective O'Brien.

—Me gané el derecho a ser llamada detective, Blake, no lo he tenido por la protección de un tecnicismo. Usted puede tener una tarjeta de identificación, pero no la hace un policía.

Jesús, estaba celosa. Tomé una respiración profunda y deje escapar el aire lentamente. Me gustaría llegar a alguna parte y aumentar este enfado y crear una lucha con ella. Pero no lo hice. Genial por mí.

—No puedo ser el mismo tipo de policía, pero soy un agente federal debidamente designado.

—Usted puede interferir en cualquier caso relacionado con lo sobrenatural, bueno, pues esto no implica lo sobrenatural.

Me miró, enfrentándose a su calma, pero seguía mostrando signos de ira.

—Así que, que tenga un buen día.

La mire parpadeando, y conté, lentamente, hasta diez.

Otro detective llegó caminando. Tenía el pelo corto rubio y rizado, pecas, y una gran sonrisa. Si hubiera estado vestido de civil, le habrían chillado al caminar.

—James dijo que cogimos a una especie de súper espía internacional, ¿es cierto?

Una mirada pasó por el rostro de O'Brien, una mirada cerca del dolor. Casi podía oír su pensamiento, mierda.

Le sonreí al otro detective.

—Interpol volvió con un chollo, ¿eh?

Él asintió con entusiasmo.

—El tipo alemán es buscado por todo el lugar, en el espionaje industrial, sospechoso de terrorismo…

O'Brien le cortó:

—Lárguese Detective Webster, váyase a la mierda y lejos de mí.

Su sonrisa vaciló.

—¿Dije algo malo? Me refiero a que el Marshall aquí los trajo, pensé que ella…

—¡Lárgate de aquí, ahora! —dijo O'Brien, y el rugido de advertencia de su voz se transformó como uno de un hombre lobo orgulloso.

El detective Webster se alejó sin decir una palabra más. Parecía preocupado, y debería estarlo. Me apostaba a que O'Brien le guardaría rencor hasta la tumba, y seguro, que me llenaría los bolsillos.

Ella me miró, y la ira en sus ojos no era sólo para mí. Tal vez fue por

los años de ser la única mujer en un equipo, tal vez el trabajo se le había hecho amargo, o tal vez siempre había sido una niña de mal humor. No lo sabía, y no me importaba.

—Capturar a un terrorista internacional en estos días y solo las horas podrían hacer la carrera de una persona —dije, en una especie de conversación, en realidad no la miraba.

La mirada de odio en sus ojos me dio ganas de flaquear.

—Ya lo sabe.

Sacudí la cabeza.

—O'Brien, no tengo una carrera en el departamento de policía. Ni siquiera tengo una carrera con los federales. Soy un verdugo de vampiros, y ayudó en los casos que se trata con los monstruos. Me tiene con una insignia tan nueva y sin precedentes, que todavía están discutiendo sobre si vamos a tener rango como alguaciles federales, o si van a ser capaces de subirnos de rango a todos. No soy una amenaza para su trabajo. Ganar créditos no me hará subir de rango ni nada parecido. Así que ayúdate a ti misma.

Sus ojos estaban atenuándose del odio a la desconfianza.

—¿Qué hay para usted?

Sacudí la cabeza.

—¿No lo entiendes aún, O'Brien? ¿Qué es lo que Webster ha dicho? Espionaje internacional, más espionaje industrial, sospechoso de terrorismo, y eso es sólo el principio de la lista.

—¿Y qué? —dijo, las manos juntas sobre la carpeta de archivos en su escritorio como si estuviera protegiéndose de mí, como si quisiera arrancársela y correr con ella.

—Me estaba siguiendo, O'Brien, ¿por qué? Nunca he estado fuera del país. ¿Qué hace un asno internacional aquí y que quiere de mí?

Ella hizo un gesto pequeño.

—Realmente no sabe porque la estaban siguiendo, ¿no?

Sacudí la cabeza.

—No, ¿y a usted le gustaría que alguien la siguiera por todas partes?

—No —dijo, y su voz se había suavizado, era insegura.

—No, no lo querría.

Ella me miró, con sus ojos duros, pero no tan duros como lo habían sido. No se disculpó, pero lo hizo su mano dándome los archivos de la carpeta.

—Si realmente no sabes porque están detrás de usted, entonces necesita saber el mal que un hombre ha desenterrado… Marshall Blake.

Me sonrió.

—Gracias, detective O'Brien.

Ella no me devolvió la sonrisa, pero envío al Detective Webster a por cafés calientes para las dos. También le dijo que tenía que traer una olla fresca, antes de que sirviera nuestras tazas. Me gustaba la Detective O'Brien cada vez más y más.



TREINTA Y SIETE

Su nombre era Leopoldo Walther Heinrick. Era un ciudadano alemán. Era sospechoso de casi todos los grandes crímenes que pudieras imaginar. Y por grandes no me refiero a crímenes menores. No era un ladrón de bolsos, o un estafador. Era sospechoso de trabajar para grupos terroristas en todo el mundo, sobre todo a aquellos decididos a sesgar la raza aria. No era que nunca hubiera recibido dinero de personas que no fueran a hacer el mundo más seguro de los fanáticos, pero parecía que prefería trabajar con ellos. Había sido vinculado con el espionaje especializado en ayudar a personas arias o bien a permanecer en el poder o conseguir poder sobre personas no arias.

El archivo contenía una lista de asociados conocidos, con fotos de algunos de ellos. Algunas de las fotos eran equivalentes a fotografías normales, pero la mayoría eran granuladas como las fotos de vigilancia. Rostros de perfil, capturados corriendo hacía sus coches y dentro y fuera de

edificios de países lejanos. Era casi como si los hombres supieran que eran fotografiados, o temieran serlo. Hubo dos caras que me hicieron volver a ver a los dos hombres, uno de perfil con un sombrero y otro con la cara falta de definición mirando a la cámara.

O´Brien se acercó a mi lado, mirando hacia abajo a las fotos que había establecido al otro lado del borde de su escritorio.

—¿Los reconoces?

—No estoy segura. —Toqué el borde de las imágenes, como si eso las hiciera más reales, como si descubriera sus secretos.

—Sigues regresando a ellos —dijo.

—Lo sé, pero no es como si los conociera. Es más como si los hubiera visto en alguna parte. Alguna parte reciente. No puedo situarlos, pero sé que los he visto, o a dos personas muy similares.

Mire hacia abajo a las imágenes granuladas, gris, blanco y negro, compuestas de pequeños puntos, como si el fax fuera una copia de una copia. ¿Quién sabía de dónde había salido el original?

O´Brien parecía recoger lo que estaba pensando, porque dijo:

—Estás trabajando con faxes de fotos de vigilancia. Tendrías suerte de conocer a tu propia madre en ellas.

Asentí, luego agarré una con el hombre grande y oscuro en ella. Estaba a punto de entrar en un coche. Había un edificio viejo detrás de él, pero no era una estudiante de arquitectura, así que no me decía nada. El hombre estaba mirando hacia abajo, como si contara sus pasos, así que no tenía una vista frontal completa.

—Tal vez si pudiera ver una toma frontal. ¿Os mandaron todo lo que tenían?

—Me enviaron todo lo que tenían, o eso fue lo que ellos dijeron. —La mirada en su rostro me dijo que no estaba segura de creerlo, pero tenía que actuar como si lo hiciera—. Están muy preocupados de que más de los amigos de Heinrick puedan estar en el estado. Vamos a dar un montón de estas fotos a los policías de patrulla, con órdenes de seguir e informar, pero no de detener.

—¿Crees que es tan peligroso? —pregunté.

Ella me dio un vistazo.

—Has leído el resumen sobre Heinrick, ¿Qué piensas?

Me encogí de hombros.

—Sí, suena peligroso. —Me acerqué a la lista de asociados conocidos

de nuevo. Cerré la carpeta y la puse detrás de las dos imágenes. Esta vez cogí la segunda foto, la del hombre de pelo pálido. Su pelo era blanco en la foto. Blanco o muy, muy rubio platino. No había nada en el fondo que me ayudara a juzgar su tamaño. Era una toma de frente, de cerca, mostrando solo la parte superior del cuerpo. Estaba apoyado sobre una mesa, hablando. Esta era una fotografía mejor, más detallada, pero seguía sin poder ubicarlo.

—¿Han sido tomadas con una de esas cámaras ocultas?

—¿Por qué lo preguntas?

Moví la foto para que pudiera mirarla.

—Es un ángulo demasiado extraño, hacía arriba, como si la cámara estuviera baja, al nivel de la cadera. No se suelen tomar fotos desde la cadera. En segundo lugar, él está hablando, pero no mira a la cámara, y es muy natural. Me apuesto mi dinero a que no sabe que está siendo fotografiado.

—Podrías tener razón. —Ella cogió la foto y la miró, girándola un poco para obtener un mejor ángulo—. ¿Por qué importa cómo se sacó la foto? —Sus ojos se volvieron fríos, ojos de buen policía, suspicaz, queriendo averiguar lo que yo sabía.

—Mira, os he visto a tus chicos preguntar a Heinrick y a su amigo. Suenan como un puto disco rayado. Los puedes retener durante setenta y dos horas, pero pueden pasar cada hora de ese tiempo sin decir nada.

—Si —dijo.

—Podríamos ir de pesca. Dile a Heinrick que sus amigos necesitan verse mejor. No les puedes decir donde fueron hechas estas fotos. El rubio está solo en la habitación.

O´Brien sacudió la cabeza.

—No, no sabemos lo suficiente como para ir de pesca, todavía no.

—Si recuerdo donde he visto a estos chicos, podemos —dije.

Ella me miró, como si por fin hubiera dicho algo interesante.

—Podemos —su voz sonaba prudente.

—Incluso si no recuerdo donde los vi, si se acercan las setenta y dos horas, ¿podemos intentar un farol?

—¿Por qué? —preguntó ella.

Crucé mis brazos sobre las costillas y luché contra el deseo de abrazarme a mí misma.

—Porque quiero saber por qué este cabrón me estaba siguiendo.

Francamente, si no me estuviera siguiendo específicamente a mí, estaría más preocupada por Saint Louis en general.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Si Heinrick y su banda están en la ciudad, entonces diría que tenemos que preocuparnos por el terrorismo. Probablemente algo con una inclinación racial. —Toqué la carpeta sin abrirla—. Aunque ha trabajado algunas veces con gente de color, como dice el refrán. ¿Me pregunto cómo se justifica con sus amigos supremacistas blancos?

—Tal vez es solo un mercenario —dijo O´Brien—. Tal vez el hecho de que trabaja para la supremacía blanca solo es pura coincidencia. Ellos solo eran los que tenían el dinero en el momento que lo necesitaba.

La mire.

—¿Crees eso?

—No —dijo y sonrió—. Piensas más como un policía de lo que pensaba, Blake, te voy a dar eso.

—Gracias, —me lo tomé como un gran elogio, que es lo que era.

—No, si camina como un pato y grazna como un pato, entonces es un pato, y tú expediente dice que es un supremacista blanco el cual no toma dinero de la misma gente que quiere destruir. Es un racista, no un fanático.

Asentí.

—Creo que tienes razón.

Ella me miró durante un segundo o dos, luego asintió, como si hubiera ordenado su mente.

—Si se aproximan las sesenta y dos horas, puedes venir y vamos a jugar a ir de pesca, pero creo que vamos a necesitar un mejor cebo que un par de fotos manchadas.

Asentí.

—Estoy de acuerdo. Haré mi mejor esfuerzo para llegar a más antes de que tengamos la barba del león en su guarida.

—¿La barba del león en su guarida? —Ella sacudió su cabeza—. ¿Qué has estado leyendo?

Sacudí la cabeza.

—Tengo amigos que me leen, si no hay imágenes estoy bastante perdida.

Ella me dio otra de esas miradas, la mitad de repugnancia, la otra mitad tratando de no sonreír.

—Lo dudo, Blake, lo dudo mucho.

En realidad, Micah y Nathaniel se turnaban para leer en voz alta el uno y el otro por la noche. Micah se había sorprendido de que ni Nathaniel ni yo hubiéramos leído el original de Peter Pan, por lo que había empezado con ese. Entonces había descubierto que Micah no había leído *La telaraña de Charlotte*. Nathaniel había leído el mismo libro cuando era niño, pero nadie se lo había leído a él. De hecho, no recordaba que nadie le hubiera leído un libro jamás. Eso fue todo lo que dijo, que nunca había tenido jamás a nadie que le leyera en voz alta cuando era pequeño, pero ese pedacito de él era parecido a hablar volúmenes sobre él. Así que se turnaban para leer en voz alta el uno al otro, un ritual a la hora de dormir que era muy hogareño, y extrañamente más íntimo que el sexo o alimentar el *ardeur*. Tú no le lees tus cuentos de la infancia en voz alta a la gente que te follabas, lees a la gente que amas. Había esa palabra, amor. Estaba empezando a pensar que no sabía lo que significaba.

—Blake, Blake, ¿estás ahí?

Parpadee hacia O´Brien y me di cuenta de que me estaba hablando y no la había escuchado.

—Lo siento, de verdad, creo que estoy pensando demasiado.

—Lo que estabas pensando no parecía muy feliz.

¿Qué le podía decir? Algunas cosas lo eran, algunas no, como la mayoría de las cosas en mi vida personal. Lo que dije en voz alta fue.

—Lo siento, es que me inquieta un poco tener a alguien como Heinrick detrás de mí culo.

—No parecías asustada, Blake, lo que parecía es que estabas pensando en algo demasiado difícil.

—He tenido éxito con hombres que iban detrás de mí pero no con terroristas especializados en política. No hay nada político en lo que hago. —En el momento en el que lo escuche salir de mi boca, me di cuenta de que estaba equivocada. Había dos tipos de política en la que estaba involucrada profundamente, la peluda y la vampírica. Mierda, ¿lo habría contratado Belle? No, no se sentía bien. Había tocado su mente demasiado íntimamente, ella todavía pensaba que me podía poseer. No destruiría lo que creía que podía controlar, o utilizar.

Richard seguía cavando para intentar salir del embrollo político que había hecho cuando trató de formar una verdadera democracia. Ya sabes, un voto por persona. Por lo tanto, no había funcionado, porque se había

olvidado de mantener el veto presidencial. Era Ulfric, el rey de los lobos, pero había destripado el oficio de Ulfric y todavía no había construido un refuerzo de respeto que necesitaba la base del poder. Le ayudé a reedificarla, pero parte de la manda veía mi participación como otra muestra de flaqueza. Al infierno, también lo hacía Richard.

Que yo supiera, nadie estaba intentado avanzar en la manada de Richard. Las manadas vecinas se mantenían alejadas hasta que el polvo se asentara. No había nadie digno de retar al jefe de la manada, excepto Sylvie, y se había mantenido al margen, porque le gustaba Richard y no quería tener que matarlo. Si Richard no tuviera miedo de lo que Sylvie haría como Ulfric simplemente podría renunciar por ella, pero él sabía, y Sylvie había admitido que su primera orden sería la de matar a todo aquel que sospechara desleal. Eso podría ser una docena o dos. Richard no estaba dispuesto a que eso sucediera. Pero Sylvie habría venido directamente a la cara si tuviera un problema. Así que…

Mire a O´Brien. Ella me estaba mirando, tratando de leerme. No tenía ni idea de lo que habría visto mientras mis pensamientos pasaban por mi cara. Definitivamente hoy no estaba en la cima de mi juego.

—Háblame, Blake —dijo.

Me decidí por decirle la mitad de la verdad, eso mejor que nada.

—Estaba pensando en un tipo de política en la que participo.

—¿Y esa es?

—Vampírica. Tengo estrechos vínculos con el maestro de la ciudad de St. Louis. No creo que Heinrick trabaje para un vampiro, pero quizás no lo sepa. La mayoría de las personas obtienen este trabajo mediante intermediarios, así nadie ve sus caras.

—¿Por qué un vampiro te querría matar solo por estar saliendo con el Maestro de la ciudad?

Me encogí de hombros.

—La última vez que alguien intentó matarme, era suficiente razón. Pensaban que se debilitaría… que el maestro se desconcentraría.

Se apoyó sobre el borde del escritorio, con los brazos cruzados sobre su estómago.

—¿Piensas que realmente es eso?

Fruncí el ceño y sacudí la cabeza.

—No lo sé. No lo creo, pero es en la única política en la que puedo pensar.

—Pondré la nota en el archivo, lo pondré en primera línea —dijo—. Nosotros podríamos ofrecerte protección policial.

—¿Tienes presupuesto adicional para eso?

Ella sonrió, pero no parecía feliz.

—Heinrick tiene terrorista en su expediente. Fíate de mí, en este momento, con la palabra T en la imagen, podría conseguir la mano de obra.

—¿No sería eso el poder de una persona? —dije, mirándola fijamente, mirando sus ojos vacíos.

Ella resopló.

—Ah, por favor, no soy P.C. y no creo que tú seas cualquiera.

—Lo siento no me pude resistir.

—Además de haber trabajado con la policía el tiempo suficiente para saber que por lo general es el poder del hombre.

—Muy cierto —dije.

—¿Qué tal escolta policial o alguna vigilancia?

—Déjame pensarlo —dije.

Se apartó del escritorio. Ella no era exactamente como una torre sobre mí, pero era alta.

—¿Por qué no podemos ayudarte a protegerte, Sra. Blake?

—¿Podría tener una copia del informe?

Ella sonrió, pero no era una sonrisa agradable.

—A través de los canales legales, estoy segura de que tendrás una copia en un día o dos.

—¿No puedo usar una fotocopiadora?

—No —dijo ella.

—¿Por qué no?

—Debido a que no tendrás protección policial, lo que significa que estás escondiendo algo.

—Tal vez, pero si me das las copias de las fotos puede que los identifique.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—Tengo algunas conexiones.

—¿Piensas que tus conexiones serán mejores que la inteligencia del gobierno?

—Digamos que sé los motivos y las prioridades de mis conexiones. No puedo decir lo mismo de todas las ramas de mi gobierno.

Nos miramos la una a la otra durante un momento.

—No voy a tratar de debatir eso contigo.

—Bien, ¿ahora puedo tener una copia por lo menos de las fotos?

—No. —Y tenía ese brillo de irrevocabilidad.

—Estás siendo infantil —dije.

Ella sonrió, pero era más como enseñando los dientes, un gruñido amistoso.

—Y tú estás ocultando algo. Si esto vuelve y me muerde el culo, tendré tu identificación por esto.

Pensé en ver hasta dónde podía llegar, pero no lo hice. Era nueva con este tipo de identificación y no estaba realmente segura de por qué podría perderla y por qué no. Quizás debería mirar ese tipo de detalles.

—No sabemos lo suficiente acerca de por qué Heinrick está detrás de mí como para ocultar nada, O´Brien.

—Es lo que tú dices.

Suspiré y me levanté.

—Bien.

—Que tengas un buen día, Blake. Vete a hablar con tus conexiones y mira donde te pones. Yo me quedo con el gobierno y la Interpol. —Me dio un exagerado encogimiento de hombros—. Llámame anticuada.

—Haz lo que quieras —dije.

—Sólo vete —dijo.

Me fui.



TREINTA Y OCHO

Abrí el Jeep y escuché el timbre de mi teléfono móvil. Lo había dejado en el coche, olvidando que lo tenía. Me metí en la piel caliente de los asientos, buscando el teléfono debajo del asiento, mientras cerraba la puerta detrás de mí. Sí, hubiera estado más fresca con la puerta abierta, pero no quería tener mis piernas colgando fuera de la puerta abierta mientras estaba en el asiento. No porque los malos estaban detrás de mí, sino por la paranoia de chica normal.

Finalmente lo encontré en el asiento, justo cuando sonaba el cuarto timbre antes del último tono antes del contestador.

—Sí, soy yo, ¿Qué? —Sonaba ruda, sin aliento, pero al menos descolgué.

—¿*Ma petite*? —Jean-Claude lo hizo en forma de pregunta como si no estuviera seguro de estar hablando conmigo.

Con la palanca de cambios contra mi costado y el cuero caliente contra

mi brazo, me sentía mejor. Era bueno escuchar su voz, saber que él me había llamado primero. No podía estar del todo enfadado conmigo si llamaba primero.

—Soy yo, Jean-Claude, se me olvidó de nuevo el móvil en el Jeep, lo siento. —Quería decir otras cosas, pero no podía conseguir que las palabras llegaran a mi boca. Parte del problema era que no sabía cuáles eran las palabras correctas.

—La policía se llevó a Jason —dijo.

—¿Qué has dicho?

—La policía llegó y se llevó a Jason. —Su voz estaba solo informando, era vacía. Lo cual por lo general decía que escondía un montón de emociones, de las cuales ninguna quería compartir.

Me moví una pulgada para que la palanca de cambios no me punzara y me coloqué en el asiento. El primer indicio de pánico revoloteó en mi estómago.

—¿Por qué se lo llevaron? —Mi voz sonó casi tan normal como la de Jean-Claude.

—Para ser interrogado sobre un asesinato. —Su voz vacía, como si la palabra asesinato no hubiera estado allí.

—¿Qué crimen? —pregunte, mi voz seguía vacía.

—El Sargento Zerbrowski dijo que tú lo adivinarías. Lo de llevar a Jason a una escena del crimen fue mala idea. No estaba enterado de que llevaras visitas a las escenas del crimen.

—Haces que suene como si estuviera visitando a unos amigos.

—No quería ofenderte, pero ¿Por qué estaba Jason contigo?

—No me sentía lo suficientemente bien como para conducir, y la policía no quiso esperar a que me sintiera mejor.

—¿Por qué estabas lo suficientemente enferma como para no conducir?

—Bueno, parece ser que Asher tomo un infierno de mucha sangre de mí. Y tuve una mala reacción al tener mi mente ida. Me dejó sintiéndome un poco enferma.

—¿Qué tan mal? —preguntó y había ahora algo en su voz vacía, algo que no lograba entender.

—Me desmayé un par de veces y vomité, ¿de acuerdo? Ahora vamos a concentrarnos en la crisis actual. ¿Detuvieron a Jason?

—No tengo ni idea de eso, pero creo que no. Sin embargo, se lo llevaron con las esposas.

—Eso es normal con cualquier licántropo —dije. Me empujé hacía arriba, así me pude sentar en el asiento en vez de estar atravesada en él. La parte delantera de un Jeep no estaba hecha para estar atravesada—. ¿Sabes si no lo detuvieron es libre de salir del interrogatorio en cualquier momento?

—Esa es una bonita teoría, *ma petite*.

—Es la ley —dije.

—Tal vez para los seres humanos —dijo con voz suave.

No pude contener la indignación en mi voz.

—La ley se aplica a todo el mundo, Jean-Claude, es la forma en la que el sistema funciona.

Soltó una carcajada suave y por una vez solo era una risa sin nada del otro mundo.

—No puedes ser tan ingenua, *ma petite*.

—Si la ley no se aplica uniformemente a todo el mundo, entonces no funciona en absoluto.

—No voy a discutir eso contigo, *ma petite*.

—Si Zerbrowski lo recogió, se dónde llevaron a Jason. No estoy lejos de la sede del RPIT.

—¿Qué vas a hacer? —Pregunto, la voz todavía al borde de una suave risa.

—Sacar a Jason —dije, poniéndome el cinturón de seguridad y tratando de mantener el teléfono en mi hombro el suficiente tiempo para poner el Jeep en marcha.

—¿Crees que es posible? —preguntó.

—Claro —dije, y casi se me cayó el teléfono, pero había encendido el Jeep. Parecía que hoy tenía dificultad de coordinación.

—Suenas muy segura, *ma petite*.

—Estoy segura. —Lo estaba, pero la sensación de aleteo en mi estómago no—. Tengo que irme.

—Buena suerte, *ma petite*, espero que rescates a nuestro lobo.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—De eso no hay duda. *Je t´aime, ma petite*.

—Yo también te amo. Colgamos, por lo menos habíamos terminado con un te quiero. Era mejor que gritarnos el uno al otro. Dejé el teléfono en el asiento de al lado y puse el Jeep en marcha.

Una emergencia a la vez. Salvar a Jason, ponerme en contacto con

algunas personas que conocía para ver si sabían algo de Heinrick y luego prepararme para el gran banquete con Musette y compañía. Ah, y averiguar cómo mantener el lío con Asher formando parte permanente entre Jean-Claude y yo. Otro día en mi vida. Este era uno de esos días en los que pensaba que una nueva vida, una vida diferente, no sería tan mala. ¿Cómo iba a regresar a una vida que había dejado a los veinte años? ¿Dónde iba a obtener una nueva vida, cuando la vieja te tiene tan desconcertada que no sabes qué hacer? Ojalá lo supiera.



TREINTA Y NUEVE

Nadie me detuvo en la puerta. Nadie me detuvo en la escalera. De hecho, la gente decía:

—Hola, Anita, ¿cómo estás? —No era un miembro oficial del equipo Regional de Investigación Preternatural, pero había trabajado con ellos durante tanto tiempo que era como el mobiliario de la oficina, algo que estaba allí, aceptada, aunque en espera.

Fue la detective Jessica Arnet quien finalmente me dijo algo que no era justo.

—Hola. ¿Dónde está esa monada que siempre llevas a cuestas?

—¿Quién? —pregunté.

Se echó a reír, y se sonrojó un poco. Fue el rubor lo que me llamó la atención. Ella siempre coqueteaba con Nathaniel, pero nunca había pensado mucho en ello, hasta que vi su rubor.

—Parece que tienes más que tu cuota de monadas, pero me refería al

que tiene los ojos de color violeta.

Tendría que apostar dinero para que ella supiera exactamente que su nombre era Nathaniel.

—Hoy se quedó en casa —dije.

Puso la pila de carpetas sobre una mesa, no la suya, y se echó hacia atrás el cabello de su cara. No había suficiente cabello oscuro para hacerlo retroceder. Se veía como un viejo gesto desde el momento en que había tenido el pelo más largo. Corto, apenas por debajo del nivel de la oreja realmente no halagaba su cara. Pero la cara era buena, triangular, con los huesos delicados que enmarcaban su sonrisa agradable. Nunca lo había notado, pero era bonita.

Nathaniel no quería volver a la cita, ¿sólo la cita? Esto no eran cosas de dominio y sumisión, sino de cena y película. Algún día tendría el *ardeur* bajo el control y no necesitaría un *pomme de sang*, ¿verdad? Ese había sido el plan. Así que a Nathaniel le gustaba actualizarse. ¿Por qué no? Si no me iba a quedar con él, él debería tener citas. Me dolía la cabeza desde el punto entre los ojos.

La Detective Arnet casi me tocó el brazo, pero se detuvo a mitad del gesto.

—¿Estás bien?

Forcé una sonrisa.

—Busco a Zerbrowski.

Me dijo que estaba en el cuarto, porque no sabía que no debía entrar. Infiernos, no estaba ni siquiera segura de que no debía entrar. Técnicamente, esto era parte de la investigación en que Dolph había querido que entrara, así que tenía derecho a estar ahí cuando se interrogaba a los sospechosos. En mi cabeza todo sonaba lógico, pero un poco desesperada, como si estuviera intentando muy duro convencerme a mí misma.

Me acerqué de puntillas a la puerta, por lo que pude mirar por la pequeña ventana. La pantalla te hacía pensar que todas las salas de interrogatorio de la policía tenían un enorme espejo que ocupaba casi una pared entera. Eran muy pocos los departamentos o el presupuesto o el espacio para ese tipo de cosas. La pantalla se utilizaba porque era más dramático y hacía el trabajo de la sala más fácil. Me pareció que la vida real era lo suficientemente dramática, sin grandes ventanas, y no había ángulos de la sala buenos, sólo dolor. O tal vez sólo estaba de mal humor.

Quería echar un vistazo rápido a la habitación para estar un cien por ciento segura de que tenía el lugar correcto. Jason estaba en la mesita, Zerbrowski estaba sentado delante de él, pero lo que me desconcertó, fue que Dolph estaba apoyado contra la pared del fondo. Zerbrowski había dicho que estaba de permiso durante un par de semanas. ¿Zerbrowski me había mentido? No me sentí bien. Pero ¿qué estaba haciendo Dolph aquí?

Di un fuerte golpe a la puerta. Esperé, preparándome para tranquilizarme, o al menos para buscar la tranquilidad. Zerbrowski abrió una rendija de la puerta. Sus ojos parecieron sorprendidos detrás de sus gafas.

—Este no es un buen momento —dijo. Trató de decirme con sus ojos que Dolph estaba en la habitación.

—Sé que Dolph está aquí, Zerbrowski. Pensaba que estaba de baja durante unas semanas.

Zerbrowski suspiró, pero sus ojos estaban enojados. Enojado conmigo, creo, porque no me fui, y empeoré las cosas. Empeorar las cosas era una de mis especialidades; Zerbrowski debería haber sabido eso, por ahora.

—El teniente Storr está aquí porque sigue siendo el jefe del equipo Regional de Investigación Preternatural, y trajo a este sospechoso a nuestra atención.

—¿Sospechoso? ¿Por qué Jason es un sospechoso?

—No quiero hacer esto en el pasillo, Anita.

—No, no quieres que entre en la habitación, para que todos podamos hablar como seres humanos civilizados. Eres el que me mantiene en el pasillo.

Se lamió los labios, y casi se giró y miró a Dolph, pero luchó contra la tentación.

—Ven —bajó la voz a un susurro—, pero quédate a este lado de la habitación.

Seguí a Zerbrowski dentro y fue cuando me hizo señas para que acabara con la mesa entre Dolph y yo. Era casi como si Zerbrowski no confiara en lo que Dolph haría.

—No dejes que se siente —dijo Dolph.

Zerbrowski cuadró los hombros y se enfrentó a Dolph.

—Le pedimos que nos ayudara en esta escena del crimen, Dolph.

—No —dijo.

—En realidad, sí, lo hicisteis —dije.

Dolph abrió la boca, luego la cerró en una delgada línea apretada. Se abrazó con los brazos tan fuerte, que parecía dolerle, como si no se fiara de lo que sus manos harían si no estuvieran envueltas alrededor de algo. Había un destello de tanta rabia en sus ojos. Por lo general eran unos de los mejores ojos de la policía que había visto nunca, vacíos, sin nada. Hoy en día tus ojos lo dan todo, pero no lo entendía cuando venía la ira.

Jason estaba sentado en el extremo de la mesa, intentando parecer lo más pequeño e inofensivo como fuera posible. Desde que no era mucho más alto que yo, estaba haciendo un buen trabajo.

Zerbrowski cerró la puerta y se sentó en el lado de la mesa cerca de Dolph, me dejó la silla más alejada.

No me senté.

—¿Por qué meter a Jason?

—Tiene heridas defensivas en su cuerpo en consonancia con el delito.

—En realidad no crees que Jason esté involucrado en esta… —busqué la palabra—, masacre, ¿no?

—Es un hombre lobo y tiene heridas de defensa —dijo Dolph—, si no violó a nuestra víctima, violó alguien.

—Estás aquí para observar, teniente —dijo Zerbrowski, pero su rostro decía claramente que habría estado mejor en cualquier lugar que aquí sentado, diciendo a Dolph que se metiera en sus asuntos.

Dolph empezó a decir algo, y luego se detuvo por la fuerza de voluntad de la paz.

—Bien, bien, sargento, adelante. —Estas dos últimas palabras tenían más calor que un incendio forestal.

—Espera —dije—. ¿Qué has dicho de la violación?

—Hemos encontrado semen en el primer lugar del asesinato —dijo Zerbrowski.

—¿La crucifixión? —pregunté.

—No —dijo con dureza Dolph—, la mujer que quedó hecha trizas.

—El semen no significa violación en una escena como esa, sólo que se divirtió. Está enfermo, pero no significa necesariamente contacto sexual real. Vi el cuerpo, no había suficiente partes de ella para saber si le tocó así, o no. —Tuve un pensamiento, un pensamiento horrible—. Por favor, dime que no te refieres a la cabeza.

Zerbrowski sacudió la cabeza.

—No. Dispersa sobre la escena.

Fue casi un alivio. Casi.

—Entonces ¿por qué ha dicho Dolph violación?

—Había un poco más de la parte izquierda en la segunda víctima —dijo Zerbrowski.

Le miré.

—No recuerdo haber sido notificada sobre un segundo ataque.

—No necesitabas saberlo —dijo Dolph—. Tienes razón, te llamé en la primera, pero no cometí el mismo error dos veces.

No hice caso de Dolph lo mejor que pude y miré a Zerbrowski. Él vocalizó: «después».

Bien, Zerbrowski me pondría al día en cuanto tuviéramos algún tiempo sin Dolph. Bien, genial. No podía hacer nada sobre la forma en que los cambios de marcha psíquicos tenían que correr por la ciudad, no era correcto el segundo, pero podía ser capaz de hacer algo sobre el desastre actual.

—¿Qué dijo Jason cuando le preguntaste de dónde sacó ese arañazo?

—Dijo que un hombre no Besa y Habla —dijo Zerbrowski—, incluso pensé que era cojo.

Miré a Jason. Se encogió de hombros, como diciendo, ¿qué se suponía que tenía que decir? Me conocía lo suficientemente bien como para saber que no iba a querer hablar de la escuela. Tenía razón en eso. Que Zerbrowski y Dolph no lo tendrían que saber. Caray, no quería que nadie lo supiera. Pero por mi confusión no valía la pena que consiguiera encerrar a Jason.

Suspiré, y dije la verdad.

—Los arañazos no son heridas de defensa.

—Fue arañado, Anita, y tenemos la Polaroid para demostrarlo —dijo Zerbrowski—. Dolph notó algunos rasguños en la primera escena. Se han ido, pero ahora tiene heridas abiertas.

—Le arañé. —Mi voz fue suave, porque estaba luchando por un sonido suave.

Dolph hizo un sonido que fue más resoplido de risa. No había palabras que necesitaran decir que no me creyó.

Zerbrowski dijo en voz alta:

—La tienda está en otra parte, Anita, no estamos comprando.

Me levanté las mangas de la camisa y mostré mis propios arañazos curándose.

—Cuando tengo miedo de que me duela más, me arañó a mí misma.

Los ojos de Zerbrowski se abrieron mucho.

—Jesús, Blake, ¿siempre eres tan bruta?

—Nunca vas a saberlo Zerbrowski.

—Si eso fue un sí, entonces estoy bien con eso. —Estuvo a punto de tocar algunos de los arañazos más profundos del brazo, luego se detuvo y casi tocó los arañazos en los brazos de Jason—. Espero que el sexo fuera bueno.

Jason miró a la mesa, e hizo su mejor impresión de una mirada humilde. Se las arregló para parecer evasivo y satisfecho de sí mismo todo al mismo tiempo.

—Esa fue respuesta suficiente —dije.

Jason destelló una sonrisa que me hizo chisporrotear profundamente.

—Lo que digas, señora.

Le di un aspecto muy malo, eso no nubló su disfrute ni un poco.

Dolph se apartó de la pared para mirar por encima de la mesa mi brazo.

—No compro esto, Anita. Tal vez te arañaste tus propios brazos de camino aquí para darle una coartada.

—Los arañazos no son tan frescos, Dolph. —Empezó a agarrar mi brazo, pero salí de su alcance—. No quiero ser maltratada de nuevo, gracias de todos modos.

Se inclinó sobre la mesa hacia mí, y Jason comenzó a echar su silla hacia atrás, como si no quisiera estar en el centro.

—Estás mintiendo —dijo Dolph—. Una forma para cambiar de marcha, pero sin nada de plata y las heridas de otro monstruo sanan muy rápido. Me enseñaste eso, Anita. Tendría que estar curado por ahora, si realmente fue al que le dolía.

—¿No sería por esa misma lógica que si los arañazos fuesen de la víctima entonces ya habrían sanado?

—No, si vienen de la segunda víctima. —Dolph golpeó ese pedacito de información hacia abajo como si se tratara de un golpe, y en cierto modo lo era.

Miré a Zerbrowski.

—No puedo debatir la sanación de los arañazos si no sé la línea de tiempo. Necesito un tiempo.

Abrió la boca, pero Dolph respondió:

—¿Por qué, para poder dar la coartada perfecta?

—Caramba, Zerbrowski, no veo la mano en el culo de Dolph, pero debe ser, porque cada vez que te hago una pregunta, la respuesta sale de su boca. —Estaba inclinada sobre la mesa ahora, también.

—Sus arañazos son mayores que los tuyos, Anita —dijo Dolph, casi su voz fue un gruñido—, más curados. Nunca probarán en el juicio que ocurrieron al mismo tiempo.

—Es un mutante. Sana más rápido. Te enseñé eso. ¿Te acuerdas?

—¿Realmente estás admitiendo que te tomó? —dijo Dolph.

Estaba demasiado enojada para dejar su elección de palabras.

—Prefiero el término hacer el amor a joder, sí, pero lo hemos hecho desagradable.

—Si eso es cierto, las marcas se habrían curado por completo ahora. Si sólo fueras humana, como dices.

El dolor de cabeza entre mis ojos se sentía como que algo estuviera intentando apuñalar mi cráneo en su camino para salir. Realmente no estaba de humor para esto.

—Lo que soy, o lo que no soy, no es asunto tuyo. Pero te digo que lo marqué en el calor de la pasión. Más que eso, es muy probable que estuviera conmigo en el segundo asesinato que se llevó a cabo. Podemos mostrarlo, si lo deseas.

—Los tiempos serían buenos. —Zerbrowski retiró a toda prisa su silla un poco más lejos de la mesa, pero no había abandonado su puesto. Se hubiera quedado más cerca de todos en los que la furia temblaba que la mayoría de la gente.

Tuve que pensar en ello, pero me las arreglé para darle los tiempos aproximados para los últimos dos días. A decir verdad, no tenía muy buena coartada para Jason para el primer asesinato, pero en el segunda, estaba bastante segura de que lo tenía cubierto.

Zerbrowski estaba haciendo todo lo posible para tener la cara en blanco de policía mientras escribía lo que decía. Toda la entrevista se estaba grabando, pero tanto a Zerbrowski, como a Dolph, les gustaba escribir las cosas. En realidad no había pensado en ello antes, pero Zerbrowski podría haber aprendido ese hábito de Dolph.

Dolph permaneció de pie cerca de la mesa, inclinado sobre todos nosotros, mientras hablaba. Zerbrowski preguntó más por los tiempos de los pequeños arañazos con la mayor claridad posible.

Jason se quedó tan tranquilo y a pesar de eso pudo a través de todo. Sus

manos entrelazadas sobre la mesa, la cabeza gacha, los ojos tomaron pequeñas y rápidas mirada a todos nosotros, sin mover la cabeza o el cuerpo. Me recordó a un conejo escondido en la hierba, con la esperanza de que si quedaba bastante tranquilo, lo suficiente, los perros no lo encontrarían. La analogía debería haber sido de risa. Quiero decir, era un hombre lobo. Pero no era gracioso, porque era preciso. Ser un hombre lobo no le protegería de las leyes humanas, la mayoría de las veces les duele. A veces incluso te matan. No estábamos en ese tipo de peligro, todavía, pero eso podría cambiar.

Un cambiaformas acusado de asesinar a un ser humano tiene un juicio rápido y una ejecución. Si un mutante fuese declarado delincuente, era activamente cazado por el hombre, y si la policía no podía capturarlo, entonces podrías obtener una orden judicial de ejecución, al igual que un vampiro. Trabajaba casi de la misma manera. Un vampiro que era sospechoso de asesinato, pero que seguía eludiendo la captura y que se consideraba un peligro público podría tener una orden de ejecución emitida por un juez. Una vez que tenía la orden de ejecución en la mano podrías matarlo cuando te le encontraras. Sólo tienes que insertar a un cambiaformas en la fórmula de los vampiros y funcionaba de la misma manera. No había juicio, ni nada, sólo cazarlo y matarlo. Se habían hecho algunos trabajos así. No muchos, pero unos pocos.

Había habido un movimiento hacía unos años para hacer una magia que utilizasen los sujetos humanos a las órdenes de una ejecución, pero las organizaciones de derechos humanos también habían pateado un ataque. Cuando los humanos utilizaban una magia así, era feliz. Como alguien que ha ejecutado a personas por orden judicial, no estaba segura de cómo me habría sentido por la caza de un ser humano y de darle muerte. Había matado a seres humanos antes, cuando amenazaban mi vida, o la vida de los que tenía en gran estima. Pero esto era auto-defensa, ni siquiera la auto-defensa proactiva era lo mismo. Una bruja humana o asistente recibía un juicio, pero si ellos eran condenados por usar la magia para el asesinato, era una sentencia de muerte automática. El noventa y nueve por ciento del tiempo el brujo o bruja era condenado. Los miembros del jurado no les gustaba la idea de que algunas personas pudieran matar por caminar por ahí con la magia libre. Una de mis metas en la vida era suspender el infierno de una sala de audiencias.

Sabía que Jason no había hecho nada malo, pero también sabía lo

suficiente sobre la manera en que el sistema funcionaba para saber que para aquellos de nosotros que no éramos exactamente humanos, a veces la inocencia no importaba mucho.

—¿Alguien más puede corroborar estos tiempos? —preguntó Zerbrowski.

—Algunas personas, sí —dije.

—Algunas personas —dijo Dolph. Parecía disgustado, y no entendía bien esa emoción—. No sabes ni quién es el padre, ¿verdad?

Eso me hizo darle un ciervo en los faros parpadeando.

—No sé lo que quieres decir.

Me dio una mirada, como si ya hubiera mentido.

—La Detective Reynolds nos contó tu secreto.

Le miré a través de la mesa. Todavía estaba inclinada, y todavía estaba de pie, por lo que casi estábamos ojo a ojo.

—¿Y?

Dio un sonido entre un bufido y tos.

—Fuiste la única que se desmayó en la escena del crimen, y fuiste la única que vomitó. —Parecía como si hubiera hecho un gran punto, dado con una precisión de un cirujano en su casa.

Fruncí el ceño y parpadeé.

—Lo siento, ¿de qué estás hablando? —Parecía tan confundida como me sentía.

—No seas tímida, Anita, no eres buena en eso.

—No estoy siendo tímida, Dolph, estás haciendo que esto no tenga ni un sentido de mierda. —Entonces una idea me vino a la cabeza, pero no podía ser. Dolph no diría eso…

Le miré, y pensé, tal vez podría pensar eso.

—¿Estás insinuando que estoy embarazada?

—Eso implica, no.

Me relajé un poco. No debería estarlo.

—Estoy preguntando, ¿sabes quién es el padre, o hay demasiados para adivinar?

Zerbrowski se puso de pie, y estaba lo suficientemente cerca de Dolph para que le obligara a alejarse un poco de la mesa.

—Creo que deberías irte ahora, Anita —dijo Zerbrowski.

Dolph me miraba. Debería haber estado enojada, pero estaba muy sorprendida.

—Me he desmayado en las escenas de asesinato antes.

Zerbrowski se movido un poco hacia atrás de la mesa. Tenía una mirada resignada en su rostro, como si alguien viera que el tren venía por la pista y sabía que nadie iba a bajar en ese momento. Todavía no creía que las cosas estaban tan mal.

—Nunca te ha pasado antes —dijo Dolph.

—Estaba enferma, Dolph, demasiado enferma para conducir por mí misma.

—Parece que estás bien ahora —dijo, bajó la voz y los ruidos, lleno de tanta ira que parecía siempre justo por debajo de la superficie de los últimos tiempos.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sólo fue uno de esos virus.

—No tendría nada que ver con la marca de los colmillos en tu cuello ¿no?

Mi mano se acercó a ella, entonces me obligué a no tocarla. A decir verdad, me había olvidado de eso.

—Estaba enferma, Dolph, aún estoy enferma.

—¿Ha sido probado para el síndrome de Vlad, ya?

Tomé una respiración profunda, lo dejó escapar, y luego dije, a la mierda. Dolph no iba a dejar esto de una vez. Quería pelear. Podría hacer eso. Infiernos, una buena pelea a gritos sin complicaciones sonaba casi atractiva.

—Te lo voy a decir una vez, no estoy embarazada. No me importa si me crees, porque no eres mi padre, ni eres mi tío, hermano, ni nada. Eras mi amigo, pero incluso eso está en juego en este momento.

—Eres uno de nosotros, o eres uno de ellos, Anita.

—¿Una de qué? —pregunté. Estaba segura de la respuesta, pero necesitaba escucharlo en voz alta.

—Un monstruo —dijo, y fue casi un susurro.

—¿Me estás llamando monstruo? —No hablaba en voz baja, pero mi voz era baja y cuidadosa.

—Estoy diciendo que vas a tener que elegir si eres uno de ellos, o uno de nosotros. —Señaló a Jason cuando dijo eso.

—¿Te has unido a los seres humanos contra los vampiros, o algún otro grupo de extrema derecha, Dolph?

—No, pero estoy empezando a estar de acuerdo con ellos.

—El único vampiro bueno es uno muerto, ¿es eso?

—Ellos están muertos, Anita. —Tomó un paso más, se movió más cerca de Zerbrowski—. Ellos se están follando a cadáveres que no tienen suficiente sentido común para permanecer en sus tumbas olvidadas por Dios.

—Según la ley, son seres vivos con derechos y protección bajo la ley.

—Tal vez la ley se equivocó en este caso.

Una parte de mí quería decir, ¿sabes que esto está siendo grabado? Otra parte de mí se alegró de lo que había dicho. Si iba a sonar como un loco fanático entonces sería de ayuda para mantener a Jason seguro. El hecho de que no ayudaría en la carrera de Dolph me molestaba, pero no lo suficiente como para sacrificar a Jason. Me gustaría salvar a todos mis amigos, pero si alguien estaba empeñado en la autodestrucción, no es mucho lo que podía hacer. No puedes patear la mierda de los demás por ellos, no a menos que estén dispuestos a coger una pala y ayudar.

Dolph no estaba ayudando. Se hundió, con las manos planas sobre la mesa y hundió la cara en Jason. Jason se apartó en la medida de lo que podía en la silla. Zerbrowski me miró y me mostró los ojos desorbitados. Los dos sabíamos que si Dolph tocaba a un sospechoso en la forma en que me había tocado antes, su carrera estaba bien y verdaderamente mal.

—Se ven tan humanos, pero no lo son —dijo Dolph.

No me gustó el uso de esas palabras para uno de mis amigos.

—¿De verdad te dejaste tocar?

Lo ves, incluso si odias a los monstruos, es difícil de seguir derecho en tu propia cabeza lo que es ella, y lo que es él.

—Sí —dije.

Zerbrowski se movió hacia Dolph, intentando llegar a Jason, para meterse entre ellos, creo.

Dolph se giró hacia mí, todavía inclinado, demasiado cerca de Jason para la comodidad de nadie.

—Y el mordisco en el cuello, ¿fue la sanguijuela esa de mierda?

—No —dije—, fue uno nuevo. Me estoy tirando a dos de ellos ahora.

Se tambaleó casi como si hubiera recibido un golpe. Se apoyó en gran medida en la mesa, y por un segundo pensé que caería en el regazo de Jason, pero se recuperó a sí mismo con un esfuerzo visible. Zerbrowski tocó el brazo del hombre mayor.

—No es fácil, mi teniente.

Dolph dejó que Zerbrowski le sentara. No hizo ninguna reacción cuando el sargento liberó a Jason de la silla y lo alejó más de Dolph. Dolph no les estaba mirando. Sus ojos llenos de dolor eran todo para mí.

—Sabía que eras cebo de ataúd, pero no sabía que eras una puta.

Sentí que mi propia cara se ponía dura y fría. Tal vez si no hubiera estado tan cansada, tan estresada, pero no había ninguna excusa real para lo que dije a continuación, excepto que Dolph me había herido, y quería hacerle daño.

—¿Cuál es el problema de los siguientes nietos, Dolph? ¿Aún tienes un vampiro cercano-a-la hija-por-ley?

Sentí que Zerbrowski reaccionaba ante la noticia, y supe en ese momento que sólo yo lo había sabido.

—En realidad no deberías molestar a la gente que ha confiado en ti, Dolph. —En el momento en que lo dije, me arrepentí, pero ya era demasiado tarde. Jodidamente tarde.

Él salió de la silla, con las manos debajo de la mesa, y la volcó con un golpe tremendo en el suelo. Todos estábamos dispersos. Zerbrowski se paró delante de Jason contra la pared del fondo. Tomé una esquina, cerca de la puerta.

Dolph tiró la papelera de la habitación. No había otra palabra para describirlo. Las sillas golpearon las paredes, y la mesa las siguió. Por último, cogió una silla y pareció tener una queja especial contra él. Golpeó la silla de metal contra el suelo, una y otra vez.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió. La policía llenó la puerta, armas en mano. Creo que esperaban ver a un hombre lobo desbocado. La vista de un Dolph arrasando los dejó muertos en la puerta. Tendrían probablemente que alegrarse de disparar al hombre lobo, pero no creo que quisieran matar a Dolph. Por supuesto, nadie se ofreció a sujetarle tampoco.

La silla de metal se dobló sobre sí misma, y Dolph se derrumbó sobre sus rodillas. Su respiración agitada llenó la sala, como si estuviera inhalando las paredes y exhalando.

Fui a la puerta y me siguieron todos detrás. Me decían cosas como:

—Está bien. Va a estar bien. Sólo tienes que irte. —No estaba segura de sí iba a estar bien, o no, pero realmente quería irme. Nadie necesitaba ver a su teniente perdido. Sacude su fe en él. El infierno que no, mi fe estaba haciendo todo bien.

Cerré la puerta detrás de ellos y miré a través de la habitación hacia Zerbrowski. Sólo nos miramos. No creo que ninguno de nosotros supiera qué decir, o incluso qué hacer.

La voz Dolph llegó, como desde lo más profundo dentro de él, como si tuviera que tirar de él hasta la mano, como el cubo en un pozo.

—Mi hijo va a ser un vampiro. —Me miró con una mezcla de dolor y rabia, no sabía qué hacer—. ¿Estás contenta ahora? —dijo. Me di cuenta de que había secado las lágrimas de su rostro. Que había llorado cuando lo había destruido todo. Pero no lloraba mientras decía—: Mi nuera quería conseguirlo, así que tendrá veinticinco años para siempre. —Él hizo un sonido que estaba a medio camino entre un quejido y un grito.

Decir lo siento no parecía ser suficiente. No podía pensar en nada de lo que sería suficiente. Lo sentía, pero era todo lo que tenía que ofrecer.

—Lo siento, Dolph.

—¿Por qué, por qué lo sientes? los vampiros son personas también. —Las lágrimas comenzaron de nuevo, en silencio. Nunca hubiera sabido que estaba llorando, si no hubiera estado mirándole directamente.

—Sí, estoy saliendo con un sanguijuela y algunos de mis amigos no tienen pulso, pero eso no aprueba que sean seres humanos más.

Me miró y el dolor lo inundó más que la ira. Hizo a sus ojos más y más fáciles de cumplir con todos al mismo tiempo.

—¿Por qué? ¿Por qué?

No pensé que me estuviera realmente preguntando por qué. Creía lo que creía acerca de los vampiros. Creí que era el grito universal de ¿por qué yo? ¿Por qué mi hijo, mi hija, mi madre, mi país, mi casa? ¿Por qué yo? ¿Por qué el universo no es justo? ¿Por qué no todo el mundo consigue un final feliz? No tenía que responder por qué. Dios quería ese yo.

Mi respuesta implícita al por qué, porque no podía responder a las otras cuestiones más dolorosas.

—No lo sé, pero sé que me arrastra cada vez que me encuentro con alguien conocido por primera vez como un ser humano vivo, entonces, como un vampiro muerto. —Me encogí de hombros—. Parece, no sé, desconcertante.

Dio un gran hipo sollozando.

—Enervante… —Medio se rió y medio exclamó, luego, se cubrió el rostro con las manos y se entregó a llorar.

Zerbrowski y yo nos quedamos allí. No sé cuál de nosotros se sentía

más indefenso. Caminé con cuidado alrededor de la sala, con Jason y con él.

Dolph percibió el movimiento y dijo:

—Él no va a ninguna parte.

—No tiene nada que ver con esto —dije.

Dolph se limpió la cara enfadada.

—No hay coartada para el primer asesinato.

—Estás buscando un asesino en serie. Si el sospechoso es liberado de uno de los crímenes entonces generalmente es inocente de todos ellos.

Sacudió la cabeza con obstinación.

—Podemos evitar esas setenta y dos horas, y vamos hacerlo.

Miré alrededor de la sala destruida, me encontré con los ojos de Zerbrowski, y no estaba segura de sí Dolph tenía suficiente influencia como para hacer ese tipo de pronunciamientos.

—La luna llena es en unos pocos días —dije.

—Lo pondremos en una instalación segura —dijo Dolph.

Las instalaciones aseguradas eran administradas por el gobierno. Eran lugares donde los licántropos nuevos podían ir y estar seguros de no querer herir a nadie. La idea era que se quedaba hasta que obtuviera el control de su bestia, entonces te dejaban reanudar tu vida. Esa era la teoría. La realidad era que una vez que se entraba, voluntariamente o no, casi nunca salías. La ACLU había iniciado el año con batallas legales para que se consiguieran fuera de la ley, o un hecho inconstitucional.

Miré a Zerbrowski. Me miró con una especie de creciente horror y cansancio. No estaba segura de mantener a Jason bloqueado permanentemente si Dolph presionaba. Esto no podía estar pasando. No podía dejar que sucediera.

Miré a Dolph.

—Jason ha sido un hombre lobo durante años. Tiene un perfecto control de su bestia. ¿Por qué mandarlo a una instalación segura?

—Meterle en uno —dijo Dolph y el odio siguió de nuevo al dolor.

—No tiene cabida en un calabozo, y tú lo sabes.

Dolph sólo me miró.

—Es peligroso —dijo Dolph.

—¿Por qué?

—Es un hombre lobo, Anita.

—Así que tiene que estar encerrado, porque es un hombre lobo.

—Sí.

Zerbrowski parecía enfermo.

—Al parecer sólo porque es un hombre lobo —dije. Quería que supiera lo que estaba diciendo, que no estaba de acuerdo, para llegar a sus sentidos, pero no lo hizo.

—Sí —dijo. Y al decir eso, en la cinta, lo ponía de manifiesto, las Naciones Unidas no serían capaces de retroceder. Se podría y probablemente sería usada en su contra. No había nada que pudiera hacer para ayudar a Dolph, pero supe en ese momento que Jason no iría a una instalación segura. La mitad de mí se sintió aliviada, la otra mitad tenía tanto miedo de que Dolph pudiera saborear el metal en su lengua.

Zerbrowski fue a la puerta, empujando a Jason por delante.

—Vamos a darte unos minutos a solas, mi teniente. —Me hizo un gesto con la cabeza.

Dolph no trató de detenernos. Sólo se arrodilló, delante conmocionado, como si por fin hubiera oído sus palabras, por fin se dio cuenta de lo que podría haber hecho.

Salimos todos por la puerta, y Zerbrowski cerró firmemente detrás de nosotros. Todos en la sala de la brigada nos estaban mirando. No traté de verlo, pero todo el mundo había encontrado algo que hacer para mantenerlo a mano. Nunca había visto a tantos detectives tan ansiosos por hacer el papeleo en sus escritorios, o incluso de otra persona, siempre y cuando la mesa estuviera cerca del pasillo.

Zerbrowski miró a la pared, cerca de la gente y dijo:

—A disolverse gente, no necesitamos una multitud.

Todos se miraron unos a otros, como pidiendo que nos moviéramos, ¿debemos escucharle? Se habrían movido sin duda por Dolph. Pero, finalmente, se movieron, a la deriva fuera de uno en uno y dos en dos a otras partes de la sala. Los que estaban en sus puestos cerca de la acción parecían recordar las llamadas telefónicas que tenían que hacer.

Zerbrowski se inclinó cerca de mí, y en voz baja dijo:

—Toma al Sr. Schuyler contigo y vete.

—¿Qué va a decir Dolph? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero sé que Schuyler no merece ir a una de estas instalaciones.

—Gracias, sargento —dijo Jason, y sonrió.

Zerbrowski no le devolvió la sonrisa, pero dijo:

—Eres un dolor en el culo a veces, Schuyler, y eres corpulento, pero no un monstruo.

Tuvo uno de esos momentos. Las mujeres se habrían abrazado, pero eran hombres, lo que significaba que ni siquiera compartían un apretón de manos.

—Gracias, Zerbrowski.

Zerbrowski dio una sonrisa débil.

—Es bueno saber que estoy haciendo feliz a alguien hoy en día. —Se giró hacia mí. Nos miramos mutuamente.

—¿Qué va a pasar con Dolph? —pregunté.

Parecía aún más solemne, teniendo en cuenta que había parecido francamente deprimido anteriormente, decía mucho.

—No lo sé.

Dolph había dicho lo suficiente en la cinta para perder su trabajo, si querían. Demonios, si el jefe de RPIT se enteraba de este prejuicio podría llevar todos sus casos a examen, remontándose a los orígenes.

—Asegúrate de que tiene las dos semanas de tiempo personal, Zerbrowski, mantenlo fuera de aquí.

—Lo sé —dijo—, ahora vete.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, por supuesto que sí.

—Sólo tienes que irte, por ahora, Anita, por favor, vete.

Toqué el brazo de Zerbrowski.

—No vuelvas ahí sin un refuerzo, vale.

—Perry me dijo lo que Dolph te hizo el otro día. No te preocupes, voy a tener cuidado. —Se giró para mirar la puerta cerrada—. Por favor, Anita, vete antes de que salga.

Quería decir algo. Algo reconfortante, o útil, pero no había nada. Lo único útil que podía hacer era irme. Así lo hicimos.

Yéndome se sentía cobarde. Quedarme habría sido estúpido. Cuando se trata de una elección entre ser cobarde o tonto, el estúpido elige otra vez. Hoy opté por la mejor parte del valor. Además, no estaba segura de que si Dolph salía de la habitación como un toro desbocado intentase atacar a Jason, o a mí. Podríamos ser capaces de ocultar lo de la sala de interrogatorios, pero si destrozaba la sala entera de la brigada, significaría el final de su carrera. Ahora mismo, tal vez habría disparado su carrera al

pie. Incluso probablemente. Pero tal vez, y probablemente era mejor eso sin duda. Me fui para que Zerbrowski recogiera los pedazos, porque no sabía cómo. Era mucho mejor con la destrucción de cosas que fijándolas.



CUARENTA

Jason apoyó la cabeza contra el asiento de pasajeros del Jeep. Sus ojos estaban cerrados, y parecía cansado. Había huecos bajo sus ojos, incluso con ellos cerrados. Jason era de piel clara, no pálido. No lo hacía tan oscuro, pero bastante dorado. Hoy estaba pálido como un vampiro, y su piel daba la ilusión de que estaba demasiado delgado, como si una gran mano hubiera estado frotando alrededor de sus ojos y en su rostro, frotándose hacia abajo como preocupado por una piedra en la mano.

—Te ves como la mierda —dije.

Sonrió, sin abrir los ojos.

—Dulces palabras.

—No, lo digo en serio, te ves horrible. ¿Vas a estar bien esta noche, en el banquete, y todo?

Abrió los ojos lo suficiente como para deslizar su mirada hacia mí.

—¿Tengo alguna opción? ¿Alguno de nosotros realmente tenemos

elección?

Poniéndolo de esa manera…

—No, supongo que no. —De repente mi voz sonó cansada.

Sonrió de nuevo, con la cabeza aún en el asiento, los ojos casi cerrados.

—Si el teniente no hubiera estallado en una junta importante, ¿estaría de camino a una instalación segura, ahora mismo?

Me puse el cinturón del asiento del conductor y encendí el Jeep.

—No me has respondido —dijo, en voz baja pero insistente.

Puse el Jeep en marcha.

—Tal vez, no lo sé. Si Dolph no hubiera venido a una junta importante, como dices, entonces nunca hubiera pensado en ponerte en una instalación. —Me coloqué fuera de la zona de aparcamiento—. Pero podría haber pedido un interrogatorio. Estás muy arañado, y eres un hombre lobo. —Se encogió de hombros.

Estiró los brazos sobre su cabeza, arqueando su cuerpo contra el asiento, que se extendió todo el camino hasta los pies. Fue un gesto extrañamente agraciado. Con el movimiento brillaron los cortes en los brazos, haciendo que se vieran en las mangas de la camisa, y agregó un movimiento retorciéndose, como un estremecimiento, con una ola que salió de la punta de los dedos, por los brazos, el pecho, el arco de su cuello, la cintura, la madurez de sus caderas, por debajo de los músculos de los muslos, sus pantorrillas, hasta sus pies.

Un sonoro graznido y el chirrido de los frenos me trajeron de vuelta a la carretera, y el hecho de que conducía. Me las arreglé para no golpear a nadie, pero estuvo cerca. Pasé el camino a través de un bosque de gestos groseros y de la risa de Jason.

—Me siento mejor ahora —dijo, la risa siguió al rojo vivo en su voz.

Le miré frunciendo el ceño. Sus ojos azules brillantes, su rostro de repente resplandeciente de alegría. Luché, pero finalmente tuve que devolverle la sonrisa. Jason siempre había sido capaz de hacerme eso, me hacía sonreír cuando no quería.

—¿Qué es tan condenadamente gracioso? —dije, pero hubo un borde de risa en mi voz que no podía tragar.

—Estaba tratando de coquetear, y funcionó. Nunca has reaccionado a mi cuerpo antes, ni siquiera cuando estaba desnudo.

Me concentré en la carretera, muy fuerte, mientras que el rubor me quemaba la cara.

Se rió.

—Es para mí ese rubor. ¡Oh, Dios, sí!

—Sigue así y vas a mear fuera. —Giré en Clark, y me dirigí hacia el Circo.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Me miró, y no pude leer la expresión de su cara. Perplejidad, deleite, y algo más.

—¿Qué? —pregunté.

—No soy más un tipo invisible en tu radar.

—¿Qué?

—Te das cuenta de los hombres, Anita, pero nunca te habías fijado en mí. Estaba empezando a sentirme como el eunuco del tribunal.

Le di un gesto rápido antes de volver a la carretera. No quería arriesgarme a otro accidente. Había tenido adrenalina para todo el día.

—Vamos, ya sabes lo que quiero decir.

Suspiré.

—Tal vez.

—Tal vez sea porque no haces sexo casual, pero significo más para ti que sólo una mierda, incluso con el *ardeur*.

Si hubiera estado de pie me habría caído. Tenía que conformarme con la concentración muy fuerte en mi forma de conducir.

—Si tienes un punto, Jason, cual es.

—No te pongas de mal humor, Anita. Mi punto es que, incluso si nunca nos tocamos de nuevo, estoy en la pantalla del radar ahora. Me ves. Realmente me ves. —Parecía profundamente satisfecho.

Estaba confundida. Cuando estoy confundida por lo general intento concentrarme en el trabajo.

—¿Crees que el licántropo que está violando y matando a estas mujeres es local?

—Sé que no lo es —dijo Jason.

Lo miré, porque sonaba tan positivo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Fue un hombre lobo, no era uno de nuestra manada. No hay hombres lobo en el área de Saint Louis, que no formen parte del clan de Rokke Thronnos.

—¿Cómo sabes que fue un hombre lobo? Podría haber sido cualquiera entre una docena de tipos de la mitad de los hombres depredadores.

—Olía como un lobo. —Me frunció el ceño—. ¿No lo oliste en la casa?

—En su mayoría todo lo que olía era sangre, Jason.

—A veces me olvido de que no eres uno de nosotros, todavía.

—¿Es un elogio o una queja?

Sonrió.

—No lo sé.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no era uno de nuestros hombres lobo?

—No huele a manada.

—Olvida que soy humana, y que mi nariz no es cuatrocientas veces más sensible al aroma de la discriminación, y explícamelo con sencillez.

—Mi nariz en forma humana no es tan buena como mi nariz en forma de lobo. El mundo está muy vivo. Olfatear es casi como la vista. Si nunca lo has experimentado, es difícil de explicar, pero el tacto en forma humana probablemente es secundario a la vista. En el olfato en forma de lobo es secundario a la vista, o en algunos casos, por delante de él.

—Bueno, dicen que eso es así, ¿qué significa eso para esta investigación?

—Esto significa que sé que el asesino es un hombre lobo, y sé que no es uno de los nuestros.

—Tu opinión no va a valer en el juicio —dije.

—No creo que lo hiciese. Honestamente, habría dicho lo que había olido en la casa antes, si no hubiera asumido lo que olí, también. —Parecía preocupado, y de repente más joven a causa de eso, todo el encanto de un colegial.

Lo que había dicho me hizo pensar.

—La mayoría de las razas de perros sabuesos no realizan el seguimiento de un hombre lobo, o cualquier cambiaformas para esa materia. Se van todos de cara a la mierda, gritando y gimiendo y aterrados. Básicamente, dicen los cazadores, están por su cuenta —dije.

—Sabía que los perros no son como nosotros, pero no sabía que no les gustásemos mucho.

—Depende de la raza de perro, pero la mayoría de los perros no quieren meterse con vosotros. No puedo decir que los culpe.

—Así que supongo que eso baja la libra y escoge un perro, entonces.

—Lo haces con un lugar en su oído.

—Está bien, ¿tienes un momento? —preguntó, y volvió a sonreír.

—Sí, ¿podría un hombre lobo seguir la pista en forma de lobo a este

asesino?

Jason pensó, todo serio.

—Probablemente, pero no creo que la policía vaya con él. No nos quieren mucho, tampoco.

—Probablemente no, pero voy a proponérselo a Zerbrowski cuando llame.

—¿Estás segura de que va a llamar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tenemos dos mujeres muertas, y probablemente esté en todos los medios.

—Si ves la televisión, lees el periódico de vez en cuando, o incluso escuchas la radio, para poder saber estas cosas —dijo Jason.

—Probablemente sea cierto, pero no hay calor para resolver este caso, y más vidas inocentes en peligro. Zerbrowski llamará, porque están agarrándose a un clavo ardiendo, o no me habría metido si Dolph tuviera una ventaja más prometedora, incluso fuera de su cabeza como lo está, no hubiera reventado su chuleta, o la mía.

—¿Estás segura de eso?

—Es un policía, por encima de todo. Si hubiera cualquier otra cosa que perseguir, él habría estado fuera persiguiéndolo, no perdiendo el tiempo contigo.

—No sé, Anita, no vi gran parte del policía saliendo hoy. Parece un hombre que dejó que sus problemas personales se comieran todo lo demás.

Habría discutido si hubiera podido, pero no pude.

—Voy a mencionar la idea a Zerbrowski, si están suficientemente desesperados pueden seguirla.

—¿Qué tan desesperados tienen que estar?

Giré el Jeep en el estacionamiento del circo.

—Tal vez dos cuerpos más, tal vez tres. Usar un hombre lobo para seguir a un hombre lobo puede que Zerbrowski llame al sentido del humor, pero reservar la parte superior de bronce en un acuerdo sería el problema.

—Dos mujeres más, tal vez tres, Jesús, Anita, ¿por qué no intentas las medidas desesperadas antes de que las cosas estén tan terriblemente mal?

—La policía es como la mayoría de las personas, Jason, no les gusta pensar fuera de la caja. Usar a un hombre lobo en forma animal, como una especie de Sabueso sobrenatural es la forma que está fuera de la maldita

caja.

—Tal vez —dijo—, pero olí lo que estaba arriba, Anita. Demasiada sangre, demasiada carne. Un ser humano no debe reducirse a carne y sangre.

—¿No es justo tener todos los alimentos en la cesta? —Traté de hacer una broma, pero Jason pareció ofendido.

—Alguien de todas las personas debe saberlo mejor que eso.

—Tal vez —dije, sintiendo mi propia sonrisa a diapositivas de distancia de mi cara—. Está bien, lo siento, no quería ofender, pero he tenido demasiados cambiaformas amenazándome para hacerme ilusiones de donde estoy en la cadena alimentaria. Y hay un montón de cambiaformas que todavía creen que están en la parte superior.

—No me creo esa mierda radical sobre que estamos en la parte superior de la escala evolutiva —dijo Jason—, si realmente fuésemos la perfección de la evolución, ¿por qué hemos existido desde hace miles de años, pero aun así, los pobres superan en número a los seres humanos, y por lo general no nos matan?

Estacioné cerca de la puerta de atrás y apagué el motor. Jason abrió la puerta, pero dijo, por encima de su hombro mientras estaba saliendo.

—No te engañes, Anita, claro que matan a más personas de los nuestros que de ellos. —Sonrió, pero no como si fuera divertido—. Incluso matarse más los unos a los otros que matarlos a ellos. —Luego fue a grandes zancadas por el estacionamiento. Nunca miró hacia atrás.

Había ofendido a Jason. Hasta ese momento no había estado segura de que fuera posible ofenderlo. O estaba creciendo, o era menos diplomática. Como no podía ser menos diplomática de lo habitual, Jason debía estar creciendo. Por primera vez en un tiempo, me pregunté si siempre sería el Lobo de Jean-Claude y como aperitivo. Y stripper, también. Pero no te puedes quedar y alimentar a los vampiros para siempre, ¿verdad?



CUARENTA Y UNO

Bobby Lee me recibió en la puerta. Alto, con cabello claro y casi brillante en comparación con la bodega oscura detrás de él. Pero su estado de ánimo no era brillante.

—La policía debería haber dejado que me quedara contigo.

—No creo que ellos creyeran mi historia de haceros a todos testigos.

—Debías de haber dicho que somos tus guardaespaldas.

—La próxima vez lo voy a hacer, Bobby Lee. —Le conté lo que había aprendido en el departamento de la policía mientras caminábamos por las escaleras casi infinitas que conducían desde el almacén a las partes inferiores del Circo de los Malditos. Las escaleras eran lo suficientemente amplias como para que cuatro personas caminaran juntas, pero los escalones eran extrañamente espaciosos, como si la construcción original no hubiera sido para humanos. Definitivamente, no se había hecho para bípedos.

—No conozco el nombre de Heinrick —dijo.

Lo miré, tan de repente, que me tropecé, y él me cogió del brazo. En ese momento me di cuenta de que no sabía mucho acerca de Bobby Lee, en realidad no.

—Trabajas para Rafael, no puedes ser un supremacista blanco.

Me soltó el brazo cuando estaba seguro de que estaba sólidamente en una variedad extraña de pasos.

—Cariño, sé de supremacistas blancos que se especializan en odiar a la gente un poco más oscura que Rafael.

—Los sureños de verdad no dicen Cariño.

Él me sonrió.

—Lo hacen si los bastardos del Norte se lo esperan.

—Estamos en Missouri, lo que no es exactamente el norte.

—Es de donde vengo.

—¿Y eso que tiene que ver?

Su sonrisa se amplió.

—Cuando no estamos en medio de una emergencia podemos sentarnos y compartir el tiempo personal frente a una cerveza o un café. En este momento, concéntrate, cariño, porque estamos hasta el cuello y seguimos hundiéndonos.

—Si no conoces a Heinrick, ¿cómo sabemos que nos estamos hundiendo?

—Era un mercenario antes que la gente de Rafael me reclutara. Conozco a gente como Heinrick.

—¿Qué quiere de mí alguien así?

—Ellos te estaban vigilando que por una razón, Anita, probablemente tú sabes cuál es la razón, y sólo tienes que pensar en ella.

Negué con la cabeza.

—Hablas como un amigo mío. Siempre me decía que cuando la mierda golpea el ventilador debo saber que los malos están detrás de mí.

—Tiene razón.

—No siempre, Bobby Lee, no siempre. —Pero la conversación me hizo pensar en Edward. Había comenzado su vida profesional como un asesino a sueldo, después de matar a los seres humanos se volvió demasiado fácil, así que pasó a los monstruos. Los Monstruos cubren mucho terreno para Edward. No, entre los vampiros y cambiaformas, se incluyen asesinos en serie, en los actores de cine mudo, cualquier persona y cualquier cosa que

le llames fantasía. Aunque el precio tenía que estar en lo cierto. Edward no trabajaba de forma gratuita. Bueno, no a menudo. Algunas veces hacía el trabajo simplemente por la emoción de perseguir algo que nos asuste al resto de los simples mortales.

—¿Hay alguien en la operación para que Rafael tenga contactos en los canales no gubernamentales? No quiero que nadie pida un favor a nadie a causa de esto. No quiero que alguien se meta en problemas. Sólo quiero saber lo que está en los canales regulares del gobierno, o bien lo que no saben, o no comparten con el departamento de policía de St. Louis.

—Tenemos algunos ex militares de las fuerzas especiales, cosas así. Voy a preguntar por ahí.

Asentí con la cabeza.

—Bien. —Y yo preguntaría a Edward, a ver si él conocía a Heinrick. Empecé a caminar por los escalones de nuevo. Bobby Lee cayó a mi lado, aunque para sus seis pies y mi corta estatura, probablemente era un paso difícil para él. No se quejó, y yo no me ofrecí a acelerar el paso. No tenía exactamente ganas de ver a Jean-Claude o a Asher otra vez. Todavía no sabía qué decir.

Estábamos a la entrada de la gran pesada puerta que conducía a las áreas subterráneas. Estaba parcialmente entreabierta, esperándonos.

—Por cierto, Jean-Claude y Asher solicitaban tu presencia en la habitación de Jean-Claude.

Suspiré, y mi tristeza debió haberse demostrado en mi cara, porque tocó mi brazo.

—No estés tan triste, cariño, dijeron algo al respecto, de darte una disculpa.

Mis cejas se arquearon al oír eso. Darme una disculpa. Me gustó como sonaba, me gustaba demasiado.



CUARENTA Y DOS

No fue la disculpa que yo esperaba, pero en estas circunstancias, cualquier disculpa era mejor que nada. Sobre todo, si no tenía nada para darles. Por supuesto, les tomó casi cinco minutos y tuve tiempo para escuchar la disculpa, porque una vez que tuve un buen vistazo de los dos de con sus mejores galas para banquetes, me dejaron sin habla, sorda, y malditamente ciega a cualquier otra cosa.

No creí que hubiera sido la magia o el engaño de vampiros. Sólo se veían bien. Asher llevaba una chaqueta de color oro pálido con bordados de oro oscuro, y un borde metálico de oro de verdad bordado del mismo hilo. Había un toque más de oro en el cuello, solapas, puños anchos. Justo lo suficiente para mezclarse con el oro de su pelo, en cascada sobre los hombros y dando énfasis a los gestos de sus manos. Su camisa era una espuma, volantes de blanco en el pecho y la muñeca, como una nube domesticada. Sabía, por rebuscar entre la ropa privada de Jean-Claude que

la camisa no era tan suave como parecía. Los pantalones eran de oro pálido el mismo que la chaqueta con una línea de bordado a ambos lados de las piernas. Botas del color de conchas de ostras agraciado con las piernas, la parte de arriba doblada hacia abajo justo por encima de las rodillas, atadas con correas de cuero marrón pálido y hebillas de oro pequeñas, que se vislumbraban cuando se movía.

Vi a Asher en primer lugar, quizás a causa de sus poderes, o tal vez porque él era todo brillante, en oro y llamativo. Fue como ver el sol. No podía dejar de mirarlo, girar tu rostro hacia el calor, para disfrutar de su gloria. Pero muchas veces cuando el sol está en lo alto en el cielo, la luna está ahí arriba, también. Un vago recuerdo de lo que será en la noche, pero allí, sin embargo, oscuro, brumoso, duro y blanco. Por la noche, sólo existe la luna, y el sol no está por ningún lado. No hay distracciones cuando la luna gobierna en el cielo nocturno.

La capa de Jean-Claude era de terciopelo negro, tan suave y fino, parecía piel. Era larga, que fluía hasta los tobillos. Tenía bordados en las solapas y en los anchos puños, un azul marino profundo. El bordado del escudo hacía juego con el negro del chaleco, y la camisa, que se mostraba en todo lo que era negro y real del mismo tono de azul que eran las sábanas de seda sobre la cama. Azul celeste, un color atrapado entre el cielo de día y la noche. Resaltaba el azul de sus ojos para que fueran como joyas que vivían en medio de la negrura de su pelo, cerca de la blancura pura de su piel.

La seda fue montada en volantes suaves en el pecho, y metida en el chaleco. Un alfiler de oro y zafiro traspasaba los volantes del pecho. La piedra era casi tan grande como uno de sus ojos azules. Los gemelos en conjunto, de oro, con zafiros casi tan grandes como el de su pecho. Los zafiros eran de azul aciano, como unas gotas de agua del mar de Caribe hechas sólidas.

Su cabello era una masa de rizos color negro. Era casi como si hubiera hecho menos para ser normal, dejándolo alborotado alrededor de su cara y los hombros. El negro de su pelo mezclado en con el negro de la chaqueta, para que el pelo fuera como un accesorio viviente.

Por un momento pensé que llevaba pantalones de cuero, hasta que me di cuenta de que las botas negras recorrían a través de toda la longitud de su pierna. Vestía pantalón negro, pero éstos eran apenas visibles. Tuve sólo un destello de la parte posterior de las botas cuando se movió. Toda la

longitud de las botas desde el tobillo hasta culo estaba atada con un cordón azul que hacía juego con el sorprendente azul de su camisa.

Estaba atrapada entre tener que jugar con los dos al sarcasmo, o correr como el infierno. Me las arreglé para estar simplemente allí, en medio de la habitación y no correr, o caer a sus pies como una groupie. A pesar de que la última parte tenía más determinación de la que nunca admitiré en voz alta.

—*Ma petite*, ¿has oído una palabra de lo que hemos dicho?

Me acordé de que la boca se había estado moviendo mientras los miraba en todo su esplendor masculino, pero por mi vida que no podía repetir ni una. Me ruboricé cuando admití:

—No realmente.

Miró exasperado, con las manos en las caderas, extendiendo la capa hacia atrás, intermitente se veía más de la cuerda azul mientras se paseaba hacia mí.

—Es como me temía, Asher. Está abotagada por ti. Si no podemos, —hizo una moción de palabrería con las manos y vi los anillos de zafiro, por primera vez, guiñándome un ojo a la luz de las velas—, reducir el tono de este efecto, esta será una noche inútil.

—Si hubiera soñado que ella podría estar tan totalmente afectada me habría contenido.

Jean-Claude se giró y miró a Asher. Pude ver que era azul el bordado en la parte posterior de la capa. Hacía un patrón o imagen, pero no pude entenderlo a través del derrame de pelo.

—¿Podrías, *mon ami*, verdaderamente haber retenido tanto placer? ¿Podrías haberte resistido?

—Si hubiera sabido esto, *oui*. No nos hubiera debilitado con Musette y su gente aquí, no por placer.

Fruncí el ceño y sacudí la cabeza.

—Un momento muchachos. —Se giraron y me miraron. Los dos miraron sorprendidos, creo que porque sonaba tan normal—. Esto no pueden ser los poderes de Asher, a menos que mi fascinación se extienda a Jean-Claude, ya que ambos parecen igualmente maravillosos. Me siento como si estuviera saltando de arriba hacia abajo y diciendo genial, tengo que ir a jugar con los dos. —Parpadeé y luche para no ruborizarme—. Lo siento, ¿lo acabo de decir en voz alta?

Los dos hombres se miraron, entonces Jean-Claude se giró hacia mí, y

Asher posó su pálida mirada azul sobre mí.

—¿Qué estás diciendo, *ma petite*? Nunca he te visto tan callada e insensible ante mis ojos.

Miré a los dos hombres y sacudí la cabeza.

—Muy bien, necesitas un recordatorio, puedo hacer eso. —Caminé junto a ellos al espejo de cuerpo entero que estaba ubicado en el lado opuesto de la habitación. Les hice un gesto a los dos otra vez—. Vamos, vamos, no tenemos toda la noche.

Finalmente vinieron hacia mí, pareciendo perplejos. Los tenía un poco distraídos mirando al deslizarse hacia mí en toda esa seda, piel y cosas brillantes. Pero al final, los tuve de pie delante del espejo, aunque no estaban mirando en el espejo, me miraban a mí, todavía perplejos.

Al final tuve que tocar a cada uno de ellos ligeramente en el brazo y maniobrar en ellos para que la crema de oro de la capa de Asher se derramara sobre el terciopelo negro de Jean-Claude. De modo que sus rizos negros se mezclaron con las olas de oro. Los junte hasta que el sorprendente azul de la camisa de Jean-Claude y el pasador de zafiro sacó el azul de sus dos ojos.

—Miraos vosotros mismos, y decidme si cualquier simple mortal no se va a quedar ahí sin decir wow, durante unos minutos.

Se miraron en el espejo, se vieron el uno al otro y, finalmente, Jean-Claude sonrió. Asher no lo hizo.

—Si fueran solamente los poderes de Asher entonces, estás en lo correcto, *ma petite*, no se extenderían hacia mí. —Se volvió hacia mí, sin dejar de sonreír—. Pero nunca he visto en este estado de ensoñación.

—No os habréis dado cuenta.

Negó con la cabeza.

—No, *ma petite*, me habría dado cuenta ante un fenómeno así.

Me encogí de hombros.

—Tal vez nunca antes os he visto los dos vestidos para matar. El doble impacto es un poco más abrumador.

Se alejó lo suficiente como para girar en un círculo elegante, los brazos elevados, mostrando el traje.

—¿Crees que es demasiado?

Sonreí, casi me eche a reír.

—No, ni siquiera de cerca, pero me he permitido estar de pie atónita ante la presencia de tanta belleza.

—*Très poética, ma petite*.

—Mirándoos a los dos, solo desearía ser una poeta, porque no se puede hacer justicia. Os veis increíbles, maravillosos, jodidamente espectaculares.

Asher caminó hasta situarse en el otro extremo de la sala junto a la chimenea falsa. Fue difícil de ver en la penumbra, pero esta noche alguien había puesto dos velas cónicas en la pieza de la chimenea, cada una encerrada en cristal, por lo que brillaban como joyas. El pelo de Asher brillaba a la luz incierta. Puso una mano sobre la repisa de la chimenea, con la cabeza hacia abajo para mirar en la fría chimenea, hacia la nueva pantalla de fuego, Jean-Claude había añadido tres. La pantalla de fuego era un ventilador enorme de antigüedades encapsulados en vidrio. Los colores eran rojos vibrantes, verdes, un aerosol brillante de flores y encajes delicados. Era bonita, pero no tanto.

Miré a Jean-Claude por alguna pista, y se limitó a hacer un gesto para que siguiera a Asher al lado de la chimenea. Cuando me quedé allí, Jean-Claude tomó mi mano y me llevó hacia el otro hombre.

Asher debió habernos escuchado acercarnos, porque dijo:

—Estaba muy enojado contigo, Anita, muy enojado. Tan enojado que no pensé que podrías tener una causa justa para estar enojada conmigo.

Jean-Claude me apretó la mano como diciéndome que no lo interrumpiera, pero me pareció estar por delante en la discusión, así que no había planeado decir ni una palabra. Nunca interrumpas cuando eres el que está ganando.

—Jason nos dijo lo mal que estabas después de tomar tu sangre. Si estabas tan enferma como nos ha informado, entonces, naturalmente, el miedo me abrazó. —Miró hacia arriba, de pronto, con los ojos muy abiertos y casi salvajes, perdidos en el resplandor de su pelo y la luz de las velas parpadeantes—. No te he hecho daño. Nunca ha sido así… —Parecía estar buscando una palabra—, de terrible para ninguna de mis otras… —de nuevo dudó—, víctimas.

No estaba segura de qué decir a eso, porque estaba de acuerdo con la parte de lo que había dicho. Sentí que me había hecho víctima de sus poderes, al no preguntar primero. Pero si había sido consciente de ello, o no, en algún lugar del fondo de mi mente, debí haber estado pensando en el problema durante todo el maldito día, porque sabía que una cosa era cierta. No estaba por completo en lo correcto, tampoco. Maldita sea.

Jean-Claude me soltó la mano, porque la sensación de su piel contra la

mía hizo más difícil concentrarse en este momento.

—Puedo ver a dónde podría haber llegado la idea de lo que he entendido que significa el intercambio de sangre. Te pedí que me mordieras, me ofrecí para alimentarte, y tenías razón, sabía que tu mordedura podía abrumar mis defensas naturales. —Fue mi turno de mirar hacia abajo hacia la bonita pantalla de fuego que nunca conocería el calor —. Simplemente estaba tan fuera de mi cabeza que… —casi no lo podía decir—, hubiera deseado estar pensando. Pero eso no fue culpa tuya. Sólo podías hacer lo que dije en voz alta.

Miré hacia arriba, y me encontré en esos ojos.

—Oh, maldita sea, Asher, incluso si hubieras podido leer mi mente en ese momento quería que me tomaras, cualquier cosa que eso significase. No había reglas o señales de alto en mi cabeza. —Dejé escapar un largo suspiro, y me estremecí, porque estaba temerosa de eso, con miedo de admitirlo en voz alta, con miedo de todo. Tenía miedo de ser consumida por el deseo o el amor o cómo demonios quieras llamarlo—. Quería que me tomaras mientras Jean-Claude me hacía el amor. Quería que todos nosotros estuviéramos juntos como antes.

—No es tarde para ti, Anita —dijo Asher. Miró más allá de mí hacia Jean-Claude—. Mira, fue como nos lo temíamos, está loca por mí a través de tus recuerdos. No es real lo que siente por mí. Con mis poderes de fascinación o sin ellos, no es real.

—Eso parece ser lo que he estado diciendo, Asher —dije—. Es por tu maldita mente que nunca voy a saber si lo que siento por ti es real. Pero puedo deciros esto, lo que sentía por ti antes, era real. No es que piense en ti antes del agua bendita, es lo que pienso que eres ahora, tal como eres.

Sacudió la cabeza y desvió la mirada, lo que hacía el pelo una barrera entre nosotros, así que no podía ver su rostro.

—Pero hice uso de mis facultades para que te fascinaran, como una serpiente fascina a un ave. Capture tu mente, y quería hacerlo.

Le toqué el pelo, y se apartó de mí. No traté de seguirlo. Tomé un montón de aire y lo solté lentamente. Tendría que enfrentar a una docena de chicos malos que estaban tan cerca de esta conversación.

—En tu defensa, creo que estábamos desnudos y haciendo algo sucio antes de que envolvieras mi mente.

Miró hacia arriba, la cara apenas lo suficientemente clara a través de las sombras y la luz incierta para dejarme ver que estaba perplejo.

—¿Sucio?

—Tener relaciones sexuales —dijo Jean-Claude—. Es un término pintoresco del argot americano para nombrarlo, para hacerlo sucio.

—Ah —dijo Asher, aunque no se lo veía de manera menos perplejo.

Para él. No soy nada si no se determinó de una vez que he tomado mi decisión.

—Mi punto es este, ya que estábamos teniendo relaciones sexuales. No habías robado mi mente cuando estuve de acuerdo en que todo el mundo se quitara la ropa. No habías robado mi mente cuando tuvimos juegos previos. No habías robado mi mente cuando te lamí la parte posterior de las rodillas, y otras cosas. —Me obligué a mirarlo a los ojos poco a poco calmándolo—. Me ofrecí para todo eso. Si hubiera podido descubrir una forma de que estuvieras dentro de mí que no incluyera colmillos lo hubiera hecho, pero os quería a los dos dentro de mí.

Tuve que cerrar los ojos, porque de repente tuve una visión tan fuerte que casi hizo que se me doblaran las rodillas. Con lo visual vino la ola de sensaciones. No me quedé sin aire en esta ocasión. Pero me quedé con un apretón de muerte en la repisa de la chimenea, y con mi respiración entrecortada.

—*Ma petite*, ¿estás bien?

Negué con la cabeza.

—En comparación con la primera vez que recordé de nuevo el orgasmo, sí, estoy bien.

—¿*Quelle*? —pregunto Asher.

—Ha experimentado nuestro placer antes en el día de hoy.

Asher parecía aún menos feliz.

—Tiene todos los síntomas. No creí que lo haría. Pensaba que su nigromancia la protegería.

—También debo decirte que creo que Belle Morte tiene algo que ver con la gravedad de mi enfermedad. Ella estaba alimentándose de Richard y de mí a través de vosotros dos.

Jean-Claude se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados.

—Jason nos había dicho eso, *ma petite*. Pero sigo creyendo que tu poder ha tenido problemas con el poder de Asher todo el día. Es la vieja cuestión de qué pasaría si una fuerza irresistible se encontrara con un objeto inamovible.

—Asher es la fuerza irresistible y yo el objeto inamovible —dije.

—*Oui*.

Me hubiera gustado discutir con la división del trabajo, pero ya era demasiado malditamente inapropiado.

—Entonces, ¿qué significa eso sí estamos juntos de nuevo como un *ménage à trois*?

Jean-Claude tuvo un momento donde algo pasó por su rostro, luego volvió a su blanco rostro. Fue Asher quien habló:

—¿Estarías dispuesta a hacerlo otra vez?

Empecé a dejar de lado la chimenea, dudando, por si acaso, y le dije:

—Tal vez. —Miré a Jean-Claude, a su bello rostro cuidado—. Creo que Jean-Claude finalmente ha encontrado algo con lo que no se comprometería.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

—Quiero decir que si perdieras a Asher por mí, se abriría una brecha entre nosotros.

—¡Así que soy algo que tendrás en tu cama para estar con Jean-Claude! —Estaba de repente furioso, con los ojos llenos de líquido fuego azul. Aún humanos antes de plegar los ojos para dejarlos claros y hermosos, pero era la belleza de la roca tallada y las joyas, una belleza dura, brillante, sin vida, ni suavidad, nada humano. Se puso de pie delante de mí con el pelo de oro en movimiento alrededor de su rostro como una aureola, elevado por el viento de su propio poder. Era maravilloso y horrible, una terrible belleza, como cuando el ángel de la muerte viene a buscarte.

No tenía miedo de él. Sabía que Asher no me haría daño, a propósito. Sabía que Jean-Claude no se lo permitiría. Pero había tenido suficiente. Basta ya de Asher y de mí. De alguna manera perversa Asher y yo estábamos bien adaptados en una mala necesidad de terapia que una persona necesita. Ambos teníamos tantos temas sobre la intimidad personal y tantas esperanzas de que la gente quisiera saltar a través de ellos, que hasta yo estaba cansada de eso.

Me desabroche el cinturón y comencé a deslizarlo a través de los bucles, cuando estuvo lo suficientemente atrás, me deslicé la correa fuera del bucle en mi sobaquera.

Asher preguntó con una voz que resonó en la habitación, y se arrastró por mi espina dorsal.

—¿Qué estás haciendo?

Terminé tomando mi correa para sacarla, y luego me quité la

sobaquera.

—Estoy desnudándome. Supongo que Jean-Claude tiene algo de ropa por aquí para mí, también. Aunque no soy así debo usar un traje que coincida con vuestra ropa, si tiene enaguas como esas cosas. No se puede avanzar en esa mierda.

—No tengas miedo, *ma petite*, he conocido tus preferencias en la vanguardia de mis diseños, ya he elegido la ropa. —Tenía las manos hacia un lado y golpeó un hermoso cofre, estaba demasiado equilibrado y dramático—. Incluso nuestra ropa es cómoda y fácil de moverse en ella.

Los dos estábamos haciendo caso omiso del vampiro que nos fruncía el ceño. Nada como la luz de las velas cuando estás tratando de dar miedo y eres ignorado.

Empecé a quitarme la camisa, pero me detuve. No quería tener que pasar por la brillante rutina de nuevo. No quería meterme con eso. Así que me fui hacia la cama, donde podía quitarme los zapatos con comodidad.

—¿Así que os dijo Jason lo qué Belle me hizo?

—Ella te ha dado la primera marca, *oui*.

—Ella lo sabe, Jean-Claude, sabe que Richard y yo no tenemos la cuarta marca. —Salté sobre la cama, para quitarme la funda de mi cinturón y el hombro a continuación. Estaba concentrada quitándome los zapatos, porque no quería ir a donde temía que la discusión iría.

—No me miras ahora, *ma petite*. ¿Por qué, es que temes lo que voy a decir?

—Sé que si me das la cuarta marca ella no podrá marcarme de nuevo. Estaría a salvo de ella.

—No, *ma petite*, no debe haber mentiras entre nosotros. Ella no podría marcarte como suya, pero no estarías segura. Podría utilizar esto como excusa para reclamar el último pedazo de ti, pero no lo haré, porque temo lo que Belle haría.

Lo mire, con un zapato en mi mano.

—¿Qué quieres decir?

—Por ahora, ella piensa que puede ser capaz de reclamarte como su sirviente humano. Puede ser capaz de utilizarte para aumentar su propio poder. Si determina que estás fuera de su alcance de esa manera, puede decidir qué estás mejor muerta.

—Si ella no me puede tener, entonces nadie más puede, ¿es eso?

Asintió con la cabeza y un encogimiento de hombros, casi pidiendo

disculpas.

—Es una mujer muy práctica.

—No, es un vampiro muy práctico. Confía en mí, Jean-Claude que ella es todo un nuevo nivel de practicidad.

Asintió con la cabeza.

—*Oui, oui*, lo discutiría si pudiera, pero sería mentira.

Asher se dirigió hacia nosotros. Aún tenía los ojos brillantes ahogando el azul como si el cielo del invierno le hubiera llenado el cráneo, pero por lo demás, parecía tan ordinario como nunca lo hizo. Lo cual fue extraordinario. Pero al menos no estaba planteando un viento de su pequeño poder o levitando a pocos centímetros del suelo.

—Ambos están debilitados por no compartir la cuarta marca. Ninguno de los dos será tan poderoso como debiera ser. Lo sabes, Jean-Claude.

—Sí, pero también conozco a Belle. Ella destruye lo que no puede tener.

—O lo deja de lado —dijo Asher, con voz suave, manteniendo el dolor lo suficiente como para hacerme un nudo en la garganta.

Tenía mis zapatos, con mis calcetines para correr puestos en el suelo.

—Si compites a su lado te destruirá —dije. Quise decirlo suave, pero me salió más o menos como mi normal tono de voz.

Me miró, sus pupilas nadaron a través del fuego azul como una isla renaciendo del mar.

—Lo que quiero decir, Asher, es que ella eligió herirte de tal manera que la lesión fuera peor que la muerte. Para ser expulsado de sus afectos, de la cama de Jean-Claude, ya que la cama era suya.

—Ella no me va a matar, porque prometió a Jean-Claude que no lo haría.

Eché un vistazo a Jean-Claude.

—Volví a ella en su busca hace un centenar de años, para ver si podía salvar la vida de Asher. Si él hubiera muerto, estaría libre de ella.

—Así que ella trabajaba para mantenerme vivo —dijo Asher, y su voz era bastante amarga como para atragantarse—. Había noches en que te maldije por mi vida, Jean-Claude.

—Lo sé, *mon ami*. Belle Morte a menudo señalaba que si tan sólo le permitiera matarme, podría evitar tal humillación.

—No sabía que ella te había dado esa opción.

Jean-Claude miró hacia otro lado, para no encontrarse con los ojos del

otro hombre.

—Fue egoísta por mi parte. Te prefiero vivo y odiándome, que muerto y más allá de toda esperanza. —Levantó la vista, y su rostro estaba en carne viva por la emoción, a diferencia de su inexpresividad habitual y cortesía—. ¿Me equivoqué, Asher? ¿Prefieres haber muerto hace tantos años?

Me senté en la cama, mirándolos, esperando la respuesta. En cierto modo, era una audiencia, de manera que no estaba allí en absoluto.

—Hubo momentos en que deseaba la muerte.

Jean-Claude se alejó. Asher le tocó el brazo. Ese pequeño toque pareció congelar a Jean-Claude. Si estaba respirando, no pude verlo.

—Anoche no era uno de esos momentos.

Se miraron el uno al otro. La mano de Asher apenas tocando el brazo de Jean-Claude. Había muchas cosas entre ellos, siglos de dolor, de amor y odio. Era como si todo hirviera en el aire, casi visible en la luz vacilante. Lo que quería decir y hacer era besarlo, pero sabía que no lo haría. No sé qué temas sabían el uno sobre el otro, pero no parecían capaces de hacer ese tipo de cosas sin su Julianna. Había sido el puente entre ellos. Lo que les permitió amarse. Sin ella, se encontraban al borde del abismo y se miraban, separados por un abismo que no sabían cómo cruzar.

Jamás podría ser Julianna. Tenía demasiados recuerdos de ella. Por el amor de Dios había hecho bordado. Ella había sido gentil y amable y todo lo que no creía que era yo. Pero había una cosa que si podría ser capaz de hacer.

Me deslicé de la cama y me dirigí primero a Asher, porque no quería que él se apartara otra vez. Fui de puntillas, y tuvo que agacharse un poco para que pudiera besarlo, pero no lucho contra mí. Sostuve su cara entre las manos como si fuera un vaso tallado en una piedra delicada, algo que podría romperse si se abusa. Lo besé suavemente, bebiendo de la copa como el don sagrado que era. Fui a Jean-Claude con el sabor de Asher todavía en mis labios. Ahuecaba sus mejillas como lo había hecho con Asher, y lo besé. Él apenas se movió en mi boca.

Me aparté de los dos.

—Ahora, que nos hemos besado y compuesto. Tienen que vestirme y tenemos que hablar antes del banquete.

La voz de Jean-Claude salió baja y ronca, como si no estuviera respirando bien.

—¿Hablar de qué *ma petite*?

—De la Madre de todas las tinieblas.

—Jason hablo de ella, también, pero esperaba que lo hubiera malentendido.

—No puede ser la dulce madre —dijo Asher—. Ella no ha despertado en un milenio.

—No está despierta, Asher, pero se mueve como si tuviera un sueño inquieto.

Los dos hombres se miraron entre sí. Fue Asher quien dijo:

—Me gustaría dejar a un lado las pequeñas diferencias hasta que lleguemos al fondo de este misterio tan grave.

—¿Qué diferencias insignificantes? —pregunté.

—Si queremos ser un *ménage à trois*, o no.

Negué con la cabeza.

—Te adoro, Asher, pero no me queda suficiente energía para solucionar esta mierda emocional. ¿Te das cuenta de que tienes más obsesiones acerca de la intimidad que yo?

Abrió la boca, y la cerró, y luego hizo ese encogimiento de hombros galante.

—Realmente estamos muy emparejados en una «Aun-no-te-he-golpeado-hasta-la-muerte», especie de camino. Pero por ahora, vamos a tratar de poner el caos personal a un lado. Bien, por favor.

Hizo una reverencia agraciada.

—Como mi señora ordene, así voy a obedecer.

—Mientras mejor te convenga —dije.

Él se echó a reír, y fue una buena carcajada, un sonido que se deslizó por mi piel y tiró las cosas bajo mi cuerpo. Trajo un suspiro a mis labios.

—Ahora, ¿dónde están mis ropas para esta noche de desastre?



CUARENTA Y TRES

Por supuesto, me quejé de mi ropa. El vestido era de terciopelo negro y de seda azul y hacía parecer que mis pechos pálidos parecieran frutas maduras. Los colores hicieron hincapié en la translucidez cerca de mi piel con el matiz de tonalidades azules, pero sabía que realmente lo que más destacaba eran mis venas azules llenas de sangre roja.

Stephen me había arreglado el cabello y me había puesto el maquillaje. Lo había hecho antes, para estos pequeños encuentros. Regularmente, lo hacía para los otros strippers en Guilty Pleasures. Le había permitido poner mi pelo en un montón de rizos sueltos en la parte superior de mi cabeza, de modo que mi cuello estaba blanco y desnudo. Las marcas del mordisco de Asher destacaban marcadamente contra la carne.

—Tiene que parecer que llevo un letrero en mi cuello y mi pecho que diga «cómeme».

Stephen se apartó después de aplicar la última parte del delineador de

ojos.

—Te ves hermosa, Anita. —Probablemente lo pensaba, pero sus elogios iban para el maquillaje, para su trabajo. Me veía como una leona. Frunció el ceño ligeramente, hizo algunos ajustes durante unos minutos, cerca de mis ojos sobretodo alrededor de mis párpados, al final los limpió con un pañuelo de papel retrocediendo de nuevo.

Me miró, desde arriba de mi cabeza hasta el final de mi barbilla, y luego asintió.

—Está bien.

—Estas positivamente apetitosa, —la voz de Micah llegó desde la puerta. Entró en la habitación, cerrando la puerta detrás de él. En el momento en que lo vi, supe que había perdido todo derecho a quejarme por lo que llevaba.

El color era azul turquesa, con bastante verde para hacer que sus ojos brillaran de color verde. La camisa tenía agujeros en la parte superior de su hombro, en la mitad de su brazo, y dos en la mitad de su antebrazo. Un cable negro pasaba a través de la tela y se ataba alrededor de su codo, por encima y por debajo de los agujeros para evitar que la tela resbalase. Los puños eran anchos y rígidos, con brillantes botones negros, con cortes en la parte inferior para que la piel de las muñecas estuviera desnuda, como los agujeros en los codos a la izquierda de las zonas sin cubrir. Su piel tenía un aspecto muy bronceado, muy suave, muy cálido y el azul turquesa.

Los pantalones hacían juego con la camisa, y no sólo en el color. Había agujeros a los lados que brillaban con la suavidad perfecta de su cadera, hasta la altura del muslo. Los agujeros probablemente estaban un poco más abajo, pero las botas negras estaban cortadas justo por encima de la curvatura de la rodilla.

Los pantalones eran tan ajustados que realmente no necesitaba un cinturón, pero había un cordón negro que pasaba a través de las presillas innecesarias que se balanceaban cuando Micah caminaba. De hecho, era casi como yo cuando me di cuenta de que había agujeros en el interior de las piernas de los pantalones, también.

Sacudí la cabeza.

—Hay más agujeros que tela.

Me sonrió.

—Estoy de alimento, por lo que hay que ser capaz de llegar a la sangre. Jean-Claude no quería que nadie tuviera una excusa para desnudar a nadie.

Miré a Jean-Claude.

—No es la alimentación de cualquiera de esas personas.

—No, *ma petite*, es nuestro y sólo nuestro, pero no queremos tener que desnudarle tampoco. Si todos nosotros mantenemos nuestra ropa firmemente en su lugar, ellos también lo harán. Sería una falta personal de gigantescas proporciones si su comida se desnuda y nosotros no lo hacemos. Es nuestra casa, y nuestras reglas.

Puesto así, era difícil discutir, pero quería seguir. Entonces miré la cara de Micah de cerca.

—Llevas maquillaje de ojos. —Me bajé de la silla en la que me había sentado, mientras que Stephen y yo nos acercamos a Micah. Llevaba algo más que el maquillaje de ojos, pero todo estaba tan hábilmente hecho que no lo vimos en un principio.

—No puedo resistirme a los ojos —dijo Jean-Claude—, merecían ser adornados.

El pelo de Micah estaba atado completamente hacia atrás de su cara en un moño que era una mezcla elegante de una trenza francesa y el arte puro.

—¿A dónde fueron todos los rizos? —pregunté.

—Han sido secados —dijo Jean-Claude. Se acercó y casi tocó el pelo de Micah, para mostrar lo hermoso que era—. No tenía nada con lo que protestar para hacer que lo tuviera tan bonito. —Jean-Claude me lanzó una mirada—. Fue un cambio refrescante.

Micah parpadeó esos ojos sorprendentes que el arte de alguien había hecho aún más asombrosos.

—¿No te gusta?

Sacudí la cabeza.

—No, me gusta. Quiero decir, eres hermoso. —Me encogí de hombros —. No sé, es sólo un aspecto muy diferente para ti. —Me giré hacia Jean-Claude—. Nunca he visto tanto maquillaje.

—Belle Morte evitó que me viera de esta manera. —Estaba en blanco cuando lo dijo, como si lo que recordara de esas palabras no fuera nada de lo que quisiera compartir.

—¿Entonces por qué maquillar a Micah de esta forma?

—No te gusta —repitió Micah.

Fruncí el ceño.

—Eso no es todo. ¿Por qué ahora? ¿Qué ganamos al tener este aspecto, porque no lo intentan y me dicen que no hay fin? —Me giré para incluir a

Asher en su silla en la habitación con la mirada que me dio Jean-Claude—. Ninguno de los dos acabará con este gran problema esta noche sin una razón. No he oído nada, pero ambos se quejaban de que no teníamos tiempo suficiente para que todos estuviéramos presentables para el banquete. —Señalé a Micah—. Esto llevó una gran cantidad de tiempo que podría haberse destinado a otro. Así que pido demasiado preguntando, ¿qué pasa?

Se intercambiaron una mirada, luego, Asher miró con esmero al suelo. Pretendía hacer el estudio de sus uñas perfectamente cuidadas, pero no me dejé engañar.

Me giré hacia Jean-Claude.

—¿Qué pasa con él? —dije.

Se encogió de hombros. Estaba tan divertido como casi avergonzado.

—Musette finalmente fue obligada a darnos la lista de invitados completa. Se han retenido sólo tres nombres, porque son parte del regalo de Belle.

—Así que tres invitados misteriosos, ¿qué tiene eso que ver con Micah?

—Uno de los vampiros que vienen esta noche tiene un antojo de un hombre hermoso. Tanto Asher como yo fuimos nauseabundos para él, más de una vez.

—¿Y? —dije.

—Para hacer alarde de la deliciosa carne delante de tu mesa, sin embargo, no te permiten saborear o tocar, si no nos agrada.

—Así que estás siendo degradado —dije.

Jean-Claude de repente furioso, mostró su rostro, llenó de ojos de fuego azul.

—No lo entiendes, *ma petite*. Belle ha enviado a Paolo para atormentarnos. Él nos recuerda lo que fuimos, y nuestra impotencia. Fuimos a cualquier persona a la que nos dio Belle, a todos. Ella no lo hizo por casualidad, sino porque si con nuestros cuerpos en la cama de otra ganaba algo que ella deseaba, entonces nos utilizaba, y dejaba que otros hicieran lo mismo.

Él caminó en un círculo estrecho, el abrigo negro flotaba a su alrededor como alas oscuras.

—La idea de sentarme en la misma mesa con Paolo otra vez me repugna, y Belle sabía que así sería. Le detesto, de un modo que no quiero describir. Pero no podemos hacerle daño, *ma petite*. Belle le ha enviado a

atormentarnos, tanto con su mera presencia. Su sonrisa y charla, nos recuerda con cada mirada, cada joya de las manos a alguien más, lo que fue autorizado a hacer con nosotros.

Jean-Claude se paró delante de mí, los latidos de su ira estaban en el aire como llamas invisibles.

—Pero esto lo podemos hacer, *ma petite*, podemos hacer alarde de la materia prima a mano. Paolo puede mostrar lo que soy capaz de tocar, y lo que Asher es capaz de tocar, pero Paolo no puede tenerlo. Paolo es uno de esos hombres que siempre quiere lo que otros tienen. Alimenta su alma, si no puede tener, en todos los sentidos, a quien él quiere. —Me pasó los dedos por el cuello y dejó una estela de calor en mi piel que me dejó, casi dolorida, casi con placer—. Quiero que Paolo sufra, aunque sólo sea un poco, porque no está en mí poder hacerle sufrir mucho.

Miré hacia arriba, Jean-Claude estaba enojado, la cara enojada, y suspiró.

—Va ser una larga noche, ¿no? Belle sólo envía a personas que te hacen sentir incómodo, o que odias, o te odian.

—Ahora, *ma petite*. Tememos a Musette, y a Valentina. Creo que Bartolomé vino porque es aburrido. Paolo es el primer nombre que realmente me saca de mis casillas.

Le toqué la cara a Jean-Claude, sosteniendo la ira contra la palma de mi mano. Sus ojos sangraron para volver a la normalidad, o lo más normal que pudieran. Miré más allá de él hacia Micah.

—¿Estás bien con los colmillos de un vampiro macho?

—Mientras no tenga que morder a través de ellos, voy a jugar.

Eso me hizo sonreír.

—Si Micah está bien con él, yo también. —Acuné la cara de Jean-Claude entre mis manos, pero estaba tratando de hacer contacto con los ojos—. Pero vamos a mantener nuestros ojos en la bola, no estamos esta noche aquí por venganza.

Puso sus manos sobre las mías y las apretó contra su cara.

—Estamos aquí esta noche porque Belle Morte es el *sourdre de sang* de nuestra línea, y no podemos negar su derecho de enviar a los visitantes a nuestra casa. Pero no nos engañemos, *ma petite*, Musette y su compañía están aquí para vengarse de nosotros.

—¿Vengarse de qué? —pregunté.

Asher respondió a través del cuarto.

—Vengarse por habernos alejado de ella, por supuesto.

Le miré.

—Pero ¿por qué?

Intercambiaron otra mirada, que no pude leer. Fue Jean-Claude quien dijo:

—Porque Belle Morte cree ser la mujer más deseable en el mundo.

Levanté las cejas.

—Es hermosa, lo admito. Pero la mujer más bella del mundo, ¡vamos! Quiero decir que depende de lo que se considere bello. Algunas personas son iguales, morenas, rubias, otras son diferentes.

—Quiero decir la más deseable, *ma petite*, no la más bella.

—No entiendo la diferencia.

Me frunció el ceño.

—Los hombres se han suicidado cuando la Guerra les expulsó de su cama. Se desataron entre los gobernantes que estaban enloquecidos con la idea de cualquier otro hombre intercambiando los favores de Belle Morte.

Era mi turno para fruncir el ceño.

—¿Estás diciendo que una vez que has estado con Belle Morte no estarás con nadie más?

—Eso es lo que se cree.

Le miré.

—Tú y Asher la dejasteis, dos veces cada uno.

—*Ma petite* exactamente ¿no lo ves?

—No realmente.

—Si salimos de su cama, si hay algún contacto que preferimos al de ella, entonces tal vez ella no es la mujer más deseable del mundo.

Pensé en eso por un segundo.

—Así pues, ¿toda esta expedición es para castigaros a los dos?

—No del todo. Creo que Belle quiere preparar el terreno, por así decirlo, antes de que venga de visita ella misma.

—¿Por qué quiere… visitaros?

—Va a ser algo político, de eso puedes estar segura —dijo Jean-Claude.

—Así que os castigara a los dos de una vez ¿con un tratamiento adicional?

Empezaron a hacer otra de esas miradas, pero toqué la cara a Jean-Claude, obligándole a mirarme.

—No, no más misterio, solo dímelo.

—Belle es la mujer más deseable del mundo, su base de poder depende de ello, su auto-imagen de todo se basa en eso. Debe encontrar una manera de entender por qué la dejan, y por eso preferimos que se mantenga alejada, incluso ahora.

—Entonces —dije.

—Está siendo demasiado sutil —dijo Asher, poniéndose de pie y caminando hacia nosotros.

—Bien dímelo —dije.

—Así como Belle vio a Julianna como una amenaza, ella también te ve a ti así. Pero esperamos convencerla de que no es solo otra mujer la que nos mantiene entretenidos, sino un hombre. Belle nunca vio a los hombres como una competencia, no como lo hace una mujer.

—Así que por eso has embellecido a Micah.

—Y a los demás —dijo Asher.

Miré a Jean-Claude.

—¿Los demás?

Tenía la gracia de parecer avergonzado, pero no funcionó del todo, se mostró complacido.

—Si Musette puede informar a Belle de que tengo un harén de hombres, entonces Belle dejará de estar preocupada por ti.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo, Jean-Claude. Creo que ella tiene un empeño por mí. Está bien que me tenga miedo, o esté atraída por el poder.

—Creo que te marcó una vez para atormentarme, *ma petite*. Realmente no te quiere como su sirviente humano, sino que está enfadada conmigo, enfadada contigo por invitarme. —Sacudió la cabeza—. Ella piensa como una mujer, *ma petite*, y no una moderna. Piensa más como un hombre, así que es difícil de explicarte.

—No, creo que tengo un presentimiento. Vas a tratar de convencer a la gente de Belle que no la dejaste por cualquier mujer, sino por muchos hombres.

—*Oui*.

—Y si la vista de un montón de hombres magníficos atormentan a Paolo, también, mucho mejor.

Él sonrió, pero dejó sus ojos duros y desagradables.

—*Oui, ma petite*.

No lo dije en voz alta, pero Belle Morte no era la única que rara vez no

hacía nada sin tener más de un motivo.



CUARENTA Y CUATRO

El banquete fue en una de las habitaciones interiores del circo. Una que nunca había visto antes. Sabía que el lugar era enorme y que solo había visto una fracción del mismo, pero no me había dado cuenta de que me había perdido una sala de este tamaño.

Era literalmente cavernoso, debido a que había sido originalmente una cueva, un enorme espacio en que el agua había tallado la misma piedra en más de unos pocos millones de años. No había agua ahora, sólo roca y el aire fresco.

Era la manera en que se sentía el sabor del aire, la forma en que tocaba mi piel, me permitía saber de alguna manera que todo este esplendor oscuro fue prácticamente el trabajo de la naturaleza, no del hombre. No sé cuál es la diferencia entre las cuevas naturales y las artificiales, pero el aire se siente diferente, simplemente lo hace.

Esperaba antorchas puestas en la oscuridad, pero me sorprendí al

encontrar que había gas. Lámparas de gas colocadas alrededor de la habitación, persiguiendo de nuevo la oscuridad. Le pregunté a Jean-Claude cuando se había instalado el gas, y me dijo que algunos contrabandistas lo habían hecho durante la prohibición, que la cueva había sido una taberna.

Nikolaos, el antiguo Maestro de la ciudad antes de Jean-Claude, había dejado a los contrabandistas pagar un alquiler por el espacio. Mientras sus vampiros también se alimentaban de los borrachos. Era una forma fácil de alimentar a una buena cantidad de vampiros sin ser descubiertos. Dado que la taberna ya estaba infringiendo la ley, no irían a contárselo a la policía, cuando un ataque de vampiro se había producido.

Nunca había estado en una habitación que estaba iluminada en su totalidad por lámparas de gas. Tenía ese borde suave de la luz del fuego, pero era más estable y quemaba más limpiamente. Casi había esperado que hubiera un olor a gas, pero no lo había.

Jean Claude me informó de que si olía a gas, significaría que había una fuga, y probablemente debería salir como si hubiera un infierno. Bueno, lo que realmente dijo es que debíamos salir lo más rápidamente posible, pero sabía lo que quería decir.

La mesa del banquete era a la vez bonita, y curiosamente, el oro tomó el patrón de todo. Brillaba con cubiertos de oro, delicados, en la fina y blanca empuñadura de los huesos de China. Había servilleteros de oro con servilletas de lino blanco.

El mantel era de triple capa, una larga y blanca que casi se arrastraba hasta el suelo, un estampado dorado de hojas y flores, bordadas en torno a su borde. La capa intermedia era de encaje de oro delicado. La parte superior era una capa diferente de oro, blanco y oro, como si alguien había tenido la pintura dorada y secó la esponja en el lino blanco.

Los asientos de las sillas estaban acolchados de blanco y oro, los respaldos ricamente tallados en una madera oscura. La mesa se centraba como una isla brillante en medio del alumbrado a gas en la oscuridad.

Pero dos cosas me confundieron. Primero la forma, había utensilios de oro de más en cada lugar a lo cual no sabía qué hacer con ellos. ¿En qué diablos se utiliza dos diminutos tenedores de todos modos? Se pusieron en la parte superior de la placa identificatoria, por lo que bien era para los mariscos, ensalada, postre, o algo que no había pensado.

Tenía la esperanza de que fueran para los mariscos o un postre, ya que sabía cuál era el tenedor para la ensalada. Como nunca he estado en un

banquete formal de vampiros, traté de no especular sobre otros posibles usos para los dos diminutos tenedores.

En segundo lugar, hubo una serie de ajustes de lugar completo en el suelo. Cada establecimiento tenía una servilleta de lino blanco desplegado debajo de ella, como en un picnic en miniatura. Los ajustes de lugar en el suelo fueron espaciados entre la colocación de la sillas, así que no había espacio para correr las sillas por fuera. Lo que fue… extraño.

Me quedé en mi vestido azul, negro y celeste, con sus tenues destellos de azul profundo, tocando la punta de mi zapato de tacón negro, tratando de averiguar por qué había placas en el suelo.

Jean Claude se deslizó a través de las cortinas negras y largas que cubrían la entrada, entre esta sala y la pequeña cámara adyacente. Todo el mundo dialogaba en la otra habitación. Odiaba mezclarme en cualquier circunstancia, incluso en las comidas normales.

Pero esta noche era como hablar con cuidado, un estilo de combate. Todo significaba el doble o el triple. Todo el mundo estaba tratando de ser sutilmente insultante. Todo demasiado cortés, y te apuñalan por la espalda, demasiado doloroso.

Mis habilidades de conversación eran bastante limitadas, y entre Musette y su tripulación, era desalentador. Necesitaba un descanso, antes de empezar a romper cosas de verdad. Al menos los menores de edad de Musette, los *pomme de sang*, no estaban en la fiesta de esta noche.

Nos habían dicho que la niña había sido enviada de vuelta a Europa, porque su presencia parecía que me molestaba. Mi suposición era que Musette simplemente no quería perder a su juguete, por si las cosas iban mal.

Asher se deslizó a través de la oscuridad todo lo que pudo como una visión de oro, pero no planeó después de que Jean-Claude, se apresurara. Musette no estaba totalmente dispuesta a creer que Asher era verdaderamente nuestro. Como no estaba un cien por ciento segura de que él lo fuera, era difícil para ella no oler una mentira en mí, aunque no era exactamente una mentira. Nunca debería haber dejado a Asher por su cuenta, pero estaba cansada. Cansada de la política de los vampiros. Cansada de pensar en los problemas que no se habían iniciado, o no comprenderlos verdaderamente.

—*Ma petite*, nuestros invitados están preguntando por ti.

—Apuesto a que sí.

Jean Claude soltó un suspiro largo y lento, gracioso, generalmente significaba que estaba tratando de averiguar lo que quería decir con un poco de la jerga del sarcasmo. Solía pensar que era un abrir y cerrar de sus pestañas increíblemente largas, pero confío en él para hacer algo atractivo, fuera de lo que para cualquier otra persona hubiera sido un hábito irritante.

—Musette realmente está preguntando por ti —dijo Asher, imitando su voz respondí.

—¿Dónde está tu nuevo amante? ¿La has abandonado tan pronto? —Sus ojos azules brillaban, mostrando en el borde blanco el pánico, justo por debajo de la superficie.

—No está bien salir a pasear en tan importante y potencialmente peligrosa ocasión.

—¿Cuál es el asunto, *ma petite*?

—Oh, no lo sé, un terrorista internacional siguiéndome; el Consejo de vampiros de nuevo en la ciudad; pasar una tarde con algunos hablando comentarios educadamente viciosos que he escuchado, Asher usando su temperamento habitual, uno de mis amigos favoritos de la policía pasando por una crisis nerviosa, un hombre lobo asesino en serie suelto en mi ciudad, ¡Oh! y el hecho de que Richard y sus lobos no han llegado aún, y nadie contesta sus teléfonos. Elige una.

—Sabía que la sonrisa en mi cara no era agradable cuando terminé. Era una sonrisa desafiante. ¿Me decías que por qué no habría de estar nerviosa?

—No creo que nada le haya sucedido a Richard, *ma petite*.

—No, tienes miedo de que él no venga en toda la tarde. Eso nos haría ver condenadamente débiles.

—Damián vuela casi tan bien como yo —dijo Asher—. Él los encontrará, si están cerca.

—Y si no lo están —dije—. Richard está encerrado tan fuerte que ni Jean-Claude ni yo podemos llegar a él. Generalmente no lo hacemos sin una razón, por lo general una muy buena.

Asher suspiró.

—No sé qué decir acerca de tu rey lobo, pero sé que no es nuestro único problema. —Me miró, y había una mirada terca en su hermoso rostro.

—No estoy siendo temperamental. —No me molesté en discutir con él. Asher era temperamental, sólo lo era.

—Bien, pero el problema es que Musette puede oler la mentira. Si me

pregunta si eres mío, y digo, sí, ella no me creerá. No me creerá, porque no acabo de creérmelo. No eres totalmente mío. Es demasiado nuevo para sentirse real, y eso es lo que está recogiendo. Ella prácticamente me persiguió por la habitación encontrando nuevas maneras de preguntarme si me estoy acostando contigo, y hasta si me tomaste. —Sacudí la cabeza, y me perdí al sentir mi pelo contra mi piel. Toqué la parte de atrás de mi cuello desnudo y se sentía vulnerable.

—Si es sólo por su visita, entiendo —dijo Asher.

—No, no, maldita sea, es que no hemos tenido relaciones sexuales. —Asher me miró, luego miro a Jean-Claude.

—Esto es muy americano. Si no has tenido relaciones sexuales, no has tenido relaciones sexuales con *ma petite*. Tiene una mente muy americana.

—Cubrí tu espalda con mi semilla, ¿eso no cuenta? —Me sonrojé tan de repente que me sentí mareada.

—¿Podemos cambiar de tema?

Jean Claude me tocó el hombro, y me aparté. Quería desesperadamente consuelo, y por lo tanto no podía dejar que lo hiciera. Sé que no tenía sentido, pero todavía era cierto. Había dejado de intentar hablar de mí misma y comencé a tratar de trabajar con lo que tenía. Era un lío de contradicciones. ¿No lo es todo el mundo? Si bien es cierto, podría ser un pedacito minúsculo más contradictorio que la mayoría.

Me alejé de él, de los dos, pero también me alejé de las luces, más cerca de las lagunas de la oscuridad. Me detuve. No quería caminar en la oscuridad. Di media vuelta, como si no confiara en regresar de la oscuridad total.

—¿Por qué hay placas en el suelo?

Jean-Claude se trasladó hacia mí, graciosamente en sus botas increíbles, el abrigo oscuro giraba a su alrededor, los bordados capturaban la luz aquí y allá como débiles estrellas azules. La camisa azul parecía flotar en la oscuridad, con lo que su rostro llamó mi atención casi dolorosamente, haciendo hincapié en cuan realmente encantador era. Por supuesto, probablemente había planeado el efecto exactamente así. Su voz parecía llenar la caverna, como un susurro cálido.

—Tranquilízate, *ma petite*.

—Deja eso —dije, y me di la vuelta dándole la espalda a la mayoría de la oscuridad, me giré hacia él como una flor se vuelve hacia el sol, me giré porque no podía dejar de mirarlo. Esto no era producto de poderes

vampíricos, era el efecto que tenía en mí, que casi siempre había tenido en mí.

—¿Dejar qué? —preguntó con la voz todavía caliente y pacífica, como un manto reconfortante.

—Tratas de utilizar la voz en mí. No soy un turista para ser aliviado por las palabras bonitas y un buen acto. —Él sonrió, y luego hizo una pequeña reverencia.

—No, pero estás tan nerviosa como un turista. No es que seas así… nerviosa. —La sonrisa había desaparecido, reemplazada por un gesto pequeño.

Me froté con las manos, arriba y abajo, mis brazos, deseando que la seda y el terciopelo no estuvieran allí. Tenía que tocar mi propia piel, con mis propias manos. La cueva estaba alrededor de los cincuenta grados, necesitaba la manga larga, pero más necesitaba el contacto con mi piel. Miré hacia el techo que se elevaba sobre nosotros, y la oscuridad que parecía presionar hacia abajo, se cernía sobre la luz de gas, presionando en los bordes de la luz como una mano oscura. Suspiré.

—Es la oscuridad —dije, por fin.

Jean-Claude se paró junto a mí, no se movió de inmediato para tocarme, porque lo había rechazado una vez. Le enseñe que fuera precavido. Miró hacia arriba brevemente al techo, luego, volvió a estudiar mi cara.

—¿Y qué, *ma petite*?

Sacudí la cabeza y trate de ponerlo en palabras, acurrucada en mí misma, como si pudiera generarme calor. Llevaba una cruz. La cadena de plata hasta el cuello escondida en el generoso escote del vestido. Había un pedazo de cinta adhesiva negra sobre la cruz de plata, de modo que no saliera en el momento equivocado.

Después de las primeras visitas de Belle la reina más querida, no iba a ninguna parte sin un elemento sagrado puesto. No estaba segura de lo que podría significar tener relaciones sexuales con Jean-Claude, o con cualquier vampiro, pero en corto plazo, no estaba segura de que ninguna relación sexual valiera la pena el riesgo.

Jean-Claude me tocó la mano suavemente. Salté, pero no me aleje. Él lo tomó como una invitación. Siempre que fuera o no un reproche absoluto, lo tomaba como una invitación. Trasladó a un pie cerca de mí, poniendo su mano sobre la mía, donde todavía me apoderaba a mí misma.

—Tus manos están heladas.

Me atrajo hacia él formando un círculo con su cuerpo, los brazos se deslizaron a mí alrededor, sujetándome con suavidad contra él. Apoyó la mejilla contra la parte superior de mi cabeza. Me preguntó de nuevo.

—*Ma petite*, ¿cuál es el problema?

Me acomodé en el círculo de sus brazos, relajándome por unos cuantos segundos contra él, como si mis músculos no pudieran soportar la idea de ceder a cualquier cosa suave, o consuelo. No hice caso de su cuestión y volví a preguntar.

—¿Por qué hay placas en el suelo? —suspiró y me abrazó.

—No te enojes, porque no hay nada que puedas hacer para cambiar la situación. Sabía que no te gustaría, pero Belle está pasada de moda.

Asher se unió a nosotros.

—Su petición inicial fue poner seres humanos en bandejas grandes, como los lechones, atados y desamparados. Entonces todo el mundo podría haber elegido una vena y disfrutar. —Volví la cabeza contra el abrigo de terciopelo de Jean-Claude, así podría mirar la cara de Asher.

—Está bromeando, ¿verdad? —La expresión de su cara fue suficiente.

—¡Mierda, no son…! —Me di la vuelta, para poder mirar a Jean-Claude. Él amablemente me miró. Su rostro era más ilegible, pero estaba bastante segura de que Asher no había mentido.

—*Oui, ma petite*, sugirió que tres personas serían suficientes para todos nosotros.

—No se puede alimentar mucho, con tres personas, a los vampiros.

—No es cierto, *ma petite —dijo*, en voz baja. Lo miré, hasta que desvió la mirada.

—¿Te refieres a la pérdida que sale de las mordeduras múltiples?

—Sí, sí, eso es lo que quiero decir. —Parecía cansado. Me esforcé para volver a sentir mis brazos tensos, y suspiré.

—Sólo dime, Jean-Claude… Si Belle insistió en sea lo que sea. Creo que ella quería empeorar las cosas, dímelo. —Se agachó hasta mi oído, me susurró contra mi pelo, con su aliento cálido tocando mi oreja.

—¿Cuando coméis carne, invitáis a la vaca a sentarse en la mesa con vosotros?

—No —dije, y luego me giré de lado para poder ver su rostro. La mirada de sus ojos dijo suficiente.

—No quiero decir… —Él lo quiso decir.

—¿Así que están sentados en el suelo?

—Quienquiera que sea la comida —dijo. Le di un vistazo. Habló con rapidez mirándome a los ojos.

—Te sentarás en la mesa, *ma petite*, como Angelito se sentará a la mesa.

—¿Qué pasa con Jason?

—Los *Pomme de sangs* comerán en el suelo.

—Así que Nathaniel, también —dije. Asintió con la cabeza, y me dejó ver, que seguro estaba preocupado acerca de cómo iba a reaccionar a todo esto.

—Si estás preocupado por cómo iba a reaccionar, ¿Por qué no me avisaste antes de que esto sucediera?

—En verdad, ha habido tantas cosas, sucediendo que se me olvidó. Esto era muy normal para mí, *ma petite*, y Belle continua con las viejas costumbres. Hay todavía vampiros mayores que ella, que ni siquiera permiten que la comida se siente en el suelo. —Sacudió la cabeza, con tanta fuerza que el pelo me rozó la cara, sintiendo el olor de su colonia y ese algo indefinible que era simplemente su aroma.

—Hay banquetes, *ma petite*, que no quisieras ver, ni conocer. De hecho, son horribles.

—¿Crees que eran horribles mientras participabas en ellos?

—Algunos, *oui*. —Sus ojos se llenaron con esa mirada melancólica, con la cual perdió la inocencia, a través de siglos de dolor. No sucede a menudo, pero a veces en sus ojos puedo ver lo que había perdido.

—No voy a discutir si me dices que ahí afuera hay cosas peores que este arreglo. Voy a creerlo. —Me dio una mirada de incredulidad.

—¿No discutirás? —Sacudí la cabeza y me recosté en su pecho, levantó los brazos a mí alrededor como un abrigo.

—No esta noche.

—Debo aceptar este milagro, pero no puedo. Me has enseñado malos hábitos, *ma petite*. Creo que debo preguntarte, una vez más, ¿Qué es lo que está mal?

—Ya te lo dije, es la oscuridad.

—Nunca has tenido miedo de la oscuridad antes.

—Nunca había conocido a la Madre de todas las Tinieblas antes. —Lo dije en voz baja, pero su nombre parecía hacer eco en la oscuridad, como si la oscuridad estuviera esperando las palabras, como si las palabras pudieran

evocarla hacia nosotros. Sabía que no era cierto. Bueno, estaba bastante segura de que no era cierto, pero me hizo temblar igualmente. Jean-Claude me abrazo más fuerte, apretándome contra su cuerpo.

—*Ma petite*, no lo entiendo.

—¿Cómo pudiste? —dijo una voz detrás de nosotros.

Jean-Claude me dio la vuelta en sus brazos mientras se movía para hacer frente a la voz, por lo que fue una danza con movimiento, que terminaba con la mano izquierda en la derecha. La chaqueta y la falda se arremolinaron hasta el final y se estableció un susurro de la tela que nos rodeó. Nuestros vestuarios se habían diseñado para moverse y fluir como una versión gótica de Fred Astaire y Ginger Rogers.

Asher se dirigió rápidamente hacia nosotros, e incluso la forma en que se movía era equivocada. Su postura era aún imperfecta, pero se había inclinado a ella, como un perro que esperaba ser golpeado. Se apresuró en esas botas blancas, y aunque todavía hermoso, hubo poca gracia en su movimiento. Había mucho temor en él para permitir la gracia.

Jean-Claude tendió la mano, y Asher la tomó. Nos quedamos allí, los tres de la mano como niños. Debería haber sido absurdo, teniendo en cuenta al vampiro que nos enfrentábamos, pero no era Valentina la que nos hizo agruparnos enfrentándola. Creo que para nosotros tres, era la noche en general. Era todo lo que se encontraba en la habitación de al lado, y lo que representaba.

Valentina estaba delante de las cortinas. Parecía una muñequita vestida de blanco y oro. Tanto ella como Asher coincidían con la configuración de la mesa. Todo el mundo en el equipo de Musette coincidía con la decoración de la mesa, lo que significaba que también había sido algo a negociar. De alguna manera la ropa no habría estado en lo alto en mi lista, pero así era yo.

El traje de Valentina era del siglo diecisiete o dieciocho, un vestido en miniatura con la falda acampanada a cada lado para que tuviera la forma de un óvalo. La falda era muy completa y dio destellos mientras caminaba con las pequeñas zapatillas de oro y numerosas enaguas.

Incluso tenía una peluca blanca que ocultaba sus rizos morenos de la vista. La peluca parecía demasiado pesada para la garganta blanca y delgada, pero caminaba como si las joyas y las plumas y el pelo no pesaran nada.

Tenía la postura absolutamente perfecta, pero sabía que era por el corsé,

que estaba debajo del vestido. Los vestidos no se ajustan derechos, sin la ropa adecuada.

No había habido necesidad de polvo para hacer su piel más blanca, su lápiz de labios, rojo había sido suficiente. Ah, y un pequeño lunar negro en forma de un corazón, cerca de la boca como capullo de rosa. Debería haber parecido ridícula, pero no lo hacía. Ella era como una muñeca siniestra. Cuando se volcó abriéndose el vestido color oro y los encajes de ventilador con un golpe seco, me dio un vuelco.

Ella rió, y soltó una risa infantil, una pista de cómo podría haber sonado hace mucho tiempo.

—Se ha mantenido al borde del abismo, —mírala—, y el abismo ha mirado atrás, ¿no es así? —Tuve que tragar saliva para ser capaz de responder, porque mi pulso latía con fuerza, y de repente me vi temblando.

—Hablas como si lo supieras.

—Yo. —Se dirigió hacia nosotros, sin tanto vuelo y elegancia. Tenía el cuerpo de un niño, pero no se movió como tal. Supongo que siglos de práctica pueden enseñarte a deslizarte.

Se detuvo más atrás que un adulto de tamaño promedio, por lo que no tenía que esforzarse para mirarme. Me di cuenta de que la entretenía, mientras todos se mezclaban.

—Una vez que verdaderamente me comporto con la edad del cuerpo que poseo. Me alejó de todo el mundo, explorando como hacen los niños. —Me miró con sus enormes ojos marrones.

—He encontrado una puerta que no estaba cerrada con llave. Una habitación con muchas ventanas…

—Y ninguna de ellas miraba hacia fuera —terminé por ella. Parpadeó hacia mí.

—Exactamente. ¿Qué las ventanas dan a…?

—Una habitación —dije.

—Una habitación enorme. —Miré el techo cavernoso.

—Al igual que ésta, pero más grande, y la sala de las ventana se encuentra por encima de todo.

—No has estado en nuestro santuario interior, de eso estoy segura, pero hablas como si supieras dónde estabas.

—No físicamente, pero temo que estuve allí —dije. Nos miramos la una a la otra, era una expresión de conocimientos compartidos, terror, el miedo compartido.

—¿Qué tan cerca llegaste de la cama? —preguntó ella.

—Más cerca de lo que quería —dije en voz baja.

—Tocaste las sábanas de negro, porque pensaste que eran sólo para dormir.

—Ella está durmiendo —dije. Valentina movió la cabeza con solemnidad.

—No, al decir que se duerme quieres decir, como cualquier vampiro duerme. No es el sueño.

—Ella no está muerta, camina entre el resto de vosotros cuando duermes.

—Es cierto, pero no está durmiendo bien. —Me encogí de hombros.

—Quienquiera que seas, la llamas, y ella no está despierta.

—Y por eso estamos verdaderamente agradecidos, ¿no? —Ella hablaba en voz baja lo suficiente para que me inclinase para oír sus palabras.

—Sí —susurré a su vez—. Lo estamos. —Se acercó y me tocó el cuello, me hizo estremecer, no por el contacto, sino por la tensión de nuestras palabras. No se reía en este momento.

—Sólo tú y yo hemos sido tocadas por esa oscuridad.

—Belle Morte, también —dije. Valentina me miraba con incógnita.

—Belle me ha llamado en una especie de sueño cuando la oscuridad se levantó a nuestro alrededor.

—Nuestra señora no nos ha informado de eso —dijo Valentina.

—Es porque sólo que ha ocurrido hoy, temprano —dije.

—Hmm —dijo Valentina, doblando el abanico ajustándolo y ejecutándolo a través de sus pequeñas manos, cada uña pequeña pintada en oro.

—Musette debe saber esto. —Me miró, y no había mucho más de ella que no debería haber sido. Siempre parecería tener ocho años, pequeña, pero sus ojos tenían la conciencia de un adulto, y más.

—Hay algunos invitados inesperados que están a punto de hacer su aparición. No pueden echar a perder la sorpresa, porque la ira de Musette pasara a través de ella a Belle Morte, pero creo que tú y yo estaremos contentas con ellos. Creo que yo más que cualquier otro lo veré como el desastre que es.

—No lo entiendo —dije.

—Jean-Claude explicará su presencia cuando aparezcan, pero sólo tú y yo realmente comprenderemos por qué el mero hecho de que estén aquí es

malo, muy malo. —Me frunció el ceño.

—Lo siento, pero me he perdido. —Ella suspiró y desplegó su abanico con un movimiento practicado.

—Vamos a hablar de nuevo después de la sorpresa. —Se volvió a caminar hacia la cortina. La llamé.

—¿Qué te salvó de la oscuridad? —Se dio la vuelta, con el abanico, como si jugar con él se hubiera convertido en algo habitual.

—¿Qué te salvó a ti?

—Una cruz, y los amigos. —Me dio una pequeña sonrisa dejando sus ojos vacíos y grises como una tormenta de invierno.

—Mi enfermera humana.

—¿Ha visto lo que estaba en la cama?

—No, pero la oyó. Empezó a gritar. Gritó y gritó, y se quedó allí, mirando a la nada, hasta que cayó muerta. Su cuerpo permaneció allí durante mucho tiempo porque nadie quería entrar en la sala. —Valentina abrió su abanico con un chasquido. No logró saltar esta vez.

—El olor tiene que ser bastante atroz. —Sonrió, e hizo una broma, una broma cruel, pero no podía hacer que su expresión coincidiera con su humor. Sus ojos estaban encantados, sin importar lo cruel de la sonrisa. Se fue a través de un movimiento de cortinas de color negro. Los tres visiblemente nos relajamos cuando se cerraron las cortinas, y compartimos una mirada.

—¿Por qué creo que no soy la única demasiado tensa para tirar esta noche por la borda? —dije. Asher mantuvo la mano en Jean-Claude, pero se movía por lo que los dos se enfrentarían.

—Musette huele una mentira, y no la dejara descansar.

—Valentina acaba de terminar hablando de la Madre de todos los vampiros malos, y ya estás hablando de nuevo constantemente de Musette. —Jean-Claude me apretó la mano, y suspiró.

—El caramelo oscuro no me va a llevar esta noche, Anita. No me pienso sentar en una mesa y desabrochar la ropa y que Musette fuerce tu voluntad sobre mí.

—Estás en la cama ahora, las reglas dicen que no puede tenerte.

—Pero huele que es una mentira.

—No puedo evitar el hecho de no haber tenido relaciones sexuales aparezca en el radar de vampiros como mentira acerca de cogerte.

—Musette quiere que sea falso, *ma petite*. Está a la búsqueda de

cualquier cosa que le permita más espacio para jugar. Tus dudas, las dudas de Asher, le dan ese espacio.

Cerré los ojos y conté lentamente hasta diez. Cuando los abrí, puse mi mejor cara en blanco. Era como mirar dos magníficos cuadros, de repente se hizo en tres dimensiones, muy reales, pero no vivos. Apreté la mano de Jean-Claude, y él acarició mi espalda.

—No metan nada extraño en mí, chicos. Tengo bastantes problemas esta noche.

Ambos parpadearon, un parpadeo graciosamente largo, y estaban «vivos» de nuevo.



CUARENTA Y CINCO

Había una pared formada por nuestros guardaespaldas vestidos de cuero negro, seres rata seres hiena, seres leopardo, de modo que no podíamos ver quien estaba haciendo un ruido lastimosamente alto.

—Hagan un sitio —dije. Fui ignorada.

Merle gritó:

—Hagan un sitio, gente, —y los guardaespaldas se separaron como un océano de cuero negro.

Fue Stephen el que estaba haciendo el ruido. Se había apretado contra la pared del fondo, como si estuviera tratando de empujarse a sí mismo y salir por el otro lado. Valentina estaba enfrente a él. No estaba haciéndole nada que pudiera ver, o incluso sentir. Pero ella estaba parada muy cerca, una pequeña mano flotando delante de él.

Gregory estaba presionado en un espacio diferente. Bartolomé se paró justo delante de él, una mirada de cerca al éxtasis en su rostro joven. Me

concentré en el vampiro y lo sentí alimentándose, se alimentaba del terror de Gregory. Había conocido a un vampiro o dos que podían causar temor en los demás, entonces se alimentaban. No sabía que este era un poder que llevaba la línea de Belle.

Stephen gritó, y el sonido me azotó dándome la vuelta para ver que Valentina había posado una pequeña mano en su estómago descubierto. Ella no estaba alimentándose de su miedo. No le estaba haciendo daño de cualquier manera que pudiera ver. Stephen escondió su rostro, sus largos rizos rubios enredados a través de su rostro, su torso desnudo estaba presionado en la piedra, como si pensara que podía desaparecer.

Valentina deslizó su manita hacia abajo por la cintura, a las caderas de sus pantalones de cuero blanco, y eso arrancó otro grito de la garganta de Stephen. Repentinamente tuve una idea de por qué los gemelos estaban aterrorizando a los chicos.

Bobby Lee se abrió paso a mi lado.

—Los guardaespaldas se supone que deben ir primero, Anita, no detrás.

No hice caso de la rabia, porque sabía que era frustración. Les habíamos dicho a los guardias que no podían comenzar la violencia bajo ninguna circunstancia, que Musette y su equipo tenían que romper la tregua primero. Por lo que se refería a mí esta tregua se había roto.

Avancé hacia Stephen, y un vampiro extraño se atravesó en mi camino. De repente me pregunté por qué nuestros guardias estaban simplemente de pie con las manos en sus muy notorios bolsillos. El vampiro no era tan alto, pero era demasiado voluminoso y no era sólo músculo. Había algo en el encorvamiento de sus hombros. La forma de su cabeza estaba mal, de alguna manera. No había nada concreto en lo que podría poner un dedo, salvo que golpeó el radar como no humano. No humano en formas diferentes de otros vampiros.

También era uno de los pocos vampiros negros que había visto. Algunas personas tenían la teoría de que la misma genética que hacía que muchas personas de ascendencia africana inmune a la malaria también las hacía menos propensas a convertirse en vampiros. Se quedó mirándome, con su piel oscura aunque de alguna manera extrañamente pálida, como el marfil de chocolate. Sus ojos eran de color amarillo dorado, y el momento en que vi en ellos, las palabras no humano vinieron a mi mente.

Otro grito rasgó el aire. No importaba lo que la cosa frente a mí era o no era. No me importaba.

Intenté esquivarlo, pero el vampiro se movió conmigo, no amenazante, pero sin dejarme pasar. La habitación estaba de repente tranquila, muy tranquila. La voz de Gregory se escuchó primero, anormalmente alta en el tenso silencio.

—No me obligues a hacer esto, ¡oh, Dios, no me hagas hacer esto!

Jean-Claude le murmuraba a Musette, y oí su voz, sólo una o dos palabras en francés. Ella estaba básicamente diciendo que ellos no habían roto la tregua, que esto era sólo entretenimiento.

Sentí que se me relajaban los hombros, sentí la decisión acomodarse en el centro de mi cuerpo. Miré al vampiro.

—Eres un cobarde, un feo y cobarde abusador de niños.

El vampiro no reaccionó, me ignoró, y no creí que fuera simplemente un frío guardaespaldas. Traté con algunas opciones más de insultos, sobre todo de su filiación a su apariencia física, y conseguí miradas vidriosas. No habla inglés. Bueno.

—Bobby Lee —dije.

Él se inclinó cerca hacia mí, intentando incluso ahora insinuar su cuerpo entre el gran vampiro malo y yo.

—Sí, señora.

—Abrúmalo con más gente.

—¿Podemos cortar hasta él?

—No.

—Entonces, no pueden esperar durante mucho tiempo.

—Sólo necesito un minuto.

Hizo un pequeño asentimiento.

—Sólo tengo que estirar un minuto para salir de este lío.

Lo miré a los ojos.

—Hazlo.

—Sí, señora.

Hizo una señal con la mano, y todos los hombres ratas se trasladaron a la vez. Dejé de lado la masa de cuero negro, y me dirigí rápidamente hacia Valentina y Stephen.

Estaba hablando antes de que realmente hubiera llegado a ellos. No tenía mucho tiempo. Micah apareció junto a mí. Merle y Noah, segundo guardaespaldas de Micah, prácticamente pegados a su espalda. Me aseguré de que todos mis guardias estaban ocupados con el vampiro. Si las cosas iban mal, tampoco estaba segura de sí Merle o Noah me protegerían si

significaba poner en peligro a Micah. Oh, bien.

—Stephen ha sido abusado de niño. Fue abusado sexualmente por su propio padre, y vendido a otros hombres —dije mientras avanzaba. Recordé que Jean-Claude había dicho que Valentina odiaba a los abusadores de niños a causa de su propio pasado.

Ella giró hacia mí esa cara en forma de pequeño corazón, su mano seguía acariciando el hombro de Stephen. Se había desplomado en el suelo, acurrucado en una posición casi fetal.

Estaba a su lado ahora, y los ruidos detrás de mí iban en aumento. Iba a haber una pelea pronto, una mala.

—Te juro que lo que digo es cierto. Míralo, mira el terror que tu toque inspira en él.

Stephen no miraba a ninguna de nosotros. Sus ojos estaban fuertemente cerrados, y sus lágrimas habían manchado el maquillaje de los ojos dejando pistas de negro por la cara. Se abrazó a su cuerpo fuertemente. Se había alejado a sí mismo de lo que estaba pasando, como si todavía fuera un niño.

Valentina le miró, y algo parecido al horror comenzó a crecer en su cara. Miró a su pequeña mano, como si se tratara de algo terrible que acababa de aparecer al final de su brazo.

Sacudió la cabeza.

—No, no, —y más en un francés que no podía seguir.

—Ya viene —dijo Merle, y lo sentí a él y a Noah afianzarse en frente de Micah y yo.

Toqué el brazo de Valentina, y levantó sus ojos vidriosos, en shock y se volvió hacia mí.

—Anula la invocación de Bartolomé, dile porque Gregory le tiene miedo.

Sentí el impacto del violento golpe del vampiro en Merle y Noah, y siguieron adelante, llevando la lucha lejos de nosotros por unos pocos metros. Micah se acercó a mí, listo. Podía cambiar de forma y usar las garras, pero simplemente no tenía la masa corporal suficiente para detener el vampiro.

La voz de Valentina cortó a través de los combates, y se hizo eco a través de la habitación, y me di cuenta que estaba usando los poderes de vampiro para hacerse oír:

—Hemos roto la tregua en primer lugar, la primera sangre está en nuestras manos.

Musette gritó:

—¡Valentina!

Valentina lo repitió en francés esta vez. Los combates se desaceleraron a las palabras de Valentina, despacio, y comenzaron a morir.

Valentina se encaró a Musette, que estaba en un vestido todo blanco, por lo que se veía como una novia.

—Es verdad, Musette. Estos dos hombres han sido maltratados lo suficiente por nosotros. No voy a permitir que continúe.

—Tenía tanto miedo de mí, Valentina, tal miedo a alimentarme —dijo Bartolomé—, ahora lo has echado a perder. —La esbelta figura del muchacho estaba vestido con tela de oro macizo, antiguo, muy del siglo diecisiete, de modo que brillaba mientras se movía.

Valentina habló en voz baja y suave, rápido en francés. La cara de Bartolomé no estaba pálida, pero volvió a mirar a Gregory. Se volvió a mirarme.

—¿Es eso cierto? ¿Su propio padre?

Asentí.

Los sollozos de Gregory eran fuertes en el silencio repentino.

—Forzarse a sí mismo sobre los niños es una cosa malvada —dijo Bartolomé—, usar a sus propios hijos, —escupió en el piso y dijo algo en lo que reconocí era español, pero no pude seguir.

—Los traje aquí esta noche, así que deberían estar bajo mi protección, a salvo. Su padre ha regresado recientemente, y está tratando de reunirse con ellos de nuevo. Están aquí para que no pudiera encontrarlos. No creó a ninguno de los dos.

—No habríamos hecho esto si nos lo hubieran dicho —dijo Bartolomé.

—A Musette se le dijo, —la voz de Jean-Claude parecía llenar la tensión como el agua en una taza.

Todos nos volvimos hacia Jean-Claude, que estaba parado no muy lejos, cerca de la masa de los guardaespaldas que habían detenido a un segundo vampiro como el que me había impedido acercarme a Stephen.

—Le hablé del pasado de Gregory y de Stephen, porque en el momento en que Stephen vio a Valentina y Bartolomé, dijo que no podía alimentarlos. Que los recuerdos que despertarían serían demasiado para que los soportara. Le dije a Musette esto. Si no le hubiera avisado a ella, nunca habría dejado a Stephen y Gregory venir aquí sin Anita o yo mismo para protegerlos.

Todos nos volvimos ahora para mirar a Musette. No llevaba una peluca, pero había rizado su largo cabello por lo que parecía una muñeca de porcelana, con sus labios rojos, sus ojos, su piel pálida, y el vestido blanco del siglo decimoséptimo con su capa adjunta. Nada volvería a tomar su belleza de ella, pero la belleza física no es suficiente para compensar el sadismo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Valentina.

—Ahora, *poulet ma*, ¿haría tal cosa?

—Sí —dijo Valentina—. Sí, lo harías.

Los dos vampiros niños miraron a Musette, miraban sin decir palabra, hasta que fue ella la que apartó la mirada, la que parpadeó sus grandes ojos azules. Por un momento, vi lo que pensé que no volvería a ver. Musette estaba avergonzada.

—Bobby Lee, mueve el culo.

—*Ma petite*, ¿qué estás haciendo?

—Conozco las reglas, Jean-Claude, han perdido su salvoconducto en nuestro territorio. Eso significa que estamos en nuestro derecho de ponerla bajo arresto domiciliario hasta que su pequeña compañía se vaya.

—Pero no podemos hacerle daño, es demasiado importante para Belle —dijo.

—Claro —dije. Miré a Bobby Lee—. Escóltala de vuelta a su habitación y pon la cruz a través de la puerta.

Me miró, luego a Jean-Claude.

—¿Quieres decir que, al igual que esto, podemos hacerles daño, encarcelarlos?

Asentí.

Suspiró.

—Desearía que funcionara de esa manera con los cambiaformas.

—En ocasiones, que los vampiros sean tan civilizados viene muy bien.

Bobby Lee me sonrió, y él y Claudia y una media docena de personas se dirigió hacia Musette. Angelito se colocó delante de ella, bloqueándola de la vista. Su voz sonó clara, aunque oculta.

—No temas, Angelito, el hombre rata no me tocará.

Bobby Lee y Claudia se enfrentaban con Angelito. Él los hizo verse pequeños.

—Podemos hacer esto fácil o difícil —dijo Bobby Lee—. Muévete, e iremos todos tranquilos a las habitaciones. Quédate, y vamos a lastimarte

entonces y arrastraré tu culo de regreso a las habitaciones. —Había un deseo en su voz que decía que estaba esperando una pelea. Creo que todos lo estaban. A ninguno de ellos le había gustado tener que estar parados y ver a Stephen y Gregory ser atormentados.

—Hazte a un lado, Angelito —dijo Musette—. Ahora.

Angelito se movió, su cara mostraba cómo de reacio era al hacerlo. Estaba sorprendida de que Musette estuviera siendo tan cooperativa. Ella se me había antojado como alguien que tendría que ser llevado pataleando y gritando.

Bobby Lee alargó la mano hacia Musette. Ella dijo:

—No me toques. —Se detuvo en medio del movimiento como si su mano se hubiera congelado en el lugar.

—¡Tómala, Bobby Lee! —dije.

—No puedo —dijo, y había algo en su voz que nunca había oído antes. Miedo.

—¿Qué quieres decir, con que no puedes? —pregunté.

Llevó su mano hacia atrás, lentamente, y apretó contra su pecho, como si hubiera sido herido.

—Me dijo que no la tocara, y no puedo.

—Claudia —dije.

La gran mujer sacudió la cabeza.

—No puedo.

El primer indicio que tenía sobre cómo las cosas habían ido mal era la rata real que se tambaleaba para oler las faldas blancas de Musette. La miraba con brillantes ojos negros de botón.

Miré a Musette, y sus ojos azules tenían sangrado sólido, por lo que parecía una muñeca rubia ciega. Su rostro estaba exultante con el triunfo.

—Las ratas son tu animal para convocar —dije.

—¿No te lo dijo Jean-Claude? —y la risa en su voz, dijo claramente, que sabía que no lo había hecho.

—Se le olvidó mencionarlo.

—No lo sabía —dijo Jean-Claude—. Su único animal para convocar hace dos siglos atrás era el murciélago. —Su voz sonaba vacía, ocultando lo que estaba sintiendo.

—Se ganó a la rata como su segundo animal hace unos cincuenta años atrás —dijo Asher.

Le di un vistazo.

—Habría sido bueno saber eso.

Se encogió de hombros.

—Nunca se me ocurrió que alguien podría tratar de poner bajo vigilancia a Musette.

Me volví hacia el vampiro en cuestión.

—¿Por qué no usaste tu nuevo poder para deshacerte antes de los guardias rata?

—Quería que fuera una sorpresa —dijo, y sonrió, sonrió suficientemente amplio como para vislumbrar los colmillos. Estaba tan terriblemente satisfecha de sí misma.

—Bien —dije—, todos los guardaespaldas cambiaformas que no resulten ser ratas, muevan el culo.

—Matadlos, —y supe que estaba hablando con Bobby Lee. Eso no lo había previsto. Mierda.

Pero Bobby Lee y Claudia estaban sacudiendo sus cabezas, y alejándose de ella.

—Puedes ordenarnos que no te lastimemos, pero no puedes hacernos herir a otros. No tienes ese tipo de poder, muchacha.

Los seres rata estaban todos retrocediendo, confundidos y preocupados. Más ratas reales habían empezado a corretear desde lo más lejano de la caverna. Uno de los problemas con el uso de un lugar que es creado naturalmente es lo que obtienes de la naturaleza. La naturaleza no es siempre bonita, o amistosa.

Eran los seres hienas los que se movían hacia adelante. Sólo dos de los seres leopardo calificados como guardaespaldas, y dos se quedaron cerca de Micah. El resto de nuestros leopardos habían sido traídos como alimento. Los alimentos no luchan, los alimentos sólo sangran.

Me di cuenta de algo que no había notado antes, no había hombres lobo en la cueva, a excepción de Stephen. ¿A dónde habían ido los guardias hombres lobo?

Musette dijo algo, y no era en francés. De hecho, no era un idioma que ni siquiera podía imaginar. Los dos vampiros con su piel marfil y ojos de oro se colocaron delante de ella.

Jean-Claude dijo:

—Llámalos de regreso, *ma petite*, no los perderé por esto.

—Hay sólo dos de ellos, Jean-Claude.

—Pero no son lo que parecen.

Llamé a todo el mundo fuera y me giré hacia Jean-Claude.

—¿Qué?

Fue Valentina quien se adelantó y respondió a mi pregunta.

—Hay una sala donde los sirvientes de la Dulce Oscuridad esperan, dormidos. Los miembros del consejo van a esa sala de vez en cuando y tratan de llamarlos a su servicio.

Miré a los dos vampiros, entonces regresé a Valentina.

—Estos dos despertaron —dije.

—Más de estos dos —dijo—. Nuestra señora ha llamado a despertar a seis de ellos. Cree que es un signo de su creciente poder.

Valentina y yo nos miramos la una a la otra.

—La Madre de Todas las Tinieblas está despertando, y sus sirvientes despiertan antes que ella —dije en voz baja, pero aun susurrando, se estremeció y llenó la habitación con ecos danzantes.

—Creo que sí —dijo Valentina.

—Nuestra señora es más poderosa que cualquier otra. Los servidores de nuestra dulce Madre despiertan a la orden de Belle Morte. Es un signo de la grandeza de nuestra señora. —Musette lo declaraba como una verdad, había un timbre de orgullo en su voz.

—Eres una tonta, Musette, la oscuridad se está despertando. El hecho de que ellos estén parados aquí es la prueba de eso. Obedecerán a Belle Morte hasta que su verdadera señora se levante, entonces Dios nos ayude a todos.

Musette, literalmente, dio una patada hacia mí.

—No vas a estropear nuestra diversión. No puedes tocarme, ellos no te dejaran.

Los miré, y fruncí el ceño.

—Ellos no son sólo vampiros, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

Los podía sentir, sentía una presencia que no debería haber estado allí.

—Se sienten como cambiaformas. Los vampiros no pueden ser cambiaformas. —Me di cuenta, incluso mientras lo decía que eso no era del todo cierto. La Madre de Todas las Tinieblas era una cambiaformas y un vampiro. Lo sentí.

—Pensaba que la Madre más Querida fue el primer vampiro, el que los hizo a todos.

—*Oui, ma petite*.

—¿Hay vampiros en el consejo que descienden directamente de ella?

Jean-Claude pensó por un momento.

—Todos descendemos de ella.

—Eso no fue lo que te pregunté.

Asher respondió:

—No hay nadie que pueda reclamar ser descendiente directo de su línea, pero fundó el consejo de vampiros. Comenzó nuestra civilización, nos dio reglas, así que no fuimos más bestias solitarias, matándonos los unos a los otros al vernos.

—Así que es su madre cultural, no el iniciador de su línea.

—¿Quién lo puede decir con certeza, *ma petite*? Ella es el comienzo de lo que somos hoy. Es nuestra Madre en todos los aspectos que son importantes.

Sacudí la cabeza.

—No todos los aspectos. —Me paré fuera de alcance y dije—: Alguien que hable lo que ellos hablan traduzca esto por mí.

Valentina se adelantó.

—Ahora entienden francés.

—Bien. Jean-Claude.

—Estoy aquí, *ma petite*.

—Diles que Musette ha perdido el salvoconducto, y tenemos que ponerla bajo arresto. Ella no será lastimada, pero no se le permitirá dañar a nadie más.

Jean-Claude habló francés despacio, así que pude entender mucho de este. Había aprendido más y más a lo largo de los años, pero el hablar rápido todavía me daba problemas.

—Se lo he dicho.

—Entonces diles esto, también. Si no se apartan del camino para que podamos detenerla, estamos dentro de las normas que la Madre de la Oscuridad estableció… matarlos por desobedecer las reglas.

Jean-Claude parecía dudoso.

—Sólo repítelo —dije. Me alejé un poco para encontrar a Bobby Lee. Estaba sudando y parecía enfermo.

—Lo siento, Anita. Te fallamos.

Sacudí la cabeza.

—Aún no lo habéis hecho.

Parecía perplejo.

—Abre tu chaqueta de cuero, anda.

Él hizo lo que le pedí.

Tomé su pistola de la funda de su hombro y vi una segunda pistola en su cinto. Las reglas dicen que solo los guardias pueden estar armados. Apunté la pistola al suelo, y quité el seguro.

Sus ojos estaban muy abiertos. En realidad no estaba segura de sí él podía dejarme llevar el arma. Pero lo hizo, y yo enhebré mi camino cuidadosamente de vuelta a través de la multitud a las líneas delanteras.

El arma era invisible, estaba guardada en los pliegues de mi falda negra.

—¿Qué dicen, Jean-Claude?

—No creen que nadie de aquí los pueda lastimar. Dicen que son invencibles.

—¿Cuánto tiempo han estado dormidos?

Jean-Claude les preguntó.

—No lo saben con certeza.

—¿Cómo saben que son invencibles? —pregunté.

Les preguntó, y sacaron las espadas de debajo de sus abrigos blancos. Espadas cortas, forjadas de algo más oscuro y más pesado que el acero. ¿Eran de bronce? No estaba segura. Solo sabía que no eran de acero.

Todos dimos un paso atrás de las espadas, de lo que fuera que estuvieran hechas.

—Dicen que ningún arma nacida del hombre puede dañarlos —dijo Jean-Claude.

Musette rió.

—Son los mejores guerreros jamás creados. No me tocaras con ellos como mis protectores.

Di un paso atrás, me puse en una posición lo más equilibrada que pude conseguir con los tacones altos, y levanté el arma. Apunté para un tiro a la cabeza, y lo conseguí. La cabeza del vampiro explotó en un baño de sangre y sesos. El sonido de los disparos pareció hacer eco por siempre, y no pude oír el grito que vi en los labios del segundo guerrero mientras cargaba contra mí. Su cabeza explotó como la del primero había hecho. Todo el entrenamiento de combate mano a mano en el mundo es inútil si tu enemigo no te permite acercarte lo suficiente para usarlo.

Musette estaba parpadeando, demasiado sorprendida para moverse, creo. Estaba cubierta de sangre y coágulos. Su pelo rubio y la cara pálida

eran una máscara roja, de la que sus ojos azules parpadeaban. De su vestido blanco la mitad era carmesí.

Le apunté con el arma a su cara de asombro. Lo pensé, Dios sabe, que lo pensé. Pero no necesitaba el miedo de Jean-Claude.

—*Ma Petite*, por favor, por el bien de todos, no hagas esto, —me hizo vacilar. No podía matar a Musette, debido a lo que Belle Morte podría hacer en represalia. Pero dejé ver a Musette, en mis ojos, en mi cara, en mi cuerpo, que la mataría, que quería matarla, y que, dando la excusa adecuada, podría olvidar la venganza de Belle por el segundo que me llevaría acabar un cargador.

Los ojos de Musette se llenaron de brillantes lágrimas. Era una tonta, pero no una tonta tan grande como para todo eso. Pero tenía que estar segura, que no tendríamos esos malentendidos de nuevo.

—¿Qué vez en mi cara, Musette? —Mi voz era baja, casi un susurro, porque tenía miedo de lo que mi mano haría si gritaba.

Tragó saliva y, era fuerte para mis zumbantes oídos.

—Veo mi muerte en tu cara.

—Sí —dije—. Sí, lo sabes. Nunca olvides este momento, Musette, porque si esto sucede otra vez, será tu último momento.

Ella suspiró temblando.

—Entiendo.

—Espero que sí, Musette, de verdad, de verdad, lo espero. —Bajé el arma, lentamente—. Ahora, ¿Merle puedes supervisar que Musette y Angelito vayan a sus habitaciones, ahora mismo?

Merle se adelantó, y un pequeño ejército de seres hienas se trasladó con él.

—Mi Nimir-Ra habla, y yo obedezco. —Le había escuchado decir cosas como esa antes a Micah, pero nunca a mí, o al menos no con el significado con que lo dijo.

Merle pasó por encima de los cuerpos de los vampiros muertos para tomar el brazo de Musette. El ser hiena parecía pálido, pero más feliz. Acababa de hacer a todos los músculos en la sala felices, porque ahora las cosas eran sencillas. Podíamos matarlos si se echaban a perder de nuevo.

Atrapé la expresión de Jean-Claude. Él no estaba feliz. Había hecho el trabajo de los soldados más fácil, pero no el de los políticos. No, creo que sólo había complicado el infierno de la parte política de las cosas.

Merle llevó a Musette, no muy suavemente sobre los cuerpos. Tropezó,

y sólo una masa de seres hiena mantuvo a Angelito lejos de agarrarla. Musette recuperó el equilibrio, y la habitación de repente olía como a rosas.

Pensé que me había ahogado con mi propio pulso mientras Musette levantaba la cabeza y mostraba los ojos del color de la miel oscura.



CUARENTA Y SEIS

Belle Morte me miró, desde la cara de Musette, y creo que dejé de respirar. Todo lo que podía oír por un momento fue el martilleo de mi propio corazón, en mi cabeza. El sonido regresó con un flujo, y la voz de Belle Morte se deslizó fuera de la boca de Musette.

—Estoy molesta contigo, Jean-Claude.

Merle seguía tratando de arrastrarla a través de la habitación. Cualquiera diría que no sabía que la mierda había golpeado el ventilador, o un vampiro era lo mismo para él. Iba a aprender de otra manera.

—Suéltame —dijo con voz calmada.

Merle soltó el brazo como si lo hubiera quemado. Se apartó de ella del mismo modo que Bobby Lee se había alejado de Musette, con una mirada de dolor, sosteniendo su brazo como si le doliera.

—El leopardo es su animal a llamar —dijo Jean-Claude, y su voz llevaba aún otro pesado silencio. Pero no tuve tiempo para pensar en el

silencio, porque Belle estaba hablando, diciendo cosas terribles.

—He sido suave «hasta ahora». —Se giró y miró a los dos vampiros muertos—. ¿Sabes cuánto tiempo el Consejo ha estado tratando de despertar a los primeros hijos de la Madre?

Creo que todos pensamos que era una pregunta retórica, una que teníamos miedo de contestar.

Ella se giró hacia nosotros, y algo emergió debajo de la cara de Musette, como un pez empujando contra el agua.

—Pero yo los desperté. Yo, Belle Morte, desperté a los niños de la Madre.

—No a todos ellos —dije, y de inmediato deseé haber mantenido la boca cerrada.

Ella me lanzó una mirada que era tan furiosa que quemaba, y tan fría, que me hizo temblar. Era como si todo lo que había sentido de rabia y odio estuvieran en esa única mirada.

—No, no a todos ellos, y ahora has alejado a dos de mí. ¿Qué debería hacer para castigarte?

Traté de hablar a través del latido en mi garganta, pero Jean-Claude respondió:

—Musette rompió la tregua, y no lo admite. Hemos obedecido la ley a carta cabal.

—Es cierto —dijo Valentina. La multitud de adultos vestidos de cuero negro se movió mientras la niña vampiro pudo venir y pararse cerca de Musette / Belle. Valentina se mantuvo fuera del alcance, sin embargo. Me di cuenta de eso.

—Habla, pequeña.

Valentina contó la historia de cómo Musette había retenido la información sobre el abuso de menores y lo que había sucedido a causa de eso. El cuerpo de Musette se volvió a mirar a Stephen y Gregory. Gregory estaba abrazando a su hermano, meciéndolo. Stephen no miraba a nadie, ni nada. Lo que fuera que sus ojos fijos vieran, no estaba en esta sala.

Belle se giró hacia nosotros, y de nuevo hubo esa sensación de otra cara nadando por debajo, pero esta vez la vi como un fantasma superpuesto sobre la cara de Musette. Pelo negro fantasmal sangrando sobre el rubio, una cara con más pómulos, más fuerza, mostrado por un momento, antes de que se hundiera en la belleza más suave de Musette.

—Musette rompió la primera tregua. Concedo eso.

¿Por qué mi ritmo cardíaco no se detuvo a un solo latido cuando dijo eso? Sus siguientes palabras salieron en un ronroneo de contralto, una voz como un pelaje que acaricia la piel y facilita atravesar la mente.

—Has actuado dentro de la ley, y ahora yo debería hacerlo. Cuando Musette y el resto vuelvan a mí, Asher vendrá con ellos.

—De momento —dijo Jean-Claude, pero su voz tenía la duda.

—No, Jean-Claude, será mío, como antaño.

Jean-Claude respiró hondo y lo dejó salir poco a poco.

—De acuerdo a tus propias leyes, no puedes llevarte a alguien de forma permanente fuera de aquellos a quienes él o ella pertenece.

—Si él perteneciera a alguien, eso sería verdad. Pero no es *pomme de sang* de nadie, ni sirviente, ni amante.

—Eso no es cierto —dijo Jean-Claude—. Es nuestro amante.

—Musette se comunicó conmigo, me dijo que olía sus mentiras, su débil esfuerzo para mantener a Asher alejado de su cama.

Belle era capaz de oler las mentiras, también, si la mentira fuera algo que ella entendiera. Ningún vampiro podía decir la verdad de la mentira si se trataba de algo que no entendían. Si un vampiro no tenía lealtad, no podían discernirla en los demás, ese tipo de cosas. Yo iba a tratar de darle algo que ella pudiera comprender.

—No creo que fuera un esfuerzo débil —dije.

Jean-Claude me miró, y negué con la cabeza hacia él. Se paró graciosamente a un lado, porque sabía que tenía un plan, pero su voz susurró en mi cabeza.

—Ten cuidado, *ma petite*.

Sí, tendría cuidado.

Belle giró su cuerpo prestado para mirarme.

—Así que admites que fue un intento de mentirle a Musette.

—No, dije que no era débil. He encontrado toda la cosa vergonzosa, emocionante, maravillosa y terrible. Estar en la cama con Asher no era exactamente lo que pensaba que sería.

—No he mentido, aún —dijo, y su voz era tan rica, era como si debiera haber sido capaz de lanzarme al suelo y rodar sobre mí misma sobre ella como una alfombra suave, cálida y sofocante. Su voz era atractiva como las de Jean-Claude y Asher podían ser, pero también aterradora.

—Tomamos a Asher en nuestra cama, y por las normas europeas somos amantes.

—Según los estándares europeos, —ella parecía confundida, y su rostro empujó contra el de Musette. Esta vez era como una máscara. El sentido de algo más grande, más peligroso empujando contra la cara de Musette. Sabía a través de las memorias de Jean-Claude que Belle no era físicamente mucho más grande que Musette, pero el tamaño físico no era todo lo que había en Belle Morte—. No entiendo lo que significa eso, «las normas europeas».

Jean-Claude respondió:

—Los estadounidenses tienen una idea muy peculiar de que el coito entre un hombre y una mujer constituye sexo real. Todo lo demás que se haga realmente no cuenta.

—Saboreo la verdad, pero me parece muy extraño.

—Como a mí, pero aún es cierto. —Hizo ese encogimiento de hombros.

Añadí:

—Lo qué Musette olió no fue una mentira, fue mi culpa porque Asher y yo no habíamos tenido relaciones sexuales verdaderas. Confía en mí, todos estábamos desnudos y sudorosos en la cama.

Ella volteó esa media cara extraña hacia mí. Me hubiera parecido más aterradora si su rostro no hubiera estado rodeado por los largos rizos rubios de Musette. El estilo de Shirley Temple no era para Belle.

—Te creo, pero por tu propia admisión no sois amantes, no realmente por tus propias normas. Por lo tanto, Asher es mío.

—No importa la verdad, me olvidé de eso —dije.

Estrechó esos ojos de miel hacia mí.

—No has olvidado nada, pequeña. No me conoces.

—Tengo los recuerdos de Jean-Claude, aquí y allá. Eso es suficiente. Ellos deberían haberme enseñado mejor que utilizar la verdad.

Ella caminó hacia mí, y cuando lo hizo, su cuerpo parecía plegarse sobre el de Musette, de modo que no era solo una cara, sino un vestido de oro oscuro, un largo brazo, una mano pálida con las uñas pintadas de cobre. Se movía como un fantasma envuelto en Musette, de modo que tenía atisbos de la otra mujer debajo. No era perfecto, Belle Morte no estaba físicamente allí, pero estaba cerca, y era desconcertante.

Jean-Claude se había movido de modo que me tocaba desde atrás al tiempo que Belle vino a pararse delante de mí. Me recosté contra él, porque ella me había marcado una vez, y fue sin contacto físico. Me apoyé contra

Jean-Claude y luché contra la urgencia de colocar sus brazos a mí alrededor como un escudo.

Belle estaba tan cerca que el borde de la falda de Musette rozó mis pies. El vestido fantasmal de Belle parecía sangrar sobre mis zapatos, trepando mis tobillos. No podía respirar.

Jean-Claude nos movió hacia atrás, fuera del alcance de ese poder de reptiles. Tiré de sus brazos apretados a mí alrededor. Forzándolo, estaba asustada.

—¿Si la verdad no trabaja conmigo, que lo hará, *ma petite*? —preguntó Belle.

Encontré mi voz, entrecortada, asustada, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Yo soy la «*ma petite*» de Jean-Claude y de nadie más.

—Pero todo lo que tiene es mío, así que tú eres mi *ma petite*.

Decidí dejar ir ese testimonio, por ahora. Habían otros más importantes que necesitaba ganar.

—Preguntaste si la verdad no funcionaba contigo, entonces ¿qué lo haría?

—*Oui, ma petite*, lo pregunté.

—Sexo o poder —dije—, eso es lo que funciona para ti. Prefieres a los dos juntos, si lo puede conseguir.

—¿Estás ofreciéndome sexo? —Ronroneó hacia mí, y el sonido me hizo estremecer y empujarme más contra Jean-Claude. No quería jugar con Belle, de ninguna manera.

—No —dije, casi en un susurro.

Ella se acercó hacia mí, esa mano blanca y delgada, con sus uñas cobre oscuro, y esa imagen persistente debajo de la mano de Musette, como si la mano agraciada de Belle fuera un extraño guante metafísico.

Jean-Claude nos movió de nuevo, una fracción de una fracción de una pulgada, de manera que esos dedos de largas uñas perdieron mi mejilla por un soplo.

Belle le miró, con su pelo largo y negro comenzando a moverse alrededor de su cuerpo como si hubiera un viento que soplara a su alrededor. No había viento, sólo el poder de Belle.

—¿Tienes miedo de si la toco la aleje de ti?

—No —dijo Jean-Claude—, pero sé más de lo que tu contacto puede hacer, Belle Morte, y no estoy seguro de que Anita se cuidara de él.

Había utilizado mi nombre real, casi nunca lo hacía. Tal vez porque Belle estaba utilizando mi apodo, y él no quería.

Su ira quemaba el aire delante de nosotros, como un fuego real, robando el oxígeno de los pulmones, lo que hacía imposible respirar, a menos que tomara ese calor en los pulmones. Luego se secarían, y morirías.

El calor llenó sus palabras, así que medio las esperaba para ser quemada en el mismo aire.

—¿Preguntaste si a ella le importaría ser tocada?

—No —dijo Jean-Claude, su voz era muy tranquila, y sentí que se hundía, incluso con sus brazos a mí alrededor, se hundía, plegado en esa tranquilidad a la que se iba cuando se escondía de todo. Tuve una visión de ese lugar tranquilo, y era más silencioso que el lugar al que iba cuando mataba. No había ni siquiera estática ahí, sólo completo silencio.

El vacío se llenó con el olor de las rosas, dulce, tan dulce, empalagoso, asfixiante. Jadee, y todo lo que podía saborear eran rosas. Jean-Claude me cogió, o me habría caído. El perfume de las rosas llenó mi nariz, mi boca, mi garganta. No podía tragar para pasarlo, no podía respirar nada que se fuera el perfume. Hubiera gritado, pero no tenía aire.

Escuché a Jean-Claude gritar:

—¡Basta!

Belle rió, e incluso asfixiando para matar, el sonido atravesó mi cuerpo como una mano conocida.

Una mano agarró la mía, y un soplo de aire arañó su camino por mi garganta, peleando su camino a través del poder de Belle. De nuevo, si hubiera tenido suficiente aire, habría gritado. La cara de Micah se cernía sobre la mía. Su mano en la mía.

—No, *mon chat*, eres mío, como lo es ella. —Belle se arrodilló a nuestro lado, llegando a tocar la cara de Micah.

Jean-Claude nos trasladó a todos hacia atrás, de modo que nos desplomamos en el suelo a sus rodillas, pero estábamos fuera del alcance de nuevo, apenas. Sin embargo, apenas era bueno.

Los ojos de Belle quemaban con fuego de miel, y las uñas de la mano sangraba llamas de cobre en el aire, mientras alcanzaba a Micah. Jean-Claude trató de ayudarnos a todos arrastrándonos lejos, pero habíamos caído en un montón de faldas largas, abrigos largos. La muerte por la moda.

Belle tocó la cara de Micah, arrastrando esas garras brillantes por su

mejilla. El olor de rosas se cerró sobre mi cabeza como agua dulce envenenada, y me estaba ahogando de nuevo.

Sentí otra mano en mí, y este contacto no tenía nada de cálido, no llamó al *ardeur*, no llamó a mi bestia, llamaba a algo más frío y más seguro de mí misma. Mi nigromancia vino brotando y echándose sobre mi piel, mi cuerpo, y miré fijamente los ojos ardientes de Belle, y pude respirar. Mi garganta estaba dolorida, como el infierno, pero podía respirar.

Moví los ojos lo suficiente para ver a Damian agarrar mi otra mano. Sus ojos estaban abiertos, y yo podía sentir su miedo, pero él estaba allí, arrodillado a mi lado, frente al poder que era Belle Morte.

Belle señaló la cara de Micah hacia los suyos. Su piel parecía estar compuesta de luz blanca, pelo de llama negro, el metal fundido brillante de la punta de los dedos y los ojos. Sus labios brillaban como una barra de sangre fresca.

La mano de Micah convulsionó en la mía, tan fuerte que dolía, y el dolor ayudó, hizo mis pensamientos más claros, más agudos. Él hizo un pequeño sonido con la garganta mientras Belle presionaba su boca en la de él. Sabía que él no quería tocarla, y también sabía que no podía negarse.

Pero él era mío. Micah era mío, no de ella. Mío. Me senté con Micah, a un lado y Damián al otro, el calor y el frío, los vivos y los muertos, la pasión y la lógica. Las manos de Jean-Claude estaban todavía en mis hombros desnudos. Fortaleciéndome, como yo le fortalecía, pero este poder era mío, no suyo. Los leopardos no eran suyos para llamarlos. Eran míos.

Llamé a esa parte de mí que los leopardos tocaron y me di cuenta por primera vez que esto no estaba vinculado a Richard, o incluso en realidad a Jean-Claude. Los leopardos eran míos, y no de Belle.

Me senté con mi cara tan cerca de la de ella que el resplandor de su fuego acarició mi rostro, y el placer de ese toque de luz envió una oleada de escalofríos por mi piel. No es que fuera inmune al toque de Belle. Es que yo tenía el mío.

Por lo general luchaba con mi bestia, fuera cual fuera el sabor que tenía, pero no esta noche. Esta noche le di la bienvenida, la abracé, y tal vez eso fue porque se vertió a través de mí como un torrente ardiente de poder. Si hubiera sido un licántropo de verdad, mi bestia habría salido por mi piel como un torrente de líquidos calientes, pero no era un licántropo. Aun así la bestia que montaba debajo de mi piel, gritó en mi boca, y golpeó el cuerpo de Micah como un tren, un enorme y musculoso tren líquido. Este soltó su

boca de la de Belle Morte, y trajo un grito para hacer eco del mío. Mi bestia rugió a través de su cuerpo, y su bestia respondió. Su bestia se precipitó desde las profundidades para encontrar a la mía, como dos monstruos marinos corriendo por la superficie.

Golpeamos juntos esa superficie metafórica, y nuestras bestias heridas dentro y fuera de nuestros cuerpos, rodaron como gatos grandes, disfrutando de la sensación de la piel y el músculo. No había nada que ver con los ojos, pero había cosas que sentir.

Belle rozó sus brillantes manos justo por encima de nosotros, acariciando esa energía.

—*Tres de bon goût*, —tocó la piel de Micah, y esa energía saltó a ella, sacando un suspiro de su garganta. Micah se giró, y creo que habría ido a ella de nuevo, pero agarré su cara en mis manos. Nos besamos.

El beso comenzó como un roce de labios, una exploración de lenguas, un mordisqueo de dientes, una presión de bocas. Entonces nuestras bestias rodaron a través de nuestras bocas, como dos almas, cambiando de lugar. El torrente de energía golpeó nuestros cuerpos juntos, mis uñas cortando a través de la mano de Damián, las manos de Jean-Claude convulsionando en mis hombros. Sentí ambos cuerpos y el arco de Damián retroceder, un segundo antes de que el poder cruzara a través de ellos, y arrancara sonidos de las gargantas de ambos que tenían más que ver con el placer que con el dolor.

Micah y yo cabalgamos el uno al otro, la boca cerrada en un beso interminable, como si nuestras bestias se hubieran fusionado en una. Luego, lentamente, las energías entrelazadas comenzaron a rodar para separarse y deslizarse en sus casas separadas de carne.

Me encontré a mí misma completamente en el suelo con Micah derrumbado encima de mí, Damián tendido en el suelo con sólo mi mano sosteniéndolo. Jean-Claude aún estaba sentado en posición vertical, pero se movía suavemente en el sitio, casi como si estuviera bailando una música que no podía oír. Creo que simplemente estaba peleando por no caerse, pero incluso eso lo hizo parecer agraciado.

Belle fijó la mirada en nosotros con una visión cercana al éxtasis en su rostro.

—Oh, Jean-Claude, Jean-Claude, los juguetes que has forjado para ti mismo.

Jean-Claude encontró su voz, mientras yo todavía estaba luchando para

respirar por encima de mi pulso, y el corazón de Micah estaba golpeando con tanta fuerza contra mi pecho que se sentía como si fuera a estallar. El pulso en la palma de la mano de Damián latía como un segundo latido del corazón en contra de mi piel. Ninguno de nosotros había encontrado una voz que pudiera sobreponerse al pulso de nuestro cuerpo.

—No son juguetes, Belle, nunca serán juguetes.

—Todos ellos son juguetes, Jean-Claude, algunos son simplemente más difíciles de usar que otros. Pero todos son juguetes. —Ella llevó su mano brillante a la parte posterior del cabello cuidadosamente arreglado de Micah.

Su energía jugó a lo largo de su cuerpo, trayendo un suspiro de todos nosotros, pero era débil, casi una reacción instintiva, que no puedes evitar. Nos quedamos en silencio bajo su tacto.

Belle nos miró, y era difícil ver a través de la máscara brillante, pero creo que frunció el ceño. Pasó la punta de sus dedos por el lado de la cara de Micah, y no hubo reacción. Llamó a su bestia, pero su bestia estaba bien alimentada, dormida, y satisfecha.

Mi voz llegó, hueca, como si no tuviera el suficiente apoyo.

—Los leopardos son míos, Belle.

—El leopardo fue mi primer animal para llamar, Anita, y los llamare si debo hacerlo.

Estaba sobre el suelo, una sensación de languidez, satisfecha. Micah giró la cara mientras su mejilla descansaba en la almohada de mis pechos. La mirábamos con ojos perezosos, en la forma en que solo los gatos pueden. Debería haber tenido miedo, pero no lo tenía. El flujo de poder parecía haberse llevado todo mi temor con él. Me sentía lúcida y segura.

Belle usó ese neblinoso poder sobre nosotros, pero aunque levantó la piel de gallina y provocó suspiros en nuestros labios, no hubo más. No podía llamar a Micah como su bestia, porque él era mío. No podía llamar a mi bestia, porque yo era de Micah. Verdaderamente éramos Nimir-Ra y Nimir-Raj, y juntos éramos suficientes para mantenerla fuera de nosotros.

Giró los ojos de llama dorada a alguien detrás de nosotros, y sentí su alcance a uno de los leopardos. Había sabido de alguna manera que sería Nathaniel. Si ella lo hubiera intentado antes de que Micah y yo nos hubiéramos fusionado, él habría ido a ella, pero ahora era demasiado tarde. Nos hubiera gustado cerrar esa puerta e impedirle el paso. Belle Morte no podía tocar a nuestros leopardos, no esta noche.

—Esto no es posible —dijo, y su voz había perdido parte de su caricia ronroneante.

Jean-Claude respondió a su duda.

—Puedes llamar a casi todos los grandes felinos, pero no puedes llamar a los gatos que responden al Maestro de las bestias.

—Padma se sienta en el consejo, y tú eres uno de mis hijos. Que no pueda tomar lo que pertenece a otro miembro del Consejo no es más que la verdad. Que cualquiera de mis hijos pueda impedirme poseer lo que es suyo es imposible.

—Tal vez —dijo Jean-Claude, y se puso de pie. Nos ofreció una mano tanto a Micah como a mí. Normalmente, no dejo que la gente me ayude, pero esta noche llevaba un vestido largo, tacones altos, y acababa de tener lo que equivalía a sexo metafísico en público. Tomamos sus manos juntos, y nos puso de pie. Damian todavía tenía un apretón de muerte en mi otra mano, pero se quedó de rodillas, los ojos todavía sólo medio enfocados, como si el flujo de poder le hubiera arrojado más que al resto de nosotros. Era el único de nosotros que no era o bien un maestro o un alfa. Le ayudé a sentarse contra mis piernas, pero no intenté hacer que se detuviera, no parecía estar listo aún.

—Según los estándares americanos —dijo Jean-Claude—, esto no cuenta como sexo.

Belle rió, y el sonido todavía estremecía a través de la piel, pero era distante. O bien éramos demasiado insensibles, o estábamos demasiado protegidos a su tacto.

—¡Los americanos no cuentan esto como sexo, eso es absurdo!

—Tal vez, pero cierto no obstante. Tú y yo consideraríamos esto sexo, ¿o no?

—¡Oh, *oui*, sexo suficiente para uno de mis entretenimientos!

Casi sentí que Jean-Claude sonreía. No tenía que verlo.

—¿De verdad crees que no hemos hecho esto y más con Asher?

Ella lo miró, y su cólera azotó a través de la sala de nuevo como un viento que viene de los lagos del infierno.

—No voy a ser desviada con tanta facilidad. —Hizo un gesto de vuelta a los dos vampiros muertos—. No tienes ni idea de lo que tu sierva humana ha tomado de mí. Ellos no eran solo vampiros.

—Eran licántropos —dije.

Ella me miró, y había más interés que ira ahora. Belle había estado

siempre más interesada en el poder que en ser linda, aunque sí podía tener ambas cosas, bueno, ese sería el mejor de los mundos.

—¿Cómo sabes eso?

—Sentí sus bestias, y sentí la bestia de *Mommy Dearest* (La Madre más Querida) más temprano hoy.

—¿*Mommy Dearest*? —Se las arregló para verse desconcertada debajo de todo ese poder luminoso.

—La Dulce Oscuridad —dijo Jean-Claude.

—Sentí su conmoción en su sueño, Belle. La Madre de Todas las Tinieblas se está despertando, ese es el por qué sus hijos, como dices, finalmente llegaron a la llamada de alguien.

—Los llamé —dijo.

—Puedes llamar a todos los grandes felinos, y entre otras cosas, ellos son gatos. Apuesto a que el maestro de las bestias los podría llamar, también, si lo intentara —dije.

Pensé por un momento que efectivamente iba a estampar su pie… o más bien el de Musette.

—Ellos vinieron a mi llamada, a la de nadie más.

—¿No te preocupa que los hijos de la oscuridad se estén levantando? ¿Eso no te asusta?

—He trabajado mucho para acumular energía suficiente para despertar a los hijos de la oscuridad.

Sacudí la cabeza.

—La sentiste hoy, Belle, ¿cómo puedes pararte ahí y no entender que no es tu poder el que va a un nuevo nivel, que es el de ella el que está despertando?

Bella Morte sacudió la cabeza.

—No, *ma petite*, estás tratando de disuadirme de mi venganza. Nunca olvido un insulto, y siempre me aseguro que alguien pague el precio por ello. —Se acercó a nosotros, y ese borde radiante de poder se arremolinaba en mis faldas, pero no atrapó mi respiración esta vez. Era poder, y se arrastró a través de mi piel, como líneas caminando, pero no era seductor, no era especial. Todos habíamos tenido tanto poder vertido a través de nosotros que simplemente no nos quedaba nada más para la diversión y los juegos esta noche.

Pasó su mano por el pecho de Micah, y sentí su cuerpo tensarse, pero no fue el efecto al que ella estaba acostumbrada. Tocó la cara de Jean-

Claude, y él la dejó.

—Maravilloso, como siempre, Belle.

—No, no como siempre —dijo. Se giró hacia mí, entonces.

No quería que me tocara, pero sabía que podía dejar que lo hiciera ahora. No estaba aquí en carne, realmente, y eso limitaba su poder. Intelectualmente sabía que, el sentimiento frío y duro en mi estómago no era tan seguro. Me había quedado parada aún mientras ponía esa mano brillante contra mi cara. Su mano no quemaba exactamente donde tocaba, pero era caliente, y la propagación de energía de esto, marchaba por mi cuerpo como el agua caliente vertido desde mi cara por mi piel. Esto me hizo temblar y quería alejarme, pero podía tolerarlo. No tenía que retirarme. No tenía que irme.

Echó la mano atrás, y hubo una sensación persistente de poder entre la mano y la piel. Se rozó la falda, la falda de Musette. Me preguntaba, ¿estaría Musette todavía ahí? ¿Sabía lo que estaba sucediendo? ¿O se iba, sólo para regresar cuando Belle hubiera acabado?

Se giró al final hacia Damián. Se colocó a sí mismo apretado contra mí, como un perro que tenía miedo de ser herido, pero no corría. Belle tocó su cara. Él hizo una mueca, no queriendo encontrar sus ojos, pero mientras se arrodillaba en mis piernas, y nada peor le pasaba que la sensación de poder sobre su piel, miró hacia arriba, lentamente. Hubo algo de asombro en sus ojos, y detrás de eso, triunfo.

Belle retiró su mano hacia atrás como si hubiera sido ella la que se quemara.

—Damián es de mi línea, pero no de la tuya, Jean-Claude. No es tu poder lo que probó. —Ella me miró, y había algo en ese rostro hermoso, extraño que no pude entender—. ¿Por qué prueba de tu poder, Anita? No tú del suyo, sino él del tuyo.

No estaba segura de que la verdad ayudase aquí, pero sabía que no sería una mentira.

—¿Me creerías si dijera que no estoy muy segura?

—*Oui* y no. Dices la verdad, pero hay una cierta evasión en ella.

Tragué saliva y respiré hondo. Realmente no quería que Belle conociera esta parte. Realmente no la quería de regreso en el Consejo.

Ella me miró, y sus ojos estaban abiertos como platos, y algo de esa energía radiante comenzó a penetrar, deslizándose en el cuerpo de Musette, así que era Musette con ojos color miel la que encontró mi mirada.

—De alguna manera es tu sirviente. Nuestras leyendas hablan de esta posibilidad. Es una de las razones por las que una vez matamos a todos los nigromantes a la vista.

—Me alegra de que hayamos pasado de los viejos tiempos —dije.

—Nosotros no, pero cuando pensábamos que eras la esclava humana de Jean-Claude, entonces no había daño, porque su poder era tuyo. —Sacudió la cabeza y hubo una imagen posterior de pelo negro sobre el rubia, un fantasma negro sobre todo ese blanco manchado de sangre—. Ahora no estoy tan segura. Probaste el poder de Jean-Claude, *oui*, pero saber que Damian sólo prueba el tuyo. Y los leopardos prueban sólo tu poder, también. Ningún Nigromante ha tenido alguna vez un animal para llamar. —Sacudió la cabeza—. Jean-Claude con su nuevo sirviente humano y los sirvientes de ella, han sido capaces de mantenerme a raya. Si estuviera allí en carne y hueso en lugar de espíritu, esto no te salvaría, creo.

—Por supuesto, que no lo haría —dijo Jean-Claude—. Tu belleza nos abruma.

—Sin halagos falsos, Jean-Claude, sabes cuánto los odio.

—No sabía que era falso.

—No estoy tan segura de que mi belleza abrumaría a cualquiera de vosotros. De alguna manera esta… —y me hizo un gesto—… me ha separado de los leopardos, y de alguna manera, tú me has separado de los vampiros que descienden directamente de ti.

Mi pulso se aceleró un poco por eso, no porque hubiera sentido su agarre tratando de apoderarse de Meng Die o Fausto. Estaban de pie, tan lejos del circo como podían, vestidos del cuero negro de los guardaespaldas. Aunque ambos eran tan pequeños en comparación con el resto que parecían fuera de lugar. Meng Die parecía asustada, Fausto no. Lo cual podría haber significado cualquier cosa y nada.

—Pero no todos los vampiros en esta sala son un descendiente directo tuyo, Jean-Claude. Porque no estoy ahí en carne y hueso es posible que me alejes del rebaño que es tuyo, pero no del que era mío primero.

Estaba temerosa de saber lo que ella quería decir, y esperaba que no.

Belle Morte pasó junto a nosotros, con una llama de poder perdida como una brisa contra nuestra piel. Estaba caminando hacia Asher. Porque lo había convertido ella misma, y él era mayor que Jean-Claude, Asher no le debía nada a Jean-Claude, salvo los votos, que cualquier vampiro le hace a su maestro de la ciudad, y amor, tal vez amor. No estaba segura de que el

amor fuera suficiente para salvarlo de Belle Morte. Creía en el amor, pero creía en el mal, también. Ni el amor ni el mal conquistan todo, pero el mal engaña más.



CUARENTA Y SIETE

Los lobos decidieron en ese momento entrar por una cortina lejana. Su entrada paró todo brevemente porque ellos doblaron a nuestros guardaespaldas. No necesitaba ver la cara de Belle o la de Musette para saber que esto no le gustaba. Lo demostró al poner repentinamente rígidos sus hombros, la presión leve de sus puños. Comprendí de repente que estaba viendo como Belle comenzaba a elevarse sobre Musette como una mosca atrapada en la fusión del hielo.

Fue cuando vi a Jason en un conjunto que en su mayoría era correas azul oscuro, que abarcaba aproximadamente la misma cantidad de su cuerpo que el equipo que cubría a Nathaniel, noté que no había habido lobos presentes hasta ahora, a excepción de Stephen, que había viajado con Micah desde mi casa. Sabía que Richard se había retrasado, pero no me había dado cuenta de que ninguno de los lobos había estado aquí. Por lo general, siempre hay algunos lobos aquí para Jean-Claude. Jason entró

sonriendo con sus botas negras por encima de la rodilla, pero había algo en sus ojos, alguna pequeña advertencia que no podía descifrar. Esperaba verlo maquillado como Micah y Nathaniel, pero no lo estaba. Ninguno de los lobos machos lo estaba.

Richard estaba visible, era fácil de detectar por encima del mar de cuero negro que era su manada. Sabía que se había cortado su cabello, pero no sabía realmente cuánto hasta que lo vi. Estoy segura de que el peluquero había hecho su mejor esfuerzo, pero no había mucho que pudiera hacer. Habían tenido que cortar su pelo marrón atrás a menos de una media pulgada. Parecía más oscuro con este corte, omitía el oro y los toques rojos de luz. También se parecía notablemente a su hermano Aarón, y a su padre. El parecido siempre había sido fuerte, pero ahora era como si fueran clones.

Llevaba un esmoquin negro con una camisa de un rico azul profundo y una corbata a juego. Con el nuevo corte de pelo y la ropa más conservadora, se veía fuera de lugar.

Sus ojos se encontraron con los míos, y el choque de lo guapo que era todavía me estremeció desde la cabeza hasta los pies. Sin el pelo para distraerme, no podía fingir que los pómulos no eran un borde de cuchillo perfecto, el hoyuelo en su barbilla no ablandaba la masculinidad fuerte de su cara. Sus hombros eran anchos, no como su pequeña cintura. Nada de Richard era delicado. Fue construido más como un jugador de fútbol que como un bailarín.

Jamil y Shang-Da, su Hati y Skoll, los guardaespaldas personales del Ulfric, lo flanqueaban. Jamil llevaba correas de cuero negro y una camisa para complementar los pantalones casi ordinarios de cuero y unas botas cortas. Las cuentas de color rojo brillante, que colgaban de sus trenzas, parecían gotas de sangre carmesí en la oscuridad de su piel y el negro del cuero. Encontró mis ojos, y volví a sentir la advertencia que había recibido de Jason. Algo estaba mal, algo más allá de lo que estaba sucediendo, pero ¿qué?

Shang-Da parecía incómodo estaba como fuera de su habitualidad, pero el cuero negro satisfizo su alto marco del mismo modo que cualquier clase de armadura lo haría. Shang-Da era el chino más alto que jamás había conocido. Era, bajo para cualquier estándar, físicamente imponente. También era un guerrero, y todo lo que hacía era proteger al Ulfric. Me odiaba bastante, porque le causé un gran dolor a Richard del cual él no

podía protegerlo. Los guardaespaldas no pueden hacer una mierda sobre el estrés emocional. Evitó mi mirada.

Jason se pavoneaba hacia mí, asegurándose de que su cuerpo se balanceaba seductoramente. Era un stripper profesional por lo que era muy bueno en el arte de la seducción. Su lenguaje corporal insinuaba sexo, sus ojos tenían una sombra de algo más, y cuando llegó a mí, deslizó un brazo sobre mis hombros, apretando su cuerpo contra el mío, pero lo que me susurró al oído no fue nada dulce, era una advertencia.

—Richard ha encontrado su columna vertebral, decidió utilizarla contra Jean-Claude primero. —Sonrió cuando lo dijo, con el rostro lleno de promesas seductoras que pasearon con él. Pasó sus manos por mi espalda sobre mi cuello, tocando con la punta de sus dedos el hueco en mi clavícula.

—¿Qué significa eso? —dije en voz baja contra su oreja.

Volvió la cabeza hacia él, ocultando mi cara de Richard y de la manada. Parecía que flirteaba.

—Richard tratará y tomará todos sus lobos y los alejará de Jean-Claude.

Me alegré de que mi cara estuviera enfrentando sólo a Jason, porque no podía ocultar el shock en el que me encontraba. Luché para controlarla, y Jason rió porque no pude decir nada. Puso sus manos en cada lado de mi cara, dándome tiempo para recuperar el control de mí misma.

—¿Tú también? —Susurré contra su piel.

Seguía sonriendo, pero se las arregló para dejarme ver sus ojos, sus ojos tristes.

—Incluso yo —dijo, apenas moviendo los labios y sin dejar de sonreír.

Shang-da de repente estaba a nuestro lado. Trató de agarrar el brazo de Jason, y él se movió fuera de su alcance. Si no hubiera estado observando, no habría notado lo que había sucedido.

Un gruñido corría de la boca de Shang-Da, un sonido que erizó el pelo en la parte de atrás de mi cuello.

Jason gruñó, y estaba tan cerca de mí que el gruñido susurró en mi piel. Me hizo temblar, un estremecimiento visible desde la distancia.

—Shang-Da —dijo Richard.

Una palabra, sólo su nombre, pero el hombre grande dejó de tratar de agarrar a Jason. Bajó la cabeza y habló con una voz que cada vez se asemejaba más a un gruñido.

—Un hombre no puede servir a dos amos.

Estaba tratando de ser discreto, así que no había bajado la cabeza en referencia a mí, sino a Jason. No creo que le preocupara que yo pudiera arrancarle un pedazo de su rostro. Lo miré a la cara, estaba a la altura de un beso de cerca, y le pregunté:

—¿Tus órdenes son recordarle a Jason quién es su jefe?

Su mirada se deslizó de Jason hacia mí, con hostilidad.

—Las órdenes de mi Ulfric no son de tu incumbencia —susurró, porque no estaba tratando de dar una pista a los chicos malos en la división de las filas. Me di cuenta en ese momento que no importa cuánto Shang-Da me odiara, no aprobaba completamente lo que Richard estaba haciendo, no con los enemigos de la ciudad.

Cogí el movimiento con el rabillo del ojo. Jean-Claude había ido a Richard, y estaban hablando, bajo y serio. Jean-Claude trató de acercarse lo suficiente como para susurrar como hacíamos nosotros, pero Richard se echó hacia atrás. Él no quería estar tan cerca.

Miré más lejos para ver a Musette todavía en pie cerca de Asher. Pero no estaban solos, los hombres leopardo se alinearon en torno a él, no lo protegían exactamente, pero estaban asegurándose de que tenía que tocarlos antes de tocar a Asher. Micah encontró mi mirada, dio una diminuta cabezada que claramente decía, yo me encargo de ella, hasta que estés libre.

Micah no se distraía. Merle se cernió sobre todo como una montaña enfadada negra de cuero que hace apartar la vista mirando fijamente hacia abajo en esa figura chiquita en blanco. Musette se quedó allí, mirándose a sí misma.

Shang-Da miraba a Musette, también. Era casi como si pudiera oler el peligro. Giramos para encontrar nuestras miradas fijas al mismo tiempo. Estábamos físicamente bastante cerca como para besarnos, debería haber sido algo íntimo, pero no lo era, era casi aterrador. Ambos lo entendíamos, y eso nunca había ocurrido.

No discutí que era un *Bolverk* para su clan, por lo que las órdenes del Ulfric si eran de mi incumbencia. Shang-Da desaprobaba que no fuera nada de ellos. Traté con la lógica. Me incliné finalmente y le susurré:

—Independientemente de lo que Richard pretenda hacer, esta noche no es la noche para ello. Estamos en problemas aquí.

Algo tiró a través de sus ojos, y bajó la mirada, se inclinó acercándose una fracción, de tal manera que su pelo negro corto cepillaba la parte

superior de mis rizos.

—He hablado con él. No escucha a nadie esta noche. —Sus ojos pasaron a encontrarse con los míos, y había algo allí que podía leer ahora. Dolor—. Sylvie ya ha abogado por esto, para que esperara hasta que nuestros enemigos salgan.

—No la veo —dije en voz baja, de nuevo acercándome, no había pensado en ello.

—No está con nosotros. —Respiró contra mi mejilla.

Debí haber reaccionado, ya que, añadió:

—No está muerta.

Me retiré lo suficiente para ver sus ojos.

—Sylvie luchó.

—Ella luchó contra él.

Y ampliando los ojos dije:

—Ganó.

Shang-Da asintió.

—¿Está herida?

Él asintió con la cabeza de nuevo.

—¿Mal?

—Bastante mal —dijo, y fue la primera vez que vi algo que no fue aprobación en su cara. Mañana volvería a odiarme, pero esta noche era una noche peligrosa, y Shang-Da era demasiado guerrero como para no ver eso, incluso aún si Richard no podía.

—Jason tiene que venir conmigo, —no había ninguna súplica rotunda en su voz, Shang-Da no lo pidió, pero había una suavidad allí, el espacio para un compromiso.

—Por ahora —dije.

Jason estaba detrás de mí, me utilizaba como escudo contra el hombre más grande. Y Jason tenía la excusa para apoyar su cuerpo casi desnudo en el respaldo de mi vestido de seda y terciopelo. Me besó en la parte de atrás de mi cuello, y me hizo temblar.

—No puedo volver a ser simplemente otro miembro de la manada, no puedo.

Sabía lo que quería decir, o lo que pensaba. Así que sin tratar de hacer contacto visual le respondí, mientras besaba suavemente la piel desnuda de mi cuello, justo donde se reúnen los hombros. Que estuviera jugando con mi cuello hacía más difícil concentrarse.

—Sólo por esta noche.

—¿Qué pasa contigo, Anita, que todo el mundo quiere joderte? —Fue Richard quien lo dijo. Cuando estaba muy enojado podía ser más odioso que nadie que jamás hubiera conocido. El hecho de que dijo la palabra joder me dijo exactamente lo desagradable que iba a ser esta noche. Dios, no quería hacer esto, mierda con la pala emocional, mientras que los grandotes y malos vampiros se alimentaban de nosotros.

Estaba lo suficientemente cerca para ver en la mirada de Shang-Da, que no le gustaba lo que su Ulfric había dicho. Le toqué la cara, lo que le hizo saltar. Me apoyé cerca notando que desde el punto de vista de Richard probablemente parecía un beso, pero susurré contra la boca de Shang-Da.

—Esta noche Jason es tuyo, pero esto no puede ser permanente.

Shang-Da se quedó cerca, de modo que su respuesta sopló en mis labios.

—Vamos a hablar de ello.

Comenzó a inclinarse hacia atrás y tomé la parte posterior de su cabeza con la mano.

—No habrá ninguna discusión.

Su rostro se endureció con su rabia habitual. Se volvió con suficiente fuerza y tuve que decidir entre dejarlo ir, o tomar un puñado de su cabello para mantenerlo cerca de mí. Lo dejé ir.

Él tendió la mano y dijo:

—Tu Ulfric quiere que estés al lado de los lobos. —Su voz tenía sólo apenas una emoción, ira.

Jason se deslizó fuera detrás de mí, arrastrando los dedos a través de cada pedazo de piel descubierta que podía encontrar, estremeciéndome. Shang-Da lo llevó colocando una mano sobre el brazo del hombre más pequeño. Jason mantuvo su mirada en mí, como cuando un niño se deja llevar por extraños miedos. Pero no estaba realmente en peligro inmediato, y yo no podría decir lo mismo de casi todo el mundo en la habitación. Desgraciadamente.

—Tal vez debería haber sido Erato en lugar de *Bolverk*. —Erato había sido la musa de la poesía erótica, entre otras cosas. Ahora era el título entre la mayoría de los hombres lobo, para la mujer que ayuda a los nuevos hombres-lobo a controlar su animal durante el sexo. Eros, dios del amor y la lujuria, era el título masculino. Más inicialmente perdían el control y la gente era mayormente asesinada durante las relaciones sexuales que en

cualquier otro acontecimiento. El punto de orgasmo es perder el control, después de todo.

Miré a través de la habitación a Richard, encontré enojo en sus ojos marrones, y no sentía nada. No estaba enojada. Era demasiado ridícula una lucha como ésta frente a Musette y su gente. Era más que ridícula, una tontería.

—Vamos a discutir esto en casa, Richard —dije, y no había ira en mi voz. Me pareció razonable, normal.

Algo cruzó el rostro de Richard, algo que se filtró a través de su apretado escudo. Rabia. Estaba tan enojado. Había girado esa ira interna, y la depresión lo había comido, hasta el punto que se cortó el pelo. Había podido salir de la depresión, pero aún estaba enojado. Si la ira no podía ir hacia adentro, entonces tenía que ir hacia el exterior. Y en el exterior parecía estar dirigida a mí. Genial, simplemente genial.

—Si eres *Bolverk*, entonces ven y soporta a tu manada, —su voz vibraba con la rabia contenida.

Parpadeé por un segundo.

—Lo siento, ¿qué dices?

—Si eres realmente *Bolverk* para nuestro clan, entonces necesitas estar con nosotros. —Encontró mi mirada, y no hubo ningún estremecimiento en él ahora, ninguna suavidad. Lo había esperado para dejar de estremecerme. Nunca había pensado lo que esto podría significar.

Jamil caminaba por la habitación con Stephen en sus brazos. Gregory se aferraba a la mano de Stephen, por lo que se movían como una unidad. Cuando Jamil estuvo de regreso con los lobos, Richard dijo:

—Gregory no es uno de nosotros. Él no puede estar con nosotros.

No podía oír lo que dijo Jamil, pero creo que estaba tratando de convencer a Richard de que esto no era necesario. Richard sacudió la cabeza, luego, Jamil cometió un error. Me miró, y con sólo sus ojos me pidió ayuda. Lo había hecho antes, muchas veces, la mayoría de ellos lo habían hecho. Esta noche, Richard lo vio, lo entendió, y no lo toleraba.

Agarró la muñeca de Gregory y trató de alejarlo de un tirón de Stephen. Stephen chilló y se levantó en los brazos de Jamil, aferrándose con ambas manos al brazo de su hermano.

Había tenido suficiente. No me importaba si Belle lo había oído todo. Caminé hacia la manada.

—Richard, estás siendo cruel.

—Pensé que querías que fuera cruel. —Respondió, sin dejar de tratar de separarlos.

—Te quería fuerte, no cruel. —Estaba casi donde estaban ellos, y no estaba segura de lo que haría cuando llegara allí—. Eres fuerte y eres cruel.

—Realmente, soy fuerte y pragmático, no cruel. —Estaba a su lado ahora, y supe que no podía osar tocar a nadie. Si tocaba a Richard, o a los gemelos, esto conllevaría a más violencia. Podía sentirlo.

Stephen estaba haciendo un ruido alto, lamentable, como un conejillo antes de ser comido vivo. Estaba luchando con las manos, tratando de aferrarse a Gregory. Gregory estaba llorando y tratando de aferrarse a su hermano.

—Pragmático, dice que nos haces parecer débiles delante de un miembro de consejo. Cruel, dice que soy *Bolverk* porque no tienes las pelotas para serlo.

Dejó de tirar de los gemelos, y de Jamil que tuvo un momento de vacilación para deslizarse lejos. Por supuesto, dejándome sola ante Richard. Y era uno de esos momentos en los que me daba cuenta de lo físicamente imponente que era. Richard era uno de esos grandes hombres que no parecen grandes, hasta que de repente, lo hacen, y te vas, oh Dios, y es generalmente demasiado tarde.

Nos pusimos de pie, mirándonos el uno al otro. No había estado enojada, hasta que había intentado hacer daño a Stephen y Gregory. Pero una vez que me enojo por lo general me quedo allí. Disfruto de mi ira, que es el único pasatiempo que tengo.

Una docena de comentarios crueles bailaba en mi cabeza, y me quedé con la boca cerrada. Tenía miedo de lo que podría salir si la abría. Caminé hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros. Vi algo más en sus ojos, aparte de la ira había pánico. No quería que me le acercara. Magnífico.

Seguí avanzando, y Richard realmente se movía hacia atrás, luego pareció darse cuenta de lo que había hecho. Cuando di otro paso hacia él, se mantuvo firme. Caminé hasta que la falda de mi vestido rozó sus piernas, la falda se arremolinaba cubriendo la punta de sus zapatos lustrados. Estaba tan cerca que habría sido más natural el tacto entre uno y el otro que simplemente estar allí parados, como lo hicimos.

Miré la longitud de su cuerpo y encontré en sus ojos el conocimiento de que los míos sabían lo que cada pulgada estaba en este juego conservador.

Richard no estaba mirándome a la cara cuando levanté la vista, estaba mirando a mi escote. Tomé una respiración profunda, haciendo que los montículos de mis pechos subieran y bajaran como si una mano los empujara desde abajo.

Levantó la vista de mi pecho, y se reunió con mis ojos. La rabia en su rostro era una cosa casi pura. Una rabia sin fin, sin forma. Era como uno de los grandes incendios forestales, que comienza por comer los árboles. Entonces, de alguna forma el fuego toma vida propia, casi como si no necesitara más combustible, como si no necesitara nada para existir. Se quema y crece y destruye, no porque necesite el combustible, sino porque eso es lo que hace, lo que es.

Me enfrenté a la ira de Richard con la mía. La suya era nueva y fresca, no había tenido tiempo de quemar su alma de tal manera que la ahuecara hasta un espacio que no tuviera nada más que la ira. La mía era vieja, casi tan vieja como podía recordar. Si Richard quería luchar, podríamos pelear. Si quería follar, follaríamos. En ese momento, cualquiera de esas alternativas habría sido casi igual de perjudiciales. Para los dos.

Su bestia podía subir al llamado de su ira como un perro a la voz de su propietario. Cualquier emoción fuerte podría provocar el cambio, y esto era casi tan fuerte como las emociones que tenía Richard.

La energía de su animal quemaba como el calor de una carretera en un día de verano, una onda visible del poder. Bailó a lo largo de la piel desnuda de mi cuerpo. Una vez no había llevado nada más que empujar a su bestia a través de mi cuerpo. Pero esta noche, queríamos hacer otras cosas. Dudaba de que fuera tan divertido.

Musette se deslizó cerca de nosotros en su vestido salpicado por sangre blanco. Sus ojos eran azules otra vez. Tejió sus manos por la energía de la bestia de Richard, jugando entre nosotros dos, sin tocar, literalmente jugaba con la energía.

—Oh, serías muy bueno para comer, *très bon, très très bon*. —Ella rió, y fue el tipo de risa que te hace mirar dos veces en un bar, una risa hecha para llamar la atención. El sonido no estaba acorde con la sangre seca que llevaba como una máscara en su rostro.

Richard dejó que la ira llenara sus ojos y la dirigió a ella. Era una mirada que creo que habría hecho retroceder a cualquiera en la habitación. Musette rió otra vez.

Richard se giró hacia ella. A su ira no le importaba quien era ella, nadie

lo haría.

—Esto no es de su incumbencia. Cuando hayamos terminado con esto, entonces y sólo entonces, vamos a hablar a los vampiros.

Musette echó hacia atrás la cabeza y rió, no hay otra palabra para describirlo. Se echó a reír hasta que las lágrimas salieron de su rostro, tenía tallados surcos de sangre seca. La risa murió lentamente, y cuando abrió los ojos de nuevo, eran de color miel.

El aliento de Richard estaba atrapado en su garganta. Estaba lo suficientemente cerca de él para saber que había dejado de respirar, sólo por un momento.

El olor de las rosas estaba en todas partes.

—¿Te acuerdas de mí, lobo? Puedo sentirlo en tu miedo. —Un ronroneo contralto estremeció mi piel, y vi estremecerse a Richard también —. Voy a jugar con vosotros más tarde, lobo, pero por ahora… —se giró y miró a Asher—… por ahora voy a jugar con él.

Asher aún estaba pegado a la pared, haciendo un silencio absoluto como solo los viejos pueden hacer. Se había hundido en el silencio de la eternidad, tratando de no involucrarse en esto, tratando de ocultarse de la vista. No iba a funcionar.

Como un órgano de Musette, Belle se deslizó hacia él, comenzó a extenderse fuera de ella. El vestido dorado oscuro superponía al blanco como un fantasma. El pelo negro asemejaba la propagación de las llamas alrededor de su fantasma, movido por un viento que corría por la habitación, el viento del poder de Belle.

—¿Qué está pasando? —Susurró Richard, y ni siquiera sé si él quería escuchar la respuesta, pero le contesté de todos modos.

—Musette es la sustituta de Belle Morte.

Sus ojos eran de todo para que la forma fantasmal de Belle anulara el otro cuerpo, cuando dijo:

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que estamos en un montón de mierda de problemas.

Me miró entonces.

—Soy Ulfric, Anita, eso no cambia sólo porque algunos vampiros de alto rango lleguen a la ciudad.

—Eres Ulfric, Richard, bien, jódete tú mismo, pero no nos destruyas a todos mientras lo haces.

Parte de la ira se había escapado lejos sobre la marea de miedo. Es

imposible ser más cercana y personal con el poder de Belle y no temerle.

—Soy Ulfric, o no lo soy, Anita. Soy amo o esclavo, no se puede ser ambas cosas.

Levanté las cejas hacia él.

—Sí, de hecho, se puede. —Levanté una mano—. No tengo tiempo esta noche, Richard. Mañana, si todos estamos vivos, entonces podemos hablar de ello, ¿vale?

Él frunció el ceño.

—Ella no está aquí en carne y hueso, Anita, son sólo juegos de metafísica. ¿Qué tan malo puede ser?

Me di cuenta en ese momento de que Richard seguía viviendo en ese otro mundo. El mundo donde la gente juega cosas justas y en la horrible realidad eso nunca sucede. Debe haber sido un lugar pacífico para vivir, el planeta en el que gente como Richard llamaba casa. Siempre había admirado ese punto de vista, pero nunca había vivido allí. El problema es que Richard no vivía allí tampoco.

El silencio inicial fue cortado por un grito. Los hombres leopardo habían retrocedido, en cuclillas a los pies de Bella Morte. Sólo Micah quedó en pie. Se ponía delante de Asher, pero era pequeño, como yo, y no podía ocultar a Asher completamente.

Miré a Richard, y tenía una mirada de tal daño en sus ojos. Nunca se despertaría y olería la sangre. Él sinceramente no iba a cambiar.

Me aparté de él y empecé a caminar hacia Asher y Micah. Jean-Claude se movió junto a mí, me ofreció su mano, y la tomé. Nadie más se movió con nosotros. Los hombres rata no podían atacar a Musette. Los hombres leopardo estaban haciendo su mejor esfuerzo, pero eso no iba a ser suficiente. Sólo los lobos podrían habernos ayudado, y Richard no se lo permitiría.

En ese momento me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de empezar a odiar a Richard.



CUARENTA Y OCHO

No entendía por qué gritaba Asher. No veía sangre ni carne desgarrada, pero seguía gritando. Luego, a medida que nos acercábamos, noté como la carne de su cara comenzaba a desaparecer. Era como si la piel se desprendiera de los huesos, como si el contacto de Belle le drenara dejándole seco, no de sangre, sino de todo lo demás.

Me arriesgué a echar un vistazo a Jean-Claude, por un segundo pude ver cuánto le afectaba, luego su rostro se quedó en blanco. Sentí como se alejaba, escondiéndose tras ese vacío.

—Ella podría matarte de esta manera. —Su voz sonaba vacía.

—Pero tú eres inmune a ella, ¿verdad? No te mataría.

—Es nuestra *sourdre de sang*, ninguno de nosotros es inmune a su contacto.

Me detuve y lo empujé hacia atrás.

—Entonces quédate aquí. No necesito más gente de la que

preocuparme.

No discutió, pero su mirada resbaló sobre mí para fijarse en Asher. No estaba segura de que me hubiera oído, y no tenía tiempo para comprobarlo. Estaba ya medio corriendo, cuando Micah empujó a Belle hacia atrás, utilizando su cuerpo para romper el contacto con Asher.

Asher se derrumbó lentamente resbalando sobre la pared, y el rostro radiante de Belle se acercó a Micah. En el momento en que sus labios se tocaron, sentí el *ardeur* llenar la habitación como agua caliente, derramándose como gotas que quemaban mi piel. Mis piernas se congelaron en mitad de un paso, y tropecé. Me quedé allí, atrapada entre Asher apoyado contra la pared y Micah perdido en ese ardiente abrazo. Era consciente de que podía llevar a Micah a la muerte con el *ardeur* en cuestión de días, pero una parte de mí sabía que Belle podría hacerlo mucho más rápido.

La mano de Asher se extendió hacia mí, delgada, era como huesos cubierta de papel de seda. Micah estaba tratando de arrastrarse lejos de Belle, del cuerpo de Musette, pero ella se encaramó sobre él, sujetándole los brazos a la espalda, sus labios carmesí brillaban como una niebla roja en su rostro. Por un momento pude sentir a Asher muriendo, a falta de una palabra mejor, desapareciendo. Jean-Claude se acercó a él, pero era consciente de que no tenía vida para compartir. Entonces, la cruz en mi pecho empezó a brillar.

Mi carne ardió, como si la cinta negra empujara el calor hacia dentro, gritaba mientras tiraba de la cinta para alejarla de mí, la cruz resplandecía con su luz blanca, caliente, como una estrella cautiva en una cadena.

Micah se tambaleó hacia atrás en los brazos de Belle Morte. Jean-Claude extendió la capa de terciopelo negro sobre su cuerpo y el de Asher. Los demás vampiros ocultaron sus rostros y sisearon a la luz. Percibí un movimiento por el rabillo del ojo un segundo antes de que Angelito se estrellara contra mí. No quedaba nadie que pudiera detenerlo. La cruz era un arma de doble filo.

Me agarró de un brazo, levantándome del suelo, su otra mano se cerró en torno a la cruz. Le golpeé en la garganta con tres dedos, tan firmes como la punta de una lanza. La falta de aire le obligó a soltarme, pero se aferró a la cruz, y al caer, la cadena se rompió, cortándome en el cuello al desprenderse. En el momento en que la cruz estuvo en su poder, la luz empezó a desvanecerse.

Musette se volvió hacia mí, sus ojos eran pozos de fuego oscuro y dorado, y Belle ya no era solo como una imagen fantasmal superpuesta en su cuerpo, esta vez, era como si estuviera viendo doble. Miraba los ojos oscuros y dorados de Musette. Pero en mi cabeza era Belle. Belle en carne y hueso, un poco más alta que Musette, con el largo pelo negro cayendo en ondas hasta las rodillas, el oro oscuro de su bata mostrando un triángulo de piel blanca, su rostro como tallado en una perla y una mueca en los perfectos labios rojos. Envolvió sus blancas manos alrededor de mis brazos, sus largas uñas oscuras, arañando las mangas de terciopelo. Me apretó contra su cuerpo y se inclinó para poner un beso en mi boca.

Una pequeña voz gritaba en mi cabeza:

—No dejes que te toque. —Pero no podía moverme, no podía escapar, ni siquiera estaba segura de querer hacerlo.

Su boca roja se cernía sobre la mía. Su aliento empujando contra mis labios. El mundo olía a rosas. Entonces, de repente, noté el sabor de los labios de Asher en mis labios. Besándome como lo había besado antes. Un sabor que me hizo abrir los ojos, me permitió apartarme de la boca de Belle y me ayudó a dar marcha atrás.

Sus ojos estaban fijos en mí, eran piscinas de fuego dorado, como agua marrón bajo la luz del sol. Me di cuenta de que me había desmayado, y ella me sostenía como si estuviéramos bailando. Su mano estaba detrás de mi cabeza, empujándome hacia su beso.

Sentí un movimiento y miré hacia atrás para ver a Richard. Belle también le vio.

—Interfiere, y reviviré de nuevo el *ardeur*, lobo. No has traído ninguna mujer contigo. ¿Crees que te salvarás? No lo harás. El *ardeur* sólo quiere ser alimentado, lobo, no importa cómo.

Richard vaciló. Pude sentir su temor en mi boca junto con el regusto del beso de Asher.

Jean-Claude apareció súbitamente junto a Belle.

—Sé que me quieres. —Abrió los brazos en un gesto dramático que desplegó la oscuridad de su chaqueta sobre sus brazos extendidos, el pelo derramándose a su alrededor—. Aquí estoy.

No sé qué habría pasado, o lo que ella hubiera dicho, porque de repente el recuerdo de Asher haciéndome el amor resultó abrumador. Fue como lo ocurrido con Jason, pero más fuerte, mejor y peor al mismo tiempo. Mi espalda se arqueó y me convulsioné en los brazos de Belle. Con un grito de

sorpresa mis manos trataron de agarrar el aire frente al rostro de Belle. Ella me soltó, y vi, vagamente, como a través de un velo blanco, como sus manos agarraban a Jean-Claude.

Richard me agarró antes de que golpeara el suelo, acunándome en sus brazos. Parecía preocupado. Puso su mano sobre mi rostro.

—Anita, ¿estás herida?

Me las arreglé para sacudir la cabeza, pero aun viendo la preocupación en el rostro de Richard, volví la cabeza para mirar hacia Asher. No pude evitarlo. Asher, con el pelo cayendo como doradas guirnaldas de un árbol de Navidad en torno a un rostro que era poco más que carne pegada al cráneo. Sus labios eran una fina y dura línea alrededor de unos dientes que, en su mayoría, eran colmillos. Sólo sus ojos seguían perteneciendo a Asher, piscinas de fuego azul pálido, como si el cielo de invierno pudiera quemar.

En el momento en que vi sus ojos, traté de apartarme de los brazos de Richard, en un intento de acercarme a Asher.

—Anita, Anita, ¿qué pasa? —Me giró en sus brazos, obligándome a mirarle.

Encontré mi voz, pero todo lo que pudo decir fue:

—Asher.

Miró al vampiro caído, y el disgusto era evidente en su rostro.

—Lo sé, Anita, lo siento.

No estaba segura de por qué se disculpaba, y no me importaba. Había algo más por lo que debería preocuparme, algo que había olvidado. Pero no podía pensar más que en los ojos de Asher, y en que tenía que ir junto a él. Tenía que hacerlo.

Richard se levantó de repente, conmigo aún en sus brazos. Sentí un sonido, como un millar de pequeñas garras rayando el suelo. Ratas, miles de ratas chirriando, corriendo como una ola de pelo a través del suelo de la cueva.

El poder de Asher retrocedió, y fui consciente de lo mucho que le había costado dejarme ir. Supe, en ese instante, que era la única capaz de alimentarle, de darle la energía suficiente para mantenerse con vida.

Richard hizo un pequeño sonido de consternación, se giró y pude ver que había palidecido. Las heridas, en la cabeza de los dos vampiros a sus pies, se desvanecían lentamente. Estaban sanando. Sus extraños ojos de gato miraban alrededor. Ni siquiera quedaba una cicatriz que indicara el lugar donde las balas habían penetrado.

—Joder —dije.

Uno de los seres hiena perdió los nervios y disparó a la serpenteante masa de ratas. Se escuchó el sonido de un arma de fuego y luego cayó, con un agujero en la espalda, sobre la multitud de ratas. Estas pasaron sobre él como la marea, y su cuerpo desapareció de la vista. Los sonidos, sin embargo, no desaparecieron. No había estado lo bastante cerca de los disparos como para quedarme sorda, y por primera vez lo sentí. El sonido de pequeños dientes desgarrando la carne, el chirrido y los sonidos de pelea del hombre, parecían ahogar todo lo demás.

Uno de los seres rata miraba fijamente el arma que tenía en la mano como si esta hubiera aparecido allí de repente. Volvió su rostro blanco hacia nosotros.

—Lo siento —dijo, antes de gritar a Bobby Lee—. Armas abajo, bajad las jodidas pistolas, ahora. Que nadie dispare. —Lanzó su propia arma a través de la habitación, y los demás seres rata siguieron su ejemplo.

Algunos de los seres hiena bajaron sus armas, pero sólo uno la arrojó lejos. Bobby Lee se dejó caer sobre las rodillas y cruzó las manos por encima de la cabeza. La siguiente en arrodillarse fue Claudia, entonces uno por uno, todos los seres rata siguieron su ejemplo. Sabía por qué lo hacían, tenían miedo de lo que Musette/Belle podía hacerles. Pero no quería estar de rodillas en el suelo cuando las ratas nos alcanzaran.

Finalmente pude pensar lo suficiente como para recordar que Jean-Claude podía estar luchando por su vida. Pero no era así. Su hermoso rostro estaba entre las manos de Belle, pero seguía de pie. Sus manos estaban posadas sobre las de ella, manteniéndolas apretadas contra su cara. Su rostro seguía siendo perfecto, sin tocar. Una suave sonrisa se extendía por sus labios. Los ojos de Belle se ampliaron indicando que no le gustaba lo que veía. Se había alimentado de Asher, pero por alguna extraña razón, parecía estar teniendo problemas para alimentarse de Jean-Claude.

Sabía que Belle/Musette había llamado a las ratas. Pero no creía que hubiera tenido nada que ver con la capacidad de recuperación de los dos hijos de la noche. Estaban medio levantados, apoyándose uno en el otro para mantenerse en pie, pero sus ojos no miraban a Belle, ni a nadie más. Tuve un momento para planteármelo, antes de que las ratas cubrieran como una ola al primer ser hiena, usando sus pequeños dientes para arrancar el cuero negro y morder la carne. La gente gritaba, y los seres hiena empezaron a disparar contra las ratas, haciendo estallar sus cuerpos en una

lluvia roja. Pero eran demasiadas.

Las ratas se extendieron por el suelo aislando a los seres rata que estaban de rodillas, como si fueran grandes piedras en un arroyo.

—¿Puedes mantenerte en pie? —preguntó Richard.

—Creo que sí.

Me bajó suavemente al suelo, y luego miró a los hombres-lobo, que permanecían en pie formando un grupo muy infeliz. Al parecer, el enfrentamiento entre Richard y Sylvie había sido lo bastante violento como para que ninguno de ellos se atreviera a desobedecerle. Bueno, Jason estaba luchando bajo el agarre del brazo de Shang-Da, pero nadie había tratado de ayudar. ¿Qué diablos le había hecho Richard a Sylvie?

De repente el mundo olía al almizcle de la piel del lobo, al rico moho de las hojas húmedas, a abetos de hoja perenne, como si el rocío en la tranquilidad de la mañana cubriera el pelo sobre mi espalda. Sentí como si ese algo dentro de mí que era la bestia de Richard, se desplazara fácilmente a través de mi cuerpo, como el viento sobre mi piel.

Richard me miraba con los ojos dorados del lobo. Las marcas entre nosotros estaban abiertas de par en par. Echó hacia atrás la cabeza y aulló, los demás le respondieron, y entonces el lobo avanzó como una negra ola de destrucción.

Shang-Da y Jamil se colocaron detrás de Richard, y mostraron sus uñas en forma de garras, cambiando solo en parte como solo son capaces de hacer los alfas. Sentí la energía que se deslizaba por su piel como pequeñas explosiones en el estómago.

Noté que Jean-Claude había cerrado, tan fuerte como pudo, las conexiones de nuestro triunvirato. Le veía, pero por una vez no lo sentía en absoluto. Pensaba que iba a morir y no quería arrastrarnos con él.

Encontré una de las pistolas que los seres rata habían descartado con tanta rapidez y me sentí mejor. Era reconfortante notar el peso del arma en la mano.

Lamentablemente, no era la única que había encontrado un arma. Angelito disparó contra un ser hiena, haciéndolo caer sobre la masa de ratas que empezaron a morderle. Gritaba y se retorcía, tratando de alejarse de ellas.

Disparé a las ratas que estaban junto a él, pero eran demasiadas. Era como disparar al agua, se separaban, pero no les hacía daño.

Sabía que había una forma de parar a las ratas. Apunté la pistola a la

cabeza de Musette/Belle. Si la mataba, las ratas volverían por donde habían venido.

Contuve el aliento, el disparo pasaría demasiado cerca de Jean-Claude para mi tranquilidad. Una rata saltó sobre mi mano, clavándome los dientes. Una ola de ratas empezó a trepar por mi vestido, hundiendo sus garras en la pesada tela. Grité, y de repente Micah estaba allí, medio agachado, siseando a las ratas que se dispersaron por el suelo, chillando de terror. Las que ya estaban sobre mí parecían ser inmunes al miedo. Me ayudó a librarme de ellas y las lancé sobre la masa que corría. Las ratas caían sobre sus compañeros heridos y también los devoraban.

Las ratas parecían tener más miedo de los seres leopardo que de los lobos, y los seres leopardo empezaron a empujarlas hacia la pared, se escuchaba el silbido que producían los pequeños roedores que volvían, ganando cada vez más terreno.

Los dos vampiros que creía haber matado tenían ahora unas garras y colmillos que ningún vampiro debería haber tenido. Avanzaban a través de los hombres lobo dejando un rastro de sangre y huesos.

Una gran mano se plantó en la espalda de Shang-Da, y sin pensarlo disparé, apunté mientras permanecía en el círculo que los leopardos habían creado a mí alrededor. La cabeza del vampiro estalló de nuevo. Ahora sabía que si quería que permaneciera muerto, tendríamos que extraer su corazón y quemarlo todo. Esparciendo las cenizas de los cuerpos en diferentes cauces de agua en movimiento.

Shang-Da apenas tuvo tiempo para lanzarme una mirada antes de que el otro vampiro se lanzara sobre ellos y enviara a tres de los lobos al suelo para que las ratas los engulleran.

La voz de Belle se elevó sobre el ruido como una tormenta, un trueno que nos congeló a todos en mitad de la acción. Incluso el mar de pelo formado por las ratas se congeló.

—¡Basta!

Dio un paso atrás separándose de Jean-Claude, y se echó a reír. No era su risa mágica, esa que se deslizaba a través de la piel y que te hacía pensar en el sexo, era simple risa, alegría pura sin adulterar.

—No vamos a luchar más —dijo Belle, y aunque su voz seguía siendo profunda, había perdido su sexy ronroneo. No parecía enojada, aunque se había llevado una desagradable sorpresa.

Las ratas retrocedieron como un agotado y peludo océano. Siguieron

chillando, pero se fueron. La mayoría de los hombres lobo estaban cubiertos de pequeñas marcas rojas de mordiscos. Los restos de los seres hiena caídos parecían haber sido mutilados por algo mucho más grande.

Jean-Claude encontró su voz, y sonó tan alegre como la risa anterior.

—No te puedes alimentar de mí. No puedes recuperar lo que me has dado, porque ya no soy de tu línea. Ahora soy la *sourdre de sang* de mi propia línea.

Belle le miró, su rostro mostraba esa expresión vacía que conocía tan bien. Estaba ocultando lo que sentía realmente.

—Sé lo que significa, Jean-Claude.

—Ya no puedes tratarme como a un miembro menor de tu línea, Belle. Las reglas son diferentes entre dos *sourdres de sang*.

Se pasó las manos por la falda, alisándola, conocía ese gesto, era uno de Jean-Claude. Nerviosa, Bella Morte estaba nerviosa.

—Estaba en mi derecho de hacer lo que hice, porque no lo sabía, ni tú tampoco.

—Es cierto, pero ahora que lo sabemos, tú y los tuyos tenéis que iros. Debéis abandonar nuestras tierras esta noche, porque si mañana por la noche os encontráis en nuestro territorio, moriréis.

—¿Realmente podrías matar a mi Musette? —Su voz mostraba el más leve hilo posible de incertidumbre.

—Podría matar a Musette, legalmente, sin repercusiones políticas. —Hizo un pequeño sonido al chasquear la lengua.



CUARENTA Y NUEVE

Asher estaba contra la pared del fondo. Era un esqueleto con piel de pergamino seco. Tendido sobre una cama de oropel bajo el árbol de Navidad, el remanente glorioso de su cabello. Su ropa se había derrumbado alrededor de su cuerpo hundido, como un globo desinflado. Tenía los ojos cerrados, y sólo la redondez de los ojos debajo de esa piel delgada era de carne y sólido. Todo lo demás parecía haberse marchitado. Caí de rodillas junto a él, porque de repente no podía soportarlo.

—No está muerto —dijo la voz de Valentina, pero se quedó fuera de alcance. Ella le ofreció consuelo, pero no era tonta. Bajé la vista hacia lo que quedaba de toda esa belleza y no lo creía.

—Mira con algo más que tus ojos, *ma petite* —dijo Jean-Claude. No se arrodilló, pero se quedó de pie, frente a Belle Morte, casi como si no se atreviera a darle la espalda a ella.

Hice lo que Jean-Claude me dijo que hiciera, miré con el poder en lugar

de mis ojos físicos. Pude sentir una chispa dentro de Asher, una pequeña parte de él todavía ardía. No estaba muerto, pero bien podría haberlo estado. Miré a Jean-Claude.

—Está demasiado débil para tomar la sangre.

—Y no tiene ningún siervo humano —dijo Belle Morte—, ningún animal para llamar. Está sin… —se detuvo, parecía pensar en la palabra que seguía. Por último, dijo—… recursos.

Recursos, era una palabra agradable para él. Pero cualquiera que sea la palabra que utilizó, ella tenía razón. Asher no tenía nada para alimentase de la sangre, pero, y si estaba demasiado débil para alimentarse de eso… No pude terminar el pensamiento, incluso en mi cabeza.

—Belle Morte podría salvarlo, —era la voz neutra de Jean-Claude, vacío. Le miré, y luego junto a él a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Ella lo hizo, y ella es una *sourdre de sang*. Simplemente, podría devolverle parte de la energía que le ha robado.

—No he robado nada —dijo Belle, y su propia voz neutra estaba llena de ira—. No se puede robar lo que es tuyo por derecho, y Asher es mío, todo él, Jean-Claude, cada pedazo de su piel, cada gota de su sangre. Vive sólo a través de mi sufrimiento, y sin que muera. —Jean-Claude hizo un pequeño gesto.

—Tal vez robar no es el término correcto, pero puedes restaurar algo de su energía vital. Podrías recuperarlo de nuevo lo suficiente para poder alimentarse de sangre.

—Podría, pero no lo haré. —Su ira era como un viento receloso, mordiendo a lo largo de mi piel cuando me tocaba.

—¿Por qué no? —pregunté, porque nadie parecía dispuesto a hacerlo, y tenía que saberlo.

—No tengo que explicarte nada, Anita.

Todavía tenía el arma en la mano. De repente era pesada, como si me hubiese recordado que estaba allí, o tal vez la conmoción del levantamiento fue suficiente para volver a sentirla. Me levanté y apunté con el arma al pecho de Musette.

—Si muere Asher, también lo hace Musette.

—No vas a tener mucha suerte para matar a un vampiro con tu pequeña pistola —dijo Belle, y se mostró confiada. Por supuesto que no era su cuerpo al que estaba a punto de entrarle a balazos.

—Creo que los niños de la Madre son casos especiales. Probablemente pueden sobrevivir casi a todo excepto al fuego. No creo que eso sea cierto de Musette. —Había dejado escapar el aliento de mi cuerpo, por lo que me quedé tan quieta como pude conseguir. Mi mano libre se apoyaba en mi espalda baja, medio acunada en mis nalgas. Era mi posición favorita para el tiro al blanco.

—Angelito te detendrá —dijo simplemente—. Miré hacia atrás para encontrar a Angelito hincado de rodillas por tres hombres-lobo, pero bueno…

—Si hace un movimiento puede morir, también. Probablemente no va a sobrevivir si mato a Musette de todos modos. —Los ojos marrones Belle Morte se abrieron un poco.

—No te atreverías.

—Por supuesto que sí, —sonreí, pero no llegó a mis ojos, porque ellos estaban en el cuerpo de Musette. Ignoraba la forma de Belle más que la de Musette, concentrada mirando su vestido blanco con sangre seca. Cuanto más concentrada, más de Musette podía ver, como una doble imagen, el pecho de Musette en mis ojos físicos, y las envolturas fantasmas de Belle en mi cabeza. Me hizo preguntarme cuánto de todo el mundo de Belle más había estado viendo, o si hubiera tenido un mejor espectáculo a causa de mi nigromancia. Le preguntaría a alguien más tarde. Mucho más tarde.

—Jean-Claude, no puedes permitir esto.

—*Ma petite*, tiene sus momentos de temeridad, pero en este momento me ha recordado que las reglas no son lo mismo ahora. Estoy en mi derecho como *sourdre de sang* en castigar a uno de tu pueblo por dañar a mi segundo al mando. Está perfectamente dentro de nuestras leyes.

—No sabía que Asher era tu segundo al mando, de un *sourdre de sang* cuando bebí de él.

Mi brazo seguía siendo constante, pero no duraría. No se puede mantener una posición de tiro con un solo brazo para siempre. Al infierno, no se puede mantener cualquier posición de disparo para siempre.

—Sabes —dijo—, que no está muerto todavía, por lo que estás matando al segundo al mando de otro *sourdre de sang* con conocimiento previo.

—Estamos en nuestro derecho al tomar la vida de Musette en el pago de Asher —dijo Jean-Claude—. Deberías tener más cuidado, Belle. Al enviar personas que valoras lejos de ti hace que sea mucho más difícil mantenerlos a salvo. —No estaba luchando porque mi brazo temblase.

Finalmente, me gustaría perder.

—Permíteme hacer esto fácil para ti, Belle. Ayuda a Asher ahora, o mato a Musette.

La única cosa que era lo mismo tanto en la visión de los ojos como en la visión de mi cabeza, eran esos ojos color miel. Esos ojos me miraron, y sentí el juego en ellos. Ella quería que yo bajara mi arma, y mi brazo herido, ¿por qué no lo hice? Mi brazo comenzó a bajar, y me sorprendí un momento antes de que Jean-Claude me tacara en el hombro. Puse el brazo hacia atrás donde lo había tenido. Pero bajar y subir lo había ayudado a la acumulación de ácido láctico. Podía sostener la postura mucho más tiempo ahora.

—Si deseas jugar con la vida de Musette, eso depende de ti —dijo Jean-Claude, y su voz bailó sobre mi piel, hizo que temblara mi cuerpo, hizo que mi mano convulsionara, y la práctica sólo evita que el dedo apriete el gatillo. Pero no le dije que lo parase, porque Belle había usado su marca en mí para nublar mi mente. Había pasado mucho tiempo desde que un vampiro había llegado a mí con tanta indiferencia. El sexo de Jean-Claude pasó por encima de mi piel mientras que el miedo me recorrió como el hielo por el resto de mí. Belle no estaba derrotada, ni de lejos. La arrogancia obtendría más de nosotros muertos. Así, la arrogancia no, sólo la verdad.

—Lo que tienes que preguntarte, Belle —dije, con una voz que estaba muy tranquila porque estaba concentrada en mi respiración, tratando de sentir todavía, por lo que señalé—: ¿es tu amor más fuerte que la muerte de Musette o el odio hacia Asher?

—No odias a seres inferiores, Anita, simplemente tienes que castigarlos. —Su voz sonaba tan segura de sí misma. Jean-Claude dijo una palabra:

—Mentirosa.

Esos ojos miel oscura tiraron de él, y no había amor perdido en esa mirada. Odiaba a Jean-Claude, también. Los odiaba a los dos. Me habían dicho por qué. Fueron los únicos dos hombres que habían salido de su cama voluntariamente, por lo que ella vio. La habían abandonado, y nadie se aleja de Belle Morte, porque nadie quiere. Curiosamente, su ida había dañado su sentido de sí misma. Pero yo no estaba de acuerdo con este conocimiento, porque herir el orgullo Belle Morte no nos ayudaría. Para salvar su orgullo hubiera dejado que Asher y Musette murieran. Estaba casi

segura de ello. Me tragué las palabras, y luché por el control de mi cara, pero me había olvidado que era una *sourdre de sang*, y me marcó una vez. No era de mi cara de lo que tenía qué preocuparme. Su voz sonó en mi cabeza como un sueño, por la fragancia de las rosas.

—Mi orgullo no es una cosa tan frágil, Anita. —Jean-Claude me beso en la mejilla perseguido de nuevo por el aroma de las rosas, y esa voz ronroneante.

—*Ma petite, ma petite*, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Demuéstralo —dije—, curando a Asher. —Jean-Claude no le preguntó a quién estaba hablando. Había oído a través de mí, o lo adivinó, o no se molestó en preguntar, porque estábamos quedándonos sin tiempo.

—Lo van a hablar con la muerte —dijo Valentina. Todo el mundo menos yo, miró al vampiro niña. Todavía estaba luchando para mantener mi mirada en un punto en el pecho del vestido blanco de Musette—. Si no le das el beso de la vida pronto, estará incluso más allá de tus poderes, Belle Morte —dijo Valentina. Belle se esforzó por mantener su rostro tranquilo, pero el enojo se filtró a través de la habitación. O tal vez simplemente estaba más sensible a ella.

—¿Has cambiado de bando, *petite mone*?

—No, pero no quiero perder a Musette por accidente. Si eliges la muerte de Asher, es una cosa. Perder simplemente la oportunidad de salvarlo, es otra.

Quería girarme desesperadamente y mirar a Valentina, pero mantuve mi mirada en Musette, en Belle. Además, la cara de Valentina habría sido como todos esos años cuando se estaban escondiendo, o corriendo el riesgo de ellos mismos, en blanco, vacía, una máscara encantadora.

Algo pasó entre ellas. Algo que no sabía leer. Belle respiró hondo, impaciente, se alisó la falda, y empezó a caminar hacia adelante. No era muy gracioso, el deslizamiento del cuerpo que normalmente era de Musette. Me pregunté si los vampiros tenían problemas de deslizamiento cuando estaban nerviosos, porque Belle estaba nerviosa. Podía sentirlo.

Bajé el arma, mientras ella se movía, porque si iba a salvar Asher, Musette viviría. Ese fue el trato. Además, mi hombro y la mano comenzaban a doler. Si hubiera sabido que iba a tener que mantener la postura tanto tiempo, me habría ido a una postura de dos manos.

Belle Morte pareció serenarse mientras se movía por la habitación, de

modo que cuando llegó a Asher se deslizaba, y el vestido blanco de Musette se perdió por completo al dorado oscuro de Belle, al menos a mis ojos.

Se arrodilló junto al cuerpo de Asher. No podía pensar en ella como otra cosa que un cuerpo. Ya estaba distanciándome de él. Me di cuenta de algo así como un choque que no creía que podía salvarlo. Se sentía tan muerto, demasiado muerto.

Las manos de Jean-Claude me apretaron los hombros, y me di cuenta de que me estaba protegiendo, con fuerza. Él no quería compartir sus sentimientos en este momento, y no le culpo. Eran demasiado personal para compartir, demasiado aterrador.

Richard se había ido, también. Tuve que buscarlo para asegurarme de que todavía estaba en la sala, eso es lo ajustado que era el blindaje. No estaba segura de cuando se iría detrás de sus escudos, parecía extraño. Me había dado cuenta. Captó mi mirada, y no pudo mantener la compasión, o el dolor, de la cara. No creo que fuera por el dolor de Asher.

Las manos de Jean-Claude se pusieron tensas y el movimiento trajo mi atención de nuevo a Belle. El pelo le caía a su alrededor como un manto negro, por lo que el vestido de oro mostró sólo pistas a través de toda la oscuridad.

Sentí a Jean-Claude recogerse a sí mismo, como si fuera un esfuerzo físico para recoger su voluntad, luego suspiró, y se sacudió como un pájaro saliéndose de sus plumas. Salió de detrás de mí y me ofreció su brazo, muy formal. Dudé por un instante, luego me deslicé a través de su brazo. Todavía estaba la barrera que lo separaba de mí, todavía escondía sus emociones, pero no tenía por qué ser otra cosa que su amiga para saber lo que estaba pensando. Me dolió el corazón al ver a Asher reducido a esto. Me dolió, y no tenía siglos de historia con el hombre.

Nos guió hacia adelante, hacia el vampiro arrodillado y lo que quedaba de la persona que tanto amaba. Nunca sabría si mi amor por Asher era por lo que Jean-Claude sentía por éste. Probablemente, pero no podía separar mis sentimientos de Jean-Claude. Eso me debía haber dado pánico, pero no fue así. Estaba cansada de tener miedo todo el tiempo. Estaba dispuesta a tratar de ser tan valiente como mi corazón me dejara acostumbrarse al resto de mí. Además, había tenido cuidado con Richard, y al final nos habíamos roto el corazón el uno al otro. Le miré mientras caminaba hacia adelante del brazo de Jean-Claude. Mi corazón todavía tiraba hacia él. Hoy mismo

me había preparado para una reconciliación. Siempre estaba lista para una reconciliación con Richard, en cualquier momento le dio una pulgada. El problema era que seguía tomando de vuelta esa pulgada.

Me pillo mirándole, y había algo en sus ojos, un dolor, una pérdida, tan profundo como el océano, tan ancho como el mar. Lo amaba. Realmente lo amaba. Tal vez para siempre. Tuve ese impulso horrible de correr hacia él, para dejar que me arrastra en sus brazos, para perseguir esa herida en sus ojos. Pero probablemente no me abrazaría en sus brazos. Tal vez probablemente sólo me miraría sin comprender. Y eso me hacía odiarlo. No quería odiar a Richard.

Me aparté de él. No quería que él viera el anhelo, la pérdida, o los primeros movimientos de odio en mi cara. Sentí a Richard a mi lado, antes de que me tocara. Tuve un momento de sorpresa, mientras lo miraba a la cara. Su rostro estaba tan cerca e ilegible como podía. No me atraería a sus brazos, pero me ofreció el brazo. Dudé, como había hecho con Jean-Claude, luego, lentamente, deslicé mi brazo. Apretó su mano sobre la mía, tan cálida, tan sólida, presionándome contra el peso sólido de su antebrazo muscular.

Bajé los ojos para que no viera cómo me afectaba. Todos estábamos con las barreras como un hijo de puta, tratando de mantenernos a salvo en nuestros propios pensamientos.

Richard y Jean-Claude intercambiaron una mirada sobre mi cabeza. No sé lo que la mirada se supone que significó. Debió haber parecido una tontería que se intercambiarán las miradas cuando todo lo que teníamos que hacer era abrir las marcas que nos hacia un triunvirato. Entonces podríamos estar cerca de leernos las mentes unos a otros. Pero ésta era la primera vez en meses que Richard estaba a nuestro lado. Creo que los tres estábamos tan cuidadosos como podíamos serlo.



CINCUENTA

Belle se arrodilló sobre Asher, con la cabeza baja como si estuviera besándolo. Pero se elevó fuera de su cuerpo, por un lado contra el suelo, por otro contra la pared. El beso se veía tan íntimo, pero hizo grandes esfuerzos para no tocarlo más de lo que tenía que hacerlo. Un acto íntimo en ruinas.

Debería haber sido capaz de sentir el poder que estaba empujando en él, pero estaba demasiado apretada en mi blindaje. No era lo suficientemente buena en el blindaje como para filtrar algo, y, lo que elegía. Cuando el blindaje era difícil, blindaba todo. Quería sentir lo que estaba haciendo. Quería sentir si esa chispa débil dentro de Asher estaba creciendo.

Abrí un poco, sólo una pequeña abertura, sólo lo suficiente para alcanzar y tocar esa chispa.

Probé el beso de Asher sobre mi boca, como si hubiera bebido un vino que sabía a él. La chispa se había convertido en una llama, una llama fría

que llenaba su cuerpo, y todavía Belle vertía energía en él. Asher gritó a través de mi mente, y ese grito silencioso me golpeó, me habría puesto de rodillas si Richard y Jean-Claude no me hubieran sujetado.

—Anita, ¿qué está mal? —preguntó Richard.

—*Ma petite*, ¿estás bien?

No había tiempo para explicaciones. Salí libre de los dos, y no pelearon conmigo. Agarré a Belle por el hombro y el pelo, y fue casi chocante sentir los rizos cuidados de Musette aplastándose bajo mi mano cuando me dio la espalda. Estaba esperando sentir las ondas de Belle bajo mi mano, pero Belle no estaba aquí, en realidad no. Nunca había estado aquí. No era una ilusión, pero exactamente tampoco era real. Le arrojé lejos de Asher, enviándola deslizándola por el suelo sobre la tela blanca del vestido manchado de Musette. Pero era la voz de Belle la que atronó en la sala:

—¿Cómo te atreves a poner tus manos sobre mí?

—Estás tratando de unirlo a ti otra vez, como antaño. No quiere estar vinculado.

—Va a desaparecer y morir sin el poder que puedo respirar en él. —Miró a su alrededor como si esperara que alguien la ayudara a ponerse en pie. Las únicas personas que habrían estado dispuestas a ayudar estaban bajo custodia, y nadie más se movió. Ella se puso finalmente de pie, pero sin nada cerca para agarrarse, y con un corsé antiguo, graciosa no era. Es bueno saber que algunas modas incluso en un vampiro no pueden hacer bien el trabajo. Belle giró sus ojos que brillaban con el fuego marrón.

—Asher morirán sin mí. Míralo, mira lo que queda de él, no es suficiente para sobrevivir.

Su poder había derramado un poco de vitalidad a la carne de la piel que estaba seca, pero no mucha. Era como si pudiera ver los músculos y ligamentos individuales debajo de la piel, como un diagrama de fisiología, para mostrar donde están todos los puntos de sujeción. Pero no era como una persona. El pelo todavía era un nido seco de oropeles dorados y la piel como pergamino desaparecía estirada sobre un marco obscenamente delgado. Pero los ojos, parecían ojos humanos, a excepción de ese color azul hielo extraordinario. Aun cuando había sido humano, sus ojos no habían podido verse nada más que extraordinarios. Asher estaba en esos ojos. Estaba atrapado en esa cáscara frágil, medio muerto. Me miró, y sentí el peso de todo lo que estaba en sus ojos.

—La sangre puede salvar su vida —dijo Belle—, pero no va a

devolverle lo que ha perdido. Sólo su creador, o el que ha tomado su esencia, puede darla de vuelta. —Se quedó allí con su brillante oscuridad que le salía de los ojos en la cara de Musette. No añadió que desde que era a la vez la creadora de Asher y la que le había robado su esencia, sólo ella podía devolverle su antigua gloria. Belle Morte tenía un poco más de clase para señalar lo obvio. Pero lo dejó colgando sin decirlo en el aire.

—Sólo necesita el poder —dije—, no tiene que ser tuyo.

—Si tuviera un siervo humano o un animal para llamar, pero no tiene nada —dijo Belle, y había un tono de satisfacción en su voz que no podía, o no intentaba, esconder—. Está solo, y comprometerse a mí otra vez es la única opción que tiene, a menos que lo que desees es que pase el resto de la eternidad como está ahora. —La nota de satisfacción se deslizó en la crueldad sin pestañear.

—No podemos dejarlo así —dijo Richard, y no tenía piedad en la cara, sino horror—. Estar atado a Belle Morte no es peor que esto.

—Si hubieras conocido su abrazo —dijo Jean-Claude—, es posible que no te apresurases a decidir. —Richard lo miró, luego a Asher, luego, a Belle Morte.

—No lo entiendo.

—No —dije—, tú no. —Entonces me miró, le toqué el brazo, muy a la ligera—. Piensa en ti mismo atrapado para siempre con Raina.

Una mirada de asco y repulsión personal saltó sobre su rostro, antes de que pudiera ocultarlo. Todavía llevaba un pedazo del *munin* de Raina, su memoria de espíritu, en mí. Ella fue una sádica sexual, pero también había protegido fuertemente a las mismas personas que había torturado. La mujer había necesitado un poco de buena terapia. Al final, el único tratamiento que había recibido había sido balas de plata. Nunca me sentí mal por matar a Raina. Es algo curioso. Richard asintió con la cabeza.

—Entiendo eso, pero… —hizo un gesto de impotencia hacia Asher—, esto no es… —Parecía que estaba sin palabras.

No podía culparlo. No tenía palabras ante la idea de que este fuese el destino de Asher para los próximos siglos. No era tolerable. Simplemente no lo era. Pero no podía hacer que Belle le diera la energía sin condiciones. Estaba en la naturaleza de la energía de los vampiros que siempre había condiciones. Fue diseñado para obligar a un vampiro a su creador, y a través de su creador, al Consejo, a la estructura de poder de su mundo. Todo se desmoronaría si no perteneciera a alguien. Hay dueños sin

vampiros creados por él, pero no hay vampiros sin dueño. Hay vampiros que han perdido a sus amos, pero se ven obligados a encontrar un nuevo amo, nuevos juramentos de sangre, cazar a alguien más que los gobierne. Un vampiro realmente menor, incluso puede morir sin un vampiro maestro para gobernarlos. Van a dormir al amanecer y nunca despiertan otra vez.

Sabía todo esto. Sabía todo de ella, y no me importaba. No podía saber los pensamientos de Asher, pero sí, sentirlos. Prefería una muerte limpia a esto. O, para ser esclavo de Belle de nuevo.

Caí de rodillas junto a él. Podía darle una muerte limpia. Sabía todo acerca de la muerte. Empecé a tocarlo, mi mano vaciló. No quería que lo tocara. No quería que sintiera la piel que una vez se volvió hacia esta vida. No quería que este fuera mi último recuerdo de él. Pero odio la cobardía, casi peor que cualquier otra cosa, y si Asher podía quedar atrapado dentro de este cuerpo, yo podía tocarlo por última vez.

Puse mi mano sobre su rostro, suavemente, oh, tan suavemente. La piel se sentía delgada como el papel, seca y quebradiza. Temí que si apretaba, mis dedos se irían a través de su piel como si las páginas de un libro antiguo se manejaran bruscamente.

Me había olvidado de que todos los poderes vampiros son más fuertes con el tacto. En un segundo estaba sosteniendo su cara lo más delicadamente que podía, y al momento siguiente había derrumbado todo su cuerpo, y se retorcía con la memoria del cuerpo de Asher en la mía.

Unas manos me agarraron por la espalda, me arrancaron lejos de Asher, y luché, golpeando con la parte posterior de mi codo en una ingle. Las manos no me soltaron, pero vagamente oí que alguien gritaba mi nombre:

—Anita, Anita, Anita, —una y otra vez. Parpadeé, y fue como despertar, pero sabía que mis ojos no se habían cerrado. Las manos de Richard aún estaban en mí, pero él estaba de pie algo lastimado. Abrí la boca para disculparme, pero lo que salió no era una disculpa.

—¿Por qué me detuviste?

—Pensé que ibas a aplastarlo.

Le mire fijamente a la cara, era tan sincero, sabía que lo decía en serio. ¿Acaso no había tenido momentos anteriores en los que había sentido miedo de meter un dedo a través de la frágil piel de Asher? Pero de alguna manera sabía que no iba a suceder. De alguna manera sabía que él era mucho más duradero de lo que parecía.

Jean-Claude llegó a estar a mi lado, y la mirada en su rostro, dijo que

había descubierto lo que Richard no sabía. Pero Richard no era bueno con los muertos. No era su área de especialidad. Jean-Claude me tocó la cara, suavemente, como si tuviera miedo de que me partiera.

—Se alimentó de ti. De tu recuerdo.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—¿Cuántos vampiros pueden servirle? —preguntó Belle. Al parecer, Jean-Claude no había sido el único en notarlo. Me di cuenta de que pensaba que me había marcado Asher, pero eso no era exactamente lo mismo.

—Él no me ha marcado, Belle, si eso es lo que piensas.

—Entonces, ¿cómo puede alimentarse de tu fuerza?

—Sorpresa —dije—. No creo que Jean-Claude sea el único vampiro que obtuvo un nuevo poder.

—Eso no es posible.

—Pero es verdad —dije, y no trataba de esconder el triunfo en mi voz. Nosotros no la necesitábamos ahora. No la necesitábamos ahora, maldición. Richard aún me sostenía entre sus brazos. Levanté la vista hacia él.

—Déjame ir, Richard. —Me frunció el ceño. O no me entendió, o no quería hacerlo. Lo repetí, más suavemente—. Suéltame, Richard, por favor. —Sus ojos se alejaron de Asher se extendieron a la pared, siguieron buscando la mayoría de los muertos.

—La última vez que hablamos de esto, se aplicó la misma regla que tenía. Nadie se alimenta de ti.

Busqué en su rostro, mientras él miraba lo que quedaba de la belleza de Asher. Traté de ver algo en esa mirada que pudiera decir, explicar las cosas, pero no estaba segura de que hubiese alguien ahí que lo entendería.

—Si no dejo que se alimente, Richard, estará atrapado como está en este momento. No va a morir. No se deteriorará. Seguirá existiendo. —Arrancó su mirada lejos de Asher y me miró.

—No tomó la sangre.

—Es más como una fuente de energía, como el *ardeur*. —De repente se me ocurrió que quizá Richard no lo sabía, que realmente Asher, realmente estaba en mi cama. Había pretendido en el pasado, con más de un hombre que era un novio o amante, engañar a los chicos malos. Richard podía creer que se trataba de un juego otra vez. Ahora no era el momento para explicar todos los detalles sangrientos. Ya habría tiempo más adelante para saber si

Richard había querido decir lo que dijo en mi mente en el Jeep, que no le importaba quién tenía relaciones sexuales con otros, porque no éramos novios. Si lo decía en serio, me molestaría. Si no sabía lo que significaba, saber lo de Asher le molestaría. De cualquier manera, podría esperar. Todavía no me había soltado los brazos.

—¿Has permitido que Asher se alimente de ti antes? —No sé lo que habría respondido por haber dejado libre uno de mis brazos. Levantó lentamente la mano para tocarme la barbilla. Sabía lo que iba a hacer, y no pude detenerlo. Me giró la cabeza hacia un lado, y expuso el mordisco del vampiro en el lado de mi cuello—. ¿Cuándo comenzaste a compartir la sangre?

—Ayer por la noche. —Bajó la mano y me giré para mirarlo a los ojos. Una mirada fue suficiente. Él, como yo, pensaba que el sexo era un mal menor. El problema con algo que es un mal menor es que algo tiene que ser un mal mayor.

—¿Es sólo Jean-Claude, o…? —Su mirada se encendió en Asher.

—Vamos a hablar de esto mañana, Richard, te lo prometo, pero ahora mismo, tengo que ayudar a Asher. —Negó con la cabeza.

—¿Son estas marcas del cuello de Jean-Claude? —Suspiré y miré hacia el suelo. Me obligué a mirarlo a los ojos, pero maldita sea, no tenía tiempo ni energía para esto, ahora no.

—No —dije. Una vez más su mirada sacudió a Asher.

—¿Suya?

—Sí.

—¿Cómo puedes dejar que se alimenten de ti?

—Si no hubiera dejado que Asher se alimentara anoche, esta noche ya estaría muerto, o cautivo de Belle Morte para el resto de la eternidad. Es una de las razones por lo que lo hicimos.

—¿Sabías que él sería capaz de alimentarse? —Frunció el ceño. Negué con la cabeza.

—No, pero Musette le había reclamado para Belle, porque no pertenece a nadie. Nos aseguramos de que nos perteneciese a nosotros.

—¿A vosotros? —Buscó a Micah primero. El rostro de Micah era tan neutro como podía.

—No a Micah, a Jean-Claude. —Miró al vampiro, luego, volvió a Micah.

—¿Cómo puedes dejar que haga esto?

—Me gustaría alimentarle yo mismo si eso le ayudase —dijo Micah. Richard abrió los ojos y la expresión de su cara estaba sin comprender.

—No lo entiendo.

Micah se limitó a mirarlo por un momento, entonces me miró, y había algo en sus ojos que decía que entendía algo de lo que todo esto me había costado, nos había costado tanto, a todos nosotros.

Richard me había soltado el brazo ahora. De hecho había dado un paso atrás de mí, como si no quisiera estar tan cerca. Actuaba como si hubiera hecho algo sucio. Si supiera. O tal vez el sexo no le molestaba en absoluto, tal vez se trataba de alimentar por él. Mi moral simplemente ya no estaba limitada tan finamente. Suspiré y me dirigí a Jean-Claude.

—Desde que te alejaste de la alimentación de Asher, puede ser capaz de alimentarse de ti a través de mí. —Jean-Claude asintió con la cabeza.

—Tal vez.

—Si me tocas, mientras toco a Asher, y los escudos caen, podemos intentarlo. Entre los dos creo que lo podemos devolver a un lugar donde se alimente de sangre para que le devuelva al estado normal.

—Estoy dispuesto a intentarlo —dijo. Luché contra la tentación de mirar a Richard.

—Sé lo que eres. —Me alejé de los dos hacia Asher. Quería alimentar a Asher para devolverle la salud, pero la verdad, había tenido suficiente acerca de todos los hombres en mi vida por una noche.



CINCUENTA Y UNO

Jean-Claude y yo nos arrodillamos junto a Asher. Había ganado suficiente energía para sonreír levemente. La sonrisa era un espejismo de lo que había sido, pero estaba tan aliviada al verlo que también sonreí.

Agarré la mano de Jean-Claude con la mano izquierda, y puse mi derecha en la mejilla de Asher. En el momento que le toqué, fue la cosa más hermosa que jamás había sentido. No importaba nada más, solo tocarlo. Solo estar con él. No importaba nada más, sólo Asher. Era como si el mundo se hubiera reducido a sus ojos, a su cuerpo como si el sol girase a su alrededor.

En una parte remota de mi cerebro me di cuenta de que Asher no había estado usando los poderes de vampiro conmigo. Y que todo lo que había sentido había sido real. Pero lo que irreal era que nunca por nadie había sentido esto, porque no era amor, ni siquiera lujuria, era obsesión. Tenía la certeza de que si no le tocaba me moría. A pesar de que creía que me

negaba a que fuera cierto, era cierto. Que Dios me ayudase, era cierto.

Luché para soltar la mano izquierda, pero algo la sostenía por lo que no podía tocar a Asher con ambas manos. Necesitaba tocarlo con las dos manos. Acerqué mi cuerpo a Asher y lo acaricié con mis manos. Sus manos agarraron mi rostro, y una parte de mí sabía que se sentía como un trapo viejo. Por primera vez, no lucharía con los trucos de vampiros. Vi fluir el poder de Asher, lo que antes era un horror ahora sería algo hermoso y erótico.

Me abrí al poder de Asher dejé que me inundara como un arroyo, que estaba retenido, que fluía como una inundación. Era como una tierra seca que llevaba tiempo sin agua. Su poder me envolvió, me sentí como si fuera arrollada por mil olas, arrastrándome a la arena y luego sosteniéndome en el fondo del océano. Y en ese momento comprendí que no me hubiera importado ahogarme.

Me desperté, con su cuerpo oprimiéndome en el duro suelo de piedra. Estaba mirando el movimiento de su cabello, las luces brillaban a través de él como un velo de oro. Pasé los dedos acariciándolo, era tan suave. Parte de su mejilla tenía cicatrices, las toqué, era un roce tan familiar para mí, giró su cara en mi brazo y suspiré aliviada.

Era perfecto desde la frente a la línea de su mejilla. Sus ojos cuando miraron eran como helados zafiros y un toque entre perlas y oro.

Me reí cuando lo vi, solté una carcajada. Él puso su mano en mi cara y le besé la palma. El peso de su cuerpo contra el mío era uno de los mejores sentimientos que jamás había tenido, porque era la prueba de que estaba de vuelta, que estaba bien, y que estaba aquí.

Él estaba medio sentado de espaldas a la pared sujetándome sobre su regazo. Se giró, conmigo en brazos, para mirar al otro lado de la habitación, a Belle Morte. No tenía que ver la expresión de su rostro para saber que algo no estaba bien.

—Impresionante, ¿no te parece? —dijo Jean-Claude.

—No, no lo haría. Sólo se puede obtener energía cuando se bebe sangre, y no manipular la mente. Lo sabes tan bien como yo, Jean-Claude, que no se puede permitir que Asher manipule la mente de cada víctima. Sería un desfile de locos de amor siguiéndote por todas partes.

Me molestaba la parte de locos de amor, pero pasé. Estábamos teniendo suerte esta noche. Nunca discutas cuando estás teniendo suerte.

—Sea como sea, Belle, Asher está recuperado. No os necesitamos más,

debéis abandonar nuestro territorio antes de mañana por la noche.

—¿Los matarías? —preguntó ella—. Mi venganza sería terrible.

—No, Belle, por ley del Consejo no se puede castigar a otro *sourdre de sang* como si fuera un vampiro de su línea. Su odio sería terrible, por lo que la venganza tendrá que esperar.

—No, si la cabeza del Consejo está de acuerdo con mi venganza —dijo.

—La he tocado, Belle, ella no se preocupa por tu venganza. Ella ni siquiera se preocupa por ti, o por mí o por parte del mundo —dije.

—La madre ha estado ausente mucho tiempo, Anita, cuando termine su ausencia, ella puede retirarse del consejo.

Me reí, pero no de alegría.

—¡Retiro! Los vampiros no se retiran. Ellos mueren, pero nunca se retiran.

No era algo que vi en su rostro, era más bien un peso sobre los hombros, un movimiento en un brazo. No sé lo que me hizo verlo. El poder de Asher, o algo más. Pero lo vi, y tuve una idea terrible.

—Tu plan es matar a la Primera Oscuridad y hacerte con la dirección del Consejo.

Su rostro estaba totalmente blanco, cuando dijo:

—No seas absurda. No se ataca a la Madre más Querida.

—Sí, lo sé, y hay una razón muy buena para eso. Ella te mataría, Belle, se abalanzaría sobre ti y destruiría todo lo que eres.

Ella intento evitar la arrogancia de su cara. Supongo que si has vivido más tiempo que Cristo lleva muerto, no puedes dejar de ser arrogante.

—Si se declara la guerra, Belle, nadie va a acudir en tu ayuda, como *sourdre de sang* legítimo, ni yo ni ningún miembro de mi pueblo, no encontrarás ayuda aquí —dijo Jean-Claude.

—¿Ayuda de dos pequeños mancebos? He encontrado a otros hombres para llevar a cabo el plan.

Se giró con un movimiento de la falda de Musette.

—Vamos, queridos, habrá que poner pies en polvorosa.

—Un momento, mi señora.

Era Valentina.

Ella hizo una reverencia con su vestido blanco con los toques de color del oro.

—Bartolomé y yo tenemos nuestro honor mancillado por el trato de Musette.

—¿Qué más da querida?

Valentina se quedó en la misma postura inclinada, como si hubiera tenido esa posición siempre.

—Le rogamos su indulgencia para quedarnos y arreglarlo de la mejor forma posible.

—No —dijo Belle.

Valentina levantó la mirada hacia la mujer.

—Ellos fueron maltratados y nosotros hemos cometido un error. Pido permiso para quedarme y remediarlo.

—Bartolomé —dijo Belle.

Bartolomé se adelantó y se arrodilló, con la cabeza gacha.

—Sí, señora.

—¿Es eso lo que deseas?

—No, señora, pero el honor exige corregir este error.

Entonces alzó la vista, había algo en su cara que recordaba al niño que fue.

—Ellos se han convertido en hombres, pero las cicatrices dejadas de niño fueron profundas. Valentina y yo las hemos hecho más profunda. Lo lamento, y lo sabes, por encima de todo lo demás.

Esperaba que Belle les dijera que no, que tenía que reunir a su pueblo y marcharse, pero no lo hizo.

Ella dijo:

—Quédate hasta que el honor se satisfaga, y luego debes reunirte con nosotros.

Miró a Jean-Claude.

—¿Estás de acuerdo? —Jean-Claude asintió.

—Hasta que el honor se satisfaga.

No estaba de acuerdo, pero observando algo en el rostro de Belle, algo en la cara de Jean-Claude, y algo en la rigidez del cuerpo de Asher, me hicieron entender que probablemente estaban ocurriendo cosas que no sabía.

—Los lobos serían tan amables de acompañar a nuestros huéspedes a sus habitaciones para que hagan sus maletas, y luego al aeropuerto.

Richard parecía salir de su ensueño, casi como si hubiera estado bajo un hechizo. No sabía cuál. Me vio en el regazo de Asher, con Micah apoyado en la pared junto a nosotros. Nathaniel se acercó a nosotros, y yo levanté la mano, lo deje reposar su cabeza y sus hombros en mi regazo.

—Vamos a acompañarlos —dijo, pero su voz sonaba vacía. Abrió la boca como si fuera a decir algo más, entonces se giró, y sus lobos se trasladaron con él. Reunieron a la gente de Belle y comenzó la escolta de regreso a las habitaciones principales.

Belle miró hacia atrás a Valentina y a Bartolomé con sus ropas brillantes blanco y oro. Esa mirada atrás fue un mundo. No estaba segura, pero creo que Belle Morte se sentía culpable no sólo por Valentina, sino también por Bartolomé, sobre todo por él.

Valentina había entendido porque un vampiro de la posición de Belle había hecho lo indecible. Bartolomé cuando era un niño había sido simplemente un buen negocio. No sabía que Belle Morte perdió el sueño por un buen negocio. Lo había condenado a la eternidad en el cuerpo de un niño. El cuerpo de un niño con el apetito de un hombre. Belle les permitió quedarse, aunque la excusa era débil. Belle les permitió quedarse porque la culpa es una motivación maravillosa, incluso entre los muertos.



CINCUENTA Y DOS

Me desperté en la oscuridad con el peso reconfortante de varios cuerpos a mí alrededor. Sabía por la calidad de la oscuridad y la tenue luz del cercano cuarto de baño que estaba en la cama de Jean-Claude. Me acordé que Jean-Claude nos dejó la cama porque estaba cerca el amanecer, y creo que ninguno de nosotros quería una repetición de la mañana del día anterior. Extrañamente, lo que había sucedido con Asher parecía haber saciado mi propio *ardeur*. O tal vez estaba demasiado cansada, eso significaba que estaba ganando más control, pero había dejado de tratar de cuestionar a posteriori el *ardeur*, desgraciadamente me equivocaba con demasiada frecuencia.

En realidad no había suficiente luz para ver con claridad, pero el cosquilleo de rizos a lo largo de mi mejilla, me hizo saber que era la cara de Micah presionando en el hueco de mi cuello, su brazo lo sentía pesado y caliente a través de la parte superior de mi estómago, su pierna entrelazada

con mi muslo. Había otro brazo sobre mis caderas, una segunda cara presionada a mi lado, un segundo cuerpo en un ovillo apretado contra mí. Realmente no necesitaba tocar la parte superior de la cabeza de Nathaniel para saber que era él.

La raya de luz del cuarto de baño mostraba la palidez de un brazo esbelto tirado descuidadamente a través de una pierna extendida de Micah. El brazo era todo lo que se veía fuera de las mantas. Conocía el brazo, y sabía que en algún lugar bajo todas las mantas que habían robado estaba Zane, y el resto de Cherry. No me importa dormir en grandes montones cálidos, pero me importa compartir una cama grande con esos indignantes acaparadores de mantas. Cherry no era mala por sí misma, pero era dejarla con Zane y tenías que luchar por cada centímetro de las mantas, lo cual no era tranquilo a no ser que te dieras por vencida. Me había dado cuenta de que dada vez que dormía en la cama de Jean-Claude me era especialmente difícil seguir con mi sueño.

No estaba segura de lo que me había despertado, pero sabía que los hombres leopardos tenían mejor vista y mejor sentido del olfato que yo. Si no los había alertado a ellos, probablemente había sido un mal sueño.

Entonces lo escuché, muy, muy débil. Era mi teléfono, que sonaba como si llamara desde el fondo de un profundo pozo. Traté de incorporarme, y no pude. Estaba atrapada entre los dos hombres.

Hubo un gemido, y el brazo delgado a través de la pierna de Micah desapareció bajo la masa oscura de la sábana. Un momento después se oyó un ruido de desplazamiento, un golpe, una maldición, y el sonido de ropa que se apartaba. La voz de Cherry estaba aturdida cuando dijo:

—Sí. No, no soy Anita, un minuto.

Con la otra mano empujó la masa oscura de la sábana a los pies de la cama. La voz de Zane.

—¡Qué!

—Teléfono —gimió.

Su mano agarró el teléfono, y antes de que pudiera decir nada, dijo:

—Hola. —Zane se quedó callado durante un segundo, entonces—. Espera un minuto, ella está aquí, espera. —Una mano pálida más masculina apareció de la maraña de sábanas y pasó el teléfono vagamente en mi dirección, pero todavía estaba atrapada. El teléfono colgaba fuera de mi alcance.

Finalmente tuve que apartar el brazo de Micah de mí, y traté de

incorporarme.

—Micah, muévete, tengo que llegar al teléfono.

Hizo un pequeño sonido inarticulado y rodó lejos de mí, dándome una larga visión de la línea de su espalda. Nathaniel tomó el teléfono de la mano de Zane, antes de que pudiera cogerlo.

Su voz era la más despierta:

—¿De parte de quién?

Finalmente estaba sentada.

—Dame el teléfono —dije.

Nathaniel me entregó el teléfono con un:

—Es Zerbrowski.

Bajé la cabeza por un segundo, suspiré, y me puse el teléfono en la oreja.

—Sí, Zerbrowski, ¿Qué pasa?

—¿Cuántas personas tienes en la cama contigo, Blake?

—No es de tu incumbencia.

—Uno de ellos sonaba como una chica. No sabía que oscilabas de esa forma.

Apreté el botón en el reloj, para poder ver la hora a la luz del dial.

—Zerbrowski, hemos tenido cerca de dos horas de sueño. Si sólo llamas para comprobar mi vida sexual, me vuelvo a dormir.

—No, no, lo siento. Sólo… —se rió suavemente—, sólo me tomó desprevenido. Voy a tratar de mantener las bromas aparte, pero joder, no sueles darme tanta munición. No me culpes por distraerme.

—¿He mencionado las dos horas de sueño?

—Lo hiciste —dijo, sonando deprimentemente despierto. Apostaba a que había tomado café.

—Estoy contando hasta tres, si no has dicho algo interesante en el momento en que termine, voy a colgar, y apagaré mi teléfono celular.

—Tenemos una escena fresca de asesinato.

Me escabullí hasta que mi espalda estuvo contra la cabecera.

—Estoy escuchando. —Micah se quedó acurrucado en su costado, de espaldas a mí, pero Nathaniel se acurrucó cerca por lo que aún estaba ajustado a mí alrededor. Cherry y Zane estaban inmóviles bajo el montón de sábanas. Creo que se habían vuelto a dormir.

—Es el violador cambiaformas de nuevo. —El humor se escapaba fuera de su voz, y parecía cansado. Me preguntaba cuánto sueño había tenido la

noche anterior.

Yo estaba despierta, con el pulso rápido en mi garganta.

—¿Cuándo?

—Fue encontrada poco después del amanecer. No hemos estado aquí mucho tiempo.

—Estaré allí a pesar de todo, ¿pero Dolph va a estar allí?

—No —dijo Zerbrowski—, él está de permiso. —Bajó la voz—. El jefazo le dijo que se tomara un permiso voluntario con gastos pagados, o permiso forzado sin pago.

—Está bien, ¿dónde estás?

—En Chesterfield de nuevo.

—Se queda en una zona geográfica muy pequeña —dije.

—Sí —dijo Zerbrowski, y esa única palabra tenía demasiado cansancio.

Estuve a punto de preguntarle cómo lo estaba llevando, pero eso está en contra del código de los muchachos. Se supone que tienes que fingir que no notas nada malo. Finges, y desaparece. A veces, porque soy una chica, voy y rompo el código de los muchachos, pero hoy lo deje pasar. Zerbrowski tenía un largo día por delante, y era el hombre al mando. No podía permitirse el lujo de mirar sus sentimientos en este momento. Era más importante que se mantuviera entero que entender lo que estaba sintiendo.

Zerbrowski comenzó a dar instrucciones, y tuve que decirle que esperara hasta que tuviera pluma y papel. No había pluma y papel en ningún lugar de la habitación. Finalmente estuve reducida a escribir las instrucciones con lápiz labial en el espejo del baño. Zerbrowski se reía como un imbécil en el momento en que encontré la barra de labios y empecé a escribir en el espejo.

Jadeó un poco, y finalmente alcanzó a decir:

—Gracias, Blake, lo necesitaba.

—Me alegro que pudiera alegrar tu día. —Me arrastre lentamente de vuelta sobre la cama.

Pensé en lo que Jason había dicho acerca de que un hombre lobo pudiera seguir el rastro del aroma. Le comenté la idea a Zerbrowski.

Estuvo en silencio absoluto durante un minuto.

—No hay manera de que pueda conseguir a alguien para que acepte dejar a otro cambiaformas cerca de esta escena.

—Tú eres el hombre al mando —dije.

—No, Anita, si traes a otro cambiaformas por aquí, va a terminar

siendo interrogado justo como pasó con Schuyler. No lo hagas. Todo esto se va a convertir en una caza de brujas muy pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que empezaran a traer a todos la cambiaformas conocidos para interrogarlos.

—La ACLU va a levantarse en armas —dije.

—Sí, pero no hasta que hayan tomado unas cuantas personas más, y las hallan interrogado.

—No es uno de los licántropos locales, Zerbrowski.

—No puedo decirle a mis Jefes que nuestro criminal no huele como la manada local de hombres lobos, Anita, dirán que, por supuesto, los lobos locales dirían eso, no quieren ser culpados por esta mierda.

—Yo creo en Jason.

—Quizás yo le crea, también, tal vez no, pero no importa, Anita, realmente no importa. La gente está cogiendo miedo, hay un proyecto de ley en forma urgente en el senado del estado en este momento para declarar las leyes Varmint legales de nuevo en Missouri.

—Las leyes Varmint, Jesús, Zerbrowski, no supongas, ¿cómo las que en algunos de los estados occidentales aún tienen en los libros?

—Sí, matar primero, y luego, si una prueba de sangre demuestra que es un licántropo, es defensa propia, no asesinato, y no hay juicio.

—Nunca podrá ingresar en la ley —dije, y estaba casi segura cuando lo dije.

—Probablemente no en este momento, pero Anita, si tenemos algunas mujeres más descuartizadas como estas, no lo sé.

—Me gustaría decir que la gente no es estúpida —dije.

—Pero tú los conoces mejor —dijo.

—Sí.

Suspiró.

—Hay algo más. —Parecía muy infeliz.

Me senté un poco más erguida contra la cabecera, lo que obligó a Nathaniel a abrazarme de nuevo.

—Hablas como si estuvieras a punto de darme noticias realmente malas, Zerbrowski.

—Simplemente no quiero tener que luchar contigo, con Dolph y el jefazo todos al mismo tiempo.

—¿Qué pasa, Zerbrowski? ¿Por qué voy a estar muy enojada contigo?

—Recuerda, Anita, Dolph aún estaba a cargo hasta ahora.

—Solo dímelo. —Mi estómago estaba extrañamente apretado como si estuviera temiendo lo que diría.

—Hubo un mensaje en la primera escena de la violación.

—No vi ningún mensaje.

—Fue por la puerta de atrás, Dolph nunca te dio la oportunidad de verlo. No lo supe hasta más tarde.

—¿Cuál era el mensaje, Zerbrowski? —Un montón de pensamientos pasaron por mi cabeza. ¿Fue un mensaje para mí, sobre mí?

—El primer mensaje decía: «Nosotros clavamos a éste, también».

Me tomó unos segundos pillarlo, o pensar que lo tenía. El primer asesinato, el hombre clavado en la pared de su salón. No había nada en la muerte para conectarlo con los asesinatos del cambiaformas. Excepto tal vez por un extraño mensaje.

—Estás pensando en el primer hombre de Wildwood —dije—. El mensaje puede significar cualquier cosa, Zerbrowski.

—Es lo que pensamos hasta la segunda violación, el mismo Dolph no nos dejó llamarte.

—Hubo otro mensaje —dije, con voz suave.

—«Clavamos a otro» —dijo.

—Todavía podría ser una coincidencia, *clavado* es un eufemismo para el sexo.

—El mensaje de hoy era: «No había quedado lo suficiente para crucificar».

—El maníaco que está masacrando a estas mujeres no es lo suficientemente metódico, u ordenado, por ese primer asesinato.

—Ya lo sé —dijo—. Pero no dimos a conocer que los clavaron y ni el hecho de que nuestra primera víctima fue crucificada. Nadie más que el asesino lo sabía.

—Uno de los asesinos —dije—. La muerte del hombre fue un esfuerzo de grupo. —Pensé en algo—. ¿Hay más de un tipo de esperma en las escenas?

—No.

—Entonces qué, el violador quiere que sepamos que los crímenes están conectados, ¿por qué?

—¿Por qué cualquiera de estos bichos locos quieren que nosotros sepamos algo? Eso los divierte, Anita.

—¿Qué antecedentes desenterraste sobre la primera víctima?

—Era un ex-militar.

—No consigues esa casa y la piscina cubierta con los beneficios de un militar retirado.

—Era importador. Viajaba alrededor del mundo y traía cosas de sus viajes.

—¿Drogas?

—No que pudiéramos encontrar.

Tuve otra idea, un record después de sólo dos horas de sueño.

—Nómbrame los países que frecuentaba.

—¿Por qué? —preguntó.

Le conté lo que había escuchado de fuentes oficiosas acerca de Heinrick.

—Si el hombre muerto frecuentaba los mismos países, podría significar algo.

—Una pista —dijo Zerbrowski—. Una pista real y candente, no creo que sepa qué hacer con una.

—Hay muchas pistas, simplemente no están ayudando.

—Te has dado cuenta de eso, también —dijo.

—Si Heinrick conocía al hombre muerto, todavía no sé lo que significa.

—Yo tampoco. Solo trata de llegar tan pronto como sea posible. Y no traigas ningún cambiaformas, contigo.

—Entiendo —dije.

—Espero que sí. —Habló desde lejos del teléfono durante un segundo —: Estaré allí. —Luego se dirigió directamente a mí—. Date prisa —dijo, y colgó. Creo que Dolph nos había enseñado a todos a no decir adiós.



CINCUENTA Y TRES

Esperaba que la escena fuera mala, porque la última había sido así. Pero no esperaba esto. Quien fuera nuestro asesino violador se había trasladado al cuarto de baño para matar al segundo, o teníamos un asesino nuevo. Había olido el olor de hamburguesas al mismo tiempo que caminaba por la casa. Zerbrowski me había dado calzas de plástico para poner sobre mis Nike, y me entregó la caja de guantes. Había dicho que el piso estaba sucio. Nunca había pensado en Zerbrowski como un maestro de la discreción.

La habitación era roja. Roja, como si alguien hubiera pintado todas las paredes de color carmesí, pero no era un trabajo, ni siquiera de pintura. No había sólo rojo o carmesí, sino escarlata, también, rubí, rojo ladrillo, donde había empezado a secarse, un color tan oscuro que era casi negro, rojo como un granate oscuro. Traté de mantenerme fría e intelectual, y mirar todos los tonos de rojo, hasta que vi un trozo de algo largo y delgado y carnoso que se había pegado a la pared con la sangre, como un trozo de

despojo dejado de lado por un carnicero descuidado.

La habitación estaba caliente de repente, y tuve que apartar la mirada de las paredes, pero el suelo era peor. El piso era de azulejo, y no absorbía el líquido. Estaba cubierto de sangre, lo suficientemente profunda que estaba toda líquida y brillante en casi todo el piso. El espacio era pequeño, es cierto, pero todavía había una gran cantidad de sangre para una habitación.

Estaba abrazando el marco de la puerta que conducía a la habitación. Mis pies en las calzas todavía estaban en el azulejo relativamente limpio de la zona donde las heces se quedaban, un pequeño cuarto, con un área de tocador, con doble lavabo más allá. El dormitorio principal estaba incluso más allá de eso, pero la cama estaba hecha con cuidado, sin tocar.

Había un pequeño borde de mármol que contenía un lago poco profundo de sangre dentro del cuarto final. Una pequeña cornisa de piedra para mantener el resto de las habitaciones limpias. Estaba agradecida por esa pequeña concesión.

Miré los muros de nuevo. Había una de tres personas, en el fondo de la ducha en un rincón. Las puertas de cristal estaban salpicadas de sangre, se había secado como una dulce agradable concha roja. La mampara de la ducha no estaba tan manchada como las otras paredes. No estaba segura de por qué todavía.

El resto del espacio en la habitación estaba ocupado por una bañera. No era tan grande como la de Jean-Claude, pero era casi tan grande como la que tenía en mi casa. Me gustaba mi bañera, pero sabía que iban a pasar días antes de que fuera capaz de volver a usarla. Esta escena sería la ruina de un placer especial por un tiempo.

La bañera estaba llena de sangre pálida. La sangre del color oscuro de las rosas rojas que se dejan mucho tiempo al sol, y perdían un tono al color de rosa que no parecía muy rosa, pero siempre como si se hubiera destinado a ser un color más oscuro. El agua sanguinolenta rosa llenaba la bañera casi hasta el borde, como si fuera una taza llena con ponche. Mal pensamiento. Mal pensamiento.

Pensar en la comida o bebida de cualquier tipo es algo malo en este momento, algo realmente malo. Tuve que apartar la mirada, mirar de nuevo en las habitaciones más pequeñas, echar un vistazo a la cama y a la policía reunida en la sala de estar. Ninguno de ellos se había ofrecido para acompañarme en este viaje de reconocimiento. No puedo culparlos, pero de repente me sentí aislada. Estaba sólo a tres pequeñas habitaciones de

distancia, pero se sentía como si se tratara de un millar de kilómetros. Como si gritase en este momento, y nadie me escuchara.

Había utilizado el marco de la puerta más lejana para llegar a la zona del espejo. Me apoyé en el lavabo de azulejos y abrí el grifo dejando correr agua fría sobre mi mano. Cuando estaba lo suficientemente fría salpiqué con ella mi cara. No había toallas de mano, probablemente habían sido empaquetadas y enviadas al laboratorio, donde se comprobaría el cabello y la fibra y esas cosas. Me saqué la camiseta de mis jeans y me limpié la cara. Salí con algunas manchas oscuras. Los restos de maquillaje de la noche anterior. Miré en el espejo, mirando las luces brillantes en el techo. Había manchas oscuras de rímel y delineador de ojos. Realmente no era resistente al agua. Es más, con el agua dura, pero no es a prueba de ella. Había utilizado el dobladillo de la camiseta para quitarme las marcas de negro, y tuve la mayor parte de ellas en la misma. También terminé con las cosas negras sobre la camisa, pero no me importa si Zerbrowski me miraba desde la puerta.

—¿Cómo te va?

Asentí, porque no me atreví a hablar.

Sonrió de pronto, y si me había sentido mejor me hubiera temido su siguiente comentario, pero hoy estaba demasiado insensible. No importaba. Nada importaba. Porque por nada del mundo hubiera regresado a esa habitación, y tenía que entrar en esa habitación. Así que nada importaba. Estaba vacía y tranquila, no había nada.

—¿Quién era la chica de esta mañana? Tenéis un grupo en marcha. Algunas personas creen que es tu mejor amiga Ronnie Sims. Personalmente, no lo creo, ella todavía está buena para ese profesor U. Wash. Estoy apostando que es un ser leopardo que siempre está en tu casa. ¿Quién es?

Creo que sólo parpadeé.

Él frunció el ceño y luego entró en la habitación pequeña.

—Anita, ¿estás bien?

Sacudí la cabeza.

—No, no estoy bien.

Su cara era toda preocupación, y se acercó bastante, casi me tomó del brazo, y luego se detuvo.

—¿Qué pasa?

Me quedé apoyada en el lavabo, pero señalé hacia atrás con una mano,

sin mirar dónde estaba señalando, sin querer mirar.

Miró hacia atrás donde estaba señalando, luego, giré los ojos, muy rápidamente, de vuelta a mí.

—¿Y qué?

Me miró.

Se encogió de hombros.

—Sí, es malo. Has visto cosas malas antes.

Bajé la cabeza por lo que estaba mirando el grifo de oro.

—Me tomé un mes de descanso, Zerbrowski. Pensé que necesitaba unas vacaciones, y lo hice, pero tal vez un mes no era suficiente.

—¿Qué estás diciendo?

Miré en el espejo, y mi cara estaba pálida, casi fantasmal, mis ojos se veían como agujeros negros en mi cara, el resto del delineador de ojos hacía mis ojos más grandes, más convincentes, más perdidos de lo que deberían haber estado. Lo que quería decir es que no sabía si quería seguir con esto, pero lo que dije en voz alta, fue:

—Pensé que la escena del dormitorio era mala, pero esto es peor.

Él asintió con la cabeza.

Comencé a tomar una respiración profunda, pero recordé al mismo tiempo el olor, y tomé una respiración superficial, que no era tan suave para mi psique, pero mejor para mi estómago.

—Estaré bien.

No discutió conmigo, porque Zerbrowski me trataba con las normas de los chicos la mayoría de las veces. Si un hombre dice que va a estar bien, solo le tomas la palabra, incluso si no lo crees. La única excepción es cuando hay vidas en juego, entonces el código masculino se puede romper, pero el hombre que lo rompió probablemente nunca lo perdonará.

Me incorporé, con las manos aun agarrando al lavabo. Parpadeé en el espejo un par de veces, y luego volví a la sala. Podía hacer esto. Tenía que hacer esto. Tenía que ser capaz de ver lo que estaba allí, y pensar lógicamente. Era una cosa horrible pedirme eso a mí misma. Por fin lo había reconocido. Reconocí que ver las cosas como lo que estaba en la habitación de al lado era de lo más aburrido. Lo reconocí y salí adelante.

Estaba en la puerta del baño. Zerbrowski había venido conmigo, sin embargo, estaba de pie justo detrás de mí. En realidad no había espacio para pararse en la puerta, en conjunto, no cómodamente.

Miré a la sala, a las paredes con su revestimiento de sangre y restos.

—¿Cuántas personas fueron asesinadas?

—¿Por qué? —preguntó.

—No seas tímido, Zerbrowski, no tengo paciencia hoy.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, y esta vez había una nota de actitud defensiva en su voz.

Miré hacia él.

—¿Cuál es tu problema?

No señaló a la carnicería. De hecho, por un segundo o dos, pensé que iba a decirme que me metiera en mis propios asuntos, pero no lo hizo.

—Si Dolph decía por qué, terminabas por responderle, sin discutir con él.

Suspiré.

—¿Los zapatos de Dolph son difíciles de llenar? —pregunté.

—No, pero estoy repitiéndome a mí mismo que nadie hace que Dolph malditamente repita las cosas.

Me miró y puse una sonrisa imbécil en mi cara.

—Bueno, en realidad, hago que Dolph se repita, también.

Él sonrió.

—Bueno, bueno, quizás sí, pero eres un dolor de mierda en el culo, Anita.

—Es un talento —dije.

Nos quedamos en la puerta y les sonrió a los demás. Nada había cambiado en esa pequeña cámara de horror. No había menos sangre, o una pulgada de menos restos sangrientos pegados a las paredes, pero me sentí mejor.

—Ahora —dije, sin dejar de sonreír—, ¿Cuántas personas murieron en el baño?

Su sonrisa se deslizó en una sonrisa plena.

—¿Por qué lo preguntas?

—Eres un cabrón —dije.

Movió las cejas por encima de la montura de las gafas.

—No es lo que dice mi mamá, aunque no eres la primera en especular.

Medio me reí y sabía que había perdido.

—Porque, Zerbrowski, sólo hay dos paredes manchadas en el cuarto, ambas están tan gruesas y pesadas con la sangre de los cuerpos que son como dos remates, uno en una pared, y otro en otra.

—¿Qué hay de la bañera? —preguntó.

—El agua está clara. Nunca he visto a nadie desangrado en una bañera, así que no sé si el agua está pálida, o si sería más oscura. Pero mi instinto me dice que no hubo sangrado en la bañera. Pueden haber sido asesinados en la bañera, pero la mayoría de la sangre está en el suelo y en las paredes.

—¿Estás segura de eso?

—No, como dije, nunca he visto a nadie que se desangrara en la bañera antes, pero también estoy preguntando por qué la bañera está tan llena, casi hasta el borde. No se puede llenar la mayoría de las bañeras hasta el borde, sino que… tiene ese pequeño hueco que deja que no se desborde. Esta está tan repleta que ni siquiera podríamos entrar en ella sin tirar el agua por todo el suelo.

Vio mi cara mientras hablaba, entonces, su mirada se deslizó a mirar a la otra habitación, y luego a la sección de limpieza del suelo en la que estábamos de pie.

—Estoy en lo cierto acerca de al menos dos personas muertas, ¿no?

Él tenía el control de su expresión ahora, y mi mirada.

—Tal vez.

Suspiré, pero era más que frustración.

—Mira, he trabajado con Dolph durante años, y me gusta. Respeto sus métodos de trabajo, pero maldita sea, Zerbrowski, no tienes que jugar tan cerca del pecho, como lo hace él. Siempre he odiado jugar a las veinte preguntas de mierda. Vamos a intentar algo nuevo y diferente. Hazme las preguntas, te responderé.

Casi sonrió.

—Tal vez.

Luché con las ganas de gritar. Hablé con mucha calma, muy tranquila.

—Al menos dos personas murieron, sacrificados en las paredes. —Me obligué a volver atrás y mirar a las dos paredes de nuevo. Ahora que había otro ser humano con quien hablar, y me hizo estar un poco enojada, se me ocurrió algo nuevo. Las paredes no estaban literalmente pintadas con sangre. Había lugares donde el azulejo se veía a través de ella, pero los azulejos eran de un color marrón claro, por lo que al principio parecía peor de lo que era, y Dios lo sabía, ya era bastante malo.

Me volví hacia Zerbrowski.

—Está bien, a cada uno lo mataron contra una pared. O al menos los rajaron, o lo que sea, uno contra el muro. —Miré a la bañera de nuevo—. ¿Hay pedazos de algún cuerpo en la bañera?

—Dolph te haría pasar a ver los peces.

Me miró fijamente.

—Tal vez, probablemente. Pero tú no eres Dolph, y no estoy en ese estado de ánimo.

—Dejamos las partes especiales para ti, Anita. No es broma. —Levantó sus manos—. Eres nuestro experto en monstruos, y si esto no es un monstruo, no sé qué es.

Me tenía allí.

—Es un monstruo, Zerbrowski, pero es un monstruo humano, ¿o algo más? Esa es la pregunta de los sesenta y cuatro mil millones de dólares.

—Pensé que era de sesenta y cuatro mil dólares —dijo.

—La inflación —dije—. ¿Al menos tienes guantes largos, o algo así?

—No obtendrás guantes largos de mí —dijo.

—Te odio tanto —dije.

—No eres la primera en decir eso hoy en día —dijo, y parecía cansado otra vez.

—Voy hacer un reguero de sangre por todo el infierno y vuelta.

Se agachó debajo del lavabo y recuperó una bolsa de basura.

—Pon las calzas aquí antes de salir de la habitación.

—¿Qué puedo aprender, posiblemente, con la pesca en torno a este lío?

—Probablemente ni una maldita cosa —dijo.

Sacudí la cabeza.

—Entonces, ¿por qué debería hacerlo?

—Debido a que cuidé el escenario para ti. No arrastré esa bañera, maldita sea, sólo en caso de que pudiéramos echar a perder algún trozo arcano de mierda del monstruo, te habrías dado cuenta, y nos la habrías tirado.

—Arcano —dije—, ¿Katie te ha estado leyendo los viejos libros de mayores de nuevo?

Él sonrió.

—Cuanto más rápido lo hagas, más pronto nos podremos largar de aquí.

—No estoy posponiéndolo —dije, como sabía que estaba haciendo.

—Sí, así eres tú, y no te culpo.

Miré a la habitación de al lado, y luego a Zerbrowski.

—Si no encuentro ningún indicio muy ingenioso, te voy a patear el culo.

Él sonrió.

—Sólo si me puedes alcanzar.

Sacudí la cabeza, tomé una respiración superficial, y pasé por encima de esa parte del umbral.



CINCUENTA Y CUATRO

La sangre se cerró en torno a las calzas de plástico, no muy por debajo de la parte superior de las mismas, casi giraba mi zapato, pero estuvo cerca. Incluso a través del plástico, a través de mi zapato, podía sentir que la sangre estaba fresca. No estaba fría, sino fresca. No estaba segura de sí era mi imaginación o no. No creo que debiera haber sido capaz de sentir la sangre a través de las calzas y el zapato. Pero sentí que podía. A veces mi imaginación no es un activo en la escena del crimen.

Pasé mi pie hacia adelante, una mano aún en el marco de la puerta. No estaba segura de que las calzas de plástico no fueran resbaladizas en este líquido en un suelo de baldosas, pero lo quería saber de la manera difícil. Hay dos cosas que no quería hacer en esta sala. Una de ellas, caerme sobre mi culo en el charco de sangre, dos, poner la mano en la bañera. Tenía que hacer lo segundo, pero que me aspen si hago lo primero.

Levanté mis pies hacia adelante, poco a poco, cautelosamente, y

mantuve mis dedos en el marco de la puerta el mayor tiempo posible. En realidad, la habitación no era tan grande, y no era tan grande la distancia entre la puerta y la bañera. Puse un apretón de muerte en el borde de la bañera con mi guante, y cuando tuve mis dos pies plantados tan firmemente como podía conseguir, mire el agua.

Era como una especie de sopa de color rojo. Sabía que era en su mayor parte agua, pero el color… No dejaba de pensar en las copas que se utilizan para teñir los huevos de Pascua. Parecía un tazón grande para teñir huevos de Pascua, y como a veces sucede si no consigues la mezcla correcta, no era exactamente rojo o rosa, sino ambos. Me concentré en la idea de los huevos de Pascua, el olor del vinagre, y tiempos mejores que éste.

El agua parecía un remolino, más pesado de lo que era. Probablemente, una ilusión, pero de repente tuve esa imagen de algo que flotaba justo debajo de la superficie. Algo que saltaría y trataría de agarrarme. Sabía que no era cierto. Sabía que eso pasaba sólo en las películas de terror, pero mi pulso estaba en mi garganta, mi corazón latía con fuerza.

Miré hacia Zerbrowski.

—¿No tienes a ningún novato para hacer esto?

—¿Cómo crees que recogimos los primeros trozos? —preguntó.

—Eso explicaría el uniformado que estaba echando las tripas en los arbustos cuando llegué.

—Es su primera semana en el trabajo.

—Eres un cabrón.

—Tal vez, pero nadie quería poner su mano ahí. Cuando hayas terminado de mirar, los técnicos van a extraer el agua y el filtro para las pruebas. Pero puedes mirar en primer lugar. Dime que esto no era un licántropo, Anita, dímelo, y se lo diré a los medios de comunicación. Eso va a acallar la caza de brujas.

—Pero no la histeria, Zerbrowski. Si se trata de un asesino en segundo lugar, entonces tenemos dos de los peores psicópatas que he visto en Saint Louis. Me encantaría probar que no es un cambiaformas, pero si es o no, tenemos otros problemas.

Él me miró parpadeando.

—Realmente sería más feliz si se tratara de uno solo.

—Tradicionalmente dos asesinos por separado masacran más personas que uno.

—Aún piensas más como un policía que como un experto en

monstruos, Anita.

—Gracias. —Me giré a la bañera, y de pronto supe que iba a hacerlo. No quería estar de pesca más profundo que los guantes. Es poco saludable, pero si pudiera encontrar un trozo con los guantes más cortos, iba a hacerlo.

El agua estaba fría, incluso a través de los guantes. Me agaché, agua fría y sanguinolienta trepaba por mi piel, y con mi mano a menos de la mitad, me golpeó algo sólido.

Me quedé inmóvil durante un momento, tomé una respiración superficial y pasé la mano hacia abajo a lo largo de lo que había tocado. Era suave y sólida, al mismo tiempo, la carne es carne.

Sentí los huesos, y fue suficiente para agarrar, y sacarlo del agua. Era lo que quedaba del brazo de una mujer. El hueso se mostró blanco rosado cuando el agua cayó fuera. La unión con el hombro estaba aplastada. Sabía de herramientas que hacían ese tipo de daño, pero dudaba que nadie se hubiera tomado las molestias.

Puse el brazo a un lado y volví a donde lo había encontrado. Mi mano se hundió un poco más que antes, y saqué un hueso casi sin carne. No se veía como un pedazo de persona, así que no lo pensé de esa manera. Lo miré como si hubiera encontrado a un animal en el bosque y estuviera intentando averiguar qué había comido. Dientes grandes, con gran cantidad de resistencia al aplastamiento. Muy pocos verdaderos depredadores tienen ese tipo de fuerza, pero la mayoría de los licántropos la tiene. Dudaba de si algunas hienas se habían escapado del zoológico e hicieron disturbios en un cuarto de baño de las cercanías.

Dejé el hueso a la deriva de nuevo para que se hundiera, facilitando la bajada, porque por alguna razón, realmente no quería salpicaduras en mí.

Me aparté de la bañera, camine con cuidado hacia la puerta, me quité los guantes, los eché en la bolsa que Zerbrowski mantenía abierta para mí, me apoyé contra la puerta, me quité las calzas, las metí en la bolsa de basura, salí de esa habitación horrible, y seguí caminando hasta que me golpeé contra la pared del dormitorio.

El aire parecía más limpio, más respirable.

Zerbrowski me siguió, y fue Merlioni quien habló:

—Lo hizo, ¿no?

—Sí.

Merlioni hizo una especie de sonido de hurra.

—Lo sabía, yo gano.

Lo miré, y luego a Zerbrowski.

—Lo siento, ¿qué dices?

Zerbrowski ni siquiera me miró avergonzado cuando dijo:

—Hicimos una apuesta sobre si realmente habría peces en la bañera.

Suspiré y sacudí la cabeza.

—Sois todos unos hijos de puta sin paliativos.

—Sin paliativos, ooh —dijo Merlioni—, si utilizas grandes palabras para insultarnos, Blake, nunca vamos a averiguarlo.

Miré a Zerbrowski.

—Es un cambiaformas. No sé si es el mismo. El primero fue asesinado en su cama. ¿O fue el segundo? —Él asintió con la cabeza—. Esté fue en el baño, y hay al menos dos cuerpos troceados en la bañera.

—¿Por qué dos? —preguntó Zerbrowski.

—Debido a que el agua está demasiado alta para que sea solo el maldito cuerpo de una mujer, especialmente desde que se comió algunas partes de ella.

—Dices «él», ¿cómo lo sabes?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé, pero estoy asumiendo masculino, porque no encontramos muchas mujeres dispuestas a hacer este tipo de mierda. Ocurre, pero es raro.

—En realidad tenemos un testigo de que la dueña de la casa y su novio fueron vistos entrando en la residencia alrededor de las 2 a.m. —Zerbrowski tenía los ojos cerrados, como si estuviera citando—. Parecían borrachos, y había un hombre acompañándolos.

—¿Tienes un testigo? —pregunté.

—Si el hombre que los trajo a casa es un cambiaformas, no sé si es parte de lo que está en la bañera.

No había pensado en eso.

—Podría estar en la bañera. Por cierto, ¿por qué el agua está tan profunda?, ¿por qué no funcionó la válvula?

—Nuestro novato, dice que un trozo del cuerpo se ha metido en la válvula.

Me estremecí.

—No es de extrañar que le sorprendiera y vomitara.

—He perdido la apuesta —dijo Merlioni.

—¿Cuál? —pregunté.

—La mayoría de nosotros apostó a que estarías enferma.

—¿Quién apostó que no lo estaría?

Zerbrowski se aclaró la garganta.

—Yo.

—¿Qué ganas?

—Cena para dos en Tony.

—¿Qué ganaste por la apuesta de que iba a pescar en la bañera? —pregunté a Merlioni.

—Dinero —dijo.

Sacudí la cabeza.

—Os odio a todos. —Caminé hacia la puerta.

—Espera, que tenemos una apuesta más —dijo Merlioni—, ¿quién era el pollito en el teléfono cuando te despertó Zerbrowski?

Estaba a punto de soltar un comentario mordaz, cuando una voz desde la puerta me detuvo.

—No he visto nada tan malo desde Nuevo México.

Me giré para encontrar a mi agente del FBI favorito en la puerta. El Agente Especial Bradley Bradford sonrió y me ofreció su mano.



CINCUENTA Y CINCO

Bradley era de la Sección de Investigación Especial, una nueva división creada para manejar el crimen sobrenatural. Habíamos trabajado juntos en algunos asesinatos muy horribles en Nuevo México.

Tomé su firme apretón de manos y le di uno de los míos. Él sonrió, y creo que ambos estábamos realmente contentos de encontrarnos. Sin embargo, su mirada recorrió la habitación hasta que encontró a Zerbrowski.

—Sargento Zerbrowski, debe estar viviendo bien.

Zerbrowski se acercó a nosotros.

—¿Qué quiere decir, agente Bradford?

Levantó una carpeta de manila delgada.

—Hay una tienda en la calle del club donde fueron las mujeres anoche, en la que robaron el año pasado y pusieron un sistema de vigilancia muy bonito.

Todas las bromas se habían acabado; Zerbrowski estaba muy serio, de

repente.

—¿Y?

—Tomaron una foto de un hombre con las dos mujeres la noche anterior gracias a la descripción de los vecinos. Caminaron por delante del escaparate de la tienda. —Abrió la carpeta—. Me tomé la libertad de obtener una foto.

—Y se lo pasó a todos los hombres —dijo Merlioni.

—No, detective, esta es la única copia, y la traje aquí en primer lugar.

Merlioni parecía que iba a discutir, pero Zerbrowski lo interrumpió.

—No me importa quién lo resuelva, siempre y cuando llegamos a este tipo.

—Me siento de la misma manera —dijo Bradley.

No creí mucho a Bradley. La última vez que habíamos hablado, su división había estado en peligro de ser disuelta, y sus casos enviados a la unidad de Apoyo a la Investigación de asesinos en serie. Bradley era uno de los buenos, que realmente se preocupaba más por resolver los crímenes que de la promoción profesional, pero también se preocupaba por su nueva unidad. Estaba convencido de que los federales necesitaban esto. Estaba de acuerdo con él. Así que ¿por qué tenía la única copia de la foto? Compartir tenía sentido, simplemente no quería dárnosla a nosotros.

—¿En qué piensas, Anita? —me preguntó.

Miré la foto. La calidad era bastante buena en realidad, aunque en blanco y negro. Dos mujeres se reían junto al hombre alto entre ellas. La morena de la izquierda era la misma que la de las fotos de abajo. No había preguntado el nombre de la dueña de la casa. No había querido saberlo. Sin saberlo ya había sido difícil entrar en ese cuarto de baño e ir a través de los restos.

La otra mujer me era vagamente familiar.

—¿No era la mujer que estaba en un grupo en el piso de abajo? Parecía que fue tomada en una fiesta.

—Vamos a comprobarlo —dijo Zerbrowski.

—¿Qué hay del hombre? —preguntó Bradley.

Miré al hombre de la foto. El hombre que podría ser el asesino o podría ser el de la parte inferior de la pila de huesos en la bañera, era alto, ancho de hombros. Pelo castaño y liso, recogido en una larga cola de caballo del que una de las mujeres estaba tirando, jugando. El rostro tenía altas mejillas, era guapo. No era guapo como Richard, pero curiosamente me

recordaron el uno del otro, tanto de altura, como de ancho de hombros, hombres guapos clásicos. Pero había algo en la cara de este hombre, incluso a través de la foto que llamó mi atención.

Fue probablemente a sabiendas de que las dos mujeres estaban sólo a unas horas de ser masacradas. Probablemente era mi imaginación, pero no me gustaba el aspecto de la cara del hombre cuando éste levantó la mirada y vio la cámara. Me di cuenta de que eso era lo que la mirada era, ¿por qué parecía extraño?

—Vio la cámara —dije.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zerbrowski.

—Mirad su cara, no le gustaba salir en la foto.

—Es probable que supiera lo que iba a pasar —dijo Merlioni—, no quiere ser visto con las víctimas antes del asesinato.

—Tal vez, probablemente. —Miré a la cara, y pensé que me era familiar.

—¿Lo reconoces? —preguntó Bradley.

Me miró fijamente. Su rostro estaba vacío, sin engaño, pero no creo que fuera una mirada inocente.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Bueno, es un mutante, si es nuestro hombre, pensé que podrías haberlo visto por ahí.

Bradley estaba mintiendo, podía sentirlo. Incluso no era tan irrespetuosa como para acusarle en su cara, pero se salvó de tener que salir a hablar conmigo porque mi teléfono sonó. Lo había llevado conmigo hoy, enganchado a la parte de atrás de mi cinturón, en caso de que Musette y compañía no se fueran tranquilamente fuera de la ciudad. Llámame tonta, pero no me fiaba de ellos.

—Hola.

—¿Eres Anita Blake? —Era una mujer. No reconocí la voz.

—Sí.

—Soy la detective O'Brien.

Curiosamente, con toda la política vampiro y el nuevo asesinato no había pensado mucho en el buscado terrorista internacional, Leopoldo Heinrick.

—Detective O'Brien, me alegra saber de ti, ¿qué pasa?

—Hemos identificado las dos fotos que sacó.

—De verdad, estoy impresionada, las fotos no eran nada buenas.

—El teniente Nicols, te reuniste con él una vez.

Me llevó un segundo para situar el nombre.

—El teniente que estaba a cargo en el cementerio Lindel.

—Sí. El mismo, y os habéis reunido una vez…

Antes de que pudiera terminar, le dije:

—Los guardaespaldas, los putos guardaespaldas. Canducci y…

Ella dijo:

—Balfour.

—Sí, eso es cierto. No puedo creer que no me acordara de ellos.

—Los viste una vez por la noche, Blake, y por lo que dice Nicols, la viuda estaba haciendo todo un espectáculo.

—Sí, pero aun así. ¿Los trajiste para interrogarlos?

—Nadie sabe dónde están. Dejaron su trabajo en la agencia de seguridad el día después de que los visteis. Sólo habían trabajado allí durante dos semanas. Todas las referencias conducen a callejones sin salida.

—Mierda —dije. Miré la imagen que Bradley mantenía para que pudiera verla.

De repente supe por qué esa imagen era vagamente familiar. Era otro de los asociados conocidos de Heinrick. O se parecía extraordinariamente a uno de ellos. Pero no creía en la coincidencia.

Miré a Bradley. Todavía estaba pacientemente sujetando la foto, donde pude ver más abajo que cualquiera de los otros dos hombres necesitaba ver. Tal vez estaba siendo educado, o tal vez no. Se encontró con mi mirada, y me puso la cara en blanco. Cara de poli.

—¿Y si te dijera que estoy mirando una foto de uno de los socios conocidos de Heinrick, y está en la ciudad, también?

La cara de Bradley nunca cambió. Zerbrowski y Merlioni, sí. Se mostraron sorprendidos. Bradley no lo hizo.

—¿Cómo conseguiste la foto?

—Es una larga historia, pero tiene conexión con algunos asesinatos en la ciudad.

—¿Qué hombre?

—Creo que él tenía el pelo más largo. No creo que lo lleve recogido en una cola, como aquí, pero tiene definitivamente la misma altura de hombros.

Oí papeles revolviéndose.

—Ya lo tengo. —Más papeles revolviéndose, y luego un suave silbido —. Roy Van Anders. Es un hombre muy malo, Blake.

—¿Cuán malo?

—Extrañamente, tenemos archivos sólo de hoy sobre el Sr. Van Anders. Fotos de escenas del crimen.

—¿Un montón de sangre, y nada del cuerpo? —pregunté.

Podía sentir a Zerbrowski a mi lado.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Creo que estoy en una escena del crimen en este momento que es obra de Van Anders.

—Estás en los asesinatos del licántropo, ¿verdad?

—Sí.

—No hay nada en su registro que dice que es algo no humano. Solo es un hijo de perra enfermo, al que le gusta la violación y matar a mujeres.

—¿Nadie puso en duda cómo fueron desmembrados los cuerpos?

—No lo he leído todo todavía, pero no. La mayoría de sus crímenes fueron en países donde no tenemos la suerte de haber conseguido alguna imagen en absoluto. Tecnología muy baja, muy poco dinero para hacer trabajo de delincuencia organizada.

—¿Cuán sofisticados tienen que ser para saber la diferencia entre las herramientas y los dientes?

—Muchos de los asesinos en serie usan los dientes, Blake. —Se escuchaba como si ella sintiera que tenía que defender el honor de algunos policías.

—Lo sé, O'Brien, pero, oh, diablos, no importa. Lo que importa es que está aquí en nuestra ciudad, ahora mismo, y no tenemos baja tecnología, y tenemos por lo menos un poco de dinero para localizar a los chicos malos.

—Tienes razón, Blake. Concéntrate en el aquí y ahora.

—¿Tenemos suficiente para preguntar a Heinrick y a su amigo ahora?

—Creo que podemos. Podemos saber si Heinrick sabe algo sobre los pasatiempos de su amigo. Eso lo convertiría en un accesorio antes del hecho, si no más.

—Estaré allí tan pronto como pueda salir de aquí.

—Blake, éste no es tu caso. Eres una de las posibles víctimas. Creo que estás muy cerca de ser el objetivo.

—No hagas eso, O'Brien, he jugado limpio contigo.

—Esto no es un juego, Blake, este es mi trabajo. ¿O quieres créditos

para todo?

—No me importa un carajo los créditos. Sólo quiero estar allí cuando se interrogue a Heinrick.

—Si consigues estar aquí a tiempo, pero no lo retrasaremos sólo por ti.

—Bien, O'Brien, bien, eres el detective a cargo.

—Me alegro de que recuerdes eso.

Me colgó.

Dije muy sincera:

—¡Puta!

Zerbrowski y Merlioni tenían caras ansiosas, pero Bradley no. Podía poner la cara de poli, pero no era actor. Zerbrowski estaba enojado con O'Brien, por no excluirme, sino por no molestarse tan siquiera en ponerse en contacto con un miembro de RPIT.

—¿Lo tienen en la cárcel solo por seguirte? Tenemos cuatro asesinatos, tal vez más. —Me miró—. ¿Quieres dar un paseo en un coche con sirenas y luces, de manera que podamos llegar a la maldita comisaría antes de que ella haga algo para arruinar nuestro caso?

Me gustó el «nuestro caso», y me gustó que me preguntara. Dolph probablemente no lo habría hecho, incluso si no hubiera estado enojado conmigo.

Asentí.

—Me encantaría estar en jurisdiccionales y agitar banderitas en toda su cara.

Él sonrió.

—Dame diez minutos para dar a todos sus órdenes para irse, después baja. Vamos a tomar prestado un coche oficial. La gente siempre se quita de en medio más rápido con un vehículo oficial. —Salió por la puerta y bajó las escaleras tarareando para sí mismo.

Merlioni fue tras él, diciendo:

—¿Quién tiene que quedarse aquí para la limpieza y la muerta de la bañera?

No creo que Merlioni quisiera ser incluido en la limpieza, ni siquiera para supervisar.

Bradley y yo nos quedamos solos. Era lo mejor para una discusión, dos federales supongo, y nos dejaron solos en una escena del crimen como este. La mayoría de los locales odiaba a los federales, y odiaba a los federales que volvían.

Miré Bradley.

—Ahora que he hecho todas las conexiones que quería hacer, dime por qué viniste aquí en realidad.

Cerró el sobre de papel manila y me lo entregó.

—Para resolver un crimen.

—La resolución de estos delitos ayudaría a tu unidad. La última vez que hablamos necesitabas la ayuda.

Él me miró con atención.

—¿Estás aquí oficialmente, Bradley?

—Sí.

Me miró a la cara brevemente.

—¿Estás aquí oficialmente como un agente del FBI?

—No sé lo que quieres decir.

—Una vez me dijiste que había llamado la atención de algunas ramas menos sabrosas de nuestro gobierno, los fantasmas, creo que se llamaban. ¿Van Anders es un fantasma?

—Ningún gobierno en su sano juicio querría un animal como éste en su país.

—Háblame, Bradley, habla conmigo, o la próxima vez que nos encontramos no voy a confiar en ti como lo estoy haciendo en este preciso momento.

Suspiró y de repente parecía cansado. Se frotó los ojos con el pulgar y el dedo índice.

—Estos asesinatos llamaron nuestra atención. Había visto crímenes como este. En un país diferente, en un lugar donde el gobierno está más preocupado por mantenerse en el poder que por proteger a las mujeres desamparadas.

—Había una mirada en sus ojos, algo lejano, y lleno de dolor.

—Dijiste que saliste de esa línea de trabajo.

—Lo hice. —Me miró fijamente, sin ojos de policía ahora—. Los hombres como Van Anders fueron una de las razones por las que no podía seguir haciéndolo. Sin embargo, cuando ciertas personas se enteraron de que Van Anders realmente podría haber sido liberado dentro de los confines de los Estados Unidos, no estaban felices. Tengo un permiso de tiempo para ayudar por aquí.

—¿Cuál es el precio de esta ayuda?

—Heinrick será escoltado fuera del país. Nunca pondremos un nombre

al segundo hombre. Todos van a desaparecer.

—Heinrick es un presunto terrorista. ¿Crees que sólo dejará de hacerlo?

—Es buscado en cinco países diferentes con los que tenemos fuertes tratados. ¿A quién se lo damos, Anita? Lo mejor simplemente es dejarlo ir.

—¿No quieres saber por qué está en la ciudad? Sé que quieres saber por qué me seguía.

—Te dije por qué este tipo de gente te quiere.

—Así, que puedo resucitar a los muertos para ellos. Un líder político aquí, un guardaespaldas zombi por allá. —Traté de hacer una broma, pero Bradley no se reía.

—¿Recuerdas al hombre que encontrasteis clavado en la pared de su salón?

—Sí.

—Conocía a Heinrick y a Van Anders, y sentía que era demasiado. Se fue y se escondió, pero no lo suficiente.

—Si se trataba de una ejecución, ¿por qué hacer que se vea como una especie de crimen ritual?

—Así no se vería como una ejecución.

—¿Por qué les importa? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Fue un mensaje, Anita. Lo querían muerto, y lo querían muerto de tal manera que sería suficientemente sensacionalista para llegar a los titulares. Querían que su muerte estuviera allí para todos los demás, como yo, que lo dejamos.

—No lo sabes a ciencia cierta, Bradley.

—No del todo, pero sé que todos los involucrados quieren a Van Anders capturado, y Heinrick fuera.

—¿Y los demás?

—No sé.

—¿Se habrán ido para siempre, o mejor todavía estar preocupados?

—Estar preocupados, Anita, aunque me gustaría no estarlo.

—Genial. —Se me ocurrió algo—. Sé que todo esto no lo tendrías que hacer pero… Bueno, tengo una pregunta.

—No puedo prometerte nada, pero ¿qué es?

Le di el nombre de Leo Harlan, y una descripción general, porque no es tan difícil de cambiar tu nombre.

—Él dice que es un asesino, y le creo. Dice que está aquí en una

especie de vacaciones, y lo creo también. Pero Saint Louis de repente es pésimo internacionalmente, y tengo curiosidad por saber si mi cliente está relacionado con ellos de alguna manera.

—Voy a comprobarlo todo.

—Si está en cualquiera de tus listas de éxitos, voy a evitarlo, y me negaré a levantar a su antepasado. Si no, voy a hacer el trabajo.

—¿A pesar de que es un asesino?

Me encogí de hombros.

—¿Quién soy para lanzar piedras, Bradley? Trato de no juzgar a la gente más de lo necesario.

—O tal vez estás cómoda con los asesinos.

—Sí, todos mis amigos son criminales, monstruos, o policías.

Eso le hizo sonreír.

Zerbrowski gritó desde abajo.

—Anita, venga vámonos de aquí.

Le di mi número de teléfono móvil a Bradley. Corrí hacia la escalera.



CINCUENTA Y SEIS

O'Brien había empezado el interrogatorio antes de llegar allí. La gente en Saint Louis no parece entender que las sirenas y las luces de un coche de policía significa lárgate de mi camino. Era casi como si el coche de policía con todas las luces atontara a la gente e hiciera un bloque de mirones que nos rodeaba. Los conductores estaban tan ocupados tratando de averiguar por qué teníamos tanta prisa que se olvidaron de apartarse del camino.

Nunca había visto tan enfadado a Zerbrowski. Caray, no estaba segura haberlo visto enfadado nunca. No de verdad.

Se había recuperado lo suficiente para sacar arrastras a O'Brien del interrogatorio, pero ella seguía diciendo:

—Puedes tenerlo, cuando hayamos terminado con él, sargento.

La voz de Zerbrowski se había arrastrado hacia abajo, tan bajo que era casi doloroso escucharlo. La voz creaba el calor suficiente como para ponerme nerviosa. O'Brien no parecía impresionada.

—¿No te parece, detective, que interrogarle acerca de un asesino en serie, que ya ha matado a tres, quizás cuatro personas, tiene prioridad sobre interrogarle acerca de seguir a un agente federal?

—Estoy preguntándole sobre el asesino en serie. —Hizo un gesto pequeño entre los ojos—. ¿Qué quiere decir tres, quizás cuatro?

—No hemos terminado de contar los trozos en la escena del último crimen. Puede haber dos víctimas.

—¿No se puede saber? —preguntó ella.

Soltó el aliento en un bufido de aire fuerte.

—No sabes nada acerca de estos crímenes. No sabes lo suficiente como para preguntarle sin nosotros. —Su voz temblaba con el esfuerzo de no empezar a gritar.

—Tal vez puedas sentarte, sargento, pero ella no. —Señaló con el dedo pulgar en mi dirección.

—En realidad, detective, técnicamente, no se me puede excluir del interrogatorio ahora que Heinrick es sospechoso de crímenes sobrenaturales.

O'Brien, me miró, un espacio en blanco, mirada hostil.

—La he excluido antes, Blake.

—Ah —dije, y sentí que sonreía, no podía evitarlo—. Pero eso fue cuando Heinrick era sospechoso de terrorismo, y no era culpable de nada más que de tráfico ilegal de armas, cosas muy mundanas. Y nada de mi condición de agente federal lo ponía bajo mi jurisdicción. Como se señaló anteriormente no soy un agente federal ordinario. Mi competencia es muy estrecha. No tengo ninguna situación jurídica sobre los crímenes que no son sobrenaturales, pero sobre los crímenes sobrenaturales tengo jurisdicción en todo el país. No tengo que esperar a ser invitada a entrar. —Sé que parecía satisfecha cuando terminé, pero no era capaz de evitarlo. O'Brien estaba siendo idiota y los idiotas deben ser castigados.

O'Brien parecía que había mordido algo amargo.

—Este es mi caso.

—En realidad, O'Brien, es el caso de todo el mundo ahora. Mío, porque me da la ley federal la jurisdicción. De Zerbrowski, porque es un caso sobrenatural, y eso significa que pertenece a la Regional de Investigación Preternatural. A decir verdad, no tienes jurisdicción sobre los asesinatos. Y ni siquiera hubieras sabido que Heinrick estaba involucrado si no hubiéramos compartido información tan libremente contigo.

—Hemos jugado limpio contigo —dijo Zerbrowski—, juega limpio con nosotros, y todos ganamos. —Su voz era casi normal. Había perdido su toque aterrador.

Ella me señaló con el dedo, no dramáticamente, pensé.

—Pero mi nombre va a estar en el papel.

Sacudí la cabeza.

—Jesús, O'Brien, ¿es que se trata de eso? ¿Quieres tu nombre en los titulares?

—Sé que atrapar a un asesino en serie podría hacerme sargento.

—Si quieres tu nombre en este caso, bien —dije—, pero hay que preocuparse más por resolver el caso que de quien se va a llevar la gloria.

—Es bastante fácil decirlo para ti, Blake. Como dijiste, no tienes una carrera en la aplicación de la ley. La obtención de créditos no te ayudará, pero todavía te puedes llevar el crédito.

Zerbrowski se apartó de la pared donde se había apoyado. Tocó los archivos del borde de la mesa. Abrió uno, sólo lo suficiente para sacar una foto. Medio la deslizó, medio se la lanzó a través de la mesa a O'Brien.

Era una foto de color. La mayor parte del color era rojo. No me pareció demasiado duro. Había visto el verdadero trabajo, no necesitaba un recordatorio.

O'Brien miró la foto, y luego miró de nuevo. Frunció el ceño, y casi la tocó, luego miró más atentamente. Se concentró en la imagen. La vi intentar dar sentido a lo que estaba viendo, la mente intentaba no darle sentido. Vi el momento en que lo entendió, en su cara, en la palidez repentina de su piel. Se sentó lentamente en la silla al lado de la mesa.

Parecía tener problemas para apartar la vista de la imagen. —¿Son todas así?— Preguntó en un susurro.

—Sí —dijo Zerbrowski. Su voz era suave, también, como si hubiera puesto su punto.

Ella me miró, y parecía un esfuerzo físico alejar su mirada de la foto.

—Eres la favorita de los medios de comunicación de nuevo, —pero su voz era suave, como si no le importara.

—Probablemente —dije—, pero no es porque quiera serlo.

—Eres tan condenadamente fotogénica, —su voz había celebrado un indicio de su anterior desprecio, luego, frunció el ceño y miró la foto de nuevo.

Me pareció oír lo que acababa de decir, y con esa horrible foto frente a

ella, parecía que era algo equivocado para decir.

—No quería decir… —Se recuperó, y volvió a poner su rostro enojado, pero parecía más como una máscara para ocultarse ahora desde atrás.

—No te preocupes, O'Brien —dijo Zerbrowski, y tenía su voz burlona. Sabía lo suficiente como para temer lo que saldría de su boca—. Sabemos lo que quería decir. Anita es tan malditamente mona.

Ella dio una sonrisa débil.

—Algo así, sí —dijo. La sonrisa se desvaneció como si nunca hubieran existido. Estaba en los negocios de nuevo. O'Brien no parecía ir muy lejos de los negocios—. Que esto no le suceda a otra mujer es más importante que quién recibe el crédito.

—Me alegra oír que todos estamos de acuerdo —dijo Zerbrowski.

O'Brien se levantó. Empujó la foto de nuevo hacia Zerbrowski, haciendo su mejor esfuerzo para no mirar esta vez.

—Podéis interrogar a Heinrick y al otro, aunque no cooperan mucho.

—Vamos a hacer un plan antes de ir allí —dije.

Ambos me miraron.

—Sabemos que Van Anders es nuestro hombre, pero no sabemos con seguridad si es nuestro único hombre.

—¿Crees que uno de los hombres que tenemos aquí ayudó a Anders Van hacer esto? —O'Brien hizo un gesto hacia la imagen que Zerbrowski estaba guardando.

—No lo sé. —Miré a Zerbrowski y me pregunté si estaba pensando lo mismo que yo. El primer mensaje decía «clavamos a éste, también». Nosotros. Quería asegurarme de que Heinrick no era parte de ese «nosotros». Si lo era, entonces no iba a ninguna parte, si podía evitarlo.

Realmente no importa quién recibe el crédito por resolver el caso. Sólo quería que se resolviera. Sólo quería que nunca, nunca tuviera que ver nada tan malo como el cuarto de baño, la bañera, y su… contenido. Desde que ayudo a la policía tengo un sentido de justicia, un deseo de proteger a los inocentes, tal vez incluso un complejo de héroe, pero, últimamente, estoy empezando a comprender que a veces quieren resolver el caso de una forma mucho más egoísta. Para no tener que caminar a través de otra escena del crimen tan horrible como la que acababa de ver.



CINCUENTA Y SIETE

Heinrick estaba sentado detrás de la pequeña mesa, dejándose caer en la silla, lo que en realidad es más difícil de lo que parece en una silla de respaldo recto. Su pelo rubio cuidadosamente cortado todavía estaba limpio, pero había puesto sus gafas sobre la mesa y su rostro parecía más joven sin ellas. Su archivo decía que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, pero no lo parecía. Tenía un rostro inocente, pero sabía que era mentira. Cualquiera que parece inocente después de la treintena o está mintiendo, o está tocado por la mano de dios. De algún modo no pensaba que Leopold Heinrick fuera alguna vez a ser un santo. Lo cual solo dejaba una conclusión, estaba mintiendo. ¿Mentir acerca de qué? Ahora esa era la pregunta.

Había un vaso de plástico con café delante de él. Llevaba allí el tiempo suficiente como para que la crema se hubiese separado de la parte más oscura del líquido, de modo que los remolinos blancos decoraban la parte

superior del café.

Miró hacia arriba cuando Zerbrowski y yo entramos. Algo parpadeó a través de sus ojos claros: ¿interés, curiosidad, preocupación? Su mirada se había ido antes de que pudiera descifrarla. Cogió las gafas y me dio una mirada en blanco, su cara inocente. Con las gafas, se acercaba más a su edad. Se separaban de la línea de su rostro, por lo que lo primero se veía eran los marcos de las gafas.

—¿Quieres una taza de café? —pregunté mientras me sentaba. Zerbrowski se apoyó contra la pared, cerca de la puerta. Empezaríamos conmigo preguntando a Heinrick para ver si lo conseguía donde quería. Zerbrowski dejó claro que yo podía batear primero, pero nadie, ni siquiera yo, deseaba estar sola con Heinrick. Me había estado siguiendo y todavía no sabíamos por qué. El agente Bradford había adivinado que formaba parte de algún complot para que levantara algún muerto con algún propósito. Bradford no lo sabía, no con seguridad. Hasta que estuviéramos seguros, tener cuidado era lo mejor. Al infierno, seguramente tener cuidado siempre era mejor.

—No —dijo Heinrick—, no más café.

Tenía una taza de café en una mano y una pila de archivos en la otra. Puse el café en la mesa e hice una demostración ordenando las carpetas cuidadosamente en la mesa junto a él. Su mirada se desvió a las carpetas, luego recostó serenamente su espalda.

—¿Demasiado café? —pregunté.

—No. —Su rostro estaba atento, en blanco, con un toque de cautela. Algo lo tenía preocupado. ¿Eran los archivos? Un montón demasiado grande. Habíamos previsto que fuera demasiado grande. Había archivos en el fondo que no tenían que ver con Leopold Heinrick, Van Anders o el hombre sin nombre, que estaba sentado en la otra habitación, en ese pasillo. Era imposible tener un registro militar sin un nombre asignado, pero de alguna manera el moreno norteamericano lo había conseguido. Su archivo estaba tan lleno de espacios oscuros que era casi ilegible. El hecho de que nadie le diera a nuestro John Doe un nombre, o que reconociera que en algún momento fue miembro de las fuerzas armadas era molesto. Me hacía preguntarme lo que mi gobierno se proponía.

—¿Quieres algo de beber? —pregunte.

Sacudió la cabeza.

—Podemos estar aquí un rato.

—Hablar es un trabajo sediento —dijo Zerbrowski a mi espalda.

Los ojos de Heinrick fueron hacía él y luego de regreso a mí.

—El silencio no es un trabajo sediento. —Sus labios se arquearon casi como en una sonrisa.

—Si en algún momento de esta entrevista quisieras decirme exactamente por qué me seguíais, me encantaría escucharlo, pero eso es realmente secundario de por qué estamos aquí.

El parecía perplejo.

—La primera vez que nos detuviste, parecía muy importante para ti.

—Lo era, y todavía me gustaría saberlo, pero las prioridades han cambiado.

Me frunció el ceño.

—Estas jugando por diversión, Sra. Blake. Estoy cansado de juegos.

No había miedo en él. Parecía cansado, cauto, y no muy feliz, pero no tenía miedo. No tenía miedo de la policía, o de mí, o de ir a la cárcel. No había nada de la ansiedad que la gente siente en un interrogatorio policial. Era extraño. Bradley había dicho que nuestro gobierno iba a dejar ir a Heinrick. ¿Sospechaba eso? Si es así, ¿Cómo? ¿Cómo lo sabía? ¿Por qué no tenía el mínimo miedo de pasar el tiempo en la cárcel de St. Louis?

Abrí el primer archivo. Tenía copias granuladas de crímenes antiguos. Mujeres que Van Anders había sacrificado en países extranjeros, lejos de aquí. Puse las fotos delante de él, en una fila ordenada de una matanza blanquinegra. En algunas de las fotos la calidad era bastante mala tanto que si no hubiese sabido que era un humano, nunca lo habría olvidado. Van Anders había reducido a sus víctimas a pruebas de Rorschach.

Heinrick parecía aburrido, casi asqueado.

—Su Detective O´Brien ya me ha mostrado estas. Ya salieron sus mentiras.

—¿Qué mentiras serían esas? —pregunte. Bebí mi café, y no era malo. Por lo menos era dulce. Mientras bebía, miraba su rostro.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Que hay asesinatos recientes iguales a estos más antiguos.

—¿Qué te hace pensar que está mintiendo?

Iba a decir algo, entonces cerró su boca apretada, los labios en una delgada línea enojada. Solo me miró, sus ojos claros y brillantes de ira. Abrí la segunda carpeta y comencé a poner fotos en blanco y negro encima de las más antiguas. Formé una línea de brillante muerte y vi todas las

descargas de color en la piel de Heinrick. Parecía casi gris, pero con el tiempo se asentaron de nuevo. Tuve que llegar hasta los extremos de la mesa para exponer todas las fotos.

—Esta mujer murió hace tres días. —Saqué otro archivo de la pila. Lo abrí y puse las fotos encima de ella, pero no las puse en el montón. No estaba cien por ciento segura de que pudiera emparejar las fotos con el crimen correcto. Supuestamente estaban marcados en la parte de atrás, pero como no los había marcado personalmente, no quería arriesgarme. Una vez llegas a los tribunales los malditos abogados son puntillosos acerca de las pruebas y esas cosas. Señalé las imágenes del archivo—. Esta mujer murió hace dos días.

Zerbrowski dio un paso hacia delante y me entregó una bolsita de plástico con un puñado de polaroid en ella. Tiré la bolsita sobre la mesa para que se deslizara y él la atrapó antes de que cayera al suelo. Sus ojos se ampliaron cuando vio la imagen superior.

—Esa mujer murió anoche. Pensamos que hubo dos víctimas, pero verdaderamente no hemos terminado de encajar los trozos, así que no estamos seguros. Podrían ser más, o podría ser solo una mujer, pero es una gran cantidad de sangre para una sola mujer. ¿No te parece?

Puso la bolsita con polaroid con cuidado encima de la mesa, sin que tocara ninguna de las otras fotos. Miró todas las fotos, su rostro se había vuelto blanco como la muerte, los ojos se veían enormes. Su voz estaba estrangulada como si le costara respirar y mucho más hablar.

—¿Qué quieres saber?

—Queremos que esto no suceda de nuevo —dije.

Él tenía la mirada fija en las fotos, como si no pudiera apartar la mirada.

—Prometió que no lo haría aquí. Juró que se podía controlar.

—¿Quién? —pregunté en voz baja. Sí, el gobierno le había dado un nombre, pero ese era el mismo gobierno que no daría a John Doe uno.

—Van Anders —susurró el nombre. Miró hacía arriba y no hubo ninguna sorpresa en su mirada—. El otro detective dijo que sabía que era Van Anders.

Genial. Nadie le quiere dar a su sospechoso más información de la que le da.

Me encogí de hombros.

—Sin testigos, es difícil estar seguro.

Algo así como esperanza brilló en sus ojos y comenzó a recuperar parte

de su color.

—¿Crees que podría ser otra persona? ¿Qué no fue Van Anders?

Ojeó los archivos de nuevo, y Heinrick se estremeció. Encontré la carpeta delgada con la imagen de Van Anders y las dos mujeres. Le enseñé la foto.

—Van Anders con las víctimas de la masacre de anoche.

Dio un respingo en la última palabra, y el color que se había ido filtrando en su cara se fue de nuevo. Sus labios parecían sin sangre. Por un segundo pensé que quizás se iba a desmayar. Nunca había tenido a un sospechoso desmayado.

Su voz fue un susurro ronco.

—Entonces es él. —Puso su frente sobre la mesa.

—¿Necesitas un poco de agua? ¿Algo más fuerte? —pregunte. Aunque la verdad, el café negro era lo más fuerte que podía darle. Había normas sobre lo de dar alcohol a los sospechosos.

Alzó la cabeza, lentamente, parecía derrotado.

—Les dije que estaba loco. Les dije que no le incluyeran.

—¿A quién se lo dijo? —pregunte.

Se puso un poco más erguido.

—Acepté venir aquí contra mi buen juicio. Sabía que el equipo se reunió con demasiada rapidez. Cuando uno se precipita en una tarea, termina mal.

—¿Qué tarea? —pregunte.

—Para reclutarte para una misión.

—¿Qué misión? —pregunte.

Sacudió la cabeza.

—No importa ahora. Alguien de nuestro pueblo levantaría a un hombre en el cementerio local. No parecía lo bastante vivo para lo que mis empleadores deseaban. Parecía un zombi, y eso no es lo suficientemente bueno.

—¿Lo suficientemente bueno para qué? —pregunte.

—Para engañar a la gente del país que su líder está vivo.

—¿Qué país? —pregunte.

Sacudió la cabeza y el fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No voy a estar aquí mucho tiempo, Sra. Blake. Los que me contrataron se encargaran de mí. O bien me liberan pronto sin cargos, o tendrán que matarme.

—Parece que estás tranquilo sobre eso —dije.

—Creo que saldré libre.

—Pero no estás seguro —dije.

—Pocas cosas en la vida son ciertas.

—Yo sé una cosa que es cierta —dije.

Solo me miró. Creo que había dicho más de lo que había planeado decir. Así que iba a tratar de no decir nada.

—Van Anders va a matar a alguien esta noche.

Sus ojos eran como sombras, cuando dijo:

—Trabajé con él hace años, antes de que supiera lo que era. No creía que estaba controlando su ira. Debí haberlo sabido.

—¿Los que los contrataron solo van a dejar a Van Anders aquí matando mujeres?

Entonces me miró. Una vez más, no pude leer su expresión. Determinación, culpa, algo.

—Sé donde se aloja Van Anders. Te daré la dirección. Sé que las personas que nos contrataron desearían verlo muerto ahora. Se ha convertido en una responsabilidad.

Nos dio la dirección. No me apresuré a irme, porque a diferencia de las películas, sabía que no me permitirían estar en la captura. La Reserva Móvil, la respuesta de St. Louis de los SWAT, serían los mandamases. Cuando tienes a gente que pueden entrar con un equipo de chalecos antibalas y armas automáticas, el resto somos superados. Abrí un último archivo y le mostré al hombre que habían crucificado en la pared.

—¿Por qué Van Anders necesitaba hacer esto? No es su forma de matar.

—No sé de qué me estás hablando.

Iba a negarlo, está bien. Incluso si pudiéramos cogerlo en algo, dudo que pudiéramos mantenerlo durante el tiempo suficiente para llevarlo a juicio.

—Sabemos que tú y tu equipo lo hicisteis. Incluso sabemos por qué. —Si Bradley estaba diciendo la verdad, no lo sabía.

—No sabes nada. —Parecía muy seguro de eso.

—Ordenaste matarlo porque huyó. Se escapó de personas como tú y personas como Van Anders.

Entonces me miró y parecía preocupado. Se preguntaba como lo sabía. No mucho. Pero tal vez lo suficiente.

—¿De quién fue la idea de crucificarlo?

—Van Anders. —Parecía como si se hubiese tragado algo amargo. Luego esbozo una pequeña sonrisa—. No importa, Sra. Blake, no iré a juicio.

—Tal vez no, pero me gusta saber quién es el culpable.

Asintió, y luego dijo:

—Van Anders estaba demasiado enfadado porque le disparamos primero. Dijo que lo mejor era la crucifixión si la persona no luchaba. —Me miró con ojos atormentados—. Debería haber sabido entonces lo que quería hacer.

—¿De quién fue la idea de las runas? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Has conseguido la última confesión que recibirás de mí.

—Todavía hay una cosa que no entiendo. —En realidad, había muchas cosas que no entendía, pero nunca es bueno parecer confundida frente a los malos.

—No voy a declarar contra mí mismo, Sra. Blake.

—Si sabías lo que Van Anders era capaz de hacer, entonces. ¿Por qué traerlo? ¿Por qué hacerlo parte del equipo de todos modos?

—Es un hombre lobo, has visto como quedan sus víctimas. Hay quienes creyeron que tú también eras un cambiaformas. Queríamos a alguien que te pudiera manejar sin riesgo de infección, si había una pelea entre nosotros.

—¿Estabais planeando secuestrarme?

—Como último recurso —dijo.

—Pero debido a que a Balfour y a Canducci no les gustó mi zombi, ¿el plan está apagado?

—Teníamos informes de que podías levantar zombis que pensaban que aún estaban vivos y que podían pasar por humanos. Las personas que nos contrataron estuvieron muy decepcionados cuando vieron la cinta.

Le debía a Marianne y a su aquelarre una nota de agradecimiento. Si ellos no hubieran conseguido sacar mi poder, habría levantado a un zombi, un zombi que parecería vivo, y quizás habría sido raptada y estaría a merced de Van Anders. Quizás le debería mandar flores a Marianne, una tarjeta no me parecía bastante. Traté de hacer algunas preguntas más, pero Leopold Heinrick había dado todo la información que iba a dar. Finalmente pidió un abogado y la entrevista terminó.

Salí a la zona principal y era un caos. La gente gritaba, corría. Entendí

una frase, «oficiales abajo». Agarré al detective Webster, de pelo rubio y mal café.

—¿Qué pasa?

O´Brien respondió por él.

—El equipo de los SWAT que fue a por Van Anders, los cortó en pedazos. Por lo menos un muerto, tal vez más.

—Mierda —dije.

Ella llevaba puesta su chaqueta y estaba buscando su bolso en un cajón.

—¿Dónde está Zerbrowski?

—Ya se ha ido.

—¿Puedo ir?

Me miró.

—¿A dónde? Tienes que ir a un hospital.

—Creo que necesito estar en la escena del crimen.

—Te llevaré —dijo Webster.

O´Brien le lanzó una mirada.

—Iré al hospital más tarde. Te lo prometo.

O´Brien sacudió la cabeza y corrió hacía la puerta. Todo el mundo se iba. Algunos irían al hospital. Algunos a la escena del crimen para ver si podían ayudar. Algunos irían a sentarse con las familias de los oficiales caídos. Pero todo el mundo se iba. Si realmente querías cometer un delito en cualquier ciudad, espera hasta que haya un oficial herido.

Iba a la escena del crimen. Trataría de ayudar a averiguar que había salido mal. Porque algo había salido mal si Van Anders había vapuleado a un escuadrón completo de los SWAT. Están entrenados para manejar a terroristas, situaciones con rehenes, drogas, pandillas, peligros bioquímicos; elije el mal y los SWAT pueden manejarlo. Sí, algo había salido terriblemente mal. La pregunta era. ¿Qué?



CINCUENTA Y OCHO

Ya había visto lo suficiente del trabajo práctico de Van Anders como para esperarme lo peor. Lo que vi en el pasillo no estaba ni siquiera cerca de lo peor que podía hacer. En comparación con las otras escenas de los crímenes, era casi limpia. Había una oficial uniformada junto a la ventana al final del pasillo. La ventana estaba casi completamente sin el cristal, como si algo grande hubiera sido arrojado a través de ella. Aparte de la ventana no había nada más.

Había sangre en la alfombra marrón clara del pasillo. Dos muestras más de sangre en la pared que parecían casi artificiales, demasiado dramáticas para las paredes blancas. Eso era todo. Van Anders no había tenido tiempo para disfrutarlo. Uno de los oficiales estaba muerto, quizás dos, pero solo había tenido tiempo para matarlos. No había tenido tiempo para despedazarlos. ¿Me pregunto si eso le enfadaría? ¿Se sentía engañado?

Había una cinta de la policía en el pasillo, pero el sonido de las voces

de la puerta de la vivienda era como el rumor del mar. Un triste, enojado y confuso mar. El apartamento estaba impecable, intacto. No había signos de lucha en el interior. Todos los problemas habían empezado y terminado en el pasillo.

El detective Webster había venido conmigo. Todavía estaba en la puerta, porque no había espacio suficiente en la habitación. Todo homicidio tiene más policías de los que necesita, pero nunca había visto una multitud como esta. La gente estaba de pared a pared como en una fiesta, salvo que cada rostro era sombrío, sorprendido o enojado. Nadie estaba teniendo un buen momento.

Zerbrowski había llamado a mi teléfono de camino hacía allí. Todo el mundo quería respuestas, respuestas sobre los monstruos, respuestas que no podía dar, porque no sabía una mierda. Su cita, no la mía.

Me debatía entre la conveniencia de gritar a Zerbrowski o llamarlo a su teléfono móvil. Normalmente no me importaba ser baja, pero esta vez no podía ver a través de la multitud y desde luego no podía ver más allá de ella.

Mire a Webster. Estaba malditamente cerca de los seis pies.

—¿Puedes ver al sargento Zerbrowski?

Webster de repente pareció aún más alto. Me di cuenta de que había estado encorvado, de la forma en la que algunas personas altas lo hacen sobre todo si tienen demasiada altura prematuramente y no les gustaba. De pie, con los hombros hacía atrás, y tratando de mirar por encima de la multitud, era, al menos de seis pies y una pulgada, tal vez una pulgada más. Normalmente soy buen juez con la altura.

—Está en el lado opuesto de la habitación. —De repente, pareció encogerse, los hombros encorvados, como si su columna vertebral se comprimiera ante mis ojos.

Sacudí la cabeza y dije:

—¿Puedes llamar su atención?

Puso una sonrisa picará en sus ojos, una de esas miradas que Zerbrowski y Jason me habían hecho temer.

—Podría ponerte sobre mis hombros, así te miraría.

Le di una mirada que marchitó la sonrisa de su cara. Se encogió de hombros.

—Lo siento. —Pero era ese tipo de disculpa al que estoy acostumbrada, la que Jason da cuando no lo siente en absoluto.

O Zerbrowski era más psíquico de lo que pensaba, o trataba de huir del hombre que lo perseguía. Era uno de los oficiales de los SWAT con el mono negro de combate, el equipo de protección corporal aún estaba en su sitio, pero había perdido el casco, su máscara y sus ojos eran salvajes.

Zerbrowski me vio y la expresión de alivio en su rostro era tan pura, tan feliz, que casi me asustó.

—Oficial Elsworthy, esta es Anita Blake, la oficial Anita Blake. Ella es nuestra experta sobrenatural.

Elsworthy frunció el ceño, parpadeando demasiado rápido. Era como si le llevara más tiempo del que debería filtrar las palabras y que tuvieran significado. Había visto suficiente para reconocer los síntomas. ¿Por qué no estaba en el hospital con el resto del equipo?

Zerbrowski gesticuló hacía mí.

—Lo siento.

Elsworthy parpadeó hacía mí, sus ojos marrones parecían que no se centraban, como si estuviera viendo algo en algún lugar dentro de su cabeza. Mierda. Hace un momento estaba gritándole a Zerbrowski y ahora estaba viendo cosas que no podía ver. Probablemente reviviendo el desastre. Estaba pálido y había un ligero sudor en su rostro. Apostaba a que estaría pegajoso al tacto.

Acerqué mi cara a la de Zerbrowski y le dije en voz baja:

—¿Por qué no está en el hospital con los demás?

—No quería ir. Me dijo que le quería preguntar al RPIT como diablos a un hombre lobo le pueden crecer garras cuando todavía está en forma humana.

Debí reaccionar a la declaración, porque Zerbrowski de repente me dio una mirada a través de la montura de sus gafas.

—Le dije que no era posible para un cambiaformas obtener garras mientras está en su forma humana completa. ¿Hice mal?

Asentí.

—Un cambiaformas tiene que ser realmente poderoso para ser capaz de hacerlo. Solo he conocido a un puñado de personas que pueden hacer un cambio parcial mientras parecen humanos.

Zerbrowski bajo aún más la voz.

—Tal vez habría sido bueno saber eso antes de entrar a por Van Anders. —Pensé que un mínimo de una persona de cada equipo fue a Quántico para la gran clase y la conferencia sobrenatural.

—Ellos lo sabían.

Le di una mirada de disgusto.

—No voy por ahí suponiendo que sé más acerca de los monstruos que el maldito FBI.

—Tal vez deberías —dijo Zerbrowski en voz baja.

La forma en que lo dijo sacó el calor de mis palabras. Realmente no me podía enfadar con Elsworthy ahí de pie como un inocente recién llegado de una masacre.

—¿Qué calor hace aquí, no? —preguntó Elsworthy.

En realidad había demasiada gente en un espacio demasiado pequeño.

—Detective Webster, podría llevar a Elsworthy fuera de la sala para tomar un poco de aire, ¿verdad?

Webster hizo lo que le pedí, y Elsworthy se fue sin una sola queja. Era como si hubiera utilizado toda su ira antes de llegar aquí, y ahora todo lo que quedaba era la conmoción y todo el horror.

Zerbrowski y yo nos quedamos en nuestro pequeño rincón.

—¿Qué salió mal? —pregunté.

—He sido gritado por Elsworthy, pero aún mejor, por el Capitán Parker. Espera en el hospital para que ponga mi culo allí y explicar cómo infiernos Van Anders pudo hacer lo que hizo.

—¿Qué fue exactamente lo que hizo?

Zerbrowski buscó su siempre presente cuaderno en el bolsillo de su chaqueta. El cuaderno parecía que había sido arrugado en el suelo y luego pisado. Pasó las páginas hasta que llegó a las que quería.

—Van Anders cooperó completamente cuando entraron. Parecía sorprendido y no sabía por qué alguien quería arrestarlo. Lo esposaron, lo pusieron en el suelo y los oficiales tácticos, Bates y Meyer, llevaron a cabo el registro de la habitación para ver si estaba despejado. —Me miró—. El procedimiento estándar.

—¿Así que cuándo dejo de ser normal?

—Luego todo se pone un poco confuso. Meyer nunca volvió a hablar por la radio, en absoluto. Bates comenzó a gritar, agente herido, y algo tiene garras. Elsworthy y otro oficial salieron hacía la puerta a tiempo para ver a Van Anders lo suficientemente claro como para jurar que tenía garras, pero estaba en su forma humana completa. —Zerbrowski me hecho una mirada—. A decir verdad, estaba dispuesto a pensar que Elsworthy y… —Volvió a una página de su cuaderno—. Tucker, estaban viendo cosas.

Sacudí la cabeza.

—No, no es posible. —Sacudí la cabeza de nuevo y luché contra el impulso de frotarme las sienes. Me dolía la cabeza—. Los licántropos a los que he visto hacer eso, sacan rápidamente las garras. Es como tener cinco navajas de muelle que aparecen de repente. No habría sido nada fácil para el oficial, Bates verlo, ¿verdad?

—Meyer, Bates todavía está vivo.

Asentí. Los nombres eran importantes. Es importante recordar quien está vivo y quien muerto.

—Van Anders apuñaló a Meyer. Cuando las garras asesinas salieron de su mano, las utilizó como cuchillos.

—Aparentemente el Kevlar no es para garras de licántropo —dijo Zerbrowski.

—El Kevlar no se hace para detener un ataque punzante —dije—. Las garras actuaron como cuchillas.

Asintió.

—Van Anders utilizó al oficial como escudo, lo tenía entre sus garras como una… marioneta, es lo que Elsworthy dijo finalmente.

—Tendría que haber ido al hospital con los demás —dije.

—Parecía bien cuando llegué, Anita, honestamente, no los culpo por no obligarlo a ir.

—Bueno, ahora no se ve bien.

—Podemos darle un paseo hasta el hospital cuando vayamos.

Lo miré.

—¿Por qué creo que vamos al hospital para algo más que simple apoyo moral?

—Esta noche estás como el infierno de perceptiva.

—Zerbrowski —dije.

—Dije al Capitán Parker que estaría bien una vez la oficial Blake se presentara.

—Eres un cabrón.

—Está haciendo preguntas sobre los monstruos para las cuales no tengo repuesta. Dolph tal vez sí, pero de ninguna manera quiero que esté aquí. Hemos logrado acallar lo peor de lo que sucedió en el interrogatorio de tu amigo de peluche, pero si Dolph se pierde en un lugar público… —Sacudió la cabeza.

Estaba de acuerdo con él.

—Bien, voy contigo al hospital a ver si puedo responder las preguntas del capitán.

—¡Ah!, pero primero tienes que ver esto. —Tenía una sonrisa, y no era lugar para sonrisas.

—¿Ver qué? —pregunté con recelo.

Se volvió sin decir una palabra y se abrió camino hacía la ventana vacía. Webster se había llevado a Elsworthy en dirección opuesta, tan lejos de la ventana y el pasillo como pudiera. Bien por Webster. Cuando estábamos bastante cerca, mis ojos comenzaron a buscar algo más. Había dos orificios de bala en la pared cerca de la ventana al final del pasillo. Las armas de SWAT pueden ser automáticas solo apretando un interruptor, pero están entrenados para solo disparar una bala a la vez. Con dos oficiales abajo y un monstruo suelto, se habrían acordado de su formación. Casi no había cristales en la alfombra, ya que casi todos habían caído fuera.

—¿Van Anders tiró a alguien por la ventana?

—Se tiró —dijo Zerbrowski.

Me quede mirándolo.

—Estamos a veinte pisos de altura, incluso un hombre lobo no puede salir ileso de ese tipo de caída. No se mata, pero estaría sufriendo.

—No bajó, subió. —Hizo un gesto para que me acercara a la ventana.

No me gustaba la ventana. Tenía el umbral muy bajo, casi lo suficiente bajo como para caerte. Eso le daba mejor vista, pero sin cristal en el marco de metal, no había nada más que el vacío entre yo y una gran caída.

—Cuidado con los cristales y no mires abajo. Pero confía en mí, Anita, vale la pena asomarse un poco, y mirar hacia arriba. Mira hacia el lado derecho de la ventana.

Puse una mano contra la pared y encontré un lugar en el marco sin cristales para poder agarrarme. El aire luchaba contra mí, como manos ansiosas listas para arrancarme de mi camino. No le tengo miedo a las alturas, pero la idea de la caída, sí que me daba miedo. Luché contra el impulso casi irresistible de mirar hacia abajo, porque si miraba hacia abajo no podría ser capaz de mirar por la ventana.

Me asomé, muy cuidadosamente, y al principio no entendía lo que estaba viendo. Había unos agujeros en la fachada del edificio, todo el camino hacia arriba, hasta donde mis ojos podían ver. Pequeños agujeros a intervalos regulares.

Me levanté de nuevo, cuidadosamente, observando los cristales, así

como una posible caída. Le fruncí el ceño a Zerbrowski.

—Vi los agujeros. Pero ¿Qué son?

—Van Anders hizo de Spiderman con ellos. El francotirador y los observadores se situaron en el lado opuesto del edificio. No había nada que hacer.

Sentí que mis ojos se ampliaban.

—¿Te refieres a que los agujeros es donde metió las manos y subió?

Zerbrowski asintió y sonrió.

—El Capitán Parker gritaba que no sabía que los hombres lobo pudieran hacer eso.

Mire hacia la ventana.

—El Capitán Parker no es el único que no lo sabía. Quiero decir que tienen la fuerza, pero se cortan y raspan e incluso pueden romperse los huesos. Pueden sanar rápidamente, pero les duele. —Miré hacia el techo como si aún pudiera ver la marca ascendente de los agujeros—. Los disparos lo habrían herido como el infierno.

Zerbrowski asintió.

—¿Necesitará una sala de urgencias o un médico, o algo?

Sacudí la cabeza.

—Lo dudo. Si es lo suficientemente fuerte como para hacer un cambio parcial, entonces voy a asumir que su capacidad de curación es superior. Si es así, sanará en un par de horas, quizás menos. Si cambia de forma, cuando sea humano otra vez, estará sano de nuevo.

—Han dado la voz de alarma a todos los lugares de emergencias y atención urgente por si acaso.

Asentí.

—Eso no puede hacer daño, supongo, pero no creo que lo capturen de esa manera.

—¿Cómo vamos a cogerlo, Anita? ¿Cómo se retiene a algo como eso?

Lo miré.

—¿Le preguntaste al mando superior lo que pensaba de la utilización de hombres lobo para seguirlo?

—Lo vetaron.

—Creo que se podrían encontrar en un estado de ánimo más receptivo ahora.

—¿Piensas que tus amigos serán agradables con una correa para mí?

—Pensé realmente había estado sujetando la correa.

Mi teléfono sonó, y el sonido me hizo saltar. Lo abrí y escuché una voz que no reconocí. De todos modos no hablo a menudo con el jefe de policía.

Hice un montón de sí señor, y no señor. Entonces el teléfono zumbó y me quedé mirando a Zerbrowski.

—¿Hablabas con quien creo que hablabas?

—Se ha admitido una orden judicial de ejecución para Van Anders.

Los ojos de Zerbrowski estaban muy abiertos.

—No lo vas a perseguir sola.

Sacudí la cabeza.

—No lo había previsto.

Parecía que no me creía. En realidad tuve que darle mi palabra de que no iría tras Van Anders sin refuerzo. Tendría un refuerzo. El jefe de policía me había dicho que podía ir con los hombres lobo tras él. Tendría un escolta si podía convencer a Richard para cederme a uno de sus lobos.

Pedí algunas bolsas y cogí la ropa sucia de Van Anders. Usé guantes, no para mantener mi olor fuera de ellas, sino porque no quería tocar nada que hubiera tocado el cuerpo de Van Anders. Guardé la ropa en la bolsa, y esperaba que fuera suficiente para que los hombres lobo lo rastrearan. No me gustaría tener que volver y empezar alrededor del edificio. Van Anders podría haber subido, pero tendría que bajar por alguna parte. Zerbrowski me llevó a mí, al oficial Elsworthy y a él mismo al hospital, para que el Capitán Parker nos pudiera gritar a los dos. Bates había muerto en la mesa de operaciones.

Zerbrowski tuvo que morderse la lengua, debido a que un sargento no se sitúa por encima de un capitán. Olía el temor que le tenía a Parker. No lo culpaba por tener miedo. Creo que todos tenían miedo, cada persona del pasillo. Cada persona en las habitaciones. Cada agente de policía, y cada mujer en la ciudad deberían tener miedo. Porque cuando sucede algo como esto es la policía la que limpia el desorden. Bueno, la policía, y su verdugo. Todos teníamos miedo y así debía ser.



CINCUENTA Y NUEVE

Encontré a Richard en su casa. Nos sentamos en la mesa de la cocina donde se había sentado tantas mañanas los fines de semana que habíamos pasado juntos. Se sirvió una taza de té y a mí me puso un café, durante todo el tiempo rehuyó de mis ojos, no supe que decir.

Me pilló por sorpresa su comentario.

—Si te hubieras pegado a la moral, Asher estaría muerto o peor aún, atrapado en Europa con esa perra monstruosa.

Estaba segura de que «perra monstruosa» era Belle Morte.

—Eso es verdad —dije, y traté de mantener mi tono neutral. Quería ir al grano y pedir a Richard que me prestara algún hombre lobo, pero no suele funcionar bien con Richard ir directo al grano. No tardaría mucho en ofenderlo y necesitaba su cooperación, no otra pelea.

—No entiendo cómo puedes permitir que se alimenten de ti, Anita. —Finalmente, levantó la vista y sus ojos marrones se llenaron completamente

de dolor y confusión, por lo que me dolía verlos.

—Es difícil para mí tirar más piedras a mi tejado, Richard.

—El *ardeur* —dijo.

Asentí.

—No puedo permitir que se alimenten de mí también.

—Lo entiendo —dije.

Buscó mi cara.

—¿Entonces por qué estás aquí?

¿Había pensado que iba a haber alguna reunión de lágrimas, algún motivo por mi parte para que volviera a mi cama? Una parte de mí estaba enojada, otra parte de mí estaba triste, ninguna parte de mí tenía tiempo para eso.

—El hombre lobo que ha estado violando y matando a mujeres en la ciudad se le ha escapado a la policía hoy.

—No he visto nada en las noticias.

—Estamos tratando de mantenerlo en secreto.

—Estás aquí por negocios —su voz era suave.

—Estoy aquí para evitar que otras mujeres mueran.

Se levantó de la mesa, y tuve miedo por un momento de que se fuera, pero tomó la tetera y rellenó su taza.

—No es uno de mis lobos, Anita.

—Lo sé.

Se giró, y allí estaba el primer indicio de ira.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

Suspiré.

—Richard, te amo, siempre te amaré, pero no tengo tiempo para esta pelea, ahora no.

—¿Por qué ahora no? —preguntó, y estaba enojado.

Abrí la carpeta de los archivos y saqué la primera foto. La sostuve en alto para que pudiera verla. Frunció el ceño, entrecerrando los ojos, y finalmente su mente la vio, y totalmente el disgusto llenó su cara. Se dio la vuelta.

—¿Por qué me enseñas eso?

—Es la muerte de tres mujeres de aquí y de más de media docena de otros países. Estas son sólo las que conocemos. Está ahí ahora escogiendo una nueva víctima.

—No puedo hacer nada al respecto.

—Pero podrías, si me das algunos hombres lobo para ayudar a localizarlo.

Me miró entonces, luego, se apartó, porque todavía estaba mostrando la foto.

—Rastrearle, quieres decir, ¿cómo un perro?

—No, la mayoría de los perros no realizan un seguimiento a un cambiaformas, tienen demasiado miedo de ellos.

—No somos animales, Anita.

—No, no, pero en forma de animal tenéis la nariz de uno, pero todavía tenéis el cerebro de una persona. Podéis realizar el seguimiento y pensar.

—¿Esperas que haga esto?

Sacudí la cabeza, y puse la foto debajo de la pila. La dejé y la pila se desparramó a través de su mesa.

—No, pero sería Jason, y Jamil lo haría si se lo pido. Diría que Sylvie, pero no lo suficiente como para hacer mucho más.

—Me desafió, y perdió —dijo Richard. Sus ojos seguían alterados por las fotos sobre la mesa—. Saca eso fuera de mi mesa.

—Está ahí ahora, a punto de convertir a otra mujer en carne.

—Bien, bien, toma a Jason, toma a Jamil, toma a cualquiera que infiernos te interese.

—Gracias. —Empecé a reunir las fotos.

—No tienes que hacerlo de esta manera, Anita.

—¿De qué manera? —pregunté, cerrando el archivo sobre las fotos espeluznantes.

—Difícil. Podrías haber preguntado.

—¿Habrías dicho que sí?

—No lo sé, pero esas fotos me van a atormentar.

—Estuve allí Richard, tus pesadillas no puede ser peores que las mías.

Se movió a una desenfocada velocidad y me agarró del brazo.

—Parte de mí piensa que son horribles, al igual que se supone que debo, pero la otra parte de mí le gustan las fotos. —Sus dedos se hundieron en mi brazo, haciendo daño—. Parte de mí sólo ve la carne fresca. —Soltó un gruñido entre sus dientes blancos.

—Siento el odio de lo que eres, Richard.

Me soltó tan rápido, que casi me caí.

—Coge a los lobos que necesitas, y vete.

—Si me dieran una varita mágica para ti y te hiciese humano,

puramente humano, lo haría, Richard.

Me miró, sus ojos se habían desangrado al ámbar del lobo.

—Te creo, pero no hay una varita mágica. Soy lo que soy, y nada va a cambiar eso.

—Lo siento, Richard.

—He decidido vivir, Anita.

Le miré.

—Lo siento, no lo entiendo.

—He estado intentando morir. No voy a morir nunca más. Voy a vivir, sea lo que sea.

—Estoy contenta, pero me gustaría que parecieras más feliz por la elección.

—Vete, Anita, tienes a un asesino que pescar.

Lo hice, y el tiempo no estaba de nuestro lado. Pero todavía odiaba dejarlo así.

—Haré lo que pueda para ayudarte, Richard, lo sabes.

—Al igual que ayudas a todos tus amigos.

Sacudí la cabeza, recogí la carpeta, y me fui hacia la puerta.

—Cuando quieras hablar, y no discutir, llámame, Richard.

—Y cuando quieres hablar, y no capturar asesinos, llámame.

Salí de ahí. Pero no tuve tiempo para tomar su mano, incluso si me hubiera dejado. Van Anders estaba allí, y había demasiada gente para hacer daño. Lo que era una pequeña desolación emocional entre amigos frente a conseguir que Van Anders saliera de las calles.



SESENTA

Jason y Jamil se quedaron en forma humana, mientras que Norman y Patricia se quedaron en forma de lobo. Había visto a Norman en forma humana antes, pero no podía ponerle un rostro a Patricia. No era más que un lobo peludo grande, pálido, casi blanco. Tuvimos que ponerles correas muy grandes a los dos lobos. Hoy en día de todos los días no quería que la policía tuviera a un lobo gigante suelto por las calles. Estaba pensando que estaría en la tanda de los primeros en hacer las preguntas más tarde en una especie de estado de ánimo.

Abrí las dos bolsas que había recogido del apartamento alquilado de Van Anders. Los lobos olfatearon, gruñeron, y en el extremo de la correa, siguieron la pista en la acera de alrededor de su edificio de apartamentos, y por toda la ciudad, y finalmente a un centro comercial.

La policía había estado vigilando los aeropuertos, las estaciones de autobuses, las carreteras. Van Anders estaba sentado en el patio de comidas

del alucinante centro comercial Eastfield. Se había amontonado el pelo bajo un gorro de pico y añadió un par de gafas de sol baratas. Como si el disfraz estuviera bien. Además, no podía quejarme, demasiado. Yo llevaba una gorra de pico con mi pelo enmarcándola, y gafas de sol. Odio las malas copias. También me había puesto una sudadera y jeans holgados con mis zapatillas Nike. Bajita como era, me parecía a un millar de jóvenes errantes en algún centro comercial en Estados Unidos.

Recluté a Jamil y a Jason. Se quedaron fuera de la vista, pero me avisaron que habría olor tarde o temprano. Ya había enseñado mi tarjeta de identificación en seguridad del centro comercial. Había tomado la decisión de que no se llamase a la policía, y no intentaran evacuar. Tenía una orden judicial de ejecución. No tenía que dar un aviso. No tenía que hacer nada excepto matarlo.

Era media tarde, así que el patio de comidas, no estaba demasiado atestado. Eso era bueno. Había un grupo de adolescentes en la mesa más cercana a Van Anders. ¿Por qué no estaban en la escuela? En la mesa de al lado, la más cercana a él, había una madre con un bebé en un cochecito y dos niños pequeños. Dos niños, ninguno de ellos en sillas de bebé, para correr libres, mientras trataba de ayudar al bebé a comer el suave yogur.

Van Anders era más de quince pies de alto que los niños desbocados. Los adolescentes estaban terriblemente cerca, pero no podía entender cómo conseguir que se movieran. Estaba trabajando mis nervios, para cerrar el camino a través de la madre y los niños durante el día, cuando los adolescentes se levantaron, tiraron la basura de la mesa, y se alejaron.

Van Anders estaba demasiado aislado cuando fui a buscarlo allí, en el centro comercial. No estaba dispuesta a dejarle escapar de nuevo. Era demasiado peligroso. Había tomado la decisión en ese momento de que podría poner en peligro a toda esta gente. De que la madre con su bebé se manchase de yogur, y los dos niños gritando iban a tener sus oportunidades. Estaba bastante segura de que podía controlar la situación lo suficientemente bien como para mantenerlos fuera, pero no estaba completamente segura. Todo lo que sabía con certeza era que iba a cogerle, ahora. No iba a esperar.

Tenía mi arma en mi lado, las cámaras de seguridad estaban girando, a lo largo antes de llegar a la mesa con la madre y sus hijos. Tenía mi insignia de agente federal colgando sobre el bolsillo de la camiseta, sólo en caso de que algunos valientes civiles decidieran intentar salvar a Van

Anders.

Tenía la pistola y apunté al pasar la mesa de la mujer. Creo que fue su suave jadeo que le hizo girarse. Vio la tarjeta de identificación, y sonrió, tomando otro bocado de su sándwich. Habló con la boca llena.

—¿Vas a avisarme de que no me mueva? —Parecía irlandés.

—No —dije, y le disparé.

La bala le hizo girar en su silla, y disparé de nuevo antes de tirarme al suelo. El primero había sido de urgencias, no era letal, pero el segundo fue un golpe al cuerpo sólido.

Disparé en su cuerpo dos veces más antes de llegar lo suficientemente cerca para ver su boca abrirse y cerrarse. Floreciendo la sangre de sus labios, y manchando la camisa azul púrpura.

Di la vuelta a todo, así podía conseguir un disparo claro en la cabeza. Estaba tumbado sobre su espalda y sangrado, y tosiendo sangre, y se aclaró la garganta para decir.

—La policía tiene que dar aviso. No puedes pegar un tiro.

Solté todo el aliento en mi cuerpo.

—No soy policía, Van Anders, soy el verdugo.

Sus ojos se abrieron, y dijo:

—No.

Apreté el gatillo y vi la mayor parte de su rostro estallar en un lío irreconocible. Sus ojos azules habían estado en las fotos.



SESENTA Y UNO

Bradley me llamó a casa esa noche. Extrañamente, después de destrozar el cerebro de un hombre delante de una gran cantidad de madres sub-urbanas y de sus hijos, simplemente no estaba de humor para ir al trabajo. Ya estaba metida en la cama con mi peluche de pingüino favorito, Sigmund, y Micah enroscado a mi lado. Por lo general el calor de Micah era más reconfortante que un camión cargado de juguetes de peluche, pero esta noche necesitaba del agarre asfixiante de mi juguete favorito. Los brazos de Micah eran maravillosos, pero Sigmund nunca me decía que estaba haciendo el ridículo, o sedienta de sangre, tampoco lo hacia Micah, pero me quedé esperando.

—Fuiste noticia nacional, y el Post-Dispatch tiene una foto en primera plana de la ejecución de Van Anders —dijo Bradley.

—Sí, resulta que estaba al otro lado de una tienda de fotografía. Que suerte la mía. —Incluso para mí, sonaba cansada, o algo más. ¿Qué es más

que cansada? ¿Muerta?

—¿Vas a estar bien? —preguntó.

Puse los brazos de Micah más cerca, acurrucando mi cabeza contra su pecho desnudo. Todavía tenía frío. ¿Cómo podría tener frío con tantas mantas?

—Tengo algunos amigos en casa, ellos me impiden acercarme demasiado a lo sombrío.

—Tenías que matarlo, Anita.

—Lo sé.

—¿Entonces que es ese tono en tu voz?

—No has llegado a la parte del artículo, donde hablan de los tres años que no se me aplican por matarlo, como se me vio hacerle eso al hombre malo en el centro comercial, ¿verdad?

—Si hubiera escapado…

—Sólo espera, Bradley. Tomé la decisión antes de matarlo, la psique de los testigos no era tan importante como su seguridad física. No me arrepiento de esa decisión. No mucho.

—Está bien, ahora vamos a hablar de negocios. Pensamos que Leo Harlan es mejor conocido como Harlan Knox. Ha trabajado con algunas de las mismas personas que trabajan con Heinrick y Van Anders.

—¿Por qué no me sorprende? —dije.

—Hemos comprobado el número que te dio. El servicio de contestador dice que canceló su contrato con ellos, a excepción de un mensaje.

Esperé.

—¿No vas a preguntar?

—Sólo dímelo, Bradley.

—Bueno, aquí va. «Sra. Blake, lo siento, pero no llegó a levantar a mi antepasado. En caso de que se lo pregunte, es real. Pero, dadas las circunstancias, pensé que la discreción era la mejor parte del costo. Y la sesión ha sido cancelada, por el momento». ¿Entiendes que quiere decir acerca de la sesión debe ser cancelada?

—Creo que sí, creo que quiere decir que el acuerdo fue cancelado. Se puso demasiado complicado. Gracias por comprobarlo, Bradley.

—No me des las gracias, Anita, si no hubiera tratado de conseguirte en nuestra nómina como un agente federal, creo que nunca podría haber llegado a la conclusión de quien lo contrató fue Heinrick.

—No puedes culparte por defenderte, Bradley. Es como la leche

derramada, limpia el desorden, y sigue adelante.

—Lo mismo ocurre con Van Anders.

—Siempre doy mejores consejos de los que tomo, Bradley, deberías saber por qué.

Se rió y añadió:

—Cuida tu espalda, ¿de acuerdo?

—Tú, también.

—Adiós, Anita, ten cuidado.

Estaba a la mitad de decir: «tú también», cuando colgó. ¿Trabajar para hacer cumplir la ley hacía tener tan malos modales al teléfono?

Nathaniel entró en el dormitorio con el libro de *La telaraña de Charlotte*.

—Estaba en la cocina, y tiene un segundo marcador. Creo que Zane, o alguien había iniciado la lectura.

Me estreché más contra el cuerpo de Micah, y él me sostuvo, en un abrazo cálido y feroz, como si pudiera apartar los malos sentimientos de mí.

—Vamos a conseguir tu propio libro —dije.

Nathaniel sonrió. Micah besó la parte superior de mi cabeza.

—¿Quién hará la lectura esta noche? —preguntó Nathaniel.

—Yo lo haré —dijo Micah—, a menos que Anita quiera.

Enterré mi cara en el hueco de su brazo.

—No, que me lean esta noche suena bien.

Nathaniel le entregó el libro y se metió en la cama. No estaba segura de sí fue el calor de ambos bajo las sábanas, o el sonido de la voz grave de Micah mientras leía, pero poco a poco, empecé a estar caliente de nuevo. No había leído *La telaraña de Charlotte* en años. Estaba atrasada. Atrasada para hacer muchas cosas que no implicaban armas de fuego o matar gente.



SESENTA Y DOS

Dolph estaba todavía de baja, pero estaba trabajando en organizar un encuentro entre él, su esposa, su hijo y su nuera. No sé si había algo de que hablar, pero Lucille, la mujer de Dolph, quería intentarlo.

Richard pareció tener un poco de paz. No la paz suficiente para nosotros hasta la fecha. Pero ¡hey!, estoy encantada de que ya no sea un suicida deprimido. En este punto, lo quería sano y feliz más de lo que lo quería conmigo.

Asher, Jean-Claude y yo teníamos un acuerdo. Supongo que se podría decir que estamos saliendo. No pensarías que citarme con dos hombres al mismo tiempo era la primera vez que lo hacía, pero dos hombres en la misma cita, al mismo tiempo exacto, eso era nuevo.

El padre de Stephen y Gregory se encontraba todavía en la ciudad. Valentina y Bartolomé le pidieron permiso a Jean-Claude para matarlo. Jean-Claude dijo que muy bien, siempre y cuando Stephen y Gregory

estuvieran de acuerdo. El terapeuta de Stephen creía que sería más sano si los chicos lo manejaban ellos mismos. El comentario de Gregory había sido:

—¡Oh, tenemos que matarlo nosotros mismos!

—Eso no es lo que quiso decir —dijo Stephen.

Los dos siguen discutiendo acerca de cómo manejar su pesadilla de la infancia llegada a la ciudad. Estaba con Valentina y Bartolomé en este caso. Matarlo era lo mejor. Pero no iba a tomar la decisión, eso era cosa de Stephen y Gregory, su terapeuta decía que era mejor no causar más daño. Dios sabe que ya habían tenido bastante daño en su vida. Pero debido a que no habían sido capaces de satisfacer su deuda de honor, los dos vampiros niños se hospedaban en Saint Louis. Además de la deuda de honor, creo que Valentina no quería estar cerca de Bella Morte cuando esta fuera contra la Madre de todas las Tinieblas, no la culpaba, yo tampoco lo querría.

Hay noches en que soñaba con la vida oscura. Mientras durmiera con una cruz, todo iría bien, el problema era si se me olvidaba, entonces, ella vendría a por mí.

Me haría un tatuaje de una cruz si no tuviera tanto miedo de estallar en llamas.

La reserva móvil de la policía me tenía en su lista de expertos civiles. Llamarían si me necesitaban. El Capitán Parker estaba enojado con los federales «la última actualización de lo sobrenatural no estaba tan actualizada». El FBI simplemente no tenía suficientes amigos monstruos como yo. Apostaba a que si lo hicieran sabrían más.

Larry estaba de vuelta en la ciudad debidamente entrenado para ser un agente federal y cazador de vampiros. La boda estaba prevista para octubre. Tammy estaba amenazando con llevarme a la boda. Algunos amigos eran así.

Aún estábamos leyendo *La telaraña de Charlotte*. «Los grillos cantaban en los pastos. Cantaron la canción del final del verano, una canción triste y monótona. El verano se acabó y se fue, cantaban. A lo largo se han ido, y se fue…». Algunas personas piensan que es un capítulo triste, pero siempre había sido uno de mis favoritos. El verano se acabó y se había ido, pero el otoño estaba aquí, y el próximo mes es octubre con los cielos más azules del año. Por primera vez en años, no, borra eso, por primera vez, tengo a alguien para tomar mi mano e ir caminando bajo los cielos azules. Richard y yo siempre habíamos planeado hacerlo, pero él tenía su

trabajo, y yo los míos, y nunca tuvimos tiempo. Pero ahora tengo a Micah. Y estoy aprendiendo que hay que hacer tiempo para lo importante. Hay que luchar para tallar pequeños trozos de felicidad en tu vida, o las urgencias cotidianas se comerían todo. Cuando terminemos de leer *La telaraña de Charlotte*, Nathaniel quería leer *La isla del tesoro*. Suena bien hasta para mí.